



V.C. Andrews

Castlee, 5
TELARAÑA DE SUEÑOS

Dedicada a todos aquellos
que han sufrido, pasado hambre
y privaciones, y han sobrevivido para triunfar.

Prólogo

Luke y yo cruzamos la gran verja de hierro con la inscripción «Farthinggale Manor». La herrumbre se había apoderado de las letras como un sarpullido y el azote de los temporales marinos y los vientos invernales había desencajado las hojas de la puerta. Ahora se recortan torcidas contra la gris oscuridad del cielo y el mismo caserón parece oprimido, abrumado por el peso de los años y la desgraciada historia que encierran sus corredores y sus salones. Quedan unos cuantos empleados a cargo del mantenimiento de la casa y el parque, pero nadie supervisa su trabajo y de hecho se molestan relativamente poco en conservar las cosas en buen estado. Luke me aprieta la mano. Me da la impresión de que han transcurrido años, siglos, desde que estuvimos aquí por última vez. El cielo plomizo nos ha dado un recibimiento acorde con las circunstancias, porque la nuestra no es una visita nostálgica. Preferiríamos no recordar mi estancia aquí, mi reclusión, debería decir, tras el espantoso accidente que costó la vida de mis padres. Pero el motivo de nuestro viaje es aún más triste. El ambiente de funeral es apropiado. Hemos venido a enterrar a mi verdadero padre, Troy Tatterton, junto a los restos de su auténtico amor, Heaven, mi madre. Él siguió viviendo en la casita del jardín durante todos estos años, continuando su laboriosa tarea artística con los juguetes «Tatterton», ausentándose sólo en ocasiones muy especiales, como el nacimiento de mis hijos. Pero cada vez que nos visitaba, cualquiera que fuera el motivo, nunca permanecía mucho tiempo lejos de «Farthinggale». Siempre había algo que reclamaba su regreso.

Ahora ya no lo abandonará nunca.

Aunque el caserón sigue amenazándome en mis pesadillas y los recuerdos de esos atormentados días persisten intensamente vividos en mi memoria, en cuanto paseo la mirada por la extensa propiedad comprendo por qué tenía Troy aquella necesidad de volver. Incluso yo, que debería tener todas las razones del mundo en contra, experimento la necesidad de entrar en la casa y recorrer sus largos pasillos, subir la escalinata para contemplar lo que fue mi celda.

Luke no quiere dejarme entrar.

—Annie —me dice—, no es necesario. Esperaremos a que empiecen las honras fúnebres y saludaremos fuera a todo el que se presente.

Pero no puedo evitarlo. Algo me arrastra hacia el interior.

No cruzo la puerta de mi dormitorio. Hay telarañas por todas partes, por todos lados polvo y suciedad. Las cortinas están descoloridas y hechas jirones. Las sábanas parecen sucias, manchadas.

Meneando la cabeza, sigo avanzando y me detengo en las habitaciones de

Jillian, la famosa suite que Tony había cuidado con fanática pasión, negándose a asumir la muerte de Jillian y todo lo que se refería a ella. Esos aposentos siempre me habían intrigado, y me siguen intrigando. Así que entro, observo los espejos sin cristal, las fundas que todavía cubren las sillas, los objetos de tocador en la coqueta... Lo recorro todo lentamente, caminando como en un sueño, envuelta como en una bruma.

Luego me detengo ante el escritorio de Jillian. No sé por qué, tal vez porque tiene un cajón mal cerrado. Toda la habitación me tiene intrigada y me pregunto si en ese cajón habrá algo escrito por Jillian durante sus días de locura.

Aguijoneada por la curiosidad, abro el cajón. Soplo un poco para quitar el polvo y en mi registro encuentro papeles en blanco, plumas y un tintero. Nada de particular pienso, pero entonces descubro una bolsa de tela en el fondo del cajón, y la saco.

La abro poco a poco. Tiene un libro dentro.

Diario de Leigh, reza en la solapa. Se me corta el aliento: ¡Es el Diario de mi abuela! Lo abro por la primera página e inicio un viaje al pasado.

!! [HYPERLINK \l "INDICE" ¶](#) ±

capítulo i:

El diario de Leigh

Creo que todo empezó con un sueño. No, un sueño no, más bien una pesadilla. Yo estaba con mis padres... no sé dónde. Ellos estaban hablando y a veces se volvían y me decían algo a mí. Lo malo era que, cada vez que intentaba hablar con ellos, parecía que no me oían. Mientras seguía intentando meterme en su conversación, me aparté el pelo de la cara. Pero en vez de caerme por los hombros, descubrí horrorizada que se me quedaba en la mano un buen mechón de cabello. Repetí el gesto varias veces y todas ellas se me desprendían gruesos mechones de pelo. Yo miraba aterrorizada los rizos que se me quedaban entre las manos. ¿Qué me estaba pasando? De repente apareció ante mí un espejo y pude contemplar mi reflejo en él. Reprimí un grito. Mi precioso suéter de cachemira estaba lleno de agujeros y mi falda, sucia y rota. Entonces, con ojos de incredulidad, vi que se me hinchaba la cara. Como me iba inflando cada vez más, me eché a llorar. Un reguero de lágrimas me surcaba las mugrientas mejillas. Desvié la mirada de aquella horrenda imagen mía y empecé a gritar, pidiendo ayuda a mis padres. Mis gritos resonaban y rebotaban en las paredes. Pero mis padres no se inmutaron. ¿Por qué no me socorrían?

Yo no podía dejar de chillar. Finalmente, cuando ya pensaba que me había quedado sin voz y era incapaz de proferir sonido alguno, se volvieron hacia mí. Una expresión de asombro se les pintó en la cara. Yo quería llamar a

papá... que me cubriera de besos y abrazos... que me protegiera como siempre había hecho... pero antes de darme tiempo a abrir la boca vi su expresión de asco. Me encogí de horror y luego él desapareció. Se quedó sólo mamá. Por lo menos, yo creía que era mamá. Era una extraña idéntica a ella... salvo por sus ojos. ¡Tenía una mirada tan fría! Fría y calculadora... sin el cariño y el calor que encontraba en ella todos los días. ¿Qué había sido de ellos? ¿Por qué me miraba de ese modo? Mi preciosa mamá nunca me hubiera mirado con tanto odio. Sí, odio... ¡y celos! Mi mamá nunca dejaría de auxiliarme en un momento de desesperación semejante. Pero no movió un dedo. Al principio me dedicó una mirada de repugnancia, igual a la de papá. Que no tardó en ser sustituida por una sonrisa afectada... una sonrisa de satisfacción. Y después me dio la espalda... y se fue alejando... abandonándome en la oscuridad.

No sé cómo conseguí recuperar la voz y grité pidiendo ayuda. Pero ella siguió alejándose, encogiéndose cada vez más. Yo intenté seguirla, pero era incapaz de moverme. Luego volví la vista hacia mi imagen, pero antes de que me diera tiempo a pestañear, el espejo saltó hecho añicos, lanzándome a la cara una lluvia de proyectiles de cristal.

Con las escasas fuerzas que me quedaban me puse a chillar, protegiéndome la cara con las manos mientras seguía profiriendo alaridos. Cuando me desperté, todavía seguía gritando y el corazón me latía a trompicones. De momento no conseguía adivinar dónde estaba. Luego, al vislumbrar el familiar entorno de mi dormitorio, recordé. Estaba en casa, en mi habitación, en Boston. Hoy era mi cumpleaños. ¡Doce años! Feliz de salir de esa horrenda pesadilla, me tragué las lágrimas y rechacé las imágenes que me estaban aterrorizando hacía tan sólo unos segundos. Me encaminé al piso de abajo pensando en la jornada que tenía por delante.

El día en que cumplí doce años abrí lo que sería mi regalo más precioso: este libro de recuerdos. Papá lo había colocado a última hora sobre el montón de regalos maravillosos y carísimos que me habían comprado entre mamá y él. Comprendí que lo había puesto allí él mismo después de que mamá lo dispusiera todo porque ella tenía tanta curiosidad como yo. Papá solía dejar la tarea de comprar los regalos completamente en manos de mamá, lo mismo que la compra de las cosas de la casa y toda mi ropa, porque admitía no tener la menor idea en cuestión de moda. Decía que mamá era una artista, y por lo tanto debía de saber mucho más acerca de los colores, las combinaciones y los diseños, pero yo creo que estaba encantado de no tener que ir a los grandes almacenes ni a las boutiques.

En algunas ocasiones, cuando yo era más pequeña, papá me compraba

reproducciones de sus paquebotes, pero mamá pensaba que aquello no era un regalo apropiado para una niña, sobre todo un modelo que se podía desmontar para observar el funcionamiento de las máquinas. Pero, irremediablemente, a mí aquello me intrigaba y me interesaba, y jugaba mucho con ellos, excepto cuando mamá andaba por los contornos. Todo estaba apilado en un extremo de la mesa del comedor a la hora del desayuno, como en todos los cumpleaños de los que tenía conciencia. Yo había madrugado mucho, desde luego, a causa de la pesadilla. Para mí, las mañanas de los cumpleaños eran como las mañanas de Navidad, aunque esta mañana todavía estaba un poco trastornada por aquel mal sueño y procuraba por todos los medios olvidar sus horrores.

El regalo de papá venía envuelto en un papel rosa pálido con unas velitas de cumpleaños azul oscuro que formaban la frase feliz cumpleaños. La mera idea de que me lo hubiera comprado él solo expresamente lo convirtió en el regalo más importante de todos. Intenté no rasgar el papel al desenvolverlo. Me gustaba guardar cosas como ésa, recuerdos de las ocasiones especiales: las velitas de la tarta de mi décimo cumpleaños, que era tan grande que tuvieron que traerla al comedor entre Clarence, el mayordomo, y Svenson, el cocinero; el ángel de caramelo del árbol de Navidad de un metro de alto que compró mamá para el cuarto de jugar cuando yo tenía cinco años; las entradas del circo que vino a Boston el año pasado y al que me llevó papá; el programa de una función de guiñol a la que me llevó mamá cuando yo tenía siete años, y docenas de chucherías, como botones y alfileres e incluso viejos cordones de zapatos. Así que papá sabía perfectamente que yo valoraba mucho los recuerdos.

Saqué el Diario lentamente y acaricié con las yemas de los dedos las tapas con mi nombre grabado. Me encantó el tacto delicado y el color rosa pálido de las tapas de piel, con el canto dorado, y más que nada me gustó leer mi nombre impreso como el título de un libro: Diario de Leigh.

Levanté los ojos, entusiasmada. Papá, vestido ya con su traje gris oscuro y su corbata, me miraba sonriendo, en su postura clásica, de pie con las manos a la espalda, meciéndose sobre los talones como un viejo lobo de mar. Normalmente, mamá le ordenaba que se estuviera quieto, quejándose de que la ponía nerviosa. Papá era dueño de una gran compañía naviera de lujo, y como se embarcaba tan a menudo, decía que pasaba más tiempo en el mar que en tierra y que se había acostumbrado al balanceo.

—¿Qué es? —preguntó mamá mientras yo iba pasando las páginas en blanco del cuaderno.

—Yo lo llamo un cuaderno de bitácora —dijo papá guiñándome un ojo—. El Diario de a bordo del capitán. Para anotar los acontecimientos más importantes. Los recuerdos son más valiosos que una joya.

—No es más que un Diario —comentó mamá meneando la cabeza—.

Cuaderno de bitácora... Es una niña, no un marino.

Papá volvió a guiñarme un ojo. Mamá me había comprado una barbaridad de cosas carísimas, y yo sabía que tendría que dedicarles más atención, pero me apreté el cuaderno llamado Diario de Leigh contra el corazón y me levanté en seguida a dar las gracias a papá con un beso. Se agachó y cuando le besé en su sonrosada mejilla, justo por encima de la barba canosa, sus ojos castaños chispeaban de felicidad. Mamá protestaba que papá pasaba tanto tiempo en el mar, embarcado, que tenía la piel salada, pero yo nunca se lo notaba cuando le daba un beso.

—Gracias, papá —le susurré—. Escribiré siempre cosas de ti.

Tenía tantas cosas que contar, tantos pensamientos íntimos y preciosos, que casi no podía esperar.

Pero mamá estaba impaciente porque abriera los otros paquetes. Había una docena de jerséis de cachemira en varios tonos de rosa, de azul y de verde, cada cual con su falda tubo a juego, la falda que según mamá llevaba todo el mundo, aunque eran tan estrechas que casi no se podía dar un paso con ellas. Había unas blusas de seda y unos aretes de oro con una pulsera incrustada de brillantes a juego, de «Tiffany's». Había un perfume «Chanel» y jabones aromáticos y también un peine y un juego de cepillos de nácar.

¡Y una barra de labios! Por fin me iban a permitir que me pintara los labios, muy poquito, claro, y sólo en ocasiones especiales. Pero ya tenía mi propio lápiz. Mamá siempre me había prometido que me enseñaría a maquillarme correctamente cuando llegara el momento.

Me dijo que de momento no abriera uno de los paquetes. Tendría que esperar a que nos quedáramos solas, más tarde.

—Cosas de mujeres —dijo mirando a mi padre.

Para ella era horrible que él se fuera a su despacho el día de mi cumpleaños, pero nos dijo que podría dedicarnos el resto del día y luego llevarnos a las dos a cenar, así que se lo perdoné. Siempre tenía alguna clase de crisis últimamente. Él se las achacaba a las líneas aéreas, que estaban copando cada vez más el mercado de los cruceros de lujo. Mamá siempre le criticaba que dedicara demasiado tiempo a su trabajo, y eso no arreglaba las cosas. Aunque habíamos hecho muchos cruceros, ella se quejaba de que en casa del herrero, cuchara de palo, porque nunca íbamos adonde se le antojaba a ella.

—Mi marido se gana la vida vendiendo viajes de placer y nosotros raramente viajamos por placer. Siempre debemos probar nuevas rutas o nuevos barcos, en lugar de disfrutar tranquilamente —protestaba, algunas veces con amargura.

Yo sabía que el último regalo tendría algo que ver con aquello, porque dijo

que me lo había comprado con la esperanza de que tuviera la oportunidad de estrenarlo y luego regañó a papá, diciendo:

—Yo todavía no he tenido ocasión de ponerme el mío.

Rasgué el papel y abrí rápidamente la caja. Era un equipo de esquí: un grueso suéter de cachemira y unos pantalones de esquiar, con una camisa de seda italiana a juego. Durante todo el verano, mamá no había parado de proclamar sus deseos de pasar unas vacaciones de invierno en Saint-Moritz, en el hotel «Palace», «donde se hospeda la alta sociedad». Era un equipo precioso.

Contemplé todos aquellos maravillosos regalos, lanzando exclamaciones de alegría y luego la abracé. Ella se había jurado que todos mis cumpleaños serían mejores que los de su niñez, en Texas. Aunque su familia no era pobre, me contaba que su madre, la abuela Jana, era tan austera como un pastor puritano. Me había contado una y otra vez la triste historia de que no le consentían tener ni una muñeca siquiera cuando era niña; y sus hermanas, ambas mayores que ella, eran iguales que su madre, tan feúchas y desgarradas que no les apetecía ser femeninas ni poseer cosas bonitas ni delicadas.

Tía Peggy y tía Beatrice eran tan horribles como la bruja malvada de El mago de Oz. No las veíamos demasiado a menudo, pero cuando lo hacíamos, yo detestaba su forma de observarme a través de sus gafas de gruesa montura. Las dos llevaban las mismas gafas, con una montura negra y horrible, que les agrandaban sus apagados ojos castaños, y les daban aspecto de rana. Como mamá siempre hablaba de las dos a la vez, me parecía que eran gemelas. En realidad tenían el mismo tipo. «Como una tabla de planchar», decía mamá. Decía que la abuela Jana les buscó marido, dos hombres sin carácter y sencillos: uno de ellos era propietario de unos almacenes de Ludville, Texas, y el otro contratista cerca de allí, en Fairfax. Según mamá, tanto esas dos ciudades tejanas cuanto la suya propia eran «tan sucias y polvorientas que había que darse un baño después de pasear por la calle mayor». Papá no tardó demasiado tiempo en sacar a mamá de allí. Yo le pedía que me lo contara una y otra vez, sin importarme que cada vez le añadiera algo nuevo, modificara cosas o se olvidara de algo que me había contado anteriormente. La parte principal de la historia era siempre la misma y ésa era una de las primeras cosas que quería escribir en el Diario. Así que al caer la tarde, cuando vino a mi cuarto a charlar mientras nos arreglábamos para salir a celebrar mi cumpleaños en un fantástico restaurant de Boston, le pedí que me volviera a contar la historia.

—¿No te cansas de que te la repita tantas veces? —me preguntó, lanzándome una ojeada.

—Oh, no, mamá. Me parece una historia maravillosa, una historia de

ensueño. Nadie podría escribir nada más hermoso —le dije, lo cual la hizo muy feliz.

—De acuerdo —repuso sentándose ante mi tocador.

Empezó a cepillarse su bonito cabello, hasta que despidió destellos como la filigrana dorada.

—Yo vivía como la pobre Cenicienta antes de que llegara su príncipe —empezó, como de costumbre—. Pero no había sido siempre así. Yo era la niña de los ojos de mi padre. Él era capataz en una explotación de petróleo, un puesto muy importante, de gran responsabilidad. Aunque no le importaba ensuciarse las manos cuando hacía falta, era un hombre muy elegante. Espero que algún día encuentres a un hombre parecido a mi padre.

—¿Entonces papá no es como él? No le importa trabajar en sus barcos, ni bajar a la sala de máquinas con los mecánicos...

—Es cierto —dijo con dureza—, no le importa. Pero yo quiero a alguien diferente para ti, un auténtico ejecutivo con gente a sus órdenes, que viva en una mansión y...

—Pero mamá, ¿no vivimos nosotros en una mansión...? —protesté.

Nuestra casa era la más grande y la más lujosa de toda la calle, una clásica casa colonial con un vestíbulo impresionante y los techos de cuatro metros y medio de altura. Todas mis amigas estaban enamoradas de mi casa y lo que más les impresionaba era el comedor, porque tenía el techo abovedado y una columnata jónica. Mamá lo había mandado decorar hacia dos años, cuando vio uno exactamente igual en una de sus revistas de arte.

—Sí, claro, pero yo quiero que vivas en una propiedad de muchas hectáreas, con caballos, piscina y docenas y docenas de criados y una playa privada. Y...

—dejó vagar unos ojos tiernos y soñadores en la distancia mientras conjuraba esa maravillosa mansión y sus tierras— hasta un laberinto inglés. Sacudió la cabeza como para despertarse de su ensoñación y con largos y graciosos gestos volvió a cepillarse la melena. Decía que había que cepillarse el cabello cien veces todas las noches para tenerlo suave y sano, y que el pelo de una mujer era su corona. Ella solía peinárselo hacia atrás para lucir su perfil escultural.

—En cualquier caso, mis hermanas, las tablas gemelas de planchar, estaban terriblemente celosas del amor que me profesaba mi padre. Muchas veces me traía a casa algún regalo bonito, pero a ellas sólo cosas prácticas como costureros o ganchillos. De todos modos, a ellas no les gustaban los lazos, los pendientes ni los peines. Me odiaban por mi belleza, ¿sabes? Y todavía me odian.

—Y entonces murió tu padre y tu hermano mayor ingresó en el Ejército... —dije, impaciente por llegar a la parte romántica de la historia.

—Sí, y todo dio un gran vuelco. Entonces fue cuando me convertí en una

verdadera Cenicienta, ¿sabes? Me obligaban a hacer todas las tareas pesadas de la casa y me escondían mis cosas bonitas en cuanto podían. Si no hacía lo que me exigían, me rompían los peines o enterraban mis joyas. Tiraron todos mis cosméticos —declaró con rabia.

—¿Y tu madre...? ¿Qué hacía la abuela Jana? —Ya conocía la respuesta, pero tenía que oírla.

—Nada. Lo aprobaba. Pensaba que mi padre me había malcriado. Es igual que ellas, da lo mismo cómo actúe ahora. Y no creas que porque te regalara ese camafeo por tu cumpleaños —añadió mirando el camafeo que estaba sobre el tocador— haya cambiado en absoluto.

—Es bonito y papá dice que muy valioso, mucho.

—Sí. Yo se lo había pedido hace años, pero no me lo dio —añadió con amargura.

—¿Lo quieres, mamá?

—No, es tuyo —dijo al cabo de un momento—. Te lo dio a ti. Ten cuidado con él, nada más. Bueno... ¿Por dónde iba?

—Enterraron tus joyas...

—Enterraron mis... ah, sí, sí. Y me destrozaron los vestidos, los vestidos más caros. Una vez Beatrice, en un arranque de rabia, se coló en mi habitación y me rajó uno de los trajes con un cuchillo de cocina.

—¡Qué crueldad! —exclamé.

—Por supuesto, hasta el día de hoy siempre lo han negado todo. Pero créeme, es verdad. Un día incluso intentaron cortarme mi preciosa melena con las tijeras de la costura mientras estaba durmiendo, pero yo me desperté a tiempo y... —Se estremeció, como si lo que venía a continuación fuera demasiado terrible para mencionarlo. Luego prosiguió, siempre cepillándose el pelo—: Tu padre había ido a Texas para tratar algún asunto y mi madre, que todavía se codeaba con la aristocracia, le conoció en una cena y le invitó a casa, con la intención de encontrar marido para tía Peggy. Pero cuando me vio...

Hizo una pausa y se reclinó en la butaca, mirándose al espejo. Mamá siempre ha tenido la tez muy tersa, sin el menor rastro de arrugas. Su cara es muy elegante, una cara de camafeo o de portada del Vogue. Tiene los ojos azules y brillantes, una mirada que revela su estado de ánimo: resplandeciente como la Navidad cuando está contenta, helada como un carambano cuando se enfada y dulce y triste como la de un perrito abandonado cuando es desdichada.

—Cuando me vio —explicó a su imagen en el espejo— su corazón se rindió al instante a mi belleza. Por supuesto —añadió volviéndose rápidamente hacia mí—, tus tías se volvieron locas de envidia. Me hacían poner un ajado vestido marrón que me llegaba hasta los tobillos y disimulaba mi figura y no me

dejaban lucir mis alhajas. Tenía que recogerme el pelo en un moño de abuelita y no podía pintarme ni los labios. Pero Cleave supo verme por debajo de todo eso. No apartó los ojos de mí en toda la velada y cada vez que yo abría la boca, aunque fuera para decir «por favor, pásame la sal», se callaba a escuchar mis palabras como si fueran perlas de sabiduría.

Suspiró y luego suspiré yo. Qué maravilla, pensé, tener unos recuerdos tan románticos. Deseaba más que cualquier otra cosa tener algún día unos recuerdos tan románticos como los suyos.

—¿Te enamoraste de él en seguida? —También conocía esa respuesta, pero quería volver a escucharla para narrarla correctamente en mi Diario.

—No exactamente, aunque me gustaba cada vez más. Su acento me parecía gracioso, ya sabes, el acento de Boston, así que me intrigaba todo lo que decía. Era distinguido y tenía el aspecto de un hombre de negocios de éxito: seguro de sí mismo pero no envarado; llevaba ropa cara y un enorme reloj de oro de bolsillo con la cadena de oro más larga que había visto en la vida. Cuando lo abría, sonaba una musiquita.

—¿Tenía aspecto de viejo lobo de mar? —le pregunté riéndome, porque papá siempre lo decía.

—Yo no sabía nada del mar ni de sus negocios porque no había salido de Texas en la vida, pero usaba la misma barba que ahora, aunque no la tenía gris y la llevaba mejor recortada, por cierto. En cualquier caso, estuvo hablando por los codos de su floreciente compañía naviera. A la abuela le pareció interesante —añadió con una sonrisita—. Estaba preparándole un pretendiente rico a Peggy.

—¿Y entonces qué pasó?

—Él quiso ver el jardín y antes de que la abuela propusiera que le acompañara Peggy, él se volvió hacia mí y me pidió que lo hiciera yo. Tenías que haber visto la cara que pusieron entonces. A Peggy se le alargó aún más, la barbilla se le bajó hasta la nuez y Beatrice soltó un auténtico gruñido... Desde luego, acepté, en principio sólo para fastidiarlas, pero después, durante nuestro paseo en aquella cálida noche tejana...

—¿Sí...?

—Él empezó a hablarme con dulzura, y comprendí que Cleave van Voreen era algo más que un pomposo hombre de negocios de Nueva Inglaterra. Era rico e inteligente, y guapo a su estilo, sí, pero también estaba muy solo y muy encaprichado conmigo, tanto, que se me declaró esa misma noche. Fue junto a los rosales enanos.

—Creía que estabais en el balancín y era la segunda noche.

—No, no, fue junto a los rosales y la primera noche. Las estrellas... el cielo estaba cuajado de estrellas. Había una explosión de luz por encima de nuestras cabezas. Se te cortaba la respiración —dijo llevándose

delicadamente la mano a la garganta y cerrando los ojos como si no pudiera soportar esos recuerdos.

Contuve el aliento. Esta noche me había contado la historia mejor que nunca. La explicaba de un modo especial por mí, porque era mi cumpleaños. Qué detalle más maravilloso... Acaso mamá fuera cambiando la historia de cuando en cuando porque, al ir haciéndome mayor, pensaba que podía revelarme cada vez más cosas.

—Y de repente, Cleave me cogió de la mano y me dijo: «Jillian, he recorrido el país entero y he visto muchos países, he conocido a mucha gente y a muchas mujeres hermosas, desde Oriente hasta Sudamérica, a princesas hawaianas, rusas e inglesas, pero nunca había recreado la vista en ninguna tan bella como tú. Eres una joya tan magnífica como cualquiera de las estrellas que brillan sobre nosotros. Soy un hombre de acción —prosiguió—, que cuando se da cuenta de lo que vale o no vale en este mundo, sabe tomar una decisión inmediata, pero ferviente, decisiones que mantiene contra viento y marea.» Entonces me asió la otra mano y continuó: «No pienso abandonar esta ciudad hasta que seas mi esposa.»

Murmuré esas palabras con ella, en un coro silencioso. Había oído esa frase multitud de veces y todas ellas me habían parecido emocionantes. Pensar que mi padre se había quedado en esa polvorienta ciudad de Texas, descuidando sus negocios hasta conseguir a la mujer que amaba... su romance era una novela y ahora se hallaba en mi Diario.

—Bueno, Leigh, por supuesto, yo me quedé anonadada ante semejante expresión de amor. Me pidió permiso para cortejarme y yo se lo concedí. Después fue a hablar en privado con la abuela Jana, para pedirle también su autorización. Se quedó asombrada, pero supongo que debió de pensar que por lo menos conseguiría un pretendiente rico para una de sus hijas. Estuvo viniendo a casa todos los días durante una semana entera y mis hermanas se morían de envidia, pero no podían hacer nada. A la abuela Jana le daba apuro que Cleave me viera vestida con aquellos andrajos y haciendo las faenas domésticas de la casa, así que me libré de todo aquello y tuvieron que hacerlo tus tías. Al cabo de unos cinco días, Cleave me propuso formalmente matrimonio. Se arrodilló ante el sofá del cuarto de estar donde me hallaba sentada, y yo acepté —dijo, concluyendo la historia abruptamente—. Abandoné Texas con él y me despedí de todo aquello de mil amores. Cuando tu abuela y tus tías averiguaron lo rica que era, se pusieron suaves como la seda. —Al ver mi Diario inquirió—: ¿Vas a escribirlo todo en él? —Sí... Todos mis recuerdos, los más importantes. ¿Y tú, mamá, has llevado alguna vez un Diario?

—No, nunca. Pero no importa —añadió en seguida—. Tengo todos los recuerdos aquí guardados —dijo señalándose el corazón—. Algunos sólo te

los he contado a ti —en un tono tan grave que me dio un vuelco el corazón. Confiaba en mí más que en nadie.

—Yo nunca tendré secretos para ti, mamá.

—Ya lo sé, Leigh. Somos demasiado iguales tú y yo, para ocultarnos nada de importancia —afirmó pasándose la mano por el pelo—. Cualquiera día te convertirás en una linda mujercita, ¿lo sabías?

—Quiero ser tan atractiva como tú, pero no creo que o consiga. Tengo la nariz demasiado larga y la boca mucho menos carnosa que la tuya. ¿No te parece que mis labios son demasiado finos?

—Claro que no. Además, todavía no se te han terminado de formar los rasgos. Límitate a seguir mis instrucciones, haz lo que yo te diga y serás muy atractiva. ¿Me lo prometes?

—Te lo prometo.

—Bueno. —Luego se volvió por fin hacia el regalo de cumpleaños calificado de «cosa de mujeres»—: Ya es hora de abrirlo y de tener una conversación al respecto —me dijo, mientras lo desenvolvía ella misma y abría la caja. Yo no me lo podía creer. Era un sujetador. Últimamente me había empezado a crecer el pecho, y algunas de mis amigas ya llevaban sujetador. Lo sostuvo en vilo entre las dos.

—Estás empezando a desarrollarte y acabas de tener la primera regla —declaró—. Ya ha llegado el momento de aprender modales femeninos y enterarte de algunas cosas acerca de los hombres.

Asentí, casi conteniendo la respiración. El corazón me brincaba en el pecho ante la perspectiva de aquella conversación de adultos entre las dos.

—No hace falta que te lo pongas todo el tiempo, sólo en algunas ocasiones, como las reuniones con gente elegante y con pretendientes guapos y ricos, y debajo de los suéteres nuevos de cachemira...

Cogí el sujetador cautelosamente. Mi corazón seguía desbocado.

—A los hombres, sobre todo a los hombres acaudalados y de buena posición, les gusta que les vean con mujeres despampanantes. Les estimula su ego, ¿entiendes? —Soltó una carcajada y se echó la melena hacia atrás.

—Creo que sí.

—Hasta tu padre, que no piensa casi más que en sus barcos, disfruta entrando en un buen restaurant conmigo del brazo. Los hombres consideran a las mujeres como un objeto de adorno.

—¿Y eso está bien? —me pregunté en voz alta.

—Por supuesto que sí. Que piensen lo que quieran siempre y cuando se maten a trabajar para hacerte feliz. Nunca dejes que un hombre sepa exactamente lo que piensas. —Luego se volvió hacia mí y su expresión dulce adquirió cierta dureza y frialdad—: Recuerda siempre, Leigh, que las mujeres no han de ser nunca tan permisivas como los hombres. Nunca.

El corazón se me aceleró de nuevo. Estábamos a punto de iniciar una conversación sobre temas íntimos.

—Es normal que los hombres se porten así. Ya se sabe. Quieren demostrar su virilidad... Pero cuando una mujer se porta de ese modo, pierde su baza más importante. Las chicas como es debido no llegan nunca hasta el final. Por lo menos hasta que se casan —añadió—. Prométeme que no lo olvidarás.

—Te lo prometo —le dije en un tono poco más alto que un susurro.

—Muy bien —se miró otra vez al espejo y su expresión helada se fundió en la de mi dulce mamá de siempre—. Tendrás oportunidades que yo no he tenido en la vida, si consigo que tu padre las aproveche. Porque tu padre no nos ha llevado a Jamaica, como le pedí... ni a Deauville, a las carreras. Poseemos transatlánticos de lujo, pero no tenemos un yate propio para navegar en la Riviera. No, nos ha llevado tres veces a Londres, porque ese viaje le sirve para combinar trabajo y placer, y pretende que yo atienda a los pasajeros como si fuera la esposa del dueño de una pensión o algo así. Quiero, por una vez en la vida, disfrutar de unas auténticas vacaciones, sin obligaciones. Nada más que diversiones. ¿Cómo quiere que te presente a la gente conveniente si no vamos a los sitios adecuados?

Se volvió de nuevo hacia mí, con la cara arrebolada de rabia:

—No te cases nunca con un hombre que esté más enamorado de su trabajo que de ti.

Yo no sabía qué responderle. Me había contado tantas cosas, apabullándome con tantas ideas y reflexiones... Pero yo tenía más preguntas que plantearle. ¿Cuando empiezan los hombres a intentar llevarte «hasta el final»? ¿Y cómo averiguar en qué hombres puedes confiar y en cuáles no?

Pensé que todavía no estaba preparada, y sentí que me embargaba el pánico.

Mamá se levantó y se dirigió a la puerta:

—Me alegro muchísimo de haber tenido esta conversación, querida, pero ahora no tenemos más remedio que arreglarnos. Ya sabes lo impaciente que se pone tu padre cuando le hacen esperar. Lo tiene todo cronometrado. Nos trata como si fuéramos barcos. Estoy segura de que está abajo, recorriendo su despacho de lado a lado y refunfuñando.

—En seguida termino.

—No, tómatelo con calma —me aconsejó como sin darse cuenta de que se estaba contradiciendo—. Es bueno practicar en hacer esperar a un hombre. Péinate cuidadosamente, píntate los labios ligeramente, como te enseñé, sin apretar, sino pasándote el carmín como una caricia, como un beso —me dijo, ilustrando sus palabras con el gesto—. ¿Entendido?

Asentí.

—Estupendo. Ah, y no te olvides, ponte las medias y los zapatos de tacón nuevos iguales que los míos. Has de llevar siempre tacones, son mucho más favorecedores para las piernas.

Al llegar a la puerta se detuvo de nuevo:

—Casi se me olvida... Te tenía reservada otra sorpresa —me anunció.

—¿Más cosas? Pero si papá y tú me habéis regalado ya tantas hoy...

—No es un regalo, Leigh. Es una excursión a un sitio que quiero que conozcas —me explicó—. Te voy a llevar conmigo este fin de semana.

—¿A dónde?

—A «Farthinggale Manor», ya sabes, la mansión que te he mencionado otras veces.

—¿La que estás decorando, la de los murales de la sala de música? —le pregunté.

Me lo había contado un día, muy por encima. Mamá trabajaba como ilustradora de libros infantiles para Patrick y Clarissa Darrow, un matrimonio vecino nuestro que tenía una empresa editorial en Boston. Su decoradora, Elizabeth Deveroe, estaba realizando un proyecto en una fabulosa mansión de las afueras de Boston. Mamá y Elizabeth eran buenas amigas y mamá la había acompañado allí una vez. Le hizo unas cuantas sugerencias, al parecer muy apreciadas por el propietario de la casa. Entonces Elizabeth y él le pidieron que llevara a cabo personalmente la idea, que consistía en pintar unos murales con escenas de cuentos de hadas, como las que hacía mamá en las portadas de los libros.

—Sí. Ya los tengo bastante adelantados y quiero que vengas a verlos y también que conozcas a Tony.

—¿Tony?

—El señor Tatterton, el dueño. Quiero que conozcas la casa. Bueno, si te apetece, claro.

—¡Ay, sí! Estoy impaciente por ver lo que has pintado.

—Estupendo —sonrió—. Bueno, ahora más vale que nos arreglemos antes de que tu padre haga un surco en el suelo de dar tantas vueltas.

Me hizo gracia la idea de lo que ahora supondría para el pobre papá el tener que vivir con dos mujeres en casa en lugar de una sola. Pero yo nunca podría ser cruel con papá, pensé. Nunca sería capaz de engañarle ni de ocultarle mis verdaderos pensamientos. ¿Es que nunca, me preguntaba, ni siquiera después de enamorarse y casarse, podía una confiar en su marido y ser sincera con él...?

Me puse el sujetador nuevo y uno de mis jerséis nuevos de cachemira con su falda a juego. Me cepillé el pelo hacia atrás y me puse el pintalabios como mamá me había recomendado. Después encontré los zapatos de tacón y fui a mirarme al espejo.

Me encontraba tan distinta... Era como si hubiera crecido de la noche a la mañana. La gente que no me conociera sería incapaz de adivinar mi verdadera edad. ¡Qué emocionante!, pensé. Y sin embargo, por otro lado, me daba un poco de miedo. Parecía mayor, sí, pero ¿sabría comportarme como una chica mayor? Yo siempre observaba a mamá en público, su forma de entrar y salir de los sitios como deslizándose, su forma de transformarse; unas veces se volvía como tontita y soltaba risitas y otras parecía tan elegante y aristocrática que cualquiera habría creído que pertenecía a la realeza.

Siempre estaba preciosa, siempre era el centro de atención. Cuando penetraba en una sala, todos los hombres se callaban y volvían la cabeza con tanto interés que casi se partían el cuello.

Me ponía nerviosa pensar que cuando entráramos en el restaurante para mi cena de cumpleaños todas las miradas convergerían en nosotros, y que tanto los hombres como las mujeres me observarían atentamente a mí también. ¿Se reirían de mí? ¿Pensarían que era una niña pequeña que intentaba imitar a su madre?

Cuando bajé por fin al despacho de papá, me reconcomía la aprensión. Sería el primer hombre que me viera tan arreglada y era el hombre más importante de mi vida, por el momento. Mamá todavía no había terminado de arreglarse.

Estaba sentado en su mesa, leyendo uno de sus informes. Hacía dos años, mamá había remodelado y redecorado la casa entera, excepto su despacho. Él no estaba dispuesto a que le tocaran ese cuarto, aunque tuviera en el suelo esa alfombra de aspecto cochambroso que mamá consideraba francamente impresentable y embarazosa. La mesa de trabajo había sido de su padre y estaba toda rayada y astillada, pero él no permitía que nadie se la tocara. La habitación tenía un aspecto un poco descuidado porque las cuatro paredes estaban cubiertas de estanterías con modelos de barcos y libros de navegación. Había un pequeño sofá de cuero marrón y una vieja mecedora de nogal con una mesita ovalada de arce a su lado. Él trabajaba a la luz de una lámpara de aceite, de bronce. Las únicas pinturas de la habitación eran de barcos: clípers americanos y algunos de sus transatlánticos de lujo. También tenía viejos pedazos de madera de naufragios labrados por el mar sobre su abarrotada mesa de trabajo y en la mesita ovalada. A su espalda colgaba un retrato de su padre, mi abuelo Van Voreen, que murió dos años antes de nacer yo, con una cara muy seria de profundas arrugas y las mejillas muy curtidas. Papá siempre decía que él se parecía a su madre, que también murió antes de que yo naciera. En las fotografías parece una mujer menuda y dulce y probablemente papá heredaría de ella su talante tranquilo y conservador.

He estudiado muchas veces las fotos de mis abuelos paternos, en busca de semejanzas entre ellos y yo. En algunas, los ojos de su madre se parecen a los míos, pero en otras son muy distintos.

Papá levantó lentamente la vista de sus papeles al advertir que había entrado alguien. Durante unos instantes, pareció no reconocermme. Luego se puso de pie de un brinco, con expresión de asombro.

—¿Qué tal estoy, papá? —tanteé.

—Estás tan... mayor. ¿Qué te ha hecho tu madre?

—¿No te gusto? —le pregunté con ansiedad.

—Sí, sí... No me había dado cuenta de lo guapa que te estás poniendo, Leigh. Supongo que debo dejar de considerarte una niña. —Volvió a mirarme con más detenimiento. Me hizo sentirme muy cohibida y noté que me ruborizaba—. Bueno, pues ahora —dijo al fin, rodeando la mesa para acercarse a mí— tengo que sacar a cenar a dos bellas señoras. Qué suerte... Luego me abrazó y me cubrió de besos.

—¿Estás seguro de que estoy bien, papá?

—Segurísimo. Bueno, vamos a ver cuántas horas tardará todavía tu madre en bajar esas escaleras...

Me cogió por los hombros y salimos al vestíbulo. Nos quedamos mirando hacia lo alto de la escalera por la que mamá empezaba a descender con parsimonia.

Estaba tan guapa como siempre. Le brillaban tanto los ojos que lanzaban destellos. Tenía un color radiante y su pelo difundía un fulgor angelical. Me guiñó un ojo mientras se daba una vuelta.

—Pero, hombre, Cleave, si ni siquiera te has cambiado el traje que has llevado puesto todo el día... —dijo terminando de bajar.

—¡Claro que sí! —protestó él.

Mamá meneó la cabeza.

—Son todos tan parecidos que no se nota. —Luego me apartó un mechón de pelo de la frente—. ¿A que Leigh está guapísima?

—Absolutamente. Arrebatadora. Nunca se os había notado tanto el parentesco entre madre e hija —exclamó, pero mamá pareció dolida. Él lo advirtió y rectificó en seguida—: En realidad, parecéis hermanas, sería imposible que tuvieras una hija de esa edad con lo joven que estás.

Mamá se esponjó de satisfacción.

—Ves —me susurró al oído al salir—, si una quiere, siempre puede conseguir que digan lo que han de decir.

Mi corazón volvió a latir y el aire se abrió paso de nuevo por mi garganta. Mamá estaba cumpliendo su promesa: estaba compartiendo realmente conmigo sus secretos de mujer. De camino a un restaurante de fábula y con aquella ropa, me sentía más emocionada y entusiasmada que nunca en

la vida.

Y después, durante la cena, papá nos dio otra sorpresa. Nos anunció que pensaba inaugurar una nueva línea de cruceros por el Caribe con la esperanza de estimular la demanda. En principio era un crucero a Jamaica y había planeado llevarnos en el viaje inaugural. Saldríamos la próxima semana tras una fiesta de despedida por todo lo alto.

Mamá se quedó sin habla. Al principio no parecía contenta, y eso que hasta ese día no había parado de quejarse de no haber ido nunca a Jamaica, que se había convertido en el centro turístico de los ricos y los famosos.

—¿Y los estudios de Leigh? —objetó.

—Nos llevaremos a un profesor particular, como otras veces —repuso papá, con expresión de perplejidad ante su reacción.

A mí también me pareció muy peculiar que se preocupara por eso. Hasta ahora nunca le había pasado.

—Pensaba que te haría ilusión —prosiguió papá. Parecía muy desalentado frente al poco entusiasmo de mamá por su buena noticia.

—Sí me hace ilusión. Es que... ha sido algo inesperado. Tú nunca haces nada espontáneamente, Cleave —su voz me sonó rara, forzada—. Tardaré un momento en hacerme a la idea.

Me miró y luego se echó a reír y continuamos nuestra celebración.

Qué cumpleaños más maravilloso, pensé. Y era estupendo que papá me hubiera regalado ese Diario para plasmar estos preciosos recuerdos. Era como si adivinara que de ahora en adelante serían muy especiales y fuera muy importante para mí conservarlos para siempre.

Hoy, en cierto modo, había experimentado cómo es sentirse mujer en vez de niña. En lo más hondo de mi corazón me preguntaba si papá seguiría trayéndome a casa regalitos y llamándome princesita. Por un lado temía que si crecía, su amor por mí cambiaría, disminuiría.

Mamá entró en mi habitación cuando yo ya estaba en la cama con la luz apagada. Quería recordarme nuestra visita a «Farthinggale Manor». Advertí cuánta importancia le daba ella a que me gustara; pero cómo iba a disgustarme el lugar que me había descrito... Parecía un reino de cuento de hadas.

Y ese tal Tony Tatterton... ¡Sonaba como un rey!

!! [HYPERLINK \l "INDICE" ¶](#) [⊥]

capítulo ii.

Un reino de fantasía

Yo quería que papá viniera con nosotras a ver los murales de mamá, pero a pesar de ser sábado, tenía que ir a la oficina. Él solía ir a trabajar los sábados por la mañana y, algunas veces, los domingos por la tarde. Este fin de semana en particular, estaba más deprimido que de costumbre por su

trabajo, pues parecía inevitable la venta de uno de sus transatlánticos, con el subsiguiente despido de su tripulación. Las compañías aéreas estaban creciendo aún más deprisa de lo que él había previsto en un principio y seguían robándole clientela. Papá decía que las compañías aéreas iban a ofrecer comidas de superlujo a bordo de los aviones, platos preparados por los mejores chefs y que la gente se peleaba por conseguir pasajes. Yo no quería confesarle que algunas de mis compañeras de clase soñaban con ser azafatas.

Mamá le aconsejaba que invirtiera en alguna otra cosa aparte de buques y cruceros de lujo, pero él meneaba la cabeza y le contestaba que era el único campo que conocía.

—El capitán se hunde con su barco —me decía—, ¿verdad, princesa? A mí se me partía el corazón, pero mamá no parecía preocupada en absoluto. Ella opinaba que los nuevos cruceros por el Caribe podrían ser rentables. Dijo que llevaba mucho tiempo animándole a intentar esa empresa.

—Pero como todos los hombres —me comentó—, detesta que una mujer le diga lo que tiene que hacer. Desde luego, los hombres son durante toda la vida unos niños grandes. Les gusta que les mimen y les protejan y luego son siempre unos tozudos.

Yo escuchaba sus palabras, pero no estaba de acuerdo en que papá fuera tan terco, con la salvedad de lo de su despacho en casa. Pero todo el mundo tiene sus manías para ciertas cosas, al fin y al cabo. Mamá también es tozudísima con muchas cosas, y cuando se lo comenté, me respondió que ser un poco difícil de vez en cuando era una de las prerrogativas de las mujeres. Dijo que servía para que los hombres nos apreciaran más.

—Nunca consientas que un hombre dé por sentado que te posee —me aconsejó.

Íbamos charlando de todo esto camino de «Farthinggale Manor». En general nos llevaba un chófer, pero este vez mamá quiso conducir el coche personalmente.

Hacía un día radiante y extraordinariamente cálido. Papá dijo que gozaríamos de un largo veranillo de San Martín y si sigue así, no nevará hasta enero. Me encantaría pasar unas Navidades nevadas. Es tan distinto oír las campanillas de los trineos o los villancicos mientras van cayendo los ligeros copos... Cuando se lo comenté a mamá, se echó a reír y me dijo: —Tony Tatterton está planeando dar una fiesta en Navidad, y si a Tony Tatterton se le mete en la cabeza que haya nieve en Navidad y todavía no ha nevado, es capaz de mandársela traer en avión.

—¡Debe de ser muy rico! —exclamé.

—Cuando veas «Farthy» y veas los coches deportivos, los «Rolls-Royce», los

caballos árabes y el parque y la piscina olímpica, entenderás que llamarle rico es quedarse corto —me dijo.

Salimos de la ciudad y tomamos la carretera de la costa.

—«Farthy»... ¿Qué es «Farthy»?

—Ah —soltó otra carcajada, una risa breve de esas que suele proferir la gente cuando piensa en algo muy íntimo, en algo que sólo uno mismo o una persona muy allegada podría apreciar—. Es el diminutivo que le ha puesto Tony a su propiedad. Se llama «Farthinggale Manor».

—Suenan a libro de cuentos. Sólo en los libros les ponen nombre a las casas.

—No, no —me explicó mamá—. La gente de abolengo, que vive en casas con historia, suele ponerle nombre a su casa, de veras. Ya conocerás otras grandes propiedades, y espero que a partir de ahora puedas codearte más a menudo con personas de esa clase.

—¿Siempre habías deseado vivir a lo grande, mamá, incluso a mi edad, cuando estabas en Texas? —inquirí.

Yo nunca había soñado con vivir en una mansión ni en asistir a las fiestas de la alta sociedad, en aquellas casas tan antiguas y famosas, con nombre y todo, como Tara en Lo que el viento se llevó. ¿Se suponía que debía desear esas cosas? ¿O era una cosa que te ocurría de mayor, con la madurez? Me lo preguntaba...

—Pocas veces —repuso mamá.

Volvió a reírse de algún oculto pensamiento. Yo quería vivir en una buhardilla de París, ser una artista hambrienta, amante de algún poeta pobre y exponer mis obras en los muelles del Sena. Por la noche iríamos a sentarnos a la terraza de algún café, donde mi amante leería sus poemas a los amigos... Pero cuando le contaba esas cosas a mi madre, ella se echaba a reír, burlándose y ridiculizándome. Le parecía que era una tontería querer ser una artista. Una mujer sólo debe tener un propósito en la vida: ser esposa y madre.

—¿Pero no se daba cuenta de tu talento? ¿No estaba orgullosa de tus dibujos y tus pinturas? —le pregunté, aunque se me hacía muy cuesta arriba imaginarme a mamá viviendo en una buhardilla, sin ropa buena, ni joyas ni maquillaje.

—Nunca quiso ni mirarlos siquiera y me regañaba por pasarme tanto tiempo dibujando o pintando. Mis hermanas también hicieron de las suyas, saboteándome mis trabajos. No tienes idea de lo que llegué a sufrir cuando tenía tu edad, Leigh.

Qué espantoso, pensé, que tu propia madre te ignore y no te dé su apoyo. Pobre mamá, viviendo con esas terribles hermanas suyas y una madre que no tenía el menor interés en las cosas que eran su pasión, lo más importante para ella. Realmente, estuvo muy sola hasta que papá llegó, la

rescató y se la llevó de allí, dándole la oportunidad de convertirse en una artista y de obtener las cosas que deseaba.

—Pero ahora eres feliz, ¿verdad, mamá? Tienes todo lo que deseas, ¿no? Y has logrado ser una artista... —la presioné para que asintiera.

Tardó un momento en contestar, pero yo guardé silencio porque noté que lo necesitaba.

—Tengo muchas cosas caras, Leigh, pero creo que mi vida debería ser distinta —sonrió dulcemente.

Me gustaba esa sonrisa, ese brillo suyo en los ojos, debido a algún recuerdo hermoso. Papá estaba en lo cierto cuando aseveraba que los recuerdos son más preciosos que las joyas.

—Yo soñaba con acudir a toda clase de celebraciones de gala, fiestas, bautizos de barco, rodeada de fotógrafos y periodistas...

—Ya has hecho algunas de esas cosas. He visto las fotos, los recortes de periódico...

—Sí, claro, algún evento de tarde en tarde, pero siempre tenía que hablar con tu padre para esas cosas. Procede de un ambiente tan práctico, tan puritano. Mira cómo tiene el despacho de casa. Según él, está todo perfectamente. Con lo que tiene le basta, puesto que estaba lo bastante bien para su padre, que probablemente se murió empuñando la primera moneda que ganó. La verdad, procuro mantener esa puerta cerrada cuando viene alguien a casa, pero a él le da igual. ¿Conoces a alguien a quien le guste más trabajar? —me preguntó.

—Sólo está intentando ganar mucho dinero para hacernos felices —salté en su defensa.

—Sí, sí, para que seamos felices —dijo con voz apagada—. Estamos llegando, Leigh. Mira hacia la derecha y observa por algún hueco entre los árboles. La primera ojeada a «Farthinggale Manor» no se olvida fácilmente —añadió con cierta emoción.

El sol sobresalía justo por encima de las copas de los árboles, y al torcer a la izquierda por un camino particular, sus rayos iluminaron una enorme verja de hierro con tejadillo, que ostentaba la inscripción «Farthinggale Manor». Observé los duendes, las hadas y los gnomos que asomaban entre las hojas de hierro. Tuve la ilusión de estar penetrando en un lugar especial, un reino mágico. Antes aun de distinguir el inmenso caserón que brillaba a lo lejos, comprendí la excitación de mamá. Nuestra casa de la ciudad era grande y lujosa, pero era muy distinto estar rodeado de hectáreas y hectáreas de tierra con prados, colinas y setos. En Boston residíamos en el mejor barrio de la ciudad, pero esto... Esto era una ciudad particular, un mundo particular. —«Farthinggale Manor» —susurré.

Las palabras tenían un aura de embrujo. Al pronunciarlas sentí como si

cambiara el mundo a mi alrededor. La hierba parecía más verde, más jugosa, más tupida. La mayor parte de los céspedes de la ciudad habían empezado ya a amarillear. Por el camino había visto muchos árboles que estaban perdiendo su follaje dorado y rojizo del otoño, pero los de «Farthy» conservaban aún sus preciosas hojas, embellecidas por la caricia del sol, que las hacía resplandecer como piedras preciosas. Parte de la propiedad estaba al abrigo de un corro de colinas que protegían a los árboles de los vendavales oceánicos. Algunas de las hojas estaban tan inmóviles que parecían pintadas en las ramas.

Vi por lo menos a media docena de jardineros rastrillando, podando, abonando las plantas y los arbustos. Algunos estaban arrodillados junto a fuentes con figuritas de Cupido, Neptuno y Venus en sus surtidores. En otros rincones, los obreros llevaban carretillas con tierra o grava de un sitio para otro. Había tal sensación de actividad y de vida en el parque que resultaba casi increíble que estuviéramos a finales de octubre y con el invierno en ciernes. Mientras recorríamos el largo camino hacia la casa, me dio la impresión de que mamá y yo estábamos regresando a la primavera, como si el tiempo hubiera dado media vuelta, o penetrando en un reino donde no existían los días grises.

Luego, cuando vi la gran casa, pensé que había acertado al imaginármela como un mundo de fantasía. La inmensa construcción de piedra gris parecía un castillo. Tenía el tejado muy empinado, rojo, con torreones y pequeños puentes que comunicaban con las zonas inaccesibles del tejado. Me imaginaba la vista que dispensarían las ventanas del piso superior. Seguramente se vería el océano desde allí.

A medida que nos acercábamos, la casa iba haciéndose más alta y más grande. Me pareció que por lo menos era tan grande como media manzana de una ciudad. Nuestra casa entera cabría dentro, y todavía sobraría mucho sitio. Al aproximarnos, mamá clavó los ojos en mí, para observar mi reacción. Guardó silencio mientras se acercaba a la amplia escalinata de piedra que subía hasta la inmensa puerta principal, un portón que parecía tan pesado y grueso que para moverlo me figuré que harían falta diez hombres.

—Ya hemos llegado —declaró mamá apagando el motor del coche.

Casi en el mismo instante apareció un criado a abrirle la portezuela. Era un hombre alto, moreno, de poco más de unos veinte años, tal vez. Llevaba un uniforme de chófer y se quitó la gorra cuando nos bajamos del coche.

—Buenas tardes, Miles —le saludó mamá—. Ésta es mi hija, Leigh.

Miles me dedicó una rápida ojeada. Pensé que era bastante tímido, aunque era guapo, y en seguida me dio por imaginar cómo resultaría convertirle en mi pretendiente. Me pregunté nerviosa si me encontraría atractiva y no

pude evitar ruborizarme hasta la raíz del cabello. No sabía si mamá se habría dado cuenta.

—Encantado de conocerla, señorita Leigh —me dijo, con una leve inclinación de cabeza.

Me resultó muy divertida y muy pomposa esa presentación tan formal, pero antes aun de que se me ocurriera sonreír, mamá me dedicó una severa mirada.

—Muy amable, Miles. Lo mismo digo —repliqué.

Entonces se sentó ágilmente al volante de nuestro coche para llevárselo al garaje.

—Miles es el chófer del señor Tatterton —me explicó mamá mientras ascendíamos las escaleras—. Sólo lleva aquí un par de semanas.

Antes de que llegáramos a la puerta, nos abrió el mayordomo, un hombre muy alto y delgado con la cara triste y muy arrugada, que me recordó a Abraham Lincoln. Llevaba el pelo, fino y castaño, peinado hacia atrás y con la raya casi al medio. Se movía tan lenta y silenciosamente que parecía un empresario de pompas fúnebres.

—Buenas tardes, Curtis —le deseó mamá—. Ésta es mi hija, Leigh.

—Buenas tardes. —Curtis me saludó con una inclinación de cabeza y los ojos bajos, como a un miembro de la casa real, y luego retrocedió para dejarnos pasar—. El señor Tatterton la está esperando en la sala de música.

—Gracias —le dijo mamá y cruzamos el enorme vestíbulo—. No debe de haber cumplido los treinta, pero parece ya un anciano —murmuró y luego soltó una risita.

Mamá reflejaba una excitación completamente desconocida para mí, casi como la de una niña pequeña o de mi misma edad. Me ponía nerviosa, casi me asustaba, aunque no sabía por qué. Lo único que sabía era que deseaba que aquello terminara y volviera a actuar de nuevo como una madre.

Mientras intentaba quitarme de la cabeza esa estúpida desazón, iba mirando la hilera de retratos inmensos, antiguos, de los antepasados, los cuadros de caballos preciosos, del mar, cuadros y más cuadros y también tapices sobre las paredes de mármol. Arrimadas a las paredes había mesas de mármol blancas y negras y grandes bancos ornamentales de piedra, demasiado incómodos y fríos para sentarse, evidentemente. Delante de nosotras ascendía una monumental escalinata curva, dos veces, no, tres veces mayor que la de nuestra casa. Del techo pendía una tremenda araña de cristal con tantas bombillas que me imaginé que reluciría como el sol cuando la encendieran. El suelo del vestíbulo estaba cubierto de grandes alfombras persas, tan limpias y nuevas que parecía un pecado pisarlas.

—Venga —me apremió mamá y yo la seguí a través de un enorme salón.

Advertí de refilón un espléndido piano de cola. Nos paramos a la puerta de la

sala de música y alcé la mirada hasta el techo abovedado. Había una escalera muy alta y un andamio justo donde había que completar las pinturas.

Hasta el momento, mamá había pintado un cielo azul brillante con golondrinas y palomas volando. En el centro había un hombre sobre una alfombra mágica y justo delante, el esbozo de un místico castillo en el aire, medio oculto por unas nubes. Eso era lo que estaba sin pintar.

Observé los murales de las paredes y reconocí algunas de las escenas, porque procedían de varias ilustraciones suyas de libros. La pared del fondo consistía exclusivamente en un umbroso bosque, con rayitos de sol entre el follaje y un tortuoso sendero que conducía hacia unas montañas medio veladas por la niebla, coronadas de castillos.

—¿Qué te parece? —me preguntó en voz baja.

—¡Oh, mamá! ¡Es precioso, precioso! ¡Me encanta!

Me había quedado tan embobada con los frescos de las paredes y el techo que no advertí la presencia de un hombre, sentado en un pequeño sofá de molduras muy elaboradas. El sofá estaba de cara a la puerta, así que él nos había estado observando mientras yo daba vueltas, casi sin aliento, arqueando las cejas y boquiabierta de admiración.

—¡Oh! —exclamé, retrocediendo un paso hacia mamá. No pude evitar ruborizarme de vergüenza.

El hombre, un joven muy atractivo, con los ojos más azules que había visto en la vida, se echó a reír. Llevaba una chaqueta de esmoquin de terciopelo de color burdeos, pantalones negros y tenía el pelo castaño oscuro, fuerte y tupido. Su boca era carnosa; sus labios, más que sensuales, y su tez, bronceada como la de una estrella de cine. Parecía envuelto por una aureola de elegancia y celebridad.

Cuando se levantó, advertí la fuerza que le conferían sus hombros cuadrados. Era bastante alto, más que papá, y movía con desenvoltura las manos, de dedos alargados. Emanaban de él un poder, una confianza y una seguridad poco comunes en un hombre tan joven.

—Perdonadme —nos rogó—, pero quería contemplaros libremente a las dos un momento. Jillian, no puedes negar que es hija tuya. Ha heredado tus ganas de vivir y en sus ojos brilla tu misma exuberancia.

Miré a mamá, para ver cómo reaccionaba ante unos halagos tan desmedidos. Vaya, parecía abrirse como un capullo tras una lluvia estival.

—Bienvenida a «Farthy».

—Leigh, te presento al señor Tatterton —me dijo mamá sin apartar los ojos de él.

¿El señor Tatterton? Me quedé estupefacta. Por lo que mamá me había contado de él, me había hecho a la idea de que era mucho mayor, un

hombre maduro. Pensaba que los millonarios suelen tener ese aspecto canoso de los libros de texto: los Rockefeller y los Carnegie y los barones del petróleo: señorones que no piensan más que en la Bolsa o los Carteles y los monopolios.

Miré a mi madre y constaté, en la radiante expresión de su cara, que le divertía mi reacción y que Tony Tatterton le gustaba mucho.

—Hola, señor Tatterton —le dije.

—Oh, por favor, llámame Tony. Entonces, ¿te gusta lo que ha hecho tu madre? —me preguntó señalando al lecho y las paredes.

—Es maravilloso, ¡me encanta!

—Sí.

Se volvió hacia mí y me miró con ojos penetrantes. Una mirada que me alborotó el corazón y me abrasó la nuca. Esperaba no haberme puesto como la grana. Desde que era muy pequeña, me ruborizaba a la más mínima emoción.

—A mí también —dijo Tony—. Y le estaré eternamente agradecido a la señora Deveroe por haber traído aquí a tu madre. Bueno —añadió dando una palmada—, lo primero es lo primero. Estoy seguro de que te apetecerá dar una vuelta por «Farthy».

—A mí también —exclamó una vocecita a mi espalda.

Me volví hacia la izquierda y vi a un niño pequeño, con grandes ojos oscuros e inquisitivos, mirándome desde detrás del sofá. Era evidente que estaba escondido allí desde el principio. Tenía el mismo pelo castaño oscuro que Tony Tatterton y lo llevaba largo, pero bien cortado, lo cual le daba aspecto de principito. Iba vestido con un traje azul de marinero.

—Ven, Troy —le ordenó Tony Tatterton—, déjame que te presente como es debido. Venga.

El niño vaciló y siguió mirándome.

—Hola —le dije—. Me llamo Leigh. ¿Vienes a darme la mano?

Asintió rápidamente, se levantó y acudió a toda prisa.

—Bien, ya veis el buen gusto que tiene Troy a sus cuatro añitos. Troy es mi hermano pequeño —nos explicó Tony mientras yo estrechaba la manita del pequeño. Troy me miraba angustiado—. Bueno, en realidad, dadas las circunstancias, es como si fuera su padre, puesto que nuestros padres han muerto —añadió Tony.

—Oh...

Miré al crío y me dio pena. Parecía tan frágil y diminuto como un pajarito caído del nido y privado del calor y los cuidados de su madre. Se leía un anhelo en sus ojos, una desgarrada llamada en busca de afecto.

—Troy, te presento a Leigh, la hija de Jillian. Leigh, éste es Troy Langdon Tatterton —dijo Tony y se le distendió la cara en una amplia sonrisa, porque

Troy no me soltaba la mano.

Me agaché para mirarle de frente.

—¿Quieres venir con nosotros? —le pregunté.

Él asintió presurosamente y me echó los brazos al cuello. Le abracé y le cogí en brazos. Al levantarme sorprendí la mirada de Tony Tatterton, que clavaba en mí sus ojos intensamente azules. Sostuvo mi mirada un instante, lo cual me hizo sentirme muy incómoda y luego se rió.

—Un auténtico castigador, ya lo sabía yo —dijo Tony—. Aunque debes de ser una chica muy especial, Leigh. En general suele ser muy tímido con las personas que acaba de conocer.

Me ruboricé y desvié rápidamente la mirada. En todo caso, la tímida era yo, pensé. Pero el pequeño Troy parecía tan delicado que yo no quería hacer nada que hiriera sus sentimientos.

—Conmigo no será tímido. ¿Verdad, Troy?

Meneó la cabeza.

—Estupendo —dijo Tony—. Voy a enseñaros la casa y luego saldremos a ver la piscina y los caballos. Y después del almuerzo, iremos a dar un paseo por la playa. Pero Leigh no puede cargar contigo a todas partes, Troy. Ya eres demasiado mayor y pesas mucho.

—Muy bien —tercié yo—. Estoy segura de que a Troy no le importará caminar dentro de un momentito, ¿eh, Troy?

Asintió con la cabeza y me estudió de cerca. Vi temor en sus ojos, el miedo a que le dejara en el suelo y le ignorara.

—Tal vez Troy pueda contarme cosas y también enseñarme otras. ¿Qué te parece, Troy? —El niño asintió—. Muy bien, pues entonces, vamos.

Tony volvió a reírse y mamá y él nos precedieron en nuestro recorrido. Tal vez la habitación más impresionante de toda la casa fuese el comedor. Era tan grande como una sala de baile, con la mesa más larga que había visto en mi vida. Mientras lo estábamos admirando salió el cocinero de la cocina y Tony nos lo presentó. Me di cuenta de que Tony estaba muy orgulloso de él. Le había descubierto durante un viaje a Nueva Orleans y se lo había traído a su casa como chef personal. Se llamaba Ryse Williams y era un hombre de color muy simpático y risueño, que cuando hablaba parecía que estaba cantando. Nos prometió prepararnos «una comía tan especial que nuestros estómagos l'estarían dando las gracias día y día».

Me dolían tanto los brazos que pensé que me habrían crecido varios centímetros, así que dejé a Troy en el suelo antes de emprender la subida de la escalinata de mármol. Estaba deseando enseñarme su habitación. Todos los dormitorios del piso de arriba eran auténticas suites, cada cual con su cuarto de estar. El de Troy estaba tan abarrotado de juguetes que parecía una juguetería.

—¿No te ha contado tu madre a qué me dedico? —me preguntó Tony advirtiéndome mi sorpresa. Meneé la cabeza—. ¿O sea que no te explicó que ibas a conocer al rey de los fabricantes de juguetes?

Mamá y él se miraron como si aquello fuera una broma secreta entre ellos dos. Volví a negar con la cabeza, confundida tanto por sus palabras cuanto por las miradas traviesas que cruzaban mi madre y aquel joven tan vital y atractivo.

—¿Por qué te llaman el rey de los fabricantes de juguetes? —pregunté mientras Troy se dirigía a su montón de juguetes para enseñarme alguno en particular.

—Así es como hemos forjado nuestra fortuna —repuso Tony. Al advertir el interés que me agrandaba los ojos, enarboló una sonrisita... divertida—. Habrás tenido una niñez desdichada si nunca te han regalado un juguete Tatterton. Jillian, debería darte vergüenza... —la pinchó.

—Por favor, bastante me cuesta ya que su padre le compre las cosas apropiadas para una jovencita —replicó mamá maliciosamente.

Tony y ella se quedaron mirando un momento como si ya hubieran discutido antes sobre este tema y luego él se volvió hacia mí.

—Nuestros juguetes son especiales, Leigh. No son juguetes corrientes, de plástico. Lo que hacemos son piezas de coleccionista, para personas ricas que no quieren crecer y se olvidan de que ya no son niños. Tal vez algunos recuerden con añoranza una niñez pobre, sin apenas juguetes en el árbol de Navidad, ni regalos por su cumpleaños. ¿Ves ese castillo de ahí, con su foso?

—me dijo, señalando hacia un rincón del cuarto de Troy—. Está hecho a mano por mis artesanos. Si lo miras de cerca verás todos los detalles. Cada juguete es único en su género, así que todos son especiales y valiosos. Digamos que los que se los pueden comprar se construyen su propio reino. Me acerqué a contemplar el castillo.

—Si hay hasta figuritas, criados, campesinos, caballeros y damas... —exclamé—. ¿Son tan perfectos todos tus juguetes?

—Sí, lo son, porque si no, no los pongo a la venta.

Al acercarse a mí me rozó el brazo con la manga de su chaqueta de terciopelo y oí la fragancia de su agua de colonia y su loción de afeitar.

—Y también hacemos juegos, pero son unos juegos tan complicados que tienen a la gente en vilo durante horas y horas.

Volvió a mirar a mamá y se sonrieron como antes, como si estuvieran compartiendo un secreto muy divertido.

—En general, la gente rica se aburre en seguida de todo. Algunos se aburren permanentemente y entonces les da por coleccionar antigüedades, o juguetes como los míos. En este país hay gente tan acaudalada que no sabe qué hacer con su dinero. Yo les proporciono una salida, un lugar en el que

hallar fantasía. Si me acompañaras a una de mis jugueterías, te daría la impresión de penetrar en un mundo imaginario. En mis almacenes, la gente puede viajar a la época que desee, pasada o futura. Hemos descubierto que prefieren el pasado. Quizá les dé miedo el futuro —concluyó filosóficamente. Le miré. Hablaba de sus clientes como si le dieran lastima. No me dio la impresión de que les respetara, y eso que gracias a ellos podía permitirse sostener esa magnífica propiedad.

—Mira —intervino Troy, tirándome de la falda.

Me enseñaba un coche de bomberos metálico y reluciente, casi tan grande como él. Se podía desmontar y se movían sus accesorios como en uno de verdad. Los bomberos tenían todos la cara distinta, rematada con los más mínimos detalles. Troy apretó un botón y empezó a sonar la sirena.

—¡Es fabuloso, Troy! —exclamé—. Me imagino que te lo pasarás bomba con él.

—¿Quieres que juguemos? —me pidió.

—Ahora mismo no puede, Troy —le explicó su hermano—. Vamos a visitar la casa, ¿recuerdas?

Pareció muy desengañado.

—Jugaremos después —le dije—, te lo prometo. ¿De acuerdo?

Asintió con la cabeza y recuperó el entusiasmo.

Desde su habitación pasamos a otros aposentos, cada cual más lujoso y más amplio que el anterior. Todas las salitas estaban totalmente amuebladas con piezas de anticuario del siglo xix restauradas, y algunas parecían sin estrenar. También había obras de arte por todos los lados. Los cuartos de baño eran muy espaciosos y estaban decorados con griferías de bronce y unas bañeras que parecían estanques. Todo estaba cubierto por espejos, que agrandaban las dimensiones de los dormitorios y los baños.

Mamá y Tony Tatterton se nos adelantaron cuando salimos a ver el parque y las dependencias. Hablaban tan bajo que no se les oía, aunque probablemente tampoco me hubiera enterado de lo que decían a causa de Troy.

Le llevé de la mano mientras paseábamos por los caminitos del jardín y el césped, hacia la piscina y la pérgola. Troy inició en seguida un monólogo impresionante para un crío de su edad. Cuando me tuvo ya bastante confianza, me reveló su precocidad.

—Boris, el jardinero, va a plantar unos arbustos ahí —me explicó señalando hacia su derecha, donde estaban cavando dos hombres—. Las flores ya se han secado, pero cuando pase el invierno saldrán más porque Boris dice que esta vez las plantará de varias clases... Y también es el encargado del laberinto —añadió Troy, muy impresionado, al parecer, por tan alta dignidad.

—¿El laberinto?

Me lo señaló y lo descubrí. Los setos exteriores tendrían unos cuatro metros de alto, por lo menos.

—¿Hasta dónde llega? —le pregunté.

—Hasta allá abajo y hasta la casita.

—¿La casita?

—Ajá —asintió.

Luego se me soltó de la mano y echó a correr hacia Tony, y empezó a tirarle de los faldones de la chaqueta.

—¡Leigh quiere entrar en el laberinto! ¡Leigh quiere entrar en el laberinto! —cantó.

—¿Ah, sí?

Tony y mamá se volvieron a mirarme.

—Yo no he dicho nada. Es un diablillo. Pero me encantaría —añadí mirando hacia allá.

—Hay que tener mucho cuidado ahí adentro —me recomendó Tony—. Te puedes perder de verdad.

—¿Es realmente tan grande? —le pregunté, intrigada.

—Sí, sí. Nunca lo hemos medido, en realidad, pero Boris, el jefe de jardineros, cree que por lo menos tendrá unos dos mil metros cuadrados, si no más.

—¡Vamos al laberinto, Tony! —gritó Troy—. ¡Vamos, vamos!

—Más tarde, si nos da tiempo, Troy. Primero tenemos que enseñarle a Leigh la piscina y la cuadra y llevarla a la playa, ¿no te acuerdas? Son demasiadas cosas para un solo día —añadió meneando la cabeza—. Me da la impresión de que vas a tener que volver muchas veces, si no Troy se va a disgustar... Miré a mamá. Estaba sonriendo ladinamente, de oreja a oreja.

—A lo mejor puedes venir el próximo fin de semana —insinuó.

—Sí, por favor, por favor... —me rogó Troy.

—El fin de semana que viene estaremos fuera... pero cuando volvamos...

—¿Os vais? —Tony se volvió abruptamente hacia mamá—. No recuerdo haberte oído mencionar ningún viaje.

—Me acabo de enterar anoche mismo —le contestó ella.

Me sorprendió mucho el tono de disgusto que empleó. Había insistido tanto en hacer ese viaje...

—Ya lo discutiremos después —añadió dulcemente dirigiéndose a Tony y se volvió para proseguir el paseo.

Su conversación, aun en voz baja, se hizo más animada, y los dos gesticulaban. Probablemente era sólo que Tony deseaba que terminara los murales de una vez, me dije.

El pequeño Troy empezó a refunfuñar otra vez respecto al laberinto.

—De acuerdo —le dije—, iremos tú y yo en cuanto hayamos visto la piscina.

—Vale.

Me cogió de la mano y me miró, muy satisfecho.

—Eres un pequeño hechicero, ¿verdad, Troy Langdon Tatterton?

Se encogió de hombros como si hubiera comprendido exactamente lo que le había dicho y yo solté una carcajada.

Qué sitio más extraño y sin embargo, maravilloso, pensé mientras continuábamos. Era una finca grande y muy hermosa, con muchas cosas que ofrecer a sus habitantes, pero «Farthinggale» era demasiado extenso para un hombre soltero y su hermanito pequeño. Me pareció que debían de estar muy solos, aun con un ejército de sirvientes a su alrededor. Pobre Troy, pensé, sin padres a los cuatro años... Me estremecí ante la idea de perder a mis padres, a los que tanto quiero. Mamá muchas veces daba a entender que el dinero podía dar la felicidad, pero yo estaba segura de que si el pequeño Troy pudiera escoger, preferiría renunciar a todo esto a cambio de recuperar a sus padres. Yo lo haría.

Tony dio permiso a Troy para que se metiera en la piscina olímpica, que estaba vacía. Le hizo mucha ilusión corretear por donde cubría el agua hacía pocos días.

—El muy picarón ya sabe nadar —me susurró Tony al oído— desde que tenía año y medio.

—¿En serio?

—Leigh, ven. ¡Ven, Leigh! El agua está buenísima. —Troy se rió de su propio chiste.

Se paró en mitad de la piscina y me hizo señas.

—Hace demasiado frío para bañarse —le grité.

Él me miró con una expresión adulta de estupor en la cara.

—Era una broma, no hay agua —me dijo encogiéndose de hombros como si hablara con un completo idiota.

No tuve más remedio que reírme, lo mismo que mamá y Tony.

—De acuerdo, me daré un chapuzón —le dije, bajando por la escalerilla.

Él me dio la mano y me llevó a la parte más honda.

—Soy capaz de ir nadando desde aquí hasta allá —me explicó señalando con el dedo.

Cuando llegó al otro extremo, dimos la vuelta y salimos de la piscina. Mamá y Tony habían desaparecido. Cuando asomamos la cabeza por el bordillo, les descubrí en la pérgola, conversando acaloradamente y muy juntos uno del otro. Tony parecía enfadado. Mamá se dio cuenta de que Troy y yo habíamos emergido y le tocó el brazo para interrumpirle.

—Leigh, mira —gritó—, hay hasta un pequeño estrado para una banda de música junto a la piscina...

—Así es —explicó Tony—. En verano organizamos fiestas al aire libre, con un

buffet exquisito y baile durante toda la noche. ¿Te has bañado alguna vez a la luz de la luna? —me preguntó señalando al cielo como si estuviéramos en plena noche bajo las estrellas.

Negué con la cabeza, aunque la idea sonaba maravillosa.

Troy me tiró del brazo y bajé los ojos hacia su carita expectante.

—Tony, ¿puedo llevar a Troy un poquito por el interior del laberinto de camino a la cuadra? —le pregunté inclinando un poco la cabeza.

—Bueno, está bien —consintió—. Puedes llevar a Troy hasta el laberinto. Entrad por este lado —señaló—. Pero no paséis del primer recodo —me recomendó.

—Por lo que dices parece que se nos vaya a tragar —exclamé.

Se puso muy serio y se le achicaron los ojos.

—Sería perfectamente posible —me advirtió.

Yo asentí, impresionada por su preocupación.

—Bueno, Troy. Vamos allá, pero ya has oído lo que ha dicho tu hermano.

Dame la mano y no se te ocurra escaparte ahí dentro, ¿entendido?

—Ajá —dijo meneando la cabeza con gravedad.

—Mamá... —pensaba que tal vez quisiera acompañarnos.

—Id para allá, os esperamos.

Troy y yo cruzamos de la mano el prado hacia el laberinto.

Por el cuidado y la precisión que puso al adentrarse en él, comprendí que Troy estaba fascinado por el laberinto. De pronto, su cara adquirió una expresión de reverencia y temor. Me agarraba muy fuerte de la mano y, durante un instante, me dio la impresión de haber penetrado en una iglesia. Reinaba una paz irreal. Los trinos de los pajaritos del jardín sonaban muy lejanos y los graznidos de las gaviotas que volaban sobre nosotros parecían amortiguados, distantes. Los setos eran tan altos que llegaban a ocultar la luz del sol, formando una sombra helada y húmeda en las veredas. A mí me pareció un lugar sereno, de silenciosa belleza y misterio. Cuando alcanzamos el primer recodo, eché un vistazo a la siguiente avenida, que se ramificaba a derecha e izquierda, ofreciendo posibilidades que podían conducir al caminante a extraviarse en círculos o incluso a la meta, y entonces fui consciente de su desafío y no pude reprimir una oleada de excitación y de curiosidad. Seguramente sería eso lo que quería decir Tony al advertirme de que el laberinto se me podría tragar. Era una forma de tentar, de inducir, de desafiar a cualquier intruso a resolver su enigma. Pensé que me gustaría volver algún día, sola, a intentarlo.

—¿Has llegado alguna vez más adentro, Troy? —inquirí.

—Desde luego... Tony me ha llevado algunas veces a la casita. Él se conoce el camino —me dijo, trazando zigzags con la mano para ilustrarme.

Luego se puso de puntillas, con los ojos brillantes de excitación y me

susurró:

—¿Quieres que probemos?

—Eres un demonio. Ya sabes lo que nos dijo tu hermano. Ahora tenemos que dar media vuelta. Quiero ver los caballos.

Dio un paso atrás y sonrió con afectación, como un adolescente que le cuadruplicara la edad. Después se entusiasmó con la idea y me guió hacia la entrada del laberinto.

—Vamos. Te enseñaré mi pony, Mocososo, y te dejaré que lo montes, ¿de acuerdo?

—¿Mocososo?

Le seguí, dejando a mi espalda una estela de carcajadas, que se quedaron flotando entre las sombras del laberinto.

Tony y mamá habían seguido paseando y estaban otra vez charlando muy animados. Sentí unas punzadas en el estómago al ver a mamá echando hacia atrás la cabeza y riéndose a carcajadas de algo que le había dicho Tony. Intenté convencerme de que eran sólo las ganas de comer. Sin embargo, una parte de mí estaba entusiasmada con ese mundo de cuento de hadas, y la otra deseaba salir huyendo de su misterioso hechizo.

—¡Tony! ¡Tony! —chilló Troy soltándose de mi mano y corriendo hacia ellos—. Leigh quiere montar a Mocososo. ¿Nos dejas? Nos dejas, ¿eh?

Yo sacudí la cabeza.

—¿Quieres montar, Leigh? ¿O eres tú el que quiere que monte? —le dijo a Troy.

Éste se encogió de hombros, sin distinguir la diferencia.

—Bueno, Troy, ya sabes que se tarda un rato en ensillar al pony. Primero tenemos que avisar a Curly y además Leigh no lleva una ropa demasiado apropiada para montar, ¿no?

Troy me miró. Yo llevaba uno de los jerséis nuevos de cachemira, pero en vez de su falda a juego me había puesto otra más acampanada.

Mamá chasqueó los dedos:

—Ya sabía yo que se me olvidaba algo. Quería comprarle un equipo de equitación por su cumpleaños.

—¿Su cumpleaños? —exclamó Tony—. Es verdad, ayer era el cumpleaños de Leigh... —Le guiñó un ojo a mamá y se me acercó—: Ya decía yo que esto tendría alguna explicación...

Se sacó una cajita del bolsillo de la chaqueta. Estaba envuelta en papel dorado y atada con un lacito de terciopelo negro.

—¿Qué es esto?

—Es evidente que se trata de un regalo de cumpleaños, Leigh —me dijo mamá con cierta brusquedad—. Cógelo y da las gracias.

—Pero... —Lo tomé indecisa.

—¿Qué es? ¿Qué es? —alborotó Troy.

Desaté el lazo y desenvolví el paquetito. Era un estuche; lo abrí. En su interior había un colgante de oro en forma de paquebote y una cadena de oro. El barquito llevaba incrustado un brillantito en cada chimenea.

—Oh, mira... —dije tendiéndoselo a mamá.

Mamá meneó la cabeza y sonrió.

—Es precioso.

—A ver... ¡Yo también lo quiero ver! —gritó Troy.

Me agaché y él lo miró con auténtica impaciencia.

—Pero no flotará... —dijo.

—No se trata de que flote, Troy. Es para colgárselo del cuello, ¿ves? —le expliqué sacándolo de su estuche.

—Mira lo que dice por detrás —me indicó Tony.

Le di la vuelta y leí la inscripción: «Princesa Leigh.»

—Es precioso, Tony —le dijo mamá, muy emocionada—. Me gustaría que su padre le regalara cosas como ésta en vez de auténticas maquetas de barco desmontables —añadió.

—Los padres son siempre los últimos en darse cuenta de que sus hijas se hacen mayores.

Le lancé una rápida mirada. Él me miró con sus penetrantes ojos azules y me hizo sentir mayor. Esa sensación me arreboló las mejillas y con el corazón desbocado, bajé la vista casi tan de prisa como la había alzado.

—Bueno, en cualquier caso, espero que te guste, Leigh —dijo Tony casi en un susurro.

—Oh, sí, me encanta. Gracias, muchísimas gracias...

Miré a mamá, que asintió con la cabeza y comprendí que quería que le diera un beso. Como casi no le conocía, me daba apuro darle un beso, aunque acabara de hacerme un regalo tan caro. Pero parecía que mamá deseaba que lo hiciera y yo quería portarme bien, si no por mí, al menos por ella.

Tony se me adelantó. Se inclinó un poco y acercó la mejilla a mis labios. Le di un beso muy leve, pero cerrando los ojos e inhalando el aroma de su loción de afeitar. Era el primer hombre al que besaba, aparte de papá. El corazón se me salía del pecho, produciéndome un poco de vértigo. Esperaba que él no se hubiera dado cuenta.

—Gracias —murmuré.

—A ver, deja que te lo ponga —me dijo él, quitándomelo de las manos.

Yo temblaba literalmente. Abrió el broche de la cadena y me lo puso. Yo notaba su cálido aliento en la nuca mientras él no atinaba a abrochármelo.

—Son tan minúsculas estas cosas... Bueno, ya está.

Regresó junto a mamá y ambos admiraron el colgante. Me caía justo entre los pechos.

Mamá perdió la vista en la lejanía, casi con pena, como si se hubiera puesto un poco celosa.

—Estupendo —dijo Tony y luego dio una palmada—. Ahora vamos a la cuadra y así, cuando tengas tu equipo de montar, ya sabrás a qué atenerte.

Cuando llegamos allí, Troy llamó a Curly, que era un escocés bajo y fornido, con el pelo muy rizado y pelirrojo. Me pareció que tendría unos cincuenta años. Tenía los carrillos muy encarnados, tan brillantes que parecía que se hubiera maquillado como los payasos.

—Quieren echarle un vistazo a Mocososo, supongo —dijo abriéndonos paso. Cuando Curly abrió la puerta del box apareció un pony Shetland blanco y negro. Era precioso y me enamoré de él a primera vista. Troy le ofreció un puñado de heno, que el animal cogió cautelosamente y empezó a mascar mirándome a los ojos.

—Puede usted acariciarlo si quiere, señorita.

—Ay, sí, gracias...

Acaricé el caballito pensando una vez más que «Farthinggale Manor» era un lugar mágico, con su precioso parque, su enorme piscina y su pérgola con un estrado, su laberinto y su cuadra. Empecé a entender por qué estaba mi madre tan prendada de aquello. Me imaginé que tal vez quisiera que papá comprase una finca para mudarnos a vivir fuera de la ciudad.

—¿Vendrás mañana a montarlo? Vendrás, ¿eh? —insistió Troy.

—Bueno, mañana no, pero quizás otro día...

Se quedó muy decepcionado de nuevo. Oh, con cuánta desesperación necesitaba a una madre, a una persona dulce y afectuosa... Tony sería probablemente un buen hermano, pero no podía darle el cariño de una madre. Me habría gustado llevármelo a casa. Siempre había deseado tener un hermanito.

Mamá y Tony tardaron un buen rato en llegar a la cuadra. Yo ya me estaba empezando a preguntar si debería ir a buscarles. Cuando llegaron, Tony anunció que había que ir pensando en comer. Mamá había decidido dedicar un par de horas a sus murales después del almuerzo, así que Tony se ofreció a llevarnos a Troy y a mí a la playa. Tony se dio cuenta de mi decepción: me apetecía ver trabajar a mamá.

—Te enseñaré mi rincón particular de la playa —me prometió—. Me gusta el océano —su expresión se transformó, se le ensombreció—; es todo magia y misterio, todos los días es distinto.

—A mi padre también le fascina —le dije.

—Me lo imagino. Pero yo me alegro de no depender de él para ganarme la vida —añadió—. El mar puede ser tan veleidoso como una mujer.

Me sorprendió que mamá se riera de eso. Si lo hubiera dicho papá, estoy segura de que le habría reñido o no le habría contestado. Pero por lo visto,

cualquier cosa que dijera Tony Tatterton a mamá le parecía maravillosa. —Es hermoso, poderoso y engañoso —continuó Tony con una amplia sonrisa que no le llegó a los ojos—, pero no hay nada más bonito. Aparte de tu madre, claro —añadió mirando a mamá.

Yo me volví raudamente a observar su reacción, pero en lugar de sentirse violenta, estaba radiante de satisfacción.

Me pregunté si no sería una inconveniencia que un hombre adulara tan abiertamente a una mujer casada...

Era mucho más sencillo ser una niña, y casi deseé regresar a la infancia. Pero sabía que el tiempo y el Destino no iban a permitírmelo así como así.

!! [HYPERLINK \l "INDICE" ¶](#) [⊥]

capítulo iii.

Un rincón muy particular

El almuerzo fue fabuloso, como nos había prometido Ryse Williams, y Tony le confirió un aire de gran formalidad. De repente nos vimos rodeados de criados, caras nuevas que parecían salir de la ebanistería: dos camareros y una camarera. Me dio la sensación de estar en un restaurante de lujo.

La mesa ostentaba una vajilla de porcelana de aspecto muy caro, que según Tony había pertenecido a sus abuelos. Nos sentamos todos en un extremo de la aparatosa mesa, Troy y yo a la izquierda de Tony y mamá a su derecha. Cada cubierto tenía su copa para el vino, incluido el de Troy. Tony me guiñó un ojo mientras escanciaba unas gotas en la copa de su hermanito. Troy actuaba con gran naturalidad, sin demostrar la menor sorpresa al respecto. Me di cuenta, por su modo de observar cada movimiento de Tony, que estaba intentando imitarle. Cogió su servilleta, la desplegó y se la colocó cuidadosamente sobre el regazo. Y luego se quedó sentado en una postura perfecta.

Después de la macedonia de frutas, cortadas todas con formas diferentes, nos sirvieron una ensalada deliciosa con unos ingredientes que yo no había visto ni probado en la vida. Algunos parecían pétalos de flores, pero con un sabor exquisito. El plato fuerte era una receta criolla con gambas sobre un lecho de arroz. Estaba muy especiado, pero para chuparse los dedos. De postre, Ryse Williams trajo personalmente melocotones melba. Me atiborré tanto que estaba deseando ir a pasear a la playa.

—Leigh —me dijo Tony—, ¿por qué no te llevas a Troy al jardín? Yo saldré en seguida. Tu madre y yo tenemos que discutir sólo un par de cosas acerca de los murales.

—Vamos, Leigh —exclamó Troy levantándose.

Yo miré a mamá. Tenía los codos apoyados en la mesa, las manos juntas con los dedos apoyados en los labios, pero le brillaba en los ojos una sonrisa de placer. Allí, en medio de todas aquellas maravillas, parecía más que nunca

una princesa de cuento de hadas.

—Voy a ponerme el guardapolvo —dijo bajito.

Yo seguí a Troy al exterior.

—¿Adónde vas, Troy?

Había tomado a la derecha y luego se había metido debajo de un matorral. Me respondió mostrándome un cubito y una pala.

—Los dejé aquí ayer después de ayudar a Boris. Los necesitaremos en la playa.

—Ah, claro.

—Venga, vámonos. Tony ya nos alcanzará —me dijo con resolución.

—Creo que es mejor que le esperemos.

—Me paso el día esperando, esperando y esperando —dijo dando una patada en el suelo.

Luego se tiró a la hierba y se cruzó de brazos todo enfurruñado.

—No tardará, estoy segura —le dije con una sonrisa tranquilizadora.

—Si tu madre se pone a pintar, ya no saldrá.

Qué cosas más raras se le ocurren, pensé. No era probable que Tony se quedara a vigilar a mamá mirando por encima de su hombro lo que ésta iba pintando. Tenía que atender a sus propios asuntos y a mamá nunca le había hecho gracia que la observaran mientras dibujaba o pintaba.

Troy se volvió hacia mí con una expresión de sospecha.

—¿Dónde está tu padre? —me preguntó—. ¿También se ha muerto y está en el cielo con los angelitos?

—No, está trabajando. Yo quería que viniera con nosotras, pero no podía —le contesté.

Él siguió mirándome inquisitivamente. Luego desvió la vista hacia la puerta de la mansión, entrecerrando los párpados.

—¡Hola! —nos gritó Tony desde el umbral.

Troy se enderezó de un brinco.

—Bueno, vámonos —dijo Tony bajando las escaleras.

Troy salió disparado.

—¿Vas muy a menudo al mar? —me preguntó emprendiendo la marcha detrás de Troy.

—Voy al puerto, a las oficinas de mi padre, con cierta frecuencia y además hemos hecho varios cruceros —respondí.

No me hacía a la idea de lo nerviosa que me iba a poner sin la compañía de mamá. Estaba tan asustada que podía decir o hacer cualquier incorrección, y ponernos a las dos en un compromiso. Tony parecía tan seguro de sí mismo... Con su fortuna y el gran negocio que dirigía, tenía que ser un hombre muy cosmopolita y sofisticado. Con motivo de los negocios de papá, yo había viajado mucho más que la mayor parte de mis amigas, y

había conocido a gentes de distintas nacionalidades, pero aun así me faltaba aplomo.

—Ay, claro —exclamó Tony—. Qué tontería... Lo que quería decir era si vas a la playa en verano.

—No, no demasiado. Mamá no es aficionada a la playa. Detesta llenarse de arena y esas cosas. Pero una amiga mía, Michele Almstead, tiene piscina en su casa.

—Ah.

Seguimos andando. Troy correteaba delante de nosotros, dando traspiés con sus piernitas, balanceando el cubo y la pala enérgicamente.

—Es tan mono —dije.

—Sí —me contestó Tony con tristeza—, lo ha pasado muy mal, pobre criatura. Cuando nació estuvo muy débil. Al principio pensamos que no sobreviviría.

—Vaya. ¿Y qué les pasó...?

—¿A mis padres?

Asentí.

—Mamá murió al año y medio de nacer Troy. Contrajo una extraña enfermedad en la sangre. Y mi padre falleció hace cerca de un año, de un ataque al corazón. —Al recordar la tragedia, sus ojos azules adquirieron un resplandor helado—. Le sobrevino en el laberinto.

—¡En el laberinto!

—Sí. Y por desgracia, el pequeño Troy estaba con él en ese momento.

—Dios mío... —exclamé.

—Lo estaban cruzando. Al otro lado tenemos una casita. Ahora no vive nadie en ella, pero es tan pintoresca, tan especial, que la mantenemos abierta y Troy cree que es un lugar mágico de sus historias infantiles. Fijate, aprendió a leer a los dos años y medio. Le enseñó una niñera que tuvo, la señora Habersham, una señora encantadora de Londres. Es un niño muy inteligente, muy precoz para su edad.

—Ya me he dado cuenta. Pero qué horrible debió de ser para él hallarse en el laberinto cuando ocurrió esa desgracia... ¿Qué hizo? —pregunté.

—Sorprendentemente, no se asustó. Otro niño de su edad probablemente se habría quedado junto al cadáver de su padre, llorando y llorando hasta que alguien les encontrara por fin. Pero Troy comprendió que había pasado algo grave y consiguió salir del laberinto. Todavía recuerdo cómo me llamaba a gritos, corriendo hacia la casa. Nos abalanzamos al interior del laberinto, pero ya era demasiado tarde.

—Lo siento, es muy triste —le dije, pensando en lo que representaría perder a papá, incluso ahora que yo ya era lo bastante mayor para entender lo que era la muerte.

—Para Troy ha sido muy duro, claro. Ninguna niñera es capaz de sustituir a una madre y por mucho que haga yo, nunca podré sustituir a su padre. No puedo dedicarle todo el tiempo que necesita, ni la clase de atención que requiere un niño.

—¿Aún sigue aquí la señora Habersham?

—No. Cayó enferma y tuvo que regresar a Inglaterra. Ahora tenemos a la señora Hastings, que hace de niñera y de doncella. Mira, al otro lado de esa duna está el mar. Troy ya habrá llegado a la playa.

En cuanto coronamos la loma apareció el océano frente a nosotros. Era asombroso descubrirlo tan bruscamente, tener el mar entero ante nuestros ojos. Troy ya estaba cerca de la orilla, jugando con la arena. La playa se extendía en las dos direcciones.

—¿Todo esto es tu playa privada? —le pregunté pasmada.

—Sí. Más allá hay una ensenada —dijo señalando hacia la derecha—. Es un sitio muy apartado y tranquilo al que voy cuando deseo estar solo.

—Qué fantástico...

—¿Te apetece verla, Leigh? —me ofreció, mirándome de nuevo con aquellos ojos penetrantes.

—Oh, sí, muchísimo.

—Estupendo.

Me sonrió afectuosamente, casi bebiéndome con la mirada. ¿Qué edad tendría? Unas veces parecía un hombre curtido, lleno de sabiduría, y otras, en cambio, un estudiante. Volvió a contemplar el Atlántico.

—Aquí es maravilloso —dijo—. A los siete años me mandaron a Eton porque, según mi padre, los ingleses sabían mucho más de disciplina que nosotros. Tenía razón, pero yo me pasaba el tiempo soñando con volver a «Farthy». Cerró los ojos y añadió en voz baja:

—Cuando echaba de menos mi casa, que era casi todo el tiempo, cerraba los ojos y me imaginaba que olía los pinos y los abetos y, más que nada, el aroma salobre del mar. Entonces me espoleaba la nostalgia y anhelaba sentir en la cara el aire fresco y húmedo de la mañana, con un deseo tan profundo que me dolía físicamente.

Contuve la respiración mientras me lo decía. Nunca había oído a nadie hablar tan románticamente de su hogar. Pensé que Tony Tatterton era capaz de vivir profundas pasiones. Sus palabras me producían agujonazos en la espina dorsal. Abrió bruscamente los ojos, como si alguien le hubiera dado una bofetada.

—Pero es una responsabilidad enorme llevar sólo esta inmensa propiedad y un negocio que está creciendo a pasos agigantados. Y encima, con la carga de un niño pequeño... —añadió.

—Para un hombre tan joven —se me escapó.

Él se echó a reír.

—¿Qué edad crees que tengo?

—Pues no sé... Veinte años.

—Veintitrés.

Veintitrés... Mamá casi le doblaba la edad, pero no parecía tener muchos más años que él, y eso en el peor de los casos.

—Bueno, vamos a dar un paseo por la playa, a escuchar el rumor de las olas. No podemos volver demasiado pronto a casa para no interrumpir a la artista. Ya sabes cómo son los artistas: sensibles, caprichosos... —dijo risueño.

Dimos un paseo muy bonito. Me contó sus planes para ampliar su negocio y me hizo preguntas acerca del colegio y mi vida en Boston. Después, Troy y yo estuvimos recogiendo conchas mientras Tony se tumbaba en la arena, con las manos a la nuca y los ojos cerrados. Cuando volvimos a la casa, mamá ya había recogido y se había cambiado. Casi había terminado de pintar el castillo de la bóveda.

—Me quedan un día o dos de trabajo —declaró—. Ahora debemos marcharnos, quiero llegar a Boston antes de que anochezca.

Troy agachó la cabeza, desilusionado.

—Leigh volverá otro día, Troy. No está bien ponerse así delante de los invitados —le reprendió Tony.

Troy me miró con lágrimas en los ojos.

—Ahora, dales las gracias por la visita y deséales buen viaje de vuelta.— Gracias —obedeció Troy—. Que tengáis buen viaje.

—Gracias, Troy.

—Voy a decirle a Miles que os traiga el coche —dijo Tony y salió.

—¿Quieres acompañarnos hasta el coche? —le pregunté a Troy.

Asintió y me cogió de la mano.

Antes de montarme en el coche me arrodillé a darle un beso. El pequeño se tocó la mejilla, se quedó pensativo un momento y luego me dio él otro beso, antes de volverse bruscamente y subir corriendo la escalera de la entrada. Curtis le abrió la puerta, pero él vaciló ante el umbral y se volvió a mirar. Tony y mamá estuvieron hablando bajito al otro lado del coche y luego ella se sentó al volante.

—Adiós, Leigh —se despidió él. Sus ojos parecían escrutar en mi interior y leer mis pensamientos—. Espero que lo hayas pasado bien en «Farthy». Vuelve cuanto antes...

Miré hacia otro lado, esperando que mamá no me considerara maleducada.

—Adiós, y gracias de nuevo por tu maravilloso regalo de cumpleaños —le dije, levantando el colgante de oro.

—Ha sido un placer.

Retrocedió un paso y arrancamos. Me volví a mirar y vi al pequeño Troy de pie junto a la puerta, agitando la manita. Se me llenaron los ojos de lágrimas. Recorrimos la avenida central y cuando pasamos por debajo de la portalada me pareció estar saliendo de un reino fantástico, lleno de cosas maravillosas pero también de misterio y de tristeza. No me había equivocado. Era un lugar como sacado de un cuento, después de todo.

—¿No te ha parecido maravilloso? —estalló mamá en cuanto emprendimos la marcha—. ¿Y no ha sido un encanto Tony, por acordarse de tu cumpleaños y comprarte un regalo tan valioso? Le mencioné lo de tu cumpleaños de pasada, sin pretender que se acordara, y desde luego, sin la menor intención de que te comprara nada.

—Ha sido muy amable.

No le dije que me había parecido un poco raro que un hombre que no me conocía de nada se gastara tanto dinero en hacerme un regalo, aunque fuera muy rico.

—¿Lo has pasado bien en «Farthy»? ¿No era todo como yo te había contado?

—Todavía le brillaba la cara de excitación.

—Oh, sí. Troy es tan guapo... ¿verdad?

—Es muy guapo, pero Tony le está malcriando. Lo único que va a conseguir es ponerle las cosas más difíciles en el futuro.

Me sorprendió su severidad.

—A Tony le da tanta pena que se haya quedado sin padres tan pequeñito... ¿No te parece?

Esperé, pero no me contestó. De repente se echó a reír.

—Tony jura que no parecemos madre e hija, sino hermanas. Es gracias a lo mucho que me cuido. Bebo mucha agua y no pruebo las comidas grasientas y siempre me levanto de la mesa con hambre. No te atiborres nunca de comida, Leigh. Además de ser poco femenino, te arruina la silueta.

—Ya lo sé. No paras de decírmelo.

—Es que es verdad. Mírame. ¿No te parezco prueba suficiente de que es así? Se contoneó en el asiento como presumiendo de su figura por primera vez.

—Sí.

—¿Tienen tan buen aspecto las madres de tus amigas? —me preguntó.

—No, mamá.

No era la primera vez que teníamos esa conversación. Yo no entendía por qué había que repetirle tantas veces que era muy guapa.

—No estoy dispuesta a convertirme en una vieja, eso nunca —declaró con decisión.

—Pero es imposible no envejecer, ¿no?

—No puedo evitar envejecer, pero sí puedo impedir que se me noten los años —presumió—. ¿Qué edad crees que tengo? Venga, sé sincera.

—Ya sé cuántos años tienes, mamá. Mientras hablaba con Tony...

—¡No le habrás revelado mi edad, supongo! —inquirió, con un destello de pánico en la mirada—. ¡Contesta!

—No, no. Sólo me dijo la edad que tenía él.

—Ah, bueno, menos mal... —suspiró aliviada—. Él cree que tengo sólo veintiocho años.

—¡Veintiocho! Pero mamá, si sabe que yo tengo doce... ¡Eso supondría que me tuviste a los dieciséis años!

—¿Y qué? —Se encogió de hombros—. Era muy habitual en el Sur, sobre todo en Texas, que las chicas se casaran muy jovencitas. Había chicas poco mayores que tú casadas y con el primer hijo...

—¿De veras?

Intenté imaginarme a mí misma casada. Me parecía una enorme responsabilidad tener marido, aunque menor que tener marido e hijos... ¿Cómo sería mi esposo? Nunca me había parado a pensarlo. Oh, sí, soñaba y fantaseaba con artistas de cine y cantantes, pero nunca me había planteado en serio la posibilidad de llevar una casa y vivir todos los días con el mismo hombre. Por supuesto, me gustaría que fuera tan cariñoso y considerado como papá. No me gustaría que trabajara tanto, y si no podíamos ser tan ricos, no le exigiría todo el tiempo cosas, como hace mamá; pero si lo fuéramos, me figuré que tendría los mismos caprichos. Tendría que ser tan alegre y sofisticado como Tony Tatterton, y también, pensé, tan guapo por lo menos. Y me gustaría que quisiera y cuidara a nuestros hijos tanto como yo. No tenía que ser un artista de cine ni un gran hombre de negocios, siempre y cuando me amara más que a nada en el mundo.

Pero ¿y yo qué? ¿Sería capaz de ocuparme de otra persona cuanto de mí misma? ¿Sería capaz de amar a un hombre como una esposa debe amar a su marido? Todavía no había acabado el bachillerato y además quería ir a la Universidad. Planeaba ser maestra de mayor, y mi experiencia con el pequeño Troy reafirmaba mis ambiciones. Me encantaban los niños, su inocencia y su curiosidad. La mayor parte de los niños preguntan toda clase de cosas, hasta las más embarazosas. Son impredecibles y eso me parece delicioso, e incluso excitante en ocasiones.

—No quiero casarme hasta dentro de mucho tiempo —declaré.

—¿Cómo? ¿Por qué no? —me preguntó mamá con una sonrisa forzada, como si le hubiera dicho que quería ser atea.

—Quiero ir a la Universidad para ser maestra —le comuniqué con arrojo.

La expresión contrariada de mamá no se atenuó, como yo esperaba; más

bien se agudizó.

—Eso es ridículo, Leigh. Ya sabes qué clase de personas se hacen maestras: las solteronas, las mujeres como mis hermanas, feas y gordas... Considéralo un momento. ¿Puedes imaginarte a alguien como yo trabajando de maestra? Sería un desperdicio, ¿no crees? Bueno, pues contigo sería lo mismo, porque espero que te conviertas en una joven muy atractiva, en una debutante. Te pienso mandar a escuelas muy selectas, donde conocerás a jóvenes de la alta sociedad, ricos y aristocráticos, y así podrás vivir en alguna mansión como «Farthy». Yo también debería vivir en un sitio así —añadió en un tono inquietante.

—Pero, mamá, me gustan los niños pequeños. Me ha encantado pasar el día con Troy.

—Una cosa es que te gusten los niños pequeños. A mí también me gustan de tarde en tarde. Tienen su momento y su lugar, pero condenarse a vivir rodeada de críos, recluida en alguna escuela pública, sin la menor oportunidad de conocer a gente distinguida... agh —dijo, meneando la cabeza como si se le hubiera ocurrido trabajar en una mina de carbón—. Los niños están siempre enfermos. Con toses y mocos. Por eso las maestras tienen siempre ese aspecto macilento y anémico.

Yo repasé mentalmente a las mías. No me parecían pálidas ni enfermizas. La señora Wilson era una mujer muy agradable, con la melena morena y unos afectuosos ojos verdes. Me gustaba su cálida sonrisa. Era tan encantadora que le costaba trabajo enfadarse realmente, incluso cuando los chicos hacían trastadas como poner chinchetas en las sillas.

—Quítate esas ideas de la cabeza. Tienes que estudiar arte y música. Tienes que viajar. Lo único que nos falta es que digas que quieres ser ingeniero naval...

—Antes soñaba con convertirme en la primera mujer capitán de barco —le confesé—. Y se lo dije a papá.

—¿Ah, sí? ¿Y qué genialidad te contestó tu padre?

—Dijo que algún día se haría realidad. Hay médicas y abogadas..., ¿por qué no capitanas de barco?

—Es muy propio de él alentar semejantes incongruencias. No tardará en haber mujeres electricistas, fontaneras y técnicas en telefonía... Serán muy famosas, ¿verdad? —Se rió de su ocurrencia—. En serio, Leigh, me temo que vamos a tener que alejarte antes de lo previsto de los astilleros y enviarte a un buen colegio privado para señoritas. No te conviene nada merodear por las oficinas de tu padre ni bajar a las salas de máquinas rodeada por todos esos obreros sudorosos y grasientos. ¿Me has visto hacerlo a mí alguna vez? ¿Cuándo ha sido la última vez que he ido a la oficina de tu padre? Ni siquiera me acuerdo. —Luego prosiguió en otro tono—: Bueno, ahora

pensemos en la celebración del viaje inaugural del crucero por el Caribe que quiere dar tu padre. Ya he invitado a Tony Tatterton.

—¿Le has invitado?

—Por supuesto. Y pienso invitar también a un buen número de amigos suyos, de los más ricos. Pero ahora déjame pensar... Si no lo organizo yo, tu padre es capaz de convertir el sarao en un funeral.

Se quedó callada durante el resto del trayecto a casa, planeando la fiesta, como había anunciado. Yo medité todo lo que me había dicho, preguntándome si era realmente tan malo no sentir tanto entusiasmo como ella por ciertas cosas. Resolví que eso sólo lo decidiría el tiempo, y que, con lo de prisa que estaba cambiando y desarrollándome, no tardaría demasiado en averiguarlo.

Como la fiesta de despedida se desarrollaría en el salón de baile del buque, mamá le rogó a papá que asignara otro barco, de mayor tonelaje, al crucero por el Caribe. Papá no quería, porque ello repercutiría en los beneficios, ya que un barco mayor requería mucha más tripulación y no guardaba proporción con el número de reservas previstas. Pero ella insistió mucho.

—Tienes que aprender a hacer las cosas con más empaque, Cleave —le dijo—. En este momento, lo más importante es la impresión que vas a causar al público, y no las preocupaciones acerca de los beneficios y las pérdidas. Va a asistir la Prensa y, según la lista de pasajeros, contaremos con la presencia de las mejores familias en este viaje inaugural. Eso se merece una inversión más generosa.

Al final, papá cedió a sus exigencias y asignó el Julián, su segundo transatlántico en importancia. Mamá subió a bordo todos los días para supervisar la decoración de la sala de baile y para organizar el programa, el menú y la lista de invitados. Invitó a muchas personalidades de Boston, aun cuando no participasen en el crucero. Luego se le ocurrió una brillante idea. Se acababa de estrenar un nuevo musical en Boston, destinado posteriormente a los escenarios neoyorquinos, *The Pajama Gante*, que había logrado una acogida clamorosa. Nosotros fuimos al estreno. Mamá convenció a papá para que empleara algo más de dinero y contratara algunos números musicales de la obra para animar la fiesta. Con aquello llamaríamos todavía más la atención de los periódicos y los medios de comunicación.

Yo la acompañé a la imprenta a encargarse de las invitaciones que había diseñado ella misma. En la portada aparecía un dibujo de una pareja ataviada con traje de gala, en el puente del barco, contemplando el mar a lo lejos, bajo un cielo estrellado. Transmitía un clima apacible y romántico. Detrás, la reproducción

de un anuncio reciente de una revista.

MAÑANA...

A MIL QUINIENTAS MILLAS MAR ADENTRO...

Cada nuevo día de un crucero Van Voreen es una invitación. El lujo del desayuno en la cama... los juegos... o sencillamente, holgazanear en cubierta... las compras, los bailes, las diversiones... el relevo de las obligaciones... y los planes que realizar en las distintas escalas en tierra. Cualquiera que sea el motivo de su viaje, su segunda luna de miel o la primera, ¿dónde encontraría usted más tonicidad que en la envolvente paz del mar, el cielo y el barco... y los infinitos recursos del servicio y la comida de la compañía Van Voreen?

¡BUEN VIAJE!

Y a continuación, en la carilla siguiente, la invitación propiamente dicha:

TENEMOS EL HONOR DE INVITARLE

AL BAILE DE GALA INAUGURAL

DEL NUEVO CRUCERO POR EL CARIBE

DE LA COMPAÑÍA VAN VOREEN

QUE SE CELEBRARÁ D. M. A BORDO DEL NAVÍO

JILLIAN A LAS 20 HORAS.

Se ruega rigurosa etiqueta.

Era todo muy emocionante. Mamá se compró un vestido de «Christian Dior» sin hombreras, con una franja de terciopelo gris marengo en diagonal en el corpiño y la falda abombada. Se puso su juego de «Tiffany's» de brillantes ovalados: collar, pulsera y pendientes. Se pasó toda la tarde arreglándose, cambiándose dos veces el peinado que había creado especialmente para ella su peluquera. Al final encontró unas revistas con fotografías de la realeza inglesa y eligió un peinado de una duquesa auténtica, muy elegante. Se hizo una raya en medio y se peinó la melena ahuecada hacia atrás para lucir sus preciosos pendientes.

Cuando salió por fin de su suite para acudir al baile, me pareció despampanante. Era como si fueran a coronarla reina y yo fuese una de sus damas de honor.

Yo no podía remediar sentirme un poco cohibida con el vestido que me había elegido ella. Tampoco tenía tirantes, pero en mi caso me encontraba un poco insegura, a pesar del sujetador especial. Me parecía que tenía los hombros demasiado huesudos, las clavículas demasiado salidas y que se me notaba el pecho de relleno, una bobada. Mi vestido era azul marino, con la falda abombada y debajo llevaba varios cancanes de crinolina. Mamá me

pidió que me pusiera el collar que me regaló Tony y me prestó unos pendientes suyos, unos botoncitos de oro que iban muy bien con el collar. También me puse la pulsera de oro que me regalaron papá y ella el año pasado. Y me hice un peinado a lo paje.

Papá, de esmoquin, nos esperaba dando grandes zancadas en la planta baja, como de costumbre. Cuando empezamos a bajar las escaleras las dos juntas, se detuvo y nos miró con una sonrisa de asombro.

—Magníficas, magníficas —exclamó—. Jillian, estás más preciosa que nunca... Y tú, Leigh, esta noche vas a ser la princesa indiscutible.

Me dio un beso en la mejilla y luego se acercó a darle otro a mamá, pero ella lo rechazó, diciendo que le estropearía el maquillaje.

—Bueno, bueno, vámonos, ya es bastante tarde.

Esa noche, por insistencia de mamá, nos vino a recoger una limusina.

Durante el día habían venido a recoger nos el equipaje, que ya estaba a bordo, en nuestros respectivos camarotes. No podía haber hecho una noche más perfecta para una fiesta. El cielo estaba cubierto de estrellas, cruzado apenas por algún penacho de nubes. Hasta la brisa que corría en los muelles era inusualmente benigna.

En cuanto llegamos, nos situamos a la entrada del salón de baile para saludar a los invitados. Además, de ser uno de los buques de mayor tonelaje de papá, el Jillian era quizás el más lujoso. El pasillo que conducía a la sala de baile estaba revestido con paneles de maderas finas y solado de mármol. Las paredes estaban cubiertas con grandes espejos de marco dorado y también había muebles antiguos franceses —sillas tapizadas, banquetas y mesas oscuras de pino— arrimados a los lados. Para cualquiera que entrara, seguramente sería como penetrar en un palacio.

El salón de baile era una sala inmensa de techo altísimo, con colgaduras de terciopelo de color burdeos y molduras doradas y plateadas por todos los rincones.

La iluminaban como una docena de grandes candelabros con velas coronadas por unas bombillas en forma de llama. A mano derecha había una barra que ocupaba aproximadamente la mitad de la longitud de la sala.

Alrededor de una docena de camareros ataviados con camisas blancas almidonadas, pajarita y pantalones negros brillantes daban la bienvenida a los convidados con cócteles tropicales: margaritas, pinas coladas...

La cena consistía en un bufet, clasificado por materias: mesas con ensaladillas, mesas con cremas, mesas con carne de ternera, pato, pollo o pescado. Había toda una selección dedicada a la repostería, con toda clase de tartas y pastelitos, helados, sorbetes, lionesas, flanes y cremas. Los camareros y las camareras, con trajes de ambiente caribeño, las mujeres con tocados de brillantes colorines, pasaban bandejas de aperitivos

calientes y copas de champaña.

En el estrado tocaba una orquesta de dieciséis componentes y una cantante, que iniciaron su tarea en cuanto nos colocamos en nuestro sitio y empezaron a llegar los invitados. Algunas parejas se dirigieron directamente a la pista de baile y se pusieron a bailar. No tardó en producirse una atmósfera festiva a nuestro alrededor. Yo no había visto nunca a tanta gente vestida de gala, ni siquiera en los otros cruceros o en otras despedidas. Las mujeres desplegaban una multitud de estilos, intentando cada cual parecer más elegante que las demás, todas a la última moda. Muchas de ellas llevaban vestidos de baile bordados de pedrería y joyas de gran valor: oro y brillantes, diademas... pero creo que ninguna iba tan guapa como mamá.

Tony Tatterton fue uno de los últimos en llegar. Estaba elegantísimo, tan alto y tan guapo, con su esmoquin. Se dirigió rápidamente hacia nosotros, con una sonrisita divertida en sus sensuales labios y chispas en sus ojos azules.

—Señorita Leigh van Voreen —me dijo, besándome la mano.

Me puse como la grana y me volví apresuradamente hacia mamá. Se le estaba empezando a poner esa cara de niña traviesa, esa expresión de excitación que me produjo de inmediato un hormigueo en el estómago.

—Cleave, quiero presentarte a Townsend Anthony Tatterton, de quien te he hablado tanto —le dijo a papá.

Éste escrutó rápidamente a Tony y luego le sonrió con la misma simpatía que a todos los demás convidados.

—Encantado de conocerle, señor Tatterton. Muchas gracias por ofrecerle a mi esposa ese trabajo que tanto disfruta.

—Oh, no, soy yo quien debe estarle agradecido a usted por permitirle demostrar su talento en las paredes de mi casa.

Papá asintió, con los labios apretados y mirada fría. Yo no habría sabido decir si estaba a punto de reírse o de llorar. Mamá rompió el tenso silencio ofreciendo a Tony una copa exótica y un aperitivo. Entonces él se volvió como si no hubiera reparado en la fiesta hasta entonces.

—Vaya, parece todo un acontecimiento. Gracias por la invitación. Leigh —añadió volviéndose hacia mí—, ¿me harías el honor de bailar una pieza conmigo un poco más tarde?

Me quedé sin habla. ¿Por qué yo, con todas esas bellezas sofisticadas en torno? Era incapaz de plantarme ahí en medio y ponerme a bailar con él delante de tanta gente. Imposible. Ay, la mera idea de hacerlo me aterrorizaba. Debió de advertir mi expresión de pavor, porque sonrió ampliamente y luego dedicó una inclinación de cabeza a mamá y papá, antes de dirigirse hacia el bar.

—Bueno —dijo papá inmediatamente—, creo que ya ha llegado casi todo el mundo. Tengo que ir a reunirme con el capitán para discutir los últimos detalles acerca del itinerario y otros asuntos.

—¿Ahora, Cleave? —le preguntó mamá con cierta irritación.

—Pues sí, lo siento. Puedes hacerte cargo de la fiesta durante un rato, Jillian. Leigh, ¿quieres acompañarme? Así te enterarás de algunas cosas. Algún día todo esto será tuyo... si sobrevive —añadió.

—Bueno, pero no se te ocurra llevártela a la sala de máquinas —le regañó mamá—, como la última vez. No tiene por qué saber cómo funciona un motor.

—Claro que sí. Tiene que saber cómo son las cosas por fuera y por dentro y además, al parecer se le da muy bien la mecánica. Apostaría a que es capaz de desmontar un motor y volver a montarlo en un momento, ¿a que sí, Leigh?

—Pues vaya un cumplido para una señorita —le espetó mamá—. Preferiría que la trataras como se merece y no como un marimacho, la verdad, Cleave...

En la voz de mamá se distinguía un deje de disgusto, como si se le hubiera olvidado la fiesta maravillosa que se desarrollaba a nuestro alrededor. Contuve la respiración, temiendo que iniciaran una discusión allí mismo.

—No bajaremos a la sala de máquinas, mamá. No voy vestida para eso.

—Me alegro de que tengas un poco de sentido común, por lo menos más que tu padre —dijo mirando a papá.

—Bueno, pues vámonos ya, para poder volver cuanto antes.

Salimos los dos al puente, dejando a mamá echando humo, me figuro. Yo ya conocía al capitán del Jillian, Thomas Willshaw, un ex oficial de la Marina británica, y me caía muy bien, porque siempre me miraba y me dirigía la palabra cuando iba a verle con papá y parecía que le gustaba explicarme las cosas. Mientras papá y él hablaban del viaje, el navegante sacó las cartas marinas y me enseñó nuestra ruta.

—Me alegro de que no te aburran estas cosas, Leigh —me dijo papá—. No hay razón para que no puedas dirigir un negocio así cuando termines tus estudios.

Asentí, pero pensando en lo distintos que eran papá y mamá, y sus diferencias a la hora de considerar las cosas, sobre todo las que se referían a mí.

Cuando volvimos a salir a cubierta, de regreso al salón de baile, papá me cogió de la mano y contemplamos juntos la perspectiva del buque.

—Sabes, Leigh, un hombre debe de tener una buena razón para trabajar, para luchar y construir todo esto. No basta con su ego. Tiene que creer que todo lo que hace tiene una razón más profunda. Yo lo estoy haciendo por ti.

Debería de decir batallando por ti, porque toda la industria naviera de lujo está pasando una crisis tremenda en este momento... Sé que trabajo demasiado y no te dedico el tiempo necesario, pero quiero que me comprendas —declaró con una expresión de seriedad que no le había visto en la vida.

—Sí, papá.

—Quiero decir que no pretendo alejarte de las cosas propias de una jovencita. Tu madre cree que siempre estoy intentando convertirte en un muchacho, pero lo único que pretendo es que seas capaz de dirigir todo esto, que te pertenecerá. No me gustaría que acabara en manos de cualquier administrador solamente porque yo no te diera la preparación adecuada.

—Papá, estoy muy orgullosa de que me consideres lo bastante inteligente para ayudarte algún día a llevar todo esto... Para mí, esto significa mucho más que todas las fiestas y los trajes de baile del mundo.

Se le relajó la cara y me dedicó una sonrisa:

—Estupendo.

Me dio dos besos y me estrechó entre sus brazos, y por primera vez en muchos días me di cuenta, inesperadamente, de que me sentía amparada y segura.

—Bueno, princesita, más vale que volvamos a la fiesta, si no, tu madre me va a colgar de la verga.

Cuando entramos, la fiesta se hallaba en su apogeo. La pista de baile estaba abarrotada y todo el mundo comía animadamente.

Papá se puso a charlar con la gente y yo deambulé por ahí en busca de mamá, pero no la encontraba. También busqué a Tony, pero tampoco aparecía. Entonces decidí comer algo. Poco después les descubrí entrando juntos en el salón. Tony se fue a hablar con unos convidados y mamá se acercó a mi mesa.

—Le estaba enseñando el barco a Tony —me explicó con una risita—. Bueno, me alegro de que esta vez no hayas vuelto con grasa en los codos...

—Papá sólo quiere que aprenda las cosas.

—A la gente se la paga para eso. Ésa es la ventaja de ser el dueño —replicó. Se puso a mirar hacia donde estaba Tony, esperando sin duda que él se volviera hacia ella. Era muy poco propio de ella no deambular entre los invitados... A pesar de todas sus quejas, en general disfrutaba ejerciendo de esposa del armador, interviniendo en las decisiones de protocolo y demás. Mamá se dio cuenta de mi mirada crítica.

—¿Por qué estás engullendo toda esta comida? —me reprendió—. Nunca es demasiado pronto para empezar a preocuparse por la línea.

—No me estoy atracando, mamá. Casi no he comido en todo el día y sólo he

cogido...

De pronto, puso una cara muy rara y me miró con expresión de frialdad:

—¿Qué aspecto tengo esta noche, Leigh? ¿Estoy más guapa que las demás mujeres? ¿Has visto alguna mejor vestida o más joven? —Parecía casi frenética. Luego se le transformó la voz—.

Dime la verdad —ronroneó. Pero sus ojos eran como dardos de hielo y me apretó el brazo con fuerza.

—Mamá... —empecé, pero no me escuchó.

—Mira a todas esas mujeres —me dijo, señalando con la cabeza a la multitud que nos rodeaba—, algunas han engordado tanto que han perdido toda su feminidad. No me extraña que sus maridos revoloteen en torno a mí como buitres.

Luego su cara se dulcificó y adquirió la expresión maternal que yo conocía.

Miró hacia Tony y él se volvió hacia nosotras. Parecían capaces de comunicarse incluso a través de la sala llena de gente, porque mamá se volvió hacia mí y tras despedirse, acudió rápidamente a su lado.

Les estuve observando durante un rato. Papá se acercó a presentarme a unas personas y luego permanecí con él hasta que se fue a hablar con el chef del barco. Me quedé sola, sintiéndome un poco abandonada cuando, de pronto, sentí una palmadita en el hombro y, al volverme, tropecé con los ojos azules de Tony.

—Mi baile —me dijo tendiéndome los brazos.

—Oh, es que... No sé bailar —le supliqué, mientras me cogía por la cintura y me conducía como en volandas hacia la pista.

—Qué tontería. Déjate llevar.

Vi de refilón a mamá, hablando sonriente con unos invitados. Pero me sentía tan nerviosa y tan tensa que estaba segura de parecer una boba bailando.

—Me alegro de que te hayas puesto mi regalo esta noche —me dijo Tony—.

Luce precioso en tu cuello.

—Muchas gracias.

El corazón se me salía del pecho. Estaba convencida de que todo el mundo me miraba y se burlaba de mi torpeza entre sus brazos. Él era tan alto y tan grácil y tan seguro y yo me movía como una niña medio tullida. Era muy difícil relajarse en aquella pista de baile rodeada por todos aquellos adultos tan elegantes. Aquello no era una escuela de baile.

—La fiesta es maravillosa —me dijo—. No puedo imaginarme cómo habrá sido para ti el crecer en este ambiente.

—Es un negocio muy complicado —le respondí, pensando en papá—. En especial en los tiempos que corren.

—Ah, ya —me sonrió como con ganas de complacerme—. Entonces, ¿piensas convertirte en una mujer de negocios?

—No hay razón alguna para que una mujer no pueda dedicarse a ello. —Sabía

que estaba siendo un poco brusca, pero no podía evitarlo, por algún desconocido motivo.

—No, claro.

Le brillaban los ojos y se echó a reír. Fue un alivio que terminara la pieza y él se inclinara a darme las gracias. Desapareció entre la multitud y me dejó allí en medio, todavía más cohibida. Me retiré a un rincón de la sala. Poco después salió a actuar la compañía de The Pajarita Gante. Su número les salió tan bien como en el teatro. Después del espectáculo empezó a marcharse la gente. Cuando sonó la sirena anunciando que los visitantes debían abandonar la nave, muchos de los convidados ya habían desembarcado. El personal fue recogiendo las mesas. Me reuní con papá, que estaba charlando con el capitán y el primer oficial y entonces la orquesta anunció el último baile, que era un vals.

De repente, advertí que papá fruncía el entrecejo y apretaba los labios hasta que se le pusieron blancos. Cuando me volví comprendí lo que le había llamado la atención. Mamá y Tony eran prácticamente la única pareja que seguía bailando, y lo hacían con tanta elegancia y tan juntos que todos los demás invitados no les quitaban ojo.

No tuve más remedio que compadecerme de papá, porque mamá y Tony hacían muy buena pareja, bailando como si lo llevaran haciendo durante toda la vida. Mamá parecía florecer entre los brazos de Tony. Nunca la había visto tan radiante ni tan joven como esa noche. Hasta ese momento no me había dado cuenta de lo joven que parecía en contraste con papá. Su diferencia de edad nunca había destacado tanto.

Papá también pareció darse cuenta de ello, porque se le notaba cansado, resignado, derrotado, como si acabara de envejecer diez años. Ay, qué tristeza había en la hermosa cara de papá... Advirtió que le estaba observando y se obligó a sonreírme. Luego se inclinó hacia mí meneando la cabeza:

—Tu madre siempre se las arregla para ser el alma de la fiesta, ¿verdad, Leigh?

Yo asentí con la cabeza. No lo dijo enfadado, lo dijo melancólicamente. Fue un alivio que terminara la música y mamá y Tony dejaran de bailar. Tony siguió a mamá hasta nuestra mesa para despedirse.

—Ha sido una fiesta maravillosa —dijo—. Les deseo mucha suerte en el viaje inaugural.

—Gracias —le contestó papá. Su voz no sonó amarga ni simpática—. Me alegro de que lo haya pasado bien.

—Leigh —me dijo Tony—, no tomes demasiado el sol. Buenas noches. —Luego se dirigió a mamá—: Jillian —y no dijo más.

—Te acompaño hasta la pasarela —se ofreció ella y salió tras él.

Papá les observó con una fría mirada. Instintivamente le apreté la mano por encima de la mesa. Él me sonrió como para tranquilizarme: «Estoy bien.» Pero yo no podía acallar las inquietantes advertencias de mi corazón. Como un viejo marinero, presentía una tormenta inminente en el horizonte y sentía la necesidad de atrancar las escotillas.

!! [HYPERLINK \l "INDICE" ¶](#) ⊥

capítulo iv.

Marejada

Hace algo más de un año, mamá decidió que si papá quería que le acompañáramos en sus cruceros, debía dejarla redecorar las suites que íbamos a ocupar. Sólo llegó a diseñar las de dos barcos antes de perder el interés, pero uno de esos dos fue, naturalmente, el Jillian. En una de sus revistas de decoración, mamá había visto unas fotos del apartamento neoyorquino de un personaje famoso y decidió inspirarse en él para decorar su camarote. Nuestra suite estaba tapizada en tonos relajantes, neutros, grises oscuros y beige dorados y maderas claras, que lograban el fondo perfecto para el frío tono rubio de mamá.

El buque era un balneario flotante. En uno de los puentes había toda clase de tiendas, incluyendo un salón de belleza y una barbería, una farmacia y boutiques con la última moda americana y extranjera. Había un programa completo de actividades para los pasajeros, incluyendo clases de baile, gimnasia, exposiciones de arte y conferencias, meriendas, comidas sin fin, juegos, competiciones, concursos y, por descontado, en cuanto llegamos a climas cálidos, tres piscinas. Por la noche había bailes con espectáculo, con cantantes y actores cómicos e incluso pases de películas de estreno.

Mamá se levantaba bastante tarde, así que papá y yo solíamos desayunar juntos, sin ella. Siempre comíamos con el capitán o, cuando éste no podía, con el primer oficial, más algún pasajero. Algunos días, mamá no salía de su suite hasta el mediodía, y desayunaba en su camarote. Por lo general, desayunaba sólo un vaso de zumo, un huevo pasado por agua y una tostada.

Era muy disciplinada respecto a las horas que podía exponerse al sol, y se cronometraba realmente, para adquirir sólo un bronceado muy leve. Había leído en alguna parte que los rayos del sol aceleraban la aparición de arrugas y nada la aterrorizaba más que la aparición de una arruga en la cara. Su tocador estaba repleto de toda clase de cremas para el cutis y lociones para el cuerpo, sobre todo las que prometían la eterna juventud. Se pasaba casi toda la mañana untándose potingues y maquillándose. Iba todos los días a la sauna y a darse un masaje y todas las semanas a hacerse un masaje facial.

Desde el día en que zarpamos del puerto de Boston, mamá no paró de

quejarse de los defectos devastadores del aire marino en su pelo. Tenía que ir a la peluquería todos los días a «alisárselo». Decía que el aire marino le ponía el pelo áspero y le reseca el cutis, tan delicado. Por las noches apenas salía a cubierta, ni siquiera cuando llegamos a latitudes más cálidas y las noches eran muy templadas. Para mí, había pocos espectáculos más hermosos que el mar en calma en una noche cálida, con la luz de la luna reflejándose sobre las aguas. Las olas se mecían bajo un cielo nocturno tan resplandeciente que me cortaba el aliento. Yo me pasaba el tiempo intentando que mamá saliera a cubierta conmigo a contemplarlo, pero ella me decía que ya lo veía a través del ojo de buey cuando le apetecía. Aunque papá estaba más atareado de lo habitual en esta travesía porque era el viaje piloto, hizo auténticos esfuerzos por dedicarnos más tiempo a mamá y a mí, prometiéndonos continuamente que se reuniría con nosotras en un momento dado. A mamá parecía no importarle estar o no con él. Cada vez que él conseguía acompañarnos, ella se las arreglaba siempre para tener otra cosa que hacer. Papá y yo pasamos bastantes veladas sin ella, viendo una película o presenciando alguno de los espectáculos. Ella prometía reunirse con nosotros, pero nunca se presentaba. Cuando yo le hacía alguna pregunta, me contestaba que estaba demasiado cansada o que le dolía la cabeza. Me la encontraba leyendo en la cama alguna de sus revistas o escribiendo cartas. Si le preguntaba a quién estaba escribiendo, me respondía simplemente:

—A unos amigos.

Y lo recogía todo, como si se hubiera aburrido de repente de lo que estaba haciendo.

Y cuando yo me sentaba en su cama y le describía a los cantantes o los números de variedades, parecía muy distraída y demostraba escaso interés, así que comprendí que no lo estaba pasando bien. Y después, una noche, a la semana de iniciar el crucero, me despertaron los gritos de una pelea entre mamá y papá.

—Hago todo lo que me pides —se lamentaba papá—, pero tú sigues actuando como una sacrificada. Quisiste decorar el camarote: te lo permití y lo pagué con mi dinero; pensé que era una estupidez, pero te lo consentí de todos modos. Eres la esposa del armador, pero no te has dignado atender a nuestros pasajeros más ilustres. Y cuando apareces por el comedor y te sientas a la mesa conmigo y el capitán y alguno de los pasajeros que tú misma has elegido, ¿qué es lo que haces? Te dedicas a quejarte del mar y de vivir en un barco como si fueras una esclava africana encadenada en la bodega y con rumbo a América... ¡Qué impresión crees que estás dando a la compañía... si mi propia esposa desprecia los cruceros que ofrecemos!

—Yo no estoy hecha para estar encerrada —replicó.

—Eso es cosa tuya. Nadie te impide salir del camarote. ¿Por qué no participas más en las diversiones, por qué no disfrutas de lo que puede ofrecerte el barco?

—Ya te he dicho que el aire del mar me afecta, pero a ti te da igual. A ti sólo te interesan tu precioso buque y tu trabajo. Quieres que me sacrifique por ellos, que desperdicie mi belleza y mi salud, únicamente para utilizarme como encargada de relaciones públicas.

—¡Eso es injusto! Tú misma insististe muchísimo en este crucero...

—Yo no me empecé en hacerlo.

—Pero... yo creí... siempre me estabas pidiendo que fuéramos a Jamaica — tartamudeó papá, confuso—. Francamente, Jillian, me estás volviendo loco. No sé qué es lo que quieres y lo que no quieres.

—No pienso pasarme toda la noche discutiendo. Necesito descansar para combatir a los elementos —dijo ella.

Luego se produjo un profundo silencio. Cuando papá volvió a hablar, su voz sonaba frustrada y furiosa. ¿Qué les estaba ocurriendo? ¿Se debía todo a las presiones del trabajo?

Durante un par de días mantuvieron una especie de paz tirante; pero una mañana, bajé con papá a la sala de máquinas, donde había surgido un problema. Yo llevaba uno de los conjuntos nuevos que me había comprado mamá para el viaje. Eran unas bermudas blancas con un blusón de marinero a rayas blancas y azul marino. Las bermudas llevaban unos bordados azules en los bolsillos.

Siempre me había gustado bajar a la sala de máquinas y ver las enormes calderas que desplazaban al enorme buque a través del océano. Algunos de los callejones eran bastante angostos, y también las pasarelas, pero me parecía una aventura muy divertida. Sabía que los hombres que trabajaban allá abajo estaban encantados con mi interés por su tarea, y todos eran muy simpáticos y estaban impacientes por explicarme sus responsabilidades y describirme la función de las diversas válvulas, niveles y engranajes.

Habían tenido que parar uno de los motores para repararlo, pero los otros podían remplazarlo entretanto. Yo escuchaba las preguntas que le hacía papá al jefe de máquinas y le seguía a todas partes. Me ensimismé en sus discusiones y no me di cuenta de que me estaba apoyando en un riel que rezumaba grasa, hasta que salimos de la sala de máquinas y tropezamos con mamá en el pasillo. Acababa de salir a tomar algo y tenía un aspecto fresco y exuberante por primera vez desde que zarpamos.

Pero en cuanto me puso los ojos encima, se quedó petrificada y se puso a chillar de una manera que me asustó muchísimo.

—Pero, ¿de dónde sales? ¡Mira cómo te has puesto de grasa los brazos, y el

traje!

Me apuntó con un dedo acusador y al inclinarme vi una gruesa raya de grasa en mis bermudas. Ella se encaró con papá, furiosa:

—¿A dónde las has llevado, especie de estúpido? —le soltó.

Un escalofrío me recorrió la columna vertebral. Me dije una y otra vez: «No pasa nada, no pasa nada...»

A papá se le puso la cara violácea. Yo nunca le había oído llamarle una cosa así en las narices, y sabía que debía de haberle molestado especialmente que le insultara delante de mí. Echó la cabeza para atrás como si ella le hubiera dado una bofetada en plena cara, pero su reacción no amilanó la furia de mamá.

—Le había comprado ese conjunto en una de las tiendas más caras de Boston, porque quería que pareciera una señorita bien vestida, no un mono lleno de grasa. No paras de sabotear todos mis esfuerzos por enseñarle modales, para ayudarla a potenciar sus cualidades femeninas. Te empeñas en convertirla en un marimacho... —le acusó.

—Bueno, Jillian, ya está bien...

—No me digas lo que ya está bien. Leigh, ve a tu camarote a lavarte. Y llama a la camarera para que lleve inmediatamente tu ropa a la lavandería, a ver si tiene arreglo.

—Mamá, no ha sido culpa de papá. Yo no he tenido cuidado y...

—Claro que ha sido culpa de papá —insistió mirándole iracunda—. Si no te hubiera llevado allá abajo esto no habría sucedido.

—Pero yo quería ir, mamá. Quería ver los motores y...

—¿Querías ver los motores? —Puso cara de pasmo—. Mira lo que has conseguido —le dijo señalándome con las dos manos, como si me acabara de transformar en alguna extraña criatura.

Papá cerró los ojos y luego los volvió a abrir, armándose de paciencia.

—No le hará ningún daño aprender algunas cosas sobre el funcionamiento de un barco y las averías que pueden surgir. Cuando llegue el momento...

—Cuando llegue el momento esto se va a terminar —le interrumpió mamá empujándome hacia mi camarote y dejando a papá allí plantado con la palabra en la boca.

Yo me compadecía de él, pero mamá estaba furiosa y no paraba de farfullar que él me estaba hundiendo, que estaba arruinando mis posibilidades de presentarme en sociedad y convertirme en una señorita. Dijo que estaba «asfixiando mi feminidad».

Yo intenté defenderle, pero ella no me escuchaba. Me quité rápidamente la ropa y me cambié mientras ella salía a darle mis bermudas y la blusa manchadas de grasa a la camarera. Cuando emergí de mi camarote, papá ya se había marchado. Pasé el resto del día con muy mala conciencia porque

consideraba que todo había sido culpa mía. ¿Por qué no habría tenido más cuidado? ¿Por qué no me preocupaba más de mi ropa y de mi aspecto, como hacía mamá? Estaba empezando a resquebrajarse mi frágil universo, pero yo intentaba desesperadamente mantenerlo en pie.

No recordaba que mamá hubiera gritado a papá de ese modo en la vida, ni que papá se hubiera puesto tan enfadado y violento. El crucero, supuestamente destinado a complacer a mamá y a estimular la marcha de los negocios de papá, estaba resultando un desastre para todos nosotros. Esa noche las cosas se pusieron aún peor, cuando mamá fue afectada por un terrible mareo. No sólo no subió a cenar, sino que tampoco asistió a ninguna de las actividades, que incluían baile de salón, una de las cosas que más disfrutaba en el barco. Cada vez que bajé a su suite a ver cómo se encontraba, la encontré gimiendo y refunfuñando.

—¿Por qué aceptaría todo esto? ¿Por qué me habré embarcado? Me gustaría desaparecer —se lamentaba.

Yo no podía hacer nada para ayudarla. Llamamos dos veces al médico de a bordo. Le administró dosis dobles de varias cosas, pero al día siguiente no había mejorado y tampoco se levantó de la cama. Yo bajé a leerle algo y a hacerle compañía. Estaba muy deprimida porque estaba tan pálida y mareada que el maquillaje no surtía efecto.

—No quiero que me vean ni las camareras —lloriqueaba—. Tardaré semanas en recuperarme. ¡Semanas! —Se mesaba los cabellos—. Mira cómo me he puesto... ¡Mira!

—Pero mamá, si no te había pasado en la vida... ¿Por qué te habrá pasado esta vez? —le preguntaba.

Ella me dedicó una áspera mirada entornando los párpados. Luego me recostó en las almohadas y se cruzó de brazos, haciendo pucheros.

—¿Y yo qué sé? Tuve suerte las otras veces, sencillamente. —Se volvió hacia mí, muy agitada—. Supongo que no recuerdas nuestra primera travesía del Atlántico... —añadió con tono mordaz.

Era como si yo la estuviera acusando de fingir su indisposición y quisiera castigarme.

—Te mareaste tanto durante los dos primeros días que llegué a pensar que tendríamos que dar la vuelta y regresar a Boston. Y luego, como diría tu padre, te acostubraste al meneo. Se puso tan contento, como si andar por ahí como un marinero patizambo fuera toda una hazaña.

Se volvió de cara a la pared a recobrar el aliento. Tenía la cara arrebolada de emoción, mientras atizaba su propia rabia. Cuando me miró de nuevo, tenía una expresión horrenda pero muy decidida en la cara.

—Bueno, yo nunca he querido ser un lobo de mar —dijo con una risa sarcástica—. Oh, no sé por qué no insistí más para que Cleave abandonara

este estúpido negocio hace años... Podía haber montado algún negocio respetable en la ciudad, tal vez una cadena de grandes almacenes, algo parecido a lo de Tony Tatterton. Entonces no estaríamos a la merced de las inclemencias del tiempo y los caprichos del océano —concluyó.

—Pero papá siempre ha sido armador. Es lo único que sabe hacer —protesté en voz baja, con miedo.

—Tonterías. Un hombre aprende a hacer lo que sea, si es un hombre. Pero para tu padre ha sido mucho más sencillo seguir con lo que ha hecho siempre. Lo que pasa es que es un perezoso.

—¿Perezoso? ¿Papá?

—Sí, señora —insistió—. El hecho de que trabaje mucho en lo que le gusta no significa que no sea perezoso. Y además no sabe invertir. Deberíamos de ser dos veces, no, tres, más ricos de lo que somos ahora.

Me escandalizó su forma de tratar a papá. Se quejaba a menudo de unas cosas u otras, pero sus protestas nunca habían sido tan vehementes, tan malvadas. Estaba tan enfadada y demostraba tanto odio que sentí una pena inmensa por papá. Era una suerte que no la estuviera oyendo, pero me preguntaba si no le habría dicho a él cosas por el estilo alguna vez. Acaso fuera ésa la razón de que él anduviera por ahí con aquella cara tan triste la mayor parte del tiempo.

—¿Pero no te gusta tener todo esto, mamá? Los barcos, los cruceros de lujo, los pasajeros ricos y...

—¡Gustarme! ¡En absoluto! ¡Lo odio! —chilló—. Gracias a Dios, no nos embarcamos demasiado a menudo. Mientras estamos de crucero, nos perdemos todos los acontecimientos sociales de Boston. Para mí, la gente que ha descubierto los viajes en avión ha dado en el clavo. Llegas al lugar de vacaciones rápidamente, las disfrutas y luego regresas, sin perderte las cosas importantes. De todas formas —se tranquilizó un poco—, nunca te lo repetiré lo bastante: no te cases nunca con un hombre que sea un esclavo de su trabajo, por más rico o guapo que sea. Primero has de ser tú, aunque eso signifique que deba de sacrificar alguna pequeña ganancia aquí o allá.

—Pero...

Acababa de quejarse de no tener bastante dinero, pensaba yo, y ahora estaba dispuesta a sacrificar la riqueza. Pero no le importaba contradecirse.

—Un empresario inteligente se rodea de ejecutivos de confianza para que efectúen todo el trabajo —siguió con sus divagaciones—, pero tu padre no. Tu padre, me temo —continuó subiéndose la sábana hasta la barbilla—, es un palurdo vestido de ricachón.

Se volvió de espaldas y casi metió la cabeza debajo de la sábana.

—Leigh, ahora tengo que cerrar los ojos e imaginarme que no estoy aquí.

Sube a cubierta, pero no empieces a enredar con chismes mecánicos ni vuelvas a la sala de máquinas.

—No, mamá. Si te encuentras mejor, ¿vendrás a cenar esta noche con nosotros? Es una velada especial, porque mañana llegamos a Jamaica —le dije.

—Gracias a Dios. Ya veré. Tal vez si me encuentro mejor... —murmuró con poco entusiasmo.

En realidad no salió del camarote hasta que entramos en la bahía de Montego y papá bajó a anunciarle que habíamos llegado. Hacía un día magnífico, el tiempo que ha hecho famosas a las Antillas —un cielo azul intenso, con nubes diminutas, una brisa cálida y deliciosa y música por todas partes. Yo estaba en la cubierta superior jugando al ping-pong con dos chicas que había conocido en el barco, Clara y Melanie Spencer, que eran más o menos de mi edad, así que no sé lo que sucedió entre papá y mamá abajo. Pero la primera noticia que tuve fue que los mozos estaban bajando el equipaje de mamá a tierra, a un taxi.

Yo miraba aquello con incredulidad. Me preguntaba qué estaba haciendo mi madre... No teníamos previsto alojarnos en un hotel durante aquella escala. El barco permanecería amarrado en el muelle durante tres días. Los pasajeros podrían desembarcar para ir de compras, a los restaurantes o a las visitas que quisieran y luego zarparíamos hacia Boston.

Papá me hizo señas para que me acercara.

—Tu madre quiere verte en su camarote —me dijo.

Tenía un aspecto muy cansado y deprimido, unos ojos tan tristes... El hormigueo de mi estómago se reanudó, pero esta vez, más que un leve cosquilleo, parecía un revuelo de pájaros enloquecidos chocando contra las paredes. Temí que fuera un mareo.

Cuando llegué a su suite, encontré a mamá vestida con un traje de chaqueta verde oscuro, de punto de seda, con un muguete prendido en la solapa, y un foulard y unos guantes de seda a juego. Llevaba el pelo recogido hacia atrás y se estaba poniendo un sombrerito blanco justo cuando se volvió hacia mí. La estancia apestaba a su perfume al jazmín.

Toda palidez y tristeza habían huido de su cara. Tenía las mejillas sonrosadas y los labios brillantes. Se había maquillado a fondo, hasta las pestañas. Me pareció más saludable que nunca. Era una recuperación maravillosa, pero me embargaba de ansiedad y angustia.

—Oh, Leigh —dijo al verme—, he tomado una decisión. Me vuelvo a Boston. Sus palabras retumbaron en mi cabeza como un trueno y mi corazón se convirtió en un tambor dentro de mi pecho.

—¿Te vuelves? ¿Pero cómo...?

—Le he pedido al capitán que se informara acerca de los vuelos y he

encontrado uno a Miami, en Florida. Desde allí cogeré otro avión hasta Boston.

—Pero mamá... ¿Y nuestras vacaciones en Jamaica?

Yo no podía creerme lo que estaba oyendo, y lo más difícil de tragar era que lo había planeado todo, lo había maquinado en su camarote mientras pensábamos que estaba destrozada por el mareo.

—¿Por qué lo haces? —chillé incapaz de disimular mi decepción.

—Esto se ha convertido en cualquier cosa menos unas vacaciones, para mí, Leigh. Lo he pasado fatal, como sabes.

Se adaptó los dedos de los guantes. Era evidente que estaba dispuesta a hacer una salida como es debido, consciente de que la vería mucha gente, que se preguntaría qué ocurría, puesto que era la esposa del armador.

—Pero mamá, ahora hemos llegado a puerto, ya no estamos navegando. No te marearás.

—¿Y el viaje de regreso, Leigh? ¿Quieres que vuelva a pasar por todo eso?

—No, pero quería que estuviéramos juntos, que fuéramos de compras juntos, que fuéramos juntos a los restaurantes, a los espectáculos y a bañarnos al mar y...

—De todas formas, tu padre no tendría tanto tiempo libre. No querrá abandonar el barco. ¿No te acuerdas de que en Londres tuvimos que retorcerle un brazo para que desembarcara y si no llega a ser por aquella excursión, no habiéramos visto la ciudad?

—Él organizó la visita, mamá, y lo pasamos muy bien. Todavía tengo las fotos del puente de Londres y la Torre y el Big Ben. Nos divertimos muchísimo... Y ahora también lo pasaremos bien. Por favor, mamá, quédate con nosotros. Por favor... —supliqué, rogando en silencio porque lo reconsiderara.

—No puedo. —Se volvió de espaldas—. Lo lamento. Sencillamente, no puedo. Ya lo entenderás más adelante.

—¿Qué? ¿Qué quieres decir?

El corazón se me salía del pecho. ¿Qué significaba aquel «más adelante»? ¿Qué espantosas noticias se avecinaban?

—Bueno, de momento, déjalo estar, Leigh. Disfruta lo que te resta de vacaciones. Iré a buscarte al puerto cuando regreséis. —Me cogió la cara con las dos manos y me dio un beso en la mejilla—. Sé buena y prométeme que no te dedicarás a la mecánica mientras yo no esté.

—Oh, mamá... —Me eché a llorar con tantas ganas que pensé que no podría pararme nunca, no podía dejar de llamarla como cuando era pequeña. ¡Ay, quién pudiera regresar a la niñez, la felicidad y la seguridad de la niñez!

—Te he dejado unas cuantas joyas de fantasía para que te las pongas si sales por la noche. Ten cuidado con ellas.

Me acarició distraídamente la cabeza, pero yo sabía que seguía en sus trece.

—Gracias, mamá.

Agaché la cabeza, derrotada. Nada de lo que dijera o hiciese podía hacerla cambiar de opinión. Me sentía sola y desamparada; pero más que sentir pena por mí, la sentía por papá. Sería tan embarazoso para él enfrentarse a sus pasajeros cuando se enteraran de que su esposa había desembarcado y había cogido un avión para regresar a Boston... Y tampoco podría argumentar que se había marchado a causa de un terrible mareo: se iba acicalada como un figurín. Podían haberla estado esperando en el muelle los fotógrafos de alguna revista femenina. Decidí valientemente procurar no incomodarle más e intentar serenarme.

—Te vas a quedar sólo tres días, Leigh, y tienes unas nuevas amigas a bordo, ¿no es así? Me has hablado de las hermanas Spencer, y el capitán me ha dicho que son de buena familia. Lo único que estoy haciendo yo aquí es fastidiar a todo el mundo. No es justo para ti ni tampoco es justo para mí. ¿Entendido?

Asentí con la cabeza, de mala gana. Parecía increíble que me soltara esas excusas insostenibles, a mí... No lo comprendía. ¿Por qué lo hacía? ¿Por qué hacía una cosa que iba a lastimarnos tanto a papá y a mí? Parecía que cuanto mayor te hacías, más difícil resultaba ser feliz. ¿Sería eso cierto para mí también?

—Bueno. Ahora ayúdame. Coge ese maletín, el del maquillaje, por favor. Salimos juntas. Yo me sentía totalmente vacía por dentro. Oh, mamá, me duele tanto que te vayas... ¿Es que no le importamos? En su manera de volverse a dar una última mirada en el umbral de la suite había una insinuación de liberación.

Me sorprendió que papá no la estuviera esperando en el puente. ¿Cómo iba a marcharse sin despedirse? Ni siquiera hizo ademán de buscarle. Descendió por la pasarela hacia el muelle y el taxi que la estaba esperando.

—Mamá, ¿dónde está papá?

Escudriñé frenéticamente la cubierta, pero no se le veía por ninguna parte.

—Ya nos hemos despedido —me respondió con prontitud. Me quitó el maletín del maquillaje de la mano—. Pórtate bien. Nos veremos muy pronto, te lo prometo. Te compensaré de todo esto de una forma que ni se te puede imaginar, Leigh.

Sonaba bien, pero me atemorizó todavía más que lo dijera.

Me dio otro beso y luego se metió de prisa en el taxi, con una expresión de felicidad en la cara cuando se asomó por la ventanilla a decirme adiós con la mano. Me quedé allí observando cómo se alejaba. Después me volví hacia el buque. En el puente superior estaba papá, asomado, con la cara más pétrea

que una estatua: frío, sin vida, rechazado, envejecido y destrozado por los pesares. Le encontré muy viejo y muy gris. Las lágrimas que me corrían por las mejillas me herían como cubitos de hielo. ¿Qué le estaba ocurriendo a nuestra vida feliz y maravillosa? Antes pensaba que las palabras «Érase una vez» habían sido inventadas para mí. Ahora me daba miedo anotarlas en mi Diario, me daba miedo su nuevo significado.

A pesar de mi enfado con mamá por marcharse del barco y dejarnos solos a papá y a mí de esa manera, no podía evitar echarla de menos. En todos los cruceros de papá hacíamos muchas cosas juntas. Era muy divertido ir de tiendas con ella, y siempre descubría algún lugar a la moda para ir a almorzar, daba igual dónde estuviéramos. Mientras nos servían la comida, mamá miraba a su alrededor y hacía comentarios sobre la gente, inventándose quiénes eran, a qué se dedicaban, cuánto dinero tenían y lo sofisticados que eran. Cuando estaba con mamá, la gente se volvía interesante.

Mamá tenía un modo de comportarse en las tiendas y los restaurantes cuando estábamos de vacaciones, que hacía pensar a los camareros, los maîtres o los vendedores que estaban atendiendo a alguna persona muy importante o aristocrática. Sabía un poco de francés y de italiano, que había aprendido en casa, con discos. Aunque pronunciara algo incorrecto o dijera alguna barbaridad, su interlocutor extranjero la rectificaba. Y cada vez que compraba algo o pedía una cosa en un restaurant, luego se inclinaba hacia mí y me susurraba por qué lo había hecho, para que fuera aprendiendo. No era de extrañar, pues, que sintiera un gran vacío en mi corazón cuando se fue. De repente, todas las cosas que deseaba dejaron de tener el menor interés. Y además tenía que consolar a papá.

El primer día le mantuvo muy ajetreado la organización de las excursiones para los pasajeros y el amarre del buque. Los señores Spencer, los padres de mis amigas, me invitaron a cenar en Montego Bay, pero yo no quería abandonar a papá esa primera noche sin mamá, aunque él insistió en que fuera. La señora Spencer se lo había dicho a él directamente, así que estaba al corriente de la invitación. No tuvimos la oportunidad de hablar hasta última hora de la tarde. Fui a buscarle al camarote del capitán y cuando ellos dos terminaron de hablar y el capitán salió nos quedamos los dos.

—Leigh, debes ir a cenar con tus amigas. Quiero que te diviertas.

—Pero papá, pensaba que cenaríamos juntos.

—Yo he de permanecer a bordo y ocuparme de algunos asuntos — contestó—. Procuraré tomar algo ligero.

—Pues yo me quedaré contigo y te ayudaré a lo que tengas que hacer —

insistí.

—No, ni hablar.

Papá meneó la cabeza. Parecía tan agotado, tan hundido por los sucesos de la jornada... Unas sombras profundas y oscuras surcaban sus ojos. Mi corazón se estremeció. Reprimí el llanto y tragué saliva y luego intenté hablar con una voz que no se me quebrara ni sonara completamente infantil.

—¿Por qué se ha ido mamá de esta manera, papá? ¿No podías haber mandado al médico del barco a hablar con ella?

Mi padre meneó de nuevo la cabeza:

—No se trataba sólo del mareo, Leigh. No estaba muy contenta con el crucero desde el principio.

—Pero ¿por qué? Si no hablaba de otra cosa... Estaba empeñada en conocer Jamaica. Muchas de sus amigas habían venido ya —insistí—. Una vez se fue a tu despacho con un anuncio de una revista que decía: «Venga a Jamaica... no hay nada mejor que la propia casa.»

Papá asintió, recordándolo.

Después suspiró.

—Si hubiera venido como pasajera en lugar de ser la mujer del armador, le habría hecho más ilusión —dijo con tristeza.

—¿Y qué, papá? No tenía que hacer nada y tenemos las mejores suites del barco. Has hecho todo lo que te pedía.

—Me temo que no, Leigh. Tu madre todavía se siente decepcionada por mí.

—¿Por qué? Nos lo das todo. Tenemos una casa preciosa y podemos comprarnos casi todo lo que nos apetece. Todas mis amigas se mueren de envidia.

—A veces no basta con esas cosas. —Se quedó mirándome un momento y luego me dedicó una cálida sonrisa—: Algunas veces, sobre todo cuando estás frustrada, te pareces muchísimo a ella, y sin embargo, sois tan distintas...

—¿En serio?

Me sorprendió mucho que me dijera aquello. No paraba de decir que éramos como hermanas, sobre todo en presencia de mamá. ¿Se referiría a que yo todavía no había crecido lo suficiente para apreciar las mismas cosas que ella?

—¿En qué somos diferentes, papá? Ya sé que ella es muy guapa y...

—Oh, no —me interrumpió—, no tiene nada que ver con eso. Tú serás mucho más guapa que tu madre.

Me chocó enormemente que me lo dijera con aquella franqueza. ¿Yo? ¿Más guapa que mamá?

—Y sin tener que tomarte tantas molestias. No es que tu madre no posea

una belleza natural, al contrario. Pero se preocupa demasiado por su aspecto, más de lo que harás tú nunca.

—¿Y cómo puedes estar tan seguro, papá? —Tenía un gran interés en saberlo porque, aunque creía que tenía razón, yo no estaba muy segura.

—Tú tienes otros intereses, Leigh. Tienes una mente inquisitiva. Estás impaciente por aprender cosas nuevas. Y no porque te hayas convertido en el marimacho que pretende tu madre. No, señor. Eres una señorita por los cuatro costados.

Aunque el tema que tratábamos no era demasiado agradable, sus palabras me inundaron el corazón de bienestar y amor.

Se sentó en la butaca de cuero del capitán.

—Tu madre es aún una mujer joven, Leigh. Hace años, cuando la conocí, en Texas, no se me ocurrió tener en cuenta la diferencia de edad que existía entre nosotros, ni la consideré un problema. Acaso fuera por la ceguera del amor... El amor puede ser así, sabes, como el reflejo de un rayo de sol en el agua. No se puede mirar directamente, hay que hacerse una pantalla con la mano ante los ojos, o entrecerrarlos, y entonces sólo se ve lo que uno quiere ver. ¿Me entiendes? ¿Eres lo bastante mayor para entender lo que te estoy contando, Leigh? —me preguntó.

Asentí. Papá y yo rara vez manteníamos este tipo de conversación seria entre adultos. Si alguna vez empezaba a explicarme algo muy serio, se interrumpía y terminaba siempre diciéndome: «Bueno, supongo que mamá no tardará en hablarte de esto...»

—Es posible que sí lo comprendas —me dijo, sonriendo—. Creo que eres mucho más inteligente de lo que creemos tu madre o yo.

—Pero, papá, ¿qué tiene todo esto que ver con lo que está pasando?

—Bueno, como te decía, tu madre es todavía bastante joven. Ha madurado rápidamente, por supuesto, pero yo ya era un hombre hecho y derecho. Y cuando un hombre ya está formado en sus vicios y costumbres, es muy difícil que cambie. A medida que iba madurando tu madre, pretendía que yo modificara algunas cosas, me convirtiera en otra cosa, en determinados aspectos. Lo intenté, pero era ir en contra de mi naturaleza. Me temo que eso ha hecho muy desgraciada a tu madre.

—¿En qué aspectos, papá?

—Pues, por ejemplo, le habría gustado que fuéramos a algún crucero donde yo actuara como un pasajero más... Que me levantara tarde, almorzara y luego me tumbara en cubierta, o que jugara al tejo. Y por la noche, le habría gustado que la llevara a bailar y nos pasáramos la noche entera bailando hasta el amanecer, bebiendo champaña y luego volver a levantarnos tarde, y no hacer una sola pregunta a mis empleados acerca de la marcha del negocio o la dirección del viaje. —Sonrió—. A veces puede ser tan infantil, tan

ansiosa de emociones y de diversiones... No he conocido a mujer alguna que pueda compararse con tu madre en cuanto a su sed de placeres y satisfacciones. Nunca conseguiría regalarle bastantes brillantes ni llevarla a bastantes restaurantes. Es insaciable. En fin, la comprendo. Tu madre es joven, bella y vivaz. Por otra parte, yo trabajo muchas horas, la empresa me acapara y me deja poco tiempo para las frivolidades. Para que tu madre se saliera con la suya —añadió meneando la cabeza—, tendría que divertirme cinco horas por cada hora trabajada. Lo siento, pero soy incapaz de hacer eso, y suponiendo que fuera capaz, tampoco lo haría, y no sólo porque soy demasiado mayor, sino porque no es mi manera de ser.

»O sea que, para responder a tu pregunta, eso es lo que ha decepcionado a tu madre —concluyó con una sonrisa muy tierna.

Yo no pude aguantar más. En cuanto vertí la primera lágrima, papá se levantó y se me acercó.

—Bueno, bueno, ni hablar del asunto. No me hagas arrepentirme de haber hablado contigo como si fueras mayor, Leigh.

—No, papá —me enjuagué rápidamente los ojos y contuve el llanto. Tenía un nudo en la garganta, pero le sonreí—. ¿Y ahora qué vamos a hacer, papá?

—Ya veremos... Tu madre quería pasar unos días sola para reflexionar.

Entretanto, joven ayudante Van Voreen, usted y yo tenemos que dirigir este crucero, ¿de acuerdo?

—Sí, papá.

—Bien, ésta es mi primera orden: vas a ir a cenar con tus amigas y sus padres y vas a divertirte todo lo que puedas.

—Pero... ¿Y si empiezan a hacerme preguntas acerca de mamá? —le pregunté.

Se quedó pensativo un instante.

—Les dices que tenía que resolver unas cuestiones familiares en Boston con gran urgencia. Nadie te preguntará nada más y si lo hicieran, límitate a contestar que tus padres no te han explicado nada más. —Dio una fuerte palmada—. Bueno, una cosa solucionada. Mañana puedes ir al bazar a comprarles un recuerdo a tus amigas, si te apetece. Por la tarde id a bañaros a la playa y luego, por la noche, iremos tú y yo a un auténtico restaurant jamaicano a comer cecina de pollo o algo por el estilo. Uno de los marineros es jamaicano y me lo ha sugerido. ¿Qué te parece?

—Maravilloso, papá.

—Estupendo. Pues, hala. Después me entregarás un informe detallado. ¿Qué ha sido de tu cuaderno de bitácora? ¿Lo vas llenando?

—Oh, sí. Lo escribo todos los días.

—Muy bien.

Me dio un beso en la mejilla y yo le eché los brazos al cuello, inhalando su

aroma familiar, la fragancia de su loción de afeitarse y su colonia, el aroma de su tabaco de pipa y el olor fresco y limpio del mar.

Me habría gustado que hubiéramos mantenido charlas como ésta anteriormente. En cierto sentido, mamá tenía razón de estar celosa del tiempo que papá dedicaba a sus negocios. Yo habría deseado que pasara más ratos conmigo, contándome cosas de su juventud. Me di cuenta de que nunca me había dado su propia versión de la historia de Cenicienta de mamá. Tal vez me la contara algún día. Aunque papá era tan reservado... ¿Me describiría realmente cómo conoció a mamá? ¿Estaría dispuesto a confesarme que se arrodilló a sus pies para declararse? Nunca había expresado la menor animadversión hacia la abuela Jana ni las hermanas de mamá. Cuando ella echaba pestes o se enfurecía con ellas, él sólo meneaba la cabeza o miraba para otro lado. Yo ansiaba saber mucho más. Por suerte, ahora que me consideraba mayor, hablaríamos más de esas cosas. Mi pequeña conversación con papá en el camarote del capitán me consoló lo suficiente para salir a cenar con la familia Spencer. Me llevaron a un delicioso restaurant italiano llamado «Casablanca». Las mesas estaban al aire libre y había tres músicos y un cantante desgranando canciones románticas. Los señores Spencer bailaban tan amorosamente y eran tan cariñosos que mis amigas estaban incómodas. Se reían como niñas pequeñas. Yo entendía que les diera apuro lo de sus padres, pero me parecía maravilloso encontrar a un matrimonio tan enamorado. No podía evitar cerrar los ojos e imaginarme que eran mis padres, que papá y mamá eran quienes bailaban a la luz de las estrellas en aquella pista de baile chiquita, al son de románticas serenatas. Papá me había dicho que el amor es ciego. ¿Se tiene ocasión de pensar en esas cosas cuando uno se enamora? ¿Se tiene oportunidad de predecir lo que ocurrirá al cabo de los años? Las explicaciones de mamá hacían suponer que si hubiera podido adivinar cómo sería su vida junto a papá el día que se le declaró, no habría aceptado, aun a riesgo de tener que quedarse en Texas con sus horribles hermanas.

—Cuando me enamore —les dije a las Spencer—, quiero que sea algo parecido a lo de vuestros padres.

Se me quedaron mirando, indecisas entre si reírse o no. Se reían por cualquier cosa. Mi expresión de seriedad les impidió explayarse más allá de una sonrisa, aunque me imaginé que luego lo comentarían en su camarote. La verdad era que teníamos la misma edad, pero yo me sentía mucho mayor que ellas.

Todo me resultaba muy confuso. Acaso la edad no fuera demasiado importante, una vez adulto. Tal vez, lo que papá intentara decirme en el barco era que para él, mamá todavía era inmadura, o que no había madurado como él tenía pensado.

La música y las estrellas empezaron a ponerme triste. Me alegré de regresar al barco. Papá nos vio llegar y estuvo charlando un momento con los señores Spencer, dándoles las gracias por la invitación. Luego me preguntó qué tal lo había pasado.

—Muy bien —le dije, mintiéndole a medias—, pero estoy deseando la velada de mañana para ir a cenar contigo, papá.

—Ay, cariño —se excusó—, tendrá que ser pasado mañana, lo siento. Mañana por la noche va a venir a cenar a bordo una personalidad muy relevante, el gobernador de la isla. Lo comprendes, ¿verdad, princesita?

Me tragué en seguida mi decepción y adopté una máscara sonriente, exactamente como habría hecho mamá.

—Claro, papá. Estoy muy cansada, me voy a acostar.

Me deseó las buenas noches con un beso y luego se fue a comprobar algo en las cocinas. Yo me precipité a mi suite y cerré la puerta tras de mí. Después me tiré sobre la cama, sollozando. No lloraba por una cosa en particular, sino por todo: por la partida de mamá, por la felicidad de otros padres enamorados, por la frustración de papá y su desdicha junto a mamá y por la infelicidad de ésta con él, y por su incapacidad para dedicarme su atención a mí sola.

Después de llorar ríos de lágrimas, me quedé agotada y me hice un ovillo en la cama, abrazando a mi osito. Se oía a la orquesta del salón de baile tocando algo suave y romántico y el leve chapoteo de las olas contra el casco, y prestando atención, también oía los latidos de mi corazón.

Era imposible encontrarme más sola. Fue un alivio quedarme dormida.

!! [HYPERLINK \l "INDICE" ¶](#) ⊥

capítulo v.

Huérfana

Procuré mantenerme ocupada durante el resto de la escala en Montego Bay, para no pensar en la partida de mamá, porque cada vez que me acordaba, el corazón se me hacía pedazos. Las dos chicas Spencer y yo trabamos al final amistad con dos chicos, que al principio demostraron muy poco interés en nosotras, probablemente porque eran algo mayores y pensaban que ponerse a la altura de tres «niñas» era como rebajarse. Ambos estaban internos en un colegio de secundaria de las afueras de Boston y nos miraban por encima del hombro. Les había visto muchas veces tomando el sol en las tumbonas de cubierta o jugando al ajedrez, pero nunca me habían prestado, ni tampoco a mis amigas, la menor atención. El más alto de los dos, un chico con el pelo castaño y los ojos de color avellana, se presentó a sí mismo como Fulton Wittington júnior. Su amigo, Raymond Hunt, era más corpulento y bastante más feo, pero mucho más informal y desenfadado. Creo que yo le gustaba porque fue él quien se nos

acercó un día que Clara, Melanie y yo estábamos jugando al tejo. Empezó a meterse conmigo.

—Parece que estés empuñando una escoba —me dijo.

Aunque no era guapo, porque tenía la boca demasiado grande y la nariz muy fina, cuando se dignó sonreír, tenía una sonrisa simpática.

—No sé. Nunca he empuñado una escoba —repliqué y les di la espalda.

Eso les hizo mucha gracia y se echaron a reír.

—Más vale que no os metáis con ella —intervino Clara con los brazos en jarras—, es la hija del dueño del barco.

—¿Ah, sí? —Fulton demostró de repente mayor interés.

Poco después se pusieron a jugar con nosotras, al principio para darnos instrucciones y luego, por divertirse. Comimos todos juntos y decidimos ir a la playa por la tarde. Las hermanas Spencer se pasaron el tiempo diciéndose secretitos al oído, muertas de risa, lo cual me pareció una niñería y además de muy mala educación. A media tarde ya se habían quedado solas, chapoteando y jugueteando en el agua, mientras yo charlaba con los chicos, tumbada entre los dos sobre una gran toalla de baño.

Hacía un día espléndido, sin una nube, y la refrescante brisa marina atemperaba el calor abrasador del sol, pero yo tenía las cremas protectoras de mamá. Fulton, Raymond y yo hablamos de muchas cosas, incluidas las clases, las películas recién estrenadas y las nuevas modas. Coincidíamos prácticamente en todas las cosas que nos gustaban o nos disgustaban.

La familia de Fulton poseía una casa a orillas del mar en Cabo Cod, y cuando mencioné que había estado recientemente en «Farthinggale Manor», me sorprendió averiguar que no sólo conocía su existencia, sino que su padre había comprado un par de juguetes «Tatterton», una réplica de la Torre de Londres y otra de la Bastilla.

—Son magníficas —exclamó Fulton—. Hay hasta una guillotina que funciona. Si le pones el dedo, te lo rebana por la punta...

—Creo que puedo prescindir de ello —le dije haciendo una mueca.

—Bastantes amigos de mis padres tienen juguetes «Tatterton» de colección. Mi padre ha encargado al director de la «Juguetería Tatterton» que le avise cuando salga otra prisión famosa.

—Mi madre quiere que mi padre se compre uno —siguió Raymond—. Supongo que se lo regalará por Navidad.

—Mis padres están muy orgullosos de ellos —añadió Fulton.

Quería que le explicara cómo era «Farthinggale Manor», así que se lo describí, y les hablé de Tony, de Troy y del laberinto. Parecían fascinados y yo estaba muy ufana de resultar tan interesante y atractiva para dos chicos mayores, ambos muy ricos y con mucho mundo. Pensé que mamá

estaría satisfecha.

Me pasé toda la tarde instando a mis amigas a que se untaran algo de crema solar, pero no me hicieron caso, así que cuando regresamos a bordo, ambas lucían unas buenas quemaduras en los hombros.

—Sabes —me dijo Fulton, mirando a las Spencer—, resulta bastante difícil, si no imposible, creer que tenéis la misma edad.

—Podrías pasar perfectamente por una alumna de secundaria —prosiguió Raymond, y Fulton asintió.

Mi rubor quedó disimulado bajo los colores del calor tropical, pero sentí una punzada de excitación por la forma en que habían empezado a mirarme. Por la noche les saludé desde la mesa del capitán, que ocupaba con papá y el gobernador de la isla. Todo el mundo hablaba de la industria turística, y de que Jamaica se estaba convirtiendo en uno de los centros más populares del Caribe. Cuando el gobernador expresó sus esperanzas de que no fuera sólo un paraíso para los elegidos, sino también para toda la clase media, pensé que era mejor que no lo oyera mamá. La defraudaría mucho tal cosa, porque ella siempre estaba buscando sitios selectos, frecuentados únicamente por millonarios o famosos.

Advertí que Clara y Melanie no habían subido a cenar. Cuando pedí noticias suyas, sus padres me dijeron que se habían quedado en el camarote a causa de las quemaduras del sol. Después de cenar, Raymond y Fulton me escoltaron durante el espectáculo caribeño, que fue uno de los más impresionantes de todos los que había presenciado en los cruceros de lujo de papá. Hubo bailes folclóricos con un vestuario de alegre colorido, sombreros de paja, músicos de calipso, una banda de instrumentos de viento y de percusión de unos veinte componentes y cantantes nativos que interpretaron canciones acerca del amor en las islas.

Tras el espectáculo, todos los pasajeros fueron invitados a participar en el limbo rock. Se trataba de pasar, bailando, por debajo de una caña de bambú, sin tocarla. La caña se iba colocando cada vez más baja, hasta que casi todo el mundo fue eliminado. Entonces, un bailarín jamaicano se inclinó hacia atrás casi hasta rozar el suelo y pasó por debajo de la caña con la agilidad de una serpiente. El público se quedó entusiasmado.

Pasé todo el día siguiente con Fulton y Raymond. Me enseñaron a jugar al ajedrez y después volvimos a ir a la playa. Con el fresco del atardecer fuimos a callejear por los mercados callejeros y yo encontré un pañuelo de seda pintado a mano, precioso, para mamá. A papá le compré un bastón tallado con figuras de peces.

Fulton y Raymond querían llevarme a dar una vuelta por la bahía en una barca con el fondo de cristal, pero yo estaba ansiosa por volver a bordo a arreglarme para la cena, porque esa noche papá iba a llevarme a un

restaurant jamaicano. Esperaba pasar una velada maravillosa charlando con él. Me puse alguna de la bisutería que me había dejado mamá y me senté ante el espejo a cepillarme el pelo como hacía ella, contando hasta cien cepillados. Me puse carmín en los labios como me había enseñado ella y me eché un poco de su perfume al jazmín. Me vestí con una blusa de seda azul turquesa con el cuello de encaje y una blusa plisada a juego. Para parecer mayor y más sofisticada, me desabroché los dos primeros botones de la blusa.

Mi tez había adquirido un suave tono dorado, y los pendientes de plata y la blusa brillante lo realzaban agradablemente. Me pareció que estaba sensacional y esperé contra toda esperanza que papá pensara lo mismo. Les gustaba a dos chicos mayores, que me encontraban interesante, divertida y madura. Me había puesto las joyas de fantasía y el perfume de mamá y por primera vez llegaba a admitir que nos parecíamos mucho. Quizás acabaría siendo guapa, después de todo. ¿Era vanidad por mi parte? No podía evitar admirarme en el espejo, pese a reconocer que no debía de ser presuntuosa. Pero estaba sola y no me veía nadie, pensé.

Me estuve contemplando un buen rato, haciendo poses, intentado imitar las expresiones y las posturas de mamá. Me chupé las mejillas hacia adentro, coloqué los hombros de lado, los eché hacia atrás y saqué el pecho. Me imaginé que un joven muy atractivo me estaba mirando desde el otro extremo de la pista de baile. ¿Debía sonreírle para darle aliento? Mamá lo haría, probablemente, aunque a papá no le gustara. Entonces me volví lentamente y sonreí. Luego me eché a reír de mis bobadas, pero era muy divertido...

Hice una inspiración profunda, me miré de nuevo al espejo para dar un último repaso a mi peinado y después salí a reunirme con papá.

Me estaba esperando en el puente. De repente me recorrió un estremecimiento, pensando en la impresión que le causaría, pero en cuanto me vio me sonrió ampliamente, con los ojos brillantes, igual que hacía cuando aparecía mamá muy arreglada para ir a alguna fiesta o algún restaurant.

—¿Qué tal estoy?

Recordaba a mamá susurrándome al oído: «Es perfectamente lícito provocar el cumplido, Leigh. Una mujer debe parecer siempre un poco insegura de sí misma, por más segura que sea.»

—Estás espléndida, princesa. —Luego se volvió hacia la derecha—: Capitán, esta noche vamos a disfrutar de la compañía más bonita de toda la isla.

—Eso es indiscutible —dijo el capitán Willshaw adelantándose hacia nosotros. Yo estaba tan preocupada por la reacción de papá ante mi aspecto que no había advertido la presencia del capitán. No pude evitar una expresión de

confusión, ni de decepción, cuando papá añadió:

—El capitán nos ha recomendado el mejor restaurant de la ciudad, y ha aceptado acompañarnos a cenar. ¿No es estupendo?

—¿Venir a cenar con nosotros? Oh, desde luego.

«Pero papá —pensé—, ¿y nuestra cita? ¿No entiendes mis más profundos e íntimos anhelos? ¿No te das cuenta de que te necesito, que necesitaba estar sola contigo esta noche? ¿Qué ha sido de nuestra supuesta velada maravillosa en Jamaica para consolarnos y conocernos mejor?» Oh, quería contarle tantas cosas íntimas y secretas... Quería hablarle de Fulton y Raymond y de los juguetes «Tatterton» y de lo que le había comprado a mamá. Quería decirle que procuraría no hacer nada que la disgustara ni les obligara a discutir.

Y sobre todo, deseaba que, al verme, recordara a mamá y quería que me dijera cuánto la echaba de menos y cuánto la necesitaba. Deseaba que me describiera sus primeros años de convivencia, cuando todavía estaban sinceramente enamorados, con ese amor que yo anhelaba experimentar algún día.

Después de la cena, pasearíamos de la mano en la noche tropical, felices de nuevo bajo las estrellas.

En cambio, papá y el capitán Willshaw hablaron del crucero. Hicieron un balance completo, repasándolo entero, día por día, con todas sus incidencias, planteándose los cambios y las mejoras que debían hacerse. Yo les escuchaba con educación. En otras circunstancias, me habría interesado el tema, pero esa noche quería que mi padre me tratara como a una mujer. Me aburría y me sentía muy desdichada. Aunque la comida fue exquisita, no tenía apetito y tuve que comer a la fuerza, aunque papá no pareció darse cuenta.

Hubimos de regresar a bordo inmediatamente después de la cena, porque era la última noche de la escala en Jamaica y habían programado un baile con espectáculo. Le dije a papá que tenía que bajar a mi suite un momento y que ya me reuniría un poco más tarde con él.

—Igual que tu madre..., ¿te vas a empolverar la nariz, princesa? —me preguntó, guiñándole un ojo al capitán.

—Sí, papá —repuse bajando la vista.

Noté que se me agolpaban dos lágrimas en la comisura de los ojos, pero no llegaron a derramarse.

—¿Estás bien? ¿No te pasa nada? No habrá sido demasiado picante la cena, ¿verdad? —inquirió, con auténtica preocupación paternal.

—No, papá.

Tuve que morderme los labios para no echarme a llorar o ponerme a gritar. ¿Por qué me hablaba de nuevo como si fuera una niña pequeña? ¿Por qué no

se daba cuenta de lo que estaba fallando de verdad? ¿Es que los hombres, sencillamente, son insensibles a los sentimientos de las mujeres? Tenía la cabeza llena de interrogantes, cuya respuesta sólo otra mujer podría ofrecerme, me suponía...

Cuando entré en mi camarote, me sentía tan hundida y tan sola que me senté en la cama y me eché a llorar. Me miré de refilón al espejo: el pelo cepillado y brillante, mi precioso conjunto de seda, la bisutería de mamá, mi tez levemente dorada, desfigurada ahora por el llanto... Me encontré patética y ridícula, como una niña pequeña intentando imitar a su mamá. Deseaba que cuando papá me viera e inhalara el perfume a jazmín de mamá, se sumiese en los recuerdos y me tratara con dulzura y afectación. Pero eso no se había producido.

Nunca había sentido tanta necesidad de mamá. Necesitaba que me explicara lo que se sentía después de acicalarse y no deslumbrar al hombre que se pretendía. ¿Qué podía hacer yo? No podía charlar íntimamente con ninguna persona del barco, ni siquiera con las hermanas Spencer, desde luego, ni la madre de nadie.

Pensé que debía de ser horrible ser huérfano, no tener en quien confiar, ni quien te quiera y no se burle de ti cuando le cuentes tus más profundos sentimientos. Esa noche me sentí como una auténtica huérfana, abandonada en el mar, flotando sin rumbo, perdida entre las olas, sacudida de aquí para allá y sin que nadie oyera mis gritos de socorro.

Me lavé la cara surcada de lágrimas y me miré al espejo. Tal vez papá y yo mantuviéramos nuestra conversación a solas durante el viaje de regreso. Tal vez le resultara muy duro hablar de esas cosas y estuviera buscando deliberadamente excusas para aplazarlo. Tenía tantas cosas en que pensar, tantas responsabilidades y preocupaciones... sólo le faltaba yo en la lista. Concluí que debía de ser más comprensiva y paciente. Me enderecé.

«A nadie le interesan las personas patéticas y débiles —me dijo mamá una vez—. La compasión es un sentimiento degradante. Aunque estés desquiciada, no le des a nadie la satisfacción de saberlo. Hace que los demás se sientan superiores.»

—Muy bien, mamá —susurré, como si se encontrara a mi lado, en la suite—. Haré lo que debo hacer. Nadie conocerá mi secreto ni mis tristes pensamientos. Lo haré por papá y por ti, y también por mí.

Me levanté muy decidida, pero en lo más hondo de mi corazón sabía que cuando volviera a mi camarote después de la velada y me metiera entre las sábanas y apagara la luz, sollozaría como una criatura en la oscuridad hasta que me quedara dormida.

El viaje de vuelta me pareció mucho más largo, porque estaba impaciente por recuperar a mamá y verla reconciliarse con papá. Todas las noches me hincaba de rodillas a rezar porque no estuviera tan enfadada con él. Leí mucho y repasé las lecciones con el profesor particular, el señor Abrams. Jugué al ajedrez con Raymond y Fulton, y asistí con ellos a los espectáculos; fuimos al cine del barco, y también me entretuve con las chicas Spencer. Papá parecía más atareado que nunca. Apenas le vi en absoluto durante el último día de travesía. No almorzó conmigo y cuando por fin nos sentamos juntos a cenar estuvo muy distraído: los pasajeros venían a decirle lo bien que lo habían pasado en el crucero y los miembros de la tripulación se presentaban a plantearle algunas cuestiones.

La víspera de la arribada al puerto de Boston, Raymond y Fulton vinieron por separado a darme su dirección y pedirme la mía. Los dos prometieron que me escribirían, e incluso que vendrían a visitarme, en cuanto tuvieran ocasión. Me halagaron mucho sus atenciones. Raymond me besó en la mejilla, muy de prisa y todo sonrojado. Era la primera vez que me daba un beso un estudiante, y se me despertaron un montón de mariposas en el pecho. Fulton sólo me estrechó la mano, pero muy erguido y mirándome fijamente a los ojos, como si quisiera empaparse de mi cara y no olvidarla nunca.

Cuando me quedé sola, me ocupé de mi equipaje. Papá me dijo que dejara las maletas junto a la puerta del camarote, que ya vendrían los mozos a llevárselas mientras yo subía a desayunar. Según el horario previsto, llegaríamos a puerto poco después del desayuno. Yo estaba tan nerviosa que tardé mucho en conciliar el sueño. Estuve escribiendo en el Diario hasta que se me cerraban los párpados, pero aun después de apagar la luz y cerrar los ojos, seguí pensando en todo lo que deseaba contarle a mamá. No quería que se me olvidara nada.

En cuanto se colaron los primeros fulgores del amanecer por el ojo de buey de mi camarote, salté de la cama y me di una ducha. Quería desayunar temprano para salir luego a cubierta a observar la llegada a Boston. Pero justo cuando acababa de vestirme y peinarme, llamaron a la puerta. Era papá.

Se había puesto un traje oscuro, pero no parecía tan guapo como otras veces. Daba la impresión de haberse pasado la noche en vela y de haberse vestido a oscuras. Llevaba la corbata medio floja, la americana arrugada y el pelo un poco desaliñado.

—Buenos días, princesa —me deseó con dulzura.

Me dio un vuelco el corazón: parecía tan triste... Tenía la cara tan gris como el pelo.

—Buenos días, papá. ¿Está todo previsto?

De repente sentí mucho miedo, pero intenté tranquilizarme diciéndome que probablemente se habría presentado algún problema y el ataque se habría retrasado.

—Sí, sí —me sonrió sin convicción y cerró la puerta tras de sí—. Quería verte antes de que salieras a desayunar y antes de que llegáramos a puerto... Di media vuelta sobre la banqueta de mi tocador. Papá no podía quedarse quieto y miraba mi camarote como buscando dónde sentarse. Por fin se sentó a los pies de mi cama. Se frotó las manos y se inclinó hacia mí. Estaba muy inquieto por algo... Se lo noté en la contracción de las mandíbulas y en los latidos de las venas de las sienes, que parecían a punto de reventar. Se quedó un rato larguísimo callado, hasta que me puse tan nerviosa que por poco empiezo a chillar.

—¿Qué pasa, papá? —contuve la respiración.

—Leigh... —empezó—, he estado esperando hasta el último momento para venir a hablar contigo. Quería retrasar todo lo posible esta triste noticia.

—¿Triste?

Me llevé las manos a la garganta y me quedé inmóvil, esperando, sin aliento, a que prosiguiera. Sentía los latidos de mi corazón y el leve balanceo del buque sobre las olas. Nos rodeaban los ruidos de los pasajeros y el ajetreo de la tripulación con los preparativos de última hora: la gente hablaba a gritos, muy animada, de camino al comedor, dando instrucciones a los mozos, se batían las puertas, los niños corrían dando voces... Reinaba un excitado tumulto a nuestro alrededor que hacía aún más denso y más inquietante el silencio que planeaba entre nosotros. Yo sentía como si se me hubiera helado la sangre en las venas, convirtiéndome en una princesa de hielo.

—Ya recordarás la pequeña charla que tuvimos tú y yo cuando tu madre nos abandonó en Jamaica... Te dije que se iba porque tenía que reflexionar —comenzó.

—Sí —proferí con una vocecita asustada.

—Te dije que yo había defraudado a mamá, que estaba decepcionada de cómo nos iban las cosas.

Tragó saliva. Yo asentí para que continuara, porque parecía querer tragarse sus palabras.

—Bueno, hace unos días, Leigh, llegó un telegrama de tu madre. Me comunicaba que había tomado una decisión.

—¿Qué clase de decisión? ¿Qué es lo que ha hecho? —grité consternada.

—En lugar de volver a Boston, en Miami cogió un avión hasta México, donde ha tramitado el divorcio —dijo muy de prisa, como un médico que comunicara a su paciente una mala noticia, para no prolongar el dolor.

Pero sus palabras permanecieron flotando en el aire, como congeladas. Mi

corazón palpitó atropelladamente en mi pecho y luego se convirtió en un tambor enloquecido. Se me entumecieron los dedos de tenerlos tan apretados.

—¿El divorcio?

Era una palabra prohibida, una palabra extraña. Yo había leído cosas acerca de los divorcios de los artistas de cine y los famosos. Para ellos, parecía una cosa natural, casi esperada; pero en mi ambiente, ninguna de mis amigas tenía los padres divorciados, y los alumnos del colegio hijos de divorciados se consideraban en cierto modo diferentes, casi se les marginaba como si tuvieran la lepra.

—De hecho —suspiró papá—, casi me he sentido un poco aliviado. Llevaba meses esperando que se me viniera encima algo así. Raro ha sido el día que tu madre no expresara su infelicidad o no discutiéramos o nos peleáramos. He hecho todo lo posible por ocultártelo, y creo que tu madre también. Me sumí de lleno, aún más, si cabe, en mi trabajo, para no estar todo el tiempo dándole vueltas en la cabeza a los problemas familiares. En cierto modo, ha sido casi una bendición que se presentaran todos estos problemas económicos y laborales. Me mantenían alejado de la crisis matrimonial. Intentó ofrecerme otra sonrisa pero le salió tan triste, dulce y frágil, que no podía durar más de un minuto o dos. Yo contuve mis propias emociones, para no hacérselo más difícil, me apreté las clavijas para conseguir hablar normalmente.

—¿Y mamá está todavía en México?

—No, ya ha regresado a casa. Me envió el telegrama desde Boston. Pero —prosiguió, después de exhalar un profundo suspiro— le prometí acatar su decisión, fuera cual fuera. Es una tontería intentar que alguien se quede a tu lado a la fuerza cuando ya no lo desea.

—¿Y por qué no quiere? —le pregunté—. ¿Cómo es posible que quiera dejarte después de todos estos años?

Lo que me interesaba realmente era saber por qué se extinguía así un amor que había empezado tan magnífica, tan románticamente. ¿Cómo era posible que dos personas confiaran hasta ese punto la una en la otra y luego ya no? ¿Era eso lo que intentaba expresar papá cuando decía que el amor es ciego?

Y entonces, ¿cómo sabe uno si está verdadera, sinceramente enamorado? Si los sentimientos te traicionan y las palabras son como leves burbujas que estallan en la memoria y desaparecen..., ¿cómo puede uno estar seguro de nada? Haces la promesa de permanecer con alguien y ese alguien te promete estar a tu lado hasta la muerte y después... algo os separa. ¿Cuál es el valor de una promesa, de una promesa sellada con un beso?

—Tu madre es todavía una mujer muy joven. Cree que aún le cabe la

posibilidad de conseguir una vida más feliz y yo no pienso impedirselo. Paradójicamente, la amo demasiado para interponerme. Ya sé que esto no debe de tener ningún sentido para ti en este momento, ni esto ni todo lo demás. Pero más adelante, cuando recuerdes mis palabras, comprenderás por qué he dicho que la quiero demasiado para impedirle que me abandone.

—Pero, papá, ¿qué va a ser de nosotros? —me puse frenética, y me sorprendió que mis palabras no sonaran como un graznido.

En realidad, lo que me planteaba era: «¿Qué va a ser de mí?» Pero él lo entendió.

—Tú vivirás con tu madre. Os quedaréis las dos en casa hasta que tu madre lo considere oportuno. —Hizo una pausa, suspiró y luego prosiguió—: Tengo que encargarme de muchas cosas estos días. De hecho, dentro de poco voy a emprender otro crucero, un viaje de exploración a las islas Canarias. Debo descubrir nuevos sitios exóticos para atraer a la clientela y no perder competitividad. Supongo que tu madre tiene razón en una cosa, Leigh: estoy entregado a mi trabajo. No puedo sentarme tranquilamente y dejar que se hunda el negocio —me confesó.

—Quiero ir contigo, papá —logré articular entre sollozos.

—No, no, pequeña... Eso sería imposible y un error. Tienes que ir al colegio y estar con tus amigas, vivir en tu casa con tu madre... No hay ningún problema económico, aunque con lo que gasta tu madre, parece que nunca tenemos bastante —añadió secamente.

No había lágrimas en los ojos de papá. Si había llorado, lo había hecho en privado y ya lo había superado. Incluso ahora mismo controlaba perfectamente sus emociones, al revés que yo. Me daba cuenta de que su historia de amor con mamá había terminado, estaba muerta y enterrada en un cementerio de antiguos momentos felices. Ya estaba pensando en otra cosa. Había concluido el funeral.

Su cara cansada reflejaba tanta resignación que con una mera mirada extinguía la pequeña brasa de esperanza que yo intentaba mantener encendida en mi corazón. Me turbó averiguar que el amor de mis padres había ido agotándose poco a poco a lo largo del tiempo. Pero ahora que me lo contaba, recordé las cosas que decía mamá de él, y su forma de expresarlas. Al rememorar sus palabras les conferí su verdadero color, su sentido de descontento y advertencia que yo me había negado a aceptar. Pero ahora ya no podía imaginarlo.

—¿Pero ya no volveré a verte, papá? —supliqué.

Tuve que humedecerme los labios, que se me habían secado. El temblor de las manos me traicionó y tuve que enlazarlas y apretármelas contra el regazo.

—Pues claro que sí. Naturalmente. El viaje durará sólo alrededor de un mes y

luego iré a verte.

«¿A verme?» Las palabras sonaban tan mal en boca de mi propio padre... ¿Que pasaría «a verme»? ¿En su propia casa? Como un visitante, como un extraño, llamaría al timbre, y el mayordomo le abriría la puerta y le anunciaría...

—Y además te llamaré y te escribiré en cuanto pueda —añadió. Me cogió las manos—: Estás creciendo muy aprisa, Leigh. Eres una señorita y tienes los problemas de una adolescente. Necesitas a tu madre más que nunca, necesitas sus consejos y su complicidad. Te han de interesar los chicos y tú debes de interesarles a ellos. Quizá tu madre tenga razón en otra cosa: Yo no debería meterte en la cabeza tantas cuestiones de negocios ni tanta mecánica...

—Oh, no, papá. Nunca me ha importado. Al contrario, me gustaba —protesté con fervor.

—Lo sé —dijo, dándome unas palmaditas en la mano.

Tuve ganas de que me abrazara muy fuerte, sin dejarme respirar, que me cubriera de cálidos besos y me hiciera sentir que todo se arreglaría.

—Ay, papá, no quiero que te vayas. No quiero que vengas de visita a verme —me asfixié.

Me corrían las lágrimas por las mejillas, libremente. No conseguía sofocar los sollozos, hiciera lo que hiciera. Al final, papá me estrechó entre sus brazos, más fuerte que nunca, y me besó en el pelo y me acarició.

—Bueno, bueno, mi adorada princesita... No debes preocuparte, ya verás. Después de la tempestad viene la calma. —Me enjugó las lágrimas—. Eres la hija del armador. Vas a poner buena cara y subir conmigo a despedir a los pasajeros. ¿Harás eso por mí?

—Por supuesto, papá.

Me tragué el llanto, pero me dio hipo. Papá se rió.

—Aguantaré la respiración —le dije—. En general da resultado.

—Bien, así me gusta. —Se levantó—. Serénate tranquilamente y luego vente a desayunar conmigo. Después subiremos al puente a ver la maniobra de ataque del capitán Willshaw. ¿De acuerdo? Y pase lo que pase, princesa, recuerda siempre que te quiero mucho. ¿Prometido?

—Prometido, papá. Yo también te quiero mucho.

—Así me gusta... Esto es el espíritu marinero. Te espero arriba.

Cuando cerró la puerta me quedé allí sentada, mirándola. Mi corazón era una dolorida ruina, pero estaba demasiado exhausta para llorar más, aunque una parte de mí deseaba llorar y berrear hasta quedarme sin una lágrima.

Luego me puse furiosa con mamá por hacernos esto. ¡Qué egoísta era!

Ahora me daba cuenta de lo egoísta que había sido siempre. ¿Cómo era

capaz de pensar sólo en ella misma de esa manera? ¿Cómo podía hacernos

esto a papá y a mí? ¿A quién le importa lo joven que es o lo joven que parece? No sería joven eternamente y nunca encontraría a nadie que la quisiera tanto como papá.

Oh, era una desgraciada, volviéndole así la espalda después de todos esos años. Él la había rescatado de una vida espantosa. Me lo había contado ella misma y ahora le daba una patada, sólo porque deseaba divertirse. Tal vez no fuera todavía demasiado tarde. Tal vez pudiera convencerla yo. Nadie tenía por qué enterarse de que había ido a México a tramitar ese horrendo divorcio. Podía volver y enmendarlo. Cuando viera que había arruinado mi vida...

Mi corazón se hundió como una piedra en un pantano, porque pensé que evidentemente mamá habría considerado todo eso antes y aun así, había seguido adelante. Me había dejado en Jamaica, ¿o no? Esto era demasiado importante para ella. Pensé que no escucharía nada de lo que yo le dijera, y que por más que llorara o suplicara, no la convencería de que estaba equivocada. Papá lo había aceptado. No tenía esperanzas, concluí. Me levanté rápidamente y me miré al espejo. Estaba horrible; se me notaba el disgusto, tenía los ojos enrojecidos y no se me había pasado el hipo. En realidad, era tan violento que casi me hacía daño. Me bebí un vaso de agua y contuve la respiración, pero no se me pasó hasta que me lavé la cara otra vez y me dispuse a subir al comedor a reunirme con papá. No tenía hambre, pero pensaba obedecerle.

Después del desayuno papá y yo subimos al puente como me había prometido, a presenciar junto al capitán Willshaw la maniobra de atraque del Jillian. Qué triste debería de ser para papá, me imaginé, el nombre del barco. Recordé el día que nos llevó a mamá y a mí a dar un paseo, sin revelarnos el motivo. Se dirigió al muelle, fingiendo que debía hacer un recado y de repente apareció ante nosotras... un nuevo transatlántico a punto para su bautizo. Nos hizo a las dos mucha ilusión, pero hasta que papá no recorrió todo el barco de proa a popa no comprendimos su insistencia en llevarnos hasta allá: pintada con letras relucientes en la amura destacaba la palabra: Jillian.

Mamá había dado un grito de alegría, le había echado los brazos al cuello y le había cubierto de besos. Pero todo aquello parecía tan lejano...

Ahora, mientras nos íbamos acercando al muelle, se empezaba a distinguir a la multitud congregada para recibir a los pasajeros. Había una hilera de taxis, limusinas y automóviles particulares. En las otras cubiertas, los viajeros agitaban la mano y gritaban a quienes les saludaban con pañuelos o agitando los sombreros, tomaban fotos y se llamaban a voces. Yo busqué a

mamá, pero no la vi por ninguna parte. Por fin distinguí uno de nuestros coches, pero sólo estaba Paul Roberts, el chófer, esperando de pie junto a la portezuela.

—¿No ha venido mamá a recogerme, papá?

—Creo que sólo habrá mandado a Paul con el coche. No debe de tener ganas de verme.

—¡Y yo qué! Podría haber venido, como los familiares de todo el mundo...

—Está intentando evitar una escena —me dijo papá, defendiéndola incluso ahora.

Si supiera al menos cuánto la quería... Estaba decidida a decírselo.

—¿No vas a venir a casa, papá? —le pregunté sosegadamente.

Sabía que él confiaba en que sabría dominarme y no lloraría ni desvelaría nuestros problemas personales delante de los pasajeros y los miembros de la tripulación.

—No. Todavía tengo trabajo que hacer. Vete tú primero. Yo pasaré por allí más tarde.

Otra vez expresiones como: «pasaré por allí»...

Asentí rápidamente. Cuando terminó la maniobra y se permitió desembarcar a la gente, me volví hacia él. Él cerró los ojos y luego los volvió a abrir e hizo una inclinación de cabeza.

—Hala, vete —me dijo bajito—, todo irá bien.

—Papá... —me asfixiaba.

Me señaló la puerta con la cabeza. Vi que él también hacía todo lo posible por dominarse. Me dio un beso en la mejilla y yo intenté echarle los brazos al cuello pero él me rechazó con firmeza. Entonces me dirigí a la puerta y bajé al nivel de la pasarela de salida.

Hacía una mañana parcialmente cubierta, pero para mí era triste y oscura. La brisa marina me helaba las lágrimas en las mejillas, como el aliento de un muñeco de nieve. Me abroché el abrigo hasta arriba y cuando me dirigía hacia la pasarela, alguien me tiró de la manga.

Eran Clara y Melanie Spencer. Sus padres las venían siguiendo y formaban los cuatro como una piña, pues la señora Spencer cogía a Clara por el hombro, y el señor Spencer a Melanie. Era como un retrato de familia con la leyenda: LA FAMILIA FELIZ.

—Adiós, Leigh —me dijo Clara—. Te escribiremos.

—Adiós. Yo también —le contesté, alejándome. No quería verles.

—¡Leigh! —gritó Clara—. Ha sido estupendo, pero es una gozada estar en casa de nuevo, ¿no te parece?

Me limité a agitar la mano y me dirigí al coche lo más de prisa que pude. Ya habían cargado mi equipaje.

—¿Cómo está mi madre? —pregunté a Paul.

Acaso estuviera tan trastornada por lo que había hecho que había tenido que guardar cama, pensé esperanzada.

—Oh, muy bien... Me ha llamado esta mañana y no parecía encontrarse mal. Has tenido suerte, mientras estabas fuera ha hecho un frío espantoso. ¿Lo has pasado bien? —me preguntó.

—Sí.

Me volví a mirar hacia atrás mientras iniciábamos la marcha. Vi a papá en el puente, hablando con el capitán Willshaw, pero se interrumpió en mitad de la conversación y se quedó mirando en mi dirección. Agité la mano por la ventanilla. Él levantó la suya despacio y la mantuvo en el aire en un ademán de derrota y rendición.

Clarence salió a abrirme y a recoger mi equipaje en cuanto llegamos, pero mamá no aparecía. Me abalancé al interior de la casa, llamándola a gritos.

—¡Mamá! ¡Mamá! ¿Dónde estás?

Clarence apareció a mi espalda con las maletas.

—La señora Van Voreen ha salido a dar un paseo por la playa —me dijo—. Todavía no ha vuelto.

—¿Cómo? ¡A la playa! Pero... ¿no sabía que llegábamos esta mañana? —exclamé.

Clarence pareció abrumado por la ferocidad de mis preguntas.

—Le llevaré el equipaje a su habitación, señorita Leigh.

Empezó a subir la escalera. Confusa, me quedé allí plantada un instante. Al ver la puerta del despacho de papá, se me hizo un nudo en la garganta; pensé que ya no volvería a trabajar en él. ¿Qué haría mamá con él...? ¿Cerrarlo? Sabía cuánto odiaba ella aquella habitación.

Pero para mí se convirtió de pronto en un recinto más sagrado que una iglesia. Entré y contemplé las cosas de papá, aspiré su aroma —todavía flotaba el olor de su tabaco, mezclado con el de los paneles de madera, los viejos muebles y la alfombra. Aunque todo tenía un aspecto ajado y vetusto, me resultaba hermoso por pertenecerle a él.

Me lo imaginaba inclinado sobre su mesa, con una fina columna de humo ascendiendo de su pipa labrada, la primera pipa que le había regalado su padre. En la esquina izquierda de su mesa había una reproducción del Jilian. Estaba tan orgulloso de ese barco, tan orgulloso de ponerle el nombre de mamá... El resto de la mesa parecía tan desordenado y atestado como siempre; me emocionó descubrirlo, porque significaba que tendría que volver a recoger sus papeles.

Salí despacio y subí despacio las escaleras. Clarence ya estaba bajando. Parecía estar deseando librarse de mí.

—Lo tiene todo en su habitación, señorita Leigh.

—Gracias, Clarence. Por cierto, Clarence... —volví a llamarle cuando

reemprendía su camino.

—¿Sí?

—¿No ha dicho mi madre a qué hora pensaba volver?

—No.

—Muy bien, gracias, Clarence.

Seguí escaleras arriba y me metí en mi cuarto.

Qué distinto me parecía todo... Tenía tantas ganas de volver a casa, de recuperar mi habitación, de dormir en mi propia cama, de abrazar a los animalitos de peluche reunidos a lo largo de los años... Estaba deseando llamar a mis amigas y enterarme de todo lo sucedido durante mi ausencia. Quería hablarles de Fulton y Raymond, de los bailes y los espectáculos, del beso de un chico, de su promesa de escribirme... Pero ahora, nada me importaba ya, todo aquello me daba igual.

Me sentía como hipnotizada. Deshice mecánicamente las maletas, separé la ropa sucia y guardé la limpia. Luego me senté en la cama como aturdida.

Después, por curiosidad y aburrimiento, fui a la suite de mamá.

Todavía no había regresado. No había nada nuevo en su dormitorio. Su tocador estaba cubierto de cremas y maquillaje, cepillos y peines.

¡Y no había quitado la foto de la boda con papá! Allí estaban los dos muy sonrientes, enmarcados en un recio marco de plata, jóvenes y felices, mamá guapísima y papá muy distinguido y elegante.

La palabra «divorcio» tenía una resonancia maldita para mí. Me figuraba que una vez divorciados mis padres, la casa entera caería bajo una maldición, como si el divorcio nos hubiera puesto bajo las garras de alguna bruja. La casa sería distinta, los criados también. Papá y mamá serían diferentes, por supuesto, y yo... Todavía me asustaba pensar en lo que cambiaría para mí. Iba a salir de las habitaciones de mamá, pero me detuve en su salita porque me llamó la atención una cosa sobre su escritorio. Parecía una pila de álbumes con pruebas de imprenta. No teníamos nada que celebrar por el momento, ni cumpleaños ni, desde luego, aniversarios tampoco. ¿Qué pretendía mamá, anunciar su divorcio? Me aproximé a su despacho y abrí el primer cuadernillo de pruebas.

Al principio no le encontré el menor sentido, pero mi corazón lo entendió antes que mi cerebro, porque empezó a latirme tan fuerte que se me cortó la respiración. Su martilleo me retumbaba horriblemente en la cabeza.

Contuve el llanto, las lágrimas que me habían estado asediando desde que había llegado a casa, y seguí hojeando los álbumes. Eran todos iguales.

¡Eran diversos ejemplares de invitaciones de boda!

!! [HYPERLINK \l "INDICE" ¶](#) [⊥]

capítulo vi.

Mi mejor amiga

Mamá tardó horas en llegar a casa. Yo me encerré en mi habitación y estuve esperando y esperando hasta que la oí entrar en casa. Su risa la precedió por las escaleras. A mí no me cabía en la cabeza cómo ni por qué estaba de tan buen humor. El mundo se estaba derrumbando a nuestro alrededor y su voz sonaba cantarina como si fuera el día de Navidad o de su cumpleaños. Salí de mi cuarto cuando ella estaba llegando a lo alto de la escalera.

Estaba tan guapa como siempre, o más, había florecido desde que nos había dejado a papá y a mí. Parecía rejuvenecida, llena de vitalidad y energía, con los ojos brillantes y el pelo suave y dorado que le asomaba por debajo del casquete blanco de piel. Llevaba el abrigo de visón blanco que papá había importado de Rusia para ella. Tenía las mejillas sonrosadas por la caricia del vivificante viento de noviembre. Hasta que la vi no comprendí que deseaba haberla encontrado pálida y demacrada por la decisión que había tomado. Su explosión de exuberancia y su luminosidad me aplastaron. Me quedé allí plantada mirándola. Mamá no tenía la cara desencajada, ni los ojos enrojecidos, al contrario, parecía que la hubieran rescatado de un torreón oscuro y tenebroso, y nuevamente libre y sin cadenas, volvía a ser joven, a sentirse viva y hermosa. Malinterpretó mi expresión de sorpresa y de pena. —Oh, Leigh, siento mucho no haber estado aquí cuando llegaste, pero no puedes imaginarte los atascos que había. —Me sonrió como esperando que yo lo olvidara todo instantáneamente.

—¿Por qué no has venido al puerto a esperarme? ¿Dónde estabas?

—¿Dónde? ¡En «Farthy»! —canturreó dirigiéndose a su suite—. Ya sabes lo imprevisibles que son las llegadas al muelle... media hora, una hora de demora. Siempre hay retrasos. Francamente, no era cosa de pasarme la mañana esperando encerrada dentro de un maldito coche. —Se volvió a dedicarme una breve sonrisa—. No pensé que te importara, y hoy hacía un día tan espléndido junto al mar —me dijo quitándose el abrigo y el sombrero—. Allí sí que es azul el cielo —añadió dejando descuidadamente el abrigo de piel encima de una silla rococó—. Aunque para mí siempre es azul, aunque esté nublado... —susurró dando a la frase una entonación de canción de amor.

Después, tocada todavía con su gorro de pieles, se tiró en la cama de espaldas con los brazos abiertos, rebotando en el colchón. Yo no la había visto nunca tan animada. Parecía varios años más joven, casi como mis amigas, tontita y risueña. Tenía los ojos resplandecientes y le sonreía al techo. Me quedé allí de pie, incapaz de hablar, mirándola. ¿Sería acaso que no estaba al corriente de que papá me lo había contado todo?

—Papá me ha contado lo del telegrama —le dije con brusquedad.

Me miró y la sonrisa se le fue difuminando, se fue apagando el brillo de sus

ojos. El vigor y la luminosidad desaparecieron de su rostro. Parecía que estuviera regresando a la tierra, a la realidad. Su mirada se heló y se le contrajo la boca. Respiró hondo y se fue incorporando lentamente en la cama, con gran esfuerzo. Luego se quitó el sombrero y sacudió la cabeza para soltarse la melena.

—Se suponía que te lo tenía que explicar yo —me dijo con notable tranquilidad—. Pero no me sorprende... Estoy segura de que te habrá hecho una descripción horrible, algo así como el fracaso de alguna aventura financiera. ¿Qué te ha dicho, que nuestro matrimonio estaba en bancarrota?

—No, mamá, papá está destrozado —exclamé.

Ella forzó una sonrisa y se dirigió a su tocador.

—¿Es cierto que fuiste a México a tramitar el divorcio?

Yo seguía esperando contra toda esperanza que fuera todo mentira, lo cual constituía una tremenda niñería por mi parte.

—Sí, Leigh, en efecto. Y no me arrepiento. —Sus palabras se me clavaron como alfileres en la carne.

—Pero, ¿por qué? ¿Cómo has podido hacer una cosa así? —le grité, furiosa. Me resultaba odioso verla tan tranquila, sin que le importara lo más mínimo lo afectada que estaba yo por su egoísta decisión. Se sentó y se volvió hacia mí.

—Leigh, deseaba que te encararas como una mujer con todo lo que está pasando —dijo con calma, pero muy firme—. Llevaba cierto tiempo queriendo hacerlo, pero lo aplacé hasta que me pareció que serías lo bastante mayor para aceptarlo desde una postura más madura. He soportado meses, años, de sufrimiento sólo para darte tiempo a crecer lo suficiente para comprender por qué he tomado esta decisión —añadió, meneando la cabeza como si acabara de desembarazarse de una carga terrible.

—Bueno, pues no lo entiendo —le solté—. Ni lo entenderé nunca. ¡Nunca! — Esperaba que mis palabras la hirieran como una daga.

Echó los hombros hacia atrás, con chispas en los ojos:

—¿Qué te ha dicho exactamente tu padre?

—Que te fuiste para reflexionar y que luego recibí un telegrama tuyo comunicándole que te habías ido a México a tramitar el divorcio.

—¿Y no te contó por qué?

—Me dijo que él te había defraudado, y que tú todavía eras joven y querías otra oportunidad para ser feliz. ¿Por qué no puedes ser feliz junto a papá? — gemí.

—Mira, Leigh, has de intentar comprender mi punto de vista. Debería de resultarte más fácil ahora que tú también te estás convirtiendo en una mujer. No sabes, no puedes ni imaginarte lo que ha sido la vida para mí

durante los últimos años. Cada vez que tu padre me llevaba a uno de esos cruceros, lo hacía para impresionar... para utilizarme en beneficio suyo. Me he sentido como un pájaro enjaulado, en una jaula dorada tal vez, pero como una verdadera cárcel.

¿Cárcel? ¿Qué quería decir con eso? Podía entrar y salir cuando le parecía, comprarse lo que le apetecía y hacer todo lo que deseaba. Vivíamos en una casa preciosa... Para mí era inconcebible que alguien la considerara una cárcel.

—Los otros pasajeros se compadecían de mí, Leigh. Se les notaba en la cara. —Se pasó los dedos por el pelo—. Sabían que rara vez podía hacer lo que ellos, cuanto les apetecía. ¡Odio su conmiseración! ¡La odio!

Apretó los puños y se aporreó los muslos.

—Y ha sido así durante años y años... He procurado mantener la cordura para que crecieras en un hogar feliz, pero ya no puedo sacrificarme más. ¡No! No pienso desperdiciar algo tan valioso y efímero como mi juventud y mi belleza. No me marchitaré como una flor alejada del sol. Mi sitio está en las pistas de baile, en la ópera y los teatros, los balnearios, las fiestas, quiero salir en las fotos de los ecos de sociedad. ¿Tienes idea de las cosas que he desperdiciado porque tu padre tenía demasiado trabajo para asistir?

Hizo una pausa para recobrar aliento. Tenía la cara de color escarlata y los ojos tan crispados que daba miedo verla. Su estallido me dejó apabullada. Nunca había imaginado que estuviera incubando tanto resentimiento y tanta desesperación.

Quería odiarla por lo que nos estaba haciendo a papá y a mí, pero al verla en semejante estado, con los ojos desorbitados y el pelo revuelto, la cara arrebolada de frustración, todo lo que se me ocurría era que aquella terrorífica criatura no era mi madre.

—Papá lo siente, lo lamenta muchísimo, de veras.

—Sí, estoy segura de que sí... por el momento. Pero mañana, cualquier crisis de la compañía le absorberá y se olvidará de lo que ha ocurrido entre nosotros.

—No, mamá, no. ¿No puedes darle otra oportunidad? ¿Por favor? —le supliqué.

—Ya le he dado muchas, Leigh. Muchas. Esto no es cosa de cuatro días. Se está cociendo casi desde que nos casamos. ¡Ay! —suspiró recostándose en el respaldo de la silla—. Durante los primeros años no fue tan grave, porque en seguida naciste tú y yo tenía que cuidarte y además tu padre era muy atento conmigo, muy entregado. Claro que tenía doce años menos, pero se las arreglaba bastante bien en sus años mozos. Apuesto a que nunca se te ha ocurrido que podría ser mi padre.

La idea era tan absurda y ridícula que casi se me escapó una carcajada,

pero ella estaba muy seria. ¿Papá, tu padre? ¿Mi abuelo?

—Su edad ha sido una trampa. Admito mi parte de culpa, por aceptar casarme con él, pero yo era tan joven y tan desgraciada que no me paré a pensar en lo que me depararía el futuro. Y tu padre me hacía toda clase de promesas maravillosas..., promesas que nunca ha llegado a cumplir... ¡ Promesas que ni siquiera recuerda haberme hecho!

—Pero estabais muy enamorados... Tú misma me lo dijiste.

Mi frágil tabla de salvación se iba rápidamente a pique. Cada cosa que me decía mi madre la hundía un poco más.

—Yo era muy joven. No sabía lo que era el amor. —Sonrió—. Pero ahora, ahora lo sé. Rotundamente —añadió, recobrando una expresión viva y radiante—. Leigh... Leigh, no me odies, por favor, pero estoy enamorada, verdaderamente enamorada.

—¿Qué? —Recordé la salita y las invitaciones—. ¿Te has enamorado de otro hombre? Esas invitaciones... —murmuré, estremeciéndome al caer en la cuenta.

—¿Las has visto?

Asentí.

—Bueno, más vale que te enteres de todo —dijo con determinación, poniéndose muy erguida—. Estoy enamorada de Tony Tatterton y él está locamente enamorado de mí, y pensamos casarnos en Navidad y vivir en «Farthy».

En un relámpago, la cara que me había parecido una versión monstruosa de mamá se relajó. Luego sonrió, irradiando felicidad por los ojos.

A pesar de que me imaginaba algo así, el efecto de oírle decir esas palabras fue devastador. Se me heló la sangre en las venas y palidecí. Una combinación de asco y escándalo me paralizó las piernas y se me quedaron los pies clavados en el suelo. Era incapaz de pronunciar palabra, de tragar saliva. Creo que se me cortó la respiración y mi corazón dejó de palpar. Era como si dos gigantescas garras de hielo me atenazaran el pecho.

—No debes sentir odio hacia mí, Leigh. Procura comprenderme, por favor. Te estoy hablando de mujer a mujer.

—Pero, mamá, ¿cómo has podido enamorarte de otro? —Se me atropellaban las ideas, intentando comprenderla.

Al recordar cómo bailaban mamá y Tony en la fiesta de despedida del crucero, cobraron significado sus gestos, sus miradas. Yo había presentido algo el día en que fui a «Farthy» con ella, al verles pasear juntos, susurrando, pero no había sabido interpretar lo que sentí. ¿Por qué procesos advierte el corazón las cosas antes que la mente? Tal vez no deseara saberlo, me negara a comprenderlo. Ahora ya no tenía elección.

—No es difícil entender por qué o cómo ha sucedido todo, Leigh. Tony me

adora, me venera. Dice que soy como una diosa mítica que ha descendido de los cielos para conferir significado a su vida, porque hasta los hombres más ricos y poderosos se sienten incompletos si no tienen a quien amar ni quien les ame. El amor, el amor verdadero es lo que hace que la vida sea satisfactoria. Leigh, ésta es una cosa que entenderás con el tiempo y cuando la entiendas, apreciarás todas las cosas que te estoy diciendo.

»¿Qué más puedo decirte? ¿Serás capaz de escucharme como una amiga, una amiga íntima? Nunca he tenido una auténtica amiga. Crecí junto a dos hermanas terribles que estaban permanentemente celosas de mí. Nunca pude contarles nada, compartir nada con ellas. ¿Leigh...?

—Seré tu mejor amiga, mamá. Yo... sólo...

—Bueno, bueno —me dijo, perdiendo los ojos como en la distancia—. El día que Tony y yo nos conocimos, fue como si un viento barriera todas las nubes del cielo. Todo se volvió más intenso, más vivo a mi alrededor. Los colores brillaban más, los pájaros trinaban y la brisa, aunque fuera fría, era siempre suave y refrescante. Al levantarme cada mañana, ansiaba ir a «Farthy» y estar a su lado, oír su voz y sentir su mirada en la mía. Esto es el amor, Leigh, el amor de verdad.

Me tendió los brazos. Sus palabras tenían tanta magia, sus pensamientos eran tan maravillosos, que no pude reprimir el impulso de acercarme a ella para que me cogiera de las manos y me mirara a los ojos.

—Yo sabía que él me había abierto su corazón y me había instalado en él. Cuando me hablaba, su voz era dulce, amorosa... En sus ojos leía un anhelo que me hacía estremecer —me confesó como una adolescente que acabara de descubrir el primer amor.

Sin embargo, era mi madre... ¡Mi madre hablando conmigo!

—Oh, al principio intenté resistirme, Leigh. No fui infiel a tu padre. Me dije una y otra vez que yo era una mujer casada, que tenía un marido y una hija... Pero cuando Tony y yo nos fuimos conociendo cada vez mejor, se me debilitaron las defensas hasta que fui incapaz de negarme a la evidencia de lo que me estaba sucediendo.

»Ocurrió una noche, al terminar de pintar y después de recogerlo todo para volver a casa. Hacía un día templado, un atardecer delicioso. Él me pidió que le acompañara a dar un paseo hasta el mar. Vacilé un instante, pero él insistió, prometiéndome que volveríamos en seguida. Finalmente cedí, y entonces ascendimos a un pequeño altozano desde donde estuvimos contemplando el océano. El sol había descendido mucho y estaba muy encarnado, casi rozando la superficie del agua. La vista era anonadante. De repente, sentí su mano en la mía y a su contacto, mi corazón dio un grito... quería ser escuchado.

»Le confesé mi infelicidad, pero le dije que tampoco podía salir huyendo sin

más. Él fue muy comprensivo, pero se mantuvo firme. Intenté, en tres o cuatro ocasiones, explicárselo a tu padre, pero él me ignoraba o no me escuchaba. Siempre estaba pensando en sus asuntos. Al final, durante el baile de este último crucero, le hice a Tony una promesa. E incluso intenté romperla. He sufrido mucho durante la travesía a Jamaica, pero el amor es invencible cuando es real y sincero, como el que nos une a Tony y a mí. Y sabía que al final tendría que hacer algo dramático o me consumiría como una flor en la oscuridad.

»¿Intentarás comprenderme? Por favor, Leigh... Podría sucederte a ti misma algún día. Es posible que cuando necesites a alguien, cuando alguien te quiera y tú le correspondas, logres comprenderme. —Me apretó la mano, mirándome con ojos suplicantes.

—Ay, mamá... Está sucediendo todo tan de prisa. Para ti habrá sido larguísimo, pero yo me he enterado de la noche a la mañana.

—Lo sé, Leigh. Me doy cuenta de lo que estás pasando, pero yo también necesito tu ayuda. Necesito tu apoyo y tu afecto. ¿Quieres ser algo más que mi hija? ¿Aceptas ser mi mejor amiga?

Tenía los ojos velados, cuajados de lágrimas, pero su mirada era cálida. Sin poder remediarlo, le eché los brazos al cuello. Ella me besó en las mejillas.

—Lo intentaré. Pero, mamá... ¿Qué va a ser de papá?

—No le pasará nada, hija. Créeme. Tiene su trabajo, que le mantiene ocupado día y noche. Podréis veros tantas veces como queráis, tanto como hasta ahora, lo cual tampoco es mucho —añadió con un deje de ironía.

Yo no le contesté. Tal vez tuviera razón, pensé, pero aun así, sus palabras me atravesaron el pecho como una espada.

—Y Leigh, sobre todo... ¿Intentarás querer a Tony? ¿Querrás darle una oportunidad? Ya verás lo cariñoso que es y comprenderás por qué le quiero tanto.

Yo no podía reprimir mis sentimientos. Cada vez que me decía que amaba a Tony, yo pensaba en papá y en lo cruel que era todo aquello. Cuando pensaba en Tony se me despertaba un extraño cosquilleo en el estómago. Y mientras estaba allí sentada, tuve conciencia, poco a poco, como el agua que se va calando en la tierra, de que todo era culpa de Tony. ¡Odiaba a Tony! ¿Por qué se había entrometido en la vida de mamá ese joven rico y arrogante, por qué nos la había arrebatado tan de repente y tan por completo? Deseaba más que cualquier otra cosa del mundo hacerle arrepentirse de haber roto mi mundo feliz en mil pedazos.

—¿Lo intentarás, Leigh? —repitió mamá, esta vez en un tono algo más apremiante.

Una vez más, sus deseos chocaban con los míos, y ella salía vencedora. Asentí.

—Gracias. Oh, gracias, chiquitina mía.

Me abrazó y yo tenía tanta sed de afecto, tanta necesidad de protección que habría sido capaz de aceptar todo lo que me hubiera pedido. Sin embargo, no pude evitar sentirme fría, sin vida, entre sus brazos. Para mí era horrible aceptar su ruego: era traicionar a papá.

—Y también quiero pedirte otra cosa, Leigh, una sola. Un secreto que compartiremos como dos amigas íntimas, porque confío en que sabrás guardarlo. ¿Me prometes no revelárselo a nadie? Has de darme tu palabra de honor —añadió, llevándose una mano al corazón. Me pregunté qué podría ser.

—Te lo prometo, mamá.

—Bueno —se inclinó hacia mí y me susurró al oído, como si hubiera más gente en la habitación—. Tony no sabe mi verdadera edad, ni siquiera ahora que me ha propuesto matrimonio y yo he aceptado. No quiero que se entere. Como te dije el día que fuimos a «Farthy», cree que tengo veintiocho años.

—¿No piensas revelarle la verdad?

—Quizás algún día, pero de momento no. ¿De acuerdo?

Accedí, pero me preguntaba qué clase de amor era aquél, que se apoyaba en la mentira. ¿Es que el amor, el auténtico amor, no significaba que no debía haber mentiras, que cada uno confiaba tan plenamente en el otro que nada podía separarlos?

—Gracias, Leigh. Sabía que lo entenderías. Sabía que ya te habías hecho mayor. Se lo dije a Tony. Por cierto, le has caído muy bien. Habla continuamente de ti, de tu simpatía y de lo mucho que te quiere Troy y lo bien que lo pasó contigo cuando fuisteis los tres a la playa... Ay, estoy impaciente por que estemos todos juntos en «Farthy». Será un sueño hecho realidad, Leigh. Ya verás. Serás una princesa, una auténtica debutante, muy pronto.

Se levantó.

—Voy a darme un baño de espuma; ahora que sé que mi hijita me comprende y me quiere mucho, puedo relajarme. Después, nos sentaremos a charlar y me contarás lo que has hecho en Jamaica, ¿de acuerdo?

Asentí y me acordé de su regalo.

—Te he traído una cosa, mamá.

—¿En serio? Qué delicadeza por tu parte, después de que os abandonara de aquella manera... Eres una chica encantadora, maravillosa, Leigh. Soy muy afortunada de tenerte.

—Voy a buscarlo —exclamé, dirigiéndome a mi cuarto—. Es una tontería —le dijo al volver—, pero me gustó.

Lo desarrolló rápidamente.

—Me encantan los regalos, las sorpresas, da igual lo que hayan costado. Tony también es así. Quiere darme algo nuevo y bonito todos los días de nuestra vida en común.

Yo hacía grandes esfuerzos por mantener mi palabra y alegrarme de su recién adquirida felicidad. Mamá miró el pañuelo pintado a mano.

—Oh, Leigh, es fantástico. ¡Qué gusto has tenido al elegirlo! Me lo pondré con mis conjuntos nuevos. Lamento no haber estado allí contigo, pero te compensaré de mil maneras, ya verás.

—A papá le compré un bastón tallado a mano —le dije bajito.

—Muy bien.

Se fue al cuarto de baño a abrir el grifo de la bañera. Yo me quedé allí un momento escuchándola canturrear y luego salí.

Papá se presentó poco antes de la hora de cenar. Mamá seguía en su suite hablando con sus amigas por teléfono, arreglándose el pelo y las manos. Yo todavía no había tenido ocasión de hablarle de las chicas Spencer y Fulton y Raymond, pero esperaba contárselo durante la cena. De pronto, oí que se abría la puerta principal y Clarence decía:

—Buenas noches, señor.

—¡Papá!

Me levanté de un brinco. Él ya estaba en su despacho, recogiendo unos papeles.

—Hola, Leigh. ¿Todo en orden?

—Sí. Mamá está en casa. En su habitación.

—Ah. —Siguió revolviendo en sus papeles.

—¿Te vas a quedar un rato?

Me daba muchísima pena. Parecía cansado y hundido, más viejo que nunca, y pensé que sería mucho peor cuando se enterara de lo de mamá y Tony Tatterton. Tal vez mantuviera aún alguna esperanza, como yo, a pesar del divorcio...

—No, Leigh. Debo regresar a la oficina para preparar el siguiente viaje.

—¿Y dónde vas a dormir esta noche?

—Tengo una habitación en el «Hilton». No debes preocuparte por mí. Quiero que te cuides mucho y... —levantó los ojos al techo, como señalando a mamá— a tu madre también.

Siguió con los papeles, eligió unas carpetas, abrió los cajones del archivador y empezó a llenar un portafolios.

Yo me senté en el sofá de cuero a observarle, con una pena terrible. Me daba la sensación de estarle traicionando al ocultarle lo de mamá y Tony. Me sentía partida en dos. Si sonreía a mamá o me hallaba a gusto con ella,

no podía evitar un sentimiento de culpabilidad, la sensación de estar hiriendo a papá. Y lo mismo si le sonreía a él y estaba contenta a su lado. Mamá me odiaría. Desde luego, me odiaría si revelaba mis secretos a papá. ¿Qué debía hacer?

Papá advirtió mi turbación.

—Bueno, bueno —me dijo—. No debes martirizarte. Te dije que después de la tempestad viene la calma. Resístete al viento. Sé valiente. Has pasado demasiado tiempo junto a marineros y hombres de mar para hacer otra cosa.

—Lo intentaré, papá.

—Así me gusta. En fin —dijo echando un vistazo entorno—, supongo que ya he cogido todo lo que me hacía falta.

Cuando cerró su portafolios me dio un vuelco el corazón. Pensé que no tendría fuerzas para ponerme en pie. Él dio la vuelta a la mesa y luego se detuvo en seco. La expresión de su cara, antes dulce y afectuosa, se volvió dura, casi colérica. Me volví, y vi a mamá en el umbral.

—Hola, Cleave —le dijo.

—He venido a recoger unos papeles.

—Me alegro. Quiero discutir unas cuantas cosas contigo. Pensaba dejarlo para más adelante, pero quizá sea preferible aprovechar que estás aquí.

—Sí —le contestó él.

—Leigh, ¿quieres hacer el favor de dejarnos solos un momento? —me dijo mamá con una sonrisa helada.

Miré a papá, que asintió con la cabeza. De repente, mis piernas, que hacía un instante parecían dos fideos pasados, recuperaron firmeza y pude levantarme y salir apresuradamente del despacho. Al volverme vi que mamá cerraba la puerta.

Me habría gustado escucharles a través de la puerta, pero me dio miedo que me descubrieran.

Tras lo que me pareció una eternidad, mamá salió por fin. Observé si la seguía papá. Tal vez hubieran resuelto sus diferencias y quisieran darle otra oportunidad a su pareja. Acaso papá hubiera pronunciado unas palabras mágicas que les hubieran recordado sus primeros tiempos de convivencia, cuando estaban tan enamorados... Yo ansiaba oír algo así, rezaba por ello.

—Apuesto a que tienes hambre —me dijo mamá—. Yo también.

—¿Se quedará papá a cenar con nosotros? —le pregunté esperanzada.

—No, todo sigue igual que antes —dijo con amargura—, se ha ido al astillero.

—¿Se ha ido? —grité.

Oh, no se habría ido sin decirme adiós, sin darme un beso.

—Sí, ya se ha marchado. Vamos a cenar —terminó, dirigiéndose al comedor.

«Es imposible, no se ha ido», me repetía interiormente. Sin despedirse... Salí

corriendo detrás de mamá, pero en lugar de entrar en el comedor, me dirigí a su despacho. La puerta estaba cerrada y cuando la abrí, la habitación estaba a oscuras. Mamá me esperaba en el vestíbulo. Di media vuelta, con lágrimas en los ojos.

—¿Dónde está?

—Ya te lo he dicho, Leigh. Se ha marchado.

—Pero si no me... ha dado ni un beso para despedirse —protesté.

—No estaba de humor para besos. Por favor, cariño. Tranquilízate. Ve a lavarte la cara. No querrás que todo el servicio se entere de nuestras desgracias, ¿verdad? Cuando tengas algo en el estómago te sentirás mucho mejor, estoy segura.

—No tengo hambre —grité corriendo escaleras arriba.

—¡Leigh!

No quise volverme. No podía. Me metí en mi cuarto y me abalancé a la ventana. Esperaba divisar a papá saliendo de casa, pero la calle estaba desierta y las farolas dibujaban unas sombras alargadas y solitarias en las aceras.

Me froté los ojos con los puños. Luego miré mi habitación. Contemplé todas mis cosas, las cosas que me recordaban a papá; miré su fotografía, las maquetas de barcos. Todo había terminado. Todo lo que había sido mi vida se había terminado en aquella noche desierta de la calle.

Papá solía decir una frase cuando conocía a alguien, sobre todo si le caía bien: «No seamos como dos barcos que se cruzan en la noche. Hay que saludar dos veces. Y detenerse.»

Oh, papá, pensé, ¿nos convertiremos en dos barcos que se cruzan en la noche?

Los días se sucedían unos a otros. Volví al colegio y describí mi crucero a Jamaica a todas mis amigas. Todas escucharon muy interesadas mi relato acerca de Fulton y Raymond. A la semana de estar en casa de vuelta recibí una carta muy simpática de Raymond. Me la llevé al colegio para enseñársela a mis amigas, sobre todo a las más escépticas respecto a lo que los dos chicos que me habían dicho que podría pasar por una alumna de segunda enseñanza.

La mayor parte de la carta de Raymond hablaba de sus estudios y del colegio, pero también decía que lo había pasado muy bien conmigo y al final había firmado «Con cariño, Raymond».

A finales de la primera semana, papá me telefoneó para contarme sus planes sobre el próximo viaje. Había mucho ruido de fondo en su oficina, y aunque fue una conversación bastante breve, nos interrumpieron varias

veces. Me dijo que intentaría escribirme o llamarme en cuanto llegara a las Canarias. Ay, cuánto le echaba de menos... Procuraba con todas mis fuerzas no odiar a mamá por expulsarle de mi vida.

Pocos días después, mamá entró en mi dormitorio a comunicarme que iríamos a celebrar el Día de Acción de Gracias a «Farthinggale Manor».

—Será una fiesta magnífica, el más hermoso Día de Acción de Gracias de nuestra vida. Irán muchos amigos de Tony, incluso ha invitado a Patrick Darrow y Clarissa, los editores de mis ilustraciones, y, por supuesto, a Elizabeth Deveroe, la decoradora, y su marido, así que nos encontraremos con conocidos nuestros. ¿Qué te parece?

—Pero si siempre hemos celebrado el Día de Acción de Gracias en casa, mamá.

Hasta ese momento, no se me había ocurrido que papá no vendría. Sería la primera vez que no lo celebrábamos juntos, porque siempre se las arreglaba para pasar con nosotras el Día de Acción de Gracia, a pesar de todo su trabajo y todas sus obligaciones.

—Ya lo sé, pero quiero pasarlo con Tony y él da todos los años una gran fiesta. Comeremos faisán en vez de pavo, y beberemos champaña y habrá unos postres fabulosos. Ya sabes qué cocinero tiene.

—Pues sin pavo, no será un Día de Acción de Gracias como es debido.

—Oh, habrá tantas exquisiteces que ni te acordarás de eso. Ya sé lo que vamos a hacer —continuó—, nos compraremos un vestido para estrenarlo esa noche.

—Pero si todavía no he podido estrenar todo lo que me regalaste por mi cumpleaños...

—Esto es otra cosa —dijo dándose la vuelta, muy pensativa—. Nos hace falta algo que destaque... Ponte el abrigo —exclamó de repente mientras se le animaba la cara—. Vamos a ir a la boutique de André a elegir algo original para cada una.

—Pero, mamá...

Yo sabía que los trajes y los vestidos de André costaban de ochocientos dólares para arriba, y podían subir hasta los diez mil.

—¿Crees que podemos permitirnoslo ahora que papá no vive aquí?

—Claro que podemos. Tu padre sigue a cargo de todos nuestros gastos —replicó muy decidida—. Hasta que me vuelva a casar. Después sólo se hará cargo de los tuyos, aunque por eso no tendrás que preocuparte. Tony es muy generoso. Venga, vámonos —recalcó con un gesto—. En marcha.

Mamá se compró un vestido de terciopelo negro de tirantes muy estrechos, con un fajín ancho de seda y a juego, unos guantes largos de raso negro. Con él se pondría el collar de diamantes y los pendientes de brillantes en forma de lágrimas.

A mí me compró un vestido precioso de color aguamarina, muy vaporoso. Nunca me había arreglado tanto para una cena de Acción de Gracias. Tony mandó a Miles con su limusina a recogernos a última hora de la tarde, pero tuvo que esperarnos en el vestíbulo durante tres cuartos de hora, hasta que mamá acabó de peinarse y de maquillarse. Finalmente bajó con parsimonia las escaleras, con la estola de pieles de color arena. No la había visto nunca tan bien peinada ni tan radiante. Por el modo en que Miles se levantó de su silla, comprendí que se había quedado de piedra ante su belleza. Pensé que parecía una estrella de cine. Me habría encantado que la viera papá, pero luego pensé que habría sido mucho peor verla tan guapa después de haberla perdido para siempre.

—¿Qué tal? —me preguntó dándose la vuelta.

—Guapísima.

—Oh, gracias, cariño. Tú también estás preciosa. Vamos a deslumbrar a todo el mundo —añadió, dirigiéndose al coche.

Por el camino me habló de algunos de los amigos de Tony que había conocido. Todo se centraba en torno a sus profesiones o sus negocios.

—Y ya verás cuando conozcas a sus esposas. Con todos sus bienes y su posición, no tienen ni idea de lo que es la moda ni el maquillaje. Tú y yo pareceremos... dos rosas en un lecho de ortigas. —Soltó una risita y me dio un codazo.

A pesar de la pena que me producía no pasar con papá el Día de Acción de Gracias, no podía evitar sentirme fascinada por las cosas que me decía mamá. Actuaba más como una hermana mayor que como una madre. Me dio la impresión, por primera vez en la vida, de que me estaba tratando como a su más íntima amiga.

—Bueno, ahora no te pongas nerviosa por la fortuna de toda esa gente. Ya verás que no son tan listos a la hora de relacionarse. Cuando te hagan una pregunta, responde con educación, pero límitate a informarles acerca de lo que te hayan preguntado. Los hombres prefieren a las mujeres poco locuaces y poco charlatanas en la mesa. Les gusta llevar ellos la conversación y tocar temas como la política o las finanzas.

—Pues papá no era así.

Pobre papá, pensé, sin familia, en pleno océano en uno de sus barcos, celebrando el Día de Acción de Gracias con extraños.

—No pongas esa cara de pena —me advirtió mamá—. Estás tan guapa cuando sonríes.

La señora Deveroe y su esposo y los Darrow ya estaban allí cuando llegamos. Todo el mundo dijo que mamá y yo parecíamos hermanas. Los hombres me hicieron sentirme muy mayor con sus cumplidos y sus miradas de aprobación y mamá penetró en la mansión como si fuera una

reina. Había camareros por todas partes, atendiendo sus órdenes: recogieron nuestros abrigos, nos acompañaron a la sala de música donde se hallaban los demás convidados y luego nos ofrecieron una copa de ponche de champaña.

—¡Jillian! ¡Por fin habéis llegado! —exclamó Tony acercándose presuroso a darnos la bienvenida junto a la entrada de la sala de música.

Estrechó la mano de mamá, mirándola a los ojos, con una ardiente expresión de amor y admiración en los suyos.

—Sin ningún género de dudas, eres la mujer más hermosa que he conocido. No me cansaría de repetírtelo.

Durante toda la mañana, yo no había cesado de pensar en lo mucho que le odiaba. Sin embargo, en ese instante me recorrió todo el cuerpo como una cálida corriente eléctrica. Nunca había estado tan cerca de una persona tan romántica. Era como penetrar en una película, no podía apartar los ojos de ellos dos. Como tampoco el resto de la concurrencia, por otra parte. Se produjo una gran pausa, como si todo el mundo suspirase y luego todo el mundo reanudó a la vez su conversación. Tony clavó en mí sus ojos azul celeste.

—Hola, Leigh, tú también estás preciosa. Soy muy afortunado de teneros aquí a las dos. «Farthinggale Manor» resplandecerá como nunca.

Se colocó entre las dos, cogiéndonos del brazo, aunque yo me envaré y procuré tocarle lo menos posible, esperando disgustarle cuando nos fuera presentando a todo el mundo.

El pequeño Troy estaba en una esquina, sentado en un butacón, con los pies colgando. Parecía solo y abandonado, pero estaba muy elegante con su esmoquin y su pajarita negra. En cuanto me vio, se le iluminaron los ojos.

—Hola, Troy. Felicidades —dije, y le estreché la manita.

—Hola. Tony dice que vas a venir a vivir aquí y que serás mi hermana mayor. ¿Es cierto? Dime, ¿de verdad?

No tuve más remedio que sonreír ante su entusiasmo, aunque las palabras que pronunció seguían sonándome extrañas y temibles.

—Sí, eso parece, Troy.

—Estupendo. Tengo que enseñarte muchas cosas..., cosas muy secretas —añadió bajito, después de asegurarse de que nadie le oía.

Cuando llegó la hora de dirigirnos al inmenso comedor y sentarnos a la mesa, Troy y yo nos sentamos juntos. Mamá se sentó a la derecha de Tony y yo a su izquierda, con Troy a mi izquierda. Éramos treinta y tres comensales. Yo no había visto en la vida a tanta gente sentada alrededor de una sola mesa de comedor.

En el centro había un gran adorno de flores en forma de cisne. Habían puesto grandes copas de borgoña y una vajilla de porcelana de Wedgwood,

con escenas de paisajes y figuras, y una pesada cubertería de plata, muy brillante, con un diseño floral. La mantelería de lino azul ostentaba las iniciales F. M. bordadas en blanco.

Al cabo de un rato, mamá empezó a anunciar sus planes para la boda.

—Será como una coronación real —dijo, y a continuación soltó una carcajada.

Luego lo desarrolló—: La invitación se convertirá en una pieza de coleccionista, porque la estoy diseñando personalmente según unas ilustraciones que realicé para la editorial «Darrow» —añadió, señalando a los Darrow—. Contrataremos a una orquesta de veintiséis músicos y traeremos las flores de Sudamérica en avión. Y a Tony se le ocurrió un detalle maravilloso. Cuéntaselo, Tony.

—Vas a echar a perder la sorpresa —dijo él sonriéndole—. Pero, en fin, supongo que no importa, puesto que esta noche sois todos amigos muy especiales. Voy a hacer un juguete «Tatterton» conmemorativo para cada uno de los invitados, con la fecha de nuestra boda grabada.

—Ha sido una excelente idea —exultó mamá—. Dos figurillas que nos representarán... —cogió la mano de su atractivo futuro esposo— bailando en lo alto.

Todo el mundo profirió grandes exclamaciones de apreciación. A mí también me pillaron de sorpresa, era la primera noticia que tenía sobre el particular. Tony intentó captar mi mirada con sus ojos penetrantes, pero yo desvié los míos. Reconocí que mamá había acaparado con toda facilidad la atención de todos los comensales. Parecían todos envidiosos: los hombres, envidiosos de Tony, por tenerla a ella por esposa; y las mujeres, de la belleza y la exuberancia de mamá.

Los planes para la boda parecían atractivos y fascinantes, pero a pesar de todo, a pesar de esa opípara cena de Acción de Gracias en «Farthy», tan distinta de nuestras antiguas cenas familiares de Acción de Gracias, yo me sentía sola y abandonada.

Los planes y los preparativos de la boda dominaron la conversación durante el resto de la cena. El pequeño Troy se llenó la cara de nata montada al comerse la tarta de chocolate. Le limpié la boca riéndome.

Después de la cena volvimos todos a la sala de música. Troy me pidió que subiera a su cuarto de juegos a dibujar con él. Cuando llegué allí y vi lo que había dibujado, me quedé pasmada. Tenía un talento extraordinario para un niño de tan corta edad. Había bosquejos de la casa y el parque y algunos esbozos de los jardineros.

—Éste es Henderson y ésta Margaret Stone, y este otro es Edgar. —Me fue señalando sus láminas.

—Son preciosos, Troy. Son excelentes, de veras —exclamé.

Le brillaban los ojos de satisfacción.

—Toma —me dijo tendiéndome un lápiz marrón—, Edgar lleva siempre camisas marrones. Tú colorearás a Edgar.

Me eché a reír y empecé. Perdí la noción del tiempo allá arriba, pintando y escuchando el parloteo de Troy acerca de los criados, la piscina, el laberinto y Tony, pero al cabo de una hora, aproximadamente, oí la voz de mamá en el vestíbulo, justo debajo del cuarto de jugar de Troy. Luego oí a Tony. Parecía molesto. Troy no se dio cuenta porque estaba demasiado inmerso en su tarea. Comprendí lo absorto que estaría cuando hacía algo creativo, y me pareció admirable que un niño tan pequeño lograra desconectarse tan absolutamente del mundo. Ni siquiera me vio levantarme para acercarme a la puerta.

Tony y mamá estaban a escasa distancia de nosotros. Tony, alto y muy varonil, tenía cogida a mamá por la cintura, intentando enlazarla más estrechamente. No se dieron cuenta de que yo estaba muy cerca escuchándoles en silencio.

—Venga, Jillian. —Tony tenía un mohín de mal humor—. Estamos prácticamente casados...

—Pero todavía no nos hemos casado. Por eso no quiero. Y además debemos pensar en Leigh...

—La instalaré en la otra punta de la casa. Ni siquiera se enterará de que has entrado en mi habitación —inclinó la cabeza para acurrucarse en el hombro de mamá.

—Que no, Tony —le apartó ella—. Ya te he dicho que ni lo sueñes hasta que nos casemos. Y además, mañana tengo cosas que hacer en Boston. No podemos quedarnos y punto. No te pongas pesado.

—De acuerdo —dijo él meneando la cabeza—, pero me estás atormentando... el Día de Acción de Gracias —bromeó medio en serio, pensé yo.

Sentía una extraña punzada en la boca del estómago y no me parecía correcto espiarles, pero no podía evitarlo. Justo antes de que regresaran junto a los demás, Tony me vio atisbando por la puerta del cuarto de juegos de Troy. Durante un rato larguísimo, su mirada abrasó la mía y experimenté la misma sensación que si él me hubiera acariciado el pelo o la delicada tela de mi vestido. Me quedé otra media hora más con Troy hasta que mamá vino a buscarme.

—Es hora de volver a casa.

El pequeño Troy puso mala cara:

—¿Cuándo vas a quedarte aquí para siempre?

—Muy pronto, Troy —le contestó mamá—. Es tarde y deberías irte a la cama, de todos modos.

—No tengo sueño —protestó él.

—Eso no debes decidirlo tú. Has estado enfermo y necesitas descansar.

Vamos, Leigh —se volvió y salió rápidamente.

—Volveré pronto y terminaremos los dibujos —le dije.

No se quedó conforme, pero su expresión huraña desapareció cuando le di un beso en la mejilla para despedirme.

Me reuní con mamá y Tony en la entrada. La mayor parte de los invitados se había marchado ya.

—Gracias por entretener a Troy, Leigh —me dijo Tony—. Te adora.

—Tiene un gran talento.

—Sí. —Esbozó una divertida sonrisa—. No tardará en empezar a diseñar juguetes «Tatterton». —Se adelantó a darme un beso en la frente—. Buenas noches, Leigh —me deseó, dejando la mano un instante sobre mi hombro. Me eché a temblar. ¿Cómo podría considerar padrastro mío a un hombre tan joven y guapo?

—Buenas noches —murmuré y salí apresuradamente.

Mamá se quedó rezagada un momento, susurrando con Tony. Luego él la besó levemente en los labios y ella se reunió conmigo. Mientras bajábamos la escalinata se me ocurrió que dentro de nada aquella sería mi casa, aunque todavía me parecía muy extraña. Tenía muchas habitaciones vacías, muchas sombras misteriosas... Me pregunté si llegaría realmente a considerarla algún día mi verdadera casa.

Al parecer, mamá no tenía ese problema. No paraba de parlotear, muy excitada.

—¿No ha sido la mejor celebración de Acción de Gracias de tu vida? Toda esa gente..., toda esa comida. ¿Viste las joyas de Lillian Rumford?

—No recuerdo quién era, mamá...

—¡Que no te acuerdas! Oh, Leigh, cómo es posible que no te fijaras en aquella tiara de diamantes y aquella pulsera, y aquel camafeo...

—No sé, supongo que me los perdí, sencillamente —le solté con brusquedad. Ella captó la tristeza de mi voz y su sonrisa languideció. Me alegré malvadamente. De repente, mi corazón se endureció contra ella, contra mi bella madre y sus ansias de diversiones y de un marido guapo y rico.

No volvería a dirigirle la palabra. Me volví a mirar la noche por la ventanilla. Ella también se quedó callada un rato, pero luego volvió a sacar el tema de los trajes de las otras mujeres, los fantásticos cumplidos que le habían dedicado, los que había dicho ella, lo mucho que Tony la adoraba y la sensación que su boda causaría en toda la ciudad... Mientras seguía mirando hacia fuera, apenas si la escuchaba. Por un cortado en el paisaje apareció el océano. Hacía una noche clara y fresca. A lo lejos, distinguí las luces de un barco y pensé en papá, solo en alguna parte en aquella oscuridad..., como una luz solitaria en el terciopelo negro de la noche, como una estrella solitaria en el cielo nocturno.

!! HYPERLINK \l "INDICE" ¶ †

capítulo vii.

Perdida

Dos semanas después del Día de Acción de Gracias, volví a «Farthy» para ensayar la ceremonia nupcial. Dos días antes había caído una gran nevada a lo largo de toda la costa de Nueva Inglaterra. El paisaje que recorriamos camino de «Farthy» estaba cubierto por una blanca alfombra inmaculada que resplandecía bajo los rayos del sol matinal. Cuando atravesamos una zona boscosa justo antes de penetrar en la propiedad, observé que muchos árboles habían cambiado de forma, y ahora se inclinaban como ancianos bajo el peso de la nieve, o se erguían desnudos contra el cielo azul, con sus ramas festoneadas de blanco, como un esqueleto. De otros pendían carámbanos que parecían lágrimas inmensas congeladas por el viento. Mamá no demostraba demasiado interés por la Naturaleza. Se había hecho cargo de su boda, había planificado cada momento, cada detalle, como si fuese realmente el acontecimiento social más importante de toda la década. Tony puso a su servicio a una de sus secretarias, la señora Walker, una mujer muy alta y delgada, de pelo oscuro, que sólo pensaba en trabajar y no prodigaba sonrisas. Me imaginé que no estaba demasiado satisfecha con esa tarea. Se sentaba frente a nosotras en la limusina y tomaba notas acerca de lo que mamá decidía cambiar o añadir. La primera actividad de todas las mañanas era la lectura de la lista de invitados. Hoy, en cuanto nos instalamos en los asientos traseros de la limusina, de camino a «Farthy», mamá le pidió una vez más que la repasara.

Mi madre había decidido que, una vez casada con Tony Tatterton, no volvería a conducir personalmente un coche en la vida. A partir de entonces tendríamos chófer y una limusina y, cuando Miles no estuviera disponible, porque Tony le necesitara, mamá alquilaría una limusina con chófer, sencillamente.

Durante los días que siguieron a la cena de Acción de Gracias en «Farthinggale Manor», tuve ocasión de advertir otros cambios en mamá. Dedicaba aún más tiempo a su cuidado, peinado y maquillaje, aunque parezca imposible, porque creía que su responsabilidad actual sobre su belleza era todavía mayor.

—La gente sabe que soy la futura señora Tatterton. Me observa con mayor atención, me exige más. Ahora me muevo verdaderamente entre la alta sociedad, Leigh.

No creo que todo ese tiempo de más en su cuidado se le notara lo más mínimo. Su pelo no podía ser más suave, ni su aspecto más aterciopelado o cremoso. Pero no le dije nada porque me di cuenta de la importancia que eso tenía para ella. Lo que me sentaba mal era su forma de referirse a sus

antiguas amigas, como Elizabeth Deveroe, incluso. Se habría dicho que mientras estuvo casada con papá, le parecía bien, pero ahora que iba a casarse con Tony Tatterton, se le antojaban poca cosa. Al fin y al cabo, antes ella había trabajado para Elizabeth Deveroe, pero ahora sería lo contrario.

Cuando la señora Walker le leía la lista, mamá siempre vacilaba a la altura de su nombre y de otros antiguos amigos.

—Lamento haberlos invitado —decía—. Se van a sentir tan desplazados... Durante el trayecto a «Farthy» para el ensayo, tachó a una pareja cuya invitación todavía no se había cursado y la sustituyó por otro matrimonio, los Kingsley, porque Louise Avery le había dicho: «Martin Kingsley, el editor del Globe, acaba de regresar de Moscú, y su presencia es la más solicitada de todo Boston en estos momentos.» Siempre daba estas pequeñas explicaciones cuando pedía a la señora Walker que modificara algo, pero a ésta no parecía impresionarle. Mamá no se daba cuenta, o no le importaba. Estaba en su propia salsa, más feliz que nunca en su vida.

Cuando cruzamos la verja de «Farthy», estaba repasando el menú una vez más, preguntándose en voz alta si haría falta añadir una nueva selección de aperitivos calientes. Aunque no hice demasiado caso de su interminable cháchara durante todo el camino, le dije que me parecía que había suficiente de todo. Y cometí la equivocación de añadir:

—Va a haber más comida que en los cruceros de papá.

Dio un respingo y torció el gesto, como si le hubiera dado una bofetada.

—Pero, Leigh, si será algo sin comparación... No se trata de atiborrar a la gente para darles la impresión de que no han tirado el dinero que se han gastado. He contratado a algunos de los chefs más afamados de Boston para que cada uno prepare su especialidad. Por ejemplo, el chef francés que va a hacer la crema de langosta es conocido en el mundo entero y...

—Pero Ryse Williams es un cocinero espléndido, mamá. Podía haberlo hecho todo él...

—¿Él? ¿Todo? —soltó una carcajada, mirando a la señora Walker, como si yo tuviera cinco años—. Lo dudo. Hay trabajo para diez chefs de la capacidad de Ryse Williams. Bueno, tú no te inquietes por estas cosas —me dijo, dándome palmaditas en la rodilla—. Límitate a preocuparte por saber llevar tu vestido. Hube de admitir que eso me tenía bastante nerviosa. Como dama de honor, tenía que llevar un traje rosa pálido de gasa, sin hombreras, con un adorno de encaje blanco en el corpiño y la falda de vuelo. Todas las damas de honor de mamá eran mujeres hechas y derechas. Ninguna tenía los hombros como yo, unos hombros que yo seguía considerando huesudos, ninguna debería contar con un sujetador relleno de goma espuma para realzar sus formas femeninas. Yo estaba segura de que estaría horrenda con ese

vestido entre las otras damas, pero mamá lo había elegido a juego con su traje de novia. Además, las damas de honor no podíamos ponernos collares ni pendientes. Mamá quería que destacaran sus alhajas, y asegurarse de que ninguna le hacía sombra, porque algunas de dichas mujeres eran muy ricas y poseían diamantes famosos.

Cuando el automóvil se detuvo ante la escalinata de « Farthinggale Manor», el pequeño Troy se encontraba en el jardín con su niñera, la señora Hastings. Era una mujer bastante simpática, pero las contadas veces que la vi me dio la impresión de que, en cierto modo, sus responsabilidades le venían grandes. Troy era muy listo para su edad y ya tenía sus sistemas para tomarle el pelo y salirse con la suya. Por su actitud, de pie al lado del niño, que estaba haciendo un muñeco de nieve, comprendí que estaba intentando engatusarle para que entrara en la casa.

Pero también advertí, en la expresión de concentración de la cara de Troy, que estaba demasiado inmerso en su creación para oírla siquiera. Ponía la misma cara que la noche en que los dos habíamos estado iluminando sus dibujos: la mirada atenta, la cara imperturbable, como una estatua de granito. Estaba modelando los rasgos de la cara del muñeco, esculpiendo con el mango de una cucharilla de plata.

—¡Leigh! —exclamó cuando me apeé de la limusina—. Ven a ver mi muñeco de nieve, ¡corre!

—Debes de entrar inmediatamente a vestirte —me ordenó mamá.

La señora Walker y Miles estaban sacando nuestras cosas del maletero. Curtis ya estaba bajando la escalera para ayudarles, exhalando pequeñas bocanadas de vaho con sus resoplidos, a una velocidad nunca vista hasta entonces. No se había puesto el abrigo, y sólo un chaleco, pantalones y en mangas de camisa, parecía un espantapájaros desnudo.

—Es el muñeco de nieve más bonito que he visto —le dije a Troy.

Él se incorporó orgullosamente y miró a la señora Hastings, que se había metido las manos, enguantadas, tan profundamente en los bolsillos del abrigo, que parecía que se los iba a romper.

—Pero tenemos que entrar todos en casa a prepararnos para el ensayo de la ceremonia. Y tú también —añadí.

La mirada de la señora Hastings se dulcificó, con una expresión de admiración, por mis palabras.

—Tú eres el padrino, recuerda.

—Lo sé, Tony ya me ha dicho que tengo que llevar los anillos.

—Pues vamos dentro, a vestirnos. Luego saldremos a jugar con la nieve.

—¿Prometido?

—Prometido —le dije, tendiéndole la mano.

Él me la agarró en seguida y seguimos a mamá y a la señora Walker al

interior de la casa, con la señora Hastings pisándonos los talones, sonriendo de oreja a oreja.

La ceremonia de la boda se celebraría en el vestíbulo principal. Mamá bajaría la escalera cuando el pianista iniciara la marcha nupcial. Todo el mundo tendría que levantar la cabeza para contemplarla mientras bajaba, como un ángel. El pastor se situaría justo al pie de la escalera donde la esperarían Tony y el pequeño Troy. Las sillas plegables con almohadones, para los invitados, ya estaban alineadas en el vestíbulo. Tony le había dicho a mamá que la suya sería la cuarta boda que se celebraba en «Farthinggale Manor». Su padre, su abuelo y su bisabuelo se habían casado allí. El vestíbulo propiciaba una atmósfera de tradición, con los retratos de los antepasados de Tony contemplándonos desde las paredes mientras mamá y él hacían sus votos de amor y fidelidad.

Tony emergió de su despacho en cuanto le anunciaron nuestra llegada. Llevaba unos pantalones de esmoquin y una camisa blanca, sin corbata y con las mangas remangadas y sin gemelos. Era la primera vez que le veía vestido de una manera tan informal. Por alguna razón, así me recordó más a un actor de cine, tan alto y espectacular...

Me molestaba que Tony fuera tan guapo. Papá no era un hombre feo, pero era mucho mayor y tenía la cara surcada de arrugas, producidas por las horas, los días y los meses pasados en el mar. Tampoco era tan elegante, nunca parecía un artista de cine, aunque eso no impedía que yo le quisiera muchísimo. Pero la pareja formada por mamá y Tony llamaba la atención. Parecían recién salidos de la portada de alguna revista del corazón. Era muy doloroso admitir que parecían hechos el uno para el otro. Me hacía considerar a papá cada vez más lejos, encogiéndose en la distancia, como una estrella extinguida hacía millones de años. Yo deseaba desesperadamente casarme algún día con un hombre como él, excepto, quizás, en lo de su obsesión por el trabajo.

—Querida. —Tony cogió las manos de mamá y le dio un beso fugaz en los labios, sonriendo con una mirada traviesa—. ¿Estás lista para el ensayo?

—Sí, claro.

—Tu vestidor ya está preparado. —Luego se volvió hacia mí—: Hola, Leigh. Apuesto a que no estás tan nerviosa como yo.

—Desde luego que sí —le contesté ásperamente.

No podía remediarlo. ¿Cómo se le podía ocurrir que no estuviera nerviosa, más que nerviosa..., furiosa? Yo no quería tener nada que ver con esa boda, y desvié la mirada para no echárselo en cara allí mismo.

—Yo no estoy nervioso —gorjeó Troy.

Todo el mundo se echó a reír, menos yo.

—Eso es porque tú no eres el novio —le dijo Tony.

Troy se encogió de hombros, pero me apretó mucho la mano.

—Bueno, creo que es el momento oportuno para enseñarle a Leigh sus aposentos —dijo Tony, dando una palmada.

—Pues sí, estupendo, ¿verdad, Leigh?

—Los he mandado decorar especialmente para darte una sorpresa —dijo Tony, mirándome.

Luego hizo un ademán de ofrecerme el brazo para acompañarme. Miré a mamá, que me indicó por señas que le cogiera del brazo. Eso hice, rápidamente.

—¿Puedo ir yo también? —nos rogó Troy.

—Tú tienes que ir a vestirte, jovencito. Es un ensayo con vestuario —le dijo Tony—. Menos la novia, claro. Trae mala suerte que el novio la vea vestida de novia antes de la boda.

—Yo quiero...

—Basta, Troy —dijo Tony, mirando a la señora Hastings.

—Vamos, Troy, te ayudaré.

—No necesito que nadie me ayude —dijo el niño con petulancia.

Mamá frunció el ceño y meneó la cabeza.

—Troy, te he dicho que basta —le regañó Tony, encaminándose a la escalera conmigo.

El hecho de cogerle del brazo me ponía nerviosa. El hormigueo de mi estómago estaba en su apogeo y estaba segura de haberme ruborizado. Una vez arriba, Tony me guió hacia la izquierda y se detuvo ante una puerta de doble hoja.

—Ya hemos llegado —anunció, abriendo las dos hojas con gesto teatral—. Leigh... —levantó la mano y creí que iba a acariciarme el pelo, pero luego la bajó rápidamente—, he procurado que estas habitaciones tuvieran un toque femenino, pero no infantil. Espero que te gusten —añadió casi en un susurro, con la cabeza ligeramente vuelta, como para impedirme leer en sus ojos. El sol que se colaba a través de los visillos de color marfil confería a la salita de estar un ambiente de irrealidad. Las paredes estaban tapizadas de seda de color marfil, con unos bordados de arabescos orientales en verde, violeta y azul muy pálidos. Había dos pequeños sofás tapizados en la misma tela, con almohadones azul claro a juego con la alfombra china del suelo.

Pese a mis deseos de no aprobar nada que procediera de ese hombre, hube de reconocer que era la habitación más preciosa que había visto en mi vida. Me imaginaba perfectamente a mí misma en ese cuarto, hecha un ovillo delante de la pequeña chimenea.

—¿Qué te parece?

Apoyó la espalda en la pared y entrelazó las manos por debajo de la barbilla. Daba la impresión de estar estudiándome.

—Es muy bonita. Nunca he tenido una salita para mí sola.

Me arrepentí inmediatamente de haberlo dicho, parecía que me sentía como desheredada.

—Bueno, pues ya la tienes —dijo Tony, enderezándose, con una leve sonrisa en los labios, aquellos labios tan sensuales—. Ven a ver el dormitorio.

Se me adelantó a abrir las puertas.

¿Qué otra cosa podía hacer? No quería que me gustara, no quería sentirme impresionada, emocionada ni excitada por mi nuevo hogar, pero ante mí se erguía una cama doble preciosa y adorable, con un dosel de encaje. Las dos habitaciones estaban decoradas en mis colores favoritos: marfil y azul.

Había una chaise longue azul y tres sillas iguales que las de la salita. Recorrí el vestidor y el cuarto de baño: había espejos y lámparas por todas partes. Y candelabros de bronce y luces indirectas en los armarios, uno de los cuales era casi tan grande como mi dormitorio de Boston.

Noté la presencia de Tony a mi espalda y me volví. Estaba tan cerca que noté su aliento en la frente e inhalé su loción de afeitar.

—Espero que seas feliz aquí, Leigh. Para mí es casi tan importante como hacer feliz a tu madre —dijo bajito.

Y luego guardó silencio un momento mientras yo le miraba.

Me habría gustado gritarle. Me habría gustado preguntarle cómo se le ocurría que yo podría ser feliz allí. Le había arrebatado a mi padre el corazón de mi madre, destruyendo la única vida, la única familia que yo conocía. Papá vagaba solo por el mundo, aturdido y desconsolado por unos

acontecimientos que se estaban produciendo a velocidades de vértigo. La elegancia de Tony, su atractivo, su enorme fortuna y el abolengo de su familia le habían robado a mi madre, y ahora me prodigaba con toda clase de atenciones...

Como si con todo ello intentara parecer a mis ojos tan importante como mi padre, como si yo fuera a perdonárselo todo a cambio de una habitación. Abrí y cerré los puños, con los brazos caídos a lo largo del cuerpo, para no pegarle, porque en ese momento le odié más que nunca.

Tony seguía mirándome a los ojos. Creo que leyó en ellos la furia que pugnaba por salir a la superficie, porque suavizó su expresión y retrocedió.

—Sé que no te resultará fácil al principio, pero voy a procurar que nos llevemos bien. Habrá que esperar un poco, ya sé, pero deseo que con el tiempo me consideres algo más que un padrastro. Quiero que seamos amigos.

Antes de que me diera tiempo a contestarle, llamaron a la puerta. Era la señora Walker, con mi vestido, mis zapatos y los aderezos para el ensayo. Oí la voz de mamá en el pasillo, dando órdenes al personal de servicio mientras se dirigía a su suite.

—Adelante —dijo Tony, molesto por la interrupción—, pase, pase. Ya

seguiremos hablando de ello más tarde —me dijo—. Tendremos tiempo de sobra para charlar, y conocernos mejor. Si tú quieres...

Dio media vuelta y salió.

—¡Qué habitación más preciosa! —exclamó la señora Walker.

Colocó mi ropa encima de la cama y lo recorrió todo para admirarlo.

—¡Qué suerte tienes de vivir en una casa como ésta!

—Gracias, señora Walker, pero preferiría mi casa de Boston —le dije ásperamente.

Al observar la expresión de mi cara, salió a ayudar a mamá.

Me quedé sola, curioseándolo todo. Ése sería mi nuevo universo, un lugar donde pensar, donde soñar, donde edificar mis anhelos, donde llorar y reír, donde sentirme sola y triste, y tal vez, algún día, feliz otra vez. Lo amaba y lo detestaba al mismo tiempo.

Papá no cruzaría nunca esa puerta para darme las buenas noches, o un beso cuando volvía a casa después de una larga jornada de trabajo en las oficinas de la naviera. Por un lado, me alegraba de que no viera mi habitación: le entristecería pensar que todas estas riquezas me hacían darle la espalda.

No permitiría que nada de esto me hiciera olvidar a papá, pensé con el corazón oprimido. Colocaría en el tocador todas mis fotos: una en la que estoy sentada sobre las rodillas de papá, y otra en la que estamos mamá y yo sentadas y papá de pie, detrás de nosotras. Cuando tenía cinco años, escribí al pie: «Papá, mamá y yo.» Me rodearía de todos mis recuerdos felices: fotos de nuestros viajes, del zoo, fotos a bordo de los barcos de papá, una en la que papá me está enseñando a bailar. Nunca, jamás permitiría que aquellas habitaciones ni aquellos lujos me hicieran olvidar a papá. Y, sobre todo, Tony Tatterton se daría cuenta inmediatamente de que no tenía posibilidad, ninguna posibilidad de sustituirle.

Con poco entusiasmo, empecé a desnudarme. Me puse un sujetador especial sin tirantes, y luego el vestido. Se me ajustaba perfectamente a la cintura, pero cada vez que me llevaba los brazos a la espalda para subirme la cremallera, se me caía el corpiño hacia delante. Era muy complicado abrochármelo sola. Frustrada, me puse los zapatos, con la intención de ir a la suite de mamá para que me ayudara ella. Pero, en cuanto salí de mi dormitorio, me di de bruces con Tony. Se había puesto la pajarita, los gemelos y el fajín, pero no la chaqueta del esmoquin. Yo di un paso atrás, sorprendida, agarrándome el vestido por el escote.

—Siento haberte asustado... Tu madre me ha pedido que viniera a ver cómo te las arreglabas sola.

Al pronto no pude contestar, se me paralizó la respiración en la garganta. ¿Cuánto tiempo llevaría Tony a la puerta de mi dormitorio? ¿Me habría visto

mirándome al espejo? ¿Y por qué le había mandado venir mamá? A papá nunca le había encargado una cosa así.

—Pues yo... Iba a su suite a que me ayudara a subirme la cremallera —le respondí, reemprendiendo la marcha.

—Ya te ayudo yo. Para eso nos tenéis a los hombres las mujeres hermosas..., para estos pequeños favores.

Me agarró por los hombros para impedir que le rodeara. Yo casi di un respingo y sentí una oleada de calor ascendente hasta el cogote. Si advirtió mi embarazo, lo ignoró y me hizo girar sobre los talones.

—A ver, a ver... Ah, bueno, es fácil.

Me subió la cremallera despacio, con sumo cuidado para no pellizcarme, y, cuando terminó, me propinó un besito en la coronilla.

—Ya está —anunció—. ¿Necesita algo más la señorita?

—¡No! —exclamé con brusquedad, tanta, que se le pintó una amplia sonrisa en la cara y en los ojos.

Rezagué mi mirada un instante en la suya, antes de dirigirla rápidamente hacia el suelo.

—Tengo que peinarme.

Me retiré a mi habitación y me senté frente al tocador a recobrar el aliento. Cuando me miré al espejo me di cuenta de que seguía agarrando el escote del vestido, aunque ya no hacía ninguna falta. Me lo solté y miré hacia la puerta, como esperando encontrarle allí.

Pero ya no estaba.

Intenté ahuyentar mis emociones. Eran diversas y contradictorias.

Detestaba su forma de hablarme, como procurando hacerme de padre, y me humillaba su beso en la coronilla como los de papá, pero tenía que admitir que con el contacto de sus manos en mis hombros y sus labios en mis cabellos, sentí un agradable estremecimiento en todo el cuerpo.

¡Y aquellos ojos! Cuando le miré a los ojos, la tonalidad azul intenso de los suyos resplandecía, como si hubiera advertido mi estremecimiento. ¡Ay!, debería tener cuidado con un hombre tan sofisticado como Tony. Debería pensar más en lo que mis ojos podían revelar. Al fin y al cabo, él era el hombre que había conquistado el corazón de mamá, el corazón de una mujer tan hermosa que la mayoría de los hombres habrían dado la mano derecha por conseguirlo. Yo no podía enfrentarme a un hombre con semejante poder.

Y, sin embargo, sus dulces ojos azules y su hermosa cara planeaban ante mí, rogándome comprensión y cariño, suplicándome que le aceptara como padre. Cómo iba a considerar nunca como padre a un hombre tan joven... Y, cuando él averiguara la verdadera edad de mamá, se sentiría como un estúpido, pensé.

La vida que antes había sido tan sencilla y agradable como un cuento de niños, se había vuelto muy complicada y difícil. Yo odiaba estar allí, ¡lo odiaba! Odiaba aquel vestido, odiaba aquel ensayo, odiaba la idea de ser dama de honor en la boda de mi madre, odiaba aquella casa, los criados y las tierras...

—Hola. ¿Estás lista?

Mi creciente oleada de rabia se mitigó. Me volví y vi al pequeño Troy de esmoquin, con una pajarita negra, recién peinado, en la puerta de mi habitación. Llevaba un anillo de oro en la mano izquierda y parecía una versión en miniatura de su hermano mayor, tan guapo y elegante. Toda mi furia se desvaneció.

—Casi.

—Tony dice que podremos volver a ponernos la ropa «normal» en cuanto termine el ensayo —me anunció Troy diligentemente.

Me hizo gracia su modo de abrir los ojos y menear la cabeza.

—¿La ropa normal...?

—He de poner mucho cuidado con este traje, estar atento a lo que hago y adónde voy —recitó arrugando la nariz para indicar cuánto le disgustaba. Estaba tan guapo, que daban ganas de abrazarlo como a un osito de trapo.

—Sí... Yo también estoy deseando ponerme la ropa «normal» otra vez.

Me levanté, eché una última ojeada al espejo y me dirigí a la puerta. Él me dio la mano y nos encaminamos a la planta baja a empezar el ensayo.

Durante el desarrollo de todo el ensayo, me pareció estar moviéndome en un sueño. Rodeada por todos aquellos extraños, observando a mamá y a Tony representar su futura ceremonia, no podía evitar mirar a mi alrededor a cada rato, buscando a papá, esperando verle irrumpir por la puerta principal. Dejé vagar la imaginación. En mi ensoñación, la música dejaba de sonar y todo el mundo se volvía hacia papá.

—¡Jillian! —gritaba—, no puedes hacer esto. Y usted —volviéndose hacia Tony— debe poner fin al maleficio que está ejerciendo sobre mi mujer.

En mis fantasías, papá parecía más grande y fuerte que nunca. Apuntaba con dedo acusador a Tony, que retrocedía asustado ante su poder. De repente, mamá parpadeaba. Miraba a papá, y luego a Tony y luego otra vez a papá.

—¿Cleave? ¡Oh, Cleave...! Cleave, gracias a Dios, menos mal que has venido. No sé lo que me ha pasado. No sé qué estoy haciendo aquí...

Se echaba en brazos de papá y yo corría tras ella. Después, papá me abrazaba a mí también y los tres abandonábamos el castillo y nos dirigíamos a casa, sanos y salvos, y colorín colorado...

Mi ensoñación concluyó, estallando como una burbuja, cuando el pequeño

Troy me tiró insistentemente de la mano. Yo me encontraba detrás de las otras damas de honor. Habíamos descendido por la escalinata delante de mamá y nos habíamos colocado en nuestros puestos mientras el pastor repasaba la ceremonia. Ya había terminado todo, al parecer, y Troy me recordaba mi promesa de jugar con él.

—Volved dentro de una hora a comer —nos dijo Tony.

Ellos dos se fueron al despacho de Tony. Yo subí a cambiarme y, antes de que terminara de vestirme, entró Troy de nuevo, muy abrigado para salir a la nieve.

—¿Necesitan alguna cosa de mí? —preguntó la señora Hastings con la boca pequeñita, como sin ganas.

—No, señora Hastings, no se preocupe.

Parecía que le hubiera conmutado una pena de diez años a trabajos forzados. Los niños pequeños tenían que ser unos bichos muy malos, pensé, riéndome para mis adentros. Me puse el abrigo y los guantes y cogí a Troy de la mano. Bajamos la escalera y salimos al jardín.

Aunque había bastante luz, el cielo se había encapotado y estaba nevando. Contemplé la habilidad de Troy modelando las manos del monigote, mientras parloteaba acerca de los juguetes que Tony le había prometido por Navidad. Saltaba de un tema a otro, y luego me contó una historia de Ryse Williams acerca de un niño de Nueva Orleans que tenía una flauta mágica. A Ryse le llamaba «Rye» y, cuando le pregunté por qué, me dijo que había oído a los otros criados llamarle así.

—Dicen que se llama Rye Whisky en vez de Ryse Williams.

—¿Rye Whisky? Supongo que tú no le llamarás así, ¿verdad?

—Ajá —me contestó; después miró hacia la puerta y añadió—: Cuando Tony no está. No le parece bien.

—Ya, ya... Bueno, entonces no deberías hacerlo.

Se encogió de hombros. Luego se le iluminó la cara con otra idea. Dejó la cucharilla de plata y retrocedió un poco.

—Vamos a traer un poco de boj para vestir al muñeco. Vamos, Leigh.

—¿Ramas de boj?

—Ajá. Boris se pasa el tiempo podando el laberinto y quedan muchas ramitas en el suelo. Vamos a buscar unas cuantas, ¿de acuerdo? Ven, por favor... Suspiré. Tenía frío allí plantada y estaba nevando cada vez más fuerte. Pensé que un paseíto nos vendría bien a los dos.

—Bueno.

Me cogió de la mano y emprendió la marcha.

—Yo te llevo, no tengas miedo. Yo te llevo.

—Muy bien, muy bien. Pero no corras tanto, Troy. El muñeco de nieve no se te va a derretir, puedes estar seguro.

Me volví a mirar hacia la casa porque oí a dos empleadas de las oficinas de Tony en Boston, que habían venido a oficiar como damas de honor, hablando de mamá mientras se dirigían a su coche.

—Estaba casada con un hombre lo bastante viejo como para ser su abuelo —decía una de ellas—. He oído decir que está prácticamente senil y ni se ha dado cuenta de que ella le ha dejado.

—La única razón por la que una mujer como ella se casaría con un hombre de esa edad, es el dinero.

—Pues por eso no va a tener que preocuparse más en la vida —prosiguió la primera—. Y encima ha conquistado a un hombre joven y guapísimo. Ésa sí que ha sido lista...

Se echaron a reír y se metieron en el coche.

Pese al aire helado y los copos de nieve, se me abrasó la cara de rabia. Me entraron ganas de abalanzarme sobre su coche para aporrear las ventanillas. Se estaban riendo de mi padre. ¿Cómo se atrevían? ¿Quién les había contado semejante historia? No se merecían asistir a la fiesta. Malditas cotillas, envidiosas y malvadas...

Malditas cotillas, envidiosas y malvadas...

—Vamos, Leigh —me decía Troy, tirándome de la mano.

—¿Qué? Ah, sí...

Le seguí, volviéndome a mirar cómo se alejaba el automóvil. Nos paramos a la entrada del laberinto.

—No veo ramas de boj por ninguna parte, Troy. Regresemos a la casa.

—No, siempre quedan unas cuantas. Nos asomamos un poquito a mirar, ¿de acuerdo? —me rogó.

—Tu hermano no quiere que entremos, Troy.

—No pasa nada. Yo sé entrar y salir.

—¿Es verdad?

A veces parecía tan espabilado para su edad, tan seguro...

—Tony no se enfadará. Ahora será tu papá.

—No, ni hablar —exclamé.

El pequeño Troy me miró, confuso.

—Se va a casar con mi madre, pero eso no le convierte en mi padre. Yo ya tengo otro papá, el de verdad.

—¿Dónde está? —me preguntó el niño, encogiéndose de hombros.

—Trabaja en unos barcos muy grandes y ahora está navegando.

—¿Y también va a venir a vivir aquí?

—No. Mi madre ya no quiere vivir más con él. Quiere vivir con tu hermano, así que nosotras vamos a venirnos a vivir aquí y mi padre vivirá en otra parte. Eso se llama divorciarse. Gente casada que se separa. ¿Lo entiendes?

Troy meneó la cabeza.

—Si quieres que te diga la verdad, yo tampoco —dije con amargura.

Me volví a mirar la casa una vez más. Un grupo de amigos de Tony estaba saliendo, riéndose y dándose palmadas en la espalda.

—Muy bien —dije—, entremos en el laberinto a por las ramitas de boj. De todas maneras no podemos perdernos —añadí—, no tenemos más que seguir nuestras pisadas sobre la nieve para salir.

—Estupendo.

Troy se adentró en el laberinto. Quería alejarme de toda aquella actividad y todo aquel bullicio. Me sentía irritadísima; tenía el estómago revuelto y el corazón en un puño. Recordé los acordes de la marcha nupcial al piano y me puse todavía más furiosa.

Pero, cuando doblamos el primer recodo del laberinto y nos adentramos en él cada vez más profundamente, hacia el centro, el mundo exterior se hizo más y más lejano. Los elevados setos eran como muros que nos aislaban de los sonidos que rodeaban la casa. Los densos copos de nieve revoloteaban en las avenidas y se quedaban suspendidos de los setos. Troy corría delante de mí, volviéndose a cada rato para asegurarse de que yo le iba siguiendo. Perdí la noción del número de giros y vueltas, en ángulo agudo y recto, que doblamos. Cada tramo parecía idéntico al anterior, sobre todo con el reciente manto blanco de la nieve. Aunque me alegraba el caminar sobre la nieve, comprendí lo fácil que resultaría perderse. El laberinto era francamente enrevesado y parecía ilimitado.

—Troy —le llamé al final—, es mejor que demos la vuelta. No hay ramitas de boj y estamos girando en círculos, creo.

—No, no. Estamos llegando a la casita.

—¿Qué casita es ésa? ¿Vive alguien allí?

—No, ahora no vive nadie. Es uno de mis escondrijos secretos —susurró.

—Bueno, pero más vale que no intentemos encontrarla —dije mirando hacia atrás.

—Sólo un poco más, por favor... Por favor, Leigh —suplicó.

—De acuerdo —contesté—. Pero sólo un poquito. Si no la encontramos en seguida, nos damos la vuelta, ¿eh?

Asintió rápidamente y siguió adelante, desapareciendo al volver una esquina. Corría tanto por aquellos pasillos, que yo tenía que seguir las huellas que iba dejando en la nieve.

—¡Troy, no corras tanto! —le grité—. ¡Troy!

Apreté el paso, pero él, travieso, mantenía las distancias.

—¡Troy!

Finalmente, al doblar un recodo, me encontré fuera del laberinto; lo habíamos cruzado. Y allí estaba: tal como me había dicho Troy, una casita que parecía calcada de los dibujos que hacía mamá para ilustrar libros infantiles. Como si un mago hubiera tocado una de sus páginas y la hubiera

hecho realidad. Era una casita de piedra, rodeada de pinos enanos y con el tejado de pizarra roja. Un caminito de baldosas claras llevaba hasta la puerta.

—Venga, Leigh —me llamó Troy, bajando a todo correr por el caminito hacia la puerta.

—¡Espera! —grité.

Pero él ya había empuñado el picaporte y estaba entrando. Le seguí y me lo encontré sentado en una mecedora de arce ante la chimenea. Enarbolaba su mejor sonrisa de suficiencia. Yo miré la lumbre encendida. Estaba amueblada con sencillez: un viejo sofá, una cama turca, una alfombra marrón rectangular, varias mesitas y una estantería de pino oscura, vacía. Unas cortinas blancas de algodón pendían tristemente ante los cristales escarchados de las ventanas. Hacía tanto frío en su interior, que se nos condensaba el aliento. Me envolví bien en mi abrigo, cruzándome de brazos para mantener el calor.

—¿Y ahora no vive nadie aquí? —le pregunté mientras la inspeccionaba.

Había un pequeño dormitorio y una cocinita. En el dormitorio había una sola cama, individual, y una comodita, pero ni una alfombra en el suelo ni un espejo. En la cocina había un hornillo de carbón, una fregadera y, en vez de frigorífico, una nevera de hielo, abierta de par en par y absolutamente vacía. Troy se levantó de la mecedora y me siguió.

—A veces, en verano, Boris se viene aquí, pero en realidad es mi escondrijo secreto —me dijo.

—¿No vendrás tú aquí solo? ¿Cómo te las has arreglado para aprenderte el camino a través del laberinto? —le pregunté.

Él se encogió de hombros. Pensé que había sido por casualidad.

—Es una suerte que no tengamos más que seguir nuestras propias huellas en dirección contraria para salir... —Seguí inspeccionándolo todo—. De todos modos, debe ser agradable en primavera y en verano.

—¿Querrás que volvamos otro día? ¿Eh, Leigh?

—En fin, bueno, supongo que sí —le respondí.

Tal vez la convirtiera en mi escondrijo secreto también, pensé, en especial cuando las cosas se me pusieran demasiado difíciles en la mansión.

—Puedo traer un poco de leña de fuera para encender la chimenea —dijo Troy.

—No, no, creo que es preferible que volvamos. Llevamos mucho rato fuera. Todo el mundo se estará preguntando dónde nos hemos metido y, además, está empezando a nevar mucho.

—¿No quieres que encendamos primero la lumbre...? Hay cerillas —dijo, saliendo disparado hacia la cocina.

Arrimó una silla al hornillo y se subió a ella para alcanzar una caja de cerillas

de madera de lo alto de un estante.

—Mira.

—Ya veo.

—Encendamos un fuego para caldear el cuarto, Leigh. Traeré también unas astillas para que prenda —dijo, dejando las cerillas en la mesa y dirigiéndose al exterior.

—Troy...

Ya estaba fuera. Meneé la cabeza, riéndome de su entusiasmo. No pensaba que lleváramos tanto tiempo fuera. Quizá fuese divertido encender una lumbre pequeña, no era tan mala idea... Troy regresó a toda prisa con una brazada de leña y se sacudió la nieve.

—¿La enciendo yo, o ya sabes tú cómo se hace? —me preguntó.

—¿Sabes encender una lumbre?

—Pues claro. Boris me lo ha enseñado cientos de veces.

Colocó la leña fina en el hogar y dispuso cuidadosamente las ramitas. Luego abrió el tiro y, con grandes dificultades al principio, consiguió que prendieran varias ramitas finas por debajo de otras más gruesas. No tardó en arder una pequeña lumbre. Salió corriendo y trajo dos gruesos leños, que colocó cuidadosamente encima de los demás.

—Muy bien, Troy. —Yo estaba asombrada—. Eres muy espabilado.

—Yo aquí soy el papá —dijo muy satisfecho—. Tú puedes ser la mamá y limpiar y hacer comiditas.

Me eché a reír y pensé en cuánto me gustaría crear un hogar feliz en esa casita. Abandonaría encantada todas las habitaciones lujosas y todos los caprichos.

—¿Y tú qué harás, aparte de encender la chimenea?

—Comerme las comiditas. —Se encogió de hombros.

—¿Y nada más?

—No sé. ¿Qué más tengo que hacer? ¿Qué hacen los papás?

«Pobre Troy —pensé—. Nunca tuvo oportunidad de conocer a su padre ni de saber qué importante puede ser un padre.» Acerqué la mecedora al fuego y Troy se me sentó en el regazo.

—Un papá te hace sentir seguro y a salvo; te da tanto cariño como una mamá, y si eres un niño pequeño como tú, juega a la pelota contigo o te enseña cosas y te lleva por ahí.

—¿Y si eres una niña?

—Te convierte en su princesita y te compra cosas y te hace sentir especial porque te quiere mucho.

—Y, entonces, ¿un papá y una mamá se tienen que querer mucho?

—Oh, sí, mucho. Para ellos no hay nada más importante en el mundo. Porque su amor les une, ¿sabes?, y el amor es..., es...

Incapaz de proseguir, empecé a sollozar.

—¿Qué...? —Me miró—. Leigh, ¿por qué lloras?

—A veces lloro cuando pienso en mi papá.

—¿Por qué? ¿Porque no está aquí?

—Ajá —sorbí varias veces, intentando dejar de llorar.

—Yo seré tu papá cuando él no esté, ¿de acuerdo?

—Ay, Troy... —Le abracé—. Eres precioso y muy dulce, pero temo que es imposible porque... ¡Oh, no!

—¿Qué pasa?

—Mira cómo está nevando —le dije, señalando por la ventana.

Casi no se veían los pinos a través de la densa nevada.

—Más vale que nos marchemos. Vámonos, rápido —le dije dejándole en el suelo.

Le cogí de la mano y salimos de la casita. Parecía que hubiera caído medio palmo de nieve sobre el caminito. Nos dirigimos a toda prisa hacia el laberinto, cegados por los grandes copos que caían furiosamente.

Doblamos por el primer recodo en ángulo recto y tomamos por la siguiente avenida entre los setos y, después..., me detuve.

—¡Oh, no! —exclamé, mirando la bifurcación a derecha e izquierda que se abría ante nosotros.

—¿Qué pasa? —dijo Troy.

—¡Nuestras huellas! ¡Se han borrado! La nevada las ha cubierto por completo, y no me acuerdo si vinimos por la derecha o por la izquierda.

—No importa —dijo Troy resueltamente—. Encontraremos el camino. —Eché a correr por uno de los pasadizos y luego se volvió—: ¡Vamos! —Me hizo señas.

—No sé... Me da miedo —dije, vacilante.

Troy miró hacia delante. Nevaba tanto, que casi no se veía la siguiente curva. «¿Qué vamos a hacer?», me pregunté. Pensé en regresar a la casita, pero podía seguir nevando mucho tiempo y nadie sabía que habíamos entrado en el laberinto. A regañadientes seguí adelante, le di la mano a Troy y tomé la primera decisión. Y luego la segunda y la tercera y la cuarta... La nevada no remitía y, al poco rato, todas las avenidas y las esquinas parecían iguales. Cuando, tras doblar otro recodo me encontré con nuestras pisadas recientes, comprendí que habíamos avanzado en círculo.

—¡Nos hemos perdido! —grité. Troy empezó a hacer pucheros—. No llores, Troy. Ya vendrán a buscarnos. No tardaremos en salir de aquí.

Le cogí en brazos y recorrí otro tramo, con copos de nieve pegados a las mejillas y la frente. Tenía los pies helados; no iba preparada para una caminata por la nieve. El pequeño Troy me abrazaba y yo le asía con fuerza. Y, como dos huérfanos perdidos en una tormenta implacable, buscamos algún signo de vida.

!! HYPERLINK \l "INDICE" ¶ †

capítulo viii.

Mentiras, mentiras, mentiras

Oí unas voces y grité con toda mi alma, hasta que me abrasó la garganta de forzar las cuerdas vocales. Oí otro grito más, y luego otro. Reconocí la voz de Tony y luego escuché dar unas órdenes. De repente, un hombretón muy robusto se materializó ante nosotros a través de la espesa nevada y el pequeño Troy exclamó:

—¡Boris!

El jardinero se nos acercó, muy preocupado.

—¿Se encuentra bien, señorita?

—Sí... Pero estoy helada, helada —le contesté, temblando.

—Claro. A ver, déjeme coger al señor Tatterton —me propuso, y Troy le echó ansiosamente los brazos al cuello—. Bueno, ahora, sígame, señorita, y no se aleje de mí.

No tuvo que decírmelo dos veces. Me colgué prácticamente de los faldones de su abrigo mientras nos llevaba hasta el exterior del laberinto. Tony y Miles estaban esperando a la entrada.

—¿Qué ha pasado? ¿Por qué habéis entrado ahí? —nos preguntó Tony, indignado.

En lugar de responderle, me eché a llorar. Se le suavizó instantáneamente la cara.

—¿Estás bien?

—Estoy congelada —dije.

Tenía las piernas entumecidas y me dolían los dedos de los pies. Sentía una extraña combinación de frío y calor en las mejillas, que me daba miedo.

—Lléveles dentro —ordenó Tony dando una palmada.

Me echó un brazo por los hombros y nos dirigimos apresuradamente los cuatro, con Troy en brazos de Boris, hacia la mansión. Mamá salió de la sala de música en cuanto Curtis nos abrió la puerta principal. Parecía preocupadísima y trastornada.

—Se han perdido en el laberinto —explicó Tony rápidamente.

—¡En el laberinto! —Mi madre torció el gesto, con expresión afligida.

—Señora Hastings, llévese a Troy a su cuarto y dele un buen baño caliente, por favor —le ordenó Tony—. Es muy propenso a enfriarse.

Mamá me seguía mirando, con una mueca de incredulidad en la cara, los ojos furiosos y la boca abierta. Meneaba la cabeza como negando lo que había ocurrido.

—Jillian —le dijo Tony cogiéndola de la mano—, deberías acompañar a Leigh a que se dé un baño caliente ella también. No iba preparada para soportar una tormenta de nieve durante horas.

—Es que no puedo creérmelo, Leigh. ¿Por qué habéis ido al laberinto? —me interrogó.

Me castañeteaban los dientes. Tenía los guantes empapados, y también los zapatos y las medias y la nieve del pelo se me derretía y me bajaba por la cara y se me colaba por el cuello. Era como si el muñeco de nieve de Troy hubiera cobrado vida y me pasara las yemas de los dedos por todo el cuerpo para torturarme.

—Yo..., fuimos a recoger unas ramitas de boj y...

—Jillian, llévala a que se dé un baño caliente —repitió Tony.

—Pero si Tony os advirtió que no fueseis al laberinto, y además no era el momento... Con toda esta gente por aquí —dijo volviéndose, como si nos halláramos en presencia de todo el convite de boda—. Estábamos frenéticos buscándoos. Qué vergüenza —dijo, tapándose la cara con las manos como para esconderse.

—La chica se está quedando helada —la interrumpió Tony.

—¿Qué?

—Jillian, sube con ella y que se dé un baño y se cambie de ropa.

Mamá meneaba la cabeza.

—No puedo creerme que me hayas hecho esto, Leigh. Es que no puedo creérmelo —repetía, en tono cada vez más estridente.

Tony me cogió por un codo y me condujo a la escalera. Me volví a mirar a mamá, que seguía pregonando su asombro. Le decía a una de sus damas de honor, Cecilia Benson, que estaba justo a su lado:

—¿Qué te parece?

Cecilia me miró y no le contestó, mientras Tony me llevaba escaleras arriba. Me acompañó a mi suite y me ayudó a quitarme el abrigo empapado en la salita de estar. Lo tiró sobre el sofá y se dirigió de inmediato al cuarto de baño a través de mi dormitorio.

—En el armario encontrarás un albornoz con el anagrama de «Farthinggale Manor» —me dijo, señalando con el dedo—. Quítate esa ropa mojada cuanto antes.

Un instante más tarde estaba abriendo los grifos del baño. Me temblaban los dedos mientras me quitaba los guantes empapados. El efecto de la temperatura de la casa me hizo darme cuenta del frío que había pasado, y el que todavía tenía. Empecé a temblar aún más fuerte y oí el castañeteo de mis dientes.

Intenté sacarme el suéter por la cabeza, pero era presa de tales estremecimientos que no dominaba mis movimientos. Se me atascó en la cabeza, y entonces noté que Tony tiraba de él hacia arriba.

—¿Te encuentras bien? Tienes los labios morados.

Asentí, desconcertada por todo lo que estaba pasando y la rapidez con que

se sucedían los acontecimientos. Ahora mamá me odiaría. Seguro que pensaba que lo había hecho adrede, pero tenía tanto frío que no podía pensar con claridad, ni siquiera hablar para explicárselo.

—Siéntate en la cama —me ordenó Tony. Luego se agachó y me quitó los zapatos y las medias—. Tienes los pies encharcados y los dedos de los pies muy encarnados —dijo calentándome el pie derecho entre sus manos y frotándomelo vigorosamente, y luego el izquierdo—. Debes meterte en el agua, o cogerás una pulmonía.

Se levantó y fue a comprobar el agua de la bañera. Me bajé la falda mojada y me la quité cautelosamente. La combinación también estaba húmeda y helada. Me dolían los brazos y seguía costándome mucho controlar los dedos, pero conseguí quitarme la combinación y me volví a sentar en la cama. ¿Dónde estaba mi madre? ¿Por qué no venía a atenderme? ¿Por qué permitía que lo hiciera Tony? ¿Era su forma de castigarme?

—Ya está —anunció Tony desde la puerta del baño. Me llevé las manos a la blusa, pero los botones parecían tan grandes y prietos y me dolían tanto las puntas de los dedos que las dejé caer, impotente.

—Deja que te ayude —se ofreció Tony.

—No..., yo...

—Ya lo sé. Es embarazoso. Pero yo sólo te los desabrocharé y tú harás el resto.

Miré sus cálidos ojos azules y su bonita cara. Estábamos tan cerca que sentía su aliento tibio en la piel. Me desabrochó el botón superior de la blusa, y luego el siguiente, y el siguiente, con habilidad y premura. Cuando terminó de desabrocharme todos los botones, me miró a los ojos. Yo seguía temblando de la cabeza a los pies, pero no sólo de frío. Me sonrió dulcemente, me cogió la mano derecha y me la frotó.

—Estarás mucho mejor —me dijo— en cuanto te metas en la bañera.

—Mi madre...

—Estaba muy inquieta. Ahora bajaré a tranquilizarla y le diré que suba. No te preocupes.

Parecía tan considerado, tan gentil. Noté que empezaba a desmoronarse la barrera de odio que había levantado entre los dos, pero luché por mantenerla en pie. Quería a mi padre. Más que nunca, necesitaba a mi padre, pero no estaba allí. Estaba lejos, muy lejos, demasiado lejos incluso para oír mi voz por teléfono.

—Date prisa —me apremió él.

Se levantó sin soltarme de la mano. Puse los pies en el suelo y me incorporé. Entonces me cogió la camisa por el cuello y me la quitó delicadamente. Me quedé en bragas y sujetador.

—Venga —me susurró.

Sentí su cálido aliento acariciarme la nuca y, sin volverme, me dirigí al cuarto de baño.

La gran bañera estaba llena y burbujeante. No podía haber nada más seductor. Me volví para cerrar la puerta. Él seguía allí, con mi blusa en la mano y una sonrisa forzada en los labios.

Cuando cerré la puerta, me quité la ropa interior y metí los pies en el agua caliente y azulada. Al principio me dolieron los tobillos, pero al poco rato me senté y me sumergí completamente. Sentí un maravilloso flujo de calor vencer mi aturdimiento. Gemí de placer y cerré los ojos. Luego sentí un gran alivio inundarme, embargarme y respiré, relajada, e incluso conseguí sonreír. Oí un golpecito en la puerta y abrí los ojos.

«Por fin ha subido mamá», pensé.

—¿Sí?

La puerta se abrió, pero no era mi madre. Era Tony, que asomó la cabeza.

—Te has olvidado el albornoz —dijo, abriendo más la puerta.

Yo me sumergí todo lo que pude en el baño. La espuma velaba parte de mi cuerpo, pero, aun así, me sentí desnuda y terriblemente turbada cuando entró a colgar el albornoz de una percha.

—¿Qué tal?

—Muy bien.

—Pues claro —me dijo, mirándome.

Yo no entendía cómo podía ser tan insensible a mi azoramiento, pero él actuaba como si fuera realmente mi padre.

—No pases cuidado, Troy está perfectamente —dijo, como pensando que ésa era la razón de mi turbación.

—No se me ocurrió que pudiéramos perdernos, porque pensaba seguir nuestras huellas en la nieve..., pero nevó tanto que se borraron completamente y entonces...

—No importa, no importa, de veras —me dijo, arrodillándose junto a la bañera—. ¿Todavía está calentita el agua? —Y metió una mano en el agua, a escasos centímetros de mi muslo—. Sí, está buena. En fin, ¿necesitas algo?

—No —repliqué rápidamente, cruzando los brazos por encima del pecho.

—Puedo enjabonarte la espalda. Soy un experto enjabonando espaldas —añadió con una amplia sonrisa.

—No, no, salgo en seguida.

—No tengas prisa. No estarás incómoda, ¿eh? Ahora somos de la familia. Seremos tan íntimos amigos como si lleváramos toda la vida viviendo juntos. Ya verás.

Se inclinó a darme un beso en la frente, tiernamente, cogiéndome la cara con las dos manos. Acercó mucho su cara a la mía y me miró a los ojos, con su mirada luminosa y profunda. Luego se enderezó y se secó las manos en

una toalla.

—Bueno, es una suerte que ya hayas traído aquí muchas de tus cosas. ¿Quieres que te traiga algo? También sé hacer de ayuda de cámara, ¿sabes...? —añadió con una sonrisa divertida.

—No, gracias.

Inclinó la cabeza, pero siguió mirándome.

—Bueno —concluyó—. Voy a ocuparme de tu madre y de Troy.

Solté un hondo suspiro de alivio cuando se fue. El corazón me latía tan fuerte que pensé que ondularía el agua por encima de mi pecho. Ningún hombre, ni siquiera papá, desde que cumplí los diez años, me había visto desnuda. Y yo estaba sólo cubierta por agua espumosa, con Tony a escasos centímetros de distancia. Había sido mortificante, pero también me había excitado de una forma inesperada. Con lo complicado que era todo, y él pretendía que podía ser mi padre. Volví a cerrar los ojos y en cuanto lo hice, vi sus ojos azules escrutando mi cara, casi acariciándome literalmente con su intensa mirada.

Cuando me enjaboné el pecho, me sorprendió la dureza de mis pezones. ¿Era por causa del frío y el calor, o tenía algo que ver con el cosquilleo que me subía por los muslos y me bajaba por el vientre cuando recordaba la mano de Tony metida en el baño, a pocos centímetros de mi cuerpo desnudo? Antes de que pudiera cavilar más, mamá entró en tromba en el cuarto de baño. Había recuperado la compostura, pero seguía enfadadísima.

—¿Cómo has podido hacer una estupidez semejante, Leigh? Una chica tan brillante que saca tan buenas notas en el colegio... —me regañó recorriendo el cuarto de lado a lado.

—No pensé que pasara nada malo. Podíamos seguir nuestras pisadas en la nieve y...

—La señora Hastings salió a buscar a Troy, y después entró a preguntar si os había visto alguien. Entonces Tony mandó a los criados a buscaros y éstos regresaron diciendo que no había rastro de vosotros... —Hizo una pausa—. Ya sabes cómo es Tony con su hermano pequeño, exageradamente protector, y cuando oyó que no os encontraban, se volvió loco de ansiedad. Organizó un grupo para buscaros y mandó que saliera en plena tormenta. Y yo con toda aquella gente allí...

¡Plaf! Golpeó la repisa de mármol.

—Pero cuando os encontraron y Tony dijo que os habíais perdido en el laberinto...

—Mamá, escucha...

—...y durante una tormenta, nada menos. Pero, ¿en qué estabas pensando? ¿Ha sido deliberado, intentabas ponerme en un aprieto a causa de tu padre? O tal vez es que no te habían dedicado suficiente atención hoy, ¿no es eso?

No te bastaba con esas magníficas habitaciones, ¡la princesita necesitaba causar algún problema para tener a todo el mundo en vilo!

—¡No! —grité—. Ha sido fortuito. Nevaba mucho y no se nos ocurrió que se borrarían nuestras huellas.

—¿Por qué fuiste al laberinto? —me preguntó con mirada penetrante, de sospecha.

—Troy quería enseñarme la casita y yo pensé que...

—Oh, ese crío. Está tan consentido...

—No, mamá, está muy solo y...

—Todo lo que ese niño necesita es un poco más de disciplina. Debes ser más firme con él, Leigh. Insisto. Debes de considerarte su hermana mayor, ¿entiendes? Si tienes la menor duda acerca de alguna cosa, consúltanos a mí o a Tony. Pero no te pliegues a sus caprichos. Oh, cariño —me dijo, mirándose de refilón al espejo—, mira qué aspecto tengo. Y todo este revuelo, justo antes de la boda...

—Lo siento, mamá. —Me hundí una vez más en el agua.

—Bueno, es lo mínimo que puedes hacer. Esta boda es la cosa más importante de mi vida... y la tuya, señorita. Será perfecta. ¿No querrás ponerte enferma justo antes de mi boda? ¿Te imaginas lo que pareceríamos si te pasaras toda la ceremonia sonándote, estornudando y tosiendo detrás de mí...? —Hizo una mueca, como si le estuviera ocurriendo realmente en ese momento.

—Está bien, mamá, me meteré en la cama en cuanto salga del baño.

—Bueno. Oh, Leigh —dijo, llevándose la mano al pecho—, qué susto... —Suspiró y luego sonrió como si alguien hubiera pasado la página del episodio—. Dentro de un rato subiré a sentarme a tu cuarto y charlaremos tranquilamente de mi luna de miel. Te contaré todos los detalles y discutiremos mi vestuario, la ropa que me conviene llevar, las joyas y el maquillaje, ¿de acuerdo?

»Pobrecita... Estoy segura de que estabas aterrorizada allí dentro —añadió rápidamente, moviendo la mano como para apartar una mosca—. Pero dejemos eso. Hay miles de cosas maravillosas en que pensar, ¿verdad?

—Sí, mamá.

—Bien. No quiero volver a pasar un mal día aquí nunca más. Tengo todo lo que podría desear: juventud, dinero y un marido guapo y adorable... —Me miró—. Estoy segura de que un día tú también lo tendrás. En fin, sal del agua y sécate, o te vas a poner como una pasa —añadió, riéndose—. Voy a bajar a pedir que te traigan un poco de té bien calentito.

Se fue y yo salí del baño. Me sequé y me puse el albornoz. Luego fui a mi dormitorio y elegí el camisón que me pareció más abrigado, me lo puse y me metí en la cama.

Estaba cansadísima. En cuanto cerré los ojos, me quedé dormida y no oí entrar a la doncella, que me traía el té.

Mamá cumplió su palabra: se negó a hablar más del incidente del laberinto, como lo llamaba ella. Cuando Tony y ella vinieron a mi suite a ver cómo me encontraba, y él sacó el tema a relucir, mi madre exclamó con sorprendente vehemencia:

—Por favor, Tony, no hablemos más del asunto. Ya pasó todo y, gracias a Dios, no ha sucedido nada irreparable.

Una de las consecuencias del incidente fue que mamá y yo nos quedamos a dormir en «Farthy». Me lo explicó ella cuando Tony nos dejó solas.

—He decidido que Tony tenía razón. Es mejor que nos quedemos aquí a pasar la noche. Todavía sigue nevando mucho y no voy a hacerte salir con esta tormenta. Mañana, después de desayunar, volveremos a Boston a terminar de preparar el equipaje para mudarnos a «Farthy». Tony ha prometido respetar mi exigencia de que no salga de su suite esta noche —añadió con una sonrisa de coquetería y un contoneo. La situación era fascinante.

—¿Tendrás tus propios aposentos después de casarte?

—Pues claro.

—Pero en Boston no tenías habitación aparte. Siempre la compartiste con papá —le dije.

Si estaba tan enamorada de Tony, ¿para qué quería estar separada de él? Yo estaba segura de que, cuando me enamorara, nunca desearía una habitación para mí sola. Querría estar con mi marido todas las noches, a todas horas.

—Siempre había deseado tener una suite propia, pero tu padre nunca quiso entenderlo. Una mujer necesita intimidad. No quiero que mi marido presencie mis rituales de belleza. Hay cosas que prefiero que no sepa —añadió, mirándose en uno de los espejos de mi tocador—. Tengo mis secretos para que no me salgan arrugas, secretos que ya te contaré cuando llegue el momento, desde luego; pero éstas no son cosas para revelar a los maridos.

»Una mujer debe conservar cierto misterio. Si un hombre lo sabe todo acerca de ti, perderá el interés. Pero, si eres capaz de sorprenderle de vez en cuando, pensará siempre que eres excitante. Por eso hay algunas cosas que te contaré y que nunca confesamos a los hombres, ni siquiera a los que nos aman. ¿Entiendes? —me preguntó, sonriendo.

—Sí.

Yo sabía que uno de los secretos que ella anhelaba guardar más celosamente era el de su edad. Tal vez, si Tony la veía delante de su tocador

todas las noches, podría adivinar que era mucho mayor de lo que declaraba, pensé.

—Y, además —prosiguió, paseando lentamente junto a mi cama, como un catedrático impartiendo clase—, hay veces en que no apetece tener un contacto íntimo con el marido. Los hombres pueden ser tan insistentes, tan pesados con sus instintos y sus necesidades masculinas... Te acosan a muerte hasta que cedas a sus apetitos. —Suspiró, y luego prosiguió—: Si tienes tus propias habitaciones, puedes cerrar tranquilamente la puerta y, de ese modo, librarte sencillamente de esa presión vejatoria, irritante y molesta. Si quieres permanecer joven y hermosa, debes ser un poco egoísta, Leigh. Podrías creer que un hombre, sobre todo si proclama que te quiere, será considerado y comprensivo, pero algunas veces los hombres son incapaces de controlarse. El apetito sexual es mucho más potente en ellos.

»Pero —me dijo, agitando una mano en el aire—, estoy segura de que ahora ya sabrás casi todas esas cosas.

—No, no, mamá.

—¿En serio? Qué inocente y qué dulce eres... —Me miró como si me viera por primera vez—. Cuando yo tenía tu edad... —Se calló y se mordió el labio inferior—. Bueno, eran otros tiempos. No tenía ni la cuarta parte de lo que tú tienes y estaba expuesta a otra clase de gente. Crecíamos más de prisa.

»De hecho —prosiguió después de dar un profundo suspiro—, me perdí parte de la niñez, esa etapa de maravillosa inocencia en que el mundo parece de color de rosa y no puede haber nada más trágico que el hecho de que no te inviten a una fiesta o te salga un grano en la cara.

Me eché a reír, pero luego se me ocurrió que hoy por hoy, si a mamá le saliera un grano en la cara, para ella sería como el fin del mundo. En este aspecto no era tan distinta de mis amigas.

—Bueno —concluyó, regresando al presente—, pues quédate en la cama, bien calentita, y descansa. Tony ha mandado que te suban la cena.

—Puedo vestirme y bajar al comedor. Me encuentro bien —protesté.

—No, no. Has sufrido una gran impresión. Yo subiré después de cenar y hablaremos de la luna de miel. —Y salió.

Poco después me trajeron la cena. Tony había organizado todo un espectáculo, sólo para divertirme, estaba segura. Me trajo cada plato una camarera distinta, y Curtis los entremeses. Después apareció Tony personalmente, con el postre, con una servilleta colgada del brazo, como los camareros. Me fue imposible no ceder a las ganas de reírme.

—Ésta es la cara que quería ver —exclamó.

Dejó la tarta de crema en mi bandeja y dio un paso atrás. Yo noté que me ruborizaba.

—Me alegro de que te encuentres mejor. ¿Estaba buena la cena?

—Oh, sí, gracias. Pero podía haber bajado perfectamente.

—Nada, nada. Tienes que acostumbrarte a que te mimen. Ahora vas a vivir como una reina —dijo con voz dulce y seductora—. «Farthy» es un palacio, y los Tatterton un imperio. —Parecía tan serio, que no me atreví a sonreír—. Quería comprarte todo el guardarropa nuevo, y le dije a Jillian que no se molestara en traerte ni unos calcetines de Boston, pero ella ha insistido en traer algunas cosas.

—Tengo un montón de ropa nueva, algunas cosas todavía sin estrenar —le dije—. No necesito para nada un guardarropa nuevo.

—Ya veremos. En fin, ¿quieres que te traiga algo más?

—No, muchas gracias. ¿Cómo está Troy?

—Durmiendo como un bendito, pero supongo que será uno de los primeros en levantarse mañana por la mañana, así que no te extrañe si irrumpe en tu cuarto como una tromba en cuanto se entere de que te has quedado a dormir. No se lo he dicho, pero es un Tatterton, y, como yo, adivina todas las novedades de «Farthy». «Farthy» forma parte de nosotros y nosotros formamos parte de él. Existe una misteriosa relación, casi sobrenatural, entre los Tatterton y la casa —dijo, mirando a su alrededor como si la casa pudiera realmente sentir, oír y conocer las cosas que sucedían y se decían en su interior—. Nos absorbe a nosotros, nuestra historia, nuestras pasiones, nuestras esperanzas y nuestros sueños —añadió casi en un susurro.

Su mirada se volvió soñadora y distante, y pensé que había olvidado mi presencia a su lado. Le tenía tanto afecto a la casa, que daba cierto respeto.

—Por eso espero que olvides la mala experiencia que has vivido hoy en el laberinto —dijo, mirándome con aquellos ojos azules y profundos—. No le echés la culpa a «Farthy». Quiero que aprendas a querer esta casa tanto como yo.

—No le echo la culpa a nada ni a nadie. Sólo fue un estúpido error —le contesté.

Se quedó callado y yo empecé a ponerme nerviosa, creyendo que debía continuar.

—En cuanto lo vi, pensé que «Farthy» era precioso..., como un reino de cuento de hadas.

—Sí —dijo él—. Un reino de cuento de hadas —susurró con la mirada perdida, velada.

Se produjo otro largo silencio entre los dos y luego él dio una palmada.

—Bueno, te dejo que te comas ese postre delicioso. No tardará en venir alguien a recogerte la bandeja. Que duermas bien, Leigh. —Se acercó a mí—. ¿

Puedo darte un beso para desearte las buenas noches?

Dudé. ¿Sería esto otra traición a papá? Siempre que estaba en casa, él subía a darme las buenas noches en la cama. Pero Tony parecía sincero y apenado, no podía negarme. Había estado muy preocupado por mí. Sería injusta con él, pensé. Asentí y él se inclinó a darme un beso en la frente, prolongándolo un poco más de lo que yo esperaba.

Y luego se fue.

Llegaron dos camareras a llevarse las bandejas. Yo miré hacia la puerta, escuchando los vagos sonidos de la planta baja. Me quedé dormida varias veces, alternando pocos minutos de sueño con bruscos despertares en los que recordaba dónde me hallaba y lo que había ocurrido.

Mamá subió a mi cuarto justo antes de retirarse a su suite, como me había prometido. Pero, en lugar de hablar de sus planes para el viaje de boda, me habló de la cena, de algunos de los convidados, divagó acerca del servicio, la comida y los temas de conversación. Su monólogo me dio aún más sueño y, cuando se me cerraron los ojos en medio de una de sus frases, declaró que ella también tenía que irse a acostar.

—Mañana tenemos que desayunar temprano y salir en seguida para Boston —me dijo antes de darme las buenas noches con un beso.

Al llegar a la puerta se volvió y soltó una aguda carcajada.

—Qué día más extraño hemos pasado y, sin embargo, ha sido maravilloso. Me da la impresión de que de ahora en adelante todos los días van a ser tan excitantes como éste... Me ayudarás a conseguirlo, ¿verdad, Leigh?

Yo abrí mucho los ojos y miré a mamá con perplejidad. ¿Qué demonios quería decir exactamente? ¿Es que su boda con Tony no le bastaba para colmar todos sus sueños? ¿Qué tenía yo que ver con su felicidad?

—¿Verdad, Leigh? —No era una pregunta, era una exigencia.

Tras un día tan agotador, lo único que deseaba era dormirme.

—Pues claro, mamá —accedí blandamente, sin fuerza para negarme, antes de quedarme dormida.

Nos fuimos a Boston en cuanto desayunamos, tal y como mamá había planeado. La tormenta de nieve había remitido poco después de medianoche, pero había caído tanta nieve en tan poco tiempo, que había unos veinte centímetros de nieve virgen. «Farthy» parecía una fantasía invernal bajo el brillante sol de la mañana. Los pinos estaban cubiertos por un espeso manto blanco, del que apenas asomaba algún retazo de verde. Durante el trayecto hacia Boston, mamá me explicó por fin los planes de su luna de miel. Tony y ella iban a ir en avión a Saint-Moritz y se alojarían en el «Palace», uno de sus mayores deseos, como yo sabía; y como Tony era un

esquiador experto y ya había estado allí, él estaba encantado con la idea. —Es un lugar maravilloso para una luna de miel —me dijo mamá—. Habrá muchos aristócratas europeos, y ya sabes cuántas ganas tenía de ir al «Hotel Palace».

»En realidad, es mi primer viaje de bodas —continuó—. Cuando tu padre y yo nos casamos, vinimos directamente a Boston. Él me había prometido llevarme a La Habana, pero, ¡cómo no!, en cuanto llegamos aquí surgió un grave problema de trabajo, en parte a causa de su prolongada estancia en Texas. ¿Te imaginas? Ya me estaba echando a mí la culpa de haberse quedado en Texas más tiempo de lo previsto, para lograr mi mano.

»Pero, al final —prosiguió—, voy a tener la luna de miel que me merecía. La pena es que vamos a estar fuera durante todas las Navidades, pero tendrás todo lo que quieras a tu disposición en «Farthy» y montones de regalos. Si quieres que Miles te lleve a algún sitio, no tienes más que pedirselo. Lo comprendes, ¿verdad? —me preguntó sin detenerse a tomar aliento. Estaba pidiendo mi aprobación.

—Sí, mamá —repuse, pero no pude reprimir un estremecimiento ante la idea de pasar las Navidades en «Farthy», que seguía siendo un lugar extraño para mí, sin ella ni papá.

—Cuando volvamos te compraré de todo. Ya sabes, supongo, que Tony está apretando todas las clavijas para matricularte en el mejor colegio de señoritas de la ciudad —añadió rápidamente.

Yo no tenía la menor idea. Pensaba que me llevarían a algún instituto de las proximidades de «Farthy».

—No, no sabía nada. ¿Qué colegio, mamá?

—Se llama Winterhaven. ¿No te parece un nombre precioso para un colegio? Suena a clase y a riqueza, ¿no crees? Es muy selecto, porque hay una larguísima lista de espera, pero Tony está seguro de que, tocando algunas teclas, podrá meterte allí, sobre todo porque eres buena estudiante. Es un internado —añadió muy de prisa.

—¿Un internado? ¿Quieres decir que me quedaré allí a dormir..., a vivir?

—Miles te llevará todos los domingos por la noche y puedes venir todos los viernes, si quieres. ¿No te parece maravilloso? Piensa en todas las chicas nuevas que vas a conocer, todas ellas de buena familia, y ricas. Y también conocerás a jóvenes estupendos. El colegio organiza bailes y fiestas con los alumnos de un colegio privado cercano. Por fin te codearás con jóvenes de tu categoría, Leigh..., por fin —concluyó, dando un suspiro.

Luego, como si no hubiera nada más que decir, volvió al tema de su viaje de boda. Yo me quedé petrificada en mi asiento. Todos aquellos cambios atropellados en mi vida: pasar las Navidades sola en «Farthy», irme a un colegio interna, y tener que entablar nuevas amistades. Toda mi vida estaba

patas arriba. Podía habérmelo figurado, pensé. Podía haber adivinado que iba a ocurrir todo aquello, pero me empeñé en eludir la realidad, en soñar que todo seguiría como antes. Ahora, al enterarme de los detalles, todos mis sueños se desvanecían en el aire. Y no podía hacer nada.

Cuando llegamos a nuestra antigua casa de Boston, me sentí aún más triste y deprimida. Papá estaría mucho tiempo fuera, y como la íbamos a abandonar para siempre, la servidumbre tenía que marcharse. Yo les tenía un gran aprecio a Clarence y a Stevenson, y ellos a mí. Llevaban tanto tiempo en casa, que yo ni recordaba cuánto. Era muy posible que ésa fuera la última vez que les viera.

Sin embargo, me alegró averiguar que papá les iba a dar trabajo en uno de sus barcos. Siempre hacían falta chefs de categoría en los transatlánticos, y como Clarence era un mayordomo perfecto, lo asignarían al servicio de uno de los capitanes.

Tuve otra sorpresa agradable: una carta de papá. Acababa de llegar de las islas Canarias. Clarence me la llevó a mi habitación poco después de que llegáramos. Por la expresión de su cara, intuí que no le había dicho nada a mamá. Tal vez se lo hubiera encomendado papá. No me gustaba tener secretos con mamá, pero pensé que quizá fuera mejor así. No tendría que sentirse molesta. La abrí en seguida y empecé a leerla.

Queridísima Leigh:

Espero que a la llegada de esta carta te encuentres bien. Sé que no te resultará fácil ser feliz con todos estos trastornos en tu vida, pero espero que las cosas hayan vuelto a su cauce y, corriendo el tiempo, puedas encontrar la felicidad. Yo, por supuesto, haré todo lo que esté en mi mano para que eso suceda.

El viaje a las islas Canarias se ha desarrollado sin incidentes. Éste es un lugar precioso, no obstante, y me alegro de haberlo tenido en cuenta. Voy a incluirlo definitivamente en nuestra oferta turística.

Zarparemos de aquí en breve y nos dirigiremos a Miami, Florida, donde estudiaré los itinerarios por el Caribe con expertos de turismo local. Creo que pasaré allí las Navidades, aunque te llamaré por teléfono el día de Nochebuena. Ya sé dónde vas a estar.

Leigh, conozco los planes de tu madre respecto a volver a casarse. Fue parte de las cosas que discutimos en el despacho la tarde que te mandamos salir y dejarnos solos. Sabía que esto te produciría mucha pena, así que no quise hurgar en la llaga. Es posible que tu madre encuentre por fin ese mundo de felicidad con el que sueña. También me contó sus planes para matricularte en uno de los mejores colegios privados del Estado. Es un alivio saber que al fin vas a tener todas las comodidades materiales que la vida puede ofrecer.

Te prometo que iré a visitarte en cuanto tenga posibilidad. De momento, me gustaría enterrarme en mi trabajo. Eso siempre me ha ayudado a superar todas estas crisis emocionales y esta tragedia. Sin embargo, es un consuelo pensar que te encontraré cuando vuelva.

Leigh, ahora tú eres lo único bonito y dulce que me queda en la vida. No quiero decir nada que te haga llorar, así que atranca bien las escotillas y espera a que arribe a puerto mi barco.

Te prometo que lo haré.

Besos.

Papá

Con el corazón en un puño y un nudo en la garganta, reprimí el llanto y me tragué las lágrimas que pugnaban por salir. Papá no quería que llorara; no quería que sus cartas me pusieran triste, pero era tan duro leer sus palabras sin oír su voz ni ver su barba gris, sus sonrosadas mejillas y sus ojos llenos de orgullo y amor... Me resultaba tan duro tener esas palabras en mente y saber que él no estaba en su despacho, en el piso de abajo, escribiendo en su vieja mesa. Tuve ganas de gritar: «¡NO, NO, NO ES CIERTO!» Quería que mi grito barriera todos los momentos desdichados y atrajera los momentos felices. No podía soportarlo, no podía, no podía...

Me estallaba el corazón de rabia y frustración, y mis pequeños puños insignificantes aporreaban mi escritorio. ¿Quién los oiría? ¿A quién le importaba? ¿Qué conseguiría cambiar? Recliné la cabeza en los brazos, cruzados sobre la carta de papá, y ahogué el llanto respirando hondo. Luego levanté la cabeza, doblé cuidadosamente la carta de papá y la coloqué entre las páginas de mi Diario. Sabía que se deterioraría de tanto desplegarla y plegarla para leerla una y otra vez.

Cuando apareció mamá, yo ya había recobrado la compostura y estaba muy atareada empaquetando las cuatro cosas que quería llevarme a «Farthy». Íbamos a dejar muchas cosas en Boston.

Mamá había decretado que algunas no eran lo bastante buenas para llevárnoslas a «Farthy»; y otras prefería sustituirlas por cosas nuevas.

—Te parecerá increíble —exclamó arrastrando una sonrisa en sus palabras, como una coetilla, y agitando una carta en el aire—: ¡Mi madre va a asistir a la boda! Aunque mis horribles hermanas, no.

»De hecho —continuó, mirando la carta—, según tiene programado, debe de estar al llegar.

—¿Cuándo? ¿Hoy? ¿A qué hora?

Una visita de la abuela Jana era siempre una ocasión muy especial. Venía con poca frecuencia, porque odiaba los viajes y no le gustaba nada el Este. Pero, cuando venía, siempre causaba un gran revuelo. A mamá no le hacía demasiada gracia y siempre suspiraba aliviada cuando se marchaba.

Mamá consultó su reloj.

—En cualquier momento. Mejor será que advierta a los criados, sobre todo a Svenson. Ya sabes lo remilgada que es con la comida. Vaya por Dios. Esperaba que ella y las dos brujas de mis hermanas se presentaran todas juntas el mismo día de la boda y se fueran esa misma noche. No me va a sobrar tiempo para atenderla. Tendrás que echarme una mano, Leigh. A ti te quiere más que a mí.

—¡Oh, no, mamá! —protesté.

—Desde luego que sí, pero no importa. Me da igual. Lo raro es que quiera a nadie. Ahora, por favor —me rogó mamá—, pon buena cara. Ya sé que va a ponerse insoportable con lo del divorcio y esta boda tan precipitada. Si te ve lloriqueando...

—No pienso lloriquear —le dije, volviéndome de espaldas para que no me viera los ojos.

—Muy bien, así me gusta. ¿ Y qué tenía que hacer ahora? Ah, sí, advertir a la servidumbre —exclamó, saliendo a toda prisa de mi habitación.

La abuela Jana llegó dos horas más tarde, quejándose amargamente de los aviones y los trenes y los taxis, mientras cruzaba el umbral detrás de su equipaje. La oí regañar al taxista que le traía las maletas porque había rozado con el marco de la puerta. Clarence se apresuró a ayudar al pobre desgraciado.

Costaba trabajo creerse que una mujer mayor, un alfeñique de apenas un metro cincuenta de altura, fuera capaz de hacer temblar y tartamudear a hombres hechos y derechos, pero cuando se enfurecía su voz chasqueaba como un látigo y sus ojillos echaban chispas. Llevaba el pelo plateado recogido hacia atrás en un moñito tan apretado, que le tiraba hacia atrás la piel de la comisura de los ojos y el nacimiento de la frente, lo cual no hacía más que empeorar la ferocidad de su porte. Hasta la propia mamá parecía aterrorizada y se quedó un poco rezagada, con las manos entrelazadas sobre el pecho, mientras la abuela Jana amenazaba con su bastón al taxista, que estaba deseando traspasar sus obligaciones a Clarence. Yo me quedé mirándola desde la escalera.

—Estas maletas han sobrevivido el acarreo de los mozos del aeropuerto, y no pienso dejar que me las estropeen en la entrada de la casa de mi hija —le chillaba al taxista mientras éste salía zumbando...

—Hola, madre —le dijo mamá.

La abrazó torpemente, mientras la abuela Jana vigilaba a Clarence, que se había hecho cargo de la difícil tarea de subirle el equipaje, con enorme cautela, por la escalera. Entonces su mirada tropezó en mí.

—Pero, niña, no te quedes ahí plantada, ven a darme un beso —ordenó.

Bajé corriendo los escalones que quedaban. La abuela Jana me dio un abrazo

tremendo y un beso sincero que me llegó al alma. Luego me apartó hacia atrás.

—Dios mío, pero cómo has crecido..., para arriba y por los lados...

—No he crecido tanto, abuela —le contesté, sonriendo.

Ella gruñó y se volvió hacia mamá.

—Antes de instalarme, quiero enterarme de todo lo que está pasando aquí..., con pelos y señales —exigió.

A mamá le temblaban los labios, intentando formar una sonrisa. La abuela paseó la mirada en torno.

—Supongo que Cleave ya no vivirá en su propia casa —añadió la abuela.

—No, está de viaje.

—Hummm —repuso la abuela.

Salió disparada hacia el despacho de papá, abrió la puerta de par en par y apuntó hacia el interior de la habitación con su bastón. Mamá me dedicó un breve vistazo, esperando que se me ocurriera proponer algo para salir en su ayuda, pero yo estaba tan pasmada como ella por la brusquedad de la abuela Jana.

—¿No te apetece una taza de té o ir a asearte un poco, primero, madre?

—En absoluto. Hablaremos en el despacho de Cleave —insistió, penetrando en el cuarto—. ¡Jillian! —gritó.

—De acuerdo, madre.

Mamá meneó la cabeza, indefensa, y siguió a la abuela Jana. ¿Qué le habría contado a la abuela acerca de su divorcio y su precipitada boda para que se pusiera tan furiosa...?

—Cierra la puerta —tronó la abuela Jana en cuanto mamá cruzó el umbral del despacho.

Mamá obedeció, pero la puerta no ajustó del todo, y por la rendija se podía oír lo que decían. Miré hacia lo alto de la escalera, por la que estaba bajando Clarence enjugándose el sudor de la frente. Me sonrió y salió. No había nadie en el vestíbulo. Yo no pude reprimir la curiosidad. Me senté en el banco colonial que había a la izquierda de la puerta del despacho, fingiendo que estaba esperando a que salieran.

—Entonces, ¿qué es eso de que Cleave ya no te quiere? —empezó la abuela—. No parecía preocuparte demasiado cuando conseguí que se casara a toda prisa contigo, en Texas. Menuda suerte tuviste de encontrar a alguien tan bien situado y que te quisiera.

—Ya sabes que nunca he sido feliz en este matrimonio, madre. Sabes muy bien que nunca quise a Cleave, ni le querré nunca...

Yo no podía creer lo que estaba oyendo. ¿Que nunca había querido a papá? ¿Y nunca le querría? Pero su historia..., las estrellas titilando... La cenicienta...

—¡Cómo que nunca le querrás! —estalló la abuela—. Supongo que habrías sido

más feliz casándote con el inútil de Chester Godwin cuando te dejó embarazada, ¿eh? A él si que podrías quererle, ¿no es cierto? Y ahora estaríais los dos viviendo en una chabola, y Leigh correteando por ahí en andrajos...

»Y en vez de agradecerme que te encontrara un esposo decente, capaz de darte una vida más que acomodada, te da por odiarme y finalmente lo echas todo por la borda a causa de un hombre veinte años más joven que tú...

Las palabras «cuando te dejó embarazada» martilleaban en mis oídos. Pero, ¿qué estaba diciendo la abuela? ¿Es que mamá había tenido otro embarazo antes que el mío? ¿O había abortado? ¿Había tenido otro niño?

—No esperaba que lo entendieras —le dijo mamá, vacilante—, ni menos aún que te importaran mis sentimientos, mis necesidades ni mis deseos. Cleave es un hombre viejo; sólo le interesa su trabajo. Y yo soy demasiado joven para enterrarme en vida, y he tenido la suerte de encontrar a un hombre como Tony Tatterton. Ya verás cuando conozcas «Farthinggale Manor», ya verás...

—¿Y qué sabe ese joven acerca de tu pasado? ¿Sabe la verdad? ¿Le has contado alguna vez la verdad a Cleave, o sigue creyendo que Leigh es hija suya? —le reprochó la abuela.

Fue como si unas manos gigantescas me agarraran por la cintura y me apretaran. Me incliné hacia delante, abrazándome, en agonía. ¿Qué estaba diciendo la abuela..., que papá no era mi verdadero padre...? Otro hombre había dejado embarazada a mamá y papá se había casado con ella sin saberlo. ¿Y yo quién era? ¡Qué secreto más horrible nos había ocultado a papá y a mí!

—¿Qué necesidad tenían de saberlo? —repuso mamá, en voz más débil.

—Es evidente.

Me imaginaba los ojos de la abuela Jana abrasando la cara de mamá.

—¿Y ese tal Tony Tatterton sabe ya la edad que tienes?

—No —le contestó mamá, en voz baja—. Y, por favor, te ruego que no se lo digas. No me lo estropees todo.

—Asqueroso. Otra vida edificada sobre mentiras. Me dan ganas de salir corriendo ahora mismo y volver a mi casa, pero, ya que he venido, me quedaré por Leigh. Pobre criatura, arrastrada de un hogar a otro por su madre, su egoísta, vana y estúpida madre.

—¡Eso es injusto! —gritó mamá—. He hecho cuanto he podido para que fuera feliz, más feliz que yo, en mi desgraciada vida. Ahora vivirá como una princesa, acudirá a los mejores colegios y conocerá a la mejor sociedad, y todo ello gracias a mí, gracias a mi belleza y gracias a lo que esa belleza

puede conseguir de un hombre.

—Esto no traerá nada bueno —presagió la abuela Jana en tono bíblico—. Acuérdate de lo que te estoy diciendo. ¡Eres una pecadora, Jillian! Y algo peor, una pecadora más imbécil de lo que yo me imaginaba.

—Bueno, pues ya está hecho, firmado y sellado, y ya no hay nada que hacer ni que decir al respecto. No vas a dirigir mi vida como hiciste en Texas, y yo no pienso permitirte que te entrometas en todo. Mi boda será el acontecimiento más sonado del año en Nueva Inglaterra.

—Hummm —gruñó la abuela otra vez. Mamá inició una descripción de sus planes de boda. Yo me levanté despacio del banco, como sonámbula, y empecé a ascender la escalera, abrazándome por la cintura.

No podía revelárselo a papá, pensé. No podía partirle el corazón y, además, no me importaba cuál era la auténtica realidad, porque en el fondo de mi corazón él siempre sería mi papá. Pero mamá, cuántas mentiras, cuántos cuentos... Era como si a mi alrededor estallaran todas mis ilusiones, las luces se hicieran añicos, los gallardetes se vinieran abajo y mi mundo se desplomara como un castillo de naipes o, como había dicho la abuela, como una vida edificada sobre mentiras.

Y mamá viviendo la mentira más grande de todas. Su consejo se me vino a la mente como la leche agria que se te sube a la boca. Todavía me acordaba de su cara cuando me lo dijo, tras su máscara de sinceridad, de falsa sinceridad:

«Recuerda esto, Leigh: las chicas decentes no llegan nunca hasta el final. Hasta que no están casadas. Prométeme que no lo olvidarás.»

No lo olvidaré, mamá.

Cuando llegué a lo alto de la escalera me volví. Tenía ganas de gritárselo a la cara, para que se enterara de que lo había oído todo.

¡NO LO OLVIDARÉ, MAMÁ!

!! [HYPERLINK \l "INDICE" ¶](#) ⊥

capítulo ix.

Blanca y radiante va la novia

Procuré que mamá no se diera cuenta de que lo había oído todo sentada junto a la puerta del despacho de papá. Pero ahora, cada vez que la miraba, me parecía una persona distinta de la mujer a la que tanto ansiaba parecerme. Era casi como si mi auténtica madre se hubiera marchado, dejando a una réplica, una mujer con su mismo pelo y sus mismos ojos y su misma piel tan delicada, pero vacía por dentro.

De todos modos, nos pasamos casi todo el tiempo discutiendo acerca de los últimos detalles de la ceremonia. En realidad, fue de lo único que hablamos. Incluso la abuela Jana intervenía en las conversaciones cuando mamá le pedía astutamente su opinión sobre alguna cosa. Además,

«Farthy», con sus poderes mágicos, su mística presencia, la conquistó. Pese a todo lo que pensaba sobre el hecho de que mamá abandonara a papá para casarse con un hombre mucho más joven, la abuela Jana se quedó muy impresionada. El tamaño y la opulencia de «Farthinggale Manor» la dejaron sin aliento. Cuando cruzamos la portalada de la finca, tenía cara de asombro, mientras se preguntaba en voz alta, lo mismo que yo, cómo era posible que un hombre poseyera algo tan grande.

Tony también la encandiló, tratándola como a una reina. Si hubiera tenido una alfombra roja para tenderla a su paso sobre la nieve, lo habría hecho. Le dio el brazo derecho para escoltarla durante el recorrido de habitación en habitación, explicándole quiénes eran los antepasados de los retratos. Durante el almuerzo tuvo a todos los camareros atentos a sus menores deseos. Cada vez que la abuela cogía una cucharilla o alargaba el brazo, un sirviente se anticipaba a su gesto y le ofrecía lo que fuera. Y mamá permaneció todo el tiempo en segundo plano, con su sonrisa de Gioconda. Cualquier reserva o resistencia que le quedaran a la abuela Jana al llegar allí, se esfumaron. Cuando advertí el modo en que Tony Tatterton la atendía, la alababa, la seducía con sus modales, su buena planta y su riqueza, comprendí que un hombre así podía conquistar a cualquier mujer, y sobre todo a mujeres como mamá.

—Sabía que Tony se la metería en el bolsillo —me susurró mamá en el coche, cuando salimos de «Farthy» por última vez, pues la boda era al día siguiente y, cuando regresáramos, sería definitivamente.

Por la noche, poco antes de acostarme, embalé todas las fotografías y mis recuerdos más apreciados. Lo había dejado para el último momento, aferrándome a la esperanza de que no llegara a suceder. Pero la suerte estaba echada.

Por la mañana, la casa era un hormiguero febril. Mamá revoloteaba de habitación en habitación como una abeja de flor en flor. Estaba tan agitada y tan excitada, que, si le hacía la pregunta más simple, le daba una especie de pánico y me rogaba que solucionara yo sola el problema. Se negó a probar bocado en el desayuno. Yo tampoco tenía demasiado apetito, pero tomé algo. Era la última comida que me prepararía Svenson y la última que me serviría Clarence. Cuando nos dirigíamos a la limusina, me di cuenta de que mamá no les había invitado a la boda. Se quedaron los dos junto a la puerta mientras Miles cargaba bultos en el maletero del coche.

—Que le vaya bien, señorita —me deseó Clarence, con los ojos húmedos.

—Y no se olvide de venir a saludarnos cuando suba a bordo del barco de su padre —añadió Svenson.

Yo musité un breve adiós y me metí detrás de mamá en el coche. Se me llenaron los ojos de lágrimas. Mamá me miró y luego protestó:

—Oh, Leigh, por favor, no pongas esa cara de lástima el día de mi boda. ¿Qué pensará la gente?

—Déjala —le dijo la abuela Jana—, no es ella la que se casa. Puede poner la cara que le apetezca.

—Bueno, pues yo no puedo pasarme el día consolándola. Y hoy menos que ninguno. Tengo demasiadas cosas que hacer —declaró mamá con petulancia.

Hizo un mohín y miró para otro lado. No me había dado cuenta de sus modales de niña malcriada cuando no conseguía exactamente todo lo que deseaba.

Me volví a mirar nuestra casa de Boston. Clarence y Svenson seguían junto a la puerta, viéndonos marchar. Recordé los días de mi niñez, cuando sabía que papá estaba a punto de regresar de alguno de sus viajes. Me ponía a jugar en el cuarto de estar, escuchando atentamente. Cuando oía a Clarence abrir la puerta, salía en tromba a recibir a papá. Y por más cansado que llegara, él siempre me dedicaba una amplia sonrisa y me abría los brazos para abrazarme. Y yo le daba un beso muy fuerte en la mejilla.

—¡Así es como se recibe a los marinos! —exclamaba él—. ¿Eh, Clarence? Todavía me parecía oírsele decir. Luego, la casa desapareció detrás de una esquina, y fue como si mi infancia se esfumara en un instante.

Esa vez, cuando pasamos bajo la gran portalada de «Farthy», sentí la significación del hecho. La gran propiedad sería en adelante mi casa, me gustara o no. Los jardineros estaban atareados barriendo la nieve de los paseos y la entrada. Dos doncellas sacaban brillo a todos los metales y media docena de criados estaban limpiando las persianas y los cristales. Los preparativos de la boda combinados con la decoración navideña creaban una atmósfera abrumadoramente festiva. Habían iluminado los setos, habían colocado farolillos en los árboles, y el oro y la plata resplandecían por doquier. El muñeco de nieve de Troy, aun considerablemente encogido por los efectos de los rayos del sol, seguía en pie frente al caserón. Le había puesto un sombrero de copa en la cabeza y una pajarita negra al cuello. Al verlo se me pintó una sonrisa de bienvenida en la cara, aunque mamá pensaba que debían haberlo deshecho.

—¡Oh!, a Troy se le partiría el corazón... Le dio tanto trabajo...

—Cada cosa tiene su momento y su lugar, Leigh. Tony tendrá que dejar de satisfacer todos los caprichos de su hermanito. —Sonrió rápidamente a la abuela—. Ahora que estaré yo aquí, las cosas cambiarán.

En el interior de la casa, la orquesta estaba ensayando en la sala de baile; el personal de la cocina estaba preparando las mesas enormes de la comida. Alrededor del maestro de ceremonias se habían congregado los ujieres, como jugadores de fútbol en torno a su entrenador para recibir las últimas

instrucciones. Mamá subió directamente a su suite para los últimos retoques con su peluquera. Por los corredores había un trajín incesante: damas de honor, padrinos, floristas y fotógrafos. El editor de los ecos de sociedad de Globe esperaba a la puerta de los aposentos de mamá a que ésta le concediera una entrevista.

Troy estaba excitadísimo. En cuanto tenía oportunidad, hacía pasar a la gente a ver su colección de juguetes. Habían acudido multitud de parientes, primos, tíos y sobrinos... Nunca habría podido imaginar que una casa tan grande pudiera estar tan abarrotada. Pensaba que la ceremonia sería un caos, pero, cuando llegó el momento, todo el mundo ocupó su lugar y todo estaba en el sitio correcto.

Me reuní con las otras damas de honor en el pasillo del piso superior. Nos entregaron a cada una un ramillete de rosas de pitimiñí. Troy, más guapo que nunca con su esmoquin y su pajarita, ocupó su puesto abajo, al lado del altar, junto a Tony. Finalmente, se oyó un profundo siseo. Oímos los primeros acordes del piano. La excitación se propagó por todas las caras. Con aspecto angelical en su traje de novia Victoriano, con el cuello de encaje bordado de perlas, mamá emergió de su suite. Sonrió a través de su velo y se detuvo a apretarme la mano cuando pasó por mi lado. Me empezó a latir el corazón tan de prisa y sentí tanto calor en la cara, que creí que iba a desmayarme. Me parecía terrible tener que decirle algo dulce y afectuoso, con un nudo en la garganta de aguantarme las lágrimas.

—Deséame suerte —me pidió.

¿Suerte? ¿Qué tendría que ver la suerte con el matrimonio? ¿Fue mala suerte que mamá se quedara embarazada, o fue sencillamente una insensatez? ¿Fue mala suerte que papá apareciera en Texas aquella malhadada noche, o fueron los manejos de la abuela Jana? ¿Fue buena o mala suerte que Elizabeth Deveroe se acordara un día de mamá en «Farthy» y luego la trajera y le presentara a Tony? ¿Fue buena o mala suerte que él se enamorara de ella a primera vista? ¿Pensaría papá que era todo cuestión de mala suerte? ¿Qué estaría pensando ahora?

¿Dónde estaría papá en ese momento? ¿Navegando rumbo a Florida, acaso acodado en el puente de su barco, mirando al mar y pensando en nosotras? ¿Pensando en mí?

—Buena suerte, mamá —murmuré rápidamente, y ella prosiguió hasta el extremo del cortejo.

Cuando escuchamos la marcha nupcial, la procesión emprendió el descenso de la escalinata. Yo observé aquel mar de caras de hombres y mujeres elegantemente vestidos, alzadas hacia nosotras, y me dio la sensación de formar parte de un espectáculo. Mamá, por supuesto, era la estrella. De hecho, todas las miradas convergían en ella. Cuando llegué a mi sitio, me

volví a contemplarla. Estaba preciosa, como en éxtasis. Estaba justo donde siempre había querido estar, era el centro de atención.

De repente tuve ganas de gritar «¡BASTA!», de poner fin a todo aquello, de proclamar a gritos mi disgusto y mi agonía. «¿Cómo podéis estar tan contentos y animados? ¿Cómo es posible que os guste formar parte de todo esto?» Me habría gustado contar la verdad a toda aquella gente tan rica y refinada. «Mi madre nunca le confesó la verdad a mi padre acerca de mí. Hemos estado viviendo engañados todo este tiempo, y ahora se me ha llevado de su lado y me ha traído aquí a vivir con un hombre veinte años más joven que ella. Más engaños. ¡Todo son mentiras, mentiras, mentiras!» Pero me tragué las palabras, cobardemente. El poder de la música, las luces, la excitación y la visión de Tony, tan alto y tan guapo junto al altar, con su hermanito, tan serio a su lado, me disuadieron. Me sentí totalmente atrapada en aquella locura, zarandeada por su oleaje. Miré a la abuela Jana, sentada en la primera fila, que me dedicó una inclinación de cabeza y una sonrisa. Incluso ella se había dejado vencer por la ceremonia. Los acontecimientos nos arrollaban y no podíamos hacerles frente.

El pequeño Troy asomó la cabeza por detrás de Tony, buscándome. Cuando me vio, me sonrió y me saludó con la mano. Tony le dedicó una severa mirada y el niño se enderezó rápidamente. Después, mamá ocupó su lugar junto al altar; la música concluyó y empezaron los discursos. Mi corazón se estremecía al oírlos, sobre todo lo de «amaros y respetaros de hoy en adelante en la riqueza o la pobreza, la salud o la enfermedad, hasta que la muerte os separe».

Mamá había hecho el mismo voto con papá y no le había importado un comino. ¿Qué significado tenía el pronunciar esas palabras ante un altar? Estudié la cara de Tony para ver qué le pasaba por la mente. ¿Pensaría lo mismo que yo: que ella ya había pronunciado esas palabras junto a otro hombre y había incumplido su voto? ¿Las diría de corazón ahora?

Tony miraba a mamá a los ojos mientras ella iba desgranando la fórmula. Parecía hechizado. Sutil, misteriosamente, ella había conseguido arrebatarse las riendas y ahora dominaba ella toda la situación. Él parecía dispuesto a aceptarlo todo, a decirlo todo para poseerla. Le odié por estar tan ciegamente enamorado de ella.

Llegó el momento en que el pequeño Troy debía hacer entrega de las alianzas. Con los nervios, se precipitó al sacárselas del bolsillo y se le cayó una. El leve tintineo pareció resonar por el inmenso vestíbulo y toda la concurrencia contuvo el aliento a la vez, así que se oyó como un gigantesco suspiro. Vi que Troy estuvo a punto de echarse a llorar, pero Tony recogió el anillo en seguida y se lo devolvió para proseguir el ritual. A mamá se le escapó una mueca de rabia, pero recobró rápidamente la sonrisa.

Intercambiaron las alianzas, terminaron sus parlamentos y el ministro les declaró marido y mujer. Ellos se besaron y los convidados les vitorearon. Mamá lanzó su ramo de novia a las damas de honor, y fue a caer entre las manos de Nancy Kinney, la más fea de todas. Luego, Tony y ella desfilaron entre la apreciativa congregación de invitados y empezó la recepción. Yo llevé un poco de ponche y unos aperitivos a la abuela Jana, que estaba en la sala de música saludando a la gente. Troy permaneció a mi lado la mayor parte del tiempo, un poco asustado por la multitud y el ajetreo. Dos fotógrafos iban y venían por toda la casa tomando fotografías para el reportaje nupcial. Nos hicieron varias a Troy y a mí juntos, ambos con los ojos muy abiertos y cara de apuro, y yo todavía aferrada a mi ramillete de rosas de pitimiñí.

Poco después se abrieron las puertas del salón del banquete y la orquesta invitó a entrar a los invitados. Cuando estuvo dentro casi todo el mundo, el director de orquesta hizo una pausa y anunció el inicio de la fiesta por el micrófono. Primero entraron todas las damas de honor, seguidas de Troy. Tras un redoble de tambor, penetraron mamá y Tony cogidos del brazo. A mamá le brillaba la cara de excitación. Sonó un gran aplauso y las cámaras dispararon sus flashes. Los novios ocuparon el centro de la pista de baile y la orquesta inició un vals. Empezaron a bailar como si no hubieran hecho otra cosa en la vida.

Mientras iban girando graciosamente al compás de la música, yo no podía evitar preguntarme cómo sería mi boda. ¿Sería un gran acontecimiento como éste, con una orquesta, cientos de convidados, toneladas de comida y un ejército de camareros? Si fuera cosa de mamá, por supuesto que sería algo así. Tal vez incluso me casara aquí, siguiendo la tradición de los Tatterton, que ahora se convertiría en la mía. ¿Sería mi futuro esposo tan atractivo y encantador como Tony? Y yo, ¿estaría muy enamorada, o me obligaría mamá a casarme con algún aristócrata rico?

Y, cuando me pusiera el traje de novia, ¿estaría tan guapa como mamá? Advertí las miradas de admiración y de envidia de las otras mujeres, mientras ella y Tony seguían bailando. No tenía un solo mechón de su dorado pelo fuera de sitio; su apostura era perfecta. Parecía una diosa, una escultura de Afrodita que hubiera cobrado vida.

Al cabo de un momento, otras parejas salieron a compartir la pista de baile con los novios, y la fiesta se animó mucho. Corría el champaña a raudales a mi alrededor..., y yo me había tomado dos copas y me sentía un poco achispada.

Me alegré de que Troy se me acercara y me tirara de la mano, para que le acompañara a «ver una cosa». Dejando atrás la música, el rumor de las conversaciones, el tintineo de las copas de champaña y los ecos de las

risas, nos escabullimos de la sala de baile y él me condujo por un pasillo hacia una salita de la parte trasera de la casa. Troy abrió de par en par una puerta de dos hojas. El suelo de la habitación estaba cubierto de regalos de boda, algunos, en pilas de un metro de alto, o más.

—¡Mira! —exclamó—. Tony dice que luego podremos ayudarles a abrirlos.

Yo no alcancé más que asentir, deslumbrada. Había tantos... Troy se metía por los pasillos que quedaban entre los paquetes, tocando unos, sopesando otros, o arrimando el oído a otros para escuchar cómo sonaban y averiguar alguna pista sobre su contenido. Yo me eché a reír, meneando la cabeza.

—¿Estás contento, Troy? ¿Te alegras de que tu hermano se case y mi madre se venga a vivir aquí con él?

El niño interrumpió su inspección de los regalos de boda y me miró con una expresión sombría en la cara y en los ojos.

—¿Troy...? ¿No estás contento?

Él guardó silencio.

—¿Por qué?

—Tu mamá no me quiere —me dijo, a punto de llorar.

—¿Qué? ¿Qué estás diciendo, Troy?

Él se encogió de hombros.

—Explícamelo, por favor.

—Porque me gruñe con los ojos —dijo de sopetón.

—¿Que te gruñe? ¿Con los ojos?

Troy profirió unos gruñidos como de perro.

—¡Ah! —soltó una carcajada, pero advertí que lo decía en serio—. ¡Oh!, estoy segura de que no lo hace con esa intención. Es sólo que..., que no ha tenido ningún niño. Sólo me tuvo a mí y no sabe cómo tratar a los chicos. Ya se acostumbrará, y tú también te acostumbrarás a ella.

Volvió a encogerse de hombros, pero por su expresión comprendí que no se hacía demasiadas esperanzas.

—Lamento que no te alegres de la boda de tu hermano, Troy.

—Pero estoy muy contento de que estés tú aquí.

—Pues sí, ya estoy aquí.

—Pues, entonces, estoy contento —repitió, aplaudiendo.

—Me alegro —le dije—. En realidad, es lo único que me hace feliz a mí también. Me agaché para abrazarlo.

—Bueno, vámonos —me dijo, encaminándose a la puerta—. Volvamos a la fiesta. No quiero perderme el pastel.

Dediqué otra mirada a las montañas de regalos y regresé con él a la sala de baile.

Habían colocado una mesa redonda en el centro de la sala. Encima, un pastel de boda de varios pisos, con unos muñecos de unos novios bailando debajo

de la palabra «FELICIDADES». Mamá y Tony se acercaron al pastel para cortar la primera porción, como es tradicional. Mamá lo cortó cuidadosamente y se lo ofreció a Tony, que intentó desesperadamente conservar cierta dignidad mientras mamá le metía un pedazo enorme en la boca. Pero le manchó la barbilla y la chaqueta del esmoquin con un poco de nata. Todo el mundo se rió, profiriendo muchas exclamaciones. Yo iba a reunirme con la abuela Jana a comerme mi parte, cuando de pronto mamá me cogió del brazo.

—Ha salido todo bien, ¿verdad? —Miró en torno, con orgullo—. La gente no lo olvidará en la vida. No se hablará de otra cosa. ¿Qué tal la abuela? —preguntó, mirando a la abuela Jana, que estaba en plena conversación con otra señora de su edad.

—Parece que lo está pasando bien.

—Me quedaré más tranquila cuando regrese a Texas. Vete a saber qué le estará diciendo a la gente...

Me pregunté si le daría miedo que la abuela revelara a todo el mundo su pasado. Luego se volvió hacia mí:

—¿Qué te pasa?

—Nada.

—Pues tienes mala cara. ¿Cómo puedes tener mala cara en una ocasión como ésta? —Se calló para suspirar—. Sigues preocupada por todo, ¿verdad? Supongo que es inevitable que hayas salido a tu padre.

Yo no pude reprimir una mueca. Desde luego, sabía mentir con gran convicción. Acaso por los años de práctica, pensé. Pero, ¿cuánto tiempo podría aguantar yo sin revelar lo que sabía?

—Ven —me dijo de repente.

—¿Adónde?

—Sígueme, de prisa. Quiero enseñarte una cosa.

Me cogió de la mano y me guió hacia la escalera, emprendiendo la subida a buen paso.

—Pero, ¿adónde me llevas?

—A mi suite —contestó.

Cuando llegamos, se dirigió hacia una pequeña caja de seguridad.

—Le pedí a Tony que me la instalara para las joyas...—me explicó. Y luego, volviéndose hacia mí con una extraña sonrisa en la cara—: ...y los papeles.

—¿Los papeles?

Ella continuó sonriendo con picardía y abrió la caja de caudales. Sacó de su interior una carpeta de aspecto imponente. Dentro había un documento de tres folios, que me tendió. Yo leí su título: «Contrato prematrimonial. »

—¿Qué es esto? —pregunté.

—Es un contrato entre Tony y yo —dijo muy ufana—. Lo ha preparado mi

abogado.

—¿Un contrato?

—Sí. Si nos divorciamos, por la razón que sea —me explicó, señalando con el dedo una línea del segundo párrafo de la primera página—, me cederá la mitad de sus bienes. ¡La mitad! —repitió—. La mitad de todo esto... —Abrió los brazos—. Lo dice todo ahí —añadió, señalando los documentos.

Yo los miré, pero aquellas palabrejas me resultaban incomprensibles, no sólo por todos los «declaran» y los «resuelven», sino porque me escandalizó ver la historia de amor entre Tony y mamá plasmada en lenguaje legal, como la escritura de una casa.

—No lo entiendo, mamá. ¿Para qué necesitas todo esto?

—Es un seguro —replicó, recuperando los documentos.

Era evidente que no le hizo ninguna gracia mi confusión. Los guardó en la caja fuerte empotrada, la cerró y se volvió de nuevo hacia mí:

—No existe un solo hombre en el mundo en el cual se pueda confiar.

Absolutamente ninguno. Creía que te lo había inculcado.

—Entonces, ¿no estás enamorada de Tony?

—Claro que sí, estoy enamorada de él. ¿Qué tiene que ver una cosa con la otra?

—Pero, si os queréis, ¿para qué os hace falta un contrato?

Yo seguía desconcertada.

—Francamente, Leigh, para sacar tan buenas calificaciones, a veces eres completamente tonta. Lo que yo digo..., es que no confíes nunca en los hombres, para nada. Estoy enamorada de Tony, y él me quiere, pero eso no significa que, con el tiempo, él no pueda hacer algo que me disguste, o que se invente que yo le he defraudado en algo y se libre de mí tranquilamente. Esto es un seguro —añadió, señalando la caja fuerte—. Ahora sabe que no puede echarme a la calle sin quedarse sin la mitad de sus bienes, y eso ayuda bastante a tener a un hombre bajo control. —Suspiró—: Quería enseñártelo para que no te preocuparas por tu futuro. Ahora tendrás todo lo que quieras, Leigh. No tendrás que preocuparte por nada.

—¿Y no se disgustó Tony de que le exigieras una cosa así?

—Sí, pero me quiere tanto que se tragó todas sus objeciones —dijo orgullosamente—. Por eso le quiero: porque soy lo más importante de su vida. ¿Entiendes?

Yo no sabía qué decirle. Pensaba que el amor significaba confianza. ¿Qué amor era ése, que requería la intervención de abogados y jueces?

—Bueno, pues ahora que ya te has enterado, tú también puedes estar tranquila. Venga, volvamos a la fiesta. He dicho a los camareros que repartan el recuerdo Tatterton, y quiero ver qué cara ponen los invitados al recibirlo.

»Leigh, disfruta, por favor. Aunque sea un solo día, olvídate de todas tus penas y sé feliz conmigo.

—Seré feliz por ti, mamá.

Ella me dio un beso fugaz en la mejilla y bajamos las dos a la sala. Yo estaba apabullada por la revelación que me había hecho mamá. ¿Es que sólo había bondad, sinceridad y honestidad en los libros? Nada parecía ser lo que era. La vida era tan complicada como..., como el laberinto del parque. No me extrañaba, pensé, que fuera tan fácil perderse.

La abuela Jana se marchó poco antes de que terminara el festejo. Estaba deseando volver a su casa de Texas, aunque aquí todo el mundo la trataba como a una reina. Tony lo había arreglado todo para que Miles la llevara al aeropuerto. Yo la acompañé a la limusina, porque mamá estaba demasiado ocupada para despedirla decentemente.

—Adiós, abuela —le dije—. Que tengas buen viaje.

Ella se me quedó mirando muy pensativa y luego me dio un abrazo muy fuerte, que casi me dejó sin respiración. Me miró profundamente, entrecerrando los ojos. De momento, pensé que iba a contármelo todo, a confesarme todas las horrendas mentiras de mamá, las razones de su disgusto por el divorcio de mamá y su nuevo matrimonio. Pero su mirada se dulcificó y aflojó un poco la presión de su abrazo.

—Te deseo que seas muy feliz aquí, Leigh. Pero, si por alguna razón no lo eres, recuerda bien esto: vente conmigo. Yo no vivo con tantos lujos, pero sí confortablemente —me dijo.

Su tono no tenía nada que ver con el del ogro que mamá me había descrito. Me pregunté cuántas cosas, de todas las que me había contado acerca de su vida, serían ciertas.

—Gracias, abuela.

Me dio otro beso y se montó en el coche. Yo la contemplé alejarse y luego volví a la fiesta. Poco después empezaron a marcharse los invitados.

Oí que me llamaba mamá y luego les vi a los dos bajando la escalera. Los tacones de mamá repiqueteaban en los peldaños de mármol. Parecía muy mundana y segura del brazo de Tony. Llevaba un traje negro de crêpe de lana con el cuello y los puños de visón. Por debajo de la chaqueta asomaba una blusa brillante de gasa blanca. Contrastando sobre el negro, la cara de mamá resplandecía. Parecía un brillante sobre un lecho de terciopelo negro. Tony llevaba una cazadora de cuero negro y una bufanda blanca de seda. Lo mismo que mamá, parecía fresco y vital. Me imaginé que ambos seguirían como flotando en la excitación de los acontecimientos recientes y por venir. Los dos parecían muy jóvenes, animados y muy felices juntos.

—Parece increíble que ya haya terminado todo —dijo mamá—. Estás viendo al señor y a la señora Tatterton, Leigh. ¿Hacemos buena pareja? —Se acurrucó junto a Tony.

—Una pareja maravillosa —repuse con toda la animación que conseguí infundir a mi voz.

Pero mamá no se conformó, y se le borró la sonrisa de los labios.

—Bueno, nos vamos. Tienes todo lo que necesitas y sabes todo lo que tienes que saber. Me gustaría estar aquí contigo el día de Navidad para abrir los regalos, pero sé que serás comprensiva.

—Procura que Troy no los abra hasta que llegue el momento —me dijo el flamante marido de mi madre, con una mirada que me perseguía a todas partes y una sonrisa que parecía burlarse de todo y saberlo todo.

—Le prometiste que podría abrir los regalos de boda —le recordé a Tony, esquivando su mirada.

—Los abriremos a la vuelta del viaje de la luna de miel —protestó mamá—. Tendrá que esperar.

—Oh, no creo que pase nada porque abra unos cuantos —intercedió Tony—. Bastará con que no rompa nada.

—Que es lo más probable, a su edad —se quejó mamá—. Bueno, no quiero pensar en nada desagradable en este momento. Adiós, Leigh.

Me abrazó y, a pesar de mi indignación, le devolví el abrazo con todas mis fuerzas, lo cual la sorprendió notablemente. De pronto, no quería que se fuera, necesitaba en lo más hondo de mi corazón que fuera mi mamá y me mimara, me protegiera y me cuidara.

—Que pases unas felices Navidades en tu nueva casa. No te dé miedo explorarlo todo —me dijo Tony—. Tardarás casi lo que dure nuestra luna de miel.

—Pero, por favor, no entres en el laberinto —me advirtió mamá.

—De acuerdo, mamá. Que lo paséis muy bien —logré articular.

—¿Puedo darle un beso a mi nueva hija? —preguntó Tony—. Adiós, Leigh. Hasta pronto.

Sus brazos se cerraron en torno a mi cuerpo, y aun a través del cuero transmitían fuerza y virilidad. Me dio un beso en la mejilla, muy cerca de la comisura de los labios. Mamá parecía extrañada de la duración de su abrazo y la dulzura y el cariño de su beso. Luego le cogió del brazo y se fueron. Curtis abrió las dos hojas de la puerta y luego las cerró tras ellos. Me dedicó una inclinación de cabeza y desapareció.

Oí resonar las voces del personal de servicio en la sala de baile, recogiendo las mesas. Fueron cerrando los salones y de repente se hizo un gran silencio en el inmenso vestíbulo. Miré a mi alrededor. Era como si todos los espíritus de los Tatterton hubieran regresado a sus retratos y sus moradas eternas.

Ese nuevo silencio era ensordecedor. Miré por una de las ventanas delanteras y vi que las luces navideñas estaban encendidas. El parque, los setos y los árboles lucían resplandores rojizos, verdosos y azulados. Era como si hubiera estallado el arco iris y sus retazos hubieran descendido sobre «Farthinggale».

La señora Hastings bajó a decirme que Troy estaba dormido. Luego fue a reunirse con los otros miembros del servicio que, supuse, estaban celebrando su propia fiesta particular con las sobras, en la cocina. Fui a la sala de música, donde Tony había mandado colocar un árbol de Navidad de tres metros de altura. Estaba decorado e iluminado, y hacía precioso con su ángel de cristal brillando en la copa. A su alrededor, apilados y diseminados, todos los regalos. En la chimenea de mármol ardía una buena lumbre y la habitación parecía dispuesta para acoger a una familia. Pero, ¿dónde estaba esa familia, quién había preparado todo aquello? Era como si la casa tuviera vida propia y cada una de las habitaciones cobrara vida a su manera cuando llegaba el momento. Me pregunté si funcionaría todo accionando algún interruptor automático. En Navidad se iluminaba el árbol y se encendía la chimenea. Como si la casa estuviera jugando realmente conmigo, empezó a sonar música navideña por los altavoces empotrados en las paredes.

Me eché a reír, sintiéndome tan boba de repente... ¿Es que también bajaría por la chimenea un Papá Noel mecánico en Nochebuena? Curtis debía de estar por los alrededores y oíría mi carcajada, porque apareció de pronto en la puerta con cara de confusión, cuando advirtió que estaba sola.

—¿Necesita algo, señorita Leigh?

Me entraron ganas de decirle que sí, que a mí mamá y a mi papá. Y la felicidad de antes. «Quiero que nos reunamos todos en esta acogedora habitación, felices y contentos, entre risas y besos, afecto y ternura.» Quería unas Navidades de verdad.

—No, Curtis, muchas gracias.

—Muy bien, señorita Leigh. Si quiere algo, no tiene más que pulsar el timbre.

—Gracias.

Asintió levemente y salió. Yo contemplaba el árbol de Navidad y los regalos, y luego los murales de mamá. Tenía el corazón dolorido y un nudo en la garganta, de contener las lágrimas. Salí rápidamente de allí y subí a mi cuarto. Estaba muy cansada. Me puse el camisón y me hice un ovillo en mi nueva cama. Después de apagar la lámpara de la mesita de noche, vi a través de los visillos de la ventana a la luna asomándose por detrás de una nube. Me levanté y me acerqué a la ventana.

Contemplé la inmensa extensión de «Farthinggale Manor». Desde allí se divisaba la sinuosa carretera. Esa noche, como la nieve se había fundido, la

carretera brillaba como una lámina de plata. Era más fácil sentirse solo en un lugar tan grande y tan rico como «Farthy». Mis amigas de Boston no se lo querían creer, pero yo nunca me había encontrado tan sola y desvalida como en ese momento.

Alcé los ojos y vi las estrella Polar y me acordé de papá, cuando me explicaba que los navegantes dependían de ella para orientarse. ¿Podría fiarme yo de ella? La veía titilar..., acaso papá también la estuviera mirando desde alguna parte. Tal vez me mandara un beso a través de la estrella Polar, que me lo enviaba a su vez aquí, a «Farthy».

—Buenas noches, papá —susurré.

—Buenas noches, princesa —casi le oí contestarme.

Y entonces regresé a la cama, y por primera vez en la vida, la impaciencia por que amaneciera el día de Navidad no me quitó el sueño.

Sentí que me zarandeaban y, al abrir los ojos, vi a Troy sacudiéndome.

—Despierta, Leigh, ¡despierta!

—¿Qué?

Me froté los ojos con los nudillos y miré en torno. Tardaría cierto tiempo en acostumbrarme a despertar en aquel dormitorio tan enorme.

—¡Es Navidad! Vamos... Tenemos que bajar a abrir los regalos. Date prisa.

—¡Oh, Troy! —gruñí—. ¿Qué hora es?

Miré el despertador. Eran las siete de la mañana.

—Venga, date prisa —suplicaba el niño.

—Bueno, bueno, ya voy. Concédeme unos minutos, Troy. Las chicas tardamos algo más que los chicos —le dije, esperando que me dejara respirar un poco.

—¿Por qué? —Sus ojos oscuros me dedicaron una mirada de escepticismo.

—Pues porque tienen que peinarse y lavarse la cara y estar presentables. En realidad, los chicos deberían hacer lo mismo.

Se quedó pensativo un instante y luego se miró el pijama, la bata y las zapatillas.

—Muy bien. Voy a peinarme y vuelvo en seguida —exclamó, saliendo de prisa.

Me eché a reír y me levanté de la cama. Me lavé la cara y me peiné rápidamente, pensando que mamá nunca dejaría una habitación como yo pensaba dejarla. Pero mamá no tenía siempre razón. Y ahora menos que nunca. Me puse la bata y encontré a Troy esperándome impaciente en mi salita. En cuanto aparecí me cogió de la mano y se abalanzó escalera abajo. A continuación se precipitó sobre los regalos. La señora Hastings asomó la cabeza a mi espalda, riéndose.

—Feliz Navidad —me deseó.

—Feliz Navidad.

—Podemos reunirnos a desayunar, si te parece —se ofreció.

—Gracias, señora Hastings. Esperemos que haya posibilidad de sacarle de aquí un minuto para comer algo —añadí.

Me arrodillé al lado de Troy y le ayudé a desenvolver sus regalos.

El primero era un aparato de televisión. Ya había uno en el estudio, pero ahora tendría otro en su propio cuarto.

—Tengo que llevarlo arriba —dijo excitadísimo.

—Espera, ya lo llevarás luego. Primero termina de abrir los paquetes.

—De acuerdo. Y tú tienes que abrir los tuyos también. Yo te he puesto una cosa.

—¿De veras?

Mamá y yo habíamos ido juntas a hacer las compras de Navidad, y nos habíamos pasado casi todo el tiempo buscando algo apropiado para Tony, pues no resultaba fácil con todo lo que tiene. Por fin se decidió por un alfiler de corbata de oro macizo con unos brillantes. Y luego le había mandado grabar por detrás: «Con amor, Jillian.» A mí me costó mucho elegir algo bonito para papá. Guantes, corbatas de seda, lociones de afeitar de marca, una billetera de ante, un soporte para las pipas..., nada me parecía lo bastante significativo para papá, que no estaría conmigo esa mañana abriendo los regalos.

Al final encontré una cosa en unos grandes almacenes, no tan cara como las otras, que me hizo mucha ilusión. Pensé en su emoción al desenvolver el regalo y descubrir lo que era. Se trataba de una fotografía especial, tomada junto a un árbol de Navidad. Al pie de la foto tenía la inscripción «Feliz Navidad» y también se podían grabar el nombre y la fecha. Además, le compré un marco muy bonito de madera clara de pino. Cuando posé para la fotografía, sonreí con todo el cariño y toda la alegría que pude, porque sabía que sería la sonrisa que papá contemplaría una y otra vez, sobre todo cuando estuviera solo y quisiera pensar en mí. La mandé envolver para regalo y la envié al despacho de papá en Boston para que la encontrara en cuanto regresara de su crucero.

A Troy le compré un mecano, ya que era tan habilidoso con las manos. Era un juguete, pero también servía para inventar cosas creativas. Tenía incluso un pequeño motor eléctrico, para que, si montaba una noria, diera vueltas de verdad. Le entusiasmó en cuanto abrió el paquete y lo vio. Me asombró que supiera exactamente lo que era. Se levantó en seguida a abrazarme y darme un beso.

—Gracias, Leigh. Ahora ven a ver mi regalo. Lo he hecho y lo he envuelto yo. Abrí el paquetito y casi no me lo podía creer ¿Lo había hecho él? Era un caballito de cerámica con una amazona, que se podía quitar y poner.

—Es Mocoso —me explicó Troy—, mi pony. Y ésta eres tú montándolo.

—¿Lo has hecho tú?

—La niña, no —me confesó—. La niña se la encargó Tony a los artesanos de la fábrica. Pero a Mocoso lo he hecho yo. Le hice una foto y luego lo dibujé, lo modelé y lo cocí. Y luego lo pinté —añadió muy satisfecho.

—Es precioso, Troy. Es uno de los regalos de Navidad más bonitos que me han hecho en mi vida. Gracias. Le di un beso en la mejilla. Con los ojos brillantes, siguió desarrollando paquetes. Pensé que era un chiquillo con un talento maravilloso. ¿Cómo era posible que no hubiera conquistado a mamá?

—Tienes más regalos —dijo Troy, señalando unas cajas.

Habría como una docena de cajas envueltas en papeles brillantes de distintos colores, con mi nombre, unas de mamá y otras de Tony, pero primero me llamó la atención un paquetito con el emblema de la compañía naviera de papá en el sobre de la tarjeta.

Con sumo cuidado, cogí el paquetito y lo acaricié con las yemas de los dedos. Troy se quedó impresionado por la reverencia con que lo traté. Dejó a un lado lo que estaba desarrollando y se acercó a mí.

—¿Qué es? —me preguntó en un susurro.

—El regalo de Navidad de mi papá. No sé cómo lo habrá hecho llegar hasta aquí...

—¿Por qué no lo abres? —Troy miraba alternativamente a la caja y a mí.

—Ahora voy...

Con precaución, cuidado de no desgarrar el papel, desarrollé el paquetito y descubrí un estuche de terciopelo azul marino. Lo abrí y saqué un pesado guardapelo de oro en forma de corazón, con una reluciente cadena de oro. Pulsé el resorte del guardapelo y, al abrirlo, descubrí una diminuta fotografía de papá y yo en el Jillion, muy tostados por el sol y muy felices. Recordé el motivo de mi alegría. Estábamos llegando a puerto y yo creía que mamá nos estaría esperando en el muelle.

—¿Me lo enseñas? —me pidió Troy.

Se lo tendí y él me lo cogió con cuidado de la mano para mirar la fotografía. Noté que se dilataban los ojos y luego se le achicaban.

—Yo también tengo una foto de mi papá. Pero no se ríe. Se lo dije a Tony y él me dijo que papá estaba sonriendo en el cielo y que seguiría sonriendo siempre que yo me portara bien.

—Entonces estoy segura de que no dejará de sonreír.

Dejé que me ayudara a ponerme el guardapelo y luego seguimos abriendo paquetes.

Nos pasamos el día de Navidad con los juguetes de Troy y ordenando las cosas. Por la tarde estuvimos viendo la televisión en su nuevo aparato.

Cenamos un pavo delicioso y Rye Whisky preparó unas verduras y unas salsas riquísimas, que yo no había probado en la vida.

Troy me tuvo tan ajetreada, que fue un alivio que se fuera a dormir. Yo también me acosté temprano. Le había prometido que iríamos a montar su caballito por la mañana, como así hicimos, efectivamente. En realidad, había tantas cosas que hacer en «Farthy» —nadar en la piscina cubierta, esquiar por el paisaje nevado, pasear por la playa, montar a caballo, deslizarse en trineo...—, que la primera semana pasó volando. Tony tenía una biblioteca magnífica, y mi libro favorito era Lolita, la historia de un hombre maduro que se enamoraba de una chica de doce años..., ¡una niña de mi edad! Era increíble todo lo que hacía y decía. Yo leía y releía algunos párrafos, páginas que me hacían ruborizar y me aceleraban los latidos del corazón. Yo dejaba la novela bien escondida debajo de otros libros para que las doncellas no se dieran cuenta de que la estaba leyendo, por si acaso sabían de qué trataba. Le prometí a Troy que pasaríamos la Nochevieja en su cuarto viendo la televisión. Él estaba empeñado en quedarse levantado hasta medianoche para ver a la multitud celebrando el Año Nuevo en Times Square, en Nueva York. Aguantó hasta cerca de las once, pero luego se le cerraron los ojitos y empezó a respirar lenta y acompasadamente.

Poco después de las once y media llamó papá desde Florida. Se le oía flojito y muy lejos, y la línea telefónica pitaba y chasqueaba.

—Papá, me ha encantado tu regalo de Navidad... El mío te está esperando en tu despacho de Boston.

—Llegaré allí la semana que viene, así que ya te llamaré cuando lo abra. ¿Qué tal estás?

—Muy bien, papá, pero te echo mucho de menos —le dije, a punto de quedarme sin voz.

—Yo también, Leigh. Dentro de nada iré a verte y pasaremos todo el día juntos en Boston.

—Pero yo estaré en el colegio, papá. Tienes que venir a verme a Winterhaven.

Luego le conté lo que había estado haciendo.

—Parece un lugar tranquilo —me dijo con tristeza.

—Preferiría estar en casa contigo, papá.

—Ya lo sé, cariño. Pronto estaremos juntos de nuevo, te lo prometo. Pero ahora déjame que te desee feliz Año Nuevo. Sé que este último año no ha sido demasiado feliz, aunque espero que el próximo sí lo sea.

—Feliz año, papá. Te quiero mucho...

—Y yo a ti, princesa. Buenas noches.

—Adiós, papá...

Cuando colgó, me apreté el auricular contra el pecho con tanta fuerza, que

me hacía daño. Y no lo dejé en su sitio hasta que oí al locutor de la televisión contando: «Diez, nueve, ocho...»

Troy musitó algo en sueños y luego se volvió de costado.

«Siete, seis, cinco...»

Advertí que había empezado a nevar otra vez. Los copos eran grandes, preciosos. Caían suavemente y algunos se quedaban prendidos en los cristales un momento antes de convertirse en lágrimas y deslizarse despacio ventana abajo.

«Cuatro, tres, dos...»

Me llevé el guardapelo a los labios y lo besé, dedicándole el beso a papá.

«Uno... ¡FELIZ AÑO NUEVO A TODOS!»

La cámara enfocó varias caras, todas distintas: gente gritando, riéndose, llorando, abrazándose... Me habría gustado estar allí con ellos, perdida en una multitud anónima.

Ya había llenado casi la mitad de las páginas de mi Diario. Era un buen sitio para desearme feliz Año Nuevo. Aunque para mí sería más que un nuevo año, sería una nueva vida.

Feliz Año Nuevo, Leigh van Voreen.

!! [HYPERLINK \l "INDICE" ¶](#) ⊥

capítulo x.

Se acabó la luna de miel

Troy se despertó muy resfriado el día de Año Nuevo, el día en que mamá y Tony regresaban de su luna de miel. A las ocho de la mañana, el niño tenía mucha fiebre y la señora Hastings llamó al médico. Yo comprendí que estaba gravemente enfermo cuando no hizo el menor esfuerzo por levantarse de la cama a jugar. Mientras el doctor le examinaba, yo me quedé esperando en el pasillo. Después, oí al médico hablando con la señora Hastings en la antesala del dormitorio de Troy. Luego salieron de la suite, el doctor con mirada sombría y acusando en sus rasgos preocupación e inquietud. Le seguía la señora Hastings con los ojos llenos de lágrimas. Se llevó el pañuelo a los labios y me miró meneando la cabeza.

—¿Cómo está? ¿Qué le pasa? —pregunté con ansiedad.

—El doctor cree que ha contraído una pulmonía. ¡Ay, por Dios, pobre criatura...! Va a llamar a una ambulancia. Quiere llevarle al hospital para examinarle por rayos X y darle el tratamiento adecuado. El señor Tatterton me advirtió que el niño era muy sensible a los gérmenes, pero estaba tan sano y tan contento y tan bien... Nunca pensé que...

—Bueno, bueno, señora Hastings, no ha sido culpa suya. En cuanto notábamos el menor signo de frío fuera, le metíamos en casa, y salvo anoche, que era una ocasión muy especial, se ha acostado todos los días temprano. Y además ha comido muy bien —añadí—. Y no enfermó cuando

nos perdimos en el laberinto él y yo. Hizo usted de todo para impedirlo entonces, ¿no se acuerda?

—Sí, sí. Pero estoy preocupadísima. Es terrible, terrible. Tengo que ocuparme de todos los trámites, el señor y la señora Tatterton no llegarán hasta media tarde, pero el doctor dice que no podemos esperar hasta entonces.

—Volvió a menear la cabeza.

—¿Puedo ir a verle?

—Sí, pero no te acerques demasiado. ¡Ay, Dios mío, Dios mío...! —murmuró, dirigiéndose a la escalera.

El niño parecía mucho más pequeño en aquella cama tan grande, tapado hasta la barbilla. Hasta mis muñecas tenían la cabeza más grande que la cabecita que se recostaba contra las enormes y mullidas almohadas blancas. Sus orejitas, su naricita, sus ojitos cerrados no mayores que unas canicas y su boquita, levemente abierta a causa de su trabajosa respiración, le daban el aspecto de un juguete muy frágil.

Tenía las mejillas teñidas de escarlata por la fiebre y los labios un poco hinchados. Apretaba los puñitos, pero el resto de su cuerpo estaba sepultado bajo el inmenso edredón. Me quedé junto a la cama, mirándole.

No quería despertarle. De pronto empezó a hablar en su sueño febril.

—Papá, despierta, despierta... —decía.

Luego, y sin abrir los ojos, crispó la cara en una mueca atormentada.

—Tony... ¡Tony!

Me acerqué a él y le cogí una manita ardiente.

—No pasa nada, Troy. No pasa nada... Estoy aquí.

—Tony..., que venga Tony...

—Soy Leigh, Troy. ¿Quieres que te traiga un poco de agua?

—Tony —murmuró, agitando la cabeza.

Luego apretó mucho los párpados, como intentando no ver una imagen. Le toqué la mejilla y me asustó lo caliente que la tenía. Me dio un vuelco el corazón. Miré expectante a la puerta. ¿Dónde se había metido el médico? ¿Cómo le dejaban solo en tal estado, ni siquiera un instante?

El niño sacudía la cabeza de un lado a otro, gimiendo bajito.

—¡Troy! —grité, y se me llenaron los ojos de lágrimas—. ¡Oh, Dios mío...! —murmuré.

Salí disparada de su cuarto en busca de la señora Hastings. Estaba hablando en voz baja con el médico, Curtis y Miles, en el vestíbulo.

—¡Doctor! Está ardiendo... Y no deja de gemir como si sufriera —exclamé.

El médico me miró y luego miró a la señora Hastings, como preguntándole quién era yo. Ella le susurró algo al oído.

—Ah —asintió y se volvió hacia mí—. Ya, ya, querida, ya lo sabemos.

Acabamos de decidir que no vamos a esperar a que llegue la ambulancia.

Vamos a llevarle al hospital inmediatamente en la limusina. La señora Hastings iba a subir a prepararle para trasladarlo.

—¿Puedo hacer algo?

—No, creo que es mejor que no te acerques mucho. No queremos otro enfermo más —me dijo con una sonrisa.

Pero, ¿cómo era capaz de bromear en un momento semejante? La señora Hastings subió al dormitorio de Troy. Yo estaba nerviosísima, desesperada de no poder hacer nada... Poco después, Miles emergió de la suite de Troy con el chiquillo en brazos, tan envuelto en mantas que casi no se le veía ni la cabeza, y se dirigió hacia la escalera. La señora Hastings iba detrás, repitiendo:

—¡Ay, Dios mío, pobre criatura...!

Miles y la señora Hastings tardaron siglos en volver, pero, en cuanto les oí llegar, me precipité a la puerta.

—Es una neumonía, definitivamente —declaró la señora Hastings, con labios temblorosos. Empezó a sollozar—: Le han puesto oxígeno. Da pena verlo, pobrecito, pobrecito mío...

Intenté consolarla.

—Señora Hastings, debería tomar algo caliente. Y deje usted de echarse la culpa. No ha sido culpa de nadie.

—Sí —dijo—, comeré algo caliente. Tienes razón, gracias, gracias.

Y se dirigió a la cocina.

—¿Cómo está, Miles? —inquirí.

Me parecía que él sería capaz de darme noticias más válidas.

—Tiene una fiebre altísima. Troy siempre ha estado muy delicado, no es fuerte. Me temo que puede ser grave.

Me dio un vuelco el corazón. Noté cómo me afluía la sangre a la cara. El estómago se me contrajo, como lleno de mariposas frenéticas haciéndome cosquillas con sus alas de celofán.

—No querrás decir que se va a morir, ¿verdad, Miles? —Contuve la respiración esperando su respuesta.

—Es muy serio, señorita. —Luego consultó su reloj—. Debo salir para el aeropuerto. El señor y la señora Tatterton están al llegar. Supongo que querrán ir directamente al hospital —añadió.

—Pobre Tony... Vaya recibimiento van a tener los dos —le dije.

Él asintió y se fue.

El resto de la tarde transcurrió en una agitada espera. Cada vez que oía sonar el teléfono, se me paraba el corazón. Ninguna de las llamadas tuvo nada que ver con Troy, sin embargo. Incapaz de seguir esperando, mandé a

la señora Hastings que telefonara al hospital, a la enfermera de planta, para pedirle noticias. No se había producido ninguna mejoría. Más bien, por la expresión que ponía la señora Hastings al teléfono, abriendo los ojos y con temblores en la boca, deduje que había empeorado.

Por fin oí una conmoción en la puerta principal y salí de la sala de música. Mamá hacía una entrada triunfal: criados cargados con el equipaje, voces, órdenes, quejas a Curtis por el frío y la duración del viaje... Tony no venía con ella.

—¡Mamá! —grité—. ¡Gracias a Dios que has vuelto!

—Amén —me contestó, y luego soltó una risita.

Se quitó los guantes. A pesar de sus protestas acerca del mal tiempo y el viaje, estaba muy guapa y sin signos de cansancio. Tenía las mejillas sonrosadas y llevaba un abrigo y un sombrero nuevos de marta, guantes de terciopelo negro y pantalones de esquiar. Lucía unos relucientes pendientes de oro en las orejas. Se apartó un poco para que Miles entrara los bártulos de esquí.

Me abrazó con fuerza y me susurró:

—Nadie diría que una luna de miel puede ser agotadora, Leigh, pero te aseguro que ésta lo ha sido. Estoy absolutamente exhausta, hasta la última gota de energía. Estoy deseando meterme en la cama y cerrar los ojos.

—Pero, mamá, ¿dónde está Tony? ¿Os habéis enterado de lo de Troy...?

—Por supuesto. Tony ha ido directamente al hospital. Le hemos dejado allí...

Ya verás todas las cosas que me he comprado en Europa —prosiguió sin más dilación—. Cuando esté más descansada, te lo enseñaré todo y te lo contaré todo. —Se inclinó hacia mí y susurró—: Y quiero decir absolutamente todo.

Luego, se encaminó a la escalera.

—Pero primero un buen baño... y un buen descanso.

—Pero, mamá, ¿y el pequeño Troy?

Ella se volvió, antes de iniciar la subida, con expresión desconcertada.

—¿Qué quieres decir?

—Pues que está muy enfermo y...

—Bueno, ya está en el hospital, Leigh. Nosotras no podemos hacer nada.

—¿Le has visto?

—¡Claro que no! —exclamó, meneando la cabeza—. No hay que exponerse en estos casos, a menos que sea imprescindible.

—Pero...

—¿Tú no te habrás acercado, supongo...? Sólo nos faltaría que tú también te pusieras mala —prosiguió, sin dejarme contestar—. La verdad es que en este momento no tengo fuerzas para tanto. Ya te llamaré en cuanto haya descansado un poco —me dijo, subiendo la escalera.

¿Cómo era capaz de despreocuparse de ese modo, atenta sólo a sus propios deseos, en un momento semejante? ¿Era siempre tan egoísta? ¿Y por qué había sido tan agotadora su luna de miel? ¿No se suponía que era la mejor época de la vida, sobre todo pudiendo ir a un hotel tan lujoso, con tantas diversiones, juntos los dos de día y de noche, con comidas románticas y música? Los recién casados se olvidaban del mundo y disfrutaban de su intimidad y del milagro de su amor, creía yo... ¿Cómo habría podido dejar a Tony solo en el hospital, por más cansada que estuviera? A pesar de mi profundo resentimiento por la imposición de su presencia en mi vida, yo le había cogido mucho cariño a aquel hermanito pequeño. Y ahora Troy era casi como un hijo para mamá. Y seguramente Tony estaría muy preocupado e inquieto. ¿No era ése el momento para que una esposa se quedara junto a su marido, consolándole y dándole apoyo? En cambio, ella se había venido a casa y pensaba darse un baño y hacer la siesta. Le preocupaba su belleza. Acaso este matrimonio no fuera mejor que su matrimonio con papá, puesto que este último era también un matrimonio construido sobre mentiras...

Pensé que mamá había cambiado mucho, pero luego se me ocurrió que tal vez había sido siempre así, sólo que yo no me daba cuenta, porque la veía con ojos de niña pequeña. Pero el día que oí su conversación con la abuela Jana envejecí de golpe muchos años. Mi mundo había perdido todo rastro de color de rosa. Ahora, muchas de las cosas que habían brillado con los colores del arco iris se habían vuelto grises.

Subí a mi cuarto, me senté en la cama y miré el caballito que me había hecho Troy en Navidad. Por más ricos que seamos, por más bellos o poderosos que nos creamos, somos tan frágiles y delicados como ese juguete de cerámica que me hizo Troy. Lo abracé contra mi pecho y recé en silencio una oración.

Me quedé dormida encima de la cama y, cuando me desperté, eran más de las seis. El crepúsculo difundía en mi cuarto una luz melancólica y deprimente. Sentí un escalofrío, como si el viento invernal se hubiera colado dentro de la casa por debajo de la puerta y hubiera subido directamente a mi habitación. Me estremecí y me abracé la cintura. Me pareció sentir un mal presagio.

«¡Troy!», pensé con desesperación, saltando de la cama. El pasillo estaba en penumbra y en silencio. Mi corazón se puso a palpar desacompañadamente. La casa parecía muda, desierta, como si todo el mundo, menos sus fantasmas, la hubiera abandonado.

Temiendo lo peor, avancé como sonámbula por el corredor hasta la suite de

mamá y pegué el oído a la puerta. Todo estaba igual de silencioso. Abrí la puerta exterior y me acerqué de puntillas hasta su dormitorio. Seguía en la cama, profundamente dormida, debajo de las mantas y con su dorado cabello desparramado sobre una gran almohada de plumas. Todo el suelo estaba sembrado de cajas y maletas. Su abrigo y su sombrero nuevos los había dejado, tirados por encima de las sillas y las banquetas, cuando se desnudó para darse un baño. ¿Cómo era capaz de dormir de ese modo? ¿Es que le daba igual el pequeño Troy?

No encontré a nadie en la planta baja. Por fin descubrí en la cocina a todo el servicio reunido en torno a la mesa, hablando en voz baja. Cuando entré se volvieron hacia mí. Todos tenían una expresión compungida y la mirada sombría.

—¿Hay alguna novedad? —pregunté, temiendo su respuesta.

—¡Oh, querida! —dijo la señora Hastings—, el señor Tatterton ha llamado hace cosa de una hora diciendo que le había subido la temperatura todavía más. Tiene la respiración muy dificultosa, y está en situación crítica. Se me quedaron todos mirando, como en espera de mi reacción.

—Miles, me voy al hospital. ¿Quieres hacer el favor de llevarme?

Él miró a Rye y luego a la señora Hastings y a los demás empleados, sin saber qué responder a mi petición.

—Tal vez no le parezca bien a su madre que vaya —dijo al final.

—Mi madre —repuse, acentuando esa palabra—, está durmiendo. Estaré lista en cinco minutos. Por favor, ve sacando el coche del garaje. Y salí antes de que nadie pudiera replicar.

Encontré a Tony hablando con una enfermera en la sala de espera del Hospital General de Boston. Llevaba su abrigo de cachemira colgado del brazo. Por una vez, no sentí odio, rabia ni resentimiento contra él: todas mis emociones se centraban en Troy. En realidad, Tony me pareció más bronceado y más atractivo que nunca.

—¡Leigh! —exclamó al verme.

Cruzó la sala de espera para recibirme.

—¿Ha venido Jillian contigo? —preguntó, atisbando por encima de mi hombro, hacia la entrada.

—No. Está durmiendo —respondí, incapaz de ocultar mi desaprobación. Se le ensombreció la cara, perdiendo el brillo que había adquirido al verme.

—Oh...

—¿Hay alguna novedad?

—Al parecer, una mejoría muy leve. Le ha bajado un poco la temperatura. Has sido muy amable viniendo a hacerme compañía, gracias.

—¡Oh, Tony, estoy preocupada por él! Lo hemos pasado tan bien juntos mientras mamá y tú estuvisteis fuera, pero te aseguro que no hicimos nada que pudiera ponerle enfermo. Hemos jugado al aire libre, pero él iba siempre bien abrigado y, en cuanto notábamos el menor signo de enfriamiento, entrábamos en la casa. Y además ha tenido mucho apetito y...

—Calla..., calla... —Me cogió por los hombros—. No es la primera vez que Troy sufre una enfermedad semejante. Es su naturaleza. Es imprevisible. No le echo la culpa a nadie, y a ti menos que a nadie. No pienses más en ello. Después, consultó su reloj de pulsera.

—Los médicos tardarán un buen rato en poder decirnos nada nuevo acerca del estado de Troy, y es la hora de cenar... Conozco un pequeño restaurante italiano cerca de aquí. ¿Tienes hambre?

—Pues...

—Claro que sí. Yo no he comido nada desde esta mañana. Es inútil quedarse aquí. Vamos —dijo poniéndose el abrigo y cogiéndome del brazo. Yo no pude evitar cierta vacilación. No había ido allí para cenar en Boston con Tony. Pretendía estar lo más cerca posible de Troy. Pero pensé que si a Tony le parecía bien salir un momento a comer algo, sería lo correcto.

—Troy está recibiendo el mejor tratamiento posible —dijo Tony cuando nos sentamos en una mesita junto a la ventana—. Ese pillín siempre se las ingenia para superar las crisis cuando le conviene, y ahora que has venido a vivir a «Farthy», estoy seguro de que tiene más ganas de vivir que nunca. Tendió la mano para darme una palmadita tranquilizadora en la mía.

—Eso espero —dije a punto de sollozar.

—Bueno, vamos a comer. Aquí hacen una pasta buenísima. Déjame que elija yo por los dos.

Qué sofisticado era..., pronunció las palabras en un italiano perfecto. El camarero advirtió inmediatamente su experiencia y se quedó muy impresionado. Se le notaba en su forma de escucharle y de asentir. Después, Tony se volvió hacia mí y se me quedó mirando. Su aguda mirada de un azul penetrante denotaba una honda consideración.

—Sabes, Leigh, eres una chica sorprendente. En un momento dado toda tú irradias felicidad y un segundo más tarde toda la felicidad ha huido de tu rostro y tienes lágrimas en los ojos. Creo que eres tan intrigante, o mejor dicho desconcertante, como tu madre. Me temo que no debe existir hombre alguno que os llegue a la suela del zapato —añadió, con menos amargura que resignación a su destino.

—¿Lo habéis pasado bien durante el viaje de novios? —le pregunté, advirtiendo una nota de acidez en su voz—. Mamá se ha metido

directamente en la cama, así que no he tenido oportunidad de preguntarle nada.

Se le entrecerraron los ojos, con suspicacia.

—Yo, sí —replicó con una sonrisa forzada, mientras yo esperaba sin aliento a que prosiguiera—. Tu madre me había dicho que le gustaba esquiar y patinar sobre hielo. Decía que le gustaban los deportes de invierno, pero al llegar a Saint-Moritz decretó que hacía demasiado frío para salir a esquiar. ¿Te imaginas...? ¡Demasiado frío para esquiar! —Se rió—. En fin, que yo me pasé los días en las pistas y ella de tiendas o junto a la chimenea del hotel.

»... Al final conseguí sacarla una mañana a las pistas, pero se quejaba tanto y se caía tanto que la dejé regresar al hotel. En cuanto a patinar por la noche sobre el precioso lago helado iluminado..., duró menos de diez minutos. —Hizo un ademán con la mano, meneando la cabeza.

»Se pasó el tiempo quejándose de los efectos del aire frío en la piel y después descubrí que le horroriza sudar. Ya ves, y se va de luna de miel a una estación de esquí —añadió abriendo mucho los ojos.

—Pero habréis ido a algunos restaurantes europeos maravillosos —le dije. Sabía que a mamá le encantaban esas cosas.

—Oh, sí, pero tu madre come como un pajarito. Es un desperdicio pedir esas comidas opíparas, ni siquiera medias raciones. Al final, me comía yo su cena y la mía todas las noches. Suerte que hacía tanto ejercicio..., ¿eh? —dijo echándose hacia atrás y tocándose la barriga.

—Pues estás..., estás muy bien —por poco se me escapa «guapísimo».

—Gracias. Pues ésa es la historia de nuestra luna de miel y nuestras vacaciones de invierno —añadió decepcionado.

El camarero nos trajo el pan y la ensalada. Yo no me había dado cuenta del hambre que tenía hasta que empecé a comer. El restaurante tan acogedor, la conversación intrascendente con Tony y la exquisita comida me sentaron estupendamente. Por primera vez desde la noticia de la grave afección de Troy me sentí relajada y a gusto.

Hablamos un poco más sobre Europa y luego le conté nuestros viajes a Londres. Después le descubrí con todo lujo de detalles todo lo que habíamos hecho mientras mamá y él estaban fuera. No me di cuenta de lo que duró mi parloteo porque él me escuchaba atentamente, con los ojos fijos en mí.

—Ay, lo siento, estoy hablando demasiado. No sé qué es lo que me ha pasado...

—No importa, me ha encantado. Es la única vez que hemos charlado así desde..., desde que nos conocimos.

Un poco turbada, desvié la vista hacia unos comensales que estaban entrando.

—Tienes muy buen aspecto —me dijo—, se nota que has pasado mucho

tiempo al aire libre.

—Gracias.

Me ruboricé, sin poder remediarlo. Todavía no había conseguido aprender a aceptar los cumplidos con la naturalidad de mamá. Sin embargo, ella siempre los esperaba. Para mí eran algo imprevistos y muy especial, sobre todo procedentes de un hombre tan atractivo como Tony Tatterton. Sus palabras sonaban sinceras. Fue como un bálsamo y un estremecimiento. Después sentí culpabilidad por aquella satisfacción mientras el pequeño Troy luchaba contra su enfermedad en el hospital.

—¿No es hora de volver? —propuse. Él seguía con los ojos fijos en mí, intensos y penetrantes.

—¿Cómo? Oh, claro. Ahora mismo. Llamó al camarero.

Cuando llegamos al hospital se dirigió inmediatamente a la habitación de Troy, mientras yo me quedaba esperando en el pasillo. No tardó en salir en compañía del doctor y me indicó que me acercara.

—Le ha remitido la fiebre —me anunció muy contento—. Y ya está empezando a respirar sin dificultad. Se curará.

Fue un alivio tan grande que me eché a llorar. El médico y él se miraron sonriendo y luego Tony me abrazó.

—Gracias, Leigh —me susurró—, por tenerle tanto cariño.

Me dio un beso en la frente y yo le miré a los ojos, aquellos ojos tan azules, confusa y vacilante. Acababa de heredar una familia, y me costaba mucho trabajo analizar mis emociones. Si me sentía bien, en especial con Tony, me parecía estar traicionando a papá, y no obstante Tony parecía quererme, interesarse por mí. Nos había unido la santa voluntad de mi madre y acaso él, lo mismo que yo, estaba intentando aclarar y dominar sus sentimientos. Así que me abandoné en sus brazos y apoyé la cabeza en su hombro. No podía odiarle. Perdóname, papá, pero no puedo odiarle.

—¿Quieres pasar a verle, Leigh? —me preguntó Tony—. No se ha despertado, pero puedes asomarte un momento a la puerta.

—Sí, gracias.

Tony entreabrió la puerta y yo me asomé a mirar. Troy parecía todavía más pequeño que por la mañana. La cama del hospital, el oxígeno y toda la parafernalia de tubos y aparatos le conferían un aspecto minúsculo y muy frágil. Se me hizo un nudo en la garganta y al final no pude contener más las lágrimas que se me agolpaban en la comisura de los ojos. Tony sacó su pañuelo y me las enjugó.

—Se pondrá bien —me dijo para tranquilizarme.

Volvió a abrazarme y yo asentí con la cabeza.

—Venga, vámonos a casa.

Cuando cruzamos la portalada de «Farthy», las palabras de Tony «vámonos

a casa» me parecieron ciertas, por primera vez.

Era mi casa, porque una casa no es sólo una construcción en una calle; es el lugar donde uno encuentra afecto y vive con sus seres queridos. Yo quería a papá, pero él estaba en un barco en pleno océano y ahora no vivía nadie en nuestra casa de Boston. Yo quería a mamá a pesar de todas sus mentiras y su egoísmo. Y sabía que quería al pequeño Troy..., y los dos vivían en «Farthy».

Después me pregunté si llegaría a querer algún día a Tony Tatterton. Por el modo en que me cogía de la mano mientras subíamos la escalinata del porche, pensé que era más que probable.

Mamá ya se había despertado, por fin. Tony y yo la encontramos sentada frente a su tocador, cepillándose el pelo. Acababa de levantarse y sólo se había puesto el salto de cama de seda verde, una de las prendas que se había comprado en Europa.

—Leigh, hace una hora que te estoy llamando. ¿Dónde te habías metido? — me preguntó.

Tony se paró a mi lado junto a la puerta e intercambiamos una mirada de desaprobación.

—He ido al hospital a ver a Troy y a hacer compañía a Tony.

—Te dije que no te expusieras a que te contagiara. Ya ves lo difícil que resulta educar a una adolescente, Tony —protestó—. Son como caballos salvajes, tozudas e impredecibles.

—No se ha expuesto, Jillian —le contestó Tony—. Se ha mantenido a distancia y a mí me ha parecido maravilloso que viniera.

—Pues podíais haber telefoneado. Me habéis dejado aquí sola, sin saber nada de nada, ni dónde estabais...

—Claro que llamé —protestó Tony—, pero los criados me dijeron que habías ordenado que no se te molestara.

—Bueno, deberías saber mejor que nadie lo cansada que estaba. En cualquier caso, ya estáis aquí. Decidme, ¿cómo se encuentra? —preguntó volviendo a mirarse al espejo para arreglarse un mechón de pelo.

—Le ha bajado la fiebre. Está mejor.

—Pues ya ves —me dijo—, no podíamos hacer nada mientras estuviera en el hospital. Una vez allí había que dejarle en manos de los médicos, las enfermeras y los milagros de la medicina —canturreó como si nos estuviera contando un cuento infantil.

—Todavía está bastante grave, pero ha superado la crisis —añadió Tony.

—Estupendo, gracias a Dios. Bueno, ¿vamos a cenar? Me he despertado hambrienta.

Tony y yo nos miramos de refilón, pero mamá se dio cuenta.

—¿Qué pasa?

—He llevado a Leigh a «Leone» mientras esperábamos más noticias sobre Troy —confesó Tony.

—¿A cenar los dos? ¿Sin mí? —exclamó.

—Claro, tú te habías quedado en casa y...

—Pues fantástico —dijo ella de repente, abandonando su expresión de disgusto—. Pediré que me suban algo ligero a mi gabinete.

Y llamó al servicio, cambiando tan deprisa de humor que me dio un vuelco el corazón.

—En realidad, todavía no me he repuesto lo suficiente para bajar a cenar al comedor. Tardaré otro día más, al menos, en recobrar el ritmo —añadió, como si fuera ella la que hubiera estado en el hospital, en lugar de volver de una luna de miel maravillosa en Europa.

—Muy bien —dijo Tony.

Se inclinó a dar un beso a mamá, pero ella se apartó, como si fuera a despeinarla. Era un gesto que solía hacer cuando papá intentaba darle un beso. Tony se quedó muy extrañado.

—Todavía estoy muy cansada —se disculpó.

Él asintió y salió rápidamente.

En cuanto Tony cruzó la puerta, mamá me hizo señas para que me acercara, abriendo mucho los ojos.

—Oh, Leigh, no puedes imaginarte lo difícil que ha sido.

—¿El qué? —yo no tenía ni idea a qué se refería.

—Pasar estos últimos días con un hombre tan joven y fuerte como Tony... Nunca necesita echarse una siesta y se viste en un abrir y cerrar de ojos —me dijo con irritación y envidia, enarcando sus delicadas cejas con exasperación.

—Entonces, ¿no lo has pasado bien durante la luna de miel? —le pregunté, para confirmar lo que me había dicho Tony.

—No, en absoluto. Él es tan atlético... Se levantaba al amanecer y pretendía que yo estuviera vestida y dispuesta para el desayuno; y cuando me quejaba, se enfadaba. ¿Te imaginas qué falta de consideración? ¿Cómo iba a bajar yo al comedor sin estar correctamente arreglada? Le mandaba a desayunar solo, y de hecho era un alivio desembarazarme de él para arreglarme sin testigos. Él siempre estaba listo muchísimo antes que yo. Eso le molestaba, pero le dije que no tenía necesidad de esperarme; que no tenía más que salir y empezar a esquiar por aquellas montañas nevadas. »... Y si te crees que una jornada de intensa actividad le dejaría exhausto... Pues, no. Volvía todas las tardes como revigorizado, y ya te puedes figurar cómo es un hombre de la edad y la vitalidad de Tony cuando revigoriza. Al ver mi cara de confusión enarboló una sonrisita afectada.

—Hace el amor como si hubiera de ser la última vez, casi con violencia —me

explicó.

Se me agolpó la sangre en las mejillas al oír sus referencias a una cosa tan íntima.

—Y cuando terminaba y yo pensaba que tendría oportunidad de recobrar aliento, empezaba de nuevo. Yo me sentía como una furcia. Incluso en plena noche, me despertaba acariciándome, me sacaba de mi sueño reparador y se ponía cariñoso. Y daba igual que yo no estuviera despierta del todo. Se enfadaba si yo no le respondía como a él le apetecía. —Hizo una pausa. »Pues bien, no podía, no quería... No pienso sacrificar mi salud y mi belleza para satisfacer los sentimientos animales de un fogoso joven —dijo muy decidida.

Yo no sabía qué contestarle. Según sus palabras, el acto amoroso parecía un sufrimiento, pero no era así en los libros que yo había leído.

—Oh, Leigh —exclamó volviéndose hacia mí y cogiéndome las manos—, tienes que ser mi mejor amiga, mi aliada, más que nunca. ¿Lo serás? ¿De acuerdo?

—Desde luego —le respondí, aunque, una vez más, no tenía la menor idea de lo que quería decir con ello.

—Bueno, porque a Tony le caes muy bien y le gusta estar contigo. Se le nota. Ha sido estupendo que fueras a cenar con él en Boston. Voy a necesitar tu ayuda para tenerle entretenido y contento. Requiere muchísima atención y exige tanto cariño... ¡Es absolutamente agotador! —exclamó.

»Y no es que no le quiera. Le amo..., le adoro. Pero nunca imaginé que fuera tan..., tan viril..., tan ansioso de sexo. Si no encuentro el modo de tenerle a raya, acabará conmigo, con toda mi vitalidad.

Y antes de darme tiempo a reaccionar, prosiguió:

—Sí, les ha ocurrido a otras mujeres, lo he visto. Sus maridos son tan exigentes que se vuelven viejas antes de hora y entonces ellos buscan satisfacción entre otros brazos. Una mujer debe cuidar su belleza como una joya preciosa, guardarla como en un estuche, bien protegida, y permitir que los hombres la miren, y la contemplen todo lo que quieran, pero que apenas la toquen, porque cada caricia absorbe, arrebatada, roba... Tony quiere que esté a su lado constantemente. Quiere tenerme cerca para poder besarme siempre que le apetezca, y cogermelo de la mano, abrazarme... o poseerme. A mí me pareció que aquello sonaba maravilloso, que un hombre te necesitara y te deseara tanto. Después de todo, su mayor queja respecto a papá era que no le dedicaba bastante tiempo, que no la quería tanto como a su trabajo. Ahora había encontrado a un hombre totalmente entregado a ella, y a ella le parecía una amenaza. Qué complicado...

Permaneció callada un momento, observándose una arruga debajo de los ojos. Luego suspiró y metió un dedo en un tarro de crema.

—Oh, Leigh —prosiguió mientras se ocupaba de su cutis sin apartar la vista

del espejo—, me temo que vas a tener que venir a pasar los fines de semana a casa desde Winterhaven más de lo que yo había previsto. Tony quiere que vayamos a esquiar los fines de semana, que hagamos pequeños viajes muy a menudo. Espera que yo le acompañe a todas partes, tres días aquí..., tres allá. A ese ritmo no tardaré en convertirme en una vieja.

Se volvió hacia mí y me cogió las manos entre las suyas.

—Me ayudarás, ¿verdad? Pasarás algunos ratos con él, le tendrás distraído. Una chica joven tiene mucha más energía. Tal vez consigas dejarle tan agotado que no se abalance sobre mí como una especie de Casanova todas las noches. Oh, Leigh, por favor, dime que lo harás.

Yo no sabía qué decir. ¿A qué me estaba comprometiendo? Pero me daba cuenta de hasta qué punto necesitaba ella que le dijera que sí.

—Sí, mamá. Vendré a menudo

—Gracias, Leigh. Gracias. Sabía que eras lo bastante mayor para comprenderlo. —Me abrazó fugazmente—. Es tan maravilloso tener una hija con madurez suficiente para ser como mi hermana...

»Bueno, ahora déjame que te enseñe todo lo que he comprado en Europa. A ti te he comprado unos suéteres preciosos. ¿Te gustaron los regalos de Navidad? —me preguntó sin hacer ni siquiera una pausa—. Vi que tu padre te había mandado una cosa. ¿Qué era? —inquirió, entornando los ojos con unos atisbos de suspicacia.

—Este guardapelo —le contesté, enseñándoselo.

Ella lo miró de refilón, sin pedirme que lo abriera.

—Muy bonito —dijo, antes de volverse a todos los paquetes que traía de Europa.

Troy fue mejorando y al día siguiente estaba mucho mejor. Acompañé a Tony una vez más a visitarle antes de empezar las clases en Winterhaven. Mamá cumplió todas sus promesas. La belleza se convirtió en su religión. Veneraba su propia imagen ante el espejo y se entregó con renovada energía a recobrar la vitalidad que pretendía haber perdido durante el viaje de novios. No sólo se negó a ir al hospital, sino que cada día se levantaba más tarde y luego se pasaba las horas en el tocador antes de bajar a desayunar.

Yo observé que Tony estaba cada vez más contrariado con ella. Subía de mal humor las escaleras para pedirle que bajara a desayunar y luego regresaba con la cara larga y mirada de derrota. Después, la víspera de mi partida a Winterhaven, les oí tener la primera agarrada. Y no es que les espiara, iba hacia allí para comentar con mamá la ropa que debía llevarme al colegio. Eran poco más de las nueve de la noche, pero mamá ya se había

retirado a su suite a descansar y a leer una de sus novelas rosas, algo que hacía cada vez con mayor frecuencia últimamente. Cuando acababa de entrar en la salita, oí a Tony decirle:

—Pues para esto no hacía falta casarse.

Me quedé helada. Era más una súplica que un grito de protesta.

—No quiero que tus amistades acaben con mi salud —replicó mamá.

—Pero, Jillian, hacer el amor no es malo para la salud. En todo caso, deberías de sentirte más completa, más satisfecha como mujer.

—Oh, no me digas... Eso es una cosa que sólo se le puede ocurrir a un hombre... Francamente, Tony, te estás portando como un adolescente que acaba de descubrir el sexo. Me decepciona tu falta de autodisciplina.

—¡Mi falta de autodisciplina! —estalló Tony—. A la mitad de la luna de miel ya estabas demasiado cansada y a partir de entonces todas las noches tenías alguna excusa, y ahora que llevamos tres días en casa sigues sin fuerzas para hacer el amor, ¿y encima me acusas de poca autodisciplina?

—Baja la voz, por favor. ¿Quieres que te oigan los criados? —siseó mamá—. Sólo te he pedido —añadió en un tono más dulce—, un poco más de tiempo. Por favor, Tony, por favor, intenta ser comprensivo. Vete a dormir a tu dormitorio esta noche. Tal vez mañana...

—Mañana tendrás otra excusa, me temo —dijo él en tono derrotado—. No entiendo por qué lo haces. ¿O es que pretendes conservarte para otro marido más joven en el futuro? —le espetó.

Antes de que me diera tiempo a dar media vuelta, Tony salió furioso de la habitación de mamá. Se detuvo al verme allí plantada, con los ojos muy abiertos. Se le dulcificó un poco la expresión, pero no dijo nada. Se limitó a proseguir su camino. Yo esperé unos minutos y luego entré a discutir con mamá el tema de mi equipaje, fingiendo que no había oído nada.

—Recuerda la promesa que me has hecho, Leigh —me dijo cuando yo ya me iba—. Vendrás a casa tantas veces como puedas y pasarás todo el tiempo con Tony. Necesito ayuda, por lo menos durante estos primeros tiempos de convivencia.

—Pero, mamá..., él no querrá pasarse los días conmigo. Se ha casado contigo, y lo que querrá es estar contigo.

—Sólo necesita compañía, ya verás. Ay, querida —se miró otra vez al espejo—: con todas estas tensiones me han salido unas ojeras horribles. Yo no le noté nada.

—Necesito una buena noche de descanso. Que duermas bien, querida, y que tengamos suerte en tu nuevo colegio.

—¿Es que no vas a venir a acompañarme? —El corazón me empezó a palpar con angustia.

—Por favor, Leigh, no me necesitarás para nada. Tony se ocupará de todo,

me lo ha prometido. Él te llevará y hablará con la directora y se ocupará de que estés cómoda y bien. Y luego se irá a sus oficinas. Saldrá todo a pedir de boca.

—Pero...

—Tengo que descansar —dijo, apagando la lamparilla de lectura—. Buenas noches, Leigh.

Desvié la mirada en seguida, disgustada, furiosa..., quizá más furiosa que Tony, incluso. Comprendí por qué no quería acompañarme. No quería que la gente se enterara de que tenía una hija tan mayor. Quería continuar su mascarada de juventud. Estaba tan empeñada en que yo pareciera su hermana que en mente yo ya no era su hija, sino su hermana. No pensaba hacer las cosas que hacía una madre, siempre que pudiera evitarlo. En ese momento la desprecié, la desprecié por todo: por el dolor y el sufrimiento que nos había causado a papá y a mí con el divorcio, por su egoísmo y todas sus mentiras a lo largo de los años. Estaba tan enfadada que tardé muchísimo en conciliar el sueño.

Cuando abrí los ojos, vi a Tony de pie junto a mi cama, mirándome sonriente. Parecía llevar allí un buen rato. Yo había tenido un sueño muy agitado esa noche y estaba destapada hasta la cintura, con el camisón subido, y casi le enseñaba los pechos.

—Buenos días —me dijo—. No quería asustarte, pero como no te habías levantado y esta mañana tenemos tantas cosas que hacer... Debemos marcharnos dentro de una hora, ¿de acuerdo?

Asentí, subiéndome rápidamente la sábana hasta la barbilla.

—Le pediré a Miles que suba a recoger tu equipaje dentro de unos veinte minutos. Y luego nos reunimos a desayunar —añadió antes de salir.

Me levanté en seguida, me duché y me vestí. Cuando me dirigía al comedor, advertí que las habitaciones de mamá seguían cerradas a cal y canto. No me molesté en entrar a despedirme.

!! [HYPERLINK \l "INDICE" ¶](#) ⊥

capítulo xi.

Winterhaven

Hacía una mañana clarísima cuando nos dispusimos a salir hacia Boston y mi nuevo colegio, pero el cielo azul era una trampa, porque al salir de la casa, hacía tanto frío que era como meterse en una cámara frigorífica. El resplandor del sol sobre la nieve me hizo entrecerrar los ojos. Tony se rió de mi mueca y me tendió sus gafas de sol.

—Toma. Póntelas. Tengo otro par en el coche —me dijo.

—Son unas gafas de hombre...

—No. Me las he comprado en Europa. Son unisex y muy caras, además. Tu madre se compró dos pares, aunque no sé cuándo piensa usarlas. No ha

salido de casa desde que volvimos –murmuró.

Me cedió el paso para entrar en el automóvil. Sobre el asiento había un portafolios y el Wall Street Journal.

—En general leo y adelanto un poco de trabajo por el camino —me explicó—, pero hoy lo dejaré para más tarde, puesto que tengo tan buena compañía. Yo desvié rápidamente la mirada. Sabía que intentaba ser simpático porque se había dado cuenta de mi disgusto ante la negativa de mamá a acompañarme. Pero yo no estaba de humor. Me sentía atrapada, obligada a ir adonde no quería y a hacer cosas que no quería hacer, y todo por complacer a mamá. Parecía que siempre se salía con la suya, y sin el menor esfuerzo ni la menor dificultad. Estaba durmiendo tranquilamente en su cama.

—Te gustará Winterhaven, ya verás —me dijo mientras iniciábamos la marcha—. El edificio central era una antigua iglesia y todavía sigue en pie su campanario. Toca las horas y al atardecer, una melodía. Cada pabellón tiene su nombre y forman un semicírculo. Están todos comunicados entre sí por un corredor subterráneo. Las alumnas los usan cuando ha nevado mucho. Tú te alojarás en el edificio principal, «Beecham Hall», que es donde están los dormitorios y los comedores, y donde se realizan las asambleas.

—Pero si es un colegio de niñas... ¿Cómo sabes tantas cosas, Tony? —le pregunté ásperamente.

No quería descargar mi mal humor con él, pero no pude remediarlo. Él sonrió y se quedó mirando un rato por la ventanilla. Me figuré que no iba a explicármelo, pero entonces se volvió hacia mí, con los ojos velados.

—Conocí a una chica que estudiaba allí —me respondió dulcemente.

—¿Ah, sí? ¿Era novia tuya? —le pregunté con petulancia.

Él ignoró, o no advirtió, mi tono ofensivo y sarcástico. Asintió con la cabeza, ensanchando su sonrisa.

—Sí. Era una chica muy guapa y muy dulce..., casi angelical. Nunca era desgraciada, pero tenía tanta compasión y había tanto amor en ella que se echaba a llorar cuando se enteraba de que un ratón había caído en una ratonera.

Mientras la iba recordando, su mirada se fue haciendo soñadora.

—Tenía la voz muy dulce y una cara perfecta. Era infantil, inocente y muy gentil. En cuanto la veía, por más deprimido o triste que estuviera yo, en pocos minutos me sentía de nuevo vivo y feliz.

—¿Y qué ha sido de ella? —Me preguntaba por qué no se habría casado con una persona tan maravillosa.

—Murió en un accidente de automóvil en Europa, durante unas vacaciones con sus padres..., en una de esas traidoras carreterillas de montaña. En realidad, yo la conocí durante poco tiempo, pero en cualquier caso... Ella

estudiaba en Winterhaven, y yo iba a verla allí, así que lo conozco bastante bien.

»De hecho, Jillian me la recordaba muchísimo. También tenía esa cara tan perfecta y dulce que buscan los artistas. Tú también la tienes, Leigh — añadió volviéndose hacia mí.

—¿Yo? No, yo no me parezco tanto a mamá. Tengo los ojos más juntos y la nariz más larga.

—Tonterías —insistió él—. Eres demasiado modesta. Deberías prestarle un poco de modestia a tu madre —dijo con una amargura sorprendente—. Me está volviendo loco, ¿sabes? Pero —rectificó en seguida— es problema mío. Hoy tenemos que resolver tu felicidad y tu bienestar.

Y se recostó a disfrutar del paisaje.

¿Era de veras demasiado modesta? ¿Me estaba volviendo realmente guapa, o sólo me lo decía para animarme? Aparte de papá, ningún hombre me había hecho unos halagos tan generosos. ¿Sería porque todavía soy demasiado joven o porque sólo dicen esas cosas los papas y los padrastros...?

Ciertamente, el pelo se me estaba volviendo tan espeso y suave como el de mamá, y teníamos los ojos del mismo color. ¿Sería un error por mi parte pensar que iba a ser tan guapa como ella, o incluso más?

—Mira —exclamó Tony, señalando el colegio—. ¿Lo ves?

Winterhaven tenía, efectivamente, un aire elegante y muy especial. Se alzaba en el centro de un pequeño campus, entre árboles deshojados y unos arbustos de hoja perenne que alegraban la desolación invernal. El edificio principal era de tablillas blancas y resplandecía en el sol de la mañana. Yo esperaba que fuera de piedra, o de ladrillo.

En cuanto llegamos se acercó un empleado a recogerme el equipaje, que cargó en un carrito. Tony señaló hacia las oficinas de administración.

Advirtió mi nerviosismo: era un colegio nuevo, con profesores nuevos y tendría que entablar nuevas amistades. Era irremediable que estuviera angustiada. A mi edad y en mis circunstancias, una adolescente necesita tener el apoyo de su madre, pero la mía seguía probablemente en la cama, con la cara untada de cremas, pensé desdeñosamente.

—No pongas esa cara de miedo. Te encontrarás muy bien aquí. He visto tus calificaciones escolares, y en cuanto a las compañeras, todas las chicas se pelearán por hacerse amigas tuyas. Menos las que se mueran de envidia por no ser tan guapas como la nueva alumna —me animó Tony.

Su sonrisa me dio fuerzas para subir las escaleras. Me sorprendió mucho el interior. Esperaba encontrar una especie de vestíbulo elegante, pero aquél era muy austero. Estaba muy limpio, con el suelo de parqué muy encerado. Las paredes eran blancas y la carpintería de color oscuro y muy elaborada. Había helechos y otras plantas de interior diseminadas aquí y allá sobre las

mesas y unas sillas muy pesadas de alto respaldo que contrastaban con la blancura de las paredes desnudas. Desde el vestíbulo vi la sala de visitas, que era un poco más acogedora, con una chimenea y unos sofás de chintz y unas sillas, cuidadosamente dispuestos.

Tony me condujo al despacho de la directora, la señorita Mallory, una mujer robusta y afable, que nos acogió a ambos con una abierta y cálida sonrisa. —Bienvenida a Winterhaven, señorita Van Voreen —me dijo—. Es un honor y un privilegio recibir en nuestro colegio a la hija del propietario de una de las compañías navieras más importantes del país.

Sonrió a Tony. Estimé que tendría veintitantos años, tal vez pocos para ese puesto, aunque su voz aguda y sus gruesas gafas la hacían parecer mucho mayor. Llevaba el pelo castaño recogido en un moño y no iba maquillada, ni siquiera los labios. Parecía un poco insegura, pero por la forma en que mamá me había descrito la influencia de Tony en el colegio, me imaginé que se debía a que él podía intervenir en su carrera. El colegio era caro, pero en realidad existía gracias a la contribución de personajes acaudalados como Tony.

—Sé que el señor Tatterton es un hombre muy ocupado, así que vamos a darnos prisa. Supongo que querrá ver su alojamiento —dijo volviendo a sonreír a Tony—. Les enseñaré yo misma los dormitorios y luego usted y yo podremos irnos conociendo mejor mientras le explico el programa de estudios. Se lo he preparado personalmente —añadió enarcando las cejas para impresionar a Tony. Él no se inmutó.

»Por aquí —señaló la señorita Mallory—. Le he dicho a su compañera de cuarto, la señorita Jennifer Longstone, que se quede en la habitación en vez de asistir a sus clases esta mañana, para que se vayan conociendo. —Luego se volvió hacia Tony—. Por supuesto, no lo hago con todo el mundo. —Y volviéndose de nuevo hacia mí—: Y por descontado, si se le plantea el menor problema con Jennifer, el que sea, no vacile en acudir a mí y la cambiaré de dormitorio.

Dedicó otra sonrisa a Tony y nos guió a lo largo del corredor que comunicaba las oficinas de administración con los dormitorios.

El pasillo estaba lleno de tabloncillos de anuncios. Aunque en su mayor parte estaban ocupados por anuncios de asociaciones y notificaciones de exámenes y demás, había bastantes carteles con las reglas internas: estaba prohibido guardar comida en los dormitorios y toda clase de alcohol, incluidos la cerveza y el vino. El horario de estudio era de siete a ocho y después de las ocho, las alumnas podían ir a la sala de recreo a ver la televisión o jugar a las cartas hasta la hora de retreta, pero estaba absolutamente prohibido apostar dinero. No estaba permitido tener aparatos de televisión en los dormitorios, ni poner música a todo volumen. Y

por supuesto, el tabaco era tabú en todas partes.

Advertí que cada prohibición podía acarrear castigos y desmerecimiento. La señorita Mallory se dio cuenta de que yo iba leyendo los avisos a medida que avanzábamos.

—Sí, ya ve que tenemos unas normas muy estrictas en Winterhaven —me dijo—. Estamos orgullosos de nuestras alumnas, orgullosos de su conducta y su comportamiento ejemplar. De vez en cuando surge algún problema, pero lo resolvemos en seguida. Si alguien demuestra ser incorregible, el sistema de demérito acaba con su expulsión del colegio.

»Por razones obvias —continuó—, se espera puntualidad en la asistencia a clase, para la entrega de los trabajos y con la hora de las comidas. Se le ha asignado una mesa y no está permitido sentarse en otra, a menos que sea invitada expresamente por otra alumna. Por supuesto, puede usted invitar a su vez a quien desee. Cada alumna debe servir la comida una semana por semestre, por turnos. La mayor parte de las alumnas no lo encuentra desagradable.

»Pero —terminó, deteniéndose ante una puerta—, estoy segura de que una chica de su educación no tendrá la menor dificultad con todo ello.

Tras otra sonrisa a Tony, abrió la puerta.

Me sorprendió la sencillez del dormitorio, pues me imaginaba que las niñas ricas y de buena familia vivirían entre algodones. Además, el cuarto era mucho más pequeño de lo que esperaba. Tenía el suelo de madera barnizada, con unas alfombrillas de pie de cama, unas camas muy sencillas con la cabecera de abeto claro. En el centro, entre las dos camas, había dos comoditas gemelas. A los lados, dos mesas con su lámpara y unas estanterías de pino. Las paredes eran blancas, igual que en el vestíbulo, con las molduras oscuras. Junto a las cabeceras de las camas estaban las ventanas, con unos estores amarillos y visillos blancos.

Jennifer Longstone estaba sentada ante su mesa, en el lado derecho. Se levantó inmediatamente y me sonrió, era unos diez centímetros más bajita que yo y tenía la cara redonda, con los ojos grandes y oscuros y un cabello que me pareció precioso, negro como el azabache.

Me gustó su sonrisa y su modo de arrugar su nariz respingona. Llevaba una blusa blanca y una falda azul, zapatos con trabilla y calcetines blancos.

—Jennifer —dijo la señorita Mallory—, te presento a Leigh van Voreen y a su padrastro, Anthony Tatterton.

—Encantada de conocerles —dijo Jennifer, tendiendo la mano primero a Tony y luego a mí, bajo la vigilante mirada de la señorita Mallory.

—Jennifer está en el mismo curso que usted —continuó la señorita Mallory—. He pensado que sería lo mejor. Jennifer le enseñará todo cuando se haya instalado y luego puede usted acudir a mi despacho para hablar del horario.

Jennifer, después se va a su clase.

—Sí, señorita Mallory —respondió Jennifer, con un brillo en los ojos cuando me miró. Me cayó estupendamente desde el principio.

—Señor Tatterton —dijo la señorita Mallory—, espero que resulte todo de su agrado.

—Bueno, a quien tiene que gustarle es a Leigh —dijo Tony, mirándome con su característica sonrisa.

—Me parece todo muy bien —contesté.

—Estupendo, pues —repuso la señorita Mallory—. Las dejo para que se vayan conociendo. Cuando acaben la visita, Leigh, pase inmediatamente por mi despacho.

—Sí, señorita.

—Hasta el viernes —me dijo Tony—. Si necesitas algo, llámame, porque vendré a Boston todos los días.

—Gracias, Tony, y dale muchos besos a Troy de mi parte.

—De acuerdo.

Me dio un rápido beso en la frente y salió detrás de la señorita Mallory.

Jennifer no se movió ni pronunció una palabra hasta que cerraron la puerta. Entonces explotó con una energía arrolladora y divertidísima.

—¡Hola! Me encanta tener compañera de cuarto. ¿Te llamas Leigh? Yo soy de Hyannis Port. ¿Has estado alguna vez allí? Oh, supongo que sí, claro. O por lo menos habrás pasado alguna vez. ¿Quieres que te ayude a deshacer las maletas? Éstos son tu armario y tu cómoda, pero si no tienes sitio suficiente, puedes usar mi armario. Me sobra espacio. ¿Éste era tu padrastro? Es guapísimo. ¿Qué edad tienes? —Se calló a tomar aliento y yo me eché a reír—. Oh, estoy hablando demasiado. Lo siento. Probablemente tendrás miles de cosas que preguntarme. Venga, empieza —me dijo cruzándose de brazos y sentándose.

—¿Cuánto tiempo llevas en Winterhaven?

—Toda mi vida. No, es una broma, tres años. Imparten primer y segundo ciclo, ya sabes. Estoy condenada a pasar aquí toda la vida... ¿Dónde estudiabas tú antes?

—En un instituto de Boston.

—¡Un instituto! Qué suerte... Con chicos en las clases, chicos por los pasillos y chicos en la cafetería. Aquí sólo les vemos cuando la sacerdotisa mayor nos concede un baile.

—¿La sacerdotisa mayor?

—La señorita Mallory. Sólo tiene veintisiete años, sabes, pero Ellen Stevens me ha dicho que la señorita Mallory ha hecho una especie de voto, como las monjas, para dedicarse exclusivamente a la educación. No se casará nunca. Vive aquí y no sale nunca con hombres...

—¿Quién es Ellen Stevens?

—Oh, ya conocerás a todo el mundo durante el almuerzo. Tenemos la mejor mesa del comedor de primer ciclo. Con Ellen, y Marie Johnson, la hija del fabricante de accesorios de automóvil, y Betsy Edwards, la hija del director de la Ópera de Boston, y Carla Reeve, la hija de...

—¿Es que os conocéis todas por lo que hacen vuestros padres? —la interrumpí.

Toda su animación se deshinchó como una vela sin viento.

—Oh, lo siento... Pensé que te gustaría saberlo. Por lo menos, casi todas las chicas que vienen quieren saber esas cosas.

—Pues yo no —le dije ásperamente.

Su expresión se entristeció, y entonces le pregunté:

—Bueno, ¿y tu padre a qué se dedica?

—Era abogado, uno de los mejores de Nueva Inglaterra —dijo muy orgullosa. Su sonrisa se quebró—. Pero murió el año pasado.

—Oh, cuánto lo siento...

—Supongo que por eso presumo de los padres de las demás. —Bajó la vista pero volvió a alzarla con renovado entusiasmo—. ¿Y tú, por qué tienes padrastro y además tan joven?

Pensé que se figuraría que yo también había perdido a mi padre y teníamos las dos otra cosa en común además de la edad y la extracción social.

—Mis padres se han divorciado —le solté de buenas a primeras, sin intención de ocultar nada. Al final, todo el mundo se enteraría, de una manera o de otra.

Ella abrió mucho los ojos.

—Oh, qué lástima... ¿Y tienes posibilidad de ver a tu padre?

—No muchas. Su trabajo en la dirección de una naviera le tiene atadísimo. Pero va a venir a verme aquí esta semana —añadí, sin disimular mi alegría—. Me llevará a cenar.

—Estupendo —me dijo—. Mi padre también lo hacía —añadió melancólicamente.

—Bueno, esta semana no, porque será la primera vez que le vea en mucho tiempo, pero la próxima, podemos llevarte con nosotros, si te apetece.

—¡En serio! Me encantaría. Y no diré ninguna tontería ni nada embarazoso. Me dirás de qué se puede hablar y lo que no debo decir. Y no contaré a las otras chicas tus confidencias. Te lo prometo, te doy mi palabra de honor —dijo levantando solemnemente la mano.

Me eché a reír.

—Muy bien, ya te contaré. Pero primero tenemos que deshacer el equipaje, antes de que la gran sacerdotisa venga a buscarme.

Jennifer canturreó de placer y me abrazó. En pocos minutos barrió todos

los malos presentimientos que yo albergaba en los más oscuros rincones de mi cerebro. Comprendí que aquello era el principio de una gran amistad.

Jennifer me enseñó todo el colegio: la cafetería, la sala de conferencias, los túneles subterráneos y el gimnasio. Luego me mostró el camino más corto para llegar a todas las aulas.

—Todos los profesores son muy estrictos con la puntualidad, así que vigila porque si no... —se pasó un dedo por la base de la garganta—, te caerá una visita a la gran sacerdotisa, con sermón incluido acerca del decoro, el orden y la disciplina. Ajjj...

—¿Tú habrás soportado alguno, supongo...?

—Unos cuantos —confesó—, pero después siempre ha sido amable conmigo..., siempre —añadió. No hubo de darme más explicación: lo entendí—. Bueno, más vale que vayas a verla. Yo tengo clase de Ciencias. Después será la hora del almuerzo y entonces conocerás a todo el mundo.

—Gracias, Jennifer.

Ella se encogió de hombros:

—Me alegro de que hayas venido. Eres mi primera compañera de cuarto.

—¿De veras? Pero si me has dicho que llevas tres años aquí...

—Sí, pero no he hecho amigas —dijo y se fue a su clase.

Era exactamente lo que la abuela Jana llamaría «un soplo de aire fresco». Yo me dirigí a toda prisa al despacho de la señorita Mallory, a recibir mi primera conferencia y los horarios. Ahora que no estaba Tony presente, había cambiado su actitud. Estaba mucho más formal y su expresión había perdido la dulzura. Con mirada calculadora me observó, me calibró, me pesó y se hizo idea de mi carácter, mis debilidades y mi fuerza.

—La campana suena a las siete de la mañana. Tiene usted media hora para vestirse y afeitarse. El desayuno es a las siete y media, así que no sobra demasiado tiempo para peinarse o maquillarse. Debo decirle que aquí no hay favoritismos. Tendrá usted que ganarse el respeto de sus profesores y sus compañeras. Y otra cosa, en Winterhaven no se hace alarde de riqueza. Espero que no lo olvide. Como ya le dije, estoy muy orgullosa de mis chicas, muy orgullosa de este colegio y muy orgullosa de lo que ha llegado a significar.

»Estoy segura de que podremos sacar provecho de usted —añadió finalmente—. Bien, veo que es casi la hora del almuerzo, así que puede usted irse directamente a los comedores. Venga a verme si tiene algún problema, mi puerta está siempre abierta.

—Gracias, señorita Mallory —le dije, y salí.

En cuanto llegué a la cafetería, Jennifer se levantó y me hizo señas. Nuestra

mesa era la última de la derecha, junto a los ventanales, así que teníamos vista sobre la parte delantera del colegio. Yo me dirigí hacia allí. Jennifer me había reservado sitio a su lado.

—Hola —me dijo.

Todas las chicas me observaron igual que yo habría mirado a una alumna nueva en mi antiguo colegio: la ropa, el estilo, el pelo... No obstante, estaba segura de que Jennifer ya las había puesto al corriente de algunas cosas.

—Te voy a presentar —declaró Jennifer—. Leigh, ésta es Ellen Stevens, y éstas Toby Krantz, Wendy Cooper, Carla Reeve, Betsy Edwards y Marie Johnson.

Todas ellas me dijeron «Hola» con una inclinación de cabeza. Marie Johnson parecía la más guapa, y comprendí que era la cabecilla del grupo.

—¿Cómo ha ido la reunión con la sacerdotisa mayor? —me preguntó Jennifer.

—Muy bien —contesté—. Me ha dado el horario.

Se lo enseñé y Jennifer comprobó que compartíamos todas las clases. Algunas de las otras chicas también asistían a las mismas.

—¿No te ha dicho que Winterhaven es muy distinguido y respetable y que nosotras somos ciudadanas modélicas? —me preguntó Marie, pestañeando mucho.

Las otras chicas se rieron con disimulo y yo asentí, riéndome por lo bajo.

—Bueno, lo somos cuando hace falta... —continuó Marie, fingiendo mojigatería— o cuando nos conviene.

»Más vale que vayas a por tu almuerzo —me aconsejó—. No nos dan demasiado tiempo para comer.

Me dirigí a la cola. La comida era mucho mejor que en mi antiguo colegio. Por lo menos en esto se reflejaba lo que cuesta este colegio, pensé.

—Jennifer nos ha dicho cómo se llama tu padrastro —me dijo Ellen Stevens cuando volví a mi asiento—. ¿Tiene algo que ver con los juguetes «Tatterton»?

—Sí, él es «Juguetes Tatterton» —le respondí, sorprendida de mi tono de orgullo.

—Lo sabía —gorjeó Carla Reeve—. Mi madre le conoce. Tenemos tres juguetes suyos de colección.

—¿Ah, sí?

—¿Es tan guapo como pretende Jennifer? —me preguntó Marie entrecerrando los ojos. Parecía mucho más madura que las demás.

—Es muy guapo, si no mi mamá no se hubiera casado con él —repliqué, sin intención de sonar tan repipi.

—¿Tu «mamá»? —repitió Betsy.

Marie le dedicó una áspera mirada, borrando la sonrisa de su cara. Luego se

volvió hacia mí.

—Has tenido suerte —me dijo—. Compartes la mesa con el mejor grupo de chicas del ala del primer ciclo. Tenemos nuestro propio club, somos inseparables. Esta noche voy a dar una fiesta en mi cuarto, después del toque de retreta. Estás invitada.

—¿Y las normas?

—¿Qué más da? No me digas que te has tragado todo lo que te ha dicho la sacerdotisa mayor. A las nueve de la noche está como un tronco y en cuanto a la señora Thorndyke, la responsable de planta, no dejaría de roncar aunque estallara una bomba a la puerta de su cuarto.

Todas se echaron a reír.

—No te preocupes —intervino Jennifer—. Vendrás conmigo.

Me dio el tiempo justo de terminar de comer antes de que sonara el timbre y saliéramos hacia la primera clase. En el fondo, todos los colegios son más o menos iguales, como no tardé en averiguar. Textos que leer, preguntas que copiar de la pizarra... No tuve que hacer grandes esfuerzos para adaptarme al ritmo, como tanto me temía. Los profesores fueron bastante amables al respecto, y me preguntaron qué había hecho en mi antiguo colegio y luego me explicaron detenidamente lo que debería repasar o estudiar. Como los grupos eran bastante reducidos, en clase nos dedicaban una atención más personalizada que en el instituto.

Esa noche, cuando Jennifer y yo fuimos a la cafetería a cenar, había una rosa en la mesa, en mi sitio. Todas las chicas lo estaban comentando cuando llegamos.

—¿Qué es esto? —preguntó Jennifer excitadísima.

—Es para Leigh —dijo Wendy con envidia.

—¿Para mí? —Leí la tarjeta, segura de que ellas se me habrían adelantado. «Mucha suerte, Tony», decía.

—Es de mi padrastro —les expliqué.

—Qué detalle —exclamó Jennifer.

—Qué romántico —dijo Marie, mirándome con ojos brillantes—. ¿Y por qué no lo ha firmado tu madre, también?

Todas las chicas me miraron, atentas a mi respuesta.

—Supongo que se le ocurrió en el último momento, y la encargó desde su despacho de Boston.

Marie sonrió a la concurrencia y todas, menos Jennifer, se rieron.

—¿Qué os pasa?

Nadie dijo una palabra, pero todas miraron a Marie.

—Lo lógico es que hubiera firmado «Papá» —dijo ésta.

—Pues él no es mi papá. Mi padre no ha muerto. Mis padres se han divorciado —anuncié.

Me alegraba de que Jennifer no hubiera cotilleado. Las chicas se me quedaron mirando boquiabiertas, como si yo fuera una aparición horrible salida del cementerio. Todas ellas procedían de familias ricas de la clase alta, que concedían una gran importancia al linaje. Algunas podían demostrar que sus antepasados habían llegado a América en el Mayflower. El divorcio no se toleraba. Cuando Jennifer y yo regresamos con las bandejas de la cena, la conversación de la mesa perdió animación. Por las caras que ponían las chicas comprendí que habían estado hablando de mí. La calurosa acogida de aquella tarde se enfrió. Las chicas empezaron a discutir acerca de las técnicas de maquillaje que preferían. Cuando yo intenté intervenir, ninguna me hizo caso, aparte de Jennifer.

Después de cenar teníamos una hora de estudio. Todas las chicas se levantaron para marcharse. Marie se me acercó:

—He cancelado la fiesta de esta noche —me dijo—. Me había olvidado de que tengo una prueba de Ciencias mañana.

Asentí y la observé reunirse con las demás.

—No ha cancelado la fiesta —le dije a Jennifer—. No quieren saber nada de mí porque mis padres se han divorciado.

—No te preocupes —me susurró Jennifer mientras salíamos tras ellas—, ya se les pasará.

—Me importa un bledo que lo acepten o no —exclamé, pero en el fondo del corazón, me dolía muchísimo.

¿Para qué me había metido mamá en un colegio lleno de gente de sangre azul, que te miraba por encima del hombro y se creía superior? Ninguna de las alumnas, excepto Jennifer, querría invitarme a su casa, pensé. ¿Por qué me castigaban a mí por los pecados de mamá? ¿Es que siempre lo pagaría yo todo? Me estremecí al pensar en lo que harían esas chicas si se enteraran de las irregularidades acerca de mi nacimiento.

Deseaba más que nunca en la vida volver a mi casa de Boston y a mi antiguo colegio, donde mis verdaderas amigas se compadecían de mí en vez de considerarme una leprosa. Justo cuando más necesitaba a mis amigos, era arrojada a que me despedazaran aquellas feroces chicas ricas y consentidas. Me habría gustado salir corriendo. Llegué incluso a planteármelo seriamente. Iría a vivir con papá, aunque estuviera siempre viajando. Cualquier cosa sería mejor que aquello.

Jennifer fue muy simpática, sin embargo, e hizo todo lo posible por animarme. Trabajamos diligentemente con los deberes, aunque perdimos mucho tiempo hablando de modas, música y chicos. Como yo, ella tampoco había salido con ningún chico, pero le gustaba un alumno de Allandale, un colegio masculino con el que organizaban algún baile en Winterhaven.

Cuando dejamos nuestro cuarto para ir a ver la televisión, hacía ya un buen

rato que había concluido la hora de estudio. Pero cuando llegamos a la sala de recreo, no encontramos a ninguna de las chicas de nuestra mesa, lo que Marie había llamado «el club especial».

—Están en su cuarto celebrando su fiesta. Deberías de ir. No quiero fastidiarte, Jennifer —le dije.

—Si no te invitan a ti yo no pienso ir —replicó—. Además, me parece que se han portado fatal. No me lo esperaba, aunque tampoco han sido siempre unas santitas conmigo.

—Odio la hipocresía —declaré, embargada por una oleada de amor propio. Jennifer vio la llamarada de odio de mi expresión.

—Vamos —le dije, saliendo muy decidida de la sala de recreo.

—¿Adónde? —preguntó Jennifer, conteniendo el aliento y siguiéndome.

—Al cuarto de Marie —repliqué sin detenerme.

—Pero..., es tan desagradable... ¿Por qué no las ignoras, sencillamente? Quiero decir...

—Jennifer Longstone, estoy harta de ignorar las cosas que me hacen desgraciada. Si voy a seguir en este colegio, tendrán que aceptarme como soy y ninguna de esas niñas va a hacerme sufrir.

—Por aquí —me guió Jennifer—. En la última habitación del pasillo a la derecha. Seguimos adelante. Agresivamente, decidida a no representar más el papel de víctima humilde e inofensiva, levanté la cabeza bien alta mientras nos acercábamos a la puerta del dormitorio de Marie. Se oía la música de Rock Around the Clock. Lamé a la puerta. Bajaron el tocadiscos y se oyeron unos siseos. Luego Marie abrió la puerta.

—Se me ha ocurrido que podría ayudarte a repasar el examen de Ciencias —le dije entrando en el cuarto lleno del humo de sus cigarrillos.

Cuando crucé la puerta se produjo un silencio mortal. Ellen y Wendy estaban sentadas en el suelo tomando «Coca-Cola» y Carla, Toby y Betsy tumbadas en las camas hojeando revistas de modas. Nadie pronunció palabra durante un larguísimo instante, y luego yo me dirigí a Marie:

—Lamento mucho lo que pensáis todas acerca del divorcio de mis padres, pero es una estupidez que me las cargue yo, o la pobre Jennifer, sólo por compartir el cuarto conmigo. Esperaba que llegaríamos a ser amigas. Estoy segura de que ninguna de vosotras es tan perfecta, ni tiene un pasado sin mácula —empecé con furia.

»En cualquier caso, sólo quería que supierais que no habíais engañado a nadie. Vamos, Jennifer.

—Espera —dijo Marie. Luego miró a las otras chicas—. Tienes razón. No nos hemos portado correctamente.

Yo miré a las demás, que bajaron la mirada.

—Bueno, ya que estás aquí, puedes quedarte —dijo Marie, iniciando una leve

sonrisa.

—Bueno, yo...

—Por favor —insistió ella—. ¿Quieres un cigarrillo?

—No he fumado nunca —le dije, mirándolas.

—Bueno, algún día tenía que ser el primero —me dijo Marie—. De prisa, Jen, cierra la puerta antes de que nos oiga la vieja Thorndyke. Ellen, vuelve a poner el disco —ordenó.

—Bienvenida al club —me dijo Marie—. Bueno, con ese genio, más vale que te tengamos de nuestra parte, ¿verdad, chicas?

Todas se echaron a reír. Yo miré a Jennifer, que también estaba sonriendo. Permanecimos allí hasta cerca de las once, hablando del colegio, de música y de cine. Ninguna se atrevió a hacerme preguntas acerca de mis padres, aunque Betsy Edwards recordó que ella había hecho con su familia un crucero de la compañía Van Voreen. Yo les hablé del viaje a Jamaica. Después nos fuimos sigilosamente a nuestras respectivas habitaciones.

Jennifer y yo nos quedamos charlando en la cama hasta después de las doce. Ella me habló del día en que murió su padre, de lo vacía y sola que se había sentido. A mí me recordó el día en que me enteré de que mis padres se divorciaban. Al final, yo ya no aguantaba con los ojos abiertos.

—Jen, vamos a dormir.

—Sí, yo también estoy muy cansada.

—Buenas noches, Jennifer.

—Buenas noches, Leigh —y se rió.

—¿Qué pasa?

—Ha sido fantástico cuando te has metido en el cuarto de Marie y les has dicho todo aquello. Me habría gustado tener el valor de hacerlo yo. ¿Cómo has aprendido a ser tan valiente?

—No lo soy.

—Oh, sí —dijo Jennifer—. Eres la chica más valiente que he conocido, y me alegro de que seas mi compañera de cuarto. Bienvenida a Winterhaven, Leigh.

—Gracias, Jen. Buenas noches —repetí, cerrando los ojos, exhausta por tanta agitación y de los esfuerzos que costaba ser feliz y valerse en un mundo que podía ser tan malvado y tan frío.

Al día siguiente, la señorita Mallory vino a buscarme a la cafetería a la hora del almuerzo.

—El señor Tatterton ha venido, querida —anunció, con una tirante sonrisa—. Está en mi despacho y desea verla.

—¿Ha pasado algo? —me dio un vuelco el corazón, pensando en el pequeño

Troy.

—Oh, estoy segura de que no —me dijo.

Cuando miré a las demás, estaban intentando reprimir una sonrisa.

—Gracias —le dije, siguiéndola a través del comedor.

—Por favor —dijo la señorita Mallory—, pueden utilizar mi despacho todo el tiempo que necesiten.

Nos dejó solos a Tony y a mí. Él estaba sentado en una de las butacas de cuero de delante de la mesa y parecía muy distinguido con su traje de tres piezas azul marino.

—¿Va todo bien? —me preguntó muy serio.

—Sí —repuse—, muy bien. ¿Cómo está Troy?

—Está mucho mejor. Creo que nos lo podremos llevar a casa dentro de una semana, más o menos.

—Oh, eso es maravilloso, Tony... —desvié un momento la mirada, porque él tenía los ojos clavados fijamente en mí—. ¿Cómo está mamá?

—Igual —me contestó suspirando—. Ahora ha empezado una nueva dieta... Su almuerzo consiste en emparedados de pepino y unas gotas de champaña. Ah, y está aprendiendo a jugar al bridge.

—¿Al bridge?

—Sí. Por lo visto, todas las mujeres dignas de admiración saben jugar al bridge. Ha contratado a un profesor particular para que le dé clases —me dijo, cruzando las piernas y alisándose meticulosamente la raya de los pantalones.

Tenía los dedos largos y fuertes y las uñas brillantes.

—Entonces —prosiguió—, ¿no necesitas nada? Ropa, o material escolar..., dinero... ¿Alguna otra cosa?

—No, no —dije, pero me habría gustado contestarle que sí. Sí, necesito a mi mamá, me gustaría que demostrara algún interés por lo que hago.

—Bueno —dijo levantándose—. Es posible que pueda pasar algún día y llevarte a cenar, antes de regresar a «Farthy». ¿Te apetecería?

—Esta semana no —repuse rápidamente—. Papá va a llamarme para salir a cenar.

—Oh —frunció un poco los labios.

Aunque intentó conservar una expresión tranquila e impenetrable, vi que no estaba acostumbrado a que le rechazaran. A un hombre de su posición y su poder raramente le sucedía.

—Pero la semana próxima tal vez sí —añadí y él recobró el brillo de los ojos.

—Estupendo. En cualquier caso, estaré aquí el viernes a las cinco con la limusina, para recogerte. Que lo pases bien con tu padre.

Me dio un breve beso en la frente antes de abrir la puerta del despacho para irse.

Cuando regresé a la cafetería, encontré al «club especial» al completo asomado a la ventana observando a Tony, que estaba hablando con la señorita Mallory junto a su automóvil. Las chicas estaban boquiabiertas, profiriendo exclamaciones de asombro y admiración y susurrando entre ellas. En cuanto me vieron volvieron a sentarse a la mesa.

—Es guapísimo —dijo Ellen—. Por una vez, Jennifer no había exagerado.

—¿Cuándo piensas invitarnos a «Farthinggale»? —preguntó Marie.

Todas la corearon excitadísimas. Les dije que en cuanto me pareciera oportuno las invitaría a pasar un fin de semana. De repente me convertí en la chica más popular de Winterhaven.

Papá me llamó el miércoles, y el jueves vino a recogerme para llevarme a cenar. En cuanto me avisaron de su llegada, salí corriendo por el pasillo y me abalancé a sus brazos. Él se rió y me dio un beso muy fuerte. Luego retrocedió para mirarme bien.

—Estás creciendo tanto que casi no te reconocía —me dijo—. Me alegro de que estés en un colegio femenino —añadió, paseando la mirada en torno y sonriendo—. Si no, te perseguirían tantos chicos que tendría que quitártelos de encima a palos.

—Oh, papá...

—Vámonos —dijo, tendiéndome el brazo—, quiero que me cuentes todas las novedades del colegio, las amigas y todo lo que has hecho desde que hablamos por última vez.

Me condujo hasta un taxi que tenía esperándole y fuimos a un restaurante muy elegante. Mientras yo le iba contando todas las cosas, él me escuchaba atentamente, con los ojos fijos en mí como para conservar mi imagen, recordar mi cara. Yo hablé por los codos, entusiasmada de tenerle allí en carne y hueso. Su expresión no cambió hasta que mencioné la luna de miel. Entonces entrecerró los ojos y apretó los labios. Luego desvió la mirada y se quedó un momento pensativo.

De repente me alarmé porque intuí que tenía que revelarme algo desagradable. Me mordí el labio inferior, esperando sus noticias. Durante los últimos meses había padecido tantas cosas tristes que ya era una experta en predecir su aparición. Finalmente papá se volvió a mirarme, con una débil sonrisa.

—Sé que eres desdichada, Leigh. Tu madre te ha arrebatado muchas de las cosas que amabas y te ha metido en un universo nuevo y extraño, lleno de personas frías e inhumanas que sólo se preocupan de su propia comodidad y sus propios intereses. Yo trato todos los días con gente rica e influyente, así que sé lo insensible y egoísta que llega a ser. Su fortuna les ciega y les protege y les mantiene al margen de la realidad, permitiéndoles vivir de ilusiones.

»Lamento que te haya ocurrido todo esto cuando todavía eres joven e impresionable, y justo cuando yo tenía que luchar más por mantener a flote mis negocios. No creas que no me ha dolido estar lejos de ti cuando más me necesitabas.

»Mi único consuelo es que tú eres inteligente y fuerte, que tienes buena madera, porque los Van Voreen han sido gentes duras, capaces de superar pruebas tremendas para edificar sus vidas. Las dificultades no nos son ajenas y no nos han dado buen resultado los melindres. Por lo menos, tú lo has heredado.

Oh, cómo me debatía..., por un lado deseaba decirle la verdad, lo que había oído revelar a la abuela Jana y que mamá había admitido; por otro, me moría por no hacerle sufrir más de lo que ya había sufrido. Y también me aterrorizaban las consecuencias de tal revelación en su afecto hacia mí. ¿Qué pasaría si papá dejaba de considerarme hija suya? ¿Dejaría de quererme? En tal caso, yo no sobreviviría, sería el último golpe, el más duro, de todos los que había padecido en los últimos meses. Yo sólo podía sonreírle, asentir y cogerle de la mano por encima del mantel, tranquilizándole, asegurándole que siempre sería su hija, una auténtica Van Voreen.

—En fin —dijo, atacando las malas noticias—, he de decirte que no voy a poder verte durante algún tiempo. Voy a abrir unas oficinas en Europa para captar el mercado europeo, que está en auge, y no sólo en lo relativo a los viajes a América, sino también a los lugares turísticos cuyas rutas he estado promocionando con mis expertos... Es un error, sabes, pensar que sólo los americanos tienen dinero y oportunidades de gastarlo en vacaciones de lujo...

—¿Qué quieres decir con eso de que no vas a poder verme durante un tiempo, papá? ¿Cuánto tiempo?

—Pues..., no volveré antes del verano, como mínimo —confesó—. Pero en cuanto vuelva, pasaremos juntos todo el tiempo que quieras. Te lo prometo. Se me hizo un nudo en la garganta. Las lágrimas que me abrasaban entre los párpados pugnaban por correr libremente por mis mejillas. ¿Cómo podría resistir yo si papá, mi asidero, se iba durante tanto tiempo? Con mamá cada vez más centrada en sí misma, con sus mentiras, ¿a quién pedir consejo o afecto, en qué brazos apoyarme en busca de cariño y consuelo? Me empeñé en demostrar la fuerza que él exigía a una digna descendiente de los Van Voreen.

—Te escribiré, claro —añadió—, y espero que tú también me escribas.

—Lo haré, papá.

—Y en cuanto sepa la fecha de mi regreso, lo arreglaré todo para que podamos reunirnos —terminó dándome palmaditas en la mano.

Papá me pasó un brazo por los hombros en el taxi que nos llevó de regreso a Winterhaven. Me contó anécdotas de sus viajes, me habló de lo que había visto y de la gente que había conocido, pero yo no oía sus palabras, sólo escuchaba las inflexiones de su voz.

Entretanto, pensaba en el padre que yo había conocido de niña, el padre que me levantaba por los aires, que me llevaba a caballito por un puente sobre el Támesis cuando visitamos Londres, el padre que bailaba conmigo en el salón de su barco, el padre que me llevaba de la mano a visitar los transatlánticos de lujo, me presentaba a la tripulación, me enseñaba cómo funcionaban las cosas, me besaba y me abrazaba y me despeinaba cuando yo me sentaba en su regazo.

Ese papá ya no existía, pensé. Se había ido casi como el padre de Jennifer Longstone. No éramos tan distintas ella y yo, y cuando nos contábamos cosas acerca de nuestra niñez, tumbadas en la cama, en el colegio, pensábamos las dos en una época que ya no volvería, en unos momentos que no se repetirían, en unas palabras que no volveríamos a escuchar, en unos besos y unas sonrisas que se habían disipado en humo, guardados en nuestra memoria y perdidos para siempre en el laberinto de nubarrones que ensombrecían el cielo azul de nuestra felicidad pasada.

Al llegar frente al colegio, papá me dio un beso. Se despidió con otro beso, me abrazó y me repitió que me escribiría y pensaría en mí todo el tiempo. Pero yo sabía que cuando se metiera en el taxi y éste arrancara, su mente regresaría a sus problemas y sus negocios. No se lo reproché; sabía que se estaba enterrando adrede en su trabajo para olvidar sus desdichas.

Jennifer me estaba esperando despierta. Quería que le contara todos los detalles maravillosos de la cena con papá. Yo sabía que ella deseaba experimentar esa felicidad a través de la mía, tal vez para recordar los buenos momentos que había vivido con su padre. Así que no le expliqué nada triste. Le hablé del restaurante y de la comida, y de las promesas que me había hecho papá. Le dije que el camarero tenía un curioso acento alemán, tan cerrado que se lo pedí todo mal, pero luego me comí lo que me sirvió. Y de todos modos, estaba delicioso, y no me importó porque estaba con papá. Y Jennifer se reía.

—Gracias por contármelo, Leigh —me dijo—. Buenas noches.

—Buenas noches.

Jennifer se hizo un ovillo saboreando mis recuerdos felices y yo me volví de espaldas para llorar muy bajito, hasta que el sueño me rescató de mis pesares.

!! HYPERLINK \l "INDICE" ¶ †

capítulo xii.

Nuevas sorpresas

Las chicas del club sabían que Tony vendría a recogerme el viernes, así que esa tarde me acompañaron todas ellas al porche de Winterhaven, arremolinándose en torno a mí como gallinas cluecas. Yo estaba tan turbada por lo que pudieran decir o pensar que bajé los escalones antes aun de que Tony abriera la portezuela de su limusina y se apeara.

—¡Hasta el domingo, Leigh! —se oyó un coro de voces. Luego, con un eco de risitas, se desparramaron por el porche y entraron en «Beecham Hall».

—Bueno —me miró Tony, sonriente, mientras salíamos del recinto—, se diría que yo tenía razón; has hecho un montón de amigas en seguida. ¿Qué tal ha transcurrido el resto de la semana?

—Muy bien, y Jennifer, mi compañera de cuarto, es simpatiquísima. Me gustaría invitarla a «Farthinggale» y también a las otras chicas del grupo.

—Cuando quieras —respondió—, siempre que tu madre esté de acuerdo —añadió amenazadoramente.

Le pregunté por Troy.

—Está cada día más fuerte. El doctor ha dicho que nos lo podremos llevar a casa el miércoles o el jueves, así que estará en «Farthy» el próximo fin de semana —me dijo.

Yo estaba deseando verle, pero también estaba deseando pasar un fin de semana en el colegio. El club salía al cine y de compras y algunos fines de semana organizaban bailes mixtos en Winterhaven con chicos de otros colegios, como Allandale.

Cuando llegamos a «Farthy» y entré en la casa, me impresionó de inmediato su silencio, sobre todo por la ausencia del pequeño Troy entrando y saliendo, subiendo y bajando las escaleras, o llamándome a mí o a Tony. Apenas se oían pasos por las habitaciones; aquello era un gran contraste con el mundo que acababa de abandonar: un colegio lleno de chicas adolescentes que reían y cantaban, la música en los dormitorios, las conversaciones por los pasillos, los timbres de las clases, el ruido de los platos, las voces por todas partes..., un mundo de energía, juventud y vida ruidosa. Una vez más, «Farthy» parecía un mausoleo, una casa de susurros.

—Tu madre está en su habitación, probablemente —me dijo Tony consultando el reloj—. Estoy seguro de que acaba de llegar de su partida de bridge.

Subí corriendo las escaleras para ver a mamá. Me embargaban sentimientos contradictorios: las ganas de verla tras una semana de separación, las ganas de contarle cosas acerca de mis amigas y de todo lo que había hecho, pero también enojo y disgusto porque no había telefoneado ni una sola vez para preguntarme cómo estaba, y también contrariedad porque no había ido a acompañarme el primer día con Tony. Tony tenía razón: acababa de volver de jugar al bridge y estaba a punto de

ducharse y arreglarse para la cena.

—Oh, Leigh... —exclamó cuando entré en su cuarto. Parecía sorprendida—. Había olvidado que es viernes y que hoy venías a casa... ¿Qué gracia, no? Es que he tenido una semana tremenda.

Se quedó allí medio desnuda, con el pelo suelto. Luego me sonrió y me abrió los brazos, como esperando que yo me abalanzara a abrazarla. Se produjo una pausa embarazosa y después los dejó caer.

—Pero déjame que te vea —me dijo—. Pareces mucho mayor..., ¿o es una mirada de reproche? ¿Estás enfadada conmigo por algo?

—Mamá, ¿cómo has sido capaz de no llamarme en toda la semana? Yo te llamé y le dejé recado a Curtis. Me dijo que habías ido de compras con unas amigas..., ¡a Boston! Podías haber pasado por el colegio —me lamenté.

—Oh, Leigh, no me pareció oportuno..., llevar a todas aquellas señoras tan sofisticadas a visitar a mi hija, que sólo llevaba unos días allí. Habrían pensado que te tenía demasiado mimada. Además, no sabes lo que es ir por ahí con ellas. No paran de charlar, y casi no nos queda tiempo para hacer nada. Yo me paso el tiempo diciéndoles: «Pero bueno, chicas, vámonos ya, porque no nos va a dar tiempo para esto o lo otro.» Me adoran, sabes... Dicen que soy la mujer mas desenfadada y brillante que han conocido en siglos.

»No debes de enfadarte conmigo —insistió—. Y además, me he acordado mucho de ti. Le pedí a Tony que pasara a verte algún día, y ha ido, ¿no?

—Sí, pero no es lo mismo, mamá —protesté.

—Oh, vaya. Te estás volviendo tan anticuada como tu padre. Por lo visto, has heredado los genes puritanos de los Van Voreen —declaró.

Yo estaba tan furiosa que por poco le digo que estaba al corriente de todo y que dejara de engañarme.

—Además, Tony quería ir. Te has vuelto muy importante para él, Leigh, y a mí me parece fantástico. No puedes ni imaginarte cuánto me ha facilitado las cosas. Por favor, no te enfades —me engatusó, volviendo a abrirme los brazos.

Yo quería resistirme. Quería decirle muchas cosas, hasta que comprendiera lo cruel que había sido conmigo. Pero enarbolaba la misma sonrisa que tanto me gustaba cuando era pequeña, la sonrisa que me dedicaba cuando me cepillaba el pelo y me contaba las cosas maravillosas que me reservaba el futuro, los lugares que visitaría, los príncipes que conocería, el mundo mágico y romántico que me esperaba. Había poblado mi niñez de sueños y fantasías, convirtiendo la realidad en un mundo de azúcar y colorines.

La abracé y la dejé abrazarme. Me cubrió las mejillas de besos, me acarició el pelo, y una parte de mí se reprochaba que aquello me hiciera feliz, pero así era. Luego me sentó a su lado sobre su cama y me habló de sus nuevas

amistades, todas riquísimas, de excelente familia y pura sangre azul.

—¿Por qué tienes esa cara de pena? —me preguntó de pronto—. ¿Es por culpa de la cena con tu padre? —endureció su mirada con suspicacia—. Tony me dijo que ibais a salir a cenar.

—No, mamá... Bueno, sí, pero sólo en parte —le confesé.

Después le conté sus planes de abrir una sucursal en Europa, lo cual significaba que le vería muy poco.

—No me sorprende, Leigh —exclamó—. Y no creas que no lo habría hecho de no habernos divorciado. Oh, cuando pienso en el tiempo valiosísimo que he desperdiciado, toda mi juventud...

Se le encendió la cara de frustración y rabia durante un instante, pero luego se vio reflejada en el espejo.

—¡Oh, no debo fruncir el ceño! —gritó con desesperación.

Yo di un respingo.

—Uno de los mejores expertos en belleza, sabes, dice que se propicia la aparición de arrugas cuando se frunce el entrecejo. —Parecía frenética—. Lo he leído en un artículo suyo. Las personas de carácter apacible y de buen conformar conservan mejor el cutis que las personas inquietas y nerviosas. El truco consiste en tener a raya las rabietas y pensar en cosas agradables. Los comparaba con echar tierra al fuego... El fuego arde, consume tu juventud y tu belleza si se lo permites, así que hay que echarle tierra, sofocarlo y extinguirlo cuanto antes.

Y sonrió como para demostrármelo.

—Ahora tengo que darme una ducha y un masaje facial antes de cenar. Luego tú y yo nos sentaremos a charlar de Winterhaven, ¿de acuerdo? A mí me daba vueltas la cabeza de todo lo que me había dicho en pocos minutos.

—Pero primero quiero preguntarte una cosa, mamá. Ya se lo he pedido a Tony, pero me ha dicho que debes decidirlo tú.

—¿Qué es? —esbozó una mueca, como preparándose para una pregunta horrible o una exigencia desmedida.

—He hecho amistad con algunas chicas de Winterhaven, en especial con mi compañera de cuarto, Jennifer Longstone, y me gustaría invitarlas a pasar algún fin de semana en «Farthy».

—¡Los fines de semana! Oh, Leigh, por favor, de momento no... Te pasarías los fines de semana paseando niñas por toda la propiedad y atendiéndolas. No, necesito que te encargues de Tony. Quiere enseñarte a montar a caballo y a esquiar. Me lo ha dicho él mismo, y espera hacerlo durante los fines de semana.

»Prometiste que me ayudarías, eh, Leigh —me recordó mi madre con la cara crispada de ansiedad—. Estoy segura de que Tony te respondió así por

cortesía cuando se lo preguntaste. Seguro que prefiere tenerte para él solo, por lo menos de momento. Y además, cuando invites a tus amigas, ha de ser de una en una.

—Pero, mamá, si hay mucho sitio... ¡Pueden venir varias a la vez! —exclamé.

—Ya veremos. Estoy convencida de que serán muy educadas y correctas si van a Winterhaven —añadió, dirigiéndose al cuarto de baño—. Pero, por favor, Leigh, ya está bien. Estoy absolutamente agotada —concluyó soltando una carcajada.

Así pues, mi primer fin de semana en casa empezó como casi todos los demás. Las cenas de los viernes solían ser bastante formales, y a menos que Tony y mamá salieran a cenar fuera, tenían convidados en casa. Ninguna de las parejas que venía traía a sus hijos, así que, aparte de Troy, cuando estuvo lo bastante repuesto para sentarse a la mesa con nosotros, yo viví permanentemente rodeada de adultos, que hablaban de cosas que me interesaban bastante poco.

A veces Tony ponía una película en la sala de proyección. Un amigo de un amigo le conseguía las más populares. Otras veces venía a tocar un pianista en la sala de música. En tales ocasiones, mamá y Tony invitaban a cenar y al concierto a media docena de amigos o más. Según mamá, aquello no sólo era elegante, sino también una manera de contribuir al arte y sostener a los artistas, que necesitaban ayuda económica para continuar su labor creativa.

Durante los meses de invierno, Tony y yo íbamos todos los sábados a una pequeña estación de esquí no muy alejada de allí. Contratamos a un monitor particular de esquí para que me enseñara los fundamentos de ese deporte, y yo no tardé en poder seguir a Tony por las pistas intermedias. Tony era un magnífico esquiador que disfrutaba en las bajadas más duras. Y almorzábamos en un refugio, sentados junto a la lumbre.

Mamá nunca nos acompañaba. Mientras estábamos fuera, se iba a jugar al bridge u organizaba alguna partida en «Farthy». Y si no jugaba a las cartas, salía de compras o al teatro.

Troy, todavía convaleciente de su terrible neumonía, permanecía en casa la mayor parte del tiempo. Por insistencia de mamá, Tony contrató a una enfermera a tiempo completo para cuidarle, aunque ya estaba curado. A finales de marzo, cuando el niño contrajo la varicela, y a continuación el sarampión, mamá no paró de recordarnos a Tony y a mí su agudeza al insistir en que Troy tuviera atención médica permanente.

Tantas enfermedades dejaron al pobre muy desmejorado, delgado y débil. Me miraba con los ojazos tristes y hundidos desde su carita pálida todos los domingos, cuando yo debía regresar a Winterhaven, porque sabía que le esperaban cinco días de confinamiento solitario y pocas diversiones. Mamá

le trataba como a un germen con patas, le evitaba todo lo posible y, según pude descubrir un fin de semana, le hacía comer a otra hora para no sentarlo a su mesa.

En primavera le afectaron unas alergias y hubo que llevarlo a consultar a un dermatólogo y a un especialista en alergias en una sola semana. Primero decretaron que era alérgico al polen y luego dijeron que se trataba de las fibras de su ropa, así que Tony mandó que lo cambiaran todo: las alfombras, las cortinas, las sábanas y las mantas, pero aquello no resolvió el problema. El pobre seguía moqueando y tosiendo hasta en los días más secos y cálidos. Cabía la esperanza de que se le pasara con el tiempo, pero mientras tanto, le tenían encerrado y le administraban grandes dosis de medicinas, que le quitaban el apetito y le tenían extenuado. Dormía mucho, no crecía ni engordaba y parecía cansado y triste la mayor parte del tiempo.

Naturalmente, se retrajo mucho y se pasaba casi todo el día jugando con los juguetes que le compraba Tony e inventándose otros. Algunas de sus creaciones eran excelentes y Tony mandó copiar un juguete suyo para la colección infantil.

Durante los meses de primavera, Tony y yo empezamos las clases de equitación. Él decidió enseñarme personalmente. Iríamos a pasear por la playa y las dunas. Troy anhelaba desesperadamente acompañarnos con Mocosó, su pony, pero los médicos le prohibieron terminantemente cualquier contacto con animales. No podía tener un perrito ni un gatito, ni siquiera un hámster. Daba mucha pena verle en el parque, de la mano de su enfermera, mirándonos salir a dar una cabalgada por la playa, pero no se podía hacer nada.

Mamá pasó el invierno y la primavera en la felicidad más absoluta. Yo hacía lo que ella me pedía, y pasaba con Tony los fines de semana, liberándola de sus obligaciones. Durante el resto de la semana, Tony estaba muy atareado, y por lo que pude deducir de los comentarios de ambos, pasaban muchos días sin verse en absoluto. Me preguntaba qué había sido de aquella pasión inquebrantable, de aquellos momentos mágicos y magníficos en que se habría acabado el mundo si no hubieran podido destrozarse mi amada familia para estar siempre juntos los dos.

Las cartas y las postales de papá fueron llegando regularmente a lo largo del invierno y toda la primavera. Pero en mayo advertí que la última carta se estaba retrasando bastante. Cuando empezaba a pensar que no llegaría nunca y tal vez le hubiera sucedido algo malo a papá, llegó una carta. En ella me hablaba por primera vez de una mujer, y la mencionaba como si la conociera de toda la vida.

«Y hoy —empezaba uno de los párrafos— Mildred Pierce y yo hemos ido a

comer a los Campos Elíseos. Ha hecho un día fantástico y la avenida estaba llena de coches y gente y turistas de todas partes del mundo, un auténtico desfile de modas. Era el primer día de asueto que me tomaba en mucho tiempo. Hemos ido a los museos y hasta me he dejado convencer y hemos subido a la Torre Eiffel. Mildred es una compañera magnífica.»

¿Mildred Pierce?, pensé... ¿Quién era Mildred Pierce? Hojeé todas las cartas que me había mandado papá para asegurarme de que nunca la había mencionado. ¿Era una empleada suya, alguien de la familia, alguna relación de trabajo a quien yo debería de conocer...? Era muy confuso, pero en la frase «Mildred es una compañera magnífica» había algo muy turbador. ¿Qué edad tendría la tal Mildred Pierce? ¿Sería la hija de algún amigo, una chica de mi edad, tal vez, que le distraería de sus deberes de padre? Me habría encantado ir a almorzar a los Campos Elíseos con papá, y subir a la Torre Eiffel con él. Me pareció injusto.

Y luego pensé que era terriblemente egoísta por mi parte envidiar a papá por ese primer día libre en tanto tiempo, según él. Estaba impaciente por recibir la carta siguiente para ver si volvía a referirse a ella. Y no fue así, pero en cambio creía que debería adelantar su regreso a los Estados Unidos, aunque no decía por qué, pero yo leí algo entre líneas. Mamá lo habría llamado intuición femenina. Lo único que sabía era que en lo más hondo de mi corazón temía ser sustituida, temía perder el cariño de mi padre que estaba tan lejos. Cada vez que abría una de sus cartas o leía una de sus postales, aguantaba la respiración.

Sucedió a principios de junio. Papá me escribió que pensaba estar de regreso a mediados de julio. Decía que estaba deseando verme y deseando presentarme a Mildred Pierce.

Yo comprendía perfectamente que mi padre estuviera contento de haber encontrado a alguien que le ayudara a matar el tiempo. Pero escribía con tanto entusiasmo acerca de esa señora que mi corazón se mostraba dolorido e inquieto.

«Mildred y yo somos tal para cual. Le interesan las mismas cosas que a mi y es una mujer encantadora y gentil. Estoy seguro de que te gustara. Su compañía ha barrido los feos nubarrones de mi vida, donde ha vuelto a brillar el sol.»

Pero, papá, le gritaba en silencio, pensaba que era yo la persona que hacía brillar el sol en tu vida. Has sido tú el que se ha apartado voluntariamente de mí durante tanto tiempo, en Europa. ¿Por qué lo has hecho? ¿Es que alguien te ha robado el rinconcito del corazón que yo consideraba mío?

¿Y si la tal Mildred Pierce no me quiere o no le gusta que viva con ella, o tiene celos de mí? Entonces, me verás todavía menos que ahora. Contemplé largo rato el retrato de papá que tengo en la mesilla de noche antes de formular

la terrible pregunta ¿que será de mí si papá crea una nueva familia?

Una noche de mediados de junio, Tony anunció a la hora de la cena su propósito de hacer un viaje de negocios a Europa. Contrariamente a las ocasiones en que papá anunciaba algo semejante, mamá no se disgustó, no se quejó, ni protestó inmediatamente. Fue muy comprensiva y demostró un gran interés por los planes de Tony

—En Europa hay una empresa —nos explicó este— de cuya existencia acabo de enterarme, una fábrica parecida a la nuestra, que manufactura diversos productos para las clases más acaudaladas de Europa. Me preocupa que se expanda hacia los Estados Unidos. Podría robarnos la clientela. Quiero averiguar más al respecto y ver con mis propios ojos si puede hacernos la competencia y en que ramos.

»¿Por qué no te vienes conmigo, Jillian? Sería como nuestra segunda luna de miel. No tendré que pasarme todo el tiempo trabajando. Podemos visitar muchas cosas.

—¿A Europa? ¿Ahora? —gruñó mamá—. Hace demasiado calor y estará todo abarrotado de turistas. Además, cuando te dije que deberíamos de remodelar la decoración de algunas habitaciones de «Farthy», tú me diste luz verde para empezar a trabajar con los decoradores. Y lo tengo ya todo en marcha.

Tony se disgustó, pero se fue sólo a Europa pocos días después. Mamá parecía aliviada, como si la hubieran liberado de una grave responsabilidad. Empezó inmediatamente a decorar parte de la casa, consultó a los decoradores, llenó la sala de música de álbumes de muestras de papeles pintados, de alfombras y de tapicerías y fotos de muebles. Se rodeó de un corte de expertos como si fuera una reina. Y recorrían las habitaciones discutiendo, proponiendo cosas, escuchando las sugerencias de los demás. Muchas noches se quedaban a cenar, y seguían discutiendo las nuevas tendencias, los nuevos colores y los nuevos estilos hasta muy tarde. Terminó el curso escolar y el club se disolvió entre despedidas y promesas de escribirnos todo lo posible. A mí me sentaba fatal no haber invitado a nadie a «Farthy», ni siquiera a Jennifer, pero cada vez que me lo preguntaban tenía que inventarme alguna nueva excusa, abusando de los problemas de salud del pobre Troy. Yo sabía que las chicas estaban muy decepcionadas, sobre todo Jennifer, pero no podía hacer nada. Cada vez que se lo proponía, mamá se horrorizaba o se ponía furiosa «Era demasiado pronto, espera un poco, espera un poco más.» Al final me harté de insistir. Pero poco después de que Tony se marchara a Europa, mamá me dio la sorpresa de que podía invitar a Jennifer a pasar unos días. La llamé a su

casa y se lo dije. Estuvo encantada. Hacía sólo una semana que habíamos dejado el colegio, pero las dos nos echábamos de menos.

Se quedó muy impresionada con «Farthy». Íbamos a caballo hasta la playa, donde nos bañamos todos los días. Le tomó mucho cariño a Troy, que disfrutó mucho enseñándole sus juguetes. Por desgracia, todavía no le dejaban bañarse. Incluso seguían hablando de una posible alergia al cloro. Jennifer estaba fascinada con mamá. Se la metió en el bolsillo inmediatamente diciéndole que parecía increíble que una mujer tan joven tuviera una hija tan mayor. Mamá le hizo cientos de preguntas acerca de su familia y de su casa de Hyannis todas las noches durante la cena. Y también le hizo toda clase de sugerencias acerca de su peinado, la ropa que le favorecería más, el tono apropiado de pintalabios... Jennifer la escuchaba atentamente, abriendo mucho los ojos, y sintiendo, como si mamá fuera una estrella de cine. Y después, no paraba de hablar de lo guapa y lo sofisticada que era mamá.

Por la noche nos quedábamos levantadas hasta muy tarde charlando.

—Tu madre es muy guapa y parece jovencísima. ¿Cómo reaccionó tu padre cuando se divorciaron? —me preguntó una noche.

Recordé a papá en el Jillian la mañana en que vino a mi camarote a comunicarme la decisión que había tomado mamá.

—Se le partió el corazón, pero se sentía culpable y se puso a trabajar como un loco para no pensar en ello. Mamá decía siempre que estaba más enamorado de su trabajo que de ella —añadí con tristeza, porque había empezado a creer que no andaba tan desencaminada.

—Sería como para tirarse por la borda cuando se enteró que iba a perderla... —dijo Jennifer.

Después, la sonrisa que puntuaba esa fantasía romántica se desvaneció y ella se volvió rápidamente, con los ojos cuajados de lágrimas.

—¿Qué te pasa, Jen?

—Es por mi madre... —me explicó enjugándose los ojos—. Está saliendo con un hombre, que antes era el mejor amigo de mi papá. —Se levantó con los ojos húmedos, pero echando chispas—. Le he dicho que le odio y que él nunca será mi padre y que también la odiaba a ella por salir con él.

—¿Y qué te contestó ella?

—Se echó a llorar y me dijo que no podía remediarlo, y que estaba muy sola. No le bastaba con mi hermana y yo. Necesitaba un marido... Pero yo no quiero a otro hombre en mi casa, ocupando el puesto de papá —exclamó—. ¡No quiero! ¡No quiero!

Y rompió a llorar. Yo la abracé y para consolarla le conté lo de mi padre y Mildred Pierce. Ella dejó de llorar, me escuchó y en seguida se compadeció de mí.

—Oh, Leigh... —me dijo—. Los adultos son tan egoístas. Yo no seré así cuando sea mayor. ¿Y tú?

—No lo sé, Jen. Espero que no, pero no lo sé.

¿Para qué empeñarse en hacer promesas? Aunque juráramos sobre mil Biblias que nunca nos traicionaríamos ni traicionaríamos a nuestros seres queridos, el Destino podía obligarnos a abandonar nuestros sueños. Estuve tentada de revelar a Jennifer la verdad sobre mí, sobre lo que había hecho mi madre, pero me daba vergüenza. Era un secreto que abrasaría solamente mi corazón, por más doloroso que fuera.

Nos pusimos muy tristes cuando tuvo que regresar a su casa. Le preguntó a mamá si me dejaría ir a visitarla, pero ella le contestó:

—Ya veremos. Tenemos que hacer muchas cosas este verano, querida, y Leigh tiene que ayudarme en el cuidado de Troy.

¿A cuidarse de Troy? ¿Desde cuándo se preocupaba mi madre de Troy? Lo que estaba pensando en realidad, pero no se atrevía a confesar, era que la ayudaría a ocuparse de Tony. Una vez más, el egoísmo de mi madre se antepone a mis deseos. Era antinatural, pensé, encargarme a mí el entretenimiento de su nuevo esposo.

Una tarde muy calurosa de finales de junio me quedé casi hasta el atardecer en la piscina, leyendo y bañándome. Troy y su enfermera habían pasado conmigo unas horas, porque el médico le había recetado baños de sol, ahora que el verano estaba en su apogeo. Yo me quedé en la piscina hasta que empezó a declinar el sol y las sombras frescas y alargadas reptaron por el suelo de la terraza hasta la tumbona que ocupaba. Me puse el albornoz, me colgué la toalla del hombro y me encaminé a la casa. Al entrar oí las voces de Tony y de mamá en el salón de la derecha.

—¡Leigh! —gritó Tony cuando me asomé—. Te he echado mucho de menos... ¡Pero qué morena te has puesto en tan pocos días...!

—Hola, Tony. ¿Qué tal el viaje?

—Estupendo —dijo, sonriendo a mamá. Ella estaba sentada en el nuevo sillón Carlos II que había comprado para redecorar la sala. Con los pendientes de brillantes en forma de lágrimas lanzando destellos, el cabello perfectamente peinado sin una onda fuera de lugar y los dedos cubiertos de sortijas de esmeraldas, rubíes y zafiros, parecía una reina. Llevaba un vestido blanco de encaje bastante escotado, que le permitía lucir sobre su pecho rosado un espléndido collar de brillantes.

—Tony ha tenido una idea maravillosa —proclamó—. Y quiere que tú intervengas en ella.

—¿Yo? —avancé un poco más hacia el centro del salón.

—¿Te acuerdas de lo que os conté acerca de una compañía europea que fabricaba juguetes parecidos a los «Tatterton»? —me preguntó.

Yo asentí.

—Bueno, cuenta con algunos de los mejores artesanos del mundo. ¿Qué estoy diciendo? Tenía a los mejores. Pero —añadió guiñándole un ojo a mamá—, ahora los tengo yo. En fin... Durante mi visita a una de sus fábricas de un pueblecito cercano a Zúrich, descubrí que realizaban un producto denominado «Muñeca retrato».

—¿Muñeca retrato? —me senté en el sofá a escucharle.

—Sí. ¡Una brillante idea! —dijo levantando los puños como para subrayar su entusiasmo—. No hay gente más enamorada ni más pagada de sí misma que la gente rica. Cree que su dinero y su posición pueden depararles la inmortalidad, así que encargan que les retraten los mejores artistas y los mejores fotógrafos. Y están dispuestos a llegar hasta donde haga falta y a gastar cualquier suma de dinero hasta quedar satisfechos.

—¿Y eso qué tiene que ver con las muñecas? —pregunté.

—Mucho. Imagínate que posees una muñeca con tu cara. Todo el mundo querrá tener una: madres, hijas, hermanas, tías..., incluso los hombres acabarán queriendo un muñeco con su rostro. Y nosotros los lanzaremos en América, así que los muñecos «Tatterton» se pondrán de moda, se convertirán en un objeto de colección especial, valiosísimo y personalizado. ¡Fantástico! —volvió a exclamar, dándose en las rodillas con los puños. Hube de admitir que el fervor de Tony era contagioso y la idea me pareció excelente.

—¿Pero dónde intervengo yo? —inquirí, recordando lo que me había retenido allí.

Tony miró a mamá sonriendo y mamá le devolvió la sonrisa y luego se volvió hacia mí.

—Tony quiere que tú seas el modelo del prototipo, que creará él con sus propias manos... —me dijo.

—¿Yo?

Les miré de hito en hito. Mamá enarbolaba su sonrisa más dulce y radiante. Tony tenía los ojos clavados en mí, con una intensidad de artista.

—¿Por qué?

—Por varios motivos —empezó Tony—: quiero destinar los primeros ejemplares de muñecas a chicas y adolescentes, no a niñas pequeñas. Ése será el mercado más importante de muñecas retrato, creo yo. Las niñas pequeñas no son lo bastante mayores para apreciar ciertas sutilezas especiales, pero sobre todo, no están tan preocupadas ni tan enamoradas de su cuerpo como las adolescentes.

—Sigo sin entenderlo. ¿Por qué yo entre miles de chicas?

Tony meneó la cabeza.

—¿No te parece maravilloso tanta modestia, Jillian?

Mamá me miró con un brillo de aprobación en los ojos, como si pensara que yo estaba haciendo remilgos intencionadamente. Me había dicho muchas veces que a los hombres les encantaba que las mujeres hermosas fingieran modestia. Así les daban oportunidad de hacerles cumplidos sin temor a pasarse, y las mujeres conseguían un halago tras otro negándolos, ruborizándose y vacilando.

Pero yo no lo estaba haciendo adrede. Sinceramente, no entendía por qué quería Tony que fuera yo el modelo de sus muñecas especiales. Había miles de chicas de mi edad mucho más guapas que yo y con experiencia como modelos. Con su dinero y sus posibilidades, podía contratar a la mejor, si lo deseaba. ¿Por qué yo?

—Tony piensa que tú eres especial, Leigh, y yo también —me dijo mamá.

—Tienes cara de muñeca —me explicó Tony. Yo meneé la cabeza.

—Sí, sí, Leigh. Puedes ser todo lo modesta que quieras, pero, ¿para qué voy a buscar a ninguna chica, cuando ya tengo a la candidata perfecta en mi propia casa?

»Llamaré al mejor fotógrafo de la ciudad para que te haga fotos, miles de fotos, y luego elegiremos la mejor. Después colocaré esa foto al lado de la primera muñeca, con tu cara. Y entonces todos mis clientes ricos entenderán qué es una muñeca retrato y me encargarán una. Exhibirán tu fotografía en todas mis jugueterías..., de todo el país.

La idea me conmocionó. ¿Qué dirían mis amigas del club? Sabía que me tendrían todas mucha envidia, pero probablemente Tony tenía razón: todas querrían su propia muñeca. Me quedé pensando seriamente en aquello por primera vez..., una muñeca con mi cara.

—Estoy tan orgullosa de que Tony se inspire en ti para hacer la primera muñeca... —dijo mi madre.

Yo la observé un instante. ¿Por qué no se basaba Tony en la cara de mamá? Todavía estaba muy joven y tenía una cara perfecta, una cara muy bella según todo el mundo. También me desconcertaba bastante que mamá no estuviera celosa. Parecía muy contenta.

Y luego pensé que mamá nunca se avendría a hacer tal cosa. No le gustaría nada tener que estar horas y horas posando mientras Tony la pintaba. ¿O había algo más?

—¿Qué tendré que hacer? —pregunté.

Tony se echó a reír.

—Nada..., ser tú misma, sólo tú misma, toda tú...

—¿Toda yo?

—La muñeca debe ser perfecta —prosiguió Tony—. En todos los aspectos. No va a ser otra muñeca más, de molde y montada en serie. Será una obra de arte. Ahí está el secreto... Como una escultura en miniatura, pero en forma

de muñeca.

—¿Qué quiere decir eso? —pregunté en un murmullo, casi sin voz.

Tony miró a mamá crispando el gesto. La dulce mirada de mamá se tiñó de irritación.

—Significa que vas a ser su modelo, Leigh. ¿Por qué te has vuelto tan boba de repente? Una modelo, una modelo artística... Que posarás para él, vamos.

—Pero es que las modelos artísticas posan..., desnudas.

Tony se echó a reír como si acabara de contar un chiste.

—Pues claro —replicó sin darle importancia—. ¿Y qué? Es una obra de arte, y como te he dicho, esa muñeca será una miniatura.

Intenté tragar saliva. Posar desnuda en una habitación para que Tony me retratara y luego todo el mundo viera mi retrato...

—Al fin y al cabo, Tony no es un extraño —dijo mamá meneando la cabeza y sonriendo—. Es de la familia. Yo no permitiría que lo hiciera nadie más que él.

—Y además se hará con la mayor profesionalidad —continuó Tony—. El hecho de que yo sea el presidente de mi propia compañía no significa que no sea un artista. Todos los Tatterton lo son. Cuando mi padre murió, yo trabajaba en la empresa como artista y entonces tuve que hacerme cargo de la gestión del negocio.

«Pero esto es demasiado importante y delicado para asignárselo a cualquier artesano de la fábrica, y como dice Jillian, no nos gustaría que te retratara cualquier extraño.

Yo no contesté nada y se produjo una larga pausa, pero luego Tony continuó:

—Voy a explicarte el proceso para que entiendas lo que vamos a hacer. Primero, haré unos dibujos tuyos. Luego los pintaré, intentando plasmar los tonos de la piel. Después modelaré una escultura en arcilla para perfeccionar todos los volúmenes y al final se realizará un vaciado y las réplicas de ese prototipo.

«Bueno —dijo al fin—, discutidlo las dos, Jillian. Yo tengo que hacer unas llamadas telefónicas para comprobar qué ha pasado durante mi ausencia, y además he de ocuparme de Troy. No debes de preocuparte por nada —añadió—. Será estupendo y te harás famosa.

Se puso en pie, le dio un beso a mamá y nos dejó solas. En cuanto salió, mamá se recostó en su butaca, más matriarcal que nunca.

—Francamente, Leigh, estoy sorprendida y decepcionada. Ya has visto lo animado que está Tony con este nuevo proyecto, y lo importante que será para la compañía de juguetes «Tatterton». Además quiere darte todo el protagonismo..., y tú te quedas ahí pasmada, indiferente, desagradecida, gimiendo «¿Qué tendré que hacer?», como una cría.

—Pero mamá, posar desnuda...

—¿Qué más da? Ya le has oído: es una obra de arte. Mira los museos. ¿Tú crees que el hombre que posó para el David de Miguel Ángel estaba vestido? ¿Y la Venus?

»Cuando ha llegado tan entusiasmado —prosiguió mamá—, y me ha propuesto la idea, he pensado que te halagaría y te emocionaría. Te consideras lo bastante madura para no andarte con risitas y tonterías. Es algo artístico, créeme. Si yo fuera más joven, o de tu edad, y un hombre como Tony me ofreciera una oportunidad semejante, ¿crees que vacilaría ni un momento? En absoluto.

—¿Y por qué no posas tú, mamá? Eres tan guapa y pareces tan joven... La cara de mamá adquirió en un relámpago una expresión de dureza y frialdad.

—Tony ya te ha explicado que pretende vender las muñecas a chicas de tu edad. ¿Te imaginas una foto mía junto a una muñeca retrato «Tatterton» en los escaparates? Por favor..., una muñeca para una adolescente... Por más joven que esté, Leigh, no parezco una adolescente, ¿o sí...? Negué con la cabeza, débilmente, sin saber si aceptar o no.

—Podrías pintarme y hacer la escultura tú misma... —se me ocurrió—. Tú eres una artista.

—Yo no tengo tiempo para eso, Leigh. He de atender mis obligaciones sociales, que son importantísimas. Además, yo hago otra clase de trabajos, de fantasía. Y tampoco tendrás que ir a posar a ningún sitio —prosiguió—. Se hará todo aquí, en «Farthy», así tendrás algo que hacer este verano. Tony ha decidido montar un estudio en la casita del jardín, para que no os moleste nadie.

—¿En la casita?

—¿No te parece bien?

Asentí.

—Bueno, pues estupendo. Yo ya te diré lo que debes hacer —me dijo, levantándose—. ¿No es excitante? Estoy deseando verla.

Subí a toda prisa a mi habitación a quitarme el traje de baño, ducharme y arreglarme para la cena. Me sentía desconcertada y confusa, con la cabeza atascada de ideas contradictorias, debatiéndome entre diferentes emociones. No podía evitar sentir una gran excitación cuando me imaginaba mi fotografía en los escaparates de las jugueterías «Tatterton», junto a una muñeca preciosa creada a mi imagen y semejanza, como si fuera una diosa. Suponía que la mayor parte de mis amigas, sobre todo las del club, habrían dado saltos de alegría ante tal oportunidad.

Pero Tony era el nuevo esposo de mamá, era joven y guapo y tener que posar ante él durante horas completamente desnuda...

Me quité el bañador y me contemplé en el espejo de cuerpo entero,

estudiando todas mis curvas. Las venas de mis senos incipientes, y en pleno crecimiento todavía, se me transparentaban por debajo de la piel. ¿Se fijaría Tony en esos detalles? Tenía una minúscula mancha de nacimiento justo debajo del pecho derecho... ¿La reflejaría él en la muñeca? Yo estaba segura de que las muñecas estarían vestidas en los escaparates, pero cualquiera podría desvestirlas y observar su torso. ¿No era aquello como desnudarse en un escaparate o en un escenario, delante de todo el mundo? ¿Cómo eran capaces algunas mujeres de trabajar como modelos artísticas profesionales? ¿Se sentaban tranquilamente y se ponían a pensar en otra cosa, como si no pasara nada?

Me puse el albornoz y volví a mirarme en el espejo, imaginándome que estaba a punto de posar para Tony. Conjuré su presencia ante mí, con un pincel en la mano. Tenía a su lado el lienzo y la paleta preparada. Entonces volvía sus intensos ojos azules hacia mí, sonriendo. Mientras él gesticulaba con el pincel, yo empecé a desabrocharme el albornoz. El corazón se me salía por la boca, a pesar de que aquello no era sino una fantasía. Empecé a abrirme, muy despacio, los faldones del albornoz y entonces...

—¡LEIGH! —oí gritar a Troy en mi salita.

Me cerré el albornoz.

El niño entró corriendo, más exuberante de lo habitual en las últimas semanas.

—¡Tony me lo ha dicho! ¡Tony me lo ha dicho! Va a hacer una muñeca, una muñeca «Tatterton», como tú, y un día yo tendré una...

—Oh, Troy —le contesté—, no me digas que quieres una muñeca, como una niña pequeña.

—No es una muñeca para niñas pequeñas —dijo muy serio—, es una muñeca «Tatterton» muy especial, ¿verdad? —inclinó la cabeza, como esperando mi asentimiento.

—Supongo que sí —le dije y él sonrió.

—Pero Tony me ha dicho que no puedo ir a ver cómo la hace. No se le puede molestar —dijo con pena—. Pero seré uno de los primeros en verla cuando esté terminada. ¡Será la muñeca más bonita del mundo! —proclamó. Después, tras pensarlo un momento, añadió—: Voy a contárselo a Rye Whisky —y salió a todo correr de mi dormitorio.

Yo me volví, a contemplarme otra vez en mi espejo. ¿Sería capaz de hacerlo? ¿Lo haría? Mamá pensaba que sí, pero ella quería que hiciera cualquier cosa que mantuviera a Tony entretenido, evitándole a ella sus constantes exigencias y su necesidad de atención.

Me preguntaba qué opinaría papá.

No le parecería bien; a papá no podía gustarle, era imposible. Cuánto me habría gustado que estuviera en casa para preguntárselo. Pero no estaba,

seguía trabajando en Europa con... Mildred Pierce.

¡Mildred Pierce...!, pensé furiosa. Se había dejado arrebatarse su cariño, había permitido que alguien le alejara de mí, y tal vez para siempre.

Me desaté el albornoz y dejé que se deslizara hasta los tobillos. Posaría para la muñeca «Tatterton». Incluso se la regalaría a papá el día de su boda.

!! [HYPERLINK \l "INDICE" ¶](#) ⊥

capítulo xiii.

¿Modelo..., yo?

Tony se pasó toda la semana siguiente planificando la producción y la venta de las muñecas con el personal de marketing. Todas las noches, a la hora de la cena, tenía algo nuevo y excitante que contarnos sobre el proyecto.

Mamá estaba más interesada que en ninguna otra de las cosas que hacía Tony. Yo fui arrastrada por la oleada de entusiasmo que nos embargó.

Finalmente, una noche Tony anunció que la casita ya estaba lista y podíamos empezar al día siguiente, después del desayuno. Se me agolpó la sangre en las mejillas y el corazón se me desbocó en el pecho. Mamá me dedicó una amplia sonrisa y Tony brindó por el proyecto.

—Y por Leigh —brindó también, mirándome con sus ojos azules y abrazadores—, la primera modelo «Tatterton».

—Por Leigh —repitió mamá con una risita.

Apuraron sus copas de vino como dos conspiradores a punto de embarcarse en una aventura, después de jurarse que nunca se volverían atrás.

—¿Que me ponga? ¿Como me peino? —pregunté un poco angustiada.

—Sé tú misma —dijo Tony—. No hagas nada especial, tú ya eres especial —añadió.

Al mirar a mamá la vi sonriéndole con ternura y satisfacción. Comprendí por qué estaba tan contenta. Tony estaba obsesionado con esa empresa. Y mientras lo estuviera, la dejaría en paz.

Pero yo no podía conciliar el sueño esa noche, pensando en que el día siguiente debería posar para Tony. Yo quería hablar con mamá sobre el particular un poco más, pero se fue a jugar una partida de bridge y, a la vuelta, dejó bien claro que estaba exhausta y tenía que irse a la cama inmediatamente. Tony se quedó tan decepcionado como yo.

A la mañana siguiente, después del desayuno, él y yo nos encaminamos a la casita. Tony decidió pasar por el laberinto. Hacía una mañana hermosa, templada, con cuatro nubecillas blancas de algodón en el cielo turquesa.

—Hace un día espléndido para empezar algo nuevo y significativo —me dijo.

Parecía tan vigorizado, tan entusiasmado, que mi hormigueo en el estómago me pareció una idiotez. Él advirtió que yo estaba taciturna y nerviosa.

—Tranquila. Resultará más fácil una vez que hayamos empezado, y hasta llegara a gustarte. Lo sé porque he trabajado ya con muchos modelos.

—¿Ah, sí?

—Claro. He seguido cursos de arte en la Universidad y he practicado mucho aquí, en «Farthy» —Se inclinó hacia mí y bajó la voz, como para confesarme un secreto—. Empecé a los once años.

—¿A los once años?

Pintaba y dibujaba desnudos a los once años.

—Ajá. Así que, como ves, vas a trabajar con un hombre experimentado. Me sonrió y penetramos en el laberinto. Tony caminaba por él con total seguridad, sin vacilar en las curvas, sin dudar ni por un momento.

—Para la gente —me explicó—, todos estos setos parecen idénticos, pero para mí, que he crecido a la vez que ellos, tienen sutiles diferencias. Estas avenidas son tan distintas como el día y la noche. Dentro de unos días te pasará lo mismo —me aseguró.

El exterior de la casita estaba igual, excepto por unos estores, que estaban bajados. Dentro había un caballete para Tony, pinturas, lápices y plumas. Habían traído una mesa de dibujo alargada y metálica. También había materiales para modelar y toda clase de adminículos para esculpir. Habían retirado los muebles para dejar libre el mayor espacio posible. A cada lado del caballete, unos focos iluminaban el pequeño sofá.

—Para empezar, siéntate ahí —me dijo, señalando el sofá—. Relájate y piensa en cosas agradables. Tardaré un momento en prepararlo todo.

Fue ordenándose las cosas a su alcance. Yo me senté y le estuve observando mientras trabajaba; su rostro reflejaba el mismo propósito creativo y la misma concentración que Troy cuando dibujaba.

Yo me había puesto una blusa blanca de manga corta de algodón y una falda azul claro. Llevaba el pelo suelto por los hombros y no me había puesto carmín en los labios.

—Muy bien —dijo Tony volviéndose hacia mí—. Empezaremos por la cara. Mírame con una leve sonrisa. No quiero una muñeca con una sonrisa radiante de payaso. Quiero que esta muñeca refleje tu belleza natural, tu expresión dulce y adorable.

Yo no sabía qué decir. ¿Era verdad todo aquello? ¿Me encontraba dulce y adorable? Seguramente, si me necesitaba para un proyecto tan importante, vería esas cosas de mí, y no serían unos meros halagos para infundirme confianza.

Me miró largamente, como bebiéndome con los ojos. Yo le miré fijamente como me había pedido y vi cómo medía mis rasgos y esbozaba los primeros trazos. Empecé realmente a sentir que formaba parte de algo muy artístico y en seguida se me pasó la primera angustia y se me regularizó el

pulso. Tony me miraba, dibujaba, me miraba, asentía para sí mismo y dibujaba. Yo procuraba permanecer completamente inmóvil, pero era difícil no moverse.

—Puedes moverte un poquito —me dijo sonriendo—. No pretendo que te conviertas en piedra. Distiéndete hasta que te encuentres cómoda.

Yo me relajé.

—¿Mejor?

—Sí.

—Estaba seguro. Bueno, trabajaremos un rato más y luego descansaremos. Tengo la cocina repleta de provisiones —dijo muy animado.

—¿Cuánto tiempo trabajaremos cada día?

—Bueno, un buen rato por la mañana, luego almorzaremos tranquilamente y unas horas más por la tarde. En cuanto te canses, me lo dices y paramos un poco.

Me sorprendió la rapidez con que transcurrió la primera hora. Tony consultó su reloj y me invitó a mirar lo que había hecho. Me levanté y fui a ver el lienzo. Había perfilado mi cara, los labios, los ojos y la nariz. Y acababa justo de esbozar mi pelo y el cuello. Por supuesto, era aún demasiado pronto para opinar, pero en seguida decidí que tenía talento.

—Todavía es muy poco —me dijo—, pero creo que hemos empezado bien.

—Oh, sí, está muy bien.

—Es una experiencia maravillosa hacer algo artístico —dijo mirando el lienzo, con interés y profundidad—. Te da una sensación de plenitud conferir vida a una tela en blanco. Este dibujo es como las primeras fases de una gestación..., las semillas de mi imaginación brotan y cobran forma en la realidad, igual que la semilla del hombre se une al óvulo de la mujer iniciando la formación de un ser. Tú y yo —me dijo— estamos alumbrando una cosa muy hermosa, aquí, juntos —añadió en un susurro.

Yo no sabía qué decir. Su forma de mirarme, sus ojos entrecerrados pero abrasadores, su voz tan dulce, me hicieron echarme a temblar. Él cambió en seguida de expresión, recuperando su típica sonrisa de suficiencia y se echó a reír.

—Pareces aterrorizada. Estoy hablando en metáfora, es una comparación —me dijo. Luego ladeó un poco la cabeza—. Dime una cosa, Leigh..., ¿salías con algún chico en Winterhaven?

—¿Salir con un chico? ¿Cuándo? Mamá quería que viniera todos los fines de semana. Hemos pasado mucho tiempo juntos tú y yo, esquiando, montando a caballo...

—Sí, sí, pero pensaba... Los chicos pueden ir a visitaros, ¿no? —me preguntó, inclinando la cabeza hacia un lado y sonriéndome.

—No. La señorita Mallory ha prohibido la entrada de chicos excepto durante

los bailes oficiales. Ha habido algunos bailes, pero yo no he asistido a ninguno —añadí con amargura.

—Ah... Bueno, el año que viene te quedarás más a menudo y conocerás a algunos chicos. Porque te interesan los chicos, ¿no? ¿Y en tu antiguo colegio? Allí sí tendrías amigos...

—Pero nada de particular.

—Nada serio, ¿eh? —dijo asintiendo como si yo hubiera admitido algo—. ¿Quieres un refresco? ¿Una «Coca-Cola»?

—Bueno.

Tony fue a la cocina y trajo dos vasos de soda. Me miró mientras bebía. Yo supuse que estaría pensando en los dibujos, pero no era así.

—Ese chico con el que salías..., estoy seguro de que le besaste, ¿a que sí?

—No —protesté.

Su pregunta me hizo ruborizarme y él sonrió.

—No te preocupes, no se lo diré a tu madre.

—No hay nada que decirle —insistí.

—Pero las chicas besan a los chicos, ¿o no? —me preguntó riéndose—. ¿O va contra las nuevas normas? Y ahora os limitáis a bailar el rock-and-roll...

—Los chicos besan a las chicas —repliqué, aunque no hablaba por experiencia.

—¿Te han dado alguna vez un beso en la boca?

Se sentó en el sofá mirándome, esperando mi respuesta con impaciencia. Yo no sabía lo que era realmente un beso en la boca hasta que ingresé en el club de Winterhaven y Marie Johnson me lo describió exactamente.

—No —repuse firmemente.

—Pero sabes lo que es, ¿verdad?

—Sí.

—Aunque no has probado nunca. Maravilloso. Eres realmente inocente como parece.... ¿Quieres decir que cuando no besaste a ese chico con el que no salías, no le metiste la lengua en la boca, ni él a ti...?

—He dicho que no —contesté.

¿Por qué se metía conmigo? Él soltó una carcajada.

—Pues no está nada mal, Leigh, aunque se diría que tu madre ha llegado a esa conclusión, así como a aburrirse de todo lo demás —añadió, súbitamente enfadado.

Se quedó un buen rato mirando al suelo y luego sus ojos azules se posaron en mí, totalmente inexpresivos de pronto, como si no me viera. Me desconcertó lo vacía que tenía la mirada, como si fuera capaz de adquirir y perder todas las emociones. Después parpadeó y me miró con atención.

—Me ha impresionado tu precocidad, Leigh. Por eso pensé que serías una modelo magnífica. Algunas veces tienes una expresión muy madura, muy

sería en los ojos. Apuesto a que las chicas de tu edad no te llegan ni a la suela del zapato, ¿verdad?

Me encogí de hombros. Algunas veces yo también lo creía, pero otras, cuando nos reuníamos unas cuantas y las otras se ponían a contar sus experiencias, yo me consideraba como recién salida del cascarón.

—Sé que te trastornó mucho el que tus padres se divorcieran y que al principio me odiabas, ¿no es cierto? Me echabas la culpa de todo... No hace falta que contestes nada. Lo comprendo. Yo en tu lugar habría sentido lo mismo. Espero que los ratos que hemos compartido esquiendo y montando a caballo te hayan resultado agradables y acaso hayan servido para que me odieras un poco menos —me dijo tristemente.

—No te odio, Tony —declaré.

Era cierto: ya no le odiaba, ni le odiaría nunca más.

—¿No? Vaya, me alegro. Quiero que seamos amigos..., más que amigos. Yo no dije nada. Cuando levantó la vista, tenía una expresión distinta de cuando me miraba mientras dibujaba. Su mirada era muy profunda y me hizo sentir cohibida. Le aguanté un momento la mirada y luego desvié los ojos, ruborizándome otra vez.

—Bueno —dijo, dándose una palmada en los muslos—, ya es hora de volver al trabajo.

Se levantó y se dirigió a su caballete. Yo regresé al sofá.

—Voy a dibujarte empezando por arriba y bajando poco a poco, para captar todos los detalles —me explicó—. Me alegro de que te hayas puesto esa blusa. Quiero descubrirte gradualmente. Me dará la sensación de que estás emergiendo del lienzo, surgiendo de la tela en blanco como Venus de las olas. Ahora quiero trazar un esbozo de tu torso. Ponte de pie, con las manos en las caderas, por favor —me aleccionó.

Le obedecí.

—Sí, así... —dijo muy excitado, como si hubiera hecho algo muy significativo o difícil—. Así..., así...

Fue trazando líneas rápidamente.

—Bueno, ahora, desabróchate la blusa, sólo un poco, para enseñarme los hombros.

—Venga —insistió al ver que yo no me movía—. No pasa nada, sólo los hombros —repitió suavemente.

Me llevé una mano al primer botón y me lo desabroché.

—Muy bien, sigue, estupendo —me alentó—. Ahora otro... —Yo continué—. Y otro más, venga, sólo uno más. Muy bien. Ahora bájate la blusa por los hombros, despacio. Sí, sí...

Abrió mucho los ojos y me miró un buen rato antes de seguir con el lienzo, y así cada vez.

—Otro botón —dijo mirando su dibujo.

Me lo desabroché. Me miró, miró el dibujo y asintió.

—Bueno, ahora saca los brazos de las mangas y sujétate la blusa por encima de..., del pecho —me dijo.

Yo comprendí lo que me había dicho acerca de Venus surgiendo de las olas, pero me producía una sensación muy rara desnudarme tan despacio. Era como hacer un striptease.

Saqué los brazos de las mangas y me sujeté la blusa para que no se me cayera. Tony me miró durante un rato muy largo y después meneó la cabeza.

—¿Qué pasa? —pregunté.

—No me están saliendo los hombros..., hay algo

Se me acercó y se pellizcó la barbilla con la mano derecha, observándome.

Luego me bajó los tirantes del sujetador. Retrocedió, me miró un instante y volvió junto a la tela, me miró y asintió.

—Date la vuelta —me pidió.

—¿Media vuelta?

—Sí, por favor.

Le obedecí y esperé.

—Bien. Ahora suelta la blusa.

La solté y cayó a mis pies.

—Sí —dijo en un susurro—. Las líneas del cuello y los hombros...

—¿Qué les pasa? —pregunté con brusquedad.

—Nada, nada —me respondió con una risita—. De momento me habían desconcertado.

Le oí acercarse a mí y después noté que me pasaba un dedo por el contorno del cuello y los hombros. Di un respingo cuando me tocó.

—Intenta relajarte —me susurró al oído—. A veces, un artista tiene que entrar en contacto con el modelo para absorber verazmente sus líneas y sus curvas en la conciencia. Por lo menos, yo.

—Me has hecho cosquillas —le dije.

No le veía, pero su aliento me quemaba tanto en la nuca que me daba la impresión de que tenía los labios a escasos milímetros de mi cuerpo.

—¿Te importa que te lo desabroche? —me preguntó.

Tenía los dedos en el cierre de mi sujetador. Yo no podía pronunciar palabra. El corazón se me salía por la boca.

—Me gustaría verte la espalda entera, sin barreras, ¿de acuerdo?

Yo asentí con la cabeza y entonces advertí que se abría el cierre con un chasquido, y el tejido elástico se encogió. Con los tirantes caídos, el sujetador se me cayó limpiamente de los pechos. Hice el gesto de ir a subírmelo, pero Tony me agarró por las muñecas, al principio con cierta

brutalidad, aunque después aflojó en seguida la presión de sus manos.

—No, deja los brazos caídos —me dijo.

Y regresó al caballete.

Yo me quedé tan quieta como pude, con el corazón tan agitado que se me cortó la respiración. Me pareció que transcurría una eternidad hasta que volvió a hablar.

—Está quedando estupendamente —dijo—, perfecto.

Yo no me moví. ¿Qué me pediría a continuación? De repente, noté que me echaba una sábana blanca por los hombros, y después me la abrochó en el cuello como si fuera una capa.

—Sé que estás nerviosa —me dijo en una voz que era poco más que un susurro—, pero no me disgusta. Pienso aprovecharlo, como ya te he dicho, plasmarte como una Venus saliendo de las aguas. Bueno, ahora quítate el resto de la ropa y quédate sólo con la sábana. Ya te la quitarás cuando vayamos a continuar. ¿De acuerdo? Vuelvo en seguida. Voy a ver qué hay para almorzar. Ya es casi la hora y tengo hambre.

¿Para qué me pedía que me quitara toda la ropa si ya íbamos a almorzar? Tal vez pensara que luego me resultaría más fácil. Aunque seguía bastante nerviosa y turbada, sentí una agradable sensación al quitarme la falda. Al bajarme las bragas y ajustarme la sábana fresca al cuerpo, me subió un cálido hormigueo por las piernas desde los tobillos, como si me estuviera metiendo en un baño tibio. Vi que la pequeña depresión que me separaba los pechos había enrojecido. Me ceñí la sábana al pecho y esperé a que volviera Tony.

Él me llamó desde la cocina.

—Ya está todo preparado, Leigh.

Fui a la cocina; había hecho una bandeja de emparedados y descorchado una botella de vino. Sirvió un par de copas para los dos. Como yo no me movía, me arrimó la silla como un camarero en un restaurante de lujo.

—Señorita...

—Gracias.

Me senté y me puse a comer. No podía evitar sentirme muy extraña allí sentada, envuelta sólo en una sábana blanca. Pero Tony actuaba como si fuera una cosa muy normal. Tal vez se debiera a su anterior experiencia artística, pensé. Cada vez que me movía se me abría la sábana, así que me la sujetaba con una mano mientras comía y bebía con la otra.

—¿Tú crees que las chicas son más modestas que los chicos? —me preguntó, advirtiendo mi turbación.

—No.

—¿Has visto alguna vez a un chico desnudo?

—Claro que no —exclamé.

Él se echó a reír. Yo me daba cuenta de que se estaba metiendo otra vez conmigo, pero me sacaba de quicio.

—No me digas que no hay mironas, igual que hay mirones. Sé que las chicas, cuando os reunís unas cuantas, habláis de los chicos que habéis visto desnudos, lo mismo que los chicos pueden hablar de chicas. Apuesto a que las alumnas de Winterhaven lo hacen, ¿o no?

No le respondí, pero estaba en lo cierto. En una de nuestras últimas reuniones en el cuarto de Marie, Ellen Stevens nos contó que había visto a su hermano duchándose. Cuando lo recordé me puse como la grana.

—No pasa nada —dijo Tony meneando la cabeza y sonriendo de oreja a oreja—. Es muy natural sentir curiosidad hacia el sexo opuesto.

Tomó un sorbo de vino. Yo di un sorbito, ruborizada y con la cara ardiendo. Él apuró su copa y volvió a llenársela de inmediato.

—La modestia no es mala —continuó—, a menos que llegue a extremos ridículos. —Su expresión se endureció y sus ojos adquirieron un brillo frío y acerado—. Si te casas y tu mujer te echa cuando se va a vestir...

Me miró brevemente como si yo hubiera discutido algo, pero yo seguía inmóvil y muda, casi como la escultura que él quería crear.

—¿Por qué motivo puede negarse una mujer a que la vea su esposo? —preguntó como si yo fuera una mucho mayor y experta—. ¿Es que le da miedo que él le descubra alguna imperfección, una arruga, una mancha de nacimiento? ¿Tú piensas apagar siempre la luz para hacer el amor con tu marido? —me preguntó.

Yo no sabía qué decir.

—Claro que no. ¿Para qué? —se respondió él mismo. Luego bajó los ojos y murmuró—: Me está volviendo loco.

Yo sabía que se refería a mi madre, pero no dije nada. Me preguntaba si ella pensaría que si Tony le veía desnuda en una habitación muy iluminada adivinaría su edad... Tenía una figura perfecta, ¿cómo iba a revelar su edad? Me terminé el bocadillo y tomé un poquito más de vino. Tony parecía como hipnotizado. De repente se despertó y sonrió.

—A trabajar... —anunció levantándose de la silla.

Yo le seguí al cuarto de estar convertido en estudio y me coloqué como antes.

—Veo que el vino te ha arrebolado. Me gusta. Quiero captarlo —me dijo—. ¿Te bajan también los colores por el cuello?

Se me acercó y me pasó la yema de un dedo por el contorno del cuello, hasta la clavícula.

—Eres absolutamente exquisita —me susurró—. Un capullito de flor a punto de abrirse. —Su mirada era penetrante y luminosa. Suspiró y meneó la cabeza—. Es una suerte tenerte, Leigh. Este proyecto triunfará sólo gracias

a mi hermosa modelo.

Volvió a plantarse frente al caballete y reanudó su dibujo. Al cabo de un momento se interrumpió.

—Desabróchate el alfiler de la sábana y déjala que se te deslice hasta la cintura —dijo con la misma naturalidad que para pedirme: «Vuelve la cabeza hacia la derecha».

Hasta la cintura... Me temblaban tantos los dedos que no conseguía abrir el broche. Él se echó a reír.

—Deja que te ayude —dijo acercándose. Yo aparté la mano y él me abrió el broche. Yo me sujeté la sábana contra el pecho un momento. Entonces él me la fue bajando por los brazos, descubriéndome los hombros y el pecho, sin apartar sus ojos de los míos. Cuando me contempló me dio un vuelco el corazón.

—Me encanta esa pequeña mancha de nacimiento que tienes debajo del pecho —exclamó—. Es justo el pequeño signo que puede dar la clave de la personalidad en una obra. Todo el mundo buscará algo que imprima mayor verosimilitud a su réplica cuando me encarguen las muñecas, ¿entiendes? Parecía tan entusiasmado con aquello que yo sólo logré asentir con la cabeza, azorada. Él regresó a toda prisa a su tela y siguió dibujando. Estuvo trabajando más de una hora, deteniéndose a menudo a estudiarme con gran intensidad; luego suspiraba, sacudía la cabeza y me sonreía. De pronto se detuvo, se mordió el labio inferior y empezó a negar con la cabeza.

—¿Tienes algún problema? —pregunté.

—No me gusta. No lo consigo, le falta algo... No estoy haciendo justicia a tu simetría —declaró.

—¿Tiene que ser tan perfecta, Tony?

—Naturalmente —repuso con una sombra de fastidio en la cara—. Será la primera y la más bonita.

Miró su dibujo y luego a mí y otra vez el dibujo. Después asintió y se me acercó.

—Espero que no te importe —me dijo—, pero algunas veces, los artistas vemos mejor las cosas con los ojos cerrados.

—¿Y cómo vas a ver con los ojos cerrados? —pregunté.

—Pues a través de los otros sentidos. Un artista que pinta pájaros hermosos debe oírles cantar y plasmar su trino en la pintura lo mismo que sus colores y sus formas. Cuando un artista pinta un prado verde, refleja el aroma de sus flores en su cuadro. ¿Entiendes?

Asentí, pues parecía sensato.

—Y a través del tacto —prosiguió—, el artista alcanza la profundidad, la textura y el volumen de su obra. Eso representará una gran ventaja para mí

cuando haga tu escultura a partir del dibujo. Relájate un momento —me pidió en un susurro.

Me puso las manos en la cintura y cerró los ojos. Luego me fue subiendo los dedos por los costados, deteniéndose en cada costilla.

—Sí, sí —decía—, sí...

Siguió su ascenso hasta que alcanzó la base de mis senos. Yo intenté desasirme.

—Tranquila... Ahora sí que lo estoy captando perfectamente.

Le miré a la cara. Tenía los ojos cerrados, pero se le notaba el movimiento desenfrenado de los globos oculares por debajo de los párpados.

Las yemas de sus dedos se dirigieron muy despacio hacia los lados de mis pechos, rodeándolos y luego hasta los pezones. Las dejó allí un momento, conteniendo la respiración. Yo hacía lo propio.

Mi sensación inicial de cosquilleo se esfumó rápidamente y fue sustituida por un estremecimiento que me recorrió todo el cuerpo hasta las entrañas, donde explotó en todas direcciones. Era como sentir cientos de manos por toda mi piel, produciéndome la misma sensación en las piernas, los brazos y el vientre.

Sentía una mezcla de sensaciones, entre desconcierto, miedo, y excitación. Y sobre todo, una gran confusión. ¿Debía obligarle a levantar las manos de mi cuerpo? ¿Permitían todas las modelos que los artistas las exploraran de este modo? Algunas veces, cuando Tony me miraba tan intensamente, sentía como si su mirada me tocara, pero aquello era diferente. Sus manos se deslizaban por encima de mis pechos como si me los estuviera modelando mentalmente. Se me aflojaron las piernas y empecé a temblar. Por fin Tony retrocedió, dejando las manos a la altura de mis pechos.

Permaneció así un instante, inclinó la cabeza y regresó lentamente hacia el caballete, sin abrir los ojos hasta que empezó a dibujar.

Entonces se puso a dibujar con frenesí, apretando con firmeza las mandíbulas y los labios. Yo apenas me había movido. Mi corazón latía con tal fuerza que creía que se me iba a salir del pecho. ¿Qué me había hecho? ¿Por qué le había dejado? ¿Sabía mamá que podía pasar algo así? ¿Por qué no me había avisado?

—Sí —dijo Tony—. Ahora lo tengo. Esto marcha.

Me sonrió y siguió trabajando. Poco después terminó bruscamente y retrocedió un poco para contemplar su obra. Luego asintió.

—Estupendo —dijo—. Ya está bien por hoy. Vete vistiendo mientras yo recojo. Me volví de espaldas y empecé a ponerme la ropa. Cuando acabé, me hizo señas para que fuera a ver sus dibujos.

—Bueno, ¿qué te parece?

La cara reflejaba un gran parecido. Había plasmado a la perfección la forma

de mi cabeza y mi barbilla, pero el pecho era como de una mujer mucho más formada que yo. Se parecía más al cuerpo de mi madre.

—Está muy bien. Pero me has pintado mayor de lo que soy.

—Es como yo te veo, sabes... Esto es una obra de arte, no una fotografía. En gran parte está en mi imaginación. Por eso era tan importante que te tocara. Espero que lo entiendas, Leigh —dijo, con expresión preocupada.

—Sí, lo comprendo —respondí, pero en realidad no lo entendía.

Tampoco entendía mis emociones. Me había sentido turbada, asustada y excitada al mismo tiempo. Era todo muy complicado y confuso. Me propuse comentárselo a mi madre como fuera.

Pero cuando Tony y yo llegamos a la casa, ella ya había salido. Había dejado una nota explicando que se iba a Boston a cenar y al teatro, con unas amigas suyas. Fue una sorpresa tanto para Tony cuanto para mí.

—Parece que vamos a cenar solos tú y yo otra vez esta noche —murmuró, dirigiéndose a su suite.

Poco después de subir yo a la mía vino Troy a verme. Su convalecencia de la varicela y el sarampión, las alergias y los resfriados le habían dejado pálido y delgado. A pesar de las horas que pasaba al aire libre, no se fortalecía. Como también había perdido un poco de peso, estaba demacrado, tenía los ojos hundidos y con unas profundas ojeras. Pese a su estado, entró entusiasmado en mi habitación a preguntarme cómo había ido el trabajo para la muñeca «Tatterton».

—¿Cuándo estará lista? —preguntó—. ¿Esta semana?

—No lo sé, Troy. Hoy lo único que hemos hecho han sido unos dibujos. Tony todavía tiene que pintarlos y luego empezará la escultura. ¿Has cenado ya?

—le pregunté.

Los médicos le habían recetado un régimen especial de comidas y no comía a la misma hora que nosotros. Yo sabía que aquello agradaba a mi madre, pero a él le disgustaba mucho tener que comer solo o únicamente con su enfermera.

—Sí. Y me he tenido que beber esa porquería otra vez —se lamentó.

—Es por tu bien, Troy, para que te pongas fuerte y puedas llevar de nuevo una vida normal. Te pondrás mejor y podrás ir a nadar y a montar al pony y...

—No —dijo con una terrible expresión de seguridad y gravedad. Algunas veces tenía los ojos tan duros y fríos como los de Tony—. Nunca me pondré bien y no viviré tantos años como la demás gente —añadió rotundamente.

—¡Troy! No digas esas cosas. ¡Eso es terrible! —le regañé.

—Pues es la verdad. Oí al doctor cuando se lo decía a la enfermera.

—¿Qué le dijo? —le pregunté, escandalizada de que un médico hiciera semejantes comentarios delante de su paciente.

—Dijo que yo era tan delicado como una flor y, lo mismo que una flor se marchita con el frío, yo me moriría si cogía alguna enfermedad un poco seria.

Me lo quedé mirando un momento. En cierto modo, las enfermedades le habían envejecido, le habían hecho madurar. En ese momento parecía un viejo dentro del cuerpo de un niño, con una expresión de sabiduría y experiencia en los ojos. Era como si los días que transcurrían fueran meses, y los meses, años. Tal vez su madurez le abriera una ventana hacia el futuro y por ella viera su propia muerte precoz. Yo me estremecí al pensarlo.

—Troy, lo que él quería decir es que si no te recuperas serás un niño enfermizo, pero te vas a poner mejor, ya verás. Eres muy pequeño todavía. Tienes mucho tiempo para irte recuperando y recobrando cada vez más fuerzas. Además, si te mueres, ¿quién sería mi hermanastro?

Se le iluminó la mirada al escucharme.

—¿Querrás que sea tu hermanito... siempre?

—Pues claro.

—¿Y no me dejarás nunca aquí solo? —me preguntó con el mismo escepticismo que Tony.

—¿Adónde iba a ir? Ahora, ésta es mi casa, lo mismo que la tuya.

Su sonrisa barrió la sombra de melancolía que se aferraba a su rostro. Le cogí suavemente por las muñecas y le abracé. Las lágrimas que se me agolpaban en las comisuras de los ojos iniciaron un lento descenso por mis mejillas. Cuando aflojó su abrazo y me las vio, se quedó perplejo.

—¿Por qué lloras, Leigh?

—Es que..., estoy muy contenta de tener un hermanito para siempre, Troy. Su cara resplandecía de felicidad. Me pareció verle crecer y revitalizarse ante mis propios ojos.

Lo único que necesitaba realmente, pensé, era que alguien le quisiera y le diera cariño, alguien que le hiciera sentirse querido. Tony le quería mucho, estaba segura, pero él estaba muy inmerso en sus negocios, no podía ser el padre que Troy necesitaba; y mi madre..., estaba tan ocupada con ella misma y tan asqueada de las enfermedades de Troy, que ni siquiera le veía. Me daba la impresión de que cuando mi madre le miraba, era como si no le viera; y Troy, que era un niño muy sensible, seguramente se sentiría insignificante y muy solo a causa de todo aquello. Fui consciente de que en realidad sólo me tenía a mí.

En cierto aspecto, yo me sentía exactamente igual que él. Ahora, mi madre muchas veces me miraba sin verme, con la cabeza en sus propios asuntos y sus propias ocupaciones. Y mi padre tenía un nuevo amor. Troy y yo éramos dos huérfanos abandonados a nosotros mismos en aquel caserón, rodeados de cosas que otros niños y otros adolescentes soñarían con

poseer. Pero las cosas, sin afecto ni personas a las que querer y que te quieran, son sólo eso: cosas.

—¿Vendrás a mi dormitorio después de cenar a leerme un cuento, Leigh? —me preguntó.

—Sí, te lo prometo.

—Bueno. Ahora voy a ver a Tony —dijo—. No te olvides —añadió.

Y salió corriendo, dando trompicones sobre sus flacas piernecitas. Me hizo gracia, pero luego me dio lástima. Me cambié y me vestí para la cena.

Cuando bajé, Tony ya estaba en el comedor.

—¿Qué tal estás? ¿Cansada? —me preguntó.

—Sí, aunque no sé por qué resulta tan cansado posar... No hay que hacer nada.

—No subestimes lo que estás haciendo. Es un trabajo. Tú también te tienes que concentrar y no te olvides de lo nerviosa que estabas. Eso es agotador. Mañana estarás menos nerviosa y a medida que vayan pasando los días, te encontrarás cada vez más tranquila.

—¿Cuántos días tardaremos, Tony? —le pregunté; había dicho «a medida que vayan pasando los días»...

—Bueno, unos cuantos. La pintura en sí me llevará bastante tiempo. Quiero lograr el tono exacto de tu piel, tus ojos y tu pelo. Y luego hay que contar con la escultura. No debemos precipitarnos —dijo con una sonrisa.

Yo no sabía qué decir. Parecía que fuera a pasarse el verano entero en la casita conmigo, allí desnuda... ¿Volvería a tener que tocarme de aquella manera? ¿Conseguiría yo acostumbrarme realmente a aquello? ¿Y su trabajo, la marcha de su negocio...?

—¿Y no tienes otras obligaciones?

—Tengo unos ayudantes muy competentes, y como ya te he dicho, éste es uno de los proyectos más importantes de la empresa «Tatterton». —Me dio unas palmaditas en la mano—. No te preocupes, tendrás mucho tiempo libre, todo el que quieras.

Asentí. ¿Cómo iba a contarle cuál era mi verdadera preocupación? ¿A quién se lo podía decir? ¿Dónde estaba mi madre cuando la necesitaba? ¿Dónde estaba mi padre?

Después de cenar subí a las habitaciones de Troy a leerle algún cuento, pero la enfermera me salió al encuentro y me dijo que ya se había dormido.

—Estas medicinas le tienen agotado —me explicó—. Ha aguantado todo lo que ha podido, pero se le cerraron los ojos.

—Voy a asomar la cabeza un momento —dije, y me acerqué a la puerta de su dormitorio.

Siempre tenía un aspecto diminuto y frágil en su enorme cama, pero esa noche, por lo menos, me pareció que se había dormido con unos colores

más saludables en la cara. Me propuse pasar más tiempo con él y contribuir a su recuperación. Aquello me distraería de mis propios problemas. Estuve leyendo y escuchando la radio en mi suite y luego intenté dormir, pero en cuanto me metí en la cama y apagué la luz, no podía dejar de pensar en las manos de Tony sobre mi cuerpo desnudo, amasándome los pechos con las palmas de las manos, moviendo nerviosamente los globos oculares por debajo de los párpados, como dos animalillos redondos buscando una salida.

¿Qué pasaría al día siguiente?

Cuando me desperté a la mañana siguiente, me vestí y me dirigí en seguida a la suite de mamá, pero la puerta de su dormitorio estaba cerrada. Llamé suavemente.

—Mamá... Tengo que hablar contigo esta mañana —susurré a través de la puerta.

Esperé, pero no hubo respuesta.

—¿Mamá? —Levanté un poco la voz y esperé.

Seguía sin obtener respuesta. Frustrada, pero empeñada en hablar con ella de mi experiencia en la casita, abrí la puerta y me encontré con la cama sin abrir. Chocada y sorprendida, salí disparada hacia el comedor, donde encontré a Tony leyendo el Wall Street Journal y tomando el café.

—¿Y mi madre? —pregunté—. Parece que no ha dormido en su cama esta noche.

—Evidentemente —dijo él como sin darle importancia y volviendo la página.

—¿Pues dónde ha pasado la noche?

Él plegó el periódico con expresión de fastidio. No estaba molesto conmigo, estaba enfadado con su mujer.

—Telefoneó alrededor de las once diciendo que sus amigas y ella habían decidido quedarse a pasar la noche en Boston. Y hoy tengo que mandarle a Miles al hotel con ropa.

—Pues..., ¿cuándo piensa volver a casa?

Él se encogió de hombros.

—Sé tan poco como tú..., o, probablemente, menos. —Me taladró con la mirada.

Después hizo una inclinación de cabeza en dirección de Curtis, que había permanecido inmóvil como una estatua en un rincón, y le pidió que nos sirviera el desayuno. Yo no sabía qué hacer. No quería regresar a la casita sin hablar primero con mi madre al respecto. Pero ella no estaba y Tony estaba impaciente por continuar.

—¿Por qué no te pones esta mañana una de esas batitas de algodón? —me

sugirió—. Sería más sencillo si no te pones nada debajo —añadió—. Hoy hace mucho calor.

¿Nada debajo? Ni bragas ni sujetador..., ¿sólo la bata?

Él advirtió la expresión de mi cara.

—Es más práctico —añadió.

Yo asentí. Después de desayunar subí a mi suite e hice lo que me había sugerido él. Contrariamente a lo que me había dicho, no me sentía menos nerviosa esa mañana, a pesar de ser la segunda sesión. Él estaba tan animado como el día anterior cuando nos dirigimos a la casita a través del laberinto, incluso más, acaso. En seguida lo tuvo todo preparado y esta vez no se molestó en tranquilizarme.

—Hoy voy a pintar —anunció—. ¿Lista?

Yo miré las ventanas. Tenían los estores bajados, pero él los había subido unos centímetros para que entrara una brisa. Le miré: me estaba observando con expectación. Tuve la tentación de salir corriendo de allí. Los labios empezaron a temblarme.

—¿Qué te pasa? —me preguntó al ver mi desazón.

—Es que yo...

—Pobrecita. Te estoy presionando sin consideración por tus sentimientos. Lo siento, Leigh —me dijo abrazándome—. Ya sé que esto no te resulta nada fácil, porque es una dura experiencia..., pero ayer fue todo muy bien.

Pensaba que ya habías superado la timidez inicial. Bueno, ahora haz una profunda inspiración y piensa en la obra tan maravillosa que vamos a hacer los dos juntos, ¿de acuerdo?

Cerré los ojos, respiré hondo pero mi corazón seguía palpitando tan fuerte, que creía que me iba a desmayar. Él advirtió que estaba temblando.

—Mira, ¿sabes qué? No hace falta que te quedes de pie. Puedes tumbarte en el sofá.

—¿En el sofá?

—Sí. Yo te ayudaré. Cierra los ojos y no los abras. Venga —me alentó.

Yo le obedecí.

—Tranquila. Muy bien, así..., así...

Yo noté que me cogía la bata de algodón a la altura de la cintura y luego que me subía, muy despacio.

—Levanta los brazos, por favor —susurró.

Los alcé y él me pasó la bata por la cabeza con mucho cuidado, con la misma delicadeza que si me la estuviera levantando una leve brisa. Yo mantuve los ojos cerrados después de que Tony me la sacara completamente por los brazos. La dejó a un lado y luego me cogió por los hombros y me guió lentamente hasta el sofá.

—Échate aquí. Ponte cómoda —me dijo.

Recosté la cabeza en la almohada que él había colocado contra el brazo del sofá y abrí los ojos. Él estaba de pie a mi lado, mirándome y sonriéndome.

—Muy bien. ¿Ves qué fácil ha sido...?

Se fue al caballete y empezó a pintar. El tiempo parecía transcurrir más despacio que el día anterior. No descansamos hasta la hora del almuerzo. Cuando me comunicó que era la hora de comer, me tendió la sábana que me había puesto el día anterior. Me la cerré y me la ceñí en torno al cuerpo. Volvimos a comer bocadillos y vino. Tony me habló de algunas de sus fantásticas ideas para la comercialización de sus muñecas retrato. Cuanto más hablaba, más tranquila me iba quedando. Pero cuando regresamos al trabajo, me sorprendió una vez más.

—No tienes que estar de cara. Necesito una perspectiva de espaldas —me dijo.

—¿Y qué tengo que hacer?

—Nada, sólo tumbarte boca abajo. Yo vacilaba.

—Vamos, vamos. Ya te quitaré yo la sábana cuando esté listo.

Yo hice lo que me pedía. Él preparó otro lienzo y luego se acercó al sofá.

Primero me acarició el pelo.

—¿Qué tal? —me preguntó.

—Bien.

—Estupendo. Pues empecemos —dijo soltándome el broche de la túnica.

Me la quitó y se quedó junto a mí, mirándome.

—Perfecto —dijo en un murmullo casi inaudible. Regresó junto a su caballete y se puso a pintar. Y pasaron siglos, hasta que empezó a protestar como el día anterior.

—No me gusta, no me gusta... —decía. Yo le miré. Él me observaba fijamente, pellizcándose la barbilla. Y luego se me acercó—. Tranquila...

Apoyó la palma de la mano en la zona lumbar de mi espalda. La fue subiendo hasta el cuello y volvió a bajarla, pero no se detuvo donde había iniciado el movimiento, sino que siguió bajando hasta mis nalgas. Y allí se rezagó, apretándome suavemente la carne con los dedos. Después se levantó, suspiró y reanudó su trabajo.

Se entregó a su obra con renovado frenesí. Le inspiraba mucho tocarme.

Ese día, cuando terminamos, parecía exhausto. Era casi incapaz de hablar.

—Bueno, basta por hoy —declaró.

Yo me puse la bata de algodón y me acerqué al caballete. Una vez más, la semejanza era correcta, pero el cuerpo que había pintado no era el mío, era más bien de mi madre. Él se dio cuenta de mi cara de sorpresa.

—Pues así es como te veo yo —me explicó—. Es como te descubro con las yemas de los dedos.

La expresión de sus ojos me alborotó el corazón. Me besó en la frente y me

dijo:

—Eres maravillosa. Eres capaz de hacer de cualquiera un artista...

Yo no sabía qué contestarle. Sus palabras me turbaban y al mismo tiempo me halagaban, pero aquella mirada tan embriagadora me hacía estremecer. Finalmente, recogió todos los bártulos y nos fuimos. Le seguí a través del laberinto, por sus sombras alargadas y sus pasadizos. Mi cuerpo se debatía presa de una tormenta de emociones contradictorias. Cuando desembocamos al fin al otro lado del laberinto, me pareció que salía de un mundo imaginario y penetraba de nuevo en la realidad.

Me apresuré a entrar en la casa y subí a mi suite, sin pararme siquiera a comprobar si mi madre había vuelto de Boston. Cerré en seguida la puerta para recobrar aliento. Mi cuerpo todavía latía con el recuerdo de los dedos de Tony recorriéndome por todas partes, convirtiéndome en la mujer que él quería que fuera.

!! [HYPERLINK \l "INDICE" ¶](#) ⊥

capítulo xiv.

El regreso de papá

Oí a mi madre subir a su suite. Se reía y hablaba animadamente con una de las doncellas. Me precipité a la puerta de mi cuarto cuando ella cruzó por delante.

—¡Mamá! —la llamé.

Ella se volvió rápidamente.

—Oh, Leigh... Precisamente estábamos hablando de ti Tony y yo. Me ha dicho que todo estaba saliendo de maravilla. Estoy encantada. Dame un minuto para ducharme y cambiarme y luego ven a mi suite, que te contaré lo bien que lo he pasado en Boston, en el teatro y en el hotel fabuloso donde nos hemos alojado mis amigas y yo. Era el lujo de los lujos —dijo dirigiéndose a sus aposentos.

—¡Mamá! —le grité para detenerla—, tengo que hablar contigo ahora mismo.

—¿Ahora mismo? —me miró meneando la cabeza—. Desde luego, Leigh, tendrás que esperar un momento a que me arregle un poquito. Ya sabes cuánto me molesta viajar.

—Pero, mamá...

—Te avisaré en cuanto esté lista. No tardaré —me prometió, y se alejó antes de que yo pudiera protestar más.

Pero pasaron cerca de dos horas antes de que me avisara por fin. Se había duchado, vestido, peinado y maquillado, porque dos amigos de Tony venían a cenar a casa esa noche con sus esposas.

—Bueno, ¿qué era eso tan urgente? —inquirió cuando penetré en su habitación.

Estaba sentada ante su tocador acabando de retocarse el pelo y me

miraba por el espejo.

—Se trata de las sesiones para la muñeca retrato —le dije.

Parecía que no me estuviera escuchando. Esperé mientras se entretenía con unos mechones sueltos. Finalmente se volvió hacia mí.

—¿Qué?

—No puedo seguir con esto, mamá —le dije y me eché a llorar.

Ella se levantó de un brinco y se dirigió a toda prisa a la puerta para cerrarla.

—¿Pero qué pasa? No puedes hacerme esto ahora, armarme una escenita...

¿Quieres que te oiga algún criado? Y los invitados llegarán de un momento a otro. ¿Cuál es el problema? —exclamó frenética.

—Oh, mamá, ya era bastante violento posar desnuda delante de Tony mientras me dibujaba, pero que me toque...

—¿Qué te toque...? ¿Qué estás diciendo, Leigh? Deja de lloriquear y de decir bobadas como una niña pequeña.

Me enjuagué en seguida los ojos y me senté en la cama, mirándola cara a cara. Después le expliqué brevemente lo que Tony había hecho y había dicho.

Ella me escuchó atentamente, casi sin cambiar de expresión. Lo único que hizo fue fruncir un poco el ceño y apretar un poco la comisura de los labios.

—¿Eso es todo? —me preguntó cuando terminé.

Y luego se volvió de nuevo hacia su espejo.

—¿No te parece bastante? —grité.

—Pero él no te ha hecho nada, ¿verdad? Tú misma me has dicho que ha estado todo el tiempo intentando que te relajaras. Me parece muy considerado.

—Pero mamá, ¿es que me va a tener que tocar para pintarme y crear el modelo?

—Es comprensible —contestó—. Una vez leí algo acerca de un ciego que esculpía sólo al sentido del tacto.

—¡Pero Tony no está ciego! —protesté.

—Así y todo, únicamente intenta intensificar sus sensaciones —dijo pintándose los labios—. Lo que estáis haciendo es fantástico..., para los dos.

Él está tan entusiasmado, tan contento... Si quieres que te diga la verdad, Leigh —me dijo volviéndose hacia mí—, antes de que emprendiera este proyecto, creía que me volvería loca. Se pasaba los días y las noches a la puerta de mi dormitorio, exigiendo mi atención. No me imaginaba lo posesivo que llegaría a ser, ni su necesidad de estar ocupado. ¡Un hombre como Tony podría acabar con una mujer por agotamiento! —declaró. Y después me sonrió—. Piensa en la muñeca, y en todo lo que ello significará. Todo el mundo hablará de ellas y de ti.

—Mamá, he pensado mucho en la muñeca y los dibujos de Tony.

—¿Sí...?

—Pues..., que no están bien.

—No me lo puedo creer, Leigh. Sé que Tony es un artista, he visto algunas de sus creaciones.

—Yo no digo que no sea un artista, mamá. Me ha dibujado la cara muy bien, y los dibujos reflejan un gran parecido, pero...

—Pero... ¿Pero qué? No te aclaras y tenemos que arreglarnos para la cena —dijo con mohín enfadado.

—El resto de mi cuerpo no se me parece nada. ¡Se parece al tuyo! —exclamé. Ella se me quedó mirando un momento. Entonces me embargó una oleada de alivio. Por fin había comprendido mamá por qué estaba yo tan trastornada. Pero de repente, me sonrió.

—Es maravilloso —declaró—. Absolutamente maravilloso.

—¿El qué?

—Qué inteligente... Está combinándonos a las dos en su fabulosa obra de arte. Bueno, supongo que debía figurármelo: está completamente obsesionado conmigo. No piensa más que en mí día y noche —dijo jugueteando con su cabello. Luego se volvió hacia mí—: No debes reprochárselo, Leigh. Sencillamente, no puede evitarlo.

»Ahora entenderás —prosiguió— por qué me escapo algunas veces, por qué necesito un respiro, por qué debo distraerle de alguna manera. Es tan complicado cuando un hombre venera literalmente el suelo que pisas. —Suspiró—. Algunas veces, desearía que se pareciera un poco a tu padre. Consultó su reloj de brillantes.

—¿No pensarás cenar así vestida, supongo? Ponte algo más formal esta noche. Nuestros invitados son gente muy rica e importante. Me gustaría que les dieras buena impresión.

Y volvió a contemplarse en el espejo.

—Entonces, ¿te parece todo correcto? —le pregunté.

—¿Todo? Oh, claro, claro. No seas boba, Leigh. Tony no tardará mucho en acabar esto y luego tendrá otras ocupaciones en que gastar sus energías, esperemos...

Hizo una pausa, me miró brevemente y luego se levantó para abrir su joyero y elegir unos anillos.

Yo me levanté muy despacio de su cama y me dirigí a la puerta. Cuando me volví a mirar, ella estaba meneando la cabeza, rechazando las primeras alhajas que había escogido. Ya había dado por concluida nuestra charla.

Acaso mi madre le comentara algo a Tony acerca de nuestra conversación, porque el día siguiente, cuando volvimos a la casita, él procuró no tocarme. De hecho, se concentró mucho más en su tarea, y algunas veces me daba

la sensación de que no me miraba a mí, sino a alguna imagen suya interior, cuando posaba los ojos en mí. Hablamos bastante poco hasta la hora del almuerzo e incluso entonces, él estuvo como distraído, levantándose de vez en cuando a comprobar algunas cosas del lienzo para regresar luego a la mesa.

Dedicó casi medio día a pintarme los pies y las manos, estudiándome los, y murmurando para sí mismo mientras contemplaba sus dibujos. Una tarde, me aburría tanto que me quedé dormida unos minutos. Si se dio cuenta, no me lo dijo. Al final de la primera semana, me había dibujado desde todos los ángulos.

Todas las noches, a la hora de la cena, el principal tema de conversación era su obra, aunque tuviéramos convidados; sin embargo, advertí que Tony y mi madre eludían comentar el hecho de que yo posaba desnuda. No volví a quejarme a mi madre sobre ese particular, pero estaba deseando que todo aquello acabara de una vez. Después, a principios de la segunda semana, Tony anunció que iba a empezar la escultura que serviría de modelo para la muñeca. Yo me preguntaba para qué me necesitaba, puesto que ya había completado las pinturas.

—Ahora vamos a iniciar el trabajo en tres dimensiones —me explicó—. Es cuando más te voy a necesitar. Colocó todas las pinturas alineadas en varios caballetes, para usarlas como referencia y empezó lo que, según sus promesas, sería la última etapa del proceso.

Yo no entendí lo que quería decir hasta que empezó a trabajar. Entonces se reanudó todo aquel infierno una vez más. En comparación con lo que me hacía ahora, todo lo que me había tocado anteriormente para realzar sus habilidades pictóricas era una nadería. Cuando empezó a modelar con arcilla, se interrumpía cada cinco o diez minutos a tocarme, o como decía él, a «captar artísticamente la experiencia de mi cuerpo».

Me cogía la cara entre las dos manos, cerraba los ojos, inclinaba la cabeza hacia atrás y luego regresaba a toda prisa a su mesa a modelar la arcilla. Reseguía las líneas de mi cara, me pellizcaba suavemente las orejas o apoyaba las yemas de los dedos en mis párpados, advertía una intensidad y una concentración que me sorprendían y me asustaban, porque enrojecía y enarcaba las cejas como enloquecido.

La cara de la muñeca fue surgiendo del bloque de arcilla, exactamente igual que él había descrito a Venus saliendo de las olas. Yo la observaba cobrar forma y anticipaba sus siguientes gestos. Cuando terminó de modelar los hombros, vino a perfilar las clavículas, deslizando suavemente los dedos por mi piel. Confirmó con las yemas de los dedos cada centímetro de mi pecho, descendiendo lentamente por mi torso, hasta que se decidió a plasmarlo en su obra.

Cuando llegó al inicio de mis senos, di un respingo. Él se quedó inmóvil, con los ojos cerrados.

—Tranquila —susurró—, todo va bien. Mis dedos te transportan desde aquí a la escultura, donde te hacen brotar, tal y como yo esperaba.

Me amasó los pechos, me los palpó y resiguió su contorno durante una eternidad. Yo no podía reprimir el temblor de mi cuerpo, pero una vez más, si él lo advirtió, no dio muestras de ello. Finalmente, levantó las manos de mi pecho y volvió a su escultura. Y repitió ese proceso una y otra vez. Cada vez que él se acercaba a mi cuerpo, me daba la sensación de que me derretía y me fundía en un bloque blando y caliente de arcilla, en lugar de brotar de ella. Al final de aquella sesión, él se hallaba de rodillas, pasándome las palmas de las manos por el bajo vientre y la parte interior de los muslos, una y otra vez, sobándome como si yo fuera realmente de arcilla y él me estuviera modelando. Me habría gustado protestar, preguntar, acabar con aquello, pero me dio miedo de que, hiciera lo que hiciera, sólo conseguiría prolongar el martirio, así que aguanté firme, con los ojos cerrados.

Finalmente me dijo que me vistiera.

—Voy a darle los toques finales y lo dejaremos por hoy —me dijo.

Después de vestirme me acerqué a mirar la escultura. Como en los dibujos, la cara tenía una gran semejanza, pero el cuerpo de la muñeca era más bien el de mi madre.

—No te necesitaré durante unos días —dijo mirando para otro lado—. Seguiré trabajando a partir de los dibujos y las pinturas y después te llamaré para la última sesión de comprobaciones. ¿De acuerdo?

Clavó los ojos en mí un instante y luego desvió la mirada en seguida. Yo asentí. La jornada me había dejado exhausta, tensa y excitadísima. Me sentía confusa, dividida entre un apetito por algo indescriptible y las ganas de salir de allí y no volver nunca más.

Tony tenía razón en cuanto a que yo acabaría aprendiéndome el recorrido por el laberinto. Salí corriendo por sus verdes avenidas, doblé correctamente todos los recodos y asomé por el otro lado como si me persiguiera un loco. Me precipité al interior de la casa y cuando estaba subiendo la escalera, mamá salió de la sala de música, acompañada por una de sus amigas.

—¿Cómo os ha ido hoy, Leigh?

La miré y meneé la cabeza, incapaz de pronunciar palabra, temiendo que si empezaba, me echaría a llorar y la pondría en un aprieto. Ella vio la expresión de mi rostro y subrayó su pregunta con una carcajada argentina. Su risa me persiguió por la escalera hasta mi habitación, donde me quité la ropa rápidamente y me preparé un baño. No me sentí relajada y limpia de nuevo hasta que me froté todo el cuerpo y me quedé en remojo más de quince

minutos. Me estaba quedando medio dormida en el baño cuando la oí entrar. Se detuvo en el umbral del cuarto de baño.

—¿Pero qué te pasa, para portarte así delante de la señora Wainscoat? — estalló frenética, recorriendo a grandes zancadas mi cuarto de baño y gesticulando con las manos en alto—. No puedes imaginarte lo cotilla que es esa mujer.

Por una vez ignoré sus histerismos.

—Ay, mamá, hoy ha sido mucho peor que ningún día. Tony..., me ha puesto las manos por todas partes..., ¡me ha tocado por todo el cuerpo! —grité. Ella meneó la cabeza y me di cuenta de que no me escuchaba. ¿Qué tendría que contarle para que escuchara mis gritos de socorro?

—Me ha hecho todo lo que hace con la arcilla, me ha acariciado, me ha sobado durante ratos larguísimos...

Mamá estaba que bufaba.

—Acaba de decirme que casi ha terminado y que sólo te va a necesitar una vez más. ¿Es cierto?

—Sí, pero...

—Pues deja de gimotear como una niña pequeña. Ya lo has hecho y estoy segura de que será maravilloso.

»Además —prosiguió—, no he venido por eso. Te han dejado un recado por teléfono y mañana tienes una cita con tu padre. Acaba de llegar. Quiere invitarte a almorzar, en Boston.

—¿Ha regresado papá?

Oh, gracias a Dios, pensé. Gracias al cielo. Ahora tendré a quien me escuche y me ayude. Papá había vuelto.

A la mañana siguiente estaba tan excitada que dediqué un tiempo extraordinario a arreglarme y luego me pavoneé ante el espejo durante un buen rato. Me sorprendió mi semejanza con mi madre. ¿Sería aquélla la causa del comportamiento de Tony..., sería culpa mía después de todo? Me avergonzó ese pensamiento durante un momento; pero luego decreté que fuera cual fuera la auténtica causa, yo no era responsable de nada. Tony era un adulto... ¡y era mi padrastro!

Me cepillé el pelo hasta sacarle destellos y luego me hice una coleta con un lazo rosa, como le gustaba a papá. Me puse una chispa de carmín en los labios y elegí un conjunto azul celeste, de una tela vaporosa muy bonita. Me puse los pendientes con una perla que me había regalado papá a la vuelta de uno de sus viajes por el Caribe.

Cuando me miré al espejo, esperaba parecerle mucho mayor. Eso era muy importante, porque pensaba contarle todo lo que había pasado, sobre todo lo de posar para la muñeca retrato. Abrigaba la secreta esperanza de que se me llevara a vivir con él, me buscara algún preceptor para cuando le

acompañara en sus viajes. Sólo quería demostrarle que ya era lo bastante mayor para estar sola. Él comprendería mi necesidad de alejarme de mamá y de Tony. Lo único que me disgustaba era separarme del pequeño Troy, pero no había otro remedio. Tenía que irme de allí.

Al pasar bajo la gran portalada de «Farthy» y mientras nos íbamos alejando, mi corazón palpitaba atropelladamente. ¿Qué aspecto tendría papá? ¿Todavía llevaría barba? Estaba deseando inhalar su loción de afeitarse y el aroma de su pipa, sentir su abrazo contra su americana de mezclilla, mientras me cubría de besos el pelo y la frente. Tenía tantas ganas de verle. Le necesitaba tanto que no había vuelto a pensar en lo relativo a mi paternidad. Nada estaba más lejos de mis pensamientos que la certeza de que él no era mi verdadero padre.

Cuando llegamos al hotel le pedí al recepcionista que comunicara a mi padre que su hija estaba allí. Pensaba abalanzarme a sus brazos en cuanto le viera aparecer. Me quede mirando el indicador del ascensor, que iba bajando de piso en piso cinco, cuatro, tres, dos... Las puertas se abrieron y papá salió del ascensor, pero yo no me eché en sus brazos como tenía planeado. Llevaba de la mano a una mujer. Ella era delgada, con el pelo moreno, entrecanoso, cortado en una melenita muy corta, y muy alta, tan alta como mi padre. Llevaba un traje sastre azul marino y zapatos bajos. Papá me sonrió, pero sin soltar la mano de aquella mujer. Ella también me sonrió y ambos se me acercaron. Yo me quede petrificada, con el corazón en un puño. Aquella debía de ser la mujer que él había mencionado en sus cartas, la mujer que según él le hacía feliz, Mildred Pierce.

—Leigh —me dijo papá, tendiéndome por fin los brazos.

Yo le devolví el abrazo, pero retrocedí rápidamente a mirar a Mildred Pierce con mayor detenimiento. A diferencia de mamá, tenía la tez muy pálida, la cara angulosa y los ojos hundidos y oscuros. Sus labios finos forzaban una sonrisa como de goma. Papá apoyó las manos sobre mis hombros.

—Pareces mayor y estas más guapa que nunca —me dijo papá.

—Gracias, papá —respondí.

Eran las palabras que esperaba, que deseaba escuchar pero en ese instante dejaron de importarme. Yo seguía observando a la mujer que estaba delante.

—Leigh, te presento a Mildred —me dijo papá.

—Hola, Leigh. He oído hablar mucho de ti. Tenía muchas ganas de conocerte

—me dijo ella, tendiéndome la mano.

Tenía los dedos largos y finos, pero sus manos distaban mucho de ser tan suaves y femeninas como las de mamá.

—Hola —contesté, estrechándole la mano.

—¿Tienes hambre? —me preguntó mi padre—. He reservado una mesa para los tres en el mismo hotel. Me pareció más conveniente. Bueno, en realidad

—añadió volviendo a coger la mano de Mildred—, se le ocurrió a Mildred. Es una organizadora magnífica lo que se dice una alhaja

—Oh, Cleave, solo hago lo que me parece más práctico.

—Muy propio de ella quitarle importancia a su trabajo. Mildred es contable, Leigh, así que sabe muy bien lo que es la eficiencia.

—Pero no hablemos de mí —dijo Mildred cogiéndome de la mano y conduciéndonos hacia el restaurante del hotel—. Hablemos de ti. Quiero que me cuentes tus cosas, yo también tengo dos hijos, ¿sabes?

—¿Ah, sí?

—Sí. Son ya mayores y están casados y tienen hijos, así que me he quedado sin retoños que cuidar.

—Bueno, yo tampoco soy un retoño —repliqué.

—Claro que no, querida —dijo Mildred, guiñándole un ojo a papá—. Es evidente que eres una señorita.

Entramos en el restaurante y el maître nos guió hasta nuestra mesa.

Cuando nos sentamos, observé a mi padre más atentamente. No había grandes cambios en su apariencia, aunque parecía mucho más contento que la última vez que le vi. Llevaba la barba cuidada, tenía las mejillas sonrosadas. Me pareció que llevaba el pelo más corto, pero lucía el traje y la corbata de siempre, lo que mamá llamaba desesperada su «uniforme».

—Cuéntame ¿qué tal el nuevo colegio? —pregunto papá.

—Muy bueno —repose escuetamente.

—¿Solo muy bueno?

—Es un buen colegio —confesé—, pero yo prefiero ir al instituto, y ninguno de los profesores era tan bueno como el señor Abrams —añadí rápidamente.

—El señor Abrams era el preceptor de Leigh cuando emprendíamos algún crucero durante el curso escolar —le explicó papá a Mildred.

Ella asintió con aprobación.

—Estoy deseando hacer otro viaje —dije.

Papá asintió, con los ojos risueños, pero no pronunció el ofrecimiento que yo esperaba.

—¿Y qué tal está tu madre? —me preguntó.

—Muy contenta, supongo. Muy atareada jugando al bridge, yendo al teatro y de compras con sus amigas.

—¿Y el señor Tatterton? Le irán bien los negocios...

Pensé que aquella era la mejor oportunidad para hablar de la muñeca retrato, pero no quería hacerlo delante de esa mujer casi desconocida.

Decidí aplazarlo para cuando papá y yo estuviéramos solos.

—Supongo que sí. Te he echado de menos, papá —le dije.

Quería hablar únicamente de él y yo. Una vez más, asintió sin decir ninguna de las cosas que yo esperaba oír. Quería que me dijera cuánto me había

añorado, y cuántas ganas tenía de llevarme con él. Quería que me explicara que estaríamos más tiempo juntos y quería que me propusiera un viaje, algún plan para estar más cerca, pero en cambio, cogió la carta.

—Vamos a pedir la comida. Me muero de hambre.

A mí me importaba bien poco comer. Me daba igual no comer en absoluto.

—Ayer tomamos el asado inglés —dijo Mildred—. Si te gusta, aquí lo hacen muy rico.

—¿Estabais aquí ayer? —pregunté en seguida, con estremecimiento de sorpresa y contrariedad.

—Oh... —ella miró a papá.

—Sí. Leigh, llevamos aquí algo más de una semana, pero no he querido llamarte hasta disponer de algo de tiempo para ti. Teníamos muchas cosas que hacer.

Yo no sabía qué decir. ¿Cómo había sido capaz de llevar tantos días en Boston sin llamarme? ¿Y todas aquellas frases de sus cartas, por lo menos las primeras, respecto a lo que me echaba en falta? ¿Qué había sido de sus promesas y sus declaraciones de cariño? Ni siquiera intenté disimular mi expresión de desengaño. Ellos se miraron de refilón.

—Estaba abrumado de trabajo —continuó papá—. He planeado un nuevo crucero maravilloso. En realidad —dijo volviéndose hacia Mildred y cogiéndole la mano—, ha sido idea de Mildred, una idea estupenda. —Volvió a mirarme a mí—. Vamos a establecer una nueva línea de cruceros a Alaska. ¡A Alaska! Me imagino que pensarás que la gente no querrá ir porque cree que está todo helado, pero los veranos de Alaska tal vez sean los veranos más hermosos del mundo. ¡Mildred ya ha estado allí y los conoce! —exclamó—. Ya te contará.

—Alaska me importa un pimiento —dije ásperamente reprimiendo las lágrimas que pugnaban por salir.

—Oye, Leigh, eso es una grosería.

—No pasa nada, Cleave. Comprendo cómo se siente Leigh. Deberías de confesárselo todo —dijo Mildred con la cara muy seria.

—¿Todo?

Miré a mi padre. Él se irguió en su asiento.

—No ha sido el trabajo lo que nos ha tenido tan ocupados desde que regresamos a Europa —me dijo—. Mildred y yo nos hemos casado anteayer.

Tuve ganas de levantarme y salir corriendo del restaurante y del hotel. Me dieron ganas de correr hasta perder el conocimiento. Se me cayó el alma a los pies. El corazón se me salía del pecho y mi pecho se me convirtió en una cámara de resonancia. Papá se llevó la mano de Mildred a los labios y la miró

tiernamente. Luego se volvió hacia mí.

—Pensamos que lo mejor para todo el mundo sería casarnos solos, sin ceremonias, recepciones ni extravagancias. Mildred es muy práctica para estas cosas, y en este aspecto, nos parecemos mucho —dijo mi padre. Cada palabra suya parecía alejarse más y más de mí, como una hoja arrastrada por el viento, ascendiendo y descendiendo sobre un mar invisible, volando hacia el horizonte hasta perderla de vista, como un puntito contra el cielo gris.

—Tampoco se lo hemos dicho a mis hijos todavía —prosiguió Mildred. Supuse que aquello era para hacerme sentir más importante: me lo habían comunicado antes que a sus hijos. Pero a mí me daba igual.

—Mañana nos vamos a Maine —terminó mi padre.

—¿A Maine? ¿Mañana?

Las palabras martilleaban en mi cabeza. Me parecían irreales.

—Es donde viven los hijos de Mildred. Vamos a darles la grata sorpresa.

—Sí, como a mí —dije con amargura.

Papá pestañeó.

—Te lo fui insinuando en mis cartas —me dijo bajito—. Debías de habértelo figurado.

Pensé que así había sido, pero no quise admitirlo. Me había negado a aceptarlo, creando un nuevo mundo, un universo sólo para papá y yo, un mundo donde yo era la cosa más importante en su vida, un mundo tan feliz como el que había conocido antes. Pero mi frágil sueño se desmoronó. Se disipó en el aire.

—Sé que no va a ser fácil para ti, querida —dijo Mildred, cogiéndome una mano por encima de la mesa—. Has pasado una época turbulenta, pero te aseguro que haré todo lo que esté en mi mano para hacerte la vida más feliz y más agradable. Espero que, con el tiempo, me consideres como una segunda madre, una persona en quien confiar y apoyarte.

Miré a los ojos de aquella extraña, a aquella mujer tan distinta de mi madre. Parecía muy dura y muy severa. Incluso su sonrisa era un leve gesto eficiente en su rostro. ¿Confiar en la mujer que me había robado a mi padre..., la mujer que iba a llevárselo a otra familia? ¿Quiénes serían sus hijos a partir de ahora? ¿A quién dedicaría más tiempo y más atención?

—Y para eso Mildred es estupenda —dijo mi padre mirándola otra vez—. Es una consejera maravillosa. Me ha dado unos consejos magníficos durante los últimos meses. Si quieres que te diga la verdad, no sé lo que habría sido de mí sin ella...

¿Y por qué no has pensado lo mismo de mí, papá? ¿Por qué no has dicho nunca que sin mí no habrías sabido qué hacer? ¿Por qué te ha resultado tan fácil abandonarme?

—Mildred lo ha planeado todo meticulosa y cuidadosamente —prosiguió papá—. Así que ya no vas a tener que preocuparte más por mí. ¿Preocuparme por ti? ¿Y tú, por qué no te preocupas por mí?, le gritaba en silencio.

—Después de ver a sus hijos, iremos a Alaska de luna de miel, un viaje tanto de placer como para organizar el crucero. ¿No te parece muy práctico? Y después continuaremos viajando, primero a Europa, a las nuevas oficinas y de nuevo a Boston, en otoño. Pero no nos quedaremos aquí todo el invierno. Pensamos ir al Caribe y luego, en primavera, a Maine de vacaciones, con la familia de Mildred, y el próximo verano...

—¿Y yo qué...? —exclamé finalmente.

—Oh, pasaremos a verte siempre que podamos —dijo papá—. Mildred también lo organizará.

¿Que lo organizará Mildred? ¿Por qué había permitido mi padre que esa mujer dirigiera totalmente su vida?

—Exactamente, querida —dijo ella—. Estoy estudiando cuándo podremos llevarte de viaje con nosotros y cuándo podrás venir a quedarte con nosotros. Te llevaríamos mañana a Maine con nosotros pero...

—No quiero ir con vosotros a Maine —grité.

—Pero, Leigh... —Papá enarcó las cejas.

—No me interesa.

—Pues debería de interesarte —me dijo papá—. Si pretendes que se te considere una señorita, deberías, comportarte con más educación —me reprendió.

Mildred me miró con frialdad. Yo me concentré en la carta. Tenía una terrible opresión en el pecho, como si me pesaran todas las lágrimas que me había tragado.

—Bueno, bueno —dijo mi padre—, ¿qué os apetece comer? ¿Leigh?

—¿Qué tal el asado inglés? —propuso Mildred.

—Odio el asado inglés —le espeté—, y odio estar aquí y la odio a usted.

No pude evitarlo. Se me escapó, se me desató la lengua y ya no tenía remedio. Me levanté y salí corriendo del comedor, atravesé el vestíbulo del hotel y salí a la calle. Miles estaba adormilado en el asiento delantero de la limusina. Le desperté golpeando en su ventanilla. Él se desperezó de un brinco, extrañado de las lágrimas que me surcaban las mejillas.

—¿Qué ha pasado? ¿Qué ha pasado?

—Vámonos a «Farthy» —le ordené entrando en el coche—. Quiero irme de aquí.

—Pero...

—Por favor, llévame a casa.

Puso el motor en marcha. Al mirar por la ventanilla, vi a papá buscándome

ante la puerta del hotel. No advirtió la limusina hasta que Miles salió del aparcamiento. Entonces se abalanzó escaleras abajo.

—¡Leigh! —llamó.

Miles aflojó la marcha.

—No te pares, Miles —le ordené ásperamente en el mismo tono de mi madre.

Él obedeció y el automóvil siguió adelante. Mientras nos alejábamos del hotel, me volví una vez a mirar y vi a mi padre plantado en el centro de la calzada, con las manos en las caderas. Tras él llegaba su flamante esposa. Me volví y me eché a llorar con tantas ganas que me hacían daño los costados.

Cuando llegamos a «Farthy», me sentía vacía y exhausta.

Subí la escalinata del porche y entré en la casa, sin detenerme un segundo, hasta refugiarme en mi habitación. Una vez allí me arrojé encima de la cama. Aunque creía que no me quedarían lágrimas, seguí sollozando,; vertiendo torrentes de lágrimas, hasta que me quedé dormida. Luego noté que me zarandeaban y me desperté: Troy estaba a mi lado. Llevaba su trajecito de marinero. Me senté y me froté los ojos. Me miré al espejo y vi que tenía las mejillas húmedas de lágrimas.

—¿No lo has pasado bien con tu papá? —me preguntó Troy.

—Ay, Troy... —murmuré, abrazándole.

—¿Qué ha pasado, Leigh? —me miró con sus grandes ojos teñidos de preocupación—. ¿Por que lloras?

—Mi papá ya no es el mismo, Troy. Se ha vuelto a casar.

Troy parpadeó. Casi se podía leer sus pensamientos.

—¿Tienes otra mamá?

—No. Ella no es mi mamá. ¡Ni lo será NUNCA, NUNCA, NUNCA!

El niño me miraba. Él no tenía padre ni madre. No era difícil comprender su confusión ante mi rabia. Yo estaba segura de que le habría gustado tener la oportunidad de disfrutar de otros padres, y en cambio yo estaba rechazando a una madre como si fuera un objeto despreciable.

—Mi papá ya no me quiere tanto como antes —le expliqué—. Su nueva esposa tiene su propia familia y otros hijos, también.

Los ojos de Troy reflejaron una chispa de comprensión. Asintió con la cabeza.

—¿Quieres venir a jugar con el tren eléctrico? —me ofreció, para animarme. Yo le sonreí y le di un beso. Curiosamente, de pronto me entró mucha hambre. El disgusto me había dejado extenuada, pero ahora el estómago reclamaba alimento. Casi no había podido desayunar por los nervios, y, por supuesto, no había probado bocado antes de salir huyendo del restaurante.

—Bajaré a la cocina a que Rye me prepare algo de comer —le dije—. Y luego iré a jugar contigo.

—Te acompaño —se ofreció.

Esperó a que me lavara la cara y borrara todo rastro de lágrimas y de dolor. Me cepillé el pelo y le cogí de la mano. Cuando estábamos saliendo de mi cuarto, sonó el teléfono. Era mi padre.

—No cuelgues, Leigh, por favor —me dijo, anticipándose a mi primer pensamiento—. ¿Quieres escucharme? —me preguntó ante mi mutismo.

—Sí, papá, te escucho.

—Lo siento, siento mucho no haber ido a verte en cuanto llegué. Siento haberte dado la noticia de mi matrimonio de ese modo en el restaurante. Ha sido una falta de delicadeza por mi parte y te ruego que me perdones, Mildred está muy disgustada. Tenía un gran interés en caerte bien. Realmente, Leigh. Debes creerme. ¿Me crees? —me preguntó.

—Sí, papá —contesté secamente.

—Mildred dice que todo lo que te ha sucedido durante este último año ha sido una considerable carga emocional, añadida a la carga emocional normal de una adolescente para los tiempos que corren. Es muy sensata para estas cosas, sabes. Ella también tiene una hija. Espero que conozcas a sus dos hijos muy pronto.

Como no le contesté, prosiguió:

—Te habría pedido que vinieras con nosotros a Maine, pero...

—No puedo ir a Maine, papá. Estoy posando para un nuevo juguete «Tatterton», una muñeca retrato —le dije—, y me tiene muy ocupada.

—¡Ah...!

—Te lo habría contado si hubiéramos estado solos —le reproché.

—Podías habérmelo dicho durante el almuerzo. Mildred es mi esposa y quiere ser como una madre para ti.

—Ya tengo otra.

—Bueno, pues entonces, una buena amiga. Así que estás posando. Parece divertido. ¿Te gusta?

Dudé. ¿Debía soltárselo todo por teléfono, hacerle sentirse fatal por no haberse reunido conmigo a solas? Se presentaría inmediatamente en «Farthy», pediría explicaciones a mamá y a Tony y luego les pegaría una bronca y se me llevaría con él...

Pero entonces tendría que marcharme con él y su nueva esposa y sus hijos, su nueva familia. ¿Estaba dispuesta a eso?

—Sí, papá —repuse—. Me gusta mucho. Me voy a volver muy famosa —le dije con petulancia.

Él guardó silencio un buen rato.

—Bueno, pues me alegro por ti, Leigh. ¿Quieres que lo intentemos de nuevo..., que nos reunamos a cenar esta noche, por ejemplo?

—No, papá. Esta noche no puedo. Tengo que acostarme temprano porque

mañana tengo una sesión y he de estar despierta, fresca y descansada por dentro y por fuera —le dije.

Podía haberme preguntado por qué le había dicho «por dentro y por fuera», pero no lo hizo.

—Entonces, tal vez cuando volvamos de Maine —propuso.

—Tal vez.

—Leigh, por favor, te quiero mucho, créeme.

—Te creo, papá —respondí muy de prisa.

—Siempre serás mi princesita, pase lo que pase —añadió en una voz que me evocó cientos de recuerdos.

Cuánto le necesitaba a mi lado, cómo deseaba que me abrazara y me besara como hacía cuando regresaba de sus cruceros o sus viajes de negocios. Pero lo único que tenía era una tenue vocecita lejana por teléfono.

—Adiós, Leigh. Te llamaremos a la vuelta.

—Adiós, papá.

Colgué lentamente. Mi cuerpo empezó a estremecerse con sollozos sin lágrimas. Troy se me acercó corriendo y me abrazó.

—No llores, Leigh, por favor, no llores.

—No, no, Troy. —Contuve un momento la respiración y luego le sonreí—. Ya está. Vamos —le dije—. A ver qué puede darme Rye Whisky.

Le di la mano y fuimos a la cocina.

Aquella misma tarde mi madre subió a la suite de Troy a buscarme, curiosa acerca de mi encuentro con mi padre. Le sorprendió enterarse de que se había vuelto a casar y quiso averiguar todo lo posible acerca de mi nueva esposa. No le confesé que les había dejado plantados.

—Ella es alta y delgada y tiene la nariz grande y huesuda —le dije.

Mi madre sonrió.

—No tiene buen tipo. Está picada de viruela en la frente y parece que no se haya lavado el pelo en mucho tiempo, lo tiene pringoso y lleno de canas.

—Nunca permitiré que se me ponga el pelo gris —dijo mamá en seguida—. Es absolutamente innecesario que una mujer pase por ello.

—Es impresentable —continué, disfrutando con la destrucción de la nueva esposa de mi padre—, pero a papá le gusta porque es contable y muy eficiente.

—Justo la clase de mujer que le convenía. Pues lo habrás pasado fatal, pobrecita mía.

—Y también tiene familia, ¡hijos casados! —exclamé.

—¿En serio? ¡Extraordinario! ¿Y qué ha sido de su primer marido? —preguntó. Yo no sabía qué contestarle.

—Pues eso no me lo han dicho.

Ella asintió con la cabeza, con expresión indulgente.

—¿Y vas a volver a verles pronto? —me preguntó.

—No. Ahora van a ir a ver a la familia de ella y luego harán un crucero combinado de luna de miel y viaje de negocios.

Mi madre soltó una carcajada. Troy, que se había quedado sentado muy tranquilito junto a sus trenes, escuchándome, levantó la vista con una amplia sonrisa de extrañeza en la cara.

—¡No podía ser menos! Hará un viaje de novios deducible de los gastos de la empresa.

Cuando iba a salir del cuarto de jugar de Troy se volvió:

—Por cierto..., ¿le has contado que estás posando para la muñeca retrato? Intentó conferir a su pregunta un tono intrascendente, pero por el modo en que se le contrajo la cara, comprendí de repente que mi respuesta le produciría algo más que mera curiosidad.

—Sí —quise ser muy escueta.

Si tenía tantas ganas de saber qué le había dicho a papá, que me lo preguntara. No pensaba ponerle las cosas fáciles. Ella no me las había puesto a mí.

Me estudió un momento. ¿Fueron imaginaciones mías, o advertí realmente cierta aprensión en su mirada? La observé con atención. Sí, desde luego, estaba algo inquieta..., ¡tenía miedo! Vi que tragaba saliva antes de conseguir pronunciar:

—¿Y qué le ha parecido?

Le lancé una mirada penetrante.

—Le ha parecido fantástico. ¿Qué otra cosa se podía figurar?

El alivio dulcificó sus bonitos rasgos. Comprendió que yo no le había revelado toda la verdad a papá.

—Leigh, eres una chica muy lista y muy sensata para tu edad. Estoy muy orgullosa de ti. Ah... Tony y yo vamos a salir a cenar. Nos han invitado los Amberson. Ya sabes quién es el señor Amberson, ¿verdad? —No esperó a que le contestara—. Es un multimillonario, dueño de montones de industrias papeleras. Le sobra dinero por los cuatro costados y puede comprarse todo lo que se le antoja. ¡Absolutamente todo!

¿Era eso lo único que le preocupaba? ¡El dinero! ¡Las posesiones! ¿Es que su amor por el lujo y las riquezas era mayor que su amor por mí? Yo me lo iba temiendo más y más de día en día.

—Ah, por cierto... —continuó ya junto a la puerta de la suite de Troy—, Tony me ha encargado que te diga que mañana por la mañana te necesitará un ratito, por última vez. Ya casi ha terminado. ¿No te parece fantástico? Antes de que pudiera contestarle ya había emprendido la marcha hacia su

suite, a darse un baño y arreglarse para la cena.

Yo cerré la puerta con un rabioso portazo. Troy me miró con cara de susto. ¡Cómo me habría gustado chillarle a mamá! Una vez más, me decía lo que debía hacer sin la menor consideración por mis sentimientos.

Cada día que pasaba, la tela de araña en la que me había apresado mamá se cerraba más estrechamente sobre mí. ¿Cómo acabaría todo aquello? Me daba miedo la respuesta.

Tony no desayunó con nosotras a la mañana siguiente. Mamá me explicó que había madrugado y se había ido a la casita a trabajar. Yo debía ir allí en cuanto desayunara. Comí muy despacio mientras ella me describía su cena con los Amberson. Al cabo de un rato dejé de escucharla, sus palabras ronroneaban sobre mis pensamientos. Me sentía mucho más nerviosa ante esta sesión final con Tony que en todas las anteriores. Acaso fuera consecuencia de todos los sucesos dramáticos y terriblemente emocionales que me habían ocurrido.

Finalmente me levanté de la mesa, subí a mi suite y acabé de retocarme el pelo antes de dirigirme a la casita del laberinto. Hacía una mañana muy clara, más cálida de lo habitual. La brisa del océano era muy tenue y las nubes parecían suspendidas del cielo azul turquesa. Incluso los pájaros, en general muy alborotados y escandalosos, estaban callados. Me contemplaban con ojos como brasas. Se oía el zumbido de una lejana segadora de césped y de pronto gritó una golondrina, pero aparte de eso, el mundo parecía una pintura gigantesca en un lienzo gigantesco.

Todo ello hacía la inmovilidad y el silencio del laberinto todavía más intensos. Las sombras eran más negras, más profundas y más alargadas. Los rincones umbríos estaban más frescos y el aroma de los setos recién podados era más agreste. Mientras avanzaba por sus túneles, me parecía estar hundiéndome cada vez más profundamente en un mundo misterioso. Me volví una vez a mirar atrás y vi el tejado de «Farthy» poco antes de que desapareciera por detrás de un seto altísimo. Por alguna razón desconocida, me entró pánico y recorrí el resto del camino a todo correr, hasta llegar a la casita. Entonces me detuve a recobrar aliento. Sintiéndome muy tonta, me enjuagué la cara con el pañuelo, me eché el pelo hacia atrás, recobré la compostura y me dirigí a la casita. Tony estaba inclinado sobre la figura de arcilla, con las manos suspendidas sobre ella como si estuviera a punto de abrazarla contra su pecho. Se enderezó rápidamente con expresión adusta cuando me oyó entrar.

—No podía esperarte esta mañana. Estaba ansioso por terminar. Siéntate ahí —me dijo, señalando el sofá—. Sólo quiero hacer algunos retoques en la

cara de la muñeca. Así que —continuó mientras yo me sentaba frente a él—, ayer fuiste a ver a tu padre.

Empezó a trabajar con un cincel pequeñito.

—Sí.

—¿Y surgió algún problema? —me preguntó.

Yo clavé en él una mirada inquisitiva. Él supuso que me estaba preguntando cómo se había enterado.

—Me lo ha dicho Miles —añadió bajito—. Pero no le he dicho nada a tu madre —me guiñó un ojo—. Y supongo que, por lo que le has contado, tú tampoco.

—No quería que se disgustara.

—Claro. ¿Pero qué fue lo que te disgustó a ti? Vuélvete un poquito hacia la derecha. Un poco más. Así.

—Mi padre se ha vuelto a casar —dije.

—¿Y no te había dicho nada hasta entonces?

—No.

Tony meneó la cabeza.

—Los hombres podemos ser completamente imbéciles... —sonrió—. ¿No te ha gustado su nueva esposa?

—Estaba desconcertada con tantas novedades. Supongo que fui injusta —añadí.

Había pensado que debía de haber dado a mi padre y su nueva esposa otra oportunidad, aceptando ir a cenar con ellos. Pero ahora ya se habían marchado a Maine y no podía hacer nada.

—La verdad, no te imagino siendo injusta con nadie, Leigh. No hay persona más dulce ni más considerada. Se ve en cómo tratas a Troy —me dijo sonriéndome.

No le contesté.

—Sé que yo no soy un buen sustituto —prosiguió él—. Aunque me gustaría que me consideraras como un padre para ti. Sé que te parezco demasiado joven, pero tengo mucha experiencia. Mi fortuna y mis responsabilidades me han hecho madurar antes de lo normal...

Sonrió otra vez, cambió de sitio, me estudió, siguió trabajando y luego se detuvo una vez más a mirarme atentamente.

—En cualquier caso —dijo al cabo de un rato—, si tienes algún problema que no quieras discutir con tu madre, me gustaría que me lo consultaras a mí.

—Gracias, Tony.

—Me encantará ayudarte.

Estuvo modelando con diversas herramientas, raspando, dando algunos retoques, estudiándome y trabajando sucesivamente, durante una hora más o menos. Al final se incorporó y me anunció que había terminado.

—Ya está —declaró—. Tu trabajo ha terminado. Ahora encargaremos el

vaciado. Creo que se lo mandaré a pintar a uno de mis mejores artistas. ¿Ya estaba? ¿No tendría que volver a posar desnuda? Qué última jornada más relajada, pensé. Luego se me ocurrió que no había visto la escultura acabada.

—¿Puedo verla?

—Por supuesto —dijo él dando un paso atrás y señalando la figura con las dos manos.

Me levanté con presteza y la rodeé para verla de frente. En cuanto la miré, me ruboricé intensamente y se me cortó la respiración. Me daba vueltas la cabeza. Me inundó una oleada de calor, y luego me quedé helada. Mi cara era perfecta, pero había modelado mi cuerpo, todo mi cuerpo y con todo detalle, con tal exageración que le había conferido un aspecto francamente pornográfico. Y eso lo vería todo el mundo..., los chicos..., y todo el mundo.

—¿No te gusta? —me preguntó entrecerrando los ojos.

—Tony, no podemos enseñar esto a la gente. Es muy inconveniente. Las muñecas no tienen..., no tienen...

—¿Sexo? No, las muñecas no, pero una muñeca retrato es una obra de arte, ya te lo dije.

—¡No! —grité—. Te prohíbo que le pongas mi cara a esto. No lo consentiré —le dije.

—Pero si será sólo para ti. Esta muñeca no la verá nadie. Cada cual querrá tener la suya.

—Pero verán ésta antes de encargarse la suya...

—Estará vestida.

—¿Y entonces por qué la has hecho así?

Me miró y luego miró la muñeca, como si la respuesta se hallara en los labios de ésta. Luego tendió una mano y acarició la figura de barro. Mientras lo hacía, su mirada adquirió una expresión soñadora y distante, la misma que yo le había visto otras veces.

—Porque..., como ya te he dicho..., es una obra de arte,

—No. No voy a permitir que cuelgues una fotografía mía junto a esto. ¡Desde luego que no! —insistí.

Él se me quedó mirando un momento. Su mirada se endureció más que nunca. Perdió aquella expresión distante y clavó los ojos en mí.

—Muy bien —dijo con rabia—. La modificaré. Ya has terminado. Puedes irte.

Crucé la puerta. Al volverme a mirar, le vi de pie junto a la muñeca, mirándola con una expresión tan dura e inmutable como si fuera de piedra. Abandoné la casita y atravesé a buen paso el laberinto. A mitad de camino, me eché a correr, como para escapar de aquella imagen mía, desnuda y exhibida a todas las miradas.

!! [HYPERLINK \l "INDICE" ¶](#) ↓

capítulo xv.

Ángel

A pesar de que esperaba con muchas ganas las vacaciones de verano, me alegré de que terminaran para volver a Winterhaven. Echaba de menos a Jennifer. Le había mencionado lo de la muñeca retrato, pero no le había contado que había posado desnuda. Y no conseguí ir a visitarla. Cuando terminé la tarea de modelo, mamá encontró siempre alguna razón para no dejarme ir. Volví a pedírselo varias semanas antes de volver al colegio, pero entonces arguyó que no tardaría en ver de nuevo a mis amigas. A los pocos días decidió que quería que la acompañara a Nueva York a comprar ropa para el colegio y para ella también. Fue un viaje relámpago, porque en cuanto llegamos, decretó que hacía demasiado calor para quedarse allí. Tras pasar una sola noche en Nueva York y entrar en dos grandes almacenes, volvimos a «Farthy».

A lo largo de todo el mes de agosto, Tony no paró de viajar abriendo nuevos mercados por todo el país, para sus juguetes y en especial para las muñecas retrato. Yo no había visto todavía el producto acabado. Como me dijo, había encargado el trabajo más delicado a uno de sus mejores artesanos, un empleado procedente de Europa y que había realizado allí ese tipo de tarea. Tony nos dijo a mamá y a mí que no quería que viéramos la muñeca hasta que estuviera completamente rematada, hasta la última pestaña.

El cambio de tiempo produjo a Troy un nuevo tipo de alergia. Se puso tan malo a finales de agosto que hubo que ingresarle en el hospital. Los médicos le hicieron docenas de pruebas para descubrir los mejores antídotos contra sus afecciones. Miles me llevaba a verle todos los días, pero mamá no acudió ni una sola vez. Siempre parecía tener otras cosas que hacer... Por fin llegó el día de hacer el equipaje para regresar a Winterhaven. Las clases en el colegio privado empezaban una semana antes que en el instituto. Había hecho uno de los veranos más calurosos que se recordaran, pero a últimos de agosto, el tiempo dio un vuelco. El otoño se presentó tormentoso, con vientos y lluvias, cambiando el color de las hojas de los árboles casi de la noche a la mañana. Las temperaturas descendieron y el cielo azul perdió intensidad y luminosidad.

A mí no me importaba. Siempre me había gustado el otoño, sus tonos dorados y su brisa vivificante. El aire fresco me llenaba de energía y esperanzas. Papá me había llamado dos veces por teléfono, una a su regreso de Maine, justo antes de su luna de miel, y otra vez justo a la vuelta. Cada vez, con la promesa de venir a verme, pero su trabajo siempre se lo impedía. Finalmente quedamos en que pasaría con ellos las Navidades. La madre de Jennifer también se había vuelto a casar y ella se sentía muy

desdichada y estaba deseando volver a Winterhaven, al «club especial». Estaba esperando fuera cuando Miles cruzó la verja del colegio. Jennifer echó a correr hacia el automóvil, donde nos abrazamos y nos besamos, hablando tan de prisa y de tantas cosas a la vez que nos quedamos las dos afónicas. Me ayudó a deshacer las maletas y luego salimos a dar una vuelta para ver a las otras chicas. Ya estaban todas allí menos Marie, que llegaría al día siguiente, directamente desde París.

La primera noche, Jennifer y yo nos quedamos despiertas charlando en la cama hasta la madrugada. Al final le conté mi experiencia como modelo. Cuando le descubrí cómo me había desnudado la primera vez y cómo Tony me había bajado gradualmente la sábana hasta la cintura, se quedó petrificada, bajando la voz hasta un susurro casi inaudible.

—Parece tan joven... —me dijo—. Yo no sé si habría podido hacerlo. ¿Y tú, cómo lo consentiste?

—No lo sé. Mi madre me convenció —le dije—. Ya sabes que ella es una artista y las artistas no le dan demasiada importancia a esta clase de cosas —expliqué. No le conté los métodos de Tony para pintarme y modelarme al tacto. No podía revelárselo. Y aun así, lo que le expliqué ya era más que suficiente.

—Tienes que prometerme que no se lo contarás a nadie, ni siquiera del club, Jennifer. No quiero que las otras conozcan esos detalles. Más vale que se crean que el cuerpo de la muñeca ha salido de la imaginación de Tony. De todas maneras, se reirán mucho cuando la vean.

—¿Por qué? —me preguntó en seguida.

—Porque es un cuerpo mucho más formado que el mío. Sobre todo por aquí —dije señalándome el pecho.

—¿Y por qué lo ha hecho así? —preguntó Jennifer abriendo mucho los ojos.

—No lo sé. No entiendo a los hombres, ni a mi padre ni a ninguno.

Jennifer guardó silencio. Pensé que estaría pensando en su padre, pero me dio una sorpresa.

—He conocido a un chico la última semana de agosto —me confesó—, y hemos salido dos veces.

—Jennifer Longstone, no me habías dicho una palabra en tus cartas ni por teléfono —exclamé, levantándome de un salto—. ¿Quién es? ¿Cómo es? ¿Qué edad tiene?

—Ha sucedido todo tan de prisa que no me dio tiempo a contártelo. Y además, no quería hablar de ello hasta estar segura de que le gustaba de veras. Se llama William Matthews. Tiene diecisiete años y estudia en Allandale, así que vendrá al baile de bienvenida del próximo sábado. ¿Te dejarán quedarte?

—¡Sí! Mi madre me deja quedarme un fin de semana sí y otro no.

—Oh, estupendo... El compañero de cuarto de William también vendrá y cuando le hablé de ti a William, dijo que tú y su amigo haréis buena pareja.

—Jennifer, ¡no habrás hecho eso...! ¿Qué le has contado?

—Pues la verdad..., que eres muy guapa y elegante y muy divertida.

—Ay, Jennifer...

—Es verdad. No le prometí nada. No lo habría hecho nunca sin hablar primero contigo. El compañero de cuarto de William se llama Joshua John Bennington. William dice que es muy tímido, pero bastante guapo y uno de los mejores alumnos de Allandale. Y además es muy rico.

—Pareces una casamentera, Jennifer. ¿Desde cuándo te has vuelto tan sofisticada con los chicos?

—Desde la última semana de agosto —susurró.

Luego me contó sus dos citas con William. La segunda fue en su casa, a solas.

—Nos besamos, Leigh —me confesó—. Era la primera vez que dejaba que un chico me tocara. ¿Tú has dejado alguna vez que te acariciara algún chico, Leigh? —me preguntó.

Yo recordé cómo me tocaba Tony todo el cuerpo, pero todavía me daba demasiada vergüenza contárselo.

—No —contesté en seguida—. Creo que no podría, a menos que estuviéramos enamorados —le dije.

Jennifer asintió, con expresión un poco culpable.

—William me gusta mucho —admitió.

Eso me hizo pensar que todavía no me lo había revelado todo.

—¿Qué pasó?

—Fue estupendo, Leigh. Pero no le dejé seguir cuando vi que llegábamos demasiado lejos. Es cierto —añadió rápidamente—. Ése es el secreto, saber pararse a tiempo. Me lo dijo Wendy Cooper, y ella debe de saberlo bastante bien. Lleva casi un año entero saliendo con Randolph Hampton, ¡y Randolph tiene casi diecisiete años...!

Nos quedamos las dos calladas un momento y luego Jennifer prosiguió:

—Pero es difícil parar, Leigh. Te pasan una serie de cosas por dentro y debes superar tus propios deseos. Ya verás cuando te pase a ti —me pronosticó. Yo recordé cómo temblaba bajo las manos de Tony, experimentando unas sensaciones desconocidas hasta entonces. Pero lo que más me dominaba entonces era el embarazo. Me pregunté si sería siempre así, incluso cuando me hiciera esas cosas el hombre amado.

Jennifer me había sorprendido muchísimo. Entre todas las chicas del club, la hubiera considerado la última en acceder a hacer ese tipo de cosas con los chicos. Pensé que era imposible saber nada con certeza, de nadie, ni siquiera de la mejor amiga, y del padre menos todavía. Los veranos son muy cortos

y, sin embargo, siempre suceden multitud de cosas en verano. Toda mi vida se desarrollaba a un ritmo frenético, como una montaña rusa.

—Oh, Leigh, es estupendo volver a estar contigo y tener con quien hablar. Ahora odio a mi madre y no puedo hablar con ella de ninguna de las cosas importantes para mí. ¿Odias tú a tu padre?

—No sé —le dije, y era verdad—. Unas veces sí y otras no. Me da pena. Estoy desorientada. Y no quiero pensar más en ello.

Le deseé buenas noches y me volví para intentar conciliar el sueño, pero las confesiones de Jennifer habían atizado mis recuerdos de cuando Tony me tocaba todo el cuerpo, me exploraba con sus dedos y me manoseaba como si fuera de arcilla. ¿Cómo podía pensar mi madre que estaba bien dejarle que me tocara de aquella manera? ¿No se le ocurrió que yo podía sentir lo mismo que Jennifer bajo las caricias de su amigo, o pensaba tal vez que yo era aún demasiado pequeña para eso?

Miré a Jennifer, que estaba dormida, probablemente soñando con William Matthews. Sus primeras experiencias eran excitantes, eran la clase de experiencias que todas las chicas soñábamos. Yo también deseaba salir con un chico, que me quisiera y me expresara su cariño como hacen los hombres y las mujeres en las películas y las novelas. No quería seguir pensando en la mirada de Tony Tatterton sobre mi cuerpo desnudo y mi impuesta sumisión a sus caricias. ¿Qué romanticismo podía tener aquello? Tuve que recurrir a toda mi capacidad de concentración para ahuyentar esas imágenes de mi mente y abandonarme entre los brazos del sueño, pero al final lo conseguí.

A la mañana siguiente, los dormitorios de Winterhaven explotaban de vida y energía. Todo el mundo estaba nerviosísimo con el inicio de las clases y el nuevo curso académico. Las duchas no paraban, los secadores de pelo zumbaban sin cesar, las chicas hablaban a gritos, se prestaban la ropa, bisutería y los lazos unas a otras. Daba gusto estar de vuelta. No se me había ocurrido que me alegraría tanto de volver a Winterhaven, pero estar allí rodeada de chicas, parloteando, entre timbrazos, prisas y empujones para no llegar tarde, me ayudaría a olvidar los momentos tristes y horribles de los últimos meses.

El «club especial» se reunió como siempre para la procesión por las aulas. Marie Johnson aparecería en cualquier momento y todas estábamos pendientes de su llegada. No se hablaba más que del próximo baile con los alumnos de Allandale. Era la tradicional bienvenida de principio de curso. Yo estaba contentísima de poder asistir. Por descontado, el principal tema de conversación era la ropa que íbamos a ponernos. Todo el mundo daba su opinión.

Iniciamos el recorrido pasillo adelante. Las otras alumnas nos llamaban

desde sus dormitorios cuando pasábamos. Durante el día había que dejar abiertas las puertas de los dormitorios para que pudieran entrar a supervisar si estaban hechas las camas y la ropa en los urinarios.

Justo cuando llegamos al vestíbulo, Marie hizo una entrada triunfal, con su chófer detrás, cargando con el equipaje. Llevaba unos pendientes tan gruesos como un cubito de hielo y se había maquillado los párpados y las pestañas. Se había puesto una camisa con un suéter blanco de algodón, y una falda larga azul marino, de vuelo.

—Jeunes filies! —gritó—. Comment allez-vous?

—¡Marie!

Todas nos abalanzamos a saludarla. Parecía mucho mayor.

—Me parece imposible estar de nuevo aquí —dijo mirando en torno con expresión de asco—. Y vosotras, ratas en la ratonera... —Se echó a reír—. Os he echado a todas de menos.

Nos abrazó a todas una por una.

—Intenté por todos los medios conseguir pasaje para llegar anoche, pero me fue imposible —suspiró—. Voy a descansar un rato, pero no os preocupéis, la señorita Mallory está al corriente y me ha dispensado de la asistencia a las clases de la mañana. Esta noche estáis todas invitadas a mi habitación. Os he traído un regalito y pienso contaros con todo detalle mi veraneo en París..., sobre todo lo relativo a los hombres.

—¡Los hombres! —exclamó Toby.

—Bueno, los chicos. Au revoir. —Se despidió y luego llamó al chófer para que la siguiera.

Me dirigí a clase con mis compañeras sin dejar traslucir la tormenta interior que me atenazaba. Sabía que algunos sueños y algunos sinsabores no se podían compartir con las chicas del club.

De repente, no hubo nada más emocionante que el próximo baile con los chicos de Allandale. Jennifer habló una noche con William por teléfono y me pidió que la acompañara para saludar al compañero de habitación de William, Joshua. A mí no me apetecía, pero ella insistió una y otra vez hasta que cedí. Entonces me tendió el auricular. Yo le miré frunciendo el ceño.

—Di hola —me apuntó.

—Hola... —dije.

—Hola... —me contestó una voz grave y dulce.

Se produjo una larga pausa, y luego la voz continuó:

—Esto es un poco raro... William quería que hablara contigo antes del baile y...

—Y Jennifer quería que yo hablara contigo —le dije, pensando que tampoco debía de ser fácil para él.

—Sí... Tengo muchas ganas de conocerte. William me ha dicho que Jennifer le ha hablado muy bien de ti.

—Jennifer es una exagerada.

—Oh, no creo. Bueno, en fin, sólo quería saludarte y decirte que espero verte el día del baile —añadió él.

Me pareció que su voz sonaba muy mayor.

—Yo también —respondí, odiándome por tener una voz tan infantil.

Devolví bruscamente el teléfono a Jennifer, cortándole casi la respiración del golpe. Ella lo recuperó y terminó su conversación con William. En cuanto colgó, me acerqué, indignada.

—¿Pero cómo has podido hacerme esto? Ha sido violentísimo hablar con un chico desconocido. Estoy segura de que ahora ya no querrá saber nada más de mí. Habrá creído que soy imbécil.

—No, en absoluto.

—Prefiero conocer a la gente antes de quedar en salir con nadie —me quejé, pero Jennifer me dedicó una sonrisa de oreja a oreja.

Durante el resto de la velada, no dejé de rememorar cada palabra de Joshua. Esperaba que su físico no se desdijera con el sonido de su voz.

A partir de entonces, el vestido y mi aspecto adquirieron la mayor importancia para mí. No podía pensar en otra cosa. Al final, me decidí por el vestido rosa de gasa con un lazo a la espalda, en la cintura. Estuve dudando porque tenía los tirantes muy finos. Seguía pensando que tenía los hombros demasiado descarnados, pero luego pensé que si me ponía un chal de encaje no me encontraría tan cohibida.

El baile se celebraría en Winterhaven. El comité de decoración había retirado la mayor parte de las mesas del comedor grande. Había enrollado las alfombras y las había quitado. Había colgado del techo guirnaldas de colorines y adornos de papel y del gancho de un solemne candelabro de techo pendía ahora una inmensa bola de espejitos. Nunca hubiera imaginado que una sala que de día era tan soleada y luminosa, pues estaba orientada al sur, de noche pudiera convertirse en un salón de baile tan decente.

Con Marie en cabeza, charloteando de todos sus bailes de París, el «club especial» en pleno bajó a la planta baja. La víspera, Marie nos había dado una conferencia acerca de los chicos de Allandale, haciendo hincapié en que la mayor parte procedía de familias ricas y respetables. Nos aconsejó ser remilgadas, dejar que llevaran ellos el peso de la conversación, fingir que nos sentíamos impresionadas y parpadear mucho. Nos hizo incluso una demostración de la forma de actuar de las femmes fatales. Nos explicó que eran unas mujeres muy hermosas y peligrosas, que rompían los corazones de los hombres que se enamoraban de ellas. Marie conocía bastante bien a los alumnos de Allandale y proclamaba que algunos se

merecían que les rompieran el corazón. Yo esperé que Joshua John Bennington no fuera uno de ellos. Ni Jennifer ni yo les habíamos contado nada de él ni William Matthews. Queríamos sorprenderlas con nuestro pequeño secreto.

Cuando llegamos, la banda ya estaba tocando Rock around the clock. Algunos globos se habían desatado y flotaban sobre el centro de la pista de baile. Todos los chicos de Allandale estaban congregados en rebaño al otro extremo de la sala, algunos sorbiendo ponche y otros de pie observándonos con mirada calculadora y una plácida sonrisa en los labios, eligiendo a su pareja de baile. Los ojos de nuestras compañeras del club se les salían de las órbitas cuando un chico alto y rubio con los ojos azules cruzó la sala rápidamente y saludó a Jennifer.

—Leigh —me dijo Jennifer cogiéndole de la mano—, te presento a William Matthews. William, ésta es Leigh van Voreen.

—Encantado de conocerte —me dijo él tendiéndome la mano.

Me pareció que tenía una cara agradable, de facciones regulares y me alegré mucho por Jennifer. A nuestra espalda, las chicas del club murmuraban como desesperadas.

—Mucho gusto.

—Mi compañero de cuarto está detrás del cuenco de ponche, temblando de terror —dijo William.

—Oh, William, no te metas con él —dijo Jennifer—. Ni con Leigh —añadió abriendo mucho los ojos.

—Señoritas —dijo William Matthews dándonos un brazo a cada una para escoltarnos hasta el cuenco del ponche.

Yo me colgué de su brazo, me volví a mirar al asombrado «club especial» y crucé la sala con ellos. Un chico alto, de pelo oscuro, la tez muy bronceada por el sol y unos ojos brillantes de color verde avellana levantó la vista. Me pareció muy atractivo, con una virilidad latente y apacible que me aceleró los latidos del corazón. Había ternura en sus ojos, pero la rápida ojeada de arriba abajo que me dedicó, como taladrándome, me produjo un cosquilleo. Sentí un estremecimiento recorrerme la columna vertebral.

—Leigh —dijo William con un volumen un poco más alto de lo necesario—, éste es mi compañero de habitación, Joshua John Bennington, el famoso conversador telefónico.

Después soltó una carcajada y Jennifer le dio un puñetazo en el hombro. Joshua levantó los ojos al cielo y meneó la cabeza.

—Lamento mucho que mi compañero sea tan payaso —me dijo estrechándome la mano—. Me alegro de conocerte.

—Yo también —le dije y casi me mordí los labios por volver a utilizar aquella frase tan infantil—. Quiero decir...

—Jen y yo nos vamos a bailar mientras os vais conociendo —dijo William—. Ten cuidado, Leigh, Joshua va dejando tras de sí una larga estela de mujeres rechazadas. Joshua, te dejo solo —le advirtió guiñándole un ojo. Luego se llevó a Jennifer a la pista de baile. Me los quedé mirando un instante.

—Bailan muy bien —dije.

—William lo hace casi todo bien. Es uno de esos tíos perfectamente competentes que nos hacen sentir inferiores a todos los demás —dijo Joshua.

—Oh —intervine yo—, no tienes ninguna razón para sentirte inferior. Me sorprendió hasta a mí misma mi entusiasmo. Él relajó los ojos y la sonrisa.

—No hagas caso de ese cuento de mujeres rechazadas. Ni siquiera asistí a los bailes el año pasado —me confesó.

—¿Ah, no? ¡Yo tampoco!

—¿De veras? —Me sonrió, más tranquilo—. ¿Quieres un poco de ponche? —me ofreció.

—Sí, gracias.

Después de servirme un vaso, fuimos a sentarnos en un banco, a charlar. Me contó que su padre era abogado del Estado, que tenía dos hermanos y una hermana y que vivía en las afueras de Boston. Su familia tenía una casa en West Palm Beach, en Florida, y un chalet en la playa en Cabo Cod. Cuando empezó a hablar de sí mismo, cogió carrerilla. De vez en cuando, yo iba mirando a las chicas del club. Algunas habían encontrado pareja y estaban bailando. Toby y Betsy no, y me observaban con envidia venenosa. Él me preguntó dónde vivía yo y le hablé de «Farthy». Él había oído hablar de los juguetes «Tatterton», pero no tenía ninguno en su casa. Me referí a Tony como a mi «padraastro», pero Joshua no me preguntó nada acerca de mi verdadero padre ni los motivos por los que mi madre había vuelto a casarse. Me pareció muy discreto. Bailamos, comimos bocadillos y volvimos a bailar un poco más. Jennifer y William pasaron bastante rato con nosotros. Al final, cuando ya no podía más, Jennifer me pidió que la acompañara al lavabo. Antes aún de que se cerrara la puerta a nuestra espalda, me atosigó a preguntas.

—¿Te gusta? ¿Lo estás pasando bien? ¿Cómo es él?

—Sí, me gusta. Es muy simpático y educadísimo —le dije—. Pero me encanta. Me hace sentirme como..., una señorita.

—Me alegro —dijo Jennifer, abrazándome y nos echamos a reír.

Pero antes de que saliéramos del lavabo, Marie, seguida por las demás, entró echando chispas. Se plantó delante de nosotras con los brazos en jarras.

—Conque sí, ¿eh? ¿Qué demonios hacéis las dos? ¿Por qué no nos habíais contado nada de vuestros amiguitos de Allandale? —nos espetó.

—No es mi amiguito —protesté rápidamente—. Acabo de conocerle esta noche.

Marie se volvió hacia Jennifer.

—Yo conocí a William al final del verano, pero no me ha pedido que salgamos ni nada —replicó ésta.

Marie se mordió el labio inferior.

—Podíais habérmelo contado. Entre los miembros del «club especial» no debe de haber secretos como éste. Tenemos que confiar de todo corazón entre nosotras. Por eso somos especiales —añadió, echando chispas por los ojos.

—Pero...

—Nos hemos sentido como imbéciles, sin saber nada. Es una especie de traición a nuestra confianza —terminó, cruzando los brazos.

—Eso es una tontería, Marie. Ya te he dicho que...

—No es una tontería —se volvió hacia las otras—. ¿Os parece una tontería a vosotras?

Tenían todas la misma cara, la cara de Marie: enfado, envidia, rencor.

—Nos lo teníais que haber contado —repitió ésta—. Pero es muy propio de Leigh. No has invitado más que a Jennifer a tu preciosa propiedad en el campo... Te crees superior a nosotras.

—Ni hablar. Ya te dije que...

—Que lo paséis bien —soltó dando media vuelta.

Las demás la siguieron como si le llevaran la cola, un cortejo de envidia cosido a sus talones.

—Oh, Leigh, lo lamento... —exclamó Jennifer—. Te he metido en un problema con las chicas.

—No hay ningún problema, Jen. Lo que pasa es que están celosas, nada más. Olvídalo. Vamos a hacer lo que nos ha dicho Marie, a pasarlo bien. Además, tengo yo tanta culpa como tú: yo tampoco les dije nada.

Jennifer asintió, pero me di cuenta de que estaba muy disgustada.

—Venga —insistí—. Olvídalo.

La cogí de la mano y salimos del lavabo. Pero el resto de la velada se convirtió en una pesadilla. Las otras chicas siguieron mirándonos con malos ojos. Ninguna nos dirigía la palabra y antes de que acabara el baile estaban murmurando cosas malas de nosotras con todas las demás chicas del colegio y riéndose a carcajadas.

Joshua notó que pasaba algo raro, así que se lo conté.

—Muy típico de mí —dijo—, siempre estoy metiendo en líos a los demás. Me asombro lo poco que tardó en asumir la culpabilidad.

—Ah, no, no es culpa tuya. Y ellas son unas estúpidas si se enfadan por eso. No son auténticas amigas si hacen tal cosa. —Y les dediqué una mirada de reproche a través de la sala de baile—. Además, prefiero que tú seas amigo mío en vez de esas envidiosas.

—¿De verdad? —dijo Joshua con los ojos brillantes.

—Sí, y espero que me llames y vengas a verme en cuanto tengas oportunidad.

Era increíble mi desprecio, pero estaba furiosa y él me gustaba mucho.

—Oh, claro que lo haré, claro —estaba radiante.

Seguimos bailando y cuando llegó la ronda de bailes lentos, Joshua me estrechó con firmeza contra su cuerpo y posó sus labios en mi sien. Me lo quedé mirando fijamente un momento, y él sostuvo mi mirada. Debíamos de estar muy románticos, porque vi a algunas alumnas de Winterhaven, las que no pertenecían al club, mirándonos con ojos soñadores y suspirando. La señorita Mallory anunció el fin de fiesta y advirtió al comité de limpieza que madrugara para cumplir con su cometido. El futuro de los bailes dependería de la calidad de su trabajo.

Los chicos empezaron a marcharse. Jennifer y yo acompañamos a William y Joshua, cada una de la mano de su pareja. En cuanto salimos del edificio, William se llevó a Jennifer al amparo de unas sombras a darle un beso de despedida. Joshua y yo lo vimos y luego nos quedamos mirando. Yo no podía reprimir mis sentimientos. Deseaba que me besara. Sin darme demasiada cuenta de lo que hacía le apreté la mano. Él se quedó un poco desconcertado y luego me condujo a otro rincón oscuro, donde me besó levemente en los labios.

—Buenas noches, Leigh. Lo he pasado de maravilla —me dijo.

—Yo también. Buenas noches.

Se reunió con William y se fueron con los demás. Jennifer y yo les despedimos con la mano. Luego nos miramos y nos echamos a reír. Nos abrazamos las dos, nos cogimos de la mano y nos dirigimos a nuestro dormitorio.

Al llegar encontramos una nota en la puerta que decía «YA OS PODÉIS CONFIAR VUESTROS SECRETITOS PARA VOSOTRAS SOLAS »

La arranqué de la puerta y la rasgué en mil pedazos.

Jennifer se fue a sentar en su cama muy compungida, pero en cuanto se sentó, se levantó de un salto, dando un grito.

—¿Qué pasa?

—¡Mira!

Las camas estaban encharcadas. Olían como si las hubieran rociado con agua sucia de las alcantarillas.

—Aj —dijo Jennifer

Le dieron náuseas y se fue corriendo al lavabo.

Cuando le dije que no entendía a los hombres cometí una grave equivocación. No entendía a nadie, hombre ni mujer. La crueldad, el egoísmo, la envidia, la maldad... bajo todas sus formas emponzoñaban los corazones del género humano, acaso también el mío. De momento me entraron ganas de castigar a todas las chicas del club clavándoles alfileres.

Empecé a deshacer la cama. Tuvimos que dar la vuelta a los colchones.

Jennifer volvió del cuarto de baño con lágrimas en las mejillas. Yo le sonreí.

—¿Como puedes estar contenta después de todo esto? —me preguntó.

—No estoy pensando en esto. Estoy pensando en los ojos verde avellana de Joshua John Bennington —repliqué.

Ella se me quedó mirando asombrada y luego sonrió. Y después nos echamos a reír.

Nos reímos tan fuerte, como histéricas, que algunas de las chicas asomaron la cabeza por la puerta de su dormitorio para ver qué nos pasaba.

—¡NO PASA NADA! —grité por el pasillo—. ¡ES QUE ESTA NOCHE LO HEMOS PASADO DE FÁBULA!

Se oyeron varios portazos en el pasillo.

Jennifer y yo nos miramos y volvimos a reírnos. Y nos reímos tanto y con tantas ganas y estábamos tan cansadas que no pudimos hacernos la cama y nos quedamos dormidas encima del colchón, mecidas por la música y radiantes por la iluminación de la sala de baile.

El curso escolar fue bastante distinto para nosotras al margen del «club especial». Algunas de las chicas, como Wendy y Carla, no podían evitar ser amigas nuestras, aunque nunca nos invitaron a sus fiestas ni a sus reuniones. Y no nos importó tanto como temíamos porque estábamos muy acaparadas por William y Joshua.

Todos los fines de semana que me quedé en Winterhaven, los cuatro nos las arreglábamos para pasarlos juntos, aunque fuera estudiando en la biblioteca. Íbamos al cine y a comer y a pasear por el puerto. Los fines de semana que pasaba en casa, Joshua me telefoneaba dos veces al día.

Le hablé a mamá de él, pero no pareció interesarle demasiado. Estaba muy preocupada porque no conseguía perder dos kilos con ninguna dieta. Había contratado incluso a un dietólogo para que aconsejara a Rye con los menús, cosa que éste no apreció en absoluto. Pero como aquello no dio resultado a la velocidad que mamá apetecía, le despidió sin más contemplaciones.

Tony estaba ajetreadísimo, porque sus negocios iban viento en popa.

Cuando le pregunté por la muñeca retrato, me dijo que estaba casi

terminada, pero que había decidido aplazar su lanzamiento hasta la campaña de Navidad, pues sería una magnífica novedad para sus jugueterías. Mi madre me confesó que me la estaba reservando en secreto para mi cumpleaños.

Las alergias de Troy remitieron y Tony contrató a un preceptor a jornada completa para él, porque era un niño muy precoz. Lo más probable era que se saltara algún curso cuando ingresara en la escuela primaria, porque ya sabía leer y escribir.

Un fin de semana de primeros de octubre pillé a mi madre de muy buen humor. Había coincidido en una cena con un editor de Vogue que le había dicho que era lo bastante guapa para salir en la portada de su revista. Pensaba incluso mandarle a uno de sus fotógrafos a casa para hacerle unas fotos de prueba. Aproveché su estado de ánimo para pedirle que me dejara dar una fiesta el día de mi cumpleaños, e invitar a Jennifer, William y Joshua, aparte de otras nuevas amigas que habíamos hecho después de ser marginadas del «club especial». Mamá aceptó e incluso se hizo cargo de todos los preparativos. Mi cumpleaños caía en lunes, pero decidimos celebrarlo el domingo anterior.

La víspera, Tony nos llevó a mamá y a mí a cenar, para la celebración en familia. Troy también vino. Lo pasamos de maravilla. Tony había encargado anticipadamente en el restaurante una tarta de cumpleaños para mí, que el chef nos trajo personalmente a la mesa. Los camareros hicieron un corro alrededor de nuestra mesa y me cantaron Cumpleaños feliz. Mamá y Tony me dieron un beso y luego el pequeño Troy me entregó un obsequio, del que estaba muy orgulloso porque lo había elegido él. Era un guardapelo de oro, con una foto suya dentro. Por detrás había mandado grabar la inscripción: «Para mi hermana Leigh.»

—¡Oh, qué lindo! —exclamé, abrazándole—. Me encanta, Troy. Procuraré llevarlo siempre.

Él estaba radiante y muy solemne con su americana y su corbata. Esa misma noche, más tarde, una hora después de regresar del restaurante, llamaron a la puerta de mi cuarto. Era Tony. Se quedó en el umbral con una caja envuelta en papel azul y rosa.

—Quería dártelo a solas —me explicó, captando mi mirada con sus penetrantes ojos azules, y reteniéndola un momento muy largo—. Es demasiado especial para nosotros para compartirla con nadie de momento. —Gracias, Tony.

Cogí el paquete y me senté en el sofá a desenvolverlo, mientras él permanecía en pie, con las manos a la espalda, mirándome. Los dedos se me volvieron torpes de los nervios. Fingí no tener ni idea de lo que contenía la caja, aunque mamá ya me lo había revelado.

Abrí la tapa y bajé la vista hacia mi muñeca retrato. Me pareció una auténtica obra de arte la cara de la muñeca era tan parecida a la mía que era como mirarme en un espejo que miniaturizara su reflejo. La expresión de la muñeca era deliciosa, su sonrisa exquisita y sus ojos tan relucientes, como con vida, que tuve la fantástica sensación de que podría hablar.

—Su cabello parece tan real —dije en un susurro

—Es pelo de verdad —repuso Tony, esbozando una sonrisa en los labios—. El tuyo.

—¿Cómo?

—¿Te acuerdas de que fuiste a la peluquería con Jillian hace dos meses? Me confabulé con el peluquero. Guardó todos los mechones que te cortó y luego me los dio. Y aquí están.

—¿De veras? —Yo estaba impresionada. La muñeca llevaba un vestido casi idéntico al que me puse para el primer baile del colegio. Todos los complementos eran de verdad, hasta su pulserita de oro y un minúsculo guardapelo de oro, una réplica exacta del que me había regalado Troy.

—Si observas el reverso del guardapelo con una lupa, leerás la inscripción «Con cariño, Tony».

Le di la vuelta y vi las palabras diminutas. Qué precioso, pensé.

Todo en la muñeca era bonito. Desde luego, su cuerpo seguía siendo mucho más desarrollado que el mío, pero recordé lo que me había dicho mamá respecto de que Tony nos combinaba a las dos.

Admiré la minuciosidad de los dedos y las manos y volví las palmas de las mías hacia arriba para compararlas. Había trazado las líneas de mi mano en las de la muñeca. La habría desvestido para ver todo lo demás, pero no quise hacerlo delante de él.

—Es preciosa, Tony, una obra de arte como tú decías.

—Me alegro de que te guste. He encargado varias copias para exhibirlas en los escaparates, claro, pero esta es la original y es para ti, para siempre.

Feliz cumpleaños, Leigh —me dijo inclinándose a darme un beso.

Yo le ofrecí la mejilla, pero él me besó levemente en los labios.

—Bueno —dijo, enderezándose—, tengo varias cosas que hacer en mi despacho. Hasta luego.

—Gracias, Tony.

Abracé la muñeca mientras él salía. Luego me dirigí en seguida a mi dormitorio y cerré la puerta. Comprobé el cuerpo de la muñeca y se me escapó un suspiro de alivio. Aunque el busto era como de verdad y tenía incluso mi marquita de nacimiento, Tony había respetado mi exigencia respecto a los genitales.

Le bajé el vestido y salí a enseñársela a mamá.

—¡Oh, Leigh, que bonita es! —exclamó mirándola desde todos los ángulos—.

Pero estaba segura de que lo sería Tony estaba empeñadísimo. Será la campanada de la campaña de Navidad. «Muñecas retratos Tatterton.» Hasta suena bien, ¿no crees? Algún día le pediré que me haga una a mí —dijo, y después suspiró—. Aunque yo nunca lograría aguantar tanto tiempo inmóvil como tú. Sencillamente, no tengo paciencia. Tendrá que hacerme de memoria o basándose en fotografías. Pero cuando pierda el exceso de peso ¿No te parece buena idea, Leigh?

—Sí, mamá —contesté y la dejé soñando con sus sesiones de fotografía. Acosté a la muñeca a mi lado en mi cama y la miré a los ojos. Le brillaban como si tuvieran vida propia y la muñeca conociera mis más profundos secretos, tal vez incluso los secretos que me reservaba el futuro.

—Cuánto me gustaría que pudieras hablar... Entonces podrías ser mi ángel de la guarda.

Me pareció un nombre muy bonito para una muñeca: Ángel.

—Pues te llamaré así —le dije.

Creí que se ensanchaba su sonrisa, pero naturalmente fue sólo cosa de mi imaginación, alimentada de esperanzas y sueños.

Ese cumpleaños iba a ser maravilloso. Si papá estuviera aquí y no se hubiera casado otra vez ni tuviera una nueva familia...

Fue como si me hubiera oído desde el otro extremo del país. Sonó el teléfono y era él, que llamaba desde San Francisco.

—Quería asegurarme de hablar contigo, princesa —me dijo—. Mañana tengo que salir muy temprano. Por la mañana recibirás mi regalo. Espero que te guste. Lo ha elegido Mildred —añadió.

Cerré los ojos, intentando ignorar sus últimas palabras.

—¿Adónde vas esta vez, papá? —le pregunté, incapaz de disimular el tono crítico y desdichado de mi voz.

—Estamos planificando un crucero a las islas Hawai. Tiene un mercado muy interesante en la Costa Oeste. Mildred lo ha estado investigando a fondo. Se está convirtiendo en una colaboradora inestimable. Ah, Mildred quiere que te felicite de su parte.

—Dale las gracias. ¿Cuándo volverás? —inquirí, recordando nuestros planes de pasar juntos las Navidades.

—Dentro de varios meses, me temo. Tenemos que montar las oficinas, contactar con las agencias de viajes y las cadenas hoteleras y seleccionar al personal. Pero en cuanto vuelva, organizaremos unas vacaciones juntos. ¿Vas a dar una fiesta de cumpleaños?

—Sí, papá...

Estuve a punto de añadir: «Me gustaría que vinieras», pero me contuve. ¿Para qué pedir una cosa irrealizable?

—Bueno, el año que viene vendré a tu cumpleaños. Es una promesa que seré

capaz de cumplir porque Mildred ha decidido que organicemos nuestro calendario con un año de antelación. ¿Todo bien? —me preguntó, cuando yo no le contesté nada.

—Sí, papá.

—Bueno, pues feliz cumpleaños, princesa. Mañana pensaré todo el día en ti. Te mandaré postales. Buenas noches.

—Adiós, papá —le dije.

Le oí colgar. El chasquido recorrió miles de kilómetros y aterrizó en mi oído como una lágrima de plomo.

Noté la cálida caricia de mis propias lágrimas y me toqué la mejilla con el dedo. Deposité su brillo húmedo en la carita de Ángel.

Seguramente también querría compartir mi llanto.

!! HYPERLINK \l "INDICE" ¶ †

capítulo xvi.

En la casita

Mamá se pasó con mi fiesta de cumpleaños. Estaba empeñada en hacer todo lo posible por impresionar a mis amigas de Winterhaven, aunque éstas tampoco necesitaban nada de particular para emocionarse. Cuando pasaron bajo la gran portalada de «Farthy» y se fueron aproximando, ya se quedaron bastante pasmadas. Jennifer y yo decidimos invitar a Wendy y a Carla porque habían seguido siendo amigas nuestras después de la exclusión de Marie y las otras. Por supuesto, eso acrecentó la distancia y endureció la barrera que nos separaba, pero eso ya no nos importaba a Jennifer y a mí.

Hacía un hermoso domingo de octubre, algo más templado de lo habitual. La hierba seguía todavía bastante verde y tupida, lo mismo que los setos. Con los colores otoñales de telón de fondo, el cielo muy azul, salpicado aquí y allá por unas nubecillas de algodón, la jornada prometía ser magnífica. Yo no tenía la menor idea de la celebración que había organizado mi madre. A última hora de la mañana llegó una banda con cinco integrantes, que se instaló en la sala de baile. El personal montó unas mesas alargadas para servir y otras para los invitados. Hubo caviar de aperitivo, tazas de ponche de plata maciza, adornos diseñados por un decorador de Boston, músicos profesionales, un recuerdo para cada uno de mis invitados, camareros y doncellas por doquier y una película, que se proyectó en la sala de proyección. Fue una fiesta francamente apabullante, muy distinta de todas mis demás fiestas de cumpleaños, cuando vivíamos todos juntos en Boston. Fue una sorpresa hasta para Tony.

Troy estaba tan excitado que no quería hacer la siesta del mediodía. Bajo la amenaza de no poder asistir a la fiesta, por fin accedió a descansar un rato. Mamá se arregló como para una fiesta de personas mayores, se puso sus

brillantes más caros y un vestido negro de alta costura, aparte de pasarse casi toda la mañana maquillándose y arreglándose el pelo. Se situó en el vestíbulo para recibir a todos mis invitados. Troy y yo les escoltábamos hasta el salón de baile, cuando ya la habían saludado.

Cuando llegó Joshua, le di la mano para presentárselo con toda formalidad a mi madre. Me llevé un buen chasco cuando vi que ella ni siquiera advirtió que yo le trataba como alguien especial, y entonces comprendí que no me había hecho caso cuando le había hablado de él.

—Te presento a Joshua Bennington —repetí después de que ella le saludara brevemente y se volviera a dar una orden a una de las doncellas.

—¿Conocemos a tus padres, Joshua?

—No lo creo, señora Tatterton —respondió educadamente Joshua.

Yo di un resoplido de decepción y le enseñé la casa a Joshua: la sala de música con los murales, el piano de cola, las chimeneas inmensas y luego nos escabullimos porque quería enseñarle mi suite.

—Es preciosa —dijo Joshua—. No había estado nunca en una casa como ésta. Es..., es..., como un castillo.

—Demasiado grande para ser un hogar —le dije.

Él asintió y luego descubrió a Ángel, que estaba recostada contra la almohada de mi cama.

—¿Qué es eso?

—Es Ángel. Ángel, te presento a Joshua Bennington. Te he hablado mucho de él, como recordarás.

Joshua abrió mucho los ojos y luego se echó a reír. Después se acercó a la muñeca.

—Es igual que tú...

—Es que soy yo —le expliqué—. Es la última novedad de la firma «Tatterton», la muñeca retrato. Yo posé para el prototipo.

—Es muy bonita. Como tú, Leigh —dijo, y luego se ruborizó de sus propias palabras.

Me pareció maravilloso que alguien me dijera esas cosas, además de Tony o mi padre.

—Gracias, Joshua. Después, si quieres, nos escapamos y te enseñaré el laberinto inglés y la casita donde estuve posando.

—Oh, sí, me encantaría.

Le cogí de la mano para conducirlo a la planta baja, donde la fiesta ya estaba en marcha.

La orquesta era muy buena y tocaba piezas de último grito. Había comida en abundancia y todo el mundo opinó que el recuerdo diseñado por mamá era muy ingenioso. Era un globo terráqueo dentro de un cubo transparente, con la inscripción: «Leigh, el mundo es tuyo.» A mí me daba apuro tanta

extravagancia, pero mamá iba por todas partes representando su papel de anfitriona, haciendo preguntas sobre las familias de todo el mundo, presentando a Tony y presumiendo de los juguetes «Tatterton». Quería asegurarse de que todos volvieran a su casa contando anécdotas sobre «Farthy» y Jillian Tatterton. En cierto modo me recordaba su comportamiento cuando empezó a meter baza en los cruceros de papá y se codeaba con los pasajeros.

Al final anunció la proyección de la película en «nuestra sala de proyección particular». Mis amigos no se lo podían creer. Se las había arreglado para conseguir una película inédita, sin estrenar todavía en las salas comerciales.

—Oh, Leigh —dijo Jennifer, apareciendo con William—, ¡nunca olvidaré esta fiesta de cumpleaños!

—¡Ni yo! —exclamó William.

Mamá encargó a Tony que guiara a todo el mundo a la sala de proyección. Yo le apreté la mano a Joshua, indicándole que nos quedáramos en los asientos de atrás.

—Cuando empiece la película —le susurré—, nos largamos y te enseñaré el laberinto y la casita. A menos que prefieras quedarte.

—No, qué va... Quiero ir contigo.

—Muy bien.

La pequeña sala de proyección estaba diseñada como un cine pequeño, con asientos mullidos y una pantalla grande. Tenía dos puertas en la parte posterior. Mamá había pensado en las palomitas de maíz, que repartían unas camareras por el pasillo. Joshua y yo nos instalamos en la última fila, junto al pasillo. Jennifer y William se sentaron a nuestro lado. Yo ya le había comunicado a ésta mis intenciones de llevarme un ratito a Joshua.

Se apagaron las luces y empezó la proyección. Dejé transcurrir un cuarto de hora y luego le pellizqué la mano a Joshua y nos escabullimos sigilosamente. No vi a Tony por ninguna parte, pero oí a mamá riéndose en la sala de música. Estaba hablando por teléfono. Conduje a Joshua hasta una puerta posterior y salimos a la luz del día. Corrimos por el parque hasta la entrada del laberinto.

—¿Qué es esto?

—Un laberinto inglés. Es muy fácil perderse, pero no te preocupes, conozco el camino. Ahora resulta muy divertido.

Se puso un poco tenso al penetrar en él, con cara de admiración.

—¿Estás segura de que sabrás salir cuando nos adentremos por él? —me preguntó Joshua con cierto escepticismo.

Yo me eché a reír.

—Completamente segura. No te preocupes. Además, no sería tan terrible perderse conmigo... —bromeé.

—Oh, no...

Riéndonos, seguimos adelante. Él me cogía con firmeza de la mano mientras yo le guiaba veloz y segura a través de las avenidas y doblábamos cada recodo, unas veces a la derecha y otras a la izquierda, hasta que desembocamos en el otro lado, frente a la casita

—¿No te parece una casita de cuento? —le pregunté, deteniéndome a respirar.

Hacia un día esplendido y la casita, rodeada por un seto monísimo y una pradera muy verde, parecía recién salida de las páginas de un cuento de niños.

—Es muy especial.

—Pues sí, lo es —dijo Joshua bajito, con un brillo de excitación en la mirada.

—Ven.

Le cogí de nuevo de la mano y le conduje hasta la puerta. Al acercarnos, me sorprendió que los estores siguieran en las ventanas.

—Entraremos un momentito, pero regresaremos antes de que se den cuenta de nuestra ausencia. Cuando la vi por primera vez —le expliqué—, soñaba que me gustaría vivir aquí con el hombre al que amara. Por lo menos, los fines de semana. Podríamos venir aquí a refugiarnos del mundo y estar solos.

Mire a Joshua para ver si sentía lo mismo que yo. Tenía los ojos fijos en la casita, pero luego me miró y me sonrió con ternura.

Ascendimos por el caminito que llevaba a la puerta. Al entrar, descubrí con sorpresa que Tony no había recogido sus bártulos de pintura y escultura. La habitación seguía dispuesta como un estudio de artista. Había pasado mucho tiempo desde que terminamos de trabajar aquí, pensé ¿Por que no lo había recogido?

—Oh —dije, decepcionada—, pensaba que ya habrían vuelto a amueblarla como estaba antes.

Joshua entró despacio tras de mi. Yo me dirigí directamente a uno de los caballetes. En el lienzo había una pintura que me representaba tumbada, desnuda, en el sofá. No la miré con detenimiento porque me dio mucho apuro, pero advertí que aquella pintura tenía algo distinto. No me pareció que fuera ninguna de las que me había hecho Tony mientras yo posaba para él, y la imagen de mi madre, que había pervertido las pinturas que me hizo Tony, había invadido también la cara de ese retrato. Era una auténtica mezcla de las dos.

—Espera —le dije a Joshua, que se estaba acercando—. No quiero que veas esto.

—¿El qué? ¿Por qué? ¿Qué es?

—Es una cosa , muy personal —le respondí, tapando rápidamente el lienzo

con una sábana blanca—. Lo siento.

—No importa —repuso en seguida, aunque se le reflejaba en los ojos su turbación.

Eché un vistazo en torno para asegurarme de que no había por ahí más evidencias de lo que había sucedido en la estancia. Había varias telas en una caja junto a la pared, pero estaban apiladas y no se podía ver lo que representaban. Con un suspiro de alivio, me senté en el sofá.

—Así que esto era un estudio de arte —dijo Joshua mirando a su alrededor—. ¿Y Tony Tatterton creó la muñeca retrato personalmente?

—Sí, la pintó y la modeló aquí mismo.

—Que talento tiene este hombre —Joshua se sentó junto a mí—. Es cierto que este sitio podría ser un rincón muy agradable —dijo asintiendo con la cabeza—, un escondrijo.

—Antes me gustaba venir aquí. Bueno, todavía me gusta. Pero sería mejor si Tony se hubiera llevado todas sus cosas y la hubiera dejado como estaba. No entiendo por que no lo ha hecho.

—Tal vez desee seguir trabajando aquí —sugirió Joshua.

No se me había ocurrido. Tal vez quisiera traer a mi madre a posar, o a alguna otra chica de mi edad.

—Es posible. Pero yo quería enseñarte como era mi casita de fantasía.

—Bueno, eso siempre se puede hacer —dijo Joshua en voz baja—. En las fantasías todo es posible.

—¿Podemos fingir que somos dos personas desesperadamente enamoradas que pasan aquí los fines de semana? —le pregunté.

—Eso no hace falta que lo simulemos —replicó.

Se leía el deseo en sus ojos verde avellana. Sólo nos habíamos besado media docena de veces, y siempre brevemente, para despedirnos. Pero nunca se habían rezagado nuestros labios en los del otro, ni nos habíamos abrazado lo bastante estrechamente para darnos más que un solo beso. Joshua se inclinó un poco hacia mí y yo le imité. Nuestros labios se unieron y él me cogió por los hombros y me atrajo hacia sí. Yo le así por la cintura.

—Feliz cumpleaños, Leigh —susurró.

Volvió a besarme, más largamente. Se me escapó un gemido de la garganta y me estremecí de la cabeza a los pies. Me acordé de las descripciones de Jennifer sobre sus momentos de intimidad con William, de cómo la besaba y cómo la acariciaba. Al recordar cómo me tocaba Tony en esa misma habitación, pensé que aquello era muy diferente de cuando te gustaba un chico y tú le gustabas a él y le dejabas que te acariciara. Tenía que ser distinto, tenían que sentirse otras cosas, distintas y maravillosas.

Joshua retrocedió, dudando si seguir besándome de aquella manera más rato. Yo adiviné su indecisión y su vacilación en sus ojos. Era tan dulce y tan

tímido..., pero por debajo de aquella timidez dormía agazapada la pasión. Se lo notaba en el temblor de sus labios contra los míos y en su forma de deslizarme las manos por los hombros, hasta la nuca.

—Leigh, me gustas mucho. Me gustas más que ninguna de las chicas que conozco.

—Tú también me gustas, Joshua.

Volvió a inclinarse hacia mí y cerré los ojos. Mientras me besaba, me iba acariciando los brazos hacia el codo. Me estremecí. Sus dedos casi me rozaban el pecho. Cuando volvió a enderezarse, comprendí que no pensaba tocármelo. Estaba demasiado inseguro, pero yo quería experimentar esa sensación, tenía que averiguar si era diferente.

Moví los hombros y le sujeté la mano con mi brazo, dirigiéndole. De momento pareció confundido, pero luego llevó la mano hacia mi seno y me acarició el pezón con la palma de la mano. Fue una sensación distinta porque yo quería que lo fuera. Mi estremecimiento se intensificó, recorriéndome a toda velocidad hasta el bajo vientre, precisamente en el lugar donde Tony había rezagado sus dedos tanto tiempo, acariciándome los muslos una y otra vez, tocándome y tocándome... ¡Justo allí! No podía dejar de pensar en ello, por más que deseara pensar en Joshua. Me invadía la mente, arruinando mis momentos de amor. Defraudada, proferí un gruñido. Joshua creyó que me había decepcionado él y retiró inmediatamente la mano.

—No —le dije, reteniéndole por la muñeca—, no es culpa tuya.

—Leigh... —susurró.

Había tanto deseo en sus ojos, su mirada era tan intensa y profunda que tuve ganas de abrazarle y besarle. Volví a conducir su mano hasta mi pecho, pero en ese mismo instante se abrió de par en par la puerta de la casita. Los dos nos sobresaltamos.

¡Era Tony!

—¡QUÉ ESTÁIS HACIENDO AQUÍ! —chilló—. ¡EN ESE SOFÁ! —añadió como si fuera un mueble especial—. ¿PARA QUÉ LE HAS TRAÍDO AQUÍ? ¿POR QUÉ NO ESTÁIS CON LOS DEMÁS INVITADOS VIENDO LA PELÍCULA?

Joshua se levantó en seguida.

—Yo...

—Estábamos dando un paseo por el laberinto —tercié yo rápidamente—, y luego se me ocurrió enseñarle a Joshua la casita.

Tony nos miraba a los dos sucesivamente.

—¿Y qué le estabas enseñando en el sofá? —preguntó echando chispas por los ojos.

Estaba furioso.

—Nada —contesté, con el corazón encogido.

Él se me quedó mirando un momento y después relajó el gesto.

—No está bien que hayas abandonado tu fiesta —me reprendió más calmado, pero con la respiración entrecortada—. Nadie se ha dado cuenta, ni siquiera tu madre, pero os aconsejo que volváis allí inmediatamente —añadió mirando fijamente a Joshua.

—Sí, señor —dijo Joshua.

Parecía aterrorizado. Se volvió hacia mí y me levanté del sofá. Tony retrocedió mientras nos dirigíamos a la puerta.

—Leigh —me dijo, reteniéndome por el brazo.

Yo le miré.

—No voy a contárselo a tu madre, pero quiero hablar contigo de esto más tarde.

—Muy bien, Tony.

Salí rápidamente detrás de Joshua y cruzamos a toda prisa el laberinto.

—Siento haberte metido en un lío —me dijo Joshua.

—No te preocupes. No pasa nada. Es que él está intentando ser como un padre para mí —le expliqué—. Cree que es su deber.

Joshua asintió con la cabeza, pero estaba muy turbado. Atravesamos el laberinto y penetramos en la casa por una puerta lateral. Cuando nos colamos en la sala de proyección, Jennifer y William se estaban besando en la oscuridad. Cuando nos sentamos, nos miraron.

—¿Qué tal, Romeo? ¿Lo has pasado bien? —le dijo William a Joshua.

Él no le contestó. Se arrellanó en su butaca hasta que acabó la película y se encendieron las luces.

Después de la proyección empezaron a marcharse los invitados. Fueron llegando sus coches, algunos con chofer. Yo les despedía junto a la puerta, agradeciéndoles su asistencia y sus regalos. Joshua, William y Jennifer fueron los últimos en marcharse.

—Espero que se arregle todo lo mejor posible con tu padrastro —me susurró Joshua.

—No te preocupes. Intentaré llamarte luego —le prometí.

Jennifer y yo nos dimos un abrazo y luego se fueron. A pesar de todo el ajetreo de los criados, recogiendo y limpiándolo todo, planeaba un denso vacío en el caserón. La niñera de Troy le había convencido para que se fuera a acostar, mi madre estaba en su cuarto, descansando de lo que llamo «el huracán», y por lo que yo pude deducir, Tony no había regresado todavía de la casita del laberinto. Me pregunté que haría allí a esas horas y recordé la pintura que había descubierto en un caballete y que luego había ocultado ¿ Por qué seguiría pintando esas cosas? ¿Estaría planeando otra muñeca?

—Discúlpeme, señorita —me dijo Curtis—. Han traído esto hace una hora. Me entrego un paquete. Era el regalo de cumpleaños de papá y Mildred.

—Gracias, Curtis.

Decidí subir y abrirlo en mi habitación.

Una vez allí, me senté en el sofá de la salita y desenvolví la cajita. Era una bailarina de porcelana pintada a mano, una caja de música. Le di cuerda y la puse sobre la mesa y la bailarina empezó a girar mientras sonaba La suite del Cascanueces.

La acompañaba una tarjeta de felicitación de papa que decía «Mildred y yo hemos encontrado una muñequita muy linda para una señorita muy linda. Feliz cumpleaños.»

Me recosté a contemplar la figurilla, recordando otros cumpleaños y otros regalos de cumpleaños, sobre todo del último, cuando papá me había regalado este Diario.

Era tan feliz entonces, sin prever la tormenta de sinsabores y tristezas que estallaría sobre nosotros, haciéndome derramar torrentes de lagrimas.

De repente, la presencia de Tony en el umbral interrumpió mi ensoñación. Me dio la impresión de que llevaba allí un buen rato mirándome.

—¿Qué es eso? —me preguntó.

—Un obsequio de mi padre —contesté, mirándole.

Tony tenía un aspecto muy raro, distinto. Llevaba el pelo, en general cuidadosamente peinado, todo desgreñado. Tenía la cara muy colorada, y llevaba la chaqueta desabrochada y arrugada, el nudo de la corbata flojo. Se hubiera dicho que había venido corriendo desde la casita.

—Es muy bonita ¿Importada? —me preguntó adentrándose en mi habitación—. Supongo que sí.

Cogió la figurita y le dio la vuelta.

—Sí, es holandesa. He visto muchas en mis viajes.

Después de dejarla donde estaba, prosiguió, sonriente:

—Menuda fiesta ha organizado tu madre, ¿eh?

Comprendí que intentaba ser muy simpático y hablar como si no pasara nada, pero yo seguía muy enfadada por la forma en que nos había tratado a Joshua y a mí.

—Sí —repuse secamente.

Guardé la cajita de música en su caja y me levanté.

—En fin, buenas noches. Voy a colocarla en mi dormitorio —le expliqué, esperando que se fuera, pero me siguió.

—Leigh, siento haberte asustado en la casita, pero os vi entrar en el laberinto y os seguí, intrigado de que hubierais dejado a los demás invitados.

—Sólo quería enseñarle a Joshua parte de la propiedad —repliqué, dándole la espalda.

—Es comprensible, pero debías haberte llevado a más chicos.

—No quería que viniera nadie más a la casita —le dije volviéndome.

—Leigh, ya sé que yo no soy tu padre —prosiguió Tony acercándose a mí—, pero eres una muchachita que está empezando a florecer. Hasta ahora has vivido protegida, en cierto modo, y un chico con más experiencia que tú podría aprovecharse de ti. Créeme, sé de lo que estoy hablando.

—Joshua no es así —protesté.

—Puede ser, pero eso no quiere decir que no tengas cuidado y a mí me disgustaría mucho enterarme..., en fin, me disgustaría mucho no poder darte algún consejo. Bueno, como ya te dije en la casita, no hay por qué contárselo a tu madre. Todo quedará entre nosotros.

Se me acercó más y me cogió por los hombros.

—Me gustaría que entre tú y yo hubiera algo especial, que hubiera siempre algo especial entre tú y yo —me dijo, devorándome con los ojos.

La presión de sus dedos aumentó, hasta que me hizo daño.

—¡Tony! —grité haciendo una mueca.

Pero él no me soltó.

—En realidad —susurró—, tu madre quiere que la ayude en tu educación, espera que la releve de sus responsabilidades con una hija adolescente. Se siente superada por ellas. Pero yo no. Eres demasiado guapa y demasiado preciosa para que no te cuide y te proteja. Por favor, déjame que te proteja, deja que te cuide.

—Aprecio mucho lo que quieres hacer por mí, Tony. Gracias —le dije, deseando poner fin a esa conversación.

Su mirada era febril y sus dedos me seguían apretando muy fuerte.

—Quiero decir que ya sé lo que pasa cuando un hombre, y sobre todo un hombre joven, te besa y te coge así por los hombros.

Aflojó la presión de sus manos y me las bajó por los brazos, sonriéndome.

—No te haces idea de la clase de influjo que tienes sobre los hombres.

—¿«Influjo»...?

¿De qué me estaba hablando? ¿Por qué estaba tan extraño? Había sido un incidente, y ya había pasado todo. ¿Para qué seguir insistiendo en aquello con tanto apasionamiento?

—Sí, influjo. Tienes un poder, el mismo tipo de poder que tu madre. Tu belleza y la suya son hechizadoras. Cualquiera hombre que os mire, a la una o la otra, se siente débil, siente que toda su voluntad se disipa como el humo. Pero desea ser esclavo de vuestra belleza. Le satisface ser torturado, rechazado, exprimido y acariciado. Vive para eso —dijo en una voz tan baja que yo casi tenía que leer en sus labios—. ¿Puedes entenderlo? ¿Me entiendes?

—No —dijo, meneando la cabeza. Intenté desasirme, pero él me agarraba

muy fuerte por los brazos.

—Cuando un hombre está tan cerca de ti como ese chico en la casita, y le permites que te toque —dijo soltándome el brazo y poniendo la palma de la mano sobre mi pecho—, su corazón se convierte en una caldera que envía pulsaciones ardientes por todo su cuerpo. Poco después ya no puede controlarse. No es culpa suya. Se transforma en un títere y tú en su titiritero.

Y siguió acariciándome el pecho. Me sujetaba tan firmemente con la mano derecha que yo no podía moverme. Las venitas de la frente se le habían hinchado. Me estaba tocando exactamente igual que Joshua.

¿Cuánto rato llevaría espiándonos antes de decidirse a interrumpirnos? Nos había visto penetrar en el laberinto y nos había seguido, recordé. ¿Por qué no nos había llamado en cuanto nos vio, si le parecía tan mal que abandonáramos a los otros convidados?

—Tienes que conocer tus poderes, Leigh, para no abusar de ellos —subió la mano hasta mi clavícula—. Vi cómo os besabais ese chico y tú. No puedes pretender que una cosa así acabe sin más. Es como echar una cerilla encendida en un pajar creyendo que sólo arderán cuatro lamitas y que enseguida se apagarán.

»Porque cuando prende ese fuego, se propaga rápidamente, adquiere autonomía y te consume a ti, con toda la paja. Quiero enseñarte, advertirte, educarte —me dijo—. No debes de tenerme miedo. Nunca. Debes confiar en mí y dejar que te ayude. ¿Lo harás, Leigh? ¿Lo harás?

Yo no sabía qué decir. ¿Enseñarme? ¿Advertirme? ¿Educarme? ¿Qué significaba todo aquello?

—Ya te lo he dicho, Tony. Te agradezco que te preocupes por mí.

—Sí —dijo—, me preocupo. Sí.

Me estrechó entre sus poderosos brazos y me besó en la frente.

—Mi preciosa muñeca retrato. Mi obra de arte especial.

Me retuvo largamente en su abrazo. Finalmente, me soltó y retrocedió un poco. Se pasó los dedos por el cabello y sonrió.

—Entonces, ¿volvemos a ser amigos?

—Claro, Tony, amigos.

—Bueno. Lamentaría muchísimo perder tu amistad y tu cariño, sobre todo después de haber trabajado juntos con tanto éxito —dijo señalando a Ángel—. Nos está mirando, ¿ves? He plasmado un atisbo de tu belleza en su cara. He modulado una nota de tu exquisita melodía, y cada vez que la miro, oigo esa música. Es mi obra maestra. Ahora comprendo que un artista pueda enamorarse de sus propias creaciones.

Volvió a mirarme y recordé su pintura de la casita.

—Tony, ¿por qué has vuelto a pintarme? ¿Estás planeando otra muñeca? —le

pregunté.

—¿Qué quieres decir?

—Sí, la pintura que estaba en el caballete y que tapé con una sábana.

—Ésa no es una pintura nueva, Leigh.

Pero yo estaba segura de que sí. Había visto todas las pinturas que me había hecho entonces y en ninguna de ellas aparecían tan claramente los rasgos de mamá.

—¿Por qué razón mantienes la casita dispuesta como un estudio de pintor?

—Pues porque no me acabo de decidir a recogerlo todo. En realidad, voy allí de vez en cuando a revivir los momentos que pasamos juntos creando esta maravillosa obra de arte. La casita del laberinto se ha convertido en un lugar muy especial para mí.

Endureció su expresión, apretó los labios y entrecerró los párpados.

—Por eso me ha molestado tanto que llevaras allí a un extraño.

—Joshua no es un extraño, Tony —repliqué.

—Aun así, esperaba que consideraras la casita como algo especial. Antes de volver a llevar a nadie allí, dímelo, ¿de acuerdo?

Yo asentí. Estaba cansada y quería acabar con aquella extraña conversación. Él volvió a mirar la muñeca.

—Estoy seguro de que tu muñeca piensa lo mismo —dijo sonriendo—. Bueno, de todos modos, en realidad venía a desearte una vez más feliz cumpleaños.

—Gracias, Tony.

Y volvió a acercarse a mí.

—Feliz cumpleaños, Leigh —susurró y me dio un beso fugaz en los labios—. Que duermas bien —añadió antes de salir de mi cuarto.

En cuanto se fue, cerré la puerta. Me había dejado muy confusa y desconcertada. No sabía qué pensar. Me lavé y me dispuse a acostarme, contenta de meterme entre las sábanas junto a mi Ángel. Los acontecimientos de la jornada desfilaban por mi mente. Había sido una fiesta maravillosa. Todos mis amigos lo habían pasado muy bien, Joshua me había besado y me había acariciado de una manera muy romántica hasta que Tony nos interrumpió. Salía con un chico, con un amigo muy especial. Me acordé de que había prometido llamarle y me senté en la cama para marcar su número.

—Soy Joshua —contestó. Nunca decía «¿Diga?».

—Soy Leigh.

—¿Qué tal ha ido todo?

—Bien. Mi padrastro acaba de salir hace un momento. Estaba preocupado, pero no va a armar un escándalo, ni tampoco piensa contárselo a mi madre. De todas formas, no te preocupes, a mí no me importa. No hemos hecho

nada malo. Tenía ganas de besarte —reconocí.

—Y yo deseaba besarte. Ha sido una fiesta magnífica, Leigh. La mejor fiesta de mi vida.

—Ha sido estupendo que vinieras y pasáramos un rato juntos. ¿Vendrás a verme al colegio la semana que viene?

—Naturalmente. William y yo ya estamos haciendo planes.

—Estoy deseando verte. Buenas noches, Joshua.

—Buenas noches, Leigh.

—Ángel también te desea buenas noches —añadí riéndome.

Acerqué la muñeca retrato al teléfono como si de verdad pudiera oírle y hablar con él.

—Buenas noches, Ángel —terminó Joshua riéndose.

Después de colgar, apreté a Ángel contra mi pecho. Apagué la luz y cerré los ojos, esperando recordar los besos de Joshua y las sensaciones que me habían producido, pero, en cambio, vi la figura de Tony erguirse ante mí, con los ojos clavados en mi cara, los labios brillantes y una sonrisa forzada. En mi mente era su mano, y no la de Joshua, la que me acariciaba el pecho. Me había dicho: «Quiero enseñarte, advertirte, educarte.» ¿Por qué me hacían temblar esas palabras? Sólo procuraba ser un buen padrastro, ¿o no? Y sin embargo, ¿por qué tenía que tocarme de aquella manera para demostrármelo?

Me habría gustado poder contárselo a mi madre y pedirle su opinión, pero para eso tenía que confesárselo todo: que Joshua y yo nos habíamos escapado de la fiesta, habíamos ido a la casita del laberinto, nos habíamos besado y yo le había alentado a acariciarme...

No, no, pensé. Mi madre diría que Tony había hecho lo correcto. No le contaría nada, era mejor olvidarlo, sencillamente. Sólo mi muñeca Ángel sabría que Tony Tatterton me había abrazado, me había tocado y me había besado en mi habitación esa noche, aunque yo estaba segura de que aquello no era más que el principio. Habría muchos más secretos entre mi muñeca retrato y yo.

Al final me quedé dormida con ella entre los brazos.

Si Tony le contó a mi madre algo relativo al incidente de la casita, a ella se le olvidó o no le dio demasiada importancia, porque nunca lo mencionó. Joshua y yo tampoco hablamos más de ello, aunque no olvidamos cómo nos habíamos besado y nos habíamos abrazado. Yo me echaba a temblar cada vez que soñaba que él me abrazaba y me besaba de nuevo de aquella manera. Nos besábamos en el cine, pero no era lo mismo porque no estábamos solos. No teníamos demasiadas oportunidades para estar

solos. Estaba prohibido llevarse chicos a las habitaciones de Winterhaven y las chicas no podíamos entrar en los dormitorios de los alumnos de Allandale.

Mi madre me permitió permanecer en Winterhaven muchos más fines de semana de lo que yo pensaba. Joshua, William, Jennifer y yo nos convertimos en la comidilla del colegio. No parábamos de salir y de hacer cosas juntos.

Marie y el «club especial» también se ablandaron un poco. Antes de Navidad ya volvían a dirigirnos la palabra, y nos invitaban a los dormitorios de todas. Un día, Marie nos readmitió oficialmente en el club. Nosotras aceptamos, pero lo cierto era que no nos sobraba demasiado tiempo para compartirlo con ellas, como al principio. Nos pasábamos todos los fines de semana con Joshua y William.

Las muñecas retrato se convirtieron en el artículo rey de los «Juguetes Tatterton». Tony mandó publicar anuncios en los periódicos y las revistas de todo el país. Las publicaciones de Boston editaron artículos acerca de las muñecas y mi foto apareció en sus paginas. Como había predicho Tony, la mayoría de las alumnas de Winterhaven quisieron una muñeca retrato, y muy pronto llovieron los pedidos. Tony estaba en la gloria con todo ello, y los fines de semana que nos reuníamos en «Farthy» no paraba de contarme cosas sobre sus proyectos.

Durante los meses de invierno, viajó bastante abriendo nuevos mercados para las muñecas en Canadá, Francia, Inglaterra, España e Italia. Estaba muy contento del éxito que estaba logrando en su competencia con las firmas europeas del ramo. Mamá fue con él una sola vez, al viaje que incluía una semana en el «Hotel Palace» de Saint-Moritz.

Por desgracia, coincidió con la representación teatral del colegio. Yo tenía un papel muy importante, pero ni ella ni Tony pudieron asistir a la función. Yo deseaba secretamente que viniera papá, porque me había escrito que pensaba pasar el mes de marzo a caballo entre Boston y Nueva York, pero no contestó a mi carta de invitación.

De todas formas, yo seguía esperando que viniera, y que al atisbar por el telón le vería sentado con Mildred en las filas delanteras, pero no aparecieron. Una semana después recibí una carta llena de excusas, donde me comunicaba que no había podido cumplir con los planes previstos y ni siquiera había ido aún a Nueva York. Seguía todavía en la Costa del Pacífico. Me decía que había visto un anuncio de la muñeca retrato «Tatterton» y le había parecido muy bonita.

Cuando llegó la primavera, las muñecas retrato se habían convertido en un producto millonario del imperio de «Juguetes Tatterton». Tony no paraba de darme las gracias por haber sido su primera modelo. Me dijo que estaba

invirtiendo un porcentaje de los beneficios en una cuenta a mi nombre.

Mamá consideraba que todo aquello era maravilloso y me recordó lo tonta que había sido yo por vacilar tanto antes de posar.

—Tony te ha convertido en una estrella después de todo —me dijo—. ¿No te parece sensacional?

Yo suponía que sí. Era la envidia de todas las chicas del colegio, tenía una muñeca maravillosa y ahora empezaba incluso a tener una pequeña fortuna personal como consecuencia de ello. Finalmente, Tony se había vuelto muy considerado y sincero y todas las cosas negativas que pensaba de él, las cosas que me había dicho y que me habían asustado tanto, se me habían olvidado completamente. El mundo que se volvió gris y desapacible cuando mis padres se divorciaron brillaba radiante de nuevo. El sol había atravesado las nubes. Tenía muchas amigas, salía con un chico, vivía en una casa fabulosa y tenía todo lo que una chica de mi edad podía desear ropa, joyas, discos, de todo.

Pero para mamá era todo muy distinto. A pesar de su inmensa riqueza, a pesar de tener un marido joven, guapo, brillante y rico, siempre se estaba quejando de alguna cosa. Seguía muy preocupada con su línea y lo que denominaba imperfecciones de su figura. Y un día de últimos de mayo anunció finalmente que se iba a Suiza a un «balneario de lujo» que le habían recomendado sus amigas. Pensaba pasarse allí un mes como mínimo, o «todo el tiempo que hiciera falta». Para mí, la mejor noticia fue que podía quedarme en Winterhaven hasta que terminara el curso.

Se marchó la última semana de mayo. Dos semanas después terminaba mi segundo año en Winterhaven. Joshua, William, Jennifer y yo hicimos toda clase de planes para el verano. Con lograr llevar a cabo la mitad me habría dado por satisfecha. Pensaba invitarles a todos a «Farthy» el primer fin de semana de las vacaciones, pero cuando se lo pedí a Tony, me dijo que sería preferible esperar a que volviera mi madre antes de traer invitados a casa. Fue nuestra primera discusión, y se desarrolló durante la primera cena que compartimos. Incluso se disgustó el pequeño Troy.

—No soy una niña pequeña, Tony. No necesito que mi madre me dé permiso cada vez que quiero mover un dedo —protesté.

—No. Pero no tardará tanto en regresar y prefiero que sea ella quien determine un asunto como éste —contestó él sosegadamente.

—¿Por qué? No es una decisión tan trascendente en mi vida. Sólo deseo invitar a unos amigos a pasar el fin de semana. No será porque no haya sitio o no podamos permitirnoslo... —insistí.

—Desde luego que hay sitio y podemos permitirnos ese gasto. Pero tú eres menor de edad y son tus tutores legales quienes deberán tomar las decisiones que te conciernen respecto a dónde vas y con quién —replicó—.

Además, después de lo que pasó aquel día cuando te escapaste con aquel chico... Tendría que pasarme el tiempo haciendo de carabina y yo...

—¡Eso es injusto! —grité.

—Aun así, es una enorme responsabilidad. Y me quedaré mucho más tranquilo si esperamos a que vuelva Jillian. Falta ya muy poco tiempo y por otra parte...

—¡Me habré muerto de aburrimiento cuando vuelva mamá! —exclamé.

Entonces fue cuando al pequeño Troy se le llenaron los ojos de lágrimas.

—No, mujer —dijo Tony, sonriendo de pronto—. Voy a tomarme unos días de vacaciones y como hace un tiempo magnífico, podremos hacer un montón de cosas. Montar a caballo... Ya están llenando la piscina...

—¡Pero no es lo mismo! —declaré, tirando la servilleta dentro del plato de comida—. Me siento atrapada.

—Bueno, Leigh, basta, por favor. No tolero las rabietas. Todo ha ido muy bien desde que se fue tu madre, y no me gustaría...

—¡Me da igual! No hay derecho —repetí y me levanté de la mesa.

—¡Leigh! —gritó Tony.

Pero yo subí corriendo las escaleras y me encerré en mi habitación. Me derrumbé en mi cama, abrazando a Ángel y empecé a sollozar hasta que no pude más. Entonces me incorporé, me enjuagué los ojos y miré a mi preciosa muñeca. Parecía compadecida de mí.

—Oh, Ángel... ¿Por qué no puedo ser como las demás chicas de mi edad y vivir en una casa normal con una familia normal y hacer las cosas que hacen las chicas de mi edad? No me interesan todas estas riquezas. ¿Para qué sirven si no me hacen feliz?

Suspiré. Naturalmente, la muñeca no podía contestarme, pero el desahogarme con ella me hacía sentirme mejor.

Me levanté con ella en brazos y me acerqué a la ventana que daba a la parte delantera del parque.

—Esto se va a convertir en una cárcel, Ángel. Mis amigos no pueden venir y yo no puedo ir a verles hasta que vuelva mi madre. ¿Qué le voy a decir a Joshua cuando me telefonee? ¿Y a Jen? Qué embarazoso es todo esto.

»¿Cómo puede figurarse Tony que voy a pasarlo bien sólo con él? Me gusta montar a caballo y bañarme en la piscina..., pero me gustaría hacerlo con mis amigos y no con el marido de mi madre.

Como si me hubiera oído hablar de él, Tony apareció de repente en el jardín, caminando a paso vivo por uno de los paseos en dirección al laberinto inglés.

En un momento desapareció en su interior. Estaba claro que iba a la casita.

¿Pero por qué? ¿Por qué seguía manteniendo aquel estudio allí? ¿Por qué me había mentado respecto a la nueva pintura cuando se lo planteé? Me dijo que no estaba diseñando una nueva muñeca retrato. ¿Qué estaba haciendo

entonces?

Por pura curiosidad, aburrimiento y frustración, dejé a Ángel sobre mi cama, bajé a toda prisa las escaleras y me colé por una puerta posterior para seguirle. No quería que Troy me viera y me preguntara adónde iba y qué iba a hacer. Se habría empeñado en acompañarme.

Los días se alargaban mucho en esa época del año, y la luz anaranjada del sol poniente que se rezagaba en el horizonte confería al mundo un halo de ensoñación e irrealidad. Los pájaros ya estaban en sus nidos y sólo seguían trinando unos pocos. No había golondrinas. El cielo azul se teñía de tinta por el Este y me pareció distinguir rutilar a la primera estrella que emergía lentamente en la inmensa extensión del espacio.

Corrí por la hierba y caminé de puntillas, como una espía, entre las sombras inmensas de los altos setos. Me volví una vez a mirar el caserón. Había dejado encendidas las luces de mis habitaciones, y se veía el papel de las paredes y las cortinas. Después me detuve a escuchar y penetré en el laberinto.

Nunca me había parecido tan silencioso ni tan oscuro el interior de aquellas avenidas. Recordé que nunca lo había cruzado a esas horas del atardecer, ni por la noche. ¿Sabría regresar? ¿Estaría demasiado oscuro, incluso durante el crepúsculo? Vacilé. ¿Cómo lo habría cruzado Tony y cómo pensaría salir de allí?

Pero atizada por una curiosidad irreprimible, recorrí el primer tramo, giré rápidamente por las dos primeras desviaciones y seguí adelante, hacia el centro del laberinto, sin hacer ruido. Sólo se oía el crujido de mis pisadas sobre las ramitas caídas y mi agitada respiración. Por fin llegué al otro lado y apareció la casita. Los estores seguían bajados, pero se notaba que las luces de su interior estaban encendidas.

¿Sería que Tony tenía allí escondida a otra joven modelo? ¿Temía causarle celos? ¿O temía acaso que mamá se pusiera furiosa y celosa?

Amparándome en las sombras de los árboles, me acerqué a escuchar. Se oía una música suave, pero ninguna voz.

Con sumo cuidado pasé junto a la puerta y me dirigí a la primera ventana. Era casi imposible ver nada porque los estores estaban completamente echados. Sólo conseguí distinguir las patas del caballete. Me acerqué a la segunda ventana. Ésta me ofrecería un puesto de observación mucho mejor porque el estor estaba subido unos centímetros. La ventana daba una perspectiva contraria de la estancia, desde detrás del caballete y hacia la puerta delantera.

Me arrodillé muy despacio y atisé por debajo del estor. Tony no estaba en la habitación, pero vi la misma pintura que había descubierto el día que llevé a Joshua a la casita.

Cuando me percaté de lo que Tony le había añadido a su pintura se me cortó la respiración.

Se había pintado a sí mismo, desnudo, tumbado junto a la figura femenina que combinaba muchas características de mi madre con las mías.

¿Por qué había hecho eso? ¿Qué significaba aquello?

Antes de que yo pudiera levantarme y marcharme, Tony emergió de la cocina.

Me quedé boquiabierta. ¡Estaba completamente desnudo!

Se detuvo bruscamente y miró en mi dirección. Yo sentí como si me resbalaran cubitos de hielo por la nuca y me quedé como paralizada un instante. ¿Me habría visto?

Sin dudar, me enderecé de golpe y salí corriendo lo más de prisa que pude hacia la verja. La abrí, la crucé a toda velocidad y me adentré por los corredores de setos del laberinto.

!! [HYPERLINK \l "INDICE" ¶](#) ↓

capítulo xvii.

Arduas lecciones

A causa de los nervios y la escasez de luz, me equivoqué varias veces y empecé a dar vueltas y vueltas por el centro del laberinto. Frenética, sudando, me detuve a recobrar aliento. El corazón me latía tan de prisa que me parecía que me iba a estallar en mil pedazos por el esfuerzo y la tensión. Respiré hondo e intenté desesperadamente controlarme para pensar con claridad y recuperar la orientación. Al inclinarme hacia atrás, el pelo se me quedó prendido de unas ramas y solté un grito porque no sabía lo que me había pasado y creí que me había agarrado alguien. Cuando lo comprendí, me lo desenganché en seguida y continué.

Sin embargo, salí disparada hacia la casa y subí a mi suite. Una vez allí, cerré la puerta y me quedé apoyada contra ella. Con los párpados cerrados, seguía viendo aquella otra pintura. La mano izquierda de Tony cubría totalmente mi pecho derecho y me estaba sonriendo, con sus ojos azul celeste tan brillantes que parecían salirse del cuadro.

Luego le recordé cuando salía de la cocina desnudo. Pensé que se había quitado la ropa para pintarse. Probablemente habría algún espejo en la pared..., si no, ¿por qué otra razón iba a desnudarse para trabajar...?

No había gritado, ni se había vestido precipitadamente para perseguirme.

Tal vez no me hubiera visto atisbando por la ventana, después de todo.

Decidí no decir una palabra sobre el particular. Cuando volviera mi madre se lo contaría. Supongo que ella le encontraría alguna explicación. Era todo tan extraño...

Una vez en mi cuarto, conseguí tranquilizarme. Tenía el cuerpo empapado en sudor, la blusa de seda pegada a los brazos y el pecho. Me sentía sucia,

contaminada y no sólo por la carrera por el laberinto, sino por lo que había visto. Meneé la cabeza y me encogí de hombros. Luego me cogí por la cintura como sorprendida por una tormenta y me dirigí al cuarto de baño a llenar la bañera. Le eché unas sales de baño y me quedé a contemplar cómo se iba tiñendo el agua de color azul turquesa, mientras el vapor aromático ascendía en suaves volutas.

Fui a mi vestidor, elegí un camisón. Después de dejarlo colgado detrás de la puerta del cuarto de baño, fui a sentarme a mi tocador y empecé a cepillarme el pelo. Cayeron algunas hojas y algunas ramitas. Al mirarme al espejo, descubrí que todavía estaba arrebolada, las mejillas me ardían como si me hubieran abofeteado. Me recosté en el respaldo de la silla, como embobada. Luego me acordé de pronto del baño y me levanté. Me quité rápidamente toda la ropa y me sumergí en el líquido perfumado, tibio y relajante. Me dejé abrazar y cerré los ojos, gimiendo de placer.

Debí de quedarme dormida dentro del agua durante unos minutos. No estoy segura, perdí la noción del tiempo. De repente abrí los ojos y advertí que el agua se había enfriado considerablemente. Me levanté de inmediato y me sequé. Luego me puse el camisón y me colé entre las suaves sábanas en busca de la seguridad de mi mullida cama. Sólo quería dormir y olvidarme de todos los acontecimientos de la jornada.

Al mirar por la ventana de mi izquierda, vi la luna plateada y redonda asomando entre unas nubes como de gas. Por encima, una estrella solitaria titilaba como las luces de un barco fondeado durante la noche en la oscuridad del mar. Un rayo de luna se colaba en mi dormitorio, imprimiendo a mis muebles un aspecto fantasmagórico, pero los ojos de Ángel tenían un brillo tranquilizador. Cogí la manita de la muñeca. Después cerré los ojos y me dejé vencer por el sueño, anhelando la paz en la oscuridad.

De repente abrí los ojos. Notaba una presencia. No me moví. Escuché atentamente y esperé. Se oía claramente el sonido de una respiración entrecortada. Gradualmente, con movimientos imperceptibles, me fui dando la vuelta en la cama hasta quedarme boca arriba. En el mismo rayo plateado de luna que me había sosegado hasta conciliar el sueño se recortaba la silueta brillante de Tony Tatterton, con el pecho desnudo. Yo temblaba tanto que creí que no podría pronunciar palabra, pero mi voz sonó clara y firme.

—¡Tony! ¿Qué estás haciendo aquí?

—Oh, Leigh... Leigh mía... —susurró él—, ha llegado el momento de insuflar vida a la pintura. Debo cumplir mis promesas: enseñarte, educarte...

—¿Qué quieres decir? ¿Qué quieres? Estaba durmiendo. Haz el favor de marcharte —le rogué.

Pero no lo hizo. Se sentó en el borde de mi cama. Yo no me atrevía a bajar

los ojos ni a seguir el contorno de su cuerpo, porque adivinaba, sin mirarle, que estaba completamente desnudo.

—Eres tan hermosa como tu madre —dijo tendiendo la mano para acariciarme el pelo—. Más hermosa. Los hombres te perseguirán dondequiera que vayas, pero tú eres como una preciosa obra de arte. Nadie debe tocarte ni utilizarte. Eres demasiado especial. No obstante, debes saber lo que eso significa y lo que puede ocurrir. Debes estar preparada y advertida. Y yo te lo voy a enseñar. Soy el único que puede hacer eso por ti, porque, en cierto modo, yo te he creado.

Me cogió la cara con una mano. Yo intenté retroceder, pero la almohada me lo impidió.

—Te he hecho brotar del lienzo y como Pigmalión, te he insuflado vida y belleza. Todo el que recree la vista en la muñeca retrato está recreándose en tu belleza, la belleza que yo he modelado con estas manos —dijo acariciándome con las yemas de los dedos el contorno de la mandíbula y bajándolos luego por mi garganta.

—Tony, vete ahora mismo. Quiero que salgas de aquí —le exigí con voz trémula.

El corazón me palpitaba muy fuerte y casi no podía respirar, me faltaba el aire.

Él siguió, como si no me oyera. En lugar de marcharse, me bajó las sábanas y las dobló cuidadosamente a mis pies. Yo intenté taparme de nuevo, pero él me sujetó la mano y se la llevó a los labios.

—Leigh —gimió—, mi muñeca...

—Tony, fuera de aquí. ¿Pero qué haces?

Me incorporé un poco y comprobé que, efectivamente, estaba totalmente desnudo. Se tumbó a mi lado con las manos a la altura de mis muslos, forcejeando para subirme el camisón. Yo quería decirle que era casi como una hija suya y que no debía venir a hacerme esas cosas, pero fui incapaz de articular palabra. Él me levantó el camisón hasta la cintura.

Empecé a empujarle por la cabeza, para impedirle que se me acercara más, pero él era muy fuerte y estaba muy decidido.

—Tony, ¿qué es lo que pretendes? Vete. ¡Basta, por favor!

Bajó la cabeza hasta posar sus labios sobre mi cuello, por donde los deslizó lentamente, saboreando el sabor y el aroma de mi piel. Yo estaba temblando, quería que me dejara, pero mis pequeñas manos y mis débiles brazos no producían el menor efecto en su pecho y sus hombros vigorosos. Me había vuelto a levantar el camisón hasta las axilas. Cuando apoyó el pecho sobre mis senos desnudos, sentí los desenfrenados latidos de su corazón, como si formaran parte de mí. Acercó los labios a mi oído.

—Debes tener experiencia, debes comprenderla, debes ser consciente de

ella —susurró—. Entonces lo sabrás, estarás preparada. Es mi deber, es una responsabilidad para mí, forma parte del proceso artístico de crearte —dijo, como convenciéndose a sí mismo de que lo que estaba haciendo era necesario y no era nada malo.

—¡NO! ¡BASTA!

Intenté rechazarle pegándole puñetazos en los hombros y el cuello, pero eran como moscas en el lomo de un caballo: solamente una molestia sin importancia. Noté sus piernas sobre las mías. Yo estaba aterrorizada. Me había pasado las manos por detrás de la espalda y me tenía firmemente enlazada, inmovilizándome los brazos contra el cuerpo. Sus labios me recorrían la clavícula, descendieron entre mis pechos. Yo notaba la humedad de su lengua.

—Enseñarte..., iniciarte...

—¡TONY!

Mi cuerpo temblaba, se estremecía, forcejeaba, pero apenas conseguía mover un poco las manos, porque sus poderosos brazos me inmovilizaban completamente. Hizo otro esfuerzo y se apalancó entre mis piernas y luego, con sus muslos, me fue abriendo los míos.

—Has de entender..., que yo soy el responsable..., por favor, no me pegues. Deja que te enseñe..., yo te lo explicaré...

—¡BASTAAA! —grité por última vez, pero fue inútil.

Me forzó, arrebatándome lo que sólo debía haber concedido por amor. Su embestida fue violenta y segura, abriéndome a él. Una herida dolorosa y abrasadora entraba y salía. Sentí que me mareaba y que perdía el conocimiento. Tal vez llegara a perderlo durante unos segundos. Mi cuerpo estaba totalmente bajo su control, se movía al mismo tiempo que él. En un momento dado, sentí que ya no me pertenecía; mi cabeza cayó hacia atrás contra la almohada y el resto de mí siguió aplastado por su cuerpo. Hizo todo lo que quiso conmigo. En su mente me estaba volviendo a esculpir, por otros caminos.

Mis gritos eran tan tenues como los de una muñeca. Me mordí el labio inferior e intenté resistir. Un fuego me subía desde los muslos por el bajo vientre en oleadas continuas y rítmicas, hasta que me arrolló. Me pareció que me hundía en la cama bajo su peso.

Finalmente, relajó el abrazo que me bloqueaba los brazos y el tronco y me acarició los labios y las mejillas, primero con los dedos y luego con sus propios labios.

—¿Lo ves? ¿Lo has sentido? ¿Has comprendido lo que es ese poder? Ahora te he hecho mujer. He completado mi mayor obra de arte, te he convertido en una muñeca viviente.

Yo gemí, tragándome los gritos. Tenía las mejillas surcadas de lágrimas.

Mantuve los ojos cerrados. Sentía sus labios sobre mis párpados y luego me besó en la boca. Después de un largo silencio, se separó de mí. Yo no me atrevía a hablar ni a moverme por miedo a que volviera a empezar. Le oí dar un profundo suspiro y luego noté que me acariciaba con la yema de un dedo entre los dos pechos, bajaba hasta el vientre y luego se rezagaba allí un momento.

Después murmuró:

—Muñequita mía, que duermas bien.

Oí cómo se alejaban sus pisadas y abrí los ojos justo cuando cruzaba la puerta de mi dormitorio. En cuanto se cerró la puerta, me eché a llorar violentamente, estremecida. Me hice un ovillo, abrazando mi cuerpo desnudo, sollozando. Después me senté en la cama. Escudriñé en la oscuridad, incrédula, preguntándome qué había ocurrido. Tal vez fuera sólo una pesadilla. Quería negarlo todo, pero mi cuerpo, todavía estremecido por sus besos y la violación no me dejaba ignorarlo o fingir.

¿Qué podía hacer? ¿A quién recurrir? Mamá no había vuelto aún. Mi padre estaba de viaje con su nueva esposa, consolidando sus negocios. Allí sólo estaban los criados y el pequeño Troy. Me levanté y me dirigí al cuarto de baño, apoyándome en las paredes. Encendí la luz y me miré en el espejo de cuerpo entero. Tenía la cara surcada de lágrimas y muy encarnada. Mi cuello y mis hombros estaban enrojecidos por sus besos y sus caricias forzados. La visión de mi cuerpo en ese estado me recordó brutalmente lo que había pasado. Volví a marearme y tuve que sentarme.

Pensé en llamar a Jennifer o Joshua, pero me daba mucha vergüenza. ¿Qué les diría? Y en cualquier caso ¿qué podían hacer ellos? No podía contar con nadie más que conmigo misma. Al final, después de una serie de profundas inspiraciones, conseguí volver a tenerme en pie. Apagué la luz y regresé a la cama. ¿Qué otra cosa podía hacer? No iba a pasearme por toda la casa chillando y desvariando.

Busqué a Ángel. Parecía chocada, apenada. La abracé muy fuerte contra mi pecho, en busca del consuelo que necesitaba desesperadamente. Por una de esas ironías, la muñeca que había creado Tony iba a tranquilizarme después de la terrible acción que éste había cometido. Pero esa muñeca era mucho más mía que suya, y ahora le despreciaría tanto como yo.

—Oh, Ángel..., sólo nos tenemos la una a la otra. Tony tenía razón: las dos somos muñecas.

Cerré los ojos y dejé que el sueño me meciera en sus brazos y me alejara de ese mundo cruel e indecente.

Un cálido rayo de sol que me acariciaba la cara me hizo abrir los ojos.

Parpadeé, comprobando dónde me hallaba y recordando lo que me había sucedido en esa habitación durante la noche. Al incorporarme en la cama, esperaba en cierto modo que todo estuviera patas arriba, que el mundo sufriera los mismos trastornos que yo. Pero nada había cambiado a mi alrededor. Mi cuarto estaba tan ordenado y limpio como siempre. Un alegre sol entraba por la ventana. La misma Ángel parecía radiante y repuesta. ¿Había sido una pesadilla? Estudié mi cuerpo, como en busca de alguna evidencia. Tenía los brazos magullados por el férreo abrazo de Tony y me escocían los muslos, pero aparte de eso, no había indicios ni marcas reveladores de su acción. Sin embargo, me parecía estar sucia por dentro. No había sido una pesadilla.

Me incorporé poco a poco y permanecí un rato sentada en la cama, reflexionando. Podía escaparme y reunirme con papá, pero no sabía dónde estaba; y podía estar en el otro hemisferio, por las noticias que tenía. Decidí darme una ducha y vestirme. No quería bajar ni ver a Tony, pero no podía quedarme todo el día encerrada en mi habitación. También podía decir que estaba enferma y pedir que me subieran las comidas, pero eso le haría subir a él también y entonces sería más violento todavía.

Además, a los diez minutos de levantarme tenía al pequeño Troy llamando a la puerta de mi suite- Venía a recordarme mis promesas de la víspera sobre nuestros planes para hoy. No quise mirarle a los ojos mientras hablaba con él por miedo a que leyera el horror y el terror de mis ojos y se asustara. Pero estaba demasiado entusiasmado con las actividades propuestas para darse cuenta de nada.

—Dijiste que me acompañarías a la playa, Leigh. ¿Podemos ir justo después del desayuno? ¿Eh? Por favor... Podríamos recoger conchas.

—De acuerdo —le contesté—. Pero deja que me duche y me vista. Baja al comedor y empieza a desayunar.

—Tony ya está abajo —dijo.

—Bien.

Pensé que quizá Tony hubiera desayunado y se hubiera ido cuando yo bajara, así que no me apresuré en ducharme y en arreglarme. El día se presentaba muy bueno, así que me puse unos shorts y una blusa de manga corta para la excursión a la playa con Troy.

Por desgracia, cuando bajé al comedor, Tony todavía seguía sentado a la mesa, leyendo el Wall Street Journal y tomando café. El corazón me dio un vuelco cuando él bajó el periódico y me miró. Yo le miré con toda la furia posible, pero él no pareció darse cuenta. Me dedicó una sonrisa radiante.

—Buenos días, Leigh. Va a hacer un día espléndido. Troy me ha dicho que pensáis ir a dar un paseo a la playa. A lo mejor os acompaño.

Miré a Troy. Estaba jugueteando con el tenedor y su medio pomelo. La niñera

le recordó que no se jugaba con la comida. Sin decir palabra ocupé mi asiento. La camarera me sirvió inmediatamente un zumo de naranja. Miré a Tony de refilón y vi que seguía sonriéndome y observándome. Llevaba el pelo cuidadosamente cepillado y una camisa de manga corta a rayas azules y blancas y pantalones azul claro. Parecía muy animado y descansado ¿Como era capaz de comportarse así? ¿Creía que se me iba a olvidar todo lo que me había hecho? ¿O tal vez pensara que fingiendo que no había pasado nada malo lo resolvería todo tranquilamente? Seguramente se figuraría que yo se lo contaría todo a mi madre. Ella querría divorciarse y nos iríamos de esa casa.

Pero no actuaba como si estuviera preocupado lo mas mínimo. Dobló el periódico y siguió tomándose el café.

—Troy se va a tomar un buen desayuno esta mañana porque sabe que necesita mucha energía para hacer todas las cosas que ha planeado contigo —dijo Tony guiñándome un ojo— ¿Verdad, Troy?

—Ajá —dijo el niño masticando aplicadamente un gajo de pomelo.

—He pensado que tal vez te apetecería montar un poco a caballo hoy, Leigh. Le he dicho a Curly que ensille a Trueno y Relámpago después de comer ¿Que te parece?

Miré a Troy y a su niñera. Ambos estaban pendientes de otras cosas y no escuchaban a Tony. Luego le miré desafiante.

—¿Como te atreves a sugerir siquiera una cosa semejante? —le pregunté apretando las mandíbulas.

Él se encogió de hombros.

—Pues porque pensé que te apetecería. Va a hacer un día magnifico para dar un paseo a caballo. Creía que te gustaba montar.

—Me encanta montar a caballo. No se trata de eso —le espeté.

—Entonces, ¿qué pasa?

—¿Pretendes que vaya a montar a caballo contigo después..., después de lo que pasó anoche?

La niñera levantó la cabeza dando un respingo. La sonrisa de Tony desapareció, pero la sustituyó en seguida por una expresión de desconcierto.

—¿Qué quieres decir? ¿Qué pasó?

Yo miré a la niñera. La camarera también se había quedado muy quieta y nos escuchaba con gran interés.

—No quiero hablar de ello en este momento —dije y me tomé el zumo.

Tony se recostó en el respaldo de la silla.

—Bueno, bueno —dijo—, tal vez te encuentres mejor después de comer. En tal caso, todo estará dispuesto. De todos modos, no sería un paseo muy largo. Esta mañana se me han presentado unos asuntos inesperados en el

despacho y tendré que ir a Boston por la tarde.

—Por mí, ya puedes marcharte ahora mismo —le solté.

Tony no respondió. Meneó la cabeza, hizo una mueca y desplegó su periódico.

Vaya mascarada, pensé ¿Esperaba realmente seguir actuando como si nada? Decidí no insistir por el momento, tanto por Troy como por mí misma. El niño parloteaba acerca de nuestro paseo por la playa y las conchas que íbamos a recoger y todos los planes que tenía.

Tuve que sonreír y obligarme a estar contenta por él, para no estropear su alegría.

Tony apuró su café y se levantó.

—Bueno, tal vez nos veamos en la playa —nos dijo.

Luego musitó una disculpa y se fue. Yo me terminé el desayuno y Troy y yo salimos inmediatamente hacia la playa antes de que Tony pudiera acompañarnos.

El interminable parloteo de Troy me impidió rumiar mis negros pensamientos, porque no paraba de recordar los horribles acontecimientos de esa noche. Troy me hizo una pregunta. Esa mañana estaba muy inquisitivo y su energía verbal me ayudo a seguir adelante.

—¿Por que se mueven las nubes, Leigh? Mira —dijo, señalando al cielo—, aquella grande estaba mas allá hace un momento ¿Es que tienen alas?

—No —le dije, sonriendo—. Es que el viento las empuja.

—¿Y por que no las atraviesa?

—Supongo que algunas veces si las atravesará. Por eso hay nubes pequeñas, que son trozos de las grandes —le respondí acariciándole el pelo. Él iba balanceando su cubito mientras caminábamos, hollando la suave arena con sus determinados pasitos.

—Y si yo estuviera allá arriba, ¿también me empujaría a mí el viento?

—Si fueras lo bastante liviano para flotar, sí.

—¿Y también me partiría en pedazos como a las nubes?

—Sólo si fueras de aire. ¿Cómo se te ocurren esas cosas? —le dije, preguntándome cómo serían sus sueños.

Él se encogió de hombros.

—Tony dice que en algunos sitios soplan unos vientos tan fuertes que levantan a las personas del suelo y las elevan por los aires hasta las nubes.

—Oh, Troy..., pero aquí no —dije, arrodillándome para abrazarle—. Aquí estamos a salvo.

—¿Y no se te llevará el viento a ti tampoco? —preguntó, escéptico.

—No, te lo prometo.

Pero en lo más hondo de mi corazón sentía que un viento terrible me había azotado, llevándose toda brizna de felicidad que yo hubiera hallado allí.

Troy me sonrió y se soltó de mi abrazo, echando a correr hacia las aguas. —¡Mira! ¡Mira estas conchas azules! —exclamó, metiendo unas cuantas en su cubito.

Yo aspiré una honda bocanada de fresco aire marino. Me pareció que me limpiaba los pulmones, llevándose toda la ansiedad y la pesadumbre de mi cuerpo. Me volví a mirar, para comprobar si Tony nos había seguido. No le vi y pensé que habría comprendido que yo no toleraría su presencia a mi lado. Convencida de que Troy y yo estábamos solos, me acerqué a su lado a recoger conchas y llenar su cubito con las más bonitas.

Cuando regresamos, Tony no estaba en casa. Cuando Troy preguntó por él, Curtis le dijo que había tenido que marcharse a Boston antes de lo previsto. Sin embargo, había dejado un recado para mí: mi caballo estaba preparado por si me apetecía dar un paseo por la tarde.

No lo di. Pasé la tarde leyendo y jugando con Troy en su suite. Justo antes de la cena le llevé a dar un paseíto por el parque. Llevamos un poco de pan duro y dimos de comer a los pajaritos en las fuentes.

Tony no vino a cenar, lo cual agradecí. Después, Curtis nos comunicó que había llegado un telegrama de mi madre diciendo que llegaba al día siguiente por la noche.

Oh, gracias al cielo, pensé. Se lo contaría todo, con todo detalle, para que comprendiera los horrores que me había hecho sufrir y supiera con qué clase de hombre se había casado. Estaba convencida de que nos iríamos de allí en cuestión de días. Tony pagaría por lo que me había hecho. Cuando mi madre se enfadaba con un hombre, podía ser una enemiga formidable. Resolví que nada me haría perdonarle, ni disculpas, ni promesas, ni regalos... Me figuraba que vendría a suplicarme perdón cuando averiguara lo pronto que llegaría mi madre.

Cuando anocheció empecé a ponerme cada vez más angustiada.

Dondequiera que estuviera, permanecía alerta al sonido de la puerta, por si oía llegar a Tony. A medida que pasaban las horas iba creciendo mi tensión, cada vez más aguda mientras se iba aproximando la hora en que él regresaría a casa y seguramente me buscaría. Nada de lo que hacía para distraerme o estar ocupada surtía efecto: ni escuchar la radio, ni ver la televisión, ni leer, ni charlar con Troy... Nada conseguía hacerme olvidar los sucesos de la víspera.

Al fin, más por miedo que por cansancio, me retiré a mis habitaciones. Pero en cuanto cerré la puerta me sentí atrapada y vulnerable. Al fin y al cabo todo había acontecido allí, él había entrado en mi cuarto y podía volver a venir. Sólo el dormitorio de mi madre tenía cerradura en la puerta. Había insistido mucho en ello porque valoraba mucho la intimidad y, ahora empezaba yo a entenderlo, para tener a raya la fogosidad de su joven

esposo.

Se me ocurrió una idea. Me puse la bata y las zapatillas, cogí a Ángel y salí de la habitación. Me encaminé directamente a la suite de mi madre y cerré la puerta del pasillo con llave. No sólo me sentía a salvo allí por eso, sino también por el hecho de estar en la habitación de mi madre, oliendo su perfume a jazmín, entre sus cosméticos, su ropa y sus zapatos..., todo ello me infundía seguridad. Me puse uno de sus camisones y me eché un poco de perfume en el cuello. Después me colé en su cama, como cuando era pequeña, en Boston. Sus sábanas, sus almohadas y su colcha olían a fresco, como ella exigía siempre.

—Ay, mamá —gemí—, qué ganas tengo de que llegues...

Coloqué a Ángel a mi lado sobre la almohada y apagué la lámpara de la mesilla de noche.

Esa noche había una luna grandísima que difundía una claridad plateada, sin sombra de nubes. A sus pies brillaba un racimo de estrellas y me imaginé un mundo celeste donde reinaba una bella princesa, la luna, con miles de súbditos a su alrededor, las estrellas, siempre dispuestas a servirla. Allá arriba sonaba siempre una música muy dulce y no existían la maldad ni la crueldad. Allí no había familias deshechas, ni hombres hipócritas y falsos, ni mujeres celosas, ni chicas que intentaran hacer daño a las demás.

—Ése debería ser nuestro mundo, Ángel —susurré—. El mundo al que pertenecemos.

Cerré los ojos e intenté soñar, soñar en un mundo con calles de caramelo, niños felices, listos y guapos como el pequeño Troy, que reían y jugaban a salvo; un mundo con familias que se querían y vivían en casas acogedoras, adonde regresaban los padres al terminar de trabajar, para reunirse con su esposa y sus hijos. Era un mundo sin los huracanes que asustaban a Troy, un mundo sin nubarrones, donde todas las chicas de mi edad tenían cara de muñeca y algún amigo muy especial.

Ay, ojalá pudiera vivir allí, ascender lentamente hasta la luna y formar parte de ese mundo...

Me quedé dormida, pero me desperté horas más tarde con los ruidos y las luces de la salita contigua. Me incorporé rápidamente en la cama de mamá: Tony estaba en el quicio de la puerta, con la cara y el cuerpo en contraluz. De repente se echó a reír. Yo no podía pronunciar palabra. El corazón empezó a latirme aceleradamente.

—Conque dejándome otra vez en la estacada... —dijo él soltando una carcajada.

¿Sería que me estaba confundiendo con mi madre..., que hubiera malinterpretado las fechas del telegrama y creyera que ella ya había regresado? Me mostró una llave a contraluz.

—No te había llegado a decir que mandé hacer una copia cuando me harté de tu..., de tu ridícula mojigatería. Echarme a mí, a tu marido, de tu habitación..., mantenerme a distancia, negarme mis derechos conyugales... Pues bien, se acabó. Estoy cansado de hacer el tonto. Cuando nos conocimos me encontrabas guapo y atractivo. Y ahora que estamos casados y me has obligado a firmar aquel ridículo contrato matrimonial, crees que puedes rechazarme... Pues, no. Nunca más. He venido a por lo que me pertenece por derecho y tú también deberías desear.

Dio un paso hacia mí.

—Tony —dije en un susurro—, no soy Jillian, soy Leigh.

Se detuvo y guardó silencio un momento. En la contraluz, yo no podía verle los ojos ni la expresión de la cara, pero sentí su confusión.

—He venido a dormir aquí esta noche. Ella todavía no ha vuelto. Y ahora vete. Ya me has hecho bastante daño como para que te odie a muerte.

De pronto soltó otra carcajada, esta vez con un deje frío, de amargura.

—Así que ahora pretendes ser tu madre. Quieres imitarla. Te acuestas en su cama, te pones su camisón y su perfume. Sueñas con ser Jillian, con ser mi esposa, al fin y al cabo. Es una fantasía tuya.

—¡NO! No he venido aquí por eso. ¡He venido para protegerme de ti! ¡Vete!

—Igualita que tu madre... Te niegas a admitir lo que realmente deseas, lo que realmente necesitas. Ya comprendo. Es un rasgo familiar —añadió riéndose.

—Vete —le supliqué, desesperada.

—Me has cerrado la puerta con llave, igual que ella —estalló—. No está bien, no debías hacerlo.

Se me acercó. Cuando le tenía sólo a unos pasos de la cama, olí su aliento, que apestaba a whisky. Aquello me asustó mucho más. Me encogí, ciñéndome las sábanas contra el cuerpo.

—Por favor, Tony, márchate. Tengo miedo. No puedo soportar lo que me hiciste. Me dan náuseas sólo de pensarlo. Por favor, vete.

—Oh, no debes sentirte así. Tienes que combatir esos temores. ¿Por eso has cerrado la puerta y estás siempre buscando excusas para no estar conmigo? —me preguntó, volviendo a confundirme con mi madre.

—No, Tony, no soy Jillian. Soy Leigh. ¿Me entiendes? ¿Me estás escuchando?

—Sigues enfadada..., pero la cólera es una pasión. ¿No lo ves? Te consume el deseo, eres un puro anhelo, lujuria. No debes ignorar la voz de tus entrañas

—dijo sentándose en la cama.

Yo retrocedí, pensando en saltar de la cama por el otro lado y salir huyendo. Pero él fue muy rápido y adivinó mi intención de escaparme. Me agarró por la muñeca y me la retorció hasta que tuve que soltar la sábana. Chillé de dolor y él me la soltó, pero se recostó sobre mis piernas y mi cintura.

—Hace una noche preciosa, una noche muy romántica, una noche perfecta

para el amor.

—Nosotros no somos amantes, Tony —protesté entre sollozos.

—Claro que sí. Para siempre jamás. Estoy unido a ti por mi trabajo.

—¡Déjame en paz! —grité cuando me puso la mano en el muslo—. Se lo contaré a mi madre, todo. Se enterará de lo que me hiciste anoche y te odiará para siempre y te dejará —le escupí las palabras a la cara.

Mi rabia podía más que mi terror.

Pero él soltó otra carcajada.

—¿Se lo vas a contar a tu madre? ¿Contarle el qué? Lo que ella ya sabe, o mejor dicho, lo que ella espera que ocurra. ¿Quién crees que me empujó hacia ti, me alentó, me espoleó? ¿Quién sugirió que te utilizara como modelo, como modelo desnuda? No soy idiota. Sé por qué lo ha hecho. Y lo he aceptado, he acabado deseándolo yo mismo. Eres hermosa, y serás más hermosa que ella. ¿No se te ha ocurrido que ella también lo sabe y eso la está reconcomiendo?

—¡No! —grité—. ¡Todo eso es mentira!

—¿Ah, sí? —rió—. Ella creyó que tú y yo hacíamos el amor en la casita, y lo permitió.

—¡Embustero!

Intenté pegarle, pero él me sujetó el puño en el aire.

—No tenemos secretos el uno para el otro. Yo intenté ponerle celosa, quería que me deseara más, así que le dije, le expliqué que te habías excitado mucho y me habías pedido que hiciera el amor contigo después de que te acariciara todo el cuerpo mientras posabas. ¿Sabes lo que me contestó? Dijo que por lo menos aprenderías con un buen maestro, con un amante consumado. Oh, ya sé que lo decía para halagarme, pero en realidad no le molestó.

—Ella no haría una cosa así —protesté, negando con la cabeza—, nunca lo haría.

Me desasí la muñeca.

—Tú ni siquiera la conoces. Dices que no tenéis secretos el uno para el otro, pero ella te ha ocultado una cosa muy importante —le dije en tono viperino—. Ni siquiera sabes su verdadera edad. Crees que es muchos años más joven. Ella nunca confiaría en ti absolutamente.

—Oh, claro que sé su verdadera edad, cariñito —dijo con calma, tanta calma que me dio un vuelco el corazón—. Conozco a fondo su pasado. Por desgracia, mi amor por ella me tenía cegado y no lo investigué hasta después de la boda. Nunca sabrá qué traicionado me sentí de que me hubiera ocultado una cosa así. Yo, que veneraba el suelo que ella pisaba... Ahora la dejo que viva en su mundo de ilusiones. ¿Qué hay de malo en ello?

—¡No! Estás mintiendo otra vez. ¡Vete, largo!

Le empujé pero volvió a agarrarme, esta vez por las dos muñecas, y me atrajo hacia él; me besó brutalmente en la boca. Yo me debatía para desasirme, pero él tenía mucha fuerza. Se me quedó en la boca el sabor de whisky y me dio asco.

Luego se puso de rodillas encima de la cama y me sujetó las manos contra la almohada.

—Tú eres más hermosa ahora por tu frescura y tu inocencia. Eres autentica, en ti no hay trampa. Eres realmente una muñeca retrato — añadió llevando una vez más sus labios a mi cuello.

Y otra vez, me retorcí y forcejeé debajo de él, y una vez más, consiguió colarse entre mis piernas y me penetró igual que la noche anterior. Era como una pesadilla recurrente. Yo grité, supliqué, rogué desesperadamente, pero él hacía oídos sordos, atento tan solo a las voces que le hablaban desde dentro, voces de deseo y lascivia que no sabía acallar.

Durante esta segunda violación me confundía con mi madre, llamándome alternativamente Jillian o Leigh. Yo cerré los ojos y volví la cabeza como negando lo que estaba pasando, lo que él me estaba haciendo. Mi cuerpo subía y bajaba debajo del suyo. Yo no podía pararlo.

Al abrir los ojos antes de que terminara, vi a Ángel a mi lado, sobre la almohada. Con un gran esfuerzo, logré liberar mi mano derecha de su agarre, lo suficiente para alcanzar la muñeca y volverla de espaldas, porque leía en sus ojos mi propio terror y mi pesar.

Después, apreté los parpados y esperé a que él terminara.

Cuando se desahogó, se quedó acostado sobre mí un buen rato, antes de levantarse como sonámbulo y dejarme allí. Yo no me moví. Me dolían las muñecas y me escocía la cara como si me la hubiera frotado con papel de lija. Lloré hasta que creí que se me iba a partir el corazón. Después de verter raudales de lagrimas cerré los ojos y me tapé con las sábanas, abrazando a Ángel. Me volví en la cama, enterré la cara en la almohada y esperé que me venciera el sueño.

Por la mañana me desperté al despuntar el alba, me escabullí del dormitorio de mi madre y me fui a mi suite, a meterme en mi cama. Troy vino a buscarme pero le dije que no me encontraba bien. Él bajo corriendo a decírselo a Tony y la servidumbre. Poco después, la señora Carter, una de las doncellas más antiguas, se presentó a ver que me pasaba. Le expliqué únicamente que no me encontraba bien y ella me dijo que me traería algo ligero para desayunar.

—¿Quiere que avise al señor Tatterton?

—¡No! —exclamé de inmediato—. No quiero que suba nadie a verme hasta que

llegue mi madre.

—¿Ni tampoco un médico?

—Nadie, por favor —rogué.

—Bueno. Le traeré algo caliente. Acaso después de tomar algo se encuentre mejor —me ofreció.

¿Encontrarme mejor? Tuve ganas de decirle que ni comida, ni médicos, ni una carretada de amigos conseguirían hacer que me sintiera mejor. Me volví y me subí las sabanas hasta la barbilla. Troy vino otra vez, disgustado de que yo no saliera de mi cuarto para jugar o dar un paseo con él. Picoteé un poco del desayuno que me trajo la señora Carter y bebí un poco de té. Tony no subió a mi habitación. Yo estaba dispuesta a echarle, a ponerme a gritar y armar un escándalo para llamar la atención de los criados si era necesario. Tal vez se lo figurara y por eso no hizo acto de presencia. La señora Carter volvió con el almuerzo. Comí como un pajarito un pequeño bocadillo y un poco de zumo. Por la tarde volvió a subir y me preguntó si quería que llamara al médico.

—No, el médico no puede hacer nada —le respondí—. Pero que venga mi madre en cuanto llegue.

—De acuerdo, no se preocupe —dijo la señora Carter meneando la cabeza. Se llevó la bandeja de la comida. Yo estuve dormitando hasta el atardecer. Por fin oí una gran conmoción en el pasillo y comprendí que mamá acababa de llegar de su viaje a Europa. Expectante, aguardé, convencida de que la servidumbre la habría puesto al corriente de que yo no había salido de mi suite en todo el día y casi no había probado bocado.

Se abrió la puerta de la salita de par en par y entró mamá a toda prisa acercándose a mi cama como una bocarada de aire fresco. Asomé la cabeza de entre las sabanas y la miré. Llevaba el cabello recogido en un moño y un traje de seda azul marino, con una chaqueta holgada abrochada a la cintura. Parecía esbelta, limpia y suave y tenía una expresión feliz y radiante en los ojos. Llevaba unos pendientes de cristal en forma de cubo, que lanzaban destellos, captaban toda la luz y la reflejaban.

—Leigh van Voreen —declaró, con los brazos en jarras—, ¿cómo te atreves a ponerte enferma el día de mi llegada? ¿Qué te pasa? Estamos en verano, y la gente no se resfría en verano...

—¡Ay, mamá! ¡Mamaíta! —grité, destapándome y sentándome en la cama—. Ha ocurrido una cosa terrible. ¡Y dos veces!

—¿Pero qué tontería es ésta, Leigh? Pensaba que te encontrabas mal. En cuanto crucé el umbral, la señora Carter vino corriendo, frotándose las manos y gimoteando, diciendo que estabas muy enferma y no querías que llamara al médico ni que te viera nadie. ¿Es que no te imaginas lo que es un viaje desde Europa? ¡Estoy agotada!

Se volvió a contemplarse en el espejo de mi tocador desde todos los ángulos.

—Sabes, ha sido una dura prueba perder peso y corregir todas las imperfecciones de mi silueta. Pero lo he conseguido... Todo el mundo está de acuerdo. ¿Qué te parece?

Se volvió hacia mí con expresión expectante, dispuesta a recibir una retahíla de alabanzas. Pero ése no era día para cumplidos..., sólo para verdades amargas. Yo no estaba dispuesta a permitir que mamá rehuyera la verdad ni un momento más.

—Mamá, yo sí que he sufrido una dura prueba, mucho más terrible que la tuya, aquí en «Farthy». Por dos veces, Tony ha venido a mi habitación y..., me ha violado —grité—. Él..., él...

¿Por qué me dejaba proseguir? ¿Es que tendría que contarle todo esos horrendos detalles, uno por uno? La miré con lágrimas en los ojos, esperando que se abalanzara sobre mí, me abrazara y me consolara con sus besos, me prometiera que todo se arreglaría, y me protegiera..., como antes.

Se acercó a la cama como un rayo. ¡Por fin había conseguido que me hiciera caso! ¡Por lo menos me escucharía! Pero entonces vi sus ojos, aquellos ojos suyos... Reducidos a una estrecha franja, con un resplandor helado. ¡Oh, cuánto miedo me dieron! Se me secaron inmediatamente las lágrimas y el estómago se me encogió. ¡No me había creído! Los ojos de mamá siempre reflejaban sus verdaderas emociones.

—¿Qué? —preguntó con incredulidad—. ¿Qué significa esta ridícula historia? ¿Que Tony te ha violado? Francamente, Leigh, he oído muchas fantasías de adolescentes, pero esto ya es pasarse de la raya...

Yo meneé la cabeza con furia.

—No, mamá... No es una fantasía. Es la verdad. Tony me ha violado, realmente.

Ahora que había conseguido acaparar plenamente su atención no podía perderla. ¡Tenía que lograr que me escuchara!

—Déjame que te lo cuente todo, por favor. Escúchame.

—Te estoy escuchando —dijo con una mueca de contrariedad.

—Anteanoche, le seguí por el laberinto, hasta la casita.

—¿Le seguiste? ¿Y por qué?

—Tenía curiosidad por saber lo que estaba haciendo allí, y averiguar por qué no había desmantelado el estudio.

—No debías de haberle seguido, Leigh —dijo, acusándome de indiscreción antes de dejarme terminar.

Yo hice caso omiso y continué.

—Cuando llegué a la casita, atisbé por una ventana y vi que había pintado

otro cuadro que me representaba a mí..., con él, y además él se había pintado..., desnudo.

—¿Ah, sí? —dijo ella.

—Al momento apareció Tony, desnudo.

—¿Estaba solo? —me preguntó de inmediato.

—Sí, pero de todos modos..., me asusté y volví corriendo a casa. Cuando estaba en la cama, él vino a mi cuarto..., desnudo..., y me atacó, y me obligó a hacer el amor con él.

Ella me miraba con cara de escepticismo.

—¡Es cierto! Y luego, anoche... Me fui a dormir a tu cama, para cerrar con llave la puerta y sentirme a salvo. Pero él entró. Tenía una llave. Al principio creyó que eras tú, pero le dio igual. Volvió a violarme. Ay, mamá, ha sido espantoso... Yo no podía hacer nada.

Mi madre no modificó su expresión.

—Mamá..., ¿no oyes lo que te estoy diciendo?

Ella suspiró y meneó la cabeza.

—Pensaba hablar de esto contigo cuando estuviera instalada —me dijo—.

Esperaba que este asunto podría aguardar hasta que me recobrará de los ajetreos.

—¿Hablar de ello conmigo? ¿Y cómo lo sabías tú?

—Tony ha venido a recogerme al aeropuerto, Leigh. Me ha contado cómo te has portado. No me ha dicho que le seguiste a la casita del laberinto, sino que le pediste que fuera a tu suite y cuando entró, te encontró completamente desnuda en la cama.

—¿Cómo dices? ¡Es mentira!

—Me ha dicho que le agarraste de la muñeca y le acercaste a ti, rogándole que te hiciera el amor. Pero él se soltó, te reprendió y se fue.

—Mamá, escúchame...

—También me ha contado que fuiste a mi suite y fingiste ser yo para que no te rechazara por segunda vez. Dice que incluso te pusiste un camisón mío y un poco de perfume.

Me miró con expresión triunfante, olfateando el aire.

—Ese camisón es mío, ¿no? Y huele a mi perfume.

—Oh, mamá, sólo lo hice por tenerte más cerca. Tenía mucho miedo.

Cuando la miré de nuevo a los ojos, leí en ellos su desconfianza. Ni siquiera intentó disimularla. En ese momento, una oleada de odio me recorrió las venas. Hasta entonces nunca había sentido una cosa así por mi madre. ¡Nunca! Pero era natural: ella no quería creerme. Prefería desconfiar de las palabras de su propia hija, frente a las de un hombre con el que llevaba casada menos de un año. Sólo le interesaba Tony..., su Tony asquerosamente rico..., su joven y horrible esposo.

Miré a mamá con expresión cínica. Oh, sí, ahora lo entendía todo. Mamá no estaba dispuesta a arriesgar su posición de señora de «Farthinggale Manor». Qué más daba el contrato que le había hecho firmar a Tony cediéndole la mitad de su fortuna... Sin su apellido, ella no era nadie... ¡NADIE! Si me hacía caso y se divorciaba de Tony, perdería los privilegios y la respetabilidad de la señora Tatterton. Se acabarían las invitaciones. La sociedad de Boston le cerraría las puertas en las narices, y ella tendría que conformarse con ser una pobre chica de Texas y contemplarles desde fuera.

Por más que yo quisiera la felicidad de mamá, porque en el fondo todavía la quería..., y sabía que ella necesitaba tener a un hombre que diera sentido a su vida..., no podía permitir que Tony no pagara por lo que me había hecho. No podía. Lo intenté por última vez.

—Mamá, te he dicho la verdad.

—Francamente, Leigh, tu historia es insultante. ¿Cómo quieres que te crea?

—Espero que me creas a mí, y no a él. ¡Está loco!

—Me ha dicho que intentaste por todos los medios que se acostara contigo y al ver que no lo conseguías..., me traicionaste y le revelaste mi edad — concluyó, más dolida que enojada.

—No, mamá..., se lo dije porque...

—¿Cómo te has atrevido? No confiaba más que en mi propia hija.

—Mamá, él ya lo sabía. ¡Y le daba igual!

Ella meneó la cabeza.

—Desde luego, Leigh, deberías contenerte un poco. Yo también he sido adolescente. Sé cómo te sientes. Tu cuerpo se está desarrollando muy de prisa. De la noche a la mañana te has convertido en una mujer, con las necesidades de una mujer..., y aquí está el atractivo Tony Tatterton, el hombre ante el que posaste desnuda. Es comprensible y, en parte, me siento responsable de no haberme dado cuenta de que te hacías mayor. Pero tienes que aprender a controlar tus fantasías y tus impulsos.

»Ya ves cómo lo hago yo —prosiguió—. Recuerda lo que te dije acerca de los hombres, debes comportarte. Estoy segura de que, dentro de un par de días, todo volverá a su cauce como antes. Tony no te guarda el más mínimo rencor. Es muy comprensivo con esta clase de cosas. Por eso funciona tan bien nuestro matrimonio.

Después me sonrió.

—Bueno, estoy deseando darme un buen baño.

—Mamá, tienes que creerme..., por favor...

—Basta, Leigh. Me niego a seguir oyendo esos disparates. Como no tengamos cuidado, todos los criados se pondrán a murmurar y a difundir horribles rumores.

—No son rumores... ¡No son mentiras, ni fantasías!

—¡Leigh! —exclamó entrecerrando los ojos—. ¿Pretendes que me trague que mi marido quiere seducir a mi propia hija, una adolescente, teniéndome a mí? Francamente... Haz el favor de serenarte. Yo voy a darme un baño, arreglarme y bajar al comedor a cenar.

—Pero, mamá...

—Se acabó. Además —prosiguió con una sonrisa—, tengo que enseñarte un montón de cosas preciosas que he comprado en Europa, y quiero contarte lo que he hecho en el balneario y describirte a las personas que he conocido. Su sonrisa se evaporó.

—Me ha molestado mucho que le revelaras mi verdadera edad a Tony, Leigh. Pero te perdono porque no me parece que le haya molestado tanto como me temía. Es realmente un hombre maravilloso. Pero no te perdonaré si sigues con... estos cuentos. Así que, por favor, tranquilízate y arréglate para cenar —profirió un profundo suspiro y se relajó de nuevo—. No hay nada como volver a casa después de un largo viaje —canturreó saliendo de mi habitación.

¿Su casa? ¡«Farthinggale Manor» no era una casa, era un infierno! Me quedé mirando el vacío que había dejado mi madre. ¿Pero qué me estaba ocurriendo? ¿Estaría soñando? ¿Estaba atrapada en otra pesadilla?

Mamá se NEGABA a creerme. En lugar de ayudarme, se parapetaba tras los muros de cristal de su propio mundo de vanidades, obsesionada por ella misma. ¡ELLA Y SOLO ELLA! La madre que yo había querido y adorado siempre ya no estaba, la había sustituido la desconocida de mi pesadilla. Me volví hacia mi muñeca.

—Oh, Ángel —grité—, ojalá pudieras hablar... Eres mi único testigo.

Pero pensé que aunque Ángel hablara, mi madre encontraría el modo de no creérselo.

No quería o no le interesaba. Para mí, era exactamente lo mismo.

!! [HYPERLINK \l "INDICE" ¶](#) ⊥

capítulo xviii.

El enfrentamiento

Me levanté de la cama y me vestí para bajar a cenar. Aunque había comido muy poco durante el día, no tenía apetito, pero todavía esperaba, estúpidamente, que conseguiría convencer a mamá de la verdad. Pensé que no tendría más que echarme un vistazo. Con muy poco entusiasmo empecé a cepillarme el pelo, que parecía reflejar mis íntimos sentimientos, sin brillo, mustio y apagado. Vi la fatiga y el agotamiento emocional de mis ojos. Con los hombros encogidos, salí de mi suite y bajé las escaleras.

Me sorprendió encontrar a mamá sentada ya a la mesa con Tony. Les oí reírse mientras me acercaba al comedor. En cuanto aparecí se callaron y se

volvieron hacia mí. Tony miró a mi madre y luego me dedicó una sonrisa —¿Te encuentras mejor, Leigh? —me preguntó, con una máscara de preocupación paternal.

No le contesté. Me dirigí a mi sitio y desdoblé la servilleta, notando sus miradas clavadas en mí.

—Le estaba hablando a Tony —empezó mi madre—, de las gemelas Walston. Estoy segura de que te acuerdas de ellas, ya las he mencionado otras veces. Viven en Boston y su padre tiene una finca en Hyannis. Cada uno de sus muslos abulta más que yo. En el balneario las llamábamos las gemelas Walstonelada. ¡Había que verlas a las dos juntas en baño de vapor...! — exclamó soltando una carcajada y echando la cabeza hacia atrás—. Vaya, que cualquier mujer se sentía diez kilos más ligera en cuanto las veía. En cualquier caso, lo más divertido fue cuando se marcharon. Descubrimos que habían engordado tres kilos... Por lo visto se atiborraban de pasteles y golosinas en el pueblo cercano. ¿Os imagináis? ¡Gastarse tanto dinero para engordar tres kilos...!

Tony meneó la cabeza y se rió con ella. Yo no podía creer que estuvieran tan contentos. Nada de lo que yo le había dicho a mamá le había causado la menor impresión. El resto de la velada prosiguió igual. Mamá fue desgranando historias acerca de las señoras ricas del balneario. Tony constituía un público perfecto, riéndose de todas sus gracias y poniéndose serio cuando lo requería la ocasión.

Cuando mi madre terminó de criticar a sus compañeras de dieta, Tony le relató pormenorizadamente el éxito de las muñecas retrato. A cada momento, mi madre se volvía a mirarme enarcando las cejas, expresándome su admiración e intentando contagiarme su apreciación. Pero yo me negué a ceder a su capricho. Ahora mis deseos y mis necesidades eran más importantes que los suyos. Lo que me había sucedido era muy grave, me había trastornado mucho. Se me rompía el corazón al ver lo deprisa que se le olvidaban mis penas.

—Leigh, quiero enseñarte las cosas que he comprado en Suiza —declaró mi madre después de que sirvieran el café—. Están en la habitación azul. Te he traído un regalo muy caro.

Se levantó, le dijo algo a Curtis mientras salía del comedor y Tony y yo también nos levantamos. Cuando me disponía a salir tras ella, Tony me cogió por el codo y me retuvo para que mamá no oyera lo que iba a decirme.

—Leigh, quiero que sepas que no albergo ningún resentimiento contra ti por lo que has dicho a Jillian. Tanto ella como yo comprendemos perfectamente lo que supone para una chica convertirse explosivamente en mujer. Me sonrió con una mirada dulce de indulgencia. Su tono de voz, como si no

hubiera pasado nada, era enloquecedor. Se me hizo un nudo en la garganta. Tragué saliva y me mordí la lengua.

—¿Vienes, Leigh? —me llamó mamá.

—Voy...

Luego lo miré con furia a los ojos, clavando en los suyos todo mi odio contenido. Una llamarada de ira me abrasó el pecho. Con hielo en la voz, le dije:

—Tal vez la hayas engañado de momento, pero, con el tiempo, acabará por creerme a mí, porque una persona como tú no puede disimular siempre lo que tiene dentro.

Él meneó la cabeza con expresión de lástima, enfureciéndome más aún.

—Esperaba que, ahora que había vuelto Jillian, cambiarías de actitud. Ya veo que todo lo que cuentan acerca de las adolescentes de hoy es la pura verdad. Sin embargo, quiero que sepas que siempre seré comprensivo y no me burlaré de ti.

—Eres despreciable —le dije, apretando los dientes.

Él siguió sonriéndome. Luego intentó cogerme del brazo para acompañarme fuera, pero yo me debatí.

—No me toques. No se te ocurra volver a tocarme.

Él asintió y me indicó la puerta. Yo salí rápidamente en busca de mi madre. Tony no nos acompañó a la habitación azul, donde mamá había almacenado sus compras. Me senté en el sofá y la observé desempaquetar suéteres, blusas, faldas y cinturones de cuero. Había comprado objetos de artesanía, figurillas, joyeros y espejitos de marfil. Me entregó un reloj de pulsera de oro y brillantes. Cada objeto tenía su historia: cómo lo había encontrado, cómo era la tienda, qué pensaban las demás mujeres de lo que iba comprando... Presumía de que las otras la seguían a todas partes, copiando todo lo que hacía y comprando lo mismo que ella.

—Total, que de pronto me convertí en su guía —se jactó—. ¿Te imaginas? Todas aquellas señoronas riquísimas y con mucho mundo, pendientes de que yo les dijera lo que era elegante, lo que era realmente artístico, y lo que valía la pena comprar. Francamente, debía de haberles cobrado una comisión.

Se calló un momento y me miró como si fuera la primera vez que me veía.

—Pareces un poco cansada, Leigh. Mañana deberías tomar un poco el sol. No es bueno pasarse el día encerrada de ese modo. No es sano. En los sitios cerrados, sin ventilación, la piel puede sufrir graves daños. He hablado mucho con los expertos de aquel maravilloso balneario —dijo antes de que pudiera interrumpirla—. ¿Te habías dado cuenta del aspecto físico de las suizas? Puede ser debido a su dieta —continuó como sentando cátedra—, y también al ejercicio, el aire libre, la sauna y las mascarillas. Ya le he pedido a

Tony que encargue una sauna para mi cuarto de baño —concluyó.

—Mamá, tengo mala cara porque he vivido una horrible experiencia. Si quisieras escucharme, escucharme realmente...

—No pretenderás empezar otra vez con lo mismo, ¿verdad, Leigh? — exclamó, haciendo un mohín—. No puedo resistirlo, la verdad. No sé cómo he podido aguantar tan pocas horas de sueño desde que salí de Suiza. Me había propuesto estar rebosante de energía por ti y por Tony, pero ya no puedo más y me voy a acostar.

—Mamá...

—Buenas noches, Leigh. Espero que te haya gustado el reloj.

Me dejó allí plantada, entre todas sus cajas y sus paquetes. Metí el reloj en su estuche. ¿Qué más me daba todo aquello? ¿Qué significado podían tener para mí todos aquellos caprichos? ¿Acaso creía que el oro, la plata y las piedras preciosas estaban por encima del bien y el mal?

Me sentía tan frustrada como una pobre mudita incapaz de expresar sus ideas y sus sentimientos, que hubiera de tragarse sus gritos y tuviera todas sus válvulas de escape cerradas a cal y canto. Lo mismo podría ser invisible, pensé. Mamá ni me veía, ni me escuchaba, ni me creía. Estaba cegada por el resplandor de su propia vida.

Más adelante seguía pasando lo mismo cada vez que yo intentaba hablarle de los ataques horribles que había padecido. No me escuchaba, o cambiaba inmediatamente de conversación. Al final, abandoné. La mayor parte del tiempo, salía sola a pasear por la playa o a montar a caballo. El aire del océano, el murmullo de las olas o la contaminación hipnótica y meditabunda del vaivén de las olas me serenaban. Leía, escribía el Diario, ponía discos y jugaba con Troy.

Jennifer me llamó muchas veces, pero yo no la llamé, ni tampoco a Joshua. Éste me llamó a finales de junio para decirme que se iba de vacaciones con su familia y que estaría fuera un mes. Le habría gustado verme antes de irse, pero yo no podía verle, me sentía incapaz. Cuando me mirara a la cara se daría cuenta de todo lo sucedido, y me odiaría. Estaba segura. Hallé consuelo y alivio en la soledad. La Naturaleza se convirtió en la madre y el padre que me faltaban, cicatrizándome las heridas, acariciándome con su brisa y dándome una sensación de seguridad que no podía hallar en el caserón, con sus rincones oscuros y sus estancias inmensas.

Cuando salía de paseo con Troy, le seguía adonde fuera, escuchando su parloteo infantil, sin enterarme realmente de lo que me contaba, oyendo su vocecita inocente y feliz. Su cantinela era melodiosa y deliciosa. Me gustaba sentarme a su lado a contemplar el océano y responder a sus preguntas mientras le acariciaba el pelo. En cierto modo, me habría gustado regresar a su mundo, su mundo infantil, un mundo de muñecas, juguetes y golosinas,

un mundo sin amargas verdades ni horrendas realidades. Todos los espectros desaparecían con una cálida caricia, un beso tranquilizador y una promesa para el día siguiente.

Mamá volvió a sumirse en su vida social: por la tarde acudía a sus partidas de bridge, iba al teatro y de compras a Boston, organizaba cenas para sus nuevos amigos ricos y asistía a sus invitaciones. En numerosas ocasiones, intentó que yo les acompañara a alguna cena. Argüía que quería que yo conociera a los hijos de esas familias de la clase alta, pero yo decliné todos sus ofrecimientos.

Tony se mantuvo a distancia, casi sin dirigirme la palabra, incluso evitando mirarme, especialmente cuando estaba mi madre delante. Si estaba sola y le encontraba por la casa, me iba a otro sitio. Afortunadamente, la casa era enorme y era posible perderse por ella a voluntad. Y también podía vagabundear por el parque, la piscina, montar a caballo y pasar fuera toda la tarde, o dar un buen paseo por la playa y eludir todo contacto con él. Luego, a mediados de julio, anunció que se iba a Europa unos días, por un asunto de negocios. Mamá le dio una lista de encargos, con sus respectivas direcciones. Él comentó que intentaría traerme algo especial, pero no le contesté.

Pocos días más tarde, papá me llamó desde Houston, Texas. Estaba en camino hacia el Este y quería quedar conmigo para verme. Yo le había escrito continuamente, intentando que me llamara o me contestara, pero no lo había hecho hasta entonces.

—No he parado, princesa —me explicó—. Probablemente todas tus cartas llegarían demasiado tarde. ¿Todo va bien?

—No, papá. Tengo que verte —le dije con desesperación.

Él guardó silencio un momento.

—¿Qué pasa? —me preguntó.

—No te lo puedo contar por teléfono, pero necesito hablar contigo, es muy importante.

—¿No puedes hablar con tu madre?

—Ella..., no puede ayudarme —respondí con voz fría y sin emoción.

—Muy bien. Te llamaré en cuanto llegue a Boston y saldremos a cenar. Llegaré pasado mañana.

—Papá, procura venir solo —le rogué.

—Leigh, me he casado y Mildred forma parte de mi vida. Y así queremos que sea. Le disgusta muchísimo que la excluya, y además tiene un gran interés en reconciliarse contigo. ¿No quieres perdonarme por casarme tan precipitadamente y darle otra oportunidad?

—No se trata de eso papá. Tengo que hablar contigo de... de un asunto muy personal.

—Mildred es parte íntima de vida, Leigh —insistió.

Una vez más, mi padre estaba en manos de una mujer.

—De acuerdo, papá. Telefonéame en cuanto llegues —le dije.

No tenía otra elección, ni podía recurrir a nadie más.

—Bueno. Hasta muy pronto, princesa —dijo, y colgó.

La idea de que papá llegaría a los dos días me animó mucho. Seguramente, cuando le contara lo que me había ocurrido, haría que fuera a vivir con él. Ni siquiera permitiría que volviera esa noche a «Farthy». Y le diría a mi madre que pensaba recurrir a los tribunales para hacerse cargo de mi tutela. Yo no sabía qué ganaría con ello, pero por lo menos estaría lejos de Tony y de aquella casa.

Me sentí animada y con fuerzas por primera vez desde la violación de Tony. Sesteé en la piscina, di una galopada a caballo y me llevé a Troy a dar un largo paseo por la playa, a recoger conchas. Tenía más apetito y repetí de todos los platos. Mamá advirtió los cambios, pero yo no le dije que venía papá.

El día que esperaba la llegada de papá me levanté muy temprano. Pensaba salir hacia la ciudad con Miles en cuanto papá me llamara. Cuando mi madre bajó a desayunar, yo ya estaba vestida, había desayunado y acababa de volver de dar un paseíto con Troy por el parque. Por la tarde vendrían sus amigas a jugar al bridge y yo sabía que eso significaba que pasaría horas arreglándose. Justo antes del almuerzo, Curtis me avisó de que me llamaban por teléfono. Yo estaba fuera con Troy, observando trabajar a los jardineros.

—¿Es mi padre? —le pregunté ansiosa.

—Sólo ha preguntado por la señorita Van Voreen —respondió Curtis en su tono neutro habitual.

Me abalancé al interior de la casa, hasta el teléfono más próximo.

—¿Diga? Soy Leigh.

—Señorita Van Voreen, soy Chester Goodman. Trabajo para su padre y me ha pedido que le llame.

—¿Sí? —dije, impaciente por las formalidades.

Me daba igual quién fuera, todo lo que quería saber era el recado.

—Dice que lo lamenta mucho, pero no puede verla hoy.

—¿Qué?

Me quedé sin sangre en las venas y noté en el pecho un vacío helado, como si mi corazón hubiera dejado de latir.

—Dígame, tengo que verle, ¿me oye? ¡Es imprescindible! —insistí—. Por favor, dígame que se ponga. He de hablar con él.

—Lo siento, señorita Van Voreen, pero ya no está. Uno de los buques de la compañía ha naufragado en el Pacífico... Se ha organizado una operación de

salvamento y su padre ha tenido que salir urgentemente hacia allí.

—¡Oh, no!

—Me ha encargado que le diga que la telefonará en cuanto pueda. ¿Me ha oído...?

No le contesté. Colgué el aparato y me senté en la butaca del teléfono, aturdida. ¿Es que no había advertido papá mi tono de desesperación? No se le había ocurrido hablar conmigo antes de irse, ni menos aún llevarme con él adonde fuera. Podíamos haber hablado en el avión... ¿Por qué era más importante para él su negocio que su hija?

De repente se me ocurrió una idea terrible. Acaso lo supiera todo... Tal vez supiera desde siempre que yo no era hija suya y por eso no me consideraba un asunto de importancia.

Me tapé la cara con las manos.

—¿Leigh?

Era Troy, de pie en el umbral.

—¿Vienes ya?

Yo me le quedé mirando.

—No —le dije—. No me encuentro bien. Voy a subir a mi cuarto.

El niño puso cara de desilusión.

—¿Bajarás más tarde?

—No lo sé, Troy. Lo siento.

Me dirigí a la escalera, sin mirar atrás. No podía soportar más penas.

Tardé una eternidad en llagar a lo alto de la escalera. Caminaba sumida en el estupor, y no me di cuenta de que entraba en mi suite. De pronto advertí que estaba en mi cuarto. Me tumbé en la cama.

Me dolía la cabeza y tenía un poco raro el estómago, como lleno de mariposas que volaran frenéticas y chocaran contra las paredes.

Yo me sentía tan atrapada como ellas. Parecía imposible sentirse tan mal. Pero a la mañana siguiente fue mucho peor. A los pocos segundos de abrir los ojos me dio un ataque de náuseas: me acometía una arcada tras otra hasta que hube de levantarme a toda prisa para ir a vomitar al cuarto de baño. Estaba tan mareada que era como para morir. Al final, fue remitiendo y volví a la cama a reposar hasta que me sentí lo bastante recuperada para levantarme.

¿Qué sería aquello? ¿Algo que me habría sentado mal? ¿Y cómo se me presentaba y se me pasaba de esa manera...?

De repente me asaltó una idea espantosa. No lo había pensado antes porque llevaba cerca de un mes y medio atareadísima con otras cosas.

El período se me estaba retrasando mucho...

Y ahora ese mareo por la mañana... «¡Oh, no —pensé—, estoy embarazada!»

Aguardé tres días más antes de decirle nada a mi madre, esperando y rezando por que no fuera verdad, pero me daban náuseas cada mañana e incluso algunas tardes. Y el calendario tampoco lo desmentía. Por más que comprobara las fechas una y otra vez, la conclusión era siempre la misma: no me venía el período y siempre lo había tenido puntualmente, como un reloj.

Por fin comprendí que no podía eludirlo más. Curiosamente, cuando decidí comunicárselo a mamá, lo primero que pensé fue que aquello confirmaría por fin lo que ella se negaba a creer: que Tony me había violado. No podía quedarme embarazada yo sola. Desde luego, también era posible que continuara dudando de mí aun ante semejante prueba, pero, puesto que así era, tampoco se trataba de desperdiciar tan buena ocasión de demostrar la verdad, de una vez por todas.

Mi madre se estaba arreglando para una fiesta de beneficencia que se celebraría esa tarde en «Farthy». La encontré sentada frente a su tocador, estudiando un nuevo peinado. No advirtió mi presencia, ni me oyó cuando la interpele:

—Mamá... ¡Mamá., por favor! —exclamé.

Ella parpadeó y se dio media vuelta.

—¿Qué pasa, Leigh? ¿Es que no ves que me estoy arreglando...? No tengo tiempo para tonterías —gruñó.

—No son tonterías, mamá —le dije con dureza y frialdad.

Ella advirtió mi tono de seriedad y dejó el cepillo.

—Muy bien..., ¿de qué se trata esta vez? —Enarcó las cejas y miró al techo como armándose de paciencia—. Cada vez que tengo algo importante que hacer, te da alguna crisis emocional. No sé qué pasa hoy con las adolescentes. Tal vez es que coméis demasiados dulces —concluyó.

—¡MAMÁ! ¿QUIERES ESCUCHARME?

Me dieron ganas de abalanzarme sobre ella y agarrarla del pelo, para obligarla a que me mirara y me escuchara.

—No grites. Te estoy escuchando. Pero ten la consideración de ser lo más breve posible.

Yo tragué dificultosamente saliva y respiré hondo.

—Cuando te dije lo que Tony me había hecho, no me creíste. ¡No me creíste!

—No pude remediar levantar la voz.

Cuanto más hablaba, más furiosa me ponía. La expresión de fastidio de mamá atizaba el brasero de mi rabia, inflamándome más.

—Intenté explicártelo, hacerte comprender que no era ninguna fantasía de adolescente, pero tú no quisiste escucharme.

—Y sigo sin querer hablar más del asunto. Ya te he dicho que tengo...

—¡MAMÁ! —grité—. ¡ESTOY EMBARAZADA!

Las palabras que brotaron de mi boca me escandalizaron incluso a mí, pero ya estaba dicho. Guardamos silencio las dos, horrorizadas por la situación. Iba a tener un hijo. El delito de Tony tendría consecuencias, y ahora Dios nos haría pagar a todos la lascivia de un demente.

Mamá se me quedó mirando un momento y luego una sonrisita tirante apareció en su rostro. ¡Ojalá pudiera borrarla! Se reclinó en el respaldo de la silla y cruzó las manos sobre su regazo.

—¿Qué dices?

Me corrían las lágrimas por las mejillas y esa vez era incapaz de tragármelas.

—Tengo un retraso larguísimo y llevo varios días vomitando todas las mañanas. Tony me ha dejado embarazada.

Ella no dijo nada; me miraba como si yo le hablara en chino, esperando a que se lo tradujera.

—¿Es que no entiendes lo que estoy diciendo, mamá? Todo lo que te conté era verdad, y ahora voy a tener un hijo, ¡un hijo de Tony! —grité, proclamando la verdad con toda la firmeza que podía.

—¿Estás segura..., completamente segura de las fechas...?

—Sí. Ya sabes que siempre he tenido cuidado con eso —repuse muy seria. Era absurdo fingir que era mentira lo que me estaba pasando. No pensaba hacer como mi madre: vivir en un mundo de ilusiones sólo para lograr la felicidad.

Ella meneó la cabeza, entrecerrando los párpados, con odio en la mirada.

—Ha sido culpa tuya, pequeña estúpida —siseó con vehemencia.

—¿Qué? —No podía creerlo.

Ella asentía con la cabeza, como confirmando sus propios pensamientos.

—Te has dedicado a provocarle, a tentarle, a atormentarle con tu cuerpo joven y floreciente. Y aquí tienes el resultado, el horrible, espantoso y molesto resultado.

—Yo no le he provocado, mamá. Sabes muy bien que...

—Claro que lo sé. No creas, Tony no paraba de quejarse de tus argucias. Y en cuanto me fui, le invitaste a tu suite. ¿Qué esperabas que hiciese, contigo allí, desnuda, tentándole, invitándole, exigiéndole que te hiciera el amor, amenazándole con... inventar historias sobre él?

—¿Qué? ¿Te ha contado semejante mentira? ¿Cómo puedes creer esa fantasía?

—Y, ahora mira... —me dijo, sin escucharme. Parecía una actriz que hubiera ensayado mil veces su actuación y se negara a decir otra cosa.

»¿Qué va a pasar cuando se sepa? Piensa en los problemas que me ocasionará, en lo que pensarán todas mis amigas... No volverán a invitarnos

a una sola cena. Nos marginarán... Y todo porque mi hija es egoísta, desconsiderada, indecente, libidinosa... y envidiosa. Sí, eso es lo que eres —dijo, muy satisfecha de su parrafada—. Estás celosa de mi belleza, de mi matrimonio con un hombre joven y atractivo, en lugar de permanecer encadenada a tu padre, un viejo indigno de mí.

—¡Eso es falso!

—Es absolutamente cierto. Tony me ha contado cómo te comportaste en la casita, intentando seducirle mientras posabas.

—¡Son mentiras, mentiras! —grité.

¿Por qué actuaba mi madre de ese modo? ¿Qué había sido de nuestra sincera comunicación materno filial?

—Yo no quería ser su modelo. ¿No te acuerdas? Tú me convenciste. Y después, cuando te comenté lo que...

—Sí, viniste a envenenar mi amor por él. Querías ponerme celosa. Eso es lo que hiciste —concluyó con ojos relampagueantes—. Creías que, contándome esas invenciones de que te tocaba...

—¡Me tocaba, mamá, es la pura verdad!

—Bueno, sí, pero no del modo en que tú intentabas hacerme creer. Y, cuando aquello no dio resultado, le atrajiste a tu dormitorio y, cuando él se resistió, le revelaste mi verdadera edad, intentando enemistarlo conmigo. Comprendí que mi madre nunca me perdonaría aquello. Nunca se creería que Tony ya lo sabía.

—Y al final, como hombre que es, él sucumbió y ahora..., mira lo que has conseguido. ¡Bueno, espero que estés orgullosa de ti, princesita! —me recriminó.

Nunca me había parecido más horrenda.

—Mamá, todo eso es absolutamente falso. ¿Cómo puedes creerlo?

—Y después de todos mis desvelos por educarte como es debido, de hacerte entender cómo son las relaciones entre un hombre y una mujer... Te dije que una mujer debía preservar su virtud para ganarse el respeto y la admiración de los hombres. ¡TE DIJE —chilló— QUE LAS CHICAS DECENTES NO LLEGABAN NUNCA HASTA EL FINAL!

Su grito retumbó en mi interior, aniquilando mis últimos vestigios de amor y respeto por ella. Se quebraron, se hicieron añicos y se desintegraron como una fuente de porcelana. Todos sus pedacitos vinieron a mi memoria: fragmentos de conversaciones entre las dos, imágenes incompletas, restos de fotografías de nuestros momentos felices, tintineos de campanillas y sonos interrumpidos de cajitas de música, carcajadas interminables, sonrisas, besitos en las mejillas y la frente, abrazos de despedida... No pude soportarlo más. Yo no estaba celosa, ella sí. Yo no había sido libidinosa, ella sí. Yo no había mentido ni la había traicionado. Yo no era

egoísta ni me negaba a ver lo que me disgustaba, ella sí. Y ahora, para mantener en pie su pequeño mundo, me destrozaba. Yo era culpable de todo, a pesar de haber sido violada.

—¡ERES UNA EMBUSTERA! —le grité a la cara—. ¡Hipócrita! Aquí sentadita, condenándome por ser libidinosa y llegar hasta el final. Sé toda la verdad acerca de ti. Se lo oí decir a la abuela Jana justo antes de que te casaras con Tony. Sé que papá no es mi auténtico padre, sé que te acostaste con otro hombre, que te dejó embarazada y que luego te casaste con papá sin confesarle la verdad para que creyera que yo era hija suya. Lo sabía, pero lo mantuve en secreto en el fondo de mi corazón, a pesar de que me dolía y me abrazaba...

—Pero..., ¿qué...? —Me miraba perpleja.

—Es la verdad —le dije—. Toda la verdad. Pero tu madre te busco marido, un hombre que te quisiera y te respetara.

—Esto es ridículo —dijo, emergiendo de su asombro y mirando en torno nuestro como si tuviera que convencer a algún testigo—. ¿Qué clase de historia te estás inventando ahora? ¿Es otra estratagema para alejar a Tony de mí?

—¡BASTA! ¡DEJA DE MENTIR!

—¿Cómo te atreves a chillarme de ese modo? Soy tu madre.

—¡No! No eres mi madre. No tengo madre ni padre —dejé que mis palabras fueran tan malvadas como las suyas—. Pensabas que podrías tenerlo todo, ¿verdad? ¡Sólo lo mejor! Un marido joven y guapo, una propiedad lujosa, un vestuario de alta costura y ¡UNA QUERIDA ESPECIALMENTE SELECCIONADA PARA TU ESPOSO! —Bajé la voz imitando a mi madre—: Dime, mamá, ¿cuándo se te ocurrió? ¿Durante el viaje de novios? ¿Al volver a «Farthy»?

Mis preguntas se sucedían frenéticas, sin permitirle abrir la boca, como me había hecho ella tantas veces a mí.

—¿Cuándo te diste cuenta de que tu belleza no duraría eternamente y empezaría a marchitarse? —Me reí en sus narices—. Sí, señora. Con cada día que pasa te vuelves cada vez más vieja, mamá. Pero en el fondo de tu corazón, siempre lo habías sabido... ¡NO TE SOPORTO! Sólo te importan tu persona y tu bonita cara. Pues déjame que te diga una cosa, Jillian Tatterton: ¡Se acabó lo que se daba! ¡Vas a ser abuela! ¿Te hace sentirte joven la noticia? Por más joven que te conserves, nunca podrás eludir la realidad: vas a ser abuela. ¡ABUELA! ¡Y toda la culpa es tuya y nada más que tuya!

Salí corriendo de su suite, huyendo de sus mentiras y su hipócrita mirada, escapando de una mujer a la que ya no reconocía ni apreciaba. Cerré de un portazo la puerta de mi cuarto, pero no derramé una sola lágrima. No volvería a llorar en ese lugar maldito. Odiaba esa casa, todo lo que había

pasado allí, odiaba lo que había hecho conmigo. Todo lo que sabía era que tenía que marcharme de allí, alejarme de sus pecados, sus mentiras y sus falsas sonrisas.

Abrí mi armario y saqué una maleta. Sin plantearme lo que debía llevarme, fui cogiendo cosas de aquí y de allá y las metí de cualquier manera en la maleta. No pensé en las joyas ni los vestidos más caros. No me acordé de las fotos ni de los recuerdos. Sólo quería irme cuanto antes.

Cerré la maleta, pero, antes de salir, me detuve junto a la puerta como si alguien me hubiera llamado. Ángel me miraba desde la otra punta de la habitación. Parecía tan triste y tan perdida como yo. No podía dejarla allí. La cogí con ternura y salí de mi suite con la maleta en la otra mano. Mi madre no había salido a buscarme y tampoco estaba en el pasillo. Me abalancé escaleras abajo.

Al llegar al descansillo me detuve a reflexionar. Me pregunté a dónde iría. No podía marcharme andando sencillamente. «Farthy» estaba a muchos kilómetros de todo lugar habitado.

¡La abuela Jana!, pensé. Iría a verla. Ella me comprendería, sabía cómo era mi madre. Yo se lo contaría todo y ella se compadecería de mí. Debía dirigirme hacia el Sur y llegar por mis propios medios a su casa, pero para eso necesitaba dinero. Registré mi billetero y reuní apenas veinte dólares, demasiado poco para un viaje a Texas. Recordé que Tony guardaba siempre algo de dinero en su despacho, y fui a buscarlo. ¿Por qué no? Si alguien tenía que pagar, debía ser Tony.

Había cerca de doscientos dólares en el cajón de su escritorio. Una pequeña fortuna, lo bastante para ponerme en ruta. Metí el dinero en mi monedero, enderecé la espalda y me miré al espejo. Me arreglé el pelo, me pasé un pañuelo por la cara y respiré hondo. No quería que se me notara la desesperación. Pretendía salir y decirle a Miles como si tal cosa que me llevara a Boston. Pero, si le parecía que pasaba algo raro, entraría en casa a consultárselo a mi madre.

Salí del despacho, cerrando con cuidado la puerta tras de mí. La casa estaba tranquila. Miré hacia el piso de arriba por el hueco de la escalera y no vi a nadie. Probablemente, mi madre seguiría arreglándose para la fiesta de esa tarde. A fin de cuentas, nada era más trascendente que el cuidado de sí misma, y vendrían sus amistades, a las que debía impresionar. Curtis emergió de la sala de música y se detuvo a mirar con expresión de curiosidad la maleta que tenía en la mano. Le sonreí, intentando que todo pareciera de lo más normal. Él hizo una leve inclinación de cabeza y se dirigió hacia la cocina.

Después crucé la puerta principal. El resplandor del sol me obligó a entrecerrar los ojos y me hice una pantalla con la mano. Hacía mucho calor

y unas grandes nubes flotaban muy altas en el cielo azul. Una leve brisa me acarició la cara. El mundo me daba la bienvenida, me alentaba a salir del siniestro reino encantado llamado «Farthinggale». Cuando llegué allí me pareció un reino de cuento de hadas. Pero ahora sabía lo que era auténticamente: ¡una pesadilla hecha realidad!

Por suerte, Miles estaba ante la puerta, quitándole el polvo a la limusina. Me libré de tener que ir a buscarle, llamando la atención de los jardineros. Cuando me acerqué a él, me miró extrañado.

—Se me ha hecho tarde —le dije, sonriéndole.

Consulté mi reloj y tendí el brazo para enseñarle qué hora era.

—¿Perdón?

Dejó el plumero y me miró desconcertado.

—¿Debía llevarla a algún sitio esta tarde?

—Pues a la estación, Miles... ¿Es que mi madre no te ha dicho nada esta mañana?

—Pues no..., no...

—Muy propio de ella. Es por lo de la fiesta de esta tarde... Se pone tan nerviosa, que se le olvida todo lo demás —dije, sabiendo que se lo creería—.

Voy a pasar unos días en casa de mi abuela. Ya está todo preparado.

Tenemos que salir inmediatamente para no perder el tren.

—Pero... —murmuró Miles, mirando hacia la casa.

—¿Miles...? —ordené, dándole mi maleta.

—Oh... —La cogió en seguida y la metió en el maletero del coche—. No entiendo cómo no me lo habrá recordado Curtis... Es siempre muy meticulado con estas cosas.

—Tal vez tampoco se lo dijera mi madre... Bueno, ¿vamos?

—¿Qué? Sí, sí.

Me abrió la portezuela y yo me monté rápidamente en el automóvil. Luego él se sentó al volante y puso el motor en marcha. Miré hacia la puerta de la casa, temiendo que irrumpiera mi madre dando voces y pidiendo explicaciones. Pero no apareció, y Miles tomó por la sinuosa avenida hacia la salida de la propiedad. Al mirar por la ventanilla, vi de pronto a Troy con su niñera, de vuelta de su paseo por la playa. Con los nervios y el disgusto, me había olvidado completamente de él y lo que significaría para el niño mi partida.

—Oh, no —murmuré—. Miles —exclamé—, por favor, para un momento. Se me había olvidado despedirme de Troy.

En cuanto se detuvo el coche, me bajé y llamé a Troy a gritos y gesticulando con las manos. Él se paró y vino corriendo, con el cubito balanceándose furiosamente en su mano.

—Leigh..., ¡he cogido la caracola más grande de mi vida...! —exclamó—. ¡Mira!

Se plantó ante mí, sin aliento, y dejó el cubito en el suelo. Encima de un montón de conchas más pequeñas había una caracola blanca y rosada.

—Es enorme...

—Y se oye el rumor de las olas si te la pones al oído... —La sacó y me la tendió—. Escucha.

Me la llevé al oído y asentí, sonriendo.

—Parece que se vaya a salir una ola, poniéndome perdida de agua... —le dije, apartándomela de la cara con ojos de susto.

Él se echó a reír.

—Pero si no tiene agua dentro...

Volvió a echarla dentro del cubo y luego advirtió la limusina.

—¿Adónde vas, Leigh?

—Tengo que marcharme unos días, Troy. —Le cogí una manita y se la sacudí para que me mirara a los ojos—. Tienes que portarte bien y comer mucho y descansar mientras yo esté fuera, ¿de acuerdo?

—¿Cuándo vuelves?

—Pues tardaré bastante, Troy.

—¿Mucho tiempo?

Asentí.

—Entonces, me voy contigo.

—No es posible, Troy. Tienes que quedarte aquí, donde pueden cuidarte.

—¿Y adónde vas? —volvió a preguntarme, con lágrimas en los ojos.

—A casa de mi abuela.

—¿Y por qué nunca ibas a verla antes? —me preguntó atando cabos rápidamente.

—Pues porque estaba siempre demasiado ocupada —mentí.

Él ladeó levemente la cabeza. Se había dado cuenta de que era mentira, pero yo no podía hacer nada.

—¿De veras piensas volver, Leigh? —me preguntó muy bajito.

—Pues claro —contesté, sonriéndole y tragándome las lágrimas que pugnaban por asomar.

—No, no es verdad —dijo, retrocediendo—. Te vas de «Farthy» y me dejas. No vas a volver, no vas a volver...

—Volveré, Troy. Te lo prometo. No sé cuándo ni cómo, pero volveré.

—¿Me lo prometes?

—Palabra de honor. Ven, dame un beso, por favor —le supliqué—. Si no, voy a pasar un viaje malísimo —le dije, haciendo una mueca de terrible tortura.

Se ablandó y me echó las manitas al cuello. Yo le besé en la mejilla y le abracé muy fuerte. Luego, él me dio un besito como un pajarito y se soltó. Yo me enderecé, le sonreí y me volví hacia el coche.

—¡Leigh! ¡Espera! —me llamó.

Me paré junto a la portezuela. Él metió una mano en el cubo y sacó la caracola.

—Toma —me ofreció.

—Oh, no, Troy, guárdamela tú.

—No, no —dijo meneando la cabeza con decisión—. Llévatela adonde vayas y así no me olvidarás.

—No te olvidaré, Troy, no te preocupes.

Pero él seguía tendiéndome la concha, con terquedad. La acepté.

—De acuerdo, gracias.

—Póntela al oído cuando quieras oír el mar y acordarte de mí.

Salió corriendo hacia su niñera y yo me lo quedé mirando un momento antes de meterme en el coche.

—Bueno, Miles, vámonos —le dije—. Lo más aprisa que puedas.

Él sonrió con cierta afectación, como con suspicacia, y arrancó. Cuando pasamos por debajo de la portalada, no quise volverme a mirar. Me puse la caracola de Troy al oído y escuché el rumor de las olas y su lejana vocecita llamándome: «Leigh... Leigh...» Después, cerré los ojos y «Farthy» se desvaneció poco a poco a mi espalda, como una candela consumida.

!! [HYPERLINK \l "INDICE" ¶](#) ⊥

capítulo xix.

El circo

Yo no había viajado nunca sola, pero no le demostré a Miles miedo ni indecisión algunos. En cuanto llegamos a la estación de ferrocarril, él sacó mi maleta del maletero del coche y esperó mis instrucciones.

—Ya la llevaré yo, Miles —le dije.

—Oh, no, señorita Leigh. Se la daré a algún mozo. ¿Adónde va?

—No, Miles. Quiero hacerlo sola. Me apetece mucho la idea de viajar sola —le expliqué, sonriéndole francamente para que no advirtiera mi nerviosismo. Él dudó un momento pero luego dejó mi maleta en el suelo.

—Bueno, pues que tenga buen viaje, señorita Leigh.

—Gracias, Miles.

Recogí en seguida la maleta y penetré en la estación. Me volví a despedirme con la mano. Seguramente, no volvería a verle. Él se quedó parado un instante, mirándome, pero no me siguió hasta el tren.

Me volví y eché un vistazo a mi alrededor. La gente iba de un lado para otro, apresurada, y los altavoces anunciaban las salidas y las llegadas de los trenes. Todo aquel guirigay era muy emocionante, pero inquietante también. Vi a un policía alto y pelirrojo junto a un quiosco, hablando con el quiosquero. Parecía joven y tenía la cara simpática, así que me dirigí resueltamente hacia él.

—Perdone —le dije—, ¿podría decirme dónde se compran los billetes para

Texas?

—¿Para Texas? —me preguntó, sonriente—. Texas es muy grande.

El quiosquero soltó una carcajada.

—¿Sabes a qué sitio de Texas vas, supongo...?

—Sí, señor.

—Bueno —me contestó—, sigue este pasillo de la derecha, y al final del mostrador encontrarás el despacho de billetes.

—Gracias.

—Oye, qué muñeca tan bonita llevas..., tan bonita como tú —me dijo.

Yo me había olvidado de que apretaba muy fuerte a Ángel. Le sonreí y me volví.

—No te habrás escapado de casa, ¿verdad? —me preguntó desde lejos.

—Oh, no, señor.

El quiosquero y él volvieron a reírse. Cuando llegué a la taquilla, pedí un billete para Fullerton, Texas. Eso era lo único que sabía acerca del domicilio de la abuela Jana. Pensaba que, una vez allí, no tendría más que llamarla y ella vendría a buscarme.

El vendedor me dedicó una sonrisa extrañada.

—¿Fullerton, Texas? —consultó sus guías—. No para ningún tren allí. ¿Por dónde cae?

—Pues..., no estoy segura. Yo...

—¿Houston? ¿Dallas? ¿El Paso?

Me entró pánico. Si no decía algo, seguramente pensaría que me había escapado de casa. Podía incluso avisar al agente de Policía, y, desde luego, no se me ocurría nada más horrible, más vergonzoso ni más degradante que regresar a «Farthy» en un coche de la Policía en plena fiesta de caridad de mamá.

—Dallas —me apresuré a responder.

Lo único que quería era llegar a Texas. Una vez allí telefonaría a la abuela Jana. Estaba segura de que ella se las arreglaría para hacerme llegar a su casa, desde donde fuera.

—Muy bien. Dallas... —dijo—. Lo mejor será que pase por Atlanta. Aunque allí tendrá que cambiar de tren y esperar unas horas. A menos que prefiera salir mañana por la mañana...

—No, no. No me importa hacer transbordo —tartamudeé.

—Bien. ¿Ida y vuelta, supongo?

—No. Sólo ida —contesté.

—¿Asiento de segunda clase, compartimiento o coche-cama?

—Compartimiento.

Asintió y empezó a calcular.

—Son ciento sesenta y dos dólares.

¡Ciento sesenta y dos dólares! Aquello me dejaba casi sin recursos para todo lo demás. «Tal vez debía de haberle pedido un asiento de segunda clase», pensé... Pero no demostré vacilación alguna. No quería que el expendedor se enterara de que no llevaba mucho dinero. Lo conté rápidamente y él me entregó el billete.

—Su tren sale del andén C, dentro de unos quince minutos. El acceso al andén es por ahí, a mano derecha. No tiene pérdida.

—Gracias.

Cogí mi billete y me dirigí hacia allí. Ahora que tenía ya el billete en la mano, mientras me encaminaba al andén, tuve auténtica conciencia de lo que estaba haciendo. El corazón me latía con tanta fuerza, que me dio miedo desmayarme y llamar la atención. Me imaginaba a un corro de gente a mi alrededor y al policía joven apartándola. Eso me produjo aún más terror, así que me dirigí a toda prisa al andén y me senté en el primer banco libre que encontré. Como todavía faltaba un ratito para la salida del tren, no había demasiada gente. Vi a una mujer con dos niñas en otro banco. Les estaba leyendo un cuento para entretenerlas. Sin poderlo remediar, recordé cómo me los leía mamá cuando yo era pequeña.

Qué distinto era el mundo cuando yo era niña y vivíamos en la casa de Boston. La visión de aquella madre con sus hijas me recordó al hijo que llevaba en las entrañas. ¿Sería un niño o una niña? ¿Me quedaría con el bebé después de dar a luz, o lo dejaría en adopción? ¿Qué me aconsejaría la abuela Jana? ¿Sería capaz de abandonar a mi hijo después de haberlo tenido en mis brazos? Y, sin embargo, era demasiado joven para ser madre, y en ese caso..., ¿qué clase de madre sería yo?

Sabía que nunca sería una madre como la mía. Para eso, preferiría abandonar a mi hijo. Dejé a Ángel a mi lado y cerré los ojos. El traqueteo de los trenes que se acercaban o partían por las otras vías hacía trepidar el suelo. No tardaron en ir llegando más pasajeros. Un hombre de chaqueta y corbata se sentó en mi banco, y cogí a Ángel. El hombre me sonrió, pero abrió inmediatamente un periódico y empezó a leerlo.

Mi corazón volvió a las andadas. Mi partida era inminente. Recapacité: ¿Estaba tomando la decisión más acertada? Todavía era posible cambiar de opinión. No tenía más que telefonar y pedir que mandaran a Miles a recogerme. Éste no tardaría en llegar a «Farthy», y mencionaría que me había dejado en la estación, o quizá le preguntaran de dónde venía. Mamá lo averiguaría y le mandaría de inmediato a por mí, pero sería demasiado tarde.

No tenía opción, pensé mientras entraba el tren en la estación con gran estruendo. Me puse en pie para montarme en cuanto se abrieran las puertas. Encontré en seguida mi compartimiento y me instalé junto a la

ventanilla. Luego subí la maleta a la rejilla de equipajes, senté a Ángel cómodamente a mi lado y esperé con ansiedad. Había otras tres plazas libres, pero sólo entró un señor bastante mayor. Me dedicó una inclinación de cabeza y una sonrisa, se sentó y se puso a leer el periódico. Por fin, el tren inició lentamente la marcha. Mi corazón latía al compás que su traqueteo por las vías. La estación desapareció a nuestra espalda y nos lanzamos hacia el Sur, en la luz crepuscular, dejando atrás el único mundo que yo conocía.

—Billetes... Billeto, señorita —dijo el revisor.

Yo lo llevaba en la mano y se lo tendí en seguida. Me lo perforó y me sonrió. Me recosté en mi asiento y miré por la ventanilla. El tren traqueteaba, cruzaba negros túneles y campos inmensos, conduciéndome hacia nuevos horizontes. Parecíamos dirigirnos hacia la noche y la oscuridad iba descendiendo hacia nosotros. Atisbé algunos retazos de cielo estrellado asomando entre las nubes. Nunca me habían parecido tan lejanas.

El tren me mecía. De tanto en tanto, se veían las luces de otras ciudades y de casas en la lejanía, con las ventanitas amarillas. Dentro de aquellas casas, las familias se estarían reuniendo para cenar. Aquellos niños se sentirían sanos y salvos con unos padres que los querían. No serían ricos como yo, y sus casas cabrían en un rincón de «Farthinggale Manor» y se perderían en él, pero esa noche dormirían en su propia cama y sus padres les darían las buenas noches con un beso. Las madres remeterían las sábanas a los niños pequeños. Los padres les besarían en la mejilla o en la frente con la promesa de un mañana feliz.

A mí nadie me prometía un mañana feliz, aparte de Ángel. Las dos éramos zarandeadas como dos niñas perdidas, lanzadas hacia lo desconocido.

Estábamos cansadas, teníamos hambre y nos sentíamos muy solas.

Aunque el señor de mi compartimiento me miró muy extrañado cuando cogí a Ángel en brazos, la retuve firmemente en mi regazo, abrazándola muy fuerte mientras el tren andaba su camino.

No habría vuelta atrás, ni ahora, ni nunca. El monótono traqueteo del tren no tardó en adormilarme.

Me desperté sobresaltada en plena noche. El compartimiento estaba a oscuras, pero había luces en el pasillo, así, que, tras la confusión inicial, recordé exactamente dónde me hallaba y lo que había hecho. El caballero mayor estaba dormido, con el periódico abierto en el regazo. Su cuerpo se mecía hacia los lados con el traqueteo del tren. Me arrellané en mi asiento y volví a cerrar los ojos. Al poco rato, me había vuelto a dormir.

Me desperté con los primeros fulgores del alba y me asomé a mirar los

campos y las granjas. Mi compañero de viaje ya estaba despierto.

—¿Adónde va, señorita? —me preguntó.

—A Atlanta.

—Yo me bajo en la próxima. Todavía le quedan unas horas. Puede desayunar en el vagón-restaurante. Qué muñeca más bonita —me dijo, señalando a Ángel—. Creo que nunca había visto ninguna tan linda —añadió con una sonrisa de admiración.

—Gracias.

—¿Qué, a casa?

—Sí —le contesté.

Me pareció mejor decirle eso. En cierto modo, iba a mi casa...

Él se desperezó.

—Yo también —me dijo—. Llevo cerca de un mes por el mundo. Soy vendedor, representante de zapatos.

—Debe de ser duro vivir lejos de la familia tanto tiempo.

—Pues sí. No hay nada como estar en casa. Por supuesto, todos mis hijos son ya mayores, así que sólo quedamos la parienta y yo. Pero me gusta. Tenemos cinco nietos —añadió, con una sonrisa de orgullo.

Yo le devolví la sonrisa y luego recordé que mi madre no tardaría en ser abuela también, aunque ella nunca sería capaz de apreciar a su nieto como aquel hombre, porque sería hijo de su flamante esposo. El siniestro mundo de «Farthy» perseguiría a mi hijo adondequiera que fuese, concluí. Era casi razón suficiente para no tenerlo.

Pero acaso lograra encontrar otro mundo, un mundo muy distinto de «Farthy», y criar a mi hijo allí. ¡Ojalá pudiera, ojalá pudiera, ojalá! Repetía esa oración al ritmo del traqueteo. Luego me gimieron las tripas de hambre.

—Creo que voy a ir a desayunar algo —dije, poniéndome en pie.

—Le vigilaré la muñeca —se ofreció el señor mayor.

—Oh, no, señor. Me acompaña a todas partes. Además, ella también tiene hambre.

Él se rió y yo me dirigí a buscar el vagón-restaurante.

El tren se detuvo mientras yo estaba desayunando, así que él ya no estaba cuando volví al compartimiento. Pasé sola las tres horas siguientes, mirando por la ventanilla. Cuando oí que anunciaban la llegada a Atlanta, me dio un vuelco el corazón. Había superado la primera etapa de mi largo y triste viaje. Ahora estaba muy lejos de «Farthy» y seguramente a esas horas mi madre estaría frenética y furibunda. Me preguntaba cómo se lo habría tomado. ¿Habría llamado a la Policía, o temería que estallase un escándalo? ¿Intentaría ponerse en contacto con Tony, que seguía en Europa?

Había una cosa segura, pensé. No habría permitido que mi marcha interfiriera con su fiesta de beneficencia. Ninguno de los asistentes habría

podido adivinar en su cara que algo iba mal, y ella habría dado instrucciones al servicio, sobre todo a Miles y a Curtis, de que no mencionaran una palabra a nadie sobre el particular.

Casi podía oírla: «Volverá en cuanto se le pase el berrinche.»

Pues no, mamá, no.

Me quedé indecisa un momento en el andén, leyendo las diversas instrucciones para contactar con otros destinos. La terminal de Atlanta era mucho mayor que la de Boston y parecía albergar a dos o tres veces más gente, que se apresuraba de un lado para otro. Descubrí un mostrador de información en el vestíbulo principal y le enseñé mi billete a la empleada.

—Debes seguir el pasillo de la izquierda y luego torcer por el primero de la derecha. Ya verás los indicadores. Pero este tren no sale hasta las ocho de la tarde. ¿No tienes adónde ir hasta entonces? Faltan muchas horas todavía...

—No —le dije—. No me importa esperar. Gracias.

—De nada —me dijo, antes de atender al siguiente.

Me compré una revista y luego seguí sus instrucciones hasta que llegué al andén. Era mucho más largo y más ancho que el de la estación de Boston. A la derecha había una sala de espera, a la que me encaminé directamente, sentándome en un banco del fondo. Después conté el dinero que me quedaba, que no era mucho. Esperaba que me llegara para comer y cenar.

—Apuesto a que puedo convertir uno de esos billetes de un dólar en otro de cinco... —dijo una voz.

Levanté la vista y descubrí los ojos más negros que había visto en mi vida. Mi joven interlocutor tenía el pelo negro como el azabache y la piel cobriza. Era alto y guapo, con unos hombros cuadrados que le estallaban las costuras de su camisa de manga corta.

—¿Perdón...?

—Si me prestas uno de esos billetes de un dólar un momento, te lo enseñaré

—me dijo, sentándose a mi lado.

No sé por qué lo hice, pero lo cierto es que le di a ese desconocido un billete de un dólar, para mí valiosísimo. Sabía que los viajeros ingenuos, sobre todo las chicas como yo, eran carne de cañón para los timadores. Pero él me había dicho que convertiría mi billete de un dólar en otro de cinco y no lo contrario, y quería ver cómo lo hacía.

Por lo que advertí, no tenía nada en las manos, y en sus mangas cortas no podía ocultar nada. Dobló con sumo cuidado mi billete en la palma de su mano derecha, bajo mi atenta mirada, lo más pequeño que pudo. Luego cerró el puño con la palma hacia abajo, mostrándome sólo el dorso. Lo

colocó a la altura de mis ojos y me sonrió.

—Bien, ahora tócame la mano —me dijo, con ojos brillantes.

—¿Que te toque la mano?

Él asintió con la cabeza. Le toqué brevemente con un dedo la punta de su nudillo más grande. Él soltó una carcajada.

—¡Que no te vas a quemar...! Bueno, de todas formas, ya vale.

Entonces volvió a abrir la mano, con la palma hacia arriba, y, ante mis atónitos ojos, desplegó el billete, que era... ¡de cinco dólares!

—¿Cómo lo has hecho? —le pregunté asombrada.

Él se encogió de hombros.

—Mágico, ¿no? Bueno, aquí tienes tus cinco dólares —me dijo, tendiéndome el billete—. Por el modo en que contabas tu dinero, céntimo a céntimo, daba la impresión de que te hacían falta esos cuatro dólares.

—¿De veras? —Se me agolpó la sangre en la cara—. Bueno, no suelo aceptar dinero de extraños, ni siquiera dinero mágico —repliqué, devolviéndole su billete.

—Muy bien. Entonces, voy a presentarme —dijo, levantando las palmas de las manos—. Me llamo Thomas Luke Casteel, pero todo el mundo me llama Luke a secas. ¿Y tú? —Me tendió la mano.

—Leigh van Voreen. —Nos estrechamos la mano.

—Pues, hala, ya no somos extraños y puedes quedarte con el dinero mágico.

—No, en realidad no lo necesito. Tengo bastante para llegar a mi destino.

Insisto en que me lo cambies por mi billete de un dólar.

Él se echó a reír.

—Lo siento, pero no sé cambiarlo al revés.

—Pues es una tontería tirar así el dinero —le dije.

Se encogió de hombros.

—Bah, el dinero es para gastarlo. Además, ha valido mucho más de cuatro dólares ver la cara que has puesto cuando has visto el otro billete... —dijo, clavando sus ojos en mí.

Yo sentí que me ruborizaba.

—¿Eres mago?

—No, qué va... Estoy trabajando en un circo, cerca de aquí, y he aprendido un montón de trucos de los ilusionistas...

—¿En un circo?

—Sí. Los saltimbanquis forman una familia maravillosa. Son como una piña y se ayudan unos a otros, y algunos han recorrido el mundo entero y saben muchas cosas. Yo he aprendido mucho sólo escuchándoles. Te sorprendería la cantidad de cosas que sé, y los conocimientos y la experiencia te hacen madurar —añadió muy orgulloso.

—Pues no pareces demasiado viejo...

—Tengo diecisiete años. Tú tampoco pareces muy vieja.

—Yo estoy a punto de cumplir catorce.

—Bueno, no somos mucho mayores que Romeo y Julieta, ¿sabes...? La duquesa me ha contado la historia. Era actriz profesional en Europa. Y ahora trabaja en el número de lanzamiento de puñales con su marido.

—¿Quieres decir que se sitúa contra la diana mientras él lanza los cuchillos?

—Sí.

—Yo no me atrevería... ¿Y si su marido se enfada con ella? —le pregunté.

Luke soltó una carcajada.

—Ése es el chiste permanente del campamento. No es tan peligroso como parece. Tiene su técnica, como casi todos los números de circo, pero eso es precisamente lo que más me gusta..., la ilusión, el mundo de fantasía, la emoción.

—Suena divertido. ¿Y tú qué haces?

—Bueno, sólo realizo un trabajo temporal, unos días, para curiosear. Algún día seré pregonero de circo. Ya sabes, el que llama a la gente. —Se levantó de un brinco y empezó a vocear—: ¡Vengan, vengan todos al mayor espectáculo del mundo...! Verán al gigante ciclópeo, a la mujer serpiente, al hombre más pequeño del mundo, a la mujer barbuda... Verán a Boris, el domador de leones, y a nuestros fabulosos acróbatas volando por los aires... —recitó, como desde un podio.

La gente de los alrededores se volvió a mirarle, pero a él no pareció importarle estar llamando la atención.

—¿Qué tal?

—Muy bien.

—Gracias. Practico todos los días, pero es difícil, porque en mi pueblo la gente casi no conoce el circo. Bueno, en mi tierra, la gente no sabe casi nada de nada —dijo con tristeza.

—¿De dónde eres?

—De un sitio, en Virginia Occidental llamado los Willies. Está en la montaña, cerca de la ciudad de Winnerrow —me contestó.

Advertí que, a pesar de lo que me había dicho acerca de su gente, sentía un gran cariño por su tierra.

—Vivir en la ladera de un monte puede ser espeluznante, sobre todo cuando los lobos aúllan como el viento y los pumas chillan. Allá arriba las fieras salvajes campan por sus respetos. Así que mucho cuidado con los cachorros —añadió, riéndose.

—Me lo estás pintando muy negro... No me extraña que te fueras a trabajar a un circo.

—No. Te estaba tomando el pelo. No está tan mal. En realidad, añoro la paz y el silencio de los bosques. La mayor parte del tiempo sólo se oye el trino de

los pájaros, o el rumor cantarino de los arroyos. Y echo de menos el aroma de las hojas verdes en verano, de la resina de los pinos y las flores silvestres. Es fantástico ver a las ardillas y los animalillos, y cuando sale el sol por la mañana y asciende por encima de la montaña y atraviesa el follaje de los árboles, se siente uno... vivo.

—¡Oh!, ahora sonaba maravilloso —le dije—. ¿En qué quedamos?

—En las dos cosas. Y tú, ¿adónde vas?

—Voy a Texas, a Fullerton, a casa de mi abuela.

—¿Y de dónde eres?

—De Boston y Cabo Cod.

—¿Cómo puedes ser de dos sitios distintos? —me preguntó.

Me reí, pero él pareció dolido. Comprendí que era muy sensible y no quería que me considerara tonta o estúpida.

—Mi familia tiene varias casas —le expliqué—. Yo nací en Boston, pero últimamente vivía fuera de la ciudad.

Asintió con la cabeza.

—Pues parece que tenías razón.

—¿Qué quieres decir?

—Que no te hacían falta los cuatro dólares —dijo tristemente.

Yo me lo quedé mirando un momento y después meneé la cabeza.

—Sí que los necesitaba —le confesé.

Él abrió mucho los ojos, con interés.

—¿Cómo?

—No llevaba mucho dinero encima cuando me fui y no tenía ni idea de lo que cuestan las cosas —añadí.

Él volvió a añadir, pensativo:

—Se diría que te marchaste a toda prisa..., ¿eh? —me preguntó.

Yo miré hacia otro lado.

—A ver..., ¿qué es lo que llevas ahí?

Se inclinó hacia delante y vio a Ángel.

—¡Una muñeca! —exclamó, asombrado.

Yo le lancé una mirada furiosa.

—No es una simple muñeca. Es una muñeca especial, una muñeca de colección. Es una obra de arte y se llama muñeca retrato —le dije ásperamente.

—¡Ay!, lo siento... ¿Me la enseñas? Te prometo que tendré cuidado.

Le miré con detenimiento. Me pareció honrado, así que le entregué a Ángel. Él la cogió delicadamente y estudió su cara y sus rasgos. Luego silbó entre dientes.

—Tenías razón. Es una verdadera obra de arte. Nunca había visto una muñeca tan bien acabada.

Levantó la cabeza y miró, y después volvió a examinar la muñeca.

—Pero..., espera un minuto... ¡Si es igual que tú!

—Claro, ya te lo he dicho —le dije, recuperándola—. Es una muñeca retrato.

Yo... posé para que me la hicieran.

—¡Ah! ¡Caray...! Oye..., y la ropa que lleva, también parece especial.

—Lo es.

—¡Ah!, por eso la tienes agarrada como si te fuera la vida en ello.

—No me va la vida en ello —protesté.

Él soltó una carcajada. Cuando sonreía, tenía un brillo afectuoso en los ojos.

No había el menor sarcasmo ni segunda intención en su sonrisa, no era

como la sonrisa burlona de Tony. La sonrisa de Luke me dio una cálida

sensación de seguridad.

—Era una broma. Entonces, ¿adónde vas?

—A Dallas, en Texas.

—Eso está muy lejos. ¿A qué hora sale el tren?

—Pues me temo que a las ocho.

—¡A las ocho! Pero si falta muchísimo tiempo... No puedes pasarte aquí el día

entero. Esto está sucio y hay un ruido infernal. ¿No conoces a nadie en

Atlanta?

Yo meneé la cabeza y él se quedó pensativo un momento.

—Bueno, te voy a hacer una proposición: ¿Te gustaría ir al circo? Podríamos

entrar gratis y así pasaría el día más de prisa y luego te volveré a traer a la

estación...

—No sé si...

—¿Has ido alguna vez al circo?

Reflexioné. Había ido una vez, en Europa, pero era muy pequeña y apenas

me acordaba de nada.

—No —le contesté.

—Bueno, pues entonces no hay duda —dijo Luke, dando una palmada—.

Vamos.

Se inclinó a coger mi maleta. Yo no me moví.

—Venga... No te voy a comer y, además, lo pasaremos bien.

Pensé en su ofrecimiento. Tenía una larguísima espera por delante y él era

muy simpático y parecía una buena persona. ¿Por qué no? Me levanté.

—Estupendo. Acababa de acompañar a un amigo mío a la estación y tenía

que volver allí —me explicó mientras salíamos—. El circo no está lejos de aquí.

Sólo se quedará dos días más y luego se va a Jacksonville.

—Deben de viajar mucho... —comenté.

Él caminaba con paso decidido por la estación. Admiré la seguridad que

reflejaba, para la edad que tenía. Luke parecía mucho más maduro que

todos los chicos que yo conocía, incluyendo a Joshua. Supuse que había

madurado de tener que espabilarse solo.

Cuando salimos a la calle, me guió hacia el aparcamiento y me señaló una vetusta camioneta de color marrón.

—Mi «Rolls-Royce» —me dijo—. No es gran cosa, pero me lleva adonde tengo que ir. Supongo que estarás acostumbrada a otra clase de vehículos —añadió, guiñándome un ojo.

No le respondí. Me abrió la portezuela y me senté. En el suelo había tres botellas de cerveza vacías. Las recogió rápidamente y las tiró al furgón de la camioneta. El asiento estaba despanzurrado y había unos cables colgando del salpicadero. Luke se montó con agilidad y le dio al arranque. El motor respondió con unas toses y unos resoplidos.

—Venga, Lulu Belle, no seas tozuda, vas a causar mala impresión a nuestra pasajera. Es como todas las mujeres —me dijo—, tiene ideas.

—Los hombres también tienen ideas —repliqué. Él se rió. La camioneta se puso por fin en marcha y tomamos el camino del circo.

—¿Tu familia se dedica al negocio del circo? —le pregunté.

—¿Mi familia? ¡Nooo! —Volvió a reírse—. Mi padre ha sido toda su vida entre granjero y destilador de alcohol. Y mi madre no ha parado de trabajar. Ha criado a seis hijos y eso le ha costado la salud, me temo —dijo con dulzura, poniéndose triste—. Ya sabes el dicho: no es la distancia, sino la dureza del camino recorrido...

—Seis hijos son muchos hijos... ¿Cuántos chicos y cuántas chicas?

—Todos chicos, como para fastidiar. No ha tenido ninguna chica que la ayudara con el trabajo de la casa...

—¿Y dónde están tus hermanos?

—Repartidos por ahí... Dos de ellos ya han ido por mal camino. Antes de marcharme yo del pueblo, nos enteramos de que Jeff y Landon estaban en la prisión del Condado por hurto.

—Lo siento —le dije.

No había conocido a nadie con criminales en su familia. Empecé a asustarme y a preguntarme si no habría sido un error montarme en su camioneta.

—Sí... Madre se lo ha tomado a la tremenda —dijo, meneando la cabeza.

—¿Qué es un destila..., un destilador de alcohol?

—¿Un destilador de alcohol? Pero, hija, parece que no hayas salido nunca del cascarón... Los destiladores destilan whisky sin licencia, alcohol ilegal. Lo fabrican en las bodegas de sus casas, en alambiques, y luego lo venden. En general, nadie les busca las cosquillas, pero a veces les trincan los agentes federales. A madre no le hace ninguna gracia que padre se dedique a ese negocio, así que él no abusa. Últimamente, ha estado haciendo trabajos eventuales, como artesano. Es un buen carpintero. Por cierto, hablando de muñecas, tendrías que ver las tallas en madera que hace cuando le da por

ahí. Se sienta en el porche de casa durante horas y horas y de un trozo de leña te saca un conejo o una ardilla como de verdad, que parecen a punto de salir corriendo y brincando.

Me hizo gracia. Hablaba de una manera tan pintoresca, y, sin embargo, sonaba sincero, sencillo, real. Yo no podía evitar que me cayera simpático y, en cierto sentido, envidiaba la vida humilde y el ambiente sencillo en el que había crecido.

Dobló por un desvío y, al salir de una curva, vi las carpas anaranjadas del circo frente a nosotros. Una ajetreada multitud iba de un lado para otro. Luke saludó a un hombre que dirigía la circulación y se coló por una entrada practicada en un cercado de postes y alambre. Dando tumbos por el solar de tierra, pasamos junto a los elefantes con total indiferencia y luego nos paramos al lado de una tienda más pequeña.

—Yo trabajo aquí —me explicó Luke—, en el cuidado de los animales. Les doy de comer, los limpio... No es gran cosa, pero me gusta estar aquí. Ven. Podemos dejar tu maleta y la muñeca en la tienda. Tengo un colchón en un rincón. Yo vivo aquí y nadie dirá nada.

Se percató de mi vacilación, y añadió:

—Lo mejor de la gente del circo es que nunca se roban entre sí. Es lo que más me gusta, su código ético. Mucho mejor que el mundo exterior.

Me bajé de la camioneta y le seguí al interior de la tienda. Había unas palas y útiles de limpieza, sacos de pienso, cuerdas y muchos cachivaches. Al fondo había una cama de heno y, encima, una colchoneta vieja.

—Aquí es donde duermo —me dijo—. Y éstas son mis pertenencias. —Señaló una bolsa de lona—. ¿Por qué no metes la muñeca en tu maleta y la dejas al lado de mi bolsa...?

Asentí y abrí mi maleta. Él me observó envolver delicadamente a Ángel y depositarla en su interior. Luego la cerré y la coloqué junto a su bolsa.

—Estupendo. Bueno, ahora vamos a divertirnos un poco. Todavía no tengo que ponerme a trabajar —me dijo.

Le seguí hacia el emplazamiento de la feria, donde había casetas de juegos, puestos de comida y paseos a caballo. Hacía un día espléndido para ir al circo y a una feria. Había unas nubes en el cielo, las justas para paliar el calor aplastante del sol, pero hacía bueno, con una leve brisa. Todo el mundo conocía a Luke, y por el modo en que le saludaban pensé que todos le apreciaban mucho.

En cuanto penetramos en la feria, me invitó a montarme en la noria. Aunque no era excesivamente grande, desde arriba se divisaba una magnífica vista de Atlanta. El asiento se balanceaba de delante atrás, y se me cortaba la respiración. Grité de placer y Luke soltó una carcajada y me pasó un brazo por los hombros para infundirme seguridad. La verdad es que me sentía a

salvo entre sus musculosos brazos.

—¿Quieres una cerveza? —me ofreció al bajarnos—. Me las dan gratis —añadió, guiñándome un ojo y señalando con la cabeza al chico del puesto de cervezas.

—No, gracias —repuse. Me compró un refresco de soda. Después, probó suerte con los dardos. Le molestó mucho no ganar nada, pero le dije que no siguiera empeñándose en gastarse el dinero en aquel juego.

—Prueba una vez más, si quieres —le aconsejé—. Mi padre decía que, cuando una cosa no te sale, lo mejor es dejarla de momento e intentarlo con otra. Luke asintió, pensativo.

—Tienes razón, Leigh. Algunas veces me pongo muy tozudo y cabezón, y lo pierdo todo sin darme cuenta. Es estupendo tener a alguien sensato a mi lado —me dijo con una mirada muy dulce.

Cuando me miraba de ese modo, con aquella intensidad y tanta sinceridad, todo se detenía a mi alrededor. Era como si nos sumiéramos un momento en un mundo aparte, por encima de la multitud, igual que en la noria.

—Ven —me dijo, cogiéndome con gran entusiasmo de la mano y arrastrándome.

Nos paramos ante la caseta de béisbol. Se trataba de tirar tres botellas de leche de un cesto. Por un cuarto de dólar tenías dos posibilidades. Luke cogió las pelotas y levantó el brazo para lanzar. Y luego se detuvo.

—Tócala para darme suerte —me dijo, tendiéndome una pelota.

—En general, yo no traigo suerte —le dije.

—A mí, sí —insistió.

Aquello me hizo sentirme bien. Cogí un instante la pelota y después él volvió a apuntar y la lanzó. Acertó en pleno centro de las botellas y salieron las tres por los aires, fuera del cesto.

—¡PREMIO! —vociferó el hombre de la caseta.

Luego se volvió a coger un osito de felpa negro de una estantería y se lo entregó a Luke.

—Toma —me dijo él, tendiéndomelo—, no es tan bonito como tu muñeca, pero te dará suerte.

—Es muy bonito y muy blandito —dije, presionándomelo contra la mejilla—. Me encanta, Luke, gracias...

Me sonrió y me llevó a otro sitio. Compró un perrito caliente enorme, relleno de cosas. Nos lo comimos entre los dos, mordiendo cada uno por un lado, y fue divertidísimo. Cuando nos lo estábamos acabando nos chocaban las narices y no parábamos de reírnos a carcajadas.

—Tengo que ir a dar de comer a los elefantes —me dijo—. Pero luego podemos ir a ver el número de los payasos y los equilibristas, y toda la función del circo, ¿quieres?

—Claro.

Le seguí a la zona cerrada al público. Me acomodé sobre un cajón de madera a contemplarle mientras trabajaba. Se quitó la camisa y cogió una horquilla. El sol sacaba destellos a su espalda lisa y musculada. Sus hombros cuadrados le abultaban y se le contraían, haciendo gala de fuerza, cuando recogía los montones de heno y los repartía entre los apreciativos elefantes. Trabajaba justo a su lado, junto a sus patatas capaces de aplastar a un hombre y matarlo, a escasos centímetros de sus flexibles trompas, pero no parecía tenerles ningún miedo y los elefantes procuraban no darle empujones. Después de repartir el heno, llenó unos barreños de agua, y los fue colocando delante de cada elefante. Éstos sumergían inmediatamente la punta de la trompa en el agua. Aquello era muy divertido y no paré de reírme.

—¿Verdad que son unos animales fantásticos? —me dijo Luke, al terminar—. Son enormes y muy fuertes, pero bondadosos. Si la gente tuviera tanta fuerza, se pasaría el tiempo pegándose —añadió con amargura—. Bueno, voy a lavarme un poco y después vamos a ver la función. ¿Qué tal?

—Muy bien —le contesté abrazando al osito de trapo.

—Puedes dejarlo con tu maleta —me dijo—. Si quieres...

—De acuerdo.

Fui a la tienda y dejé el osito sobre mi maleta. Al salir de allí, vi a Luke junto a una manguera, echándose agua por la cabeza y el pecho. Se secó con brío y se me acercó, diciendo:

—Voy a peinarme un poco. No puedo ir por ahí con esta pinta con una preciosidad como tú.

Aunque me lo dijo sonriendo, comprendí que lo decía en serio, y empezó a latirme el corazón a toda prisa. Él se metió en la tienda y volvió a salir muy repeinado. Tenía un pelo precioso, como el ébano, y me entraron ganas de acariciárselo.

—¿Dispuesta, señorita? —me preguntó, ofreciéndome el brazo.

—Sí, caballero.

Le di el brazo y nos dirigimos a la carpa del circo. Se oía al pregonero llamando a la multitud para la función siguiente y los ojos de Luke emitieron un brillo especial. Cuando nos pusimos a la cola, aprecié la creciente excitación del público. Se notaba que íbamos a presenciar el mayor espectáculo del mundo. Los niños se reían entusiasmados, pero incluso los adultos rebosaban de contento, sonrojados y expectantes.

El empleado de la puerta nos hizo un ademán con la cabeza y pasamos sin pagar. Luke me condujo a las mejores localidades, según él. Una vez sentados, compró unos cucuruchos de cacahuets, un refresco para mí y, para él, una cerveza.

—¿Cómo bebes tanta cerveza, Luke? —le pregunté—. ¿No te mareas?

—¿Marearme? —Se echó a reír—. No, esta porquería no es nada comparada con el whisky con el que me han criado...

Pero yo advertí que tenía la cara cada vez más colorada. Él se dio cuenta de mi preocupación.

—Pero probablemente también tengas razón en esto... —dijo, levantando su botella—. Hoy ya no beberé más.

Aquello me tranquilizó y me volví hacia la pista. La banda empezó a tocar y aparecieron los payasos, tropezando y dándose bofetadas, mojándose con pistolitas de agua y tirando globos llenos de agua unos con otros.

Mientras se desarrollaba la actuación de los payasos, una chica más o menos de mi edad, con un vestido dorado que lanzaba destellos multicolores, hacía acrobacias sobre un caballo palomino, daba vueltas de campana, se ponía de manos y de pie sobre el lomo del animal y se desmontaba con enorme destreza, dejando al público boquiabierto. El presentador iba anunciando todos los números: malabaristas, magos, acróbatas...

Un redoble de tambor recibió a los trapecistas y dos hombres y dos mujeres muy guapos corrieron hasta el centro de la pista, saludaron y empezaron a trepar por las sogas. Yo contenía la respiración, expectante. Había algo interesante que ver por todos lados. Me volví hacia Luke, que me estaba mirando, con una cálida sonrisa y los ojos brillantes de emoción.

—¿Verdad que es impresionante? —me dijo—. ¿Entiendes por qué me gusta tanto?

—Oh, claro... Nunca había..., es un espectáculo maravilloso.

—Y esto no es más que el principio. Ya verás, ya verás...

A pesar de mi excitación, advertí que había entrelazado los dedos con los míos y me cogía suavemente de la mano, pero no me importó. Al contrario, se lo agradecí. La música, las risas, las actuaciones espectaculares y las bromas constantes entre los números, los aplausos y el ambiente de emoción convirtieron las horas en minutos y los minutos en segundos. Perdí toda noción del tiempo y del espacio. Mientras estuve en el circo, no volví a acordarme de mi situación, de que me había escapado de casa. Fue como si el mundo dejara de girar.

Comimos hamburguesas y patatas fritas. Luke iba a pedir otra cerveza, pero, al ver mi expresión, cambió de idea y se compró un refresco como el mío. Después nos tomamos un cucurucho de helado. Luke lo pagó todo de su bolsillo, aunque yo le propuse que pagáramos cada uno lo suyo.

—Tu dinero es mágico —me contestó—. No sería justo. En cuanto se lo dieras a los vendedores, les desaparecería entre las manos.

—Luke, no pudo permitir que lo pagues tú todo... Trabajas duro para ganarte

el sueldo.

—No me importa. No me sobran ocasiones para gastármelo, y menos con una chica tan guapa y tan simpática como tú, Leigh.

Estábamos otra vez cogidos de la mano. Durante un momento, me quedé como sin habla. A pesar de hallarnos en una carpa rodeados por cientos de personas, me sentía como si no hubiera absolutamente nadie a nuestro alrededor. Antes de que me diera cuenta de lo que pasaba, él se inclinó hacia mí y me besó levemente en los labios.

—Lo siento —se excusó—, estaba tan entusiasmado, que yo..., yo..., no he podido evitarlo —farfulló.

—No pasa nada.

Volví a concentrarme en el espectáculo, pero el corazón me latía tan fuerte, que pensé que se oiría por encima de las carcajadas y el clamor que nos rodeaba. Luke no dijo nada, pero de vez en cuando nos mirábamos y nos sonreíamos.

Hasta que no acabó la función no me acordé de la hora. Consulté mi reloj y di un grito:

—¡Ay, Luke! ¡Mira qué hora es! ¡Voy a perder el tren...!

—No te preocupes —me dijo, pero se le escapó una mueca de preocupación. Intentamos abrirnos paso hasta la salida, pero había mucha gente y todos los pasillos estaban atascados. Desalentados, no tuvimos más remedio que esperar. Cuando logramos salir, nos precipitamos hacia la tienda de Luke, donde recogimos mi maleta y el osito de peluche. Después, corrimos hacia su camioneta.

Ésta no quería arrancar. Él lo intentó una y otra vez. Dio un rabioso puñetazo en el salpicadero y luego se bajó a levantar el capó y hurgar en el motor. Tardó un buen rato, pero por fin consiguió ponerlo en marcha y salimos disparados hacia la estación. No hablamos mucho ninguno de los dos; estábamos demasiado preocupados por la hora y el tráfico. Como era la hora de la salida del circo, la autopista estaba muy atascada. Luke no paraba de soltar tacos y luego se disculpaba. Yo intentaba tranquilizarle. Él hacía todo lo posible por adelantar, cambiando de carril, pero tardamos casi dos veces más en llegar a la estación que por la mañana.

Cuando llegamos al aparcamiento, nos quedaban menos de cinco minutos. Luke no encontraba un solo hueco, estaba todo atestado. Al final, decidió dejar la camioneta en doble fila.

—No me importa que me pongan una multa —dijo—. Vamos.

Cogió mi maleta y me ayudó a bajarme de la camioneta. Corrimos hacia el interior de la estación, donde encontramos al menos tres veces más gente que por la mañana. Era la hora punta. Bajamos como una bala al andén, pero, cuando llegamos, el tren ya estaba en marcha.

—¡Oh, no! —exclamé.

Nos quedamos allí plantados mirando cómo se alejaba. Me había quedado atrapada en Atlanta. Luke se volvió hacia mí:

—Lo siento mucho, tenía que haber consultado la hora...

—Ha sido culpa mía. —Le cogí la maleta de las manos y miré los duros bancos de la sala de espera.

—Aguarda —me dijo, agarrándome del brazo—. No puedo dejarte pasar toda la noche aquí. No tengo mucho que ofrecer, sólo un colchón sobre un lecho de heno, pero...

—¿Qué?

No entendí inmediatamente lo que me decía, todavía estaba aturdida.

—Por supuesto, yo dormiré en otra parte. No puedes quedarte aquí...

¿Qué más podía pasarme? Me sentía como una hoja a merced de la tormenta, zarandeada y arrastrada de un lado para otro, una hoja solitaria, muy lejos del lugar donde había nacido y crecido.

Luke cogió de nuevo mi maleta y me dio la otra mano. Yo no dije palabra.

Dejé que me llevara hacia la oscuridad.

!! [HYPERLINK \l "INDICE" ¶](#) ↓

capítulo xx.

Mi protector

Todavía aturdida, seguí a Luke hasta su camioneta. Abrió la portezuela y me ayudó a subir; después emprendimos el regreso al circo. Yo estaba impávida, agarrando mi maleta con la mano izquierda y abrazando a Ángel con la derecha.

—No te preocupes, Leigh —me dijo Luke con seguridad—, te garantizo que mañana llegarás a tiempo para coger el tren. Un poco más adelante hay una cabina telefónica, junto a la gasolinera. Si quieres, paramos para que llames a tu abuela y la avisas de que llegarás un día más tarde...

No respondí nada, no entendía siquiera lo que me estaba diciendo. Me sentía atrapada en un tiovivo, dando vueltas de aquí para allá, sin llegar a ninguna parte.

—¿Leigh...? ¿No crees que deberías telefonar a tu abuela para que no se inquiete cuando no te encuentre en el tren?

—Oh, Luke... —exclamé, incapaz de contener las lágrimas, que me corrían libremente por las mejillas—, mi abuela no sabe que voy para allá. Me he escapado de casa.

—¿Qué? —Aminoró la velocidad—. ¿Te has escapado de casa?

Abandonó la autovía y detuvo la camioneta en una carretera secundaria.

—Por eso llevabas tan poco dinero para el viaje... Bueno, Leigh, ¿por qué te has escapado de casa? Parecía que vivías a lo grande en Nueva Inglaterra. Yo empecé a llorar con más brío. Él se me acercó y me abrazó con ternura.

—Eh, no te pongas así... No pasa nada. Si una chica tan adorable como tú decide escaparse de su casa, ha de ser por algo muy serio.

Yo no podía dominar mis sollozos. Parecían tener vida propia, me sacudían y me estremecían de la cabeza a los pies. Me entró frío, me castañeteaban los dientes. Luke estrechó su apretón y me frotó los brazos de arriba abajo para hacerme entrar en calor.

—Tranquila... —me dijo, y me besó levemente en la frente, y luego en mis húmedas mejillas.

Yo contuve el aliento y luego tragué saliva.

—Yo me he escapado cientos de veces... Ahora mismo, en cierto modo, también me he escapado. Aunque siempre encuentro el camino de vuelta... Tú también, ya verás —añadió para animarme.

—Yo no pienso volver —exclamé secamente. Él asintió.

—Vaya, debe de haber sido muy gordo...

—Ha sido muy gordo —repliqué.

Efectué una profunda inspiración, me recosté en el respaldo y se lo conté todo: el divorcio de mis padres, las revelaciones de la conversación entre mi madre y la abuela Jankins en la biblioteca, el comportamiento de Tony Tatterton, la vida en «Farthy» y las sesiones de modelo para la muñeca-retrato. Después, me eché a llorar otra vez y le conté que Tony me había violado y que mi madre se había negado a creerme cuando se lo dije.

—Y cuando descubrí que estaba embarazada, fui corriendo a anunciárselo a mi madre, pensando que por fin accedería a creerme, pero, en vez de ayudarme, me echó la culpa de todo. ¡A mí...! —articulé entre las lágrimas.

Luke había parado el motor y estaba apoyado contra la puerta de la camioneta, escuchándome, callado como una tumba. El cielo encapotado de la noche producía una densa oscuridad en el interior de la camioneta.

Estábamos muy apartados de los faros de los otros coches y la carretera no estaba iluminada. Yo apenas distinguía una oscura silueta inmóvil, pero, cuando terminé, noté su consternación.

—Creía que esas cosas sólo pasaban en las montañas, en los sitios como mi pueblo. Supongo que no toda la gente rica se volverá siempre tan chalada. — Su voz adquirió gravedad—: Me gustaría coger a ese Tony Tatterton, le agarraría por el pescuezo y se lo retorcería hasta que sonara como una cuerda de guitarra al romperse.

Se me escapó una carcajada, sin poder remediarlo. ¡Tenía una imaginación tan pintoresca!

—¿Ves? Sabía que lograría consolarte. De todos modos, lamento haberte dado de comer aquellas porquerías en la feria. No debes de comer esas cosas. Te voy a llevar ahora mismo a cenar a un sitio que conozco, antes de volver al circo. Sólo dan comida casera, como la de mi madre. De hecho, se

llama «La despensa de mamá».

—Oh, no tengo hambre, Luke. Lo que estoy es cansadísima.

—Claro, es comprensible. Ya sé... —Chasqueó los dedos—. Buscaremos una habitación en un motel para que duermas cómodamente. Un lecho de heno en una tienda de campaña no es sitio para una chica que va a tener un niño —declaró firmemente, haciendo ademán de poner el motor en marcha.

—Oh, Luke, no puedo permitir que te gastes el dinero de ese modo. Ya sé cuánto te cuesta ganar cada dólar.

—Tú no tienes nada que decir —replicó, y arrancó.

Comprendí que era inútil intentar discutir con él. Cuando Thomas Luke Casteel decidía una cosa, la mantenía con determinación y terquedad.

—Necesitas una noche de descanso decente y un buen cuarto de baño. En algunos sitios también tienen televisión —añadió, dirigiendo la camioneta hacia la carretera.

Me pidió que le contara más cosas acerca de «Farthy», así que le describí las habitaciones, el laberinto, la piscina olímpica, las pistas de tenis, las cuadras y la playa privada. Él dio un silbido entre dientes y meneó la cabeza.

—Sabía que había gente rica, pero no tanto... Parece como si ese tal Tony Tatterton fuera el dueño del país entero.

—Casi.

—¿Y gana todo ese dinero fabricando juguetes para los ricos? —preguntó, incrédulo.

—Sí —le contesté—. Pero son juguetes carísimos.

—Como tu muñeca, me imagino. ¿Por qué te la has llevado, después de todo lo que él te ha hecho? —me preguntó.

—¡No podía dejar a Ángel allí! La abrazaba cuando lloraba y la abrazaba cuando me reía. Ella conoce mis íntimos pensamientos y mis sueños secretos y las cosas terribles que me han sucedido. La habrá creado Tony Tatterton, pero es más mía que suya.

—¿Ángel?

—Se llama así. Es mi ángel de la guarda —dije bajito, pensando que él se reiría de mis frágiles fantasías.

Suponía que la mayor parte de los chicos de su edad lo habrían hecho, pero él no se rió. Me sonrió.

—Qué bonito —me dijo—. Es precioso. Muy propio de ti. ¿Sabes qué...? —añadió, volviéndose hacia mí—. De ahora en adelante te llamaré así. Ángel. Te sienta mejor que Leigh.

Mi corazón helado y hundido recobró calor dentro de mi pecho. Sentí que me ruborizaba. Luego se me escapó otra lagrimita.

—¿Y ahora por qué lloras?

—Lloro porque ha sido una suerte encontrar a una persona tan buena como

tú. A casi todas las chicas de mi edad les da miedo viajar solas porque hay mucha gente mala dispuesta a aprovecharse de ellas, en lugar de ayudarlas. Y estoy segura de que también me podía haber pasado a mí, si no te hubiera encontrado.

—Sí; pero, si no me hubieras encontrado, no habrías perdido el tren —me recordó—. Es que los números de circo me hipnotizan...

—Pero yo acepté ir al circo contigo, y lo he pasado de maravilla, Luke. Y era cierto, porque había logrado olvidar todos mis problemas durante todo el día.

—¿De veras? Me alegro. Yo también lo he pasado estupendamente. Ha sido como verlo todo por primera vez. Tienes una forma de ver las cosas, Ángel, una frescura..., que me hace sentirme..., no sé..., más importante, más grande, cuando estoy contigo —dijo, asintiendo con la cabeza.

Yo desvié la mirada. No quería que él se diera cuenta de cuánto me gustaba; me sentía azorada de demostrarle el beneficio que me hacían sus palabras sencillas, pero tan dulces... No era un muchacho educado, no era rico, ni se vestía como los chicos de Allandale. Pero me admiraba su dominio de las situaciones. A su lado me sentía segura, porque parecía capaz de sortear todas las dificultades y todos los problemas. Luke Casteel no tenía más que diecisiete años, pero era ya todo un hombre.

Condujo su camioneta hasta un motel. El anuncio luminoso de neón azul proclamaba: «LIBRE.»

—Luke, no tienes ninguna obligación de hacer esto —le dije, cogiéndole la mano.

—Ya lo sé. No lo hago por obligación. Lo hago porque quiero. Ahora, quédate aquí un momento con Ángel y ten paciencia. Volveré en seguida con la llave de tu habitación.

Se fue a la recepción del establecimiento. Me recliné en el asiento y cerré los ojos. Luke tenía razón: estaba tan agotada que necesitaba realmente una buena noche de descanso. Los nervios del viaje, el ajetreo del circo y la tensión de haber perdido el tren me habían dejado exhausta. Me quedé un poco traspuesta mientras él pedía una habitación. Me desperté sobresaltada cuando abrió bruscamente la portezuela de la camioneta y se coló dentro de un brinco.

—¡La cuatro C! —proclamó, balanceando la llave ante mis ojos—. Una habitación muy bonita con dos camas y televisión.

—No creo que aguante con los ojos abiertos para ver la televisión. Podías haber escogido otra más barata.

—Todas cuestan lo mismo —me explicó, parándose frente a la puerta de la habitación.

Cogió mi maleta y abrió. Le seguí al interior, abrazando a Ángel contra mi

pecho.

Era una habitación pequeña, de aspecto desaliñado, con las paredes grisáceas y unas cortinas verde claro. Tenía dos camas gemelas con una mesa entre las dos, cubierta de inscripciones y dos mesillas de noche en los extremos, con unas lamparitas de pantalla amarillenta, manchadas y polvorientas. Los roperos de «Farthy» serían como el doble de grandes, pero no me importó. El mullido colchón era una invitación. Luke dejó mi maleta en el suelo y se dirigió al cuarto de baño, encendió la luz y lo inspeccionó todo.

—Parece que todo funciona. ¿Seguro que no quieres nada de comer? ¿Qué te parece una taza de té? Hay un restaurante a un kilómetro de aquí. Tardaría pocos minutos en traerte una bebida caliente. ¿Con un bollo, tal vez...?

Tienes que tomar algo —dijo, con expresión preocupada.

—De acuerdo —le contesté—. Me asearé un poco y me meteré en la cama.

—Fenómeno. Voy volando.

Dio una palmada y salió a toda prisa.

Tuve que sonreír de nuevo de su entusiasmo. Quería ayudarme y parecía sincero. Me había metido en un atolladero terrible, pero había encontrado a un verdadero ángel guardián. Acaso fuera todo cosa de magia, después de todo. Tal vez, al huir del horrendo mundo de «Farthy», había escapado del hechizo maligno que pesaba sobre mí.

Me di una ducha y después me puse un camisón de seda y me solté el pelo. Lo tenía como sucio y pegajoso del viaje, pero estaba demasiado cansada para lavármelo o cepillármelo. Me prometí hacerlo por la mañana. Luego, me metí en una de las camas, con Ángel a mi lado. Oía a humedad y las sábanas eran muy ásperas, pero estaba demasiado agotada para preocuparme por eso. Luke llamó suavemente a la puerta y entró con una taza de té caliente, un bollo de maíz con mermelada y una botella de cerveza para él. Lo dispuso todo en la mesita de noche y acercó una silla para sentarse a tomarse la cerveza mientras me observaba comer. Parecía tan preocupado como si fuera mi padre. Sus ojos oscuros brillaban con ternura y afecto.

—¿No tienes hambre, Luke? No creo que una cerveza sea suficiente.

—No, no... Supongo que todavía estoy demasiado excitado. A veces, la cerveza me calma los nervios. —Me sonrió, señalando a Ángel—: Esa muñeca es igual que tú, las dos tenéis un pelo precioso —dijo, acariciando suavemente el cabello de Ángel.

—El pelo de Ángel es en realidad cabello mío auténtico.

—Venga ya...

Asentí con la cabeza y él abrió mucho los ojos. Entonces se inclinó hacia mí.

—La verdad es que nunca había visto nada tan hermoso como vosotras dos acostadas juntas —dijo dulcemente.

—Gracias, Luke. Eres muy amable.

Él se me quedó mirando un momento y luego se puso en pie.

—¿Estarás bien aquí? —me preguntó.

—¿Por qué? ¿Adónde vas?

—A mi tienda.

—¿Por qué no te quedas aquí? Hay otra cama, y has pagado tú la habitación, Luke. No me parece bien que duermas en una cama de paja.

Me di cuenta de que hablaba con cierta desesperación, pero era la primera vez que me alojaba en un motel y, además, sola.

—¿No te importa? ¿Seguro?

—Pues claro que no.

—Pues, entonces, bueno. Supongo que, si madrugo, llegaré a tiempo para dar de comer y beber a los animales...

—Puedes ver la televisión, si no tienes sueño —dije, reclinando la cabeza.

Ahora que él iba a quedarse conmigo, podía relajarme—. A mí no me molesta...

Me venció el sueño en seguida, pero en plena noche me desperté sobresaltada, sin saber dónde estaba. Se me escapó una exclamación de miedo. A los pocos segundos, noté la presencia de Luke junto a mí, en la oscuridad.

—Ángel, Ángel —me dijo acariciándome el pelo—, no pasa nada. Estás a salvo. Soy Luke, estoy aquí contigo. No te preocupes por nada —añadió en un susurro.

Recordé dónde estaba, pero seguía tan adormilada que apenas sentí sus labios contra mi mejilla o sus palabras. De todos modos, sus palabras sonaban como las palabras de los sueños, eran los susurros de mi ángel de la guarda.

—A partir de ahora yo te cuidaré, te protegeré, te querré. Nunca más podrán hacerte daño. Nadie, ni el ser más rico o más poderoso. Te llevaré a un mundo donde estarás a salvo de todo mal, un mundo donde sólo te rodearán cosas dulces, hermosas y naturales, cuya música procede de los trinos de los pájaros y cuyos brillantes son las estrellas del cielo, y el oro los rayos del sol y las hojas de otoño. ¿Querrás venir conmigo, Ángel mío? ¿Quieres?

—Sí —murmuré—. ¡Oh, sí, sí!

Y volví a quedarme dormida.

Cuando desperté por la mañana, Luke estaba junto a mí, en mi cama. Me había quedado dormida entre sus brazos y nunca me había sentido tan feliz ni tan segura. Abrió los ojos y me contempló un momento antes de sonreírme.

—Buenos días —me dijo—. ¿Qué tal te encuentras?

—Mucho mejor. Pero, ¿qué...?

—¿Qué estoy haciendo en tu cama? Has tenido una pesadilla, creo, y te has despertado chillando. Yo he venido a tranquilizarte y me he quedado dormido a tu lado. ¿Se te ha olvidado todo? —me preguntó decepcionado—. ¿Todo lo que te he dicho y lo que tú me has contestado...?

—Creo que sí, aunque recuerdo haber soñado unas palabras...

—No era un sueño, las he dicho yo y completamente en serio —dijo, adoptando otra vez aquella expresión muy decidida—. Te he dicho que quería cuidar de ti, protegerte para siempre de ahora en adelante, y lo decía de veras.

—¿Qué estás diciendo, Luke?

Me incorporé en la cama, tapándome con las sábanas, porque sólo llevaba mi fino camisón de seda. Él también se incorporó.

—Sé que estás embarazada de tu padrastro, pero no tiene por qué enterarse nadie de ello. Digamos que el niño es mío. Y quiero que sea mío porque quiero que tú seas mía.

—¿Qué quieres decir? —Le había comprendido perfectamente.

—Quiero decir, que quiero casarme contigo, y que seas mía para siempre y te conviertas en mi ángel. Oh, ya sé que la vida en un circo no es lo más indicado para dos jóvenes que empiezan, sobre todo si están esperando un bebé. Pero lo he estado pensando todo —continuó muy excitado—, y te llevaré a las montañas. Nos instalaremos allí, tengo muchos planes, muchas ideas. Quiero ganar mucho dinero y comprar una granja, y sé que puedo hacerlo, Ángel.

»Oh, no digo que no vaya a ser duro al principio —prosiguió, antes de que yo pudiera interrumpirle—, muy duro. Tendremos que vivir con mi familia durante una temporada, pero yo trabajaré día y noche y ahorraré el dinero suficiente para dar la entrada de nuestra propia casa.

»Te gustará aquello, Ángel, te lo prometo. Será una vida distinta a la que estás acostumbrada, claro, muy distinta —dijo atropelladamente—, pero es una vida sana y libre, una vida en la Naturaleza, lejos de la corrupción y de la gente que se preocupa más de sí misma que de sus seres queridos.

—Luke..., ¿quieres ser el padre de mi hijo? ¿Eso es lo que quieres? —le pregunté, incrédula.

—Siempre que eso signifique tenerte a ti también, Ángel. No vayas a casa de tu abuela —suplicó—. No creo que vayas a ser feliz allí, por otra parte.

Apenas la conoces y es una mujer mayor, con su vida hecha... Y, además —añadió, expresando un temor que yo misma albergaba en lo más hondo de mi corazón—, ¿y si no te cree? ¿Y si cree que eres como su hija? Te mandará a tu casa. Y yo nunca te mandaré a tu casa, Ángel —concluyó firmemente.

—Pero no puedes volver a tu pueblo a trabajar, Luke. Tú amas el circo —

exclamé. Se lo había visto en los ojos.

—Ni la mitad de lo que te quiero a ti, Ángel. Nunca en la vida había conocido a una persona tan especial, tan dulce y tan preciosa como tú. Cuando estoy contigo me siento completo, lleno de esperanzas. Estoy seguro de que conseguiré realizar todos mis sueños siempre que te tenga a mi lado. Me haces sentir importante, más importante que nadie. Me mataré a trabajar por ti. Dime que sí. Por favor...

Me quedé meditabunda un momento. Hacía unos catorce años, mi madre se había quedado embarazada más o menos a mi edad y luego había engatusado a un hombre, al que yo consideraba mi padre, para que se casara con ella, sin revelar nunca la verdad. ¿La habría querido él como Luke decía que me quería de haber sabido la verdad? Qué distinta habría sido mi vida... ¿Sería tan distinta la de mi hijo, con un padre que sabía y aceptaba la verdad? Creía sinceramente que si el amor de Luke era tan profundo y tan fuerte, había de sobra para dos y que abarcaría también a mi hijo. La esperanza barrió todos mis miedos y mis inquietudes. Ese hombre joven, guapo y cariñoso me quería por encima de todo, me quería aun después de haber oído mi historia y conocer mi situación. Me quería tanto, que estaba dispuesto a considerar a mi hijo como si fuera suyo y a abandonar las cosas que más deseaba sólo para complacerme.

Nunca había visto semejante falta de egoísmo. ¿Por qué no había tenido mi padre una chispa del amor que Luke tenía por mí, por qué no habría sido capaz de sacrificar algunos de sus intereses profesionales para ayudarme y protegerme? ¿Por qué no se habría preocupado mi madre un poco más de mí que de ella misma? Mis padres proclamaban que me querían, pero no me querían tanto como Luke. Su amor era más honesto y sincero, porque estaba dispuesto a sacrificarse por mí.

Y luego pensé que el amor no sólo significaba sacrificio, sino la voluntad de sacrificarse, el placer de dar al ser amado más de lo que uno se reserva para sí mismo. Era una suerte haber encontrado a una persona que supiera amar de ese modo.

Miré a Ángel. Parecía enarbolar una sonrisa en los labios. Tal vez fuera mi ángel de la guarda, después de todo; acaso ella me hubiera traído a Luke, o me hubiera puesto en su camino. Y ahora Luke también quería ser mi ángel de la guarda.

Él advirtió mi modo de mirarla.

—¿Qué te ha dicho? —me preguntó dulcemente, esperanzado.

—Me dice que acepte, Luke —susurré.

Sus ojos oscuros resplandecieron. Qué sonrisa más hermosa tenía... Era un joven que mejoraría con los años, y sería mi marido.

—Me dice que te conteste que sí —repetí mirando aquellos preciosos ojos.

Luke me abrazó y nos besamos.

El viaje que había empezado con rabia, miedo y desesperación se convirtió de pronto en un viaje de amor y esperanza. Mis lágrimas eran diferentes. Eran lágrimas de alegría, más cálidas. Me aferré a Thomas Luke Casteel. Mi corazón palpitaba feliz. Había algo mágico en el aire.

La dirección del circo no puso objeciones a la partida de Luke porque les explicó que iba a casarse conmigo y pensaba establecerse en su ciudad natal. Les dijo que ahora tendría obligaciones y responsabilidades y la noticia se propagó rápidamente entre los feriantes. Cuando llegamos a su tienda a recoger sus bártulos, se había congregado a la puerta una multitud a expresarle sus mejores deseos. Era una multitud bastante anómala, por decirlo de una manera suave. Tras ser presentada, me felicitaron la mujer barbuda, los hermanos siameses, los enanos, el hombre más gordo del mundo, el hombre más alto del mundo y el hombre más fuerte del mundo, y también los malabaristas, los faquires, los acróbatas, el lanzador de puñales y su mujer. Después apareció el mago, el Asombroso Mandello, con su sofisticada ayudante, y me pidió que le diera la mano. Miré a Luke, que asintió, y se la di. De repente, noté un anillo en la palma de la mano. La abrí y vi un pequeño diamante de imitación, muy bonito.

—Regalo del Asombroso Mandello —anunció—. Tu sortija de compromiso. El público que nos rodeaba profirió toda clase de exclamaciones como si me hubiera regalado algo realmente muy valioso. Vivían todos en un mundo de ilusión, pero no me importó. Era como si hubiera penetrado en ese mundo, dentro de una burbuja de color de rosa.

—Oh, gracias, es precioso.

En «Farthy» tenía joyas con brillantes auténticos, anillos, pulseras y collares, pero en el circo de Luke, entre todas aquellas gentes felices y cariñosas, consideré esa sortija como la joya más valiosa y maravillosa que había recibido nunca. Todas aquellas personas apreciaban mucho a Luke y le deseaban lo mejor.

—Vamos a ir directamente a casa del juez de paz —anunció Luke.

Hubo un murmullo de excitación. Alguien dijo:

—Vamos.

Y todo el grupo de feriantes nos siguió hasta la casa del juez de paz. Seguramente ni él ni su mujer olvidarían nunca esa boda.

No pudimos celebrarla en su despacho. Parte de nuestros invitados abarrotaba el salón, de generosas dimensiones, y el resto se quedó en el porche. Los hermanos siameses, dos hombres de unos veinte años, unidos por la cintura, tocaron el piano. Se encaramaron a la banqueta del piano e

interpretaron la marcha nupcial. Yo miré en derredor, vi los ojos de la mujer barbuda, las caras risueñas de los malabaristas, los enanos y los acróbatas, y recordé la boda de mamá.

Parecía como si hubieran transcurrido cien años, pero pensé en mis nervios y mi turbación mientras seguía a las damas de honor, con sus complicados trajes, por la inmensa escalinata..., recordé el mar de caras a nuestros pies..., todas aquellas personas tan ricas, los hombres de esmoquin, las mujeres con sus vestidos de alta costura, engalanadas con alhajas carísimas, intentando superarse unas a otras.

Mi madre me había prometido una boda como la suya, con una recepción de lujo, pero, en cambio, estaba en casa de un juez de paz a punto de casarme con un joven a quien acababa de conocer, rodeada de feriantes. Pensé que mi madre nunca, ni en un momento de delirio enfebrecido, hubiera llegado a sospechar una cosa como ésta.

Y, sin embargo, yo no sentía la menor preocupación. No me importaba la ausencia de invitados de la alta sociedad; no me importaba llevar un sencillo vestido de verano en vez de un traje de novia hecho a medida, ni que en cuanto termináramos nos marcháramos sin recepciones, música, baile ni banquetes.

Pero sabía que no había en el mundo dinero bastante, ni ricos invitados, ni montañas de comidas exquisitas, capaces de hacer más feliz el matrimonio de mi madre, ni más dichosa su vida. Los convidados a su boda no les miraban con el cariño que nos miraban a Luke y a mí sus amigos del circo. Sus felicitaciones no eran ni mucho menos tan sinceras. Se respiraba una atmósfera de auténtico sentimiento. Cuando esas personas me besaban y me abrazaban, lo hacían de todo corazón. Formaban un racimo alegre y pintoresco, muchos de ellos habían superado sus peculiaridades y vivían de ellas. Eran entes del espectáculo, que se ganaban la vida haciendo felices a los demás, asombrando y divirtiendo a la gente. En cierto sentido, vivían realmente en un mundo de fantasía, entre la magia de las sonrisas y la risa, la magia de las luces y la música. No era raro que Luke se encontrara aún a gusto entre ellos, pensé.

—Muy bien —dijo el juez, plantándose ante nosotros y mirando a la concurrencia—, supongo que podemos empezar.

Era un hombre alto y delgado, con un bigote pelirrojo y los ojos de color avellana. Creo que nunca olvidaré su cara, porque era el hombre que pronunció las palabras que me unirían para siempre a Thomas Luke Casteel. El futuro de Luke sería mi futuro; su dolor, el mío; su felicidad, mi felicidad. Nuestras vidas eran como dos trenes que habían convergido desde destinos muy distintos y ahora correrían paralelos el resto del trayecto. Nos habíamos conocido en una estación de ferrocarril.

La esposa del juez, una mujer alta y regordeta, de cara jovial, se hallaba a su lado, con los ojos atónitos.

El juez inició su parlamento y, cuando me preguntó si aceptaba como legítimo esposo a Thomas Luke Casteel, cerré los ojos y recordé el día en que, cuando tenía unos ocho o nueve años, papá me abrazó y me prometió que construiría una casa cuando me casara, «un castillo en lo alto de una colina, para mi príncipe y yo». Oí a mi madre parlotando acerca del día de mi boda, de mi traje de novia, de la ceremonia, de los invitados... En unos segundos vislumbré mi vida entera, las palabras, las imágenes, las sonrisas y las lágrimas. Todo pasó en un segundo, hasta que sólo quedó el sonido de los latidos de mi emocionado corazón.

—Sí, quiero —dije, volviéndome hacia Luke y leyendo en sus ojos oscuros y profundos una promesa de amor.

—Y tú, Thomas Luke Casteel, ¿quieres a Leigh Diane van Voreen como legítima esposa, para amarla y protegerla, en la salud y en la enfermedad, hasta que la muerte os separe?

—Sí, quiero —dijo, con una firmeza viril que casi me cortó la respiración. Parecía dispuesto a luchar hasta la muerte para hacerme feliz.

—Pues, por la potestad que me ha sido conferida, os declaro marido y mujer. Puedes besar a la novia.

Nos besamos como dos amantes que hubieran cruzado corriendo un inmenso campo para abalanzarse en los brazos del otro y permanecer estrechamente enlazados para siempre. Los feriantes nos rodearon profiriendo exclamaciones. Tuve que arrodillarme para que me besaran los enanos. Los acróbatas habían distribuido arroz entre todos los demás y nos rociaron con él cuando salimos de la casa del juez de paz.

Nos montamos en la camioneta de Luke y nos despedimos de todos. Se quedaron en la parte delantera del jardín, gesticulando y sonrientes, tirándonos besos todos ellos, salvo una mujer que llevaba un traje púrpura, un pañuelo en la cabeza y unos aros de plata en las orejas. Tenía la tez oscura y los ojos aún más negros que Luke. Estaba seria, sombría, y se mantenía alejada del grupo.

—¿Quién es esa mujer, Luke? —le pregunté, señalándola.

—Ah, es Gittle, la echadora de cartas húngara.

—Parece muy seria, como preocupada —dije, inquieta.

—Siempre está así —me explicó Luke—. Es su forma de actuar. Es para que la gente la tome en serio. No te preocupes. No tiene importancia, Ángel.

—Eso espero, Luke —murmuré mientras nos alejábamos—. Eso espero.

Me volví a mirar, agitando la mano, mientras tomábamos por la calle principal. No tardamos en dejarla atrás; en un momento, Ángel y yo nos dirigíamos hacia otra vida, otro mundo, esperando que serían más felices

que los que habíamos dejado en «Farthy» para siempre.

Miré hacia atrás una vez más. Había unas nubes de tormenta en el horizonte, pero nosotros nos alejábamos por la autopista, como huyendo de su amenaza de lluvia, viento y frío. Delante de nosotros, en lontananza, el cielo era azul, radiante, cálido e invitador. Seguramente, aquello significaba que dejábamos atrás toda las cosas tristes y feas. Incluso el recuerdo de la sombría expresión de la pitonisa se esfumó ante la brillante promesa de felicidad que difundían los rayos del sol.

Apreté a Ángel contra mí.

—¿Contenta? —me preguntó Luke.

—Sí, Luke, mucho.

—Yo también. Soy tan feliz como un cerdo en...

—¿Dónde?

—Nada, nada. De ahora en adelante, he de tener cuidado con lo que digo.

Quiero ser mejor ahora que te tengo a ti.

—Oh, Luke, no me conviertas en un objeto de museo. Soy un ser de carne y hueso, que intenta ser feliz en un mundo que a veces se lo pone muy difícil.

—No, no lo eres. Tú eres mi ángel y los ángeles vienen del cielo. Mira —añadió, sonriendo—, si tenemos una niña, podemos ponerle Heaven, cielo. ¿Qué te parece?

Me encantó que dijera «si tenemos una niña...».

—Oh, sí, Luke. Heaven sería un nombre precioso.

—Bueno, pero también le pondremos tu nombre. Así que se llamará Heaven Leigh Casteel.

Se rió y seguimos avanzando hacia el sol y sus promesas.

!! [HYPERLINK \l "INDICE" ¶](#) ⊥

capítulo XXI.

En las montañas

El viaje hasta Winnerrow y los Willies fue largo y penoso en la vieja camioneta de Luke. Poco después de que emprendiéramos el camino, el motor se recalentó y él tuvo que recorrer a pie dos kilómetros hasta conseguir agua en una gasolinera. Estaba consternado de haberme tenido que dar ese plantón con aquel calor. Yo le dije que estaba estupendamente y que ahora nada podía hacerme desgraciada. A pesar de todo, él insistió en detenerse en un pequeño restaurante de las afueras de Atlanta para que yo bebiera algo fresco y él una cerveza bien fría. La engulló rápidamente y pidió otra.

—¿No te preocupa beber tanta cerveza, Luke? —le pregunté.

Él reflexionó, como si nunca se le hubiera ocurrido.

—No sé... En mi pueblo es de lo más natural beber cerveza y alcohol. Ni siquiera nos lo planteamos.

—Si no bebieras tanto, tal vez sí te lo plantearías, Luke —le sugerí con delicadeza.

—Probablemente tengas razón —me sonrió de oreja a oreja—. Ya te estás ocupando de mí —me dijo—. Me gusta, Ángel. Estoy convencido de que seré mucho mejor gracias a ti.

—También tiene que ser gracias a ti, Luke.

—Ya lo sé —replicó—. Ángel, te prometo que haré todo lo que pueda para hacerte feliz, y si realizo algo que te haga desdichada, no vaciles en echarme una bronca. Además, cuando me regañas, me encanta —añadió, dándome un beso en la mejilla.

Fue una delicia que Luke me dijera que quería que me ocupara de él. Me daba la sensación de que los dos habíamos madurado varios años en escasos minutos.

En el mostrador del restaurante vendían postales y decidí comprar una para mandársela a mi madre. Pensé que posiblemente fuesen las últimas palabras que le dijera a mi madre en mucho tiempo. Así que las medité cuidadosamente y luego le escribí:

Querida mamá:

Lamento haber tenido que escaparme de casa, pero tú no quisiste escucharme. Durante el viaje he conocido a un joven maravilloso que se llama Luke. Es muy guapo, gentil y cariñoso y ha decidido casarse conmigo y ser el padre de mi hijo.

Luke y yo nos dirigimos a su tierra, donde pensamos establecernos e iniciar nuestra vida en común.

A pesar de todo lo que me has dicho y todo lo que me has hecho, sigo deseando que seas feliz y espero que en el fondo de tu corazón me desees lo mismo.

Con cariño,

Leigh.

Le puse el sello y la eché al buzón que había a la puerta del restaurante. Y después seguimos nuestro camino.

Luke condujo sin parar durante todo el día y toda la noche. Yo le iba preguntando si estaba cansado, pero él me dijo que ahora tenía más energías que nunca en su vida, y que tenía tantas ganas de llegar a Winnerrow que no quería pararse más que a poner gasolina, comer e ir al lavabo. Mientras los kilómetros iban desfilando, yo iba dando cabezadas. Cuando los primeros fulgores del alba empezaron a asomar en el horizonte, estábamos iniciando trabajosamente el ascenso a las montañas, dando vueltas y revueltas. Unas pequeñas edificaciones baratas y desconchadas anunciaron la cercanía de otro pueblo aislado, pero también lo dejamos atrás. Advertí que las gasolineras estaban cada vez más espaciadas y los

moteles de nueva construcción eran sustituidos por rústicas cabañas disimuladas en el frondoso bosque.

Volvimos a descender por la otra ladera hasta un valle. Allí estaban las extensas praderas que rodeaban Winnerrow, sus cuidadas granjas con cultivos de verano que no tardarían en ser cosechados.

—Más allá de esas fincas —me dijo Luke— verás las casas de la gente más pobre del valle, poco mejores que las de los auténticos montañeses. Y allá arriba —señaló las cumbres que teníamos delante— están los barracones de los mineros del carbón y las cabañas de los fabricantes de aguardiente. Miré a lo alto con gran emoción. La ladera estaba sembrada de casitas diseminadas, que respiraban una gran paz, como si hubieran crecido allí y formaran parte del entorno natural.

—Aquí también hay gente rica y acomodada —me explicó Luke, señalando hacia la parte más profunda del valle—. Las mejores tierras de las montañas bajan al valle con las lluvias torrenciales de primavera, hasta las fincas de las familias de Winnerrow, regalando el suelo más fértil a quienes menos lo necesitan. Tienen unos jardines espectaculares donde crecen los más bellos tulipanes, narcisos, lirios, rosas y cualquier otra cosa que apetezcan sus acaudalados corazones —añadió con amargura.

—No te gusta demasiado la gente de la ciudad, ¿verdad, Luke? —pregunté. Se quedó callado un momento y luego contestó entre dientes:

—Pasaremos por la calle principal y verás dónde viven los ganadores.

—¿Los ganadores?

—Los dueños de las minas de carbón han edificado sus mansiones con el sudor de la frente de los perdedores: los mineros que siguen muriendo de silicosis y cosas por el estilo. También están las casas de los propietarios de las desmotadoras de algodón para las hilaturas, y los dueños de las fabricas de tejidos, telas para sábanas y manteles, con su invisible pelusa en el aire, que asfixia a los obreros. Y ninguno de ellos ha puesto nunca un pleito a su patrono por daños y perjuicios —añadió, enfadado.

—¿Has trabajado tú o alguien de tu familia en las minas o las hilaturas alguna vez, Luke? —le pregunté.

—Mis hermanos, sí, durante una temporada, cuando eran mas jóvenes, pero nunca aguantaban mucho tiempo en el mismo empleo y lo dejaban. Mi padre no podría hacer esa clase de trabajo. Él prefiere arañarle alguna cosa a la tierra, coger algún trabajo esporádico aquí o allá, o vender alcohol ilegal. Y yo no se lo reprocho.

»He de decirte una cosa, Ángel, la gente de la ciudad no aprecia demasiado a los montañeses. Nos obligan a sentarnos al fondo de la iglesia y no permiten a sus hijos que jueguen con nosotros.

—Oh, Luke, eso es terrible ¿Por qué se las cargan siempre los niños

pequeños? —exclame, pensando en lo que les dolería una cosa así. Ahora comprendía por que era Luke tan duro con los habitantes de la ciudad—. Nadie debe considerarse superior a los demás.

—Claro, claro. Bueno, pues díselo al alcalde de Winnerrow —me dijo sonriendo—. Apuesto a que eres capaz. Estoy impaciente por ponerme guapo y llevarte a la iglesia, Ángel. Me muero de ganas —dijo, meneando la cabeza.

Llegamos a un desvío y Luke tomó hacia la derecha abandonando la carretera asfaltada y siguiendo por una pista forestal de gravilla. Cruzamos un bosque y más adelante el camino se lleno de baches y pedruscos, y la camioneta traqueteaba tan violentamente que yo tenía que agarrarme a la manilla de la portezuela. Mientras avanzábamos, iba olfateando los aromas a madreSelva, fresas y frambuesas silvestres. El aire era fresco y vivificante en las montañas de Virginia Occidental, me hacia sentir más viva. Era como si el aire de la montaña hubiera barrido todo el aire viciado que se respiraba en las gélidas y enclaustradas habitaciones de «Farthy». Porque así era como las recordaba yo ahora.

—Ya estamos llegando, Ángel. Aguanta un poco más. Espera a que madre te vea.

Contuve el aliento ¿Donde vivía su familia? ¿Como podían vivir tan lejos de la civilización, en aquel bosque? Era imposible que tuvieran alcantarillado, ni agua corriente, ni electricidad, ni teléfono. Sólo se veían árboles y matorrales.

De pronto, me pareció oír el sonido de un banjo. Luke sonrió de oreja a oreja. —Padre está tocando en el porche —dijo. Rodeamos un grupo de frondosos árboles y nos detuvimos. Allí estaba la casa de Luke. No pude reprimir una exclamación de sorpresa. Dos pequeños podencos que estaban tumbados al sol, dieron un respingo y empezaron a ladrar furiosamente.

—Son mis perros, Kasey y Brutus —me dijo Luke—. Y esa es mi casa. Hogar, dulce hogar. Era una cabaña de troncos de madera, llena de nudos, que no había visto un bote de pintura en la vida, con un tejado de cinc oxidado, que había derramado millones de lágrimas que manchaban de plata la vieja madera. Desde el tejado de la cabaña descendían unos desagües hasta unos barriles para recoger el agua de lluvia.

En la parte delantera de la cabaña había un porche medio desvencijado, con dos mecedoras. Un hombre, al que reconocí inmediatamente como el padre de Luke, estaba sentado con un banjo en el regazo. Tenía su mismo pelo negro como el carbón y la tez morena y, aunque su rostro delataba una vida de penalidades, tenía los rasgos hermosos, la nariz recta, los pómulos salientes y la mandíbula fuerte. Parecía tosco, pero cuando vio a Luke le dedicó una sonrisa dulce y afectuosa.

La mujer que estaba sentada a su lado haciendo ganchillo parecía mucho más severa. Llevaba el pelo largo, recogido en una cola de caballo. De lejos, cuando se levantó, parecía de la edad de mi madre, pero, cuando se acercó a la camioneta, su cara reflejaba muchos años más que a primera vista. Advertí que le faltaban varios dientes y tenía muchas arrugas en el contorno de los ojos y las sienes. Los surcos de su frente eran más hondos y más marcados que los de mi madre.

Pero la madre de Luke debía de haber sido una mujer muy hermosa en su juventud. Tenía los mismos ojos oscuros de Luke, y aunque peinaba canas, su cabello, cuidado con agua de lluvia, parecía fuerte y sano. Tenía una expresión orgullosa y decidida, de orgullo racial, con los pómulos salientes, y era casi tan alta como Luke. Sus manos, que podían haber sido suaves y delicadas como las de mi madre, eran ásperas y varoniles, callosas y con las uñas muy cortas.

—¡Madre! —gritó Luke, bajándose de un salto de la camioneta.

Ella le abrazó efusivamente, con un brillo en los ojos de orgullo y placer maternal que atenuó su expresión de suspicacia. El padre de Luke dejó el banjo en la mecedora y bajó los escalones del porche para acercarse a dar la bienvenida a su hijo.

—Hola, Luke —le dijo su padre—. No esperaba que regresaras tan pronto esta vez. ¿Qué te ha hecho cambiar de opinión? —le preguntó, agarrándole por los hombros.

—Ha sido Ángel —le contestó Luke.

—¿Ángel?

Los padres de Luke se volvieron hacia mí.

—Ángel, ven a saludar a padre y madre. Quiero que conozcáis a mi esposa —prosiguió mientras yo bajaba de la camioneta.

—¡Tu esposa! —exclamó su madre.

Me miró de la cabeza a los pies mientras me aproximaba, y su expresión de incredulidad se tiñó de decepción.

—¿No te parece demasiado joven y delicada para las montañas? —preguntó en voz alta.

Yo me quedé allí de pie, ante ellos, esperando una presentación algo más formal.

—Ángel, te presento a mi madre, Annie, y a mi padre, Toby Casteel. Madre, ésta es Ángel. Su verdadero nombre es Leigh, pero es más un ángel que una Leigh.

—¿Ah, sí...? —dijo su madre sin abandonar su expresión de desconfianza.

—Bienvenida a casa —me dijo su padre, abrazándome.

—Pero, ¿cuándo se te ha ocurrido semejante cosa, Luke? —preguntó la madre, sin quitarme ojo.

—Ayer, en Atlanta. Nos conocimos y nos enamoramos a primera vista y nos ha casado un juez de paz con todas las de la ley y en presencia del cortejo de invitados más nutrido y más bonito que te puedas imaginar..., todos mis compañeros del circo. ¿Verdad, Ángel?

—Sí —contesté.

Me sentía muy cohibida por la escrutadora mirada de la madre de Luke. Cualquier madre miraría con suspicacia y ojos críticos a la mujer que su hijo le trajera a casa, pensé. Pero la madre de Luke parecía escandalizada y decepcionada.

—¿Qué edad tienes? —me preguntó.

—Voy a cumplir catorce años —repuse, notando que se me llenaban los ojos de lágrimas.

Hasta en aquel paupérrimo rincón del mundo, la gente me encontraba defectos.

—Bueno, la edad no es problema —dijo la madre de Luke—, pero la vida en las montañas es dura, niña. Enséñame las manos —me dijo, tendiéndome las suyas.

Me las cogió y me volvió las palmas hacia arriba. Me las acarició con sus dos dedos callosos, meneando la cabeza.

—No has movido un dedo ni un solo día de tu vida, ¿verdad, niña?

Yo retiré bruscamente las manos.

—Puedo trabajar tan duro como cualquiera —contesté—. Estoy segura de que usted tenía las manos tan suaves como las mías.

Se produjo un tenso silencio y luego ella me sonrió.

—Vaya, vaya, la niña tiene el orgullo de una verdadera Casteel. Ya sabía yo que mi hijo tendría sus buenas razones para elegirla... —Se volvió hacia Luke, que empezó a resplandecer de placer—. Bienvenido a casa, hijo. ¿Qué piensas hacer ahora?

—Ángel y yo nos quedaremos a vivir con vosotros una temporada, madre. Yo voy a pedirle trabajo al señor Morrison en Winnerrow y aprenderé carpintería. Siempre me estaba pidiendo que fuera a trabajar con él. Después, construiré una casita para nosotros, tal vez en el valle, donde cultivaré la tierra, criaré vacas, cerdos y caballos, para llevar una vida cómoda y decente. Y haré una casita bien grande para que padre y tú os alejéis de estas montañas y viváis como es debido —añadió.

La mujer irguió la espalda y toda la sonrisa de su rostro se evaporó.

—Nosotros no somos ni inferiores ni peores que los habitantes del valle, Luke. Tú nunca habías hablado así de la vida en las montañas. Aquí es donde has nacido y aquí te has criado, y no eres peor por ese motivo.

—Yo no he dicho eso, madre. Pero ahora quiero hacer grandes cosas —dijo, cogiéndome de la mano—. Tengo responsabilidades.

Su madre siguió observándome con suspicacia.

—Bueno, bueno —intervino padre Casteel—. Eso hay que celebrarlo, ¿verdad, madre? Vamos a guisar esos conejos.

—Los conejos son para el domingo —replicó ella.

—Iré a cazar más.

—Ya te ha costado bastante cazar éstos —le espetó bruscamente, pero él no se inmutó.

—He vuelto, madre —dijo, Luke—. Ahora no faltará comida en la mesa.

—Hummm —gruñó ella escépticamente—. Bueno, Ángel, mejor será que entres tus cosas —me dijo.

—Sólo trae una maleta —dijo Luke.

—¿Sólo una maleta? —Los ojos de Annie Casteel se abrieron con extrañeza—. Por su aspecto habría supuesto que traería una carretada de cosas. Bueno, pues ven adentro a ver cómo preparo los conejos y a contarme cosas de tu vida.

—Luke y yo vamos a abrir el barril de sidra —dijo padre a nuestra espalda.

—Ni pensarlo, no os pienso dejar ponerlos ciegos con ese asqueroso whisky, Toby Casteel —les advirtió ella.

El padre de Luke soltó una carcajada, Luke y él nos siguieron a ambas al interior de la cabaña. Mis expectativas se habían venido abajo al verla por fuera, pero todavía no estaba preparada para lo que descubrí allí dentro. La choza consistía únicamente en dos habitaciones: había un dormitorio, imaginé, al otro lado de una especie de cortina desvaída y andrajosa. En el centro de la habitación principal había una cocina de fundición y a su lado una vieja alacena que contenía botes de hojalata con la harina, el azúcar, el café y el té.

—Como puedes ver —empezó Annie—, esto no es un palacio, pero tenemos un techo donde cobijarnos. Tenemos leche fresca de una vaca y huevos cuando las gallinas se dignan ponerlos. Los cerdos están sueltos y por la noche se meten a su antojo debajo del porche. Ya les oirás gruñir, aparte de los perros y los gatos y cualquier otro bicharraco que decida tumbarse a dormir ahí debajo —dijo, señalando el suelo con la cabeza.

Comprendí que no estaba exagerando. Entre las tablas irregulares del suelo de la cabaña había resquicios de casi un centímetro de anchura. Después de echar un vistazo a mi alrededor, me percaté de que no había cuarto de baño. ¿Cómo se las arreglarían? ¿Cómo se bañarían o se ducharían? La madre de Luke adivinó mis pensamientos y sonrió ante mi cara de perplejidad.

—Si te estás preguntando dónde está el lavabo, está fuera.

—¿Fuera?

—No me digas que no sabes lo que es un retrete, niña...

—¿Un retrete?

—No te preocupes, Ángel. Lo primero que voy a hacer es construir un retrete para ti. Empezaré en cuanto regrese mañana de la ciudad.

—¿Qué es un retrete? —le pregunté en voz baja.

La madre de Luke soltó una carcajada.

—Te has traído a una niña muy finolis, Luke... Un retrete es un cuarto de baño, Ángel. Cuando tengas una necesidad natural, te vas a ese cuartito y te sientas en una tabla con un agujero.

Supongo que debí de ponerme muy pálida. No sé. Pero la madre de Luke dejó de sonreír y le miró con reproche. Él dejó la maleta en el suelo y me abrazó.

—Te haré uno muy bonito, de veras, Ángel. Ya verás. Y además no tendrás que usarlo durante mucho tiempo. Porque pienso ganar en seguida mucho dinero para hacerte una buena casa en el valle.

—¿Sabes cómo se hace el estofado de conejo? —me preguntó Annie Casteel. Sacó dos conejos muertos, agarrados por las orejas, de una pequeña nevera. Sofoqué una exclamación y tragué saliva.

—Bueno, en cuanto los despelleje, te enseñaré la receta de mi madre.

—Madre hace el mejor guiso de conejo que hayas probado en la vida —dijo Luke.

—Nunca he comido conejo, Luke —le dije reprimiendo una arcada.

—Pues te vas a dar un festín —replicó él.

Yo asentí, esperanzada; respiré hondo y miré a mi alrededor. Los padres de Luke eran las personas más pobres que había conocido en mi vida, y, sin embargo, Toby Casteel tenía la sonrisa más radiante y alegre en la cara, y su mujer, orgullo y fuerza. Yo estaba confusa, cansada y asustada. La vida me planteaba un nuevo desafío justo cuando creía estar iniciando una vida mágica de felicidad. Pero comprendí que aquéllos no eran el momento ni el lugar para lloriqueos. Pero sí, en cambio, para el trabajo y la lucha por la supervivencia. Tal vez le sacara algo positivo. Tal vez me hiciera más fuerte, más frugal, más dura, para enfrentarme a los males del mundo que acabábamos de abandonar.

—Hay que pelar esas patatas —dijo Annie Casteel, señalando un cajón de patatas que había en el suelo.

—Yo lo haré —me ofrecí, aunque no lo había hecho nunca.

Ella me dedicó una escéptica mirada, lo cual me infundió más determinación.

—¿Dónde está el pelapatatas? —pregunté.

La madre de Luke sonrió.

—Aquí no tenemos virguerías, Ángel. Utiliza esa navaja y apúralas bien. Luke, deja la maleta de Ángel detrás de la cortina.

—¿Detrás de la cortina? ¿Y dónde vais a dormir padre y tú? —preguntó Luke con cara de preocupación.

—Dormiremos estupendamente en el jergón. Ya lo hemos hecho otras veces, ¿verdad, padre?

—Dices bien —repuso padre.

—Pero...

—Bueno, no discutas más, Luke. Si sigues siendo el mismo, debes empezar a pensar en tener un hijo. Y sospecho que ya se lo has hecho —dijo ella, mirándome como si leyera el embarazo en la cara—. Todos los Casteel se han engendrado en una cama. Y espero y deseo que siga siendo así.

—Muy bien, madre.

Luke corrió la cortina, revelando una gran cama de bronce con un viejo y mugriento colchón sobre un somier. Qué diferencia había entre esa cama y, sin ir más lejos, la del motel barato donde habíamos dormido la noche anterior, pensé. Pero ésa sería nuestra primera cama de matrimonio. Y no había otra.

Era imposible concebir dos mundos más distintos que el mundo de «Farthinggale Manor» y el de los Willies. Había huido de «Farthy» y había llegado tan lejos, que me parecía que mi madre y Tony y todo lo que había dejado atrás estuvieran en otro planeta de otra galaxia. Me sentía turbada y asustada, pero estaba decidida a no retroceder.

Pese a sus rudos modales y su mirada crítica, me resultó fácil hablar con Annie Casteel. Ella me escuchaba cuando le hablaba, absorbiendo la historia de mi vida con interés y expresión de asombro. Por supuesto, no le conté que Tony me había violado. Luke quería mantener el secreto de mi embarazo incluso ante sus padres. Annie quiso saber el motivo de mi huida y yo le expliqué que el nuevo esposo de mi madre intentaba seducirme y mi madre me había echado a mí la culpa.

—Sin un padre que me protegiera y con una madre que no creía en mis palabras, me sentí sola y perdida y decidí marcharme. Me dirigía a casa de mi abuela cuando conocí a Luke y nos enamoramos —le expliqué.

Ella asintió y me pasó las zanahorias para que las raspara y las lavara. Pero, cuando le conté lo de las muñecas retrato y le hablé de Ángel, se empeñó en que dejara de ayudarla y fuera a sacar a Ángel de la maleta para enseñársela. Le brillaban los ojos de placer.

—Cuando era pequeñita, mi papá me hizo una muñeca tallada de una rama de árbol. Nunca he tenido una cosa tan preciosa ni tan exquisita, ni había visto nunca nada parecido, ni siquiera en los escaparates de Winnerrow. Y luego, cuando me casé, tampoco tuve ocasión de comprar ninguna muñeca, porque he tenido seis chicos, todos varones. Al cabo de un tiempo, tuve que abandonar la idea de tener una hija. Espero que cuando Luke y tú tengáis un

hijo, sea niña —dijo.

Comprendí que aquella dura y tosca campesina de las montañas podía ser tan dulce y gentil como cualquier señora de mi ambiente. Me dio pena, me dio pena que llevara una vida tan dura, con tan pocas oportunidades de ser femenina, de vestirse y ponerse guapa, cuidarse el cutis y dejarse crecer las uñas.

—Yo también lo espero, Annie —le dije.

Ella se me quedó mirando un momento, y luego replicó:

—Lámame, madre.

Yo le sonreí.

—Bueno, a ver si acabamos con el estofado. Conociéndoles como les conozco a esos dos, van a empezar a reclamar la comida a gritos en cualquier momento.

—Sí, madre.

Usé un retrete por primera vez en mi vida y me senté en un banco de tablas y comí una cosa completamente impensable hasta entonces para mí. Pero estaba deliciosa. Después de comer, padre tocó el banjo y cantó a dúo con Luke canciones de las montañas, y también bebieron aguardiente de fabricación casera. Advertí que los dos empezaban a achisparse. Se levantaron y empezaron a bailar una giga. Al cabo de un rato, madre les regañó por hacer el tonto. Luke me miró y yo meneé la cabeza. Eso bastó para serenarle.

Justo antes de irnos a acostar, Luke y yo nos sentamos en el porche a escuchar los sonidos del bosque: el ulular de los búhos, los aullidos de los coyotes y el croar de las ranas en las charcas. Me daba una gran sensación de paz y seguridad estar allí sentada con Luke, cogiéndole de la mano y mirando las estrellas, a pesar de la distancia que me separaba de la civilización y a pesar de vivir en una choza.

Cuando nos acurrucamos bajo la manta, abracé y besé tiernamente a Luke. Él estaba excitado, pero me respetó y no me hizo suya.

—No, Ángel —susurró—. Esperaremos a que tengas el niño y, cuando yo te haya dado una casa digna, podremos acostarnos en nuestra cama y hacer el amor sin que nadie nos oiga.

Entendí lo que quería decirme. Los viejos muelles chirriaban al menor movimiento, incluso cuando nos dimos la vuelta, uno a espaldas del otro. Al otro lado de la cortina, padre roncaba y, bajo el entarimado del suelo, como había dicho madre, gruñían los cerdos y los perros gemían. Algo arañó los pilares de madera. Oí maullar a un gato y luego se hizo el silencio, aunque persistieron el silbido del viento en las ramas y los crujidos del suelo y las paredes de la pequeña cabaña. El aguardiente casero dejó a Luke como un tronco en un instante. Yo tardé un poco más, pero finalmente cerré los ojos

y me quedé dormida.

A la mañana siguiente, Luke se despertó y bajó a Winnerrow a buscar trabajo en la carpintería. Padre estaba trabajando en la granja de un tal Burl, construyéndole un granero nuevo. Después del desayuno, madre se sentó a proseguir su labor de ganchillo. Yo decidí buscar un trapo, un cubo y jabón y ver qué se podía hacer para adecentar la cabaña. Madre pareció divertida con mis esfuerzos, pero cuando entró y vio que había limpiado los cristales y había sacado brillo a todos los cacharros, asintió con aprobación. Después fuimos al pequeño huerto y la ayudé a escardar mientras ella me contaba cosas de su pasado en las montañas. Me habló de sus otros hijos, los hermanos de Luke, y vi lo preocupada que la tenía el que dos de ellos estuvieran en la cárcel.

—Somos pobres y nunca hemos tenido pretensiones —me dijo—, pero siempre hemos sido honrados. Bueno, menos por el whisky, pero, de todos modos, eso no es asunto del Gobierno. Lo único que quiere es proteger a los grandes productores de alcohol, que lo venden a precios prohibitivos. La gente de estos contornos no puede pagarlo y, si no fuera por el aguardiente casero, ni probarlo podría.

»Y no es que yo apruebe la bebida, no. Eso ha sido lo que ha metido en líos a mis chicos. Pero es horrible que persigan a los pobres montañeses por destilar whisky en casa ¿Lo entiendes, Angel?

—Si, madre.

—Hummm —dijo, mirándome trabajar—. Serás una buena esposa montañesa. Por lo menos no te importa ensuciarte las manos. Era gracioso que aquello me hiciera sentir orgullosa. Pensé en la cara que pondría mi madre si me viera. Se habría muerto antes que tocar nada sucio en «Farthy», y yo tenía las manos metidas en la tierra húmeda y fresca. Y, además, estaba tan contenta. Pero quería estar guapa cuando volviera Luke tras su primer día de trabajo en Winnerrow.

—Pero luego me las podré lavar y untármelas con una de las cremas que me he traído, ¿verdad?

Ella se mondaba de risa.

—Pues claro, niña. Y no creas que me importaría parecerme a las señoronas ricas de Winnerrow, ¿sabes?

—Bueno, entonces tal vez pueda ayudarte, madre —le dije—. Si me dejas que te cepille el pelo y te pones un poco de crema en las manos.

Me miro con extrañeza.

—Hummm , ya veremos.

Parecía un poco reacia con la idea, pero me dejó que le cepillara el pelo y la peinara. Luego sacó su mejor vestido y yo uno de los míos y nos arreglamos para recibir a Luke y su padre cuando volvieran de trabajar. Llegó primero

padre.

—Pero, ¿que es esto? —exclamó cuando nos vio en el porche tan peripuestas—. Si hoy no es domingo.

—Tob Casteel, no tiene por que ser domingo para que me ponga guapa —le soltó madre.

Él se quedo desconcertado y se volvió hacia mi, intentando comprender que era lo que había dicho para hacerla saltar de esa manera.

—No te hará daño asearte un poco y ponerte una ropa decente para cenar una vez en tu vida. Todavía estas bastante guapo.

—¿Yo? ¡Oh!, bueno, quizá tengas razón —dijo, guiñándome un ojo.

—¡Oh, sí, claro, padre! —exclamé, y se le iluminó la cara.

Se dirigió a la parte trasera de la cabaña y se lavó con agua de lluvia y luego se puso su mejor traje, el de los domingos. Nos sentamos los tres en el porche a esperar a Luke.

Poco después oímos su camioneta traqueteando cuesta arriba. De vez en cuando, tocaba la bocina.

—¡Ay, ay, ay! —dijo madre, lanzándome una mirada de advertencia.

Me dio un vuelco el corazón ¿Qué pasaba? ¿Qué significaba aquello?

La camioneta de Luke irrumpió ante la cabaña a bocinazo limpio. Luego, él saltó casi en marcha, dejando la portezuela abierta. Llevaba un paquete de seis cervezas bajo el brazo, tres de ellas vacías.

—¡Tenemos que celebrarlo! —gritó, riéndose a carcajadas.

—¿Que diantres? —dijo padre.

—¡Maldito sea! —exclamó madre.

Luke se tambaleó, sonriendo como un idiota. Luego su mirada se posó en nosotros tres, tan arreglados.

—Pero, ¿qué? —dijo, señalándonos como si hablara con una persona inexistente—. Mírales... ¿Por qué...? Ah, claro, lo están celebrando también...

—Luke Casteel —le reprendí, poniéndome en pie con los brazos en jarras—. ¿Cómo te atreves a presentarte así? En primer lugar, podías haberte salido de la carretera y haberte caído por un barranco; y, en segundo lugar, tienes la cara más dura que el cemento.

—¿Eh?

—Sigue —me alentó madre.

—Queremos establecernos, hemos decidido salir adelante, y tú llegas a casa borracho...

Di media vuelta porque se me saltaban las lágrimas, y me metí en la cabaña.

—¿Eh...? —repitió Luke.

Me tiré en la cama y me eché a llorar. Poco después apareció Luke Casteel mucho más sobrio. Se arrodilló junto a la cama y me acarició el pelo.

—Oh, Ángel —me dijo—, lo estaba celebrando... Me han dado el empleo, y

además me harán un descuento cuando compre la madera para edificar nuestra casa.

—Me da igual, Luke. Si hay que celebrar algo, te esperas y lo celebramos juntos. Te había dicho que me preocupaba que abusaras de la bebida y tú me habías prometido dejarla. Y mira lo que has hecho...

—Oh, lo sé, lo sé. Lo siento... —me dijo—. Voy a coger las otras botellas de cerveza y las tiraré por el barranco —prometió—. Y si no me perdonas, yo también me tiraré por él.

—¡Luke Casteel! —grité, volviéndome hacia él—. ¡No vuelvas a decir nunca más algo parecido! ¡Nunca!

Echaba chispas por los ojos. Me di cuenta de su sorpresa.

—Chica... Te pones preciosa cuando te enfadas de verdad —dijo—. Nunca te había visto tan furiosa, pero no quiero que te enfades. Te prometo —dijo, levantando la mano— que no volveré a beber ni a conducir borracho. ¿Quieres darme otra oportunidad?

—Oh, Luke, sabes perfectamente que sí —le dije, y nos abrazamos y nos besamos, reconciliados.

—He traído un poco de madera en la camioneta —dijo—. Y voy a empezar ahora mismo tu retrete.

Le seguí y le contemplé mientras empezaba a descargar. Madre me lanzó una mirada de aprobación por serenarle tan deprisa. Luego se volvió hacia él:

—¿Para qué es la madera? —le preguntó.

—Para el retrete de Ángel —dijo, haciendo reír a madre y padre Casteel.

—Por mí, ya os podéis reír cuanto queráis —les dijo Luke—, que cuando termine no os hará tanta gracia.

Luke puso en su trabajo todo su amor y me construyó un retrete muy bonito. Después lo pintó de blanco e insistió en que lo llamáramos baño en lugar de retrete. Madre se metía con él en cuanto tenía ocasión.

—Voy a mi retrete, quiero decir, al baño —decía.

Luke miraba hacia otro lado y meneaba la cabeza.

Pasó el verano y llegó el otoño. Luke realizó varias mejoras en la cabaña, poniendo en práctica sus conocimientos de carpintería recién adquiridos. Le construyó a madre unas alacenas y unas estanterías y reforzó el porche y los escalones del porche. Tapó los agujeros de las paredes y del suelo, pero su trabajo en la carpintería de la ciudad le exigía cada vez más tiempo.

Muchas veces regresaba después de anochecer y rendido de cansancio, tanto que casi no podía ni cenar. A veces le olía el aliento a whisky. Cada vez que se lo mencionaba, él protestaba que tenía que echar un trago para aguantar.

—Me da el trabajo de dos hombres, Ángel —me dijo una noche después de cenar.

Habíamos salido a dar un paseo por una vereda del bosque que conducía a un claro en una cima que dominaba el valle y ofrecía una vista arrebatadora. Se veían las luces de las casas hasta muy lejos.

—Todos los empresarios de Winnerrow terminan aprovechándose de los trabajadores de las montañas —me explicó Luke—. Y yo me aguanto porque quiero empezar a construir nuestra casa lo antes posible, pero cada día me cuesta más.

—No quiero que bebas, para olvidar tus problemas y tus frustraciones, Luke. ¿No podrías encontrar otro empleo?

—No hay tantos puestos de trabajo para la gente de la montaña. Por eso me he marchado de aquí tantas veces.

—He estado pensando, Luke. Tal vez pudiera intentar ponerme en contacto con mi padre. Es propietario de una naviera y estoy segura de que tendría algún puesto para ti.

—¿Qué tipo de trabajo? ¿En la sala de máquinas de un transatlántico y pasarme la vida lejos de ti?

—Estoy segura de que podría darte trabajo en las oficinas, Luke.

—¿A mí? ¿De oficinista? ¡Me sentiría como un gato enjaulado! No, señora, no. Yo tengo que estar al aire libre, o vivir las emociones del circo, que es una vida aún más libre.

—¿Quieres volver al circo cuando nazca el niño, Luke? —le pregunté—. Si quieres, me iré contigo.

—No. La vida del circo es muy dura, te pasas el tiempo viajando. Aguantaré hasta que me interese —dijo.

—Podría escribir a mi padre y pedirle que me mande dinero. Y también tengo una cuenta sobre las muñecas retrato «Tantterton».

—¡No nos hace falta ese dinero! —exclamó Luke de mal talante.

Era la primera vez que se enfadaba conmigo. A la luz de las estrellas de la noche vi que sus ojos echaban chispas de irritación.

—Puedo apañármelas solo.

—No era mi intención insinuar que no pudieras, Luke.

Él asintió y se arrepintió inmediatamente de haberme levantado la voz.

—Lo siento. No tenía que haberte chillado, Ángel. Es que estoy muy cansado

—Madre tiene razón, Luke. Deberías tomarte un día de descanso. Cuando vuelves de trabajar, sigues haciendo cosas aquí. El próximo domingo nos vestiremos e iremos a la iglesia. Por favor, Luke.

—Bueno, de acuerdo —dijo, cediendo.

Madre se puso contenta de que bajáramos a la iglesia el domingo siguiente, pero, cuando llegamos allí, comprendí lo que había querido decir Luke sobre el desprecio de la gente del valle respecto a la de la montaña. En cuanto entramos en la iglesia, se podía cortar el aire con un cuchillo. Los ricos de la

ciudad se volvieron a mirarnos, indicándonos nuestro sitio en los bancos traseros. Padre y madre Casteel se dirigieron prestamente a los bancos que ocupaban otros campesinos de las montañas, pero no claudiqué. Luke me miró con curiosidad. Él estaba guapísimo con su chaqueta y su corbata, y tan repeinado hacia atrás, y yo, aun con mi embarazo de seis meses, me encontraba tan guapa como aquellas mujeres y aquellas chicas de Wmnerrow. Mi vestido era tan caro, si no más, que los de la mayoría de ellas, y ninguna tenía el cabello tan suave como el mío. Los aclarados con agua de lluvia me lo habían puesto precioso.

Vi un hueco para los dos en el centro de la nave y empuje a Luke hacia allí. Él se resistió un momento y luego me miró a la cara.

—Creía que querías que hablara con el alcalde de Winnerrow en cuanto tuviera ocasión —le dije.

Él me dedicó una amplia sonrisa.

—Maldita sea, claro que sí —me dijo, siguiéndome.

Los ocupantes de los bancos se echaron hacia atrás como empujados por el viento. Se quedaron atónitos, medio por la sorpresa y medio ofendidos, pero yo les aguanté la mirada hasta que bajaron los ojos. El pastor ocupó el púlpito y predicó un sermón muy hermoso acerca del amor fraterno, que me pareció muy apropiado para la ocasión.

Al salir, madre se me acercó y me dijo:

—La primera vez que te vi, Ángel, acerté. Tienes el valor de las Casteel. Estoy orgullosa de ti.

—Gracias, madre.

Los domingos, después del servicio religioso, los habitantes de las montañas se reunían a divertirse. Tocaban y bailaban y comían juntos lo que aportaba cada familia. Yo les ayudé a servir y luego me senté a observar a Luke y padre cantar y tocar el banjo. Los hombres bailaban y las mujeres tocaban las palmas.

Hacia un siglo, en la fiesta de mi cumpleaños, en «Farthy», mi madre había contratado a una orquesta muy cara y muchos camareros. Mis amigas del colegio, de las mejores familias, vinieron arregladísimas. Vimos una película en nuestra sala de proyección particular. En aquel momento pensé que era la fiesta más impresionante de mi vida.

Pero allí, en Winnerrow, con aquellos sencillos montañeses cantando sus sueños y las lindas canciones de su tierra, me sentía mucho más feliz. Aquí nadie se daba aires. Me sentía a gusto, como en mi casa, a mis anchas. Por supuesto, me di cuenta de que muchas de las chicas miraban a Luke con interés, porque estaba más guapo que un artista de cine. Una de ellas, Sarah Williams, clavó sus verdes ojos en mí y le sacó a bailar. Prácticamente le empujó a la pista de baile y no apartó los ojos de mí, sin borrar la sonrisa de

su cara. Sarah era pelirroja y casi tan alta como Luke. Se le pegó como una lapa y yo no pude evitar una punzada de celos porque era una chica muy guapa con un tipazo espléndido, y sin aquella barriga que tenía yo. En cuanto terminó la pieza, él se desasíó de las garras de Sarah y regresó a mi lado.

—Sarah es muy guapa, Luke —le dije, mirando para otro lado.

—Puede que sí, Ángel, pero yo no tengo ojos más que para ti —me dijo, obligándome a mirarle a los ojos, sus oscuros ojos de amor, esperanza y orgullo—. No pienso permitir que me vuelva a sacar a bailar —añadió como reprochándose—. Ha sido culpa del whisky, como tú me habías pronosticado.

—No quiero convertirme en una vieja gruñona, Luke.

—No lo eres, para nada.

Meneó la cabeza cuando otra chica le hizo señas.

—Oh, Luke, algunas veces me parece que te estoy arrebatando algo al obligarte a ser el padre de mi hijo.

—Calla, calla —susurró llevándose un dedo a los labios—. Es nuestro hijo y no me estás arrebatando nada a lo que yo mismo no quiera renunciar.

»Pareces cansada, Ángel. Vámonos a casa —añadió—. Ya he comido y bebido bastante.

—Pero si lo estabas pasando en grande, Luke.

—Prefiero irme a casa con mi Ángel —me dijo.

Se me ensanchó el corazón de gozo. Esa noche, cuando regresamos a la cabaña, estuvimos todos riéndonos y charlando animadamente hasta que nos fuimos a acostar. Luke y yo nos acurrucamos bajo el edredón, abrazados. Nunca me había sentido más segura ni más feliz. De vez en cuando, el niño me daba pataditas en el vientre y Luke, que se apretujaba contra mí, también las notaba.

—No sé si será niño o niña —me dijo—, pero, sea lo que sea, tiene tu valor y tu orgullo, Ángel. Nunca olvidaré cómo has desafiado a los ricos esta mañana.

—Y yo nunca olvidaré lo guapo que estabas y cómo te miraban las chicas, Luke Casteel.

—Venga, venga...

Noté en la cara cómo me ardían las mejillas.

—Cuántas cosas vamos a tener que contarle a nuestro hijo cuando tenga edad suficiente para entendernos, ¿verdad, Luke?

—Oh, desde luego —me contestó.

Me dio un beso y permanecimos abrazados hasta que se nos cerraron los ojos y nos quedamos dormidos.

A finales de noviembre empezó a nevar en los Willies. Una noche se posó un

frío manto blanco que redondeó las cumbres. Algunos días un viento implacable se colaba entre las tablas de la cabaña y yo me envolvía en una manta y me sentaba junto a la vieja estufa de carbón. Cuando Luke llegaba a casa por la noche, me abrazaba y me frotaba, maldiciendo el frío. Madre y yo tejimos más mantas y Luke me compró unos calzoncillos largos de lana. Era una risa verme con aquello puesto y mi abultada barriga.

El día de Nochebuena preparamos una cena exquisita para nuestras posibilidades. Padre trajo un pavo de la granja de Simón Burl. Le costó un día entero de jornal, pero estaba muy orgulloso. Madre y yo habíamos tejido unos guantes y un grueso suéter para padre y Luke, y Luke compró regalos para todo el mundo: peines para madre, una pipa de mazorca auténtica para padre y, para mí, una cosa tan especial que se empeñó en que la desarrollara a solas con él detrás de la ajada cortina que hacía las veces de pared de nuestra habitación.

Me senté en la cama y desaté cuidadosamente la cinta. Luego levanté la tapa de la caja y aparté el papel de seda..., y vi la más maravillosa ropa de muñeca que había visto en la vida, para Ángel. Le había comprado un traje de novia, con un tocado de bordado de perlas y cuentas de cristal y unos zapatitos de raso blanco, y hasta unas medias con un minúsculo ligüero.

—Oh, Luke, es precioso... Voy a ponérselo ahora mismo —exclamé.

—No tuviste una boda decente con un traje de novia como te mereces, pero, por lo menos, Ángel lo tendrá —me dijo.

—Oh, Luke, qué detalle.

Puse a Ángel sus nuevas galas y entonces advertí el pequeño guardapelo de oro, que decía: «Con cariño, Tony.» No podía permitir que aquel objeto odioso siguiera en el cuello de Ángel. Se lo arranqué y lo tiré por la ventana. Luego, salimos a enseñárselo a madre y padre.

Más tarde, mientras madre y yo lavábamos los platos, ella se inclinó hacia mí y me susurró:

—Nunca hubiera pensado que Luke cambiaría de este modo, Ángel. Siempre temí que acabara como sus hermanos, porque le encanta empinar el codo..., pero tú has conseguido controlarle. Cuando te lastima, le duele terriblemente en lo más hondo. Mientras te siga teniendo, no se meterá en líos. Creo que el día que te conoció fue un gran día para él.

—Gracias, madre —le dije con lágrimas en los ojos.

Ella me sonrió y me dio un abrazo, su primer abrazo sincero.

En cierto modo, a pesar de nuestra pobreza, a pesar de vivir en una cabaña más pequeña que un cuarto de baño de «Farthy», me sentía feliz. Pensaba incluso que aquéllas eran las Navidades más felices de mi vida. Los ojos de Ángel brillaban a la luz del candil. Ella también parecía feliz.

El mes siguiente fue muy duro. Nevó casi todos los días y hacía un frío espantoso. La vieja estufa producía casi más humo que calor, pero teníamos que mantenerla continuamente bien cargada. Todas las noche, Luke se disculpaba por el mal tiempo y se pasaba horas frontándome los dedos de los pies y de las manos.

Pero conseguimos superarlo y en febrero empezó el deshielo. Se sucedían los días sin nubes, y brillaba el sol derritiendo los carámbanos de las ramas de los árboles. Por la noche, la nieve y el hielo fundidos relucían como piedras preciosas, convirtiendo el bosque en un país de fantasía.

Según mis cálculos, no me debía de faltar mucho tiempo para dar a luz. Madre era una comadrona experimentada, pues había ayudado a traer al mundo a docenas de pequeños montañeses, aparte de sus seis hijos. Luke quería llevarme a la ciudad a que me atendiera un médico, pero yo confiaba en madre y no quería que Luke se gastara dos meses de sueldo en pagar a un médico que, al fin y al cabo, cuando llegara la hora, haría lo mismo que madre.

El niño era muy activo y yo estaba agotada. Me dolía la espalda. Quería hacer mi parte de las tareas, pero madre insistía en que descansara. Sin embargo, me aconsejaba que caminara todo lo posible.

Cuando el tiempo mejoró un poco y el invierno fue soltando su presa sobre el bosque, Luke y yo reanudamos nuestros paseos hasta el claro que dominaba el valle. Desde nuestro mirador de la montaña, el límpido cielo invernal era espectacular.

Guardo un recuerdo muy vivido de una noche de principios de febrero. Yo iba completamente forrada de ropa. Aunque no hacía tanto frío como antes, Luke se había empeñado en que me abrigara bien debajo del abrigo y me pusiera el gorro que me había hecho su madre y los guantes que me había tricotado yo siguiendo sus instrucciones. Pero, cuando llegamos a la cumbre, me quité los guantes de lana para darle la mano y sentir el calor de su piel.

Nos quedamos allí callados un momento, deslumbrados los dos por los millones de estrellas que se extendían sobre nuestras cabezas en la noche negra. A nuestros pies, las luces de las ventanas de las casitas de todo el valle formaban un colchón de estrellas que titilaban al calor de las familias reunidas en torno a las chimeneas. Yo me imaginaba sus risas, la música y su tranquila charla.

—Algún día —dijo Luke—, muy pronto, una de esas casas del valle será nuestra. Te lo juro, Ángel.

—Lo sé, Luke, creo en ti.

—Nos sentaremos en el cuarto de estar y yo estiraré los pies hacia la

lumbre, fumándome una pipa mientras tú haces calceta o ganchillo y nuestro hijo juega en el suelo entre los dos, y estaremos los tres calentitos y seguros. No quiero nada más, Ángel ¿Es demasiado pedir?

—No, no, Luke.

—Madre y padre creen que es un sueño inalcanzable —dijo tristemente.

—Eso es porque lo ha sido para ellos, pero nosotros lo lograremos, Luke.

Asintió y me abrazó, estrechándome contra su pecho. Nos quedamos así los dos, bajo las estrellas, dos pequeños seres solos en la noche invernal, susurrándose palabras de amor. El bebe pataleó.

—¿Lo has notado, Luke? —le dije, poniéndole la mano en mi vientre.

Él sonrió.

—Creo que es una niña, Luke.

—Tal vez. Te quiero, Ángel. Te quiero como ningún hombre ha amado nunca a una mujer.

Mi bebe volvió a patalear y yo me sentí muy pesada. Nunca me había sentido tan dolorida. Durante los últimos días, me despertaba por la noche con dolores, y algunas mañanas también, pero no me quejaba porque no quería preocupar a Luke, ni impedirle que fuera a trabajar. Pensaba que los dolores significaban que se estaba acercando la hora, aunque a madre no le hacían ninguna gracia.

—Creo que quiere salir, Luke. Está llegando el momento.

—Bueno, no podía haber elegido un momento mejor —me dijo él—. Con este cielo iluminado por millones de estrellas, hace una noche esplendida para que nazca un niño, sobre todo si es niña y se va a llamar Heaven.

Un dolor punzante casi me hizo hincarme de rodillas, pero me aguanté, haciendo una mueca para que Luke no se diera cuenta. Estaba tan contento y tan esperanzado. No quería preocuparle. Pero no pude evitar un estremecimiento de miedo, aunque supuse que era natural en una mujer que iba a tener su primer hijo, sobre todo si era tan joven como yo.

—Oh, Luke, llévame a la cabaña y abrázame, abrázame con todas tus fuerzas.

Él me besó e iniciamos el regreso a la cabaña.

—Espera —le dije, parándole.

Me volví a contemplar una vez más las estrellas.

—¿Qué pasa, Angel?

—Esta noche, cuando cierre los ojos, quiero ver todas esas estrellas, quiero imaginarme que me quedo dormida en el cielo.

Él se rio y luego nos metimos en el bosque y todas las estrellas desaparecieron.

!! [HYPERLINK \l "INDICE" ¶](#) ⊥

Epilogo

Cuando vuelvo la página, no sigue el texto, ni en la página siguiente, ni en la otra. Al final, encuentro una hoja suelta, doblada, entre la última página del Diario y la tapa. La desdoble con sumo cuidado porque está tan vieja que parece que se me va a deshacer entre los dedos si la manipulo sin delicadeza. Es una carta de una agencia de detectives.

Apreciado señor Tatterton:

Como le había informado con anterioridad, he localizado a su hijastra en las montañas de Virginia Occidental. En mi último informe le describía en qué condiciones estaba viviendo y le comunicaba que se hallaba embarazada. Lamento mucho tener que anunciarle una mala noticia. Ayer, mi ayudante que se ocupa de este caso me llamó para notificarme que su hija había fallecido. Al parecer, murió durante el parto. Según él, no recibió atención médica y dio a luz en la cabaña del bosque. Lo siento mucho.

La criatura vive y es una niña. Espero sus instrucciones.

Atentamente,

L. Stanford Banning, P. I.

Me quedé de pronto sin respiración. El aire de la suite vetusta y polvorienta, era sofocante...

—¡ANNIE! —me llamaba Luke.

—Estoy aquí, Luke.

En un instante se presenta a la puerta.

—Ya ha llegado todo el mundo, Annie. Están preguntando por ti. Es la hora — me dice Luke.

Yo asiento con la cabeza.

—¿Qué estabas diciendo?

—Nada, me he quedado leyendo...

—¿Qué leías? —se me acerca.

—Una historia extraña, triste, pero muy hermosa. La historia de mi abuela — intento contener las lágrimas, pero Luke me las ve en los ojos.

—Vámonos, Annie. Este lugar está hechizado de tristezas y desgracias. Tú no perteneces a él.

—Sí —le sonrío.

Qué guapo es Luke, seguramente tan guapo como su abuelo. Me tiende la mano y yo le doy la mía y me levanto. De camino hacia la puerta, me paro de nuevo.

—¿Qué pasa ahora?

—Nada —le contesto—. Sólo quería dejar esto en su sitio. En cierto modo, creo que debe quedarse aquí, entre los demás recuerdos.

Y tras meter el Diario en el saquito de tela, vuelvo a introducirlo en el cajón. Después doy una última mirada en torno y me reúno precipitadamente con Luke.

Empezamos a descender por la imponente escalinata. Me detengo: me ha parecido oír la risa de un niño pequeño. Casi le oigo gritar: «¡Leigh! ¡Leigh!», y sonrió.

—¿Qué pasa? —inquire Luke.

—Me estaba imaginando a mi padre cuando era pequeño llamando a mi abuela para que jugara con él.

Luke meneaba la cabeza.

Seguimos bajando la escalera y atravesamos el vestíbulo. ¿Es música eso que se oye? ¿La fiesta de cumpleaños de Ángel? ¿Un concierto de piano para los ricos invitados? ¿Mi padre practicando con Chopin? ¿O tan sólo el rumor del viento por los corredores del caserón? Acaso todo ello a la vez.

Salgo de la mano de Luke y cerramos el portón, dejando esa pregunta y su respuesta encerrada con todas las demás en el interior de la mansión de «Farthinggale».

* * *

!! [HYPERLINK \l "INDICE" ¶](#) ↓

RESEÑA BIBLIOGRÁFICA

V.C. Andrews



Cleo Virginia Andrews (6 de junio de 1923 - 19 de diciembre de 1986), más conocida como V. C. Andrews o Virginia C. Andrews fue una escritora estadounidense, nacida en Portsmouth, Virginia. Cuando era una adolescente sufrió una caída que le produjo lesiones que la obligaron a permanecer el resto de su vida en una silla de ruedas. Trabajó como artista comercial mientras publicaba varias novelas cortas y relatos en diferentes revistas. Hasta que su obra Flores en el ático alcanzó los nº 1 de las listas y se convirtió en una escritora de éxito. Murió a la edad de 63 años de cancer. Sus trabajos combinan el terror gótico y la historia de una saga familiar, incluyendo la descripción de terribles secretos o amores prohibidos, en los que a menudo aparece el tema del incesto consentido entre ambas partes. El éxito de sus obras (traducidas a numerosos idiomas) ha hecho que otro autor, Andrew Neiderman, haya sido contratado tras la muerte de la autora para continuar la escritura de novelas que siguen siendo publicadas con el nombre de V. C. Andrews..

Telaraña de sueños

Nos relata la historia de la madre de Heaven Leigh y, descubrimos cómo empezó la maldición de los Casteel.

Leigh van Voreen tenía que escapar de la mansión Farthinggale, de Boston. El tremendo secreto que ella guardaba ensombrecería su vida para siempre. Jillian, su madre, no la creería... y Tony Tatterton, su padrastro, la había traicionado del modo más cruel. Pero la pura devoción de Luke Casteel, era

para ella una promesa de esperanza y respeto. Sólo Luke conocía el más profundo de sus secretos...

Serie Casteel

1. Heaven (1985) - Los sueños de Heaven Leigh
2. Dark Angel (1986) - Angel Negro
3. Fallen Hearts (1988) - Corazones caídos
4. Gates of Paradise (1989) - Las puertas del paraíso
5. Web of Dreams (1989) - Telaraña de sueños

* * *



©1990, Virginia C Andrews Trust
Título original: Web of Dreams
Traducción de Nuria Lago Jaraíz
Editor original: Pocket Books, Enero/1990

© 1993, Plaza & Janes Editores, S A
Tercera edición: Noviembre, 1993
Portada de GS-GRAFICS, S. A.
ISBN 84 01-49182 7 (Col Jet)
ISBN 84-01 49758 2 (Vol 182/11)
Deposito Legal B 34 322 -1993

V.C. Andrews

Telaraña de sueños